

G. Munis

**JALONES DE DERROTA
PROMESA DE VICTORIA**

Crítica y teoría de la revolución española
(1930-1939)

Muñoz Moya Editores
(utilización libre)

A mis camaradas Luis Rastrollo, Félix Galán, José Martín, recios e inteligentes luchadores de la revolución socialista, asesinados por el verdugo Franco; a mi tío, Pablo Grandizo, asesinado por el mismo; a todos los muertos por la revolución durante las batallas de España, nobles representantes de una generación que supo emplear su vida.

Esta dedicatoria no es sólo un cálido recuerdo; en ella va la tenacidad combativa de quienes hemos quedado en pie. ¡Vosotros, los caídos generosamente: salvaremos vuestro esfuerzo con nuestro esfuerzo o con vosotros iremos a disolvemos en la tierra!

G. MUNIS

ÍNDICE

NOTA AL IV TOMO DE LAS OBRAS COMPLETAS DE MUNIS... 3

JALONES DE DEROTA, PROMESAS DE VICTORIA

Reafirmación 6

PRIMERA PARTE

I.	El fondo histórico de la crisis social.....	9
II.	Fisonomía estructural de España	20
III.	Naturaleza de la Revolución	28
IV.	Partidos y Programas	34
V.	La Revolución incruenta	44
VI.	El período constituyente en la cámara y en la calle.....	53
VII.	La radicalización socialista y su inhibición	70
VIII.	La insurrección de Octubre	86
IX.	Recuperación de las masas y recomposición política en las filas obreras	109

SEGUNDA PARTE

I.	El frente popular contra la lucha de clases y la revolución social	120
II.	Del triunfo del frente popular a la insurrección militar	133
III.	El 19 de Julio	142
IV.	La dualidad de poderes: preponderancia obrera.....	152
V.	La dualidad de poderes: contraofensiva reaccionaria.....	169
VI.	Las jornadas de Mayo	189
VII.	Guerra, Revolución y teoría de la careta	204
VIII.	La propiedad	215
IX.	El Ejército	228
X.	El gobierno Negrín-Stalin	239

APÉNDICE

ESBOZO BIOGRÁFICO REVOLUCIONARIO DE G. MUNIS 264

NOTA AL IV TOMO DE LAS OBRAS COMPLETAS DE MUNIS

Jalones de derrota: promesa de victoria fue publicado por primera vez en 1948 por la editorial Lucha Obrera de México. En 1972 se imprimió una edición facsímil difundida por la librería La Vieille Taupe de París. Hubo que esperar hasta octubre de 1977 para que viera la luz una edición preparada por una editorial española, Zero-Zyx, que, además de ligeras modificaciones efectuadas por Munis, incorporaba dos textos: la *Reafirmación* y el *Esbozo biográfico revolucionario* firmado por Concha Garamonte.

La que el lector tiene en sus manos se basa en la edición de Zero, por ser la última autorizada por Munis. Únicamente se ha invertido el orden de los textos, pasando a primer término la *Reafirmación* y el *Esbozo biográfico revolucionario*.

El primer tomo de estas Obras Completas incluye una biografía de Munis, más amplia que la escrita por Concha Gramonte. En este tomo, sin embargo, se ha optado por publicar ésta por tratarse de uno de los escasos documentos biográficos aprobados por el propio Munis a lo largo de su vida.

Situando la *Reafirmación* en la cabecera del libro pretendemos dar relevancia a la enorme importancia política que para Munis siempre tuvo la experiencia de la revolución española, subrayando la actualidad de dicha experiencia. Una primera versión de esta *Reafirmación* apareció en la revista *Alarma*, segunda serie, nº 21, fechada en el 2º trimestre de 1972, y en la edición facsímil de La Vieille Taupe. Con ocasión de su publicación en el libro de Zero fue notable y ampliamente corregida.

Jalones de derrota: promesa de victoria lo escribió en México entre los años 1943 y 1947. Si bien son años de militancia en el movimiento trotskista, y de relación personal con la compañera de Trotsky, Natalia Sedova, las discrepancias con la dirección de IV internacional y especialmente con la sección americana, el SWP, sobre la naturaleza del estado ruso y la política propiciada por el comité ejecutivo de la IV internacional en la segunda guerra mundial, fueron tensándose hasta la ruptura definitiva en 1948. Gran parte de las concepciones políticas que Munis sostendrá en el futuro son fruto de la reflexión teórica y de la actividad militante desarrolladas durante estos años, especialmente el análisis de la naturaleza del estalinismo y del estado ruso, caracterizado éste como capitalismo de estado y el estalinismo como una fuerza contrarrevolucionaria desde sus inicios y ajena al movimiento obrero. También acometió una profunda revisión de la táctica y la estrategia revolucionaria tal cual había sido concebidas hasta entonces. Munis consideraba que el desarrollo de los acontecimientos políticos abiertos por la revolución rusa exigía incorporar a la teoría revolucionaria análisis que permitiesen entender los fenómenos nuevos que se producían, y a la vez desechar posiciones que hasta la fecha habían defendido casi todas las organizaciones revolucionarias.

Podemos encontrar en el mismo *Jalones* la huella de esa transformación. En el correr de esos cinco años, al calor de la redacción de los capítulos del libro, vemos cómo Munis va incorporando análisis y caracterizaciones de las fuerzas políticas en clara ruptura con sus propias concepciones anteriores (sobre el tema del Frente Único, la colaboración de clases, la naturaleza del estalinismo), recogidas en la primera parte del libro. Así queda dicho por el propio Munis en la *Reafirmación*. Para un conocimiento detallado de la evolución política de Munis remitimos a los lectores a la *Introducción al pensamiento político de Munis*, publicada en el primer tomo de las Obras Completas.

Jalones de derrota: promesa de victoria no tiene como objetivo ser una historia más de la revolución española, sino que ahonda en las raíces históricas de la revolución y recorre los acontecimientos que se sucedieron en el arco temporal que va desde el final de la monarquía al gobierno Negrín-Stalin, acometiendo una crítica feroz de la actuación de las fuerzas políticas en presencia y de sus respectivas concepciones. Munis pretende incorporar a la teoría

las potencialidades abiertas por la acción revolucionaria de los trabajadores y campesinos españoles que dieron nuevas respuestas políticas a la vieja tarea de acabar con el capitalismo.

Jalones es un libro que mira hacia el futuro: la reflexión sobre la revolución española debe proyectar luces sobre las condiciones que permitan una efectiva realización de la Revolución, no un mero análisis del pasado, sino antes bien un nuevo impulso para encarar en mejores condiciones la lucha por la emancipación social hoy en día.

En un período como el que vivimos, de fragmentación de la memoria y pérdida del sentido histórico, creemos que libros como *Jalones de derrota: promesa de victoria* pueden aportarnos un sentimiento renovado de pertenecer a una prolongada lucha de emancipación que no se agotó con quienes nos precedieron, ni se agotará con nuestro esfuerzo, y que permiten que nos situemos como actores conscientes de una historia no acabada, enseñándonos, incluso, que los jalones de nuestras derrotas siempre están preñados de alguna promesa.

Comité de edición.

1 de mayo de 2003

JALONES DE DERROTA PROMESA DE VICTORIA

Crítica y Teoría
de la Revolución Española
(1930-1939)

REAFIRMACIÓN

Mientras más años contemplamos retrospectivamente hasta 1917, mayor importancia cobra la revolución española. Fue más profunda que la revolución rusa y más extensa por la participación humana; esclarece comportamientos políticos hasta entonces indefinidos y proyecta hacia el futuro importantes modificaciones tácticas y estratégicas. Tanto, que en el dominio del pensamiento no pueden elaborarse hoy sino remedos de teoría, coja o despreciable, si se prescinde del aporte de la revolución española, en general, y con mayor precisión de cuanto contrasta, superándolo o negándolo, con el aporte de la revolución rusa.

La revolución desbarató en España las estructuras de la sociedad capitalista en lo económico, en lo político y en lo judicial, creando o insinuando estructuras propias. Lo que estaba dado por la espontaneidad del devenir histórico se convirtió de potencial en actuante, en cuanto fueron quitados de en medio los cuerpos coercitivos, obstáculo a su manifestación. Así se perfila sin equívoco la revolución, desde el primer instante, como proletaria y socialista. La revolución rusa no destruyó la estructura económica del capital, que no reside en el burgués ni en los monopolios, sino en lo que Marx llamaba la relación social capital-sala nato; tras un momento de vacilación, la modificó de privada en estatal, y en torno a ella y para ella fueron reacomodándose luego lo judicial, lo político... y los cuerpos represivos, ejército *nacional* comprendido, hasta que la relación social capital-salariado adquirió la virulencia que continúa distinguiéndola. Fue pues una revolución democrática o permanente, hecha por un poder proletario, y muerta como tal antes de alcanzar el estadio socialista que la motivó y constituía su mira. Por ende, no pasó de ser una revolución política. Y si bien en ese aspecto fue más cabal que la revolución española, la persistencia de la mencionada relación social capitalista dio a la contrarrevolución la facilidad de ser sólo política también, si bien cruelesísima, en proporción al apremio de revolución mundial. Ambas características han consentido falsificaciones y embaucos sin cuento, que todavía hoy ejercen un influjo deletéreo.

Precisamente cuando la revolución alcanzaba su pináculo en España, en 1936, la contrarrevolución stalinista consolidaba en Rusia su poder para muchos años, mediante el exterminio de millones de hombres. En consecuencia, su ramal español tuvo deliberadamente, desde el 19 de Julio, un comportamiento de abanderado de la contrarrevolución, solapado al principio, descarado a partir de Mayo de 1937. Con toda premeditación y por órdenes estrictas de Moscú, se abalanzó sobre un proletariado que acababa de aniquilar el capitalismo. Ese hecho, atestiguado por miles de documentos stalinistas de la época, representa una mutación reaccionaria definitiva del stalinismo exterior, en consonancia con la mutación previa de su matriz, el stalinismo ruso.

Un reflejo condicionado de los diferentes trozos de IV Internacional y de otros que la miran con desdén, asigna al stalinismo un papel oportunista y reformista, de colaboración de clases, parangonable con el de Kerensky o Noske. Yerro grave, pues lo que el stalinismo hizo fue dirigir políticamente la contrarrevolución, y ponerla en ejecución con sus propias armas, sus propios esbirros y su propia policía uniformada y secreta. Se destacó enseguida como el partido de extrema derecha reaccionaria en la zona roja, imprescindible para aniquilar la revolución. Igual que en Rusia, y mucho antes que en Europa del Este, China, Vietnam, etc., el pretendido Partido Comunista actuó como propietario del capital, monopolizado por un Estado suyo. Es imposible imaginar política más redondamente anti-comunista. Lejos de colaborar con los partidos republicanos burgueses o con el socialista, que todavía conservaba sesgo reformador, fueron éstos los que colaboraron con él y pronto aparecieron a su izquierda, como demócratas tradicionales. Unos y otros estaban atónitos y medrosos a la vez, contemplando la alevosa pericia anti-revolucionaria de un partido que ellos reputaban todavía comunista. Pero otorgaban, pues con sus propias mañas flaqueaban ante la ingente riada obrera.

Como se ha visto en el último capítulo de este libro, el gobierno Negrín-Stalin está lejos de tener las características de uno de esos gobiernos de izquierda democrático-burguesa, que zarandeados entre una revolución a la que se oponen y una contrarrevolución que temen, sucumben al empuje de la una o de la otra. Fue un gobierno fortísimo, dictatorial, y extrafronteras rusas el primero del nuevo tipo de contrarrevolución capitalista estatal distintivo del stalinismo. Esa peculiaridad, latente desde antes del Frente Popular, quedó puesta en evidencia por primera vez en España, y desde entonces adquirió carácter *definitivo*. Lo confirman todos los casos posteriores, desde Alemania del Este y Yugoslavia hasta Vietnam y Corea. Dondequiera ese pseudo-comunismo acapara el poder, es acogotado el proletariado, aplastado si se resiste, el capital y todos los poderes se funden en el Estado, y la posibilidad misma de revolución social desaparece por tiempo indefinido. Y no será la faz homínida o que no humana, maquillaje reciente de los Carrillo, Berlingüer, Marchais y demás, la que cambie sus intereses profundos, emanantes de, y coincidentes con la ley de concentración de capitales.

Cambio secundario, pero también importante y no menos definitivo, se opera en los partidos socialistas con la revolución Española. Dejaron de comportarse como partidos obreros reformistas, para sumarse sin recato a la política burguesa... o a la del capitalismo de Estado a la rusa, según la presión dominante. Siguen hablando de reformas, sí, pero se trata de las que mejor convienen a la pervivencia del sistema capitalista, no de las que el auténtico reformismo creía poder imponerle, legislación mediante, para alcanzar por evolución, la sociedad sin clases ahorrándose la revolución. El reformismo ha sido pues reformado por el capitalismo. Lo certificó León Blum al reconocer que él y los suyos no podrían ser en lo sucesivo sino «buenos administradores de los negocios de la burguesía». El tremendo repente de la revolución en 1936, atrayendo la convergencia reaccionaria de Oriente y Occidente, precipitó también dicho resultado, que amagaba desde 1914.

Respecto a táctica, la revolución española invalida o supera con creces la de la revolución rusa. Así, la reclamación de gobierno sin burgueses, constituido por representantes obreros en el marco del Estado existente, tan útil en Rusia para desplazar del poder a los soviets, carecía de sentido en España, y habría surtido efecto negativo. Lo mismo cabe afirmar del frente unido de los revolucionarios con las organizaciones situadas a su inmediata derecha. Los bolcheviques lo practicaron, incluso con Kerensky en determinados momentos, positivamente siempre. Mimetizar esa táctica en España era meterse en la boca del lobo, y contribuir a la derrota de la revolución. Quienes, lo hicieron nos han dejado la más irrefutable y trágica de las pruebas. Es que, desde el principio, la amenaza más mortal para la causa revolucionaria y para la vida misma de sus defensores, provenía del partido stalinista; los demás eran colaboradores segundones.

Muy sobrepasada por los hechos revolucionarios mismos, fuente principal de consciencia, resultó la consigna: «control obrero de la producción», todavía en cartel para izquierdistas retardados. Los trabajadores pasaron, sin transición, a ejercer la *gestión de la economía* mediante las colectividades, aunque su coordinación general fuese obstaculizada y al cabo impedida, por un Estado capitalista que iba reconstituyéndose en la sombra, no sin participación de la CNT y de la UGT. Al término de tal reconstitución, la clase trabajadora quedó expropiada y el Pacto CNT-UGT resultante convertía las dos centrales en pilares de un capitalismo de Estado. Pero antes de llegar a éste, el control obrero de la producción (de hecho estatalo-sindical) fue maniobra indispensable para arrancar por lo suave la gestión a los trabajadores. Idéntico servicio retrógrado habría prestado lo que se llama hoy autogestión, variante de aquél. Quedó demostrado entonces, con mayor contundencia que en ningún otro país, la imposibilidad de que el proletariado controle la economía capitalista sin quedarse atascado en ella como pájaro en liga. Si la gestión es el dintel del socialismo, el control (o la autogestión) es el postrer recurso del capital en peligro, o su primera reconquista en circunstancias como las de España en 1936.

Tampoco sirvió sino como expediente retrógrado el reparto de los latifundios en pequeños lotes, medida tan extemporánea en nuestros días como lo sería destazar las grandes industrias en múltiples pequeños talleres. En cambio, organizar koljoses, o su equivalente chino, «comunas» agrarias, es imponer una proletarización del agro correspondiente al capitalismo estatal. Ambas fueron desdeñadas, también en favor de colectividades agrarias, que a semejanza de las industriales reclamaban la supresión del trabajo asalariado y de la producción de mercancías, que de hecho encentaron.

En resumen, cuantos puntos de referencia o coordenadas habían determinado la táctica del movimiento revolucionario desde 1917, y aun desde la «Commune» de París, fueron sobrepasados y arrumbados por el grandioso empellón del proletariado en 1936. Y el sobrepase no excluye, claro está, la propia táctica seguida o propuesta en

España misma durante los años anteriores. Por lo tanto, es de advertir que lo preconizado en la primera parte de este libro con arreglo a la táctica vieja, quedó también anulado por la fase candente iniciada el 36. Nada pierde por ello su valor histórico y crítico, pero sería inepia conservadora volver a utilizarlo.

Allende lo táctico, siempre contingente, la revolución de España puso en evidencia factores estratégicos nuevos, trascendentalísimos, llamados a producir acciones de gran envergadura y alcance. En dos años, en efecto, los sindicatos se reconocieron como copropietarios del capital, pasando por tal modo a ser compradores de la fuerza de trabajo obrera. La concatenación de tal compra con la venta de esa misma fuerza a un capital todavía no estatizado, quedó definitivamente establecida. Proyección estratégica: para ponerse en condiciones de suprimir el capital, los explotados deberán desbaratar los sindicatos.

No menos importante es lo concerniente a la toma del poder político por los trabajadores. Estaba supeditada por la teoría, y por la experiencia rusa de 1917, a la creación previa de nuevos organismos, allí soviets. La revolución española la libera de esa servidumbre. Los organismos obreros de poder, los Comités-gobierno, surgieron, no como condición del aniquilamiento del Estado capitalista, sino como su consecuencia inmediata. El resultado de la batalla del 19 de Julio, incontrovertible cual ninguna definición teórica, plantó en plena historia esa nueva posibilidad estratégica.

Cómo y por qué los Comités-gobierno innumerables no consiguieron aunarse en una entidad suprema, está dicho en el lugar correspondiente de este libro. Nada mengua por ello el alcance mundial de semejante hazaña.

El aporte estratégico del proletariado español a la revolución en general, sin limitación de fronteras ni de continentes, es decisivo en lo económico. Helo aquí en sus términos más escuetos: el Estado, por muy obreras que sus estructuras fueren de la base a la cúspide, las destruye si se le convierte en propietario de los instrumentos de producción. Lo que organiza en tal caso es su monopolio totalitario del capital, en manera alguna el socialismo. Ello corrobora y explica lo acontecido en Rusia después de la toma del poder por los soviets.

A dicho monopolio se reduce pues la nacionalización de la economía, que tanto engaña porque expropia a burguesía y trusts. Prodúcese por tal medida, no una expropiación del capital, sino una reacomodación del mismo, cumplimiento cabal de la ley de concentración de capitales inherente al sistema. Que sea alcanzada evolutiva o convulsivamente, incluso por lucha armada, el resultado es el mismo. Cabe afirmar sin error posible, que dondequiera se apodere el proletariado de la economía, o esté en trance de hacerlo, todos los falsarios postularán la nacionalización, cual ocurrió en España. Y las tendencias que cierran los ojos ante tan claro testimonio histórico se condenan a ir a rastras de odiosos regímenes capitalistas (Rusia, China, etc.), o bien a transformarse ellas mismas en explotadoras, si por acaso el poder se les viniese a las manos.

Una generalización teórica importante se deduce de esas experiencias sociales, tan hondas como indeliberadas: la revolución democrática en los países atrasados es tan irrealizable por la burguesía como por el proletariado en calidad de revolución permanente. Las condiciones económicas del mundo, las exigencias vitales de las masas explotadas, a más de la podredumbre del capitalismo como tipo de civilización, lo que basta con colmo, *convierten en reaccionario* cuanto no sea medidas socialistas.

Lo que necesita la clase obrera en cualquier país es «erigir una barrera infranqueable, un obstáculo social que le vede tener que venderse al capital por òcontrato libreö, ella y su progenitura, hasta la esclavitud y la muerte» (Marx). Le hace falta disponer a su albedrío de toda la riqueza, instrumental de trabajo y plusvalía, hoy propiedad del capital, y establecer como primer derecho del hombre, el derecho de vivir, trabajar y realizar su personalidad, sin vender sus facultades de trabajo manual o intelectual. Así entrará la sociedad en posesión de sí misma, sin contradicción con sus componentes individuales, desaparecerán las clases, y la alienación que en grados diversos comprime o falsea a las personas.

Junio 1977

G. Munis

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

EL FONDO HISTORICO DE LA CRISIS SOCIAL

El extenso y convulsivo período revolucionario por que ha atravesado España desde 1930 a 1939, puede ser analizado en sí mismo, sin ninguna conexión con el pasado remoto ni con el pasado más próximo. La violencia de los acontecimientos, su poder insinuante, cuando no explícito, los impregna de un valor propio, independiente y superior a cuanto en el transcurso de los siglos la historia de España ha dado a luz. Jornadas de Abril, de Octubre, de Julio, de Mayo, guerra civil, decenas de choques menores, centenares de huelgas revolucionarias, millones de conflictos colectivos e individuales, por donde la savia de un pueblo ha corrido a raudales generosos. Nunca la tensión social hacia un objetivo superior, la unanimidad de las clases pobres, fue tan alta y persistente como durante el cuerpo a cuerpo de diez años, cuyo despliegue analiza este libro.

Una sola palabra basta para situar el objetivo por el que tantos esfuerzos fueron hechos: socialismo. Pero en el largo y enmadejado hilo de los acontecimientos vivos, el cabo se aleja, se aproxima, queda temporalmente soterrado o se esfuma como si se tratara de un espejismo, a medida que en el proceso de la luchas inciden las clases, los partidos, los programas, los hombres, desviando unas veces, otras dando marcha atrás, empujando vigorosamente aquí y allí, o taponando el camino que en su prolongación regular llevaría directamente al término. Y si para desenredar este mazacote de hechos contradictorios a veces, precísase un minucioso buceo de los mismos, no es menos útil estudiar el lugar que les corresponde en la hilera de los acontecimientos pretéritos. Tanto más cuanto que la sombra horripilante del pasado se ha inyectado constantemente en el curso de la revolución española, y que hoy mismo amenaza apabullar el país con una nueva inquisición y un nuevo renunciamiento.

Durante tres siglos España ha sufrido un colapso social cuya herencia era a la vez una de las causas de la crisis revolucionaria y uno de los primeros elementos a liquidar. En grados diferentes y a pesar de los esfuerzos hechos para desembarazarse de ella, la herencia trascendía, en general, a las relaciones sociales. Concentrábase en las clases conservadoras tradicionales, pero sufrieron su influencia todas, en una forma u otra, y contagió los partidos de oposición. En ningún sitio como en España los muertos han impedido tanto obrar a los vivos. Trasponiendo esta idea a los hechos, digamos que la elocuencia impotente de los republicanos del 37, la nulidad y las concupiscencias de los del 31, el humanismo ñoño y la laxitud humillante de los socialistas, les vino en gran parte de las clases decadentes que dirigían la sociedad. Su incapacidad para aislarse de ellas, concentrándose en la formación revolucionaria de las nuevas clases, les convirtió, a su vez, en decadentes. Esa es la causa que ha dado al pasado el triunfo sobre el porvenir, en los numerosos intentos de superación hechos por el país desde comienzos del siglo XIX. ¡El lastre histórico de España ha de ser arrojado por la borda! Es lo que voy a intentar en este capítulo, en espera de la próxima oportunidad práctica.

En ningún país europeo la curva de la civilización ha efectuado un descenso tan vertiginoso y profundo. La caída de España es sólo comparable a la de la civilización árabe, con la que entronca. Si no la siguió hasta la desagregación total, la postración fue tan grande que el país quedó muy atrás de la Europa occidental, y apenas contribuyó en nada al progreso humano a partir del siglo XVII. Lo que queda a fines de este siglo de escritores y artistas, cuando no jadea con el asma de la decadencia, está confinado por ella.

La sociedad árabe era esencialmente teológica, aunque tolerante en la época de su esplendor. Por influencia de los conquistadores islámicos, el cristianismo español de los siglos de la reconquista, fue también tolerante. La larga

convivencia de las dos razas hubiera podido llegar a una fusión, ya algo avanzada en el extremo bajo de ambos elementos. El esplendor económico y la libertad política que distinguió a las ciudades peninsulares de los siglos XIII, XIV y XV, débese al libre intercambio de conocimientos, de comercio y religioso, que en ellas disfrutaban mahometanos, cristianos y judíos. Pero esta misma convivencia y semifusión racial del artesano y la población rural, convirtiéndose en un acicate más de la decadencia cuando, poco después de efectuada la unidad de Aragón con Castilla y reconquistado el último reino moro, la intransigencia religiosa se instaló en las cumbres políticas, y el desarraigo de judíos, moros y moriscos sangró intermitentemente la población y la economía del país, durante casi dos siglos. La estática rigidez del Corán, o la incapacidad de sus prosélitos para arrinconarlo como ley civil, trajo la degeneración del Islam; el apego cerril al catolicismo y a los intereses eclesiásticos del papado, presidió y aceleró la decadencia de España.

Ciertamente, esa no fue la causa inicial, sino uno de sus primeros efectos, convertido, a su vez, en causa generatriz de mayor decadencia. Toda lucha religiosa oculta un designio político y un contenido económico, por difícil que a veces sea el descubrirlo. Los ocultaba, y muy recios, la intransigencia y la lucha de la monarquía española en favor de la ortodoxia romana.

La nobleza, recién domada por las milicias urbanas y los reyes católicos, era ya totalmente, poco después del advenimiento de éstos, una nobleza cortesana, apoyo para el absolutismo monárquico, sin ningún peligro; el clero extendía subrepticamente sus dominios al amparo de los bautizos, y la represión de los infieles; la burguesía¹ crecida por el fomento, los privilegios y las armas que los reyes católicos hubieron de darle para dominar a la nobleza, extendía por todo el país su acción y su trabajo benéficos. Completada por la conquista de Granada, la unificación nacional correspondía verdaderamente al adelanto técnico y cultural del país. Ningún otro estaba en esa época (fines del siglo XV) tan uniformemente preparado como España, para lanzarse al torbellino de la acumulación capitalista que siguió al descubrimiento de América y de la ruta de la India doblando el África; ningún otro tampoco, salió tan quebrantado de la empresa. Mientras Holanda e Inglaterra, Francia y Alemania en menor grado, se enriquecían y hacían de la extensión del comercio la base de su prosperidad y primacía en los siglos posteriores, España se arruinaba, se despoblaba, perdía sus conocimientos técnicos, desaparecía su industria, quedaban baldíos los campos, deshabitadas las ciudades, o superpobladas las de la costa sur por un gentío en el que dominaba sobre el artesano y el mercader, el buscón que inspiró obras maestras².

Las causas que determinaron la ruina económica y la decadencia de España están aún por investigar. Eruditos, historiadores y ensayistas nacionales y extranjeros, han puesto en claro muchas cifras y hechos demostrativos de la decadencia; pero en cuanto de localizar el origen se trata, o invierten el problema tomando efectos por causas, o lo soslayan cómodamente achacando a mero accidente la constitución del imperio. Allí donde no ha habido base real para la expansión, ni siquiera es propio, claro está, hablar de decadencia. En el primer error incurren sin excepción todos los historiadores, en el segundo algunos, a pesar de lo disparatado que es.

Pero la historiografía moderna no puede aceptar el azar como motor histórico. Inclusive cuando intervienen acontecimientos que exteriormente pueden ser considerados como azares, su determinismo es siempre consecuencia de la situación concreta dada, del estado de la civilización y de sus diversas fuerzas impulsoras y repulsoras, allí donde se producen. El descubrimiento de América, la serie de muertes intempestivas que hicieron recaer la corona de España sobre el heredero de la casa de Borgoña, y su elección posterior al Imperio, han sido señalados por historiadores tenidos por concienzudos como la serie de acontecimientos fortuitos originadores de una expansión puramente artificial. Ello no niega que el progreso general de los conocimientos geográficos y náuticos impulsara el país a las exploraciones, ni que los descubrimientos fueran practicables por el desarrollo inmediato anterior de la marina³. En

¹ Tomo aquí la palabra en su vieja acepción: elemento urbano comerciante y manufacturero.

² Cervantes:

í Sevilla

que es tierra do la semilla

holgazana se levanta

sobre cualquier otra planta

³ En 1482 salía de los puertos de Vizcaya y Andalucía, para defender Nápoles, una flota de setenta barcos.

cuanto a la elección de Carlos I, no fue sino una casualidad diligentemente auxiliada por el oro. La competición a que se dieron los reyes de Francia y España ofreció el más lucrativo negocio a los respectivos prestamistas⁴.

En todo caso, casualidades que llevan tras sí consecuencias tan vastas como el establecimiento del imperio español en el siglo XVI, dejan de ser casualidades para convertirse en instrumentos o medios de expresión de la situación general que las rodea. Donde no hay motivo no puede haber efecto, e inclusive aquellos hechos que caen fuera de la voluntad consciente del hombre o que se presentan como consecuencia de la fatalidad, logran alcanzar relevancia histórica no por sí mismos, sino por las fuerzas que mueven en el medio objetivo dado. También Alfonso X trató de ser elegido emperador. ¿Se atrevería alguien a pensar que, de haberlo logrado, Europa hubiese sufrido las mismas o semejantes consecuencias?

Por los años del descubrimiento de América, el progreso económico y cultural de la península era uno de los mejores de Europa. Al terminar el siglo anterior, la guerra de sucesión que llevó al trono a Enrique III había debilitado numérica y económicamente a la nobleza. Las inmunidades y privilegios de la burguesía alcanzaron el máximo. Varias industrias nuevas introducidas al país alcanzaron un alto grado de perfección. Aunque la nobleza trató después, durante las turbulencias del reinado de Juan II, de recuperar el terreno perdido y humillar a los burgos airados, éstos se vieron nuevamente protegidos y armados por la realeza, al advenimiento de Fernando e Isabel.

Amenazados en la posesión del trono por las pretensiones de Doña Juana (la Beltraneja) y del rey de Portugal, disminuidos en su autoridad interna por la fuerza y las arbitrariedades de los nobles, los reyes viéronse obligados a buscar apoyo en el elemento urbano, ya armado por su propia cuenta, y a dar vuelos a su organización y privilegios. La libertad política y las armas de que gozaron comerciantes, artesanos y oficiales, favoreció la prosperidad económica del país, dándole base material para extensiones posteriores, tanto en América como en Europa. La nobleza, y el clero en menor grado, fueron por este medio sometidos. La primera quedó particularmente empobrecida, y la influencia de ambos en los asuntos públicos disminuyó hasta el punto de perder la mayoría en el Consejo real, a favor de hombres salidos de la burguesía.

Del estado económico general del país puede juzgarse por el saneamiento de las utilidades públicas. El año 1474 ascendían éstas a 850.000 reales; en 1477 a 2.390.078; en 1482 a 12.711.591; en 1504, después de la conquista de Granada, llegaban ya a 26.823.334 reales, aumento logrado sin introducir impuestos nuevos, aboliendo los ilegales y retirando a la nobleza los bienes dados por los reyes anteriores⁵.

Pese a la falta de estadísticas todo lleva a creer en la excelencia de la situación económica de España por los años del descubrimiento de América. No sólo la balanza favorable de la renta pública, pues no proviniendo de exacciones sólo puede significar aumento de los contribuyentes, extensión de la riqueza general; la mayoría de las leyes de ese reinado tienden a favorecer el comercio, la industria y los intercambios, tanto en el interior como allende las fronteras. Es muy conocida la pujante prosperidad de ciudades como Segovia, Valladolid, Barcelona, Valencia, Granada, Córdoba y Toledo, sólo en la cual 10.000 tejedores trabajaban la lana y la seda. «La exportación de España a Inglaterra consistía en vinos, aceites, frutas, sedas, bordados y tejidos de lujos..., y según se colige fue el tráfico casi exclusivamente en buques españoles»⁶. Muy entrado ya el siglo XVI, cuando los efectos del desastre económico empezaron a hacerse sentir, la paz entre España y Francia permitía aún a la primera enviar telas a la otra, mientras recibía de ella cereales⁷. A la misma conclusión lleva la densidad demográfica. De un cálculo hecho por el historiador Prescott, basado en un documento oficial sobre la organización de la milicia (1492), resulta que solamente Castilla ô Granada, Aragón y Navarra exceptuadosô debía contar seis millones setecientos cincuenta mil habitantes, moderando el cálculo a nueve personas por cada dos familias. En los años siguientes la población aumentó. «Sin embargo, inclusive entonces debía ser mucho más fuerte que la de Inglaterra; ¡tanto los destinos de los dos países han cambiado después!»⁸

⁴ Solamente el voto del elector de Maguncia costó a España 103.100 florines. Como consecuencia de esta operación electoral, las minas de mercurio de Almadén y las de plata de Guadalcanal, fueron a parar a manos de los banqueros alemanes que facilitaron al «glorioso Carlos V» el dinero para los cohechos.

⁵ W. Prescott: *History of the reign of Ferdinand and Isabella*.

⁶ Martín Hume: *Españoles e ingleses en el siglo XVI*. Esta cita prueba que «la convicción de la aprobación divinas», contrariamente a la tesis del autor, tuvo menos parte en la «Exaltación espiritual de los españoles» que el aceite, los bordados y los tejidos de lujo.

⁷ H. Hauser: *La prépondérance espagnole*.

⁸ Prescott: Obra citada.. t. IV, pág. 230.

Aunque no dispusiéramos de dato alguno, aún habría que explicar cómo una nación miserable, rezagada con relación al estado general de la técnica y la civilización, pudo establecer el primer imperio manufacturero y la primera organización centralista y burocrática de la historia, a partir de Roma. Un Imperio manufacturero sin manufacturas, una nacionalidad sin base nacional, son quimeras. Lejos de mí el propósito de reivindicar el «prestigio español». No sólo el sepulcro del Cid, sino todas las llamadas glorias de España deben ser encerradas con doble llave. Se trata de un problema de interpretación histórica, cuya solución ha de ayudarnos a enterrar esa organización social ligada más que ninguna otra a los sepulcros, y espantar definitivamente de la conciencia del país eso que se llama hidalguía, manifestación idealizada de la anquilosis decadente, adoptada inclusive por muchos de nuestros intelectuales radicales. En último análisis, las consecuencias de la decadencia de España, conjugadas con la evolución de los pasados decenios, es lo que ha dado a las clases pobres del país, esa integérrima combatividad política que ha asombrado al mundo. En cambio, las exhalaciones hidalgas, mezcladas a las peores exhalaciones procedentes de fuera, es lo que las ha hecho fracasar. Las clases viejas, las mismas que presidieron la larga postración, se han afianzado en el poder; pero igual convergencia de factores, los mismos problemas insolutos y agravados, darán de nuevo al proletariado y los campesinos la fuerza explosiva del 19 de julio. Las condiciones históricas han hecho de España un país que no puede salir del marasmo y la descomposición sino por medio de la revolución obrera. La revolución devolverá a España a la historia, disolviéndola sin solución de continuidad en el futuro mundo socialista. La etapa capitalista habrá sido para la historia de España lo que el invierno para la marmota.

Eruditos memoriosos como Menéndez Pelayo⁹ han pregonado las más tristes lacras de la decadencia o el espíritu cobarde e intolerante del llamado «cristiano viejo», la mojigatería y la delación generalizadas, los procesos, torturas y crímenes de la Inquisición, su persecución de la ciencia, y la exportación que de todo eso se hizo a Flandes, Italia y América o como el más bello exponente del carácter y el ideal nacionales, en lucha desinteresada contra el «materialismo protestante». Otros, especialmente del bando luterano, invierten la tesis dando el catolicismo como una rémora psicológica inherente al español¹⁰, que le ha hecho resistente a la evolución e inadaptable al medio europeo. Los más objetivos, en fin, no pasan de atribuir la decadencia y sus males consecuentes a la haraganería del hidalgo, tal como nos le dio la imagen picaresca de Quevedo. Y para que la tesis medio se tenga en pie, se le ha colgado a cada español de los siglos XVI y XVII un sambenito de hidalgo emperifollado, hambriento y horrorizado del trabajo mecánico¹¹. Así la explicación es simple. ¿Queréis saber por qué España se ha quedado atrás en la carrera de la historia? A los españoles no les gusta trabajar. Prefieren pavonearse de noble prosapia, pasear fachendosos en su capa raída y espolvorearse el bigote con migas de pan para dar a entender que han comido. Y así sucesivamente¹².

En suma, los acontecimientos exteriores de la decadencia son bien conocidos. La sátira amarga, dolorida y vivaz de la literatura clásica española los ha descrito a la perfección en su aspecto humano; pero sus causas determinantes no han sido aún esclarecidas. Un estudio histórico del siglo XVI se hace necesario no sólo para España; para Europa también. Su organización en los últimos siglos ha dependido en gran manera del declinamiento de España. Esta tomó en las luchas europeas, a partir de la Reforma, la capitania de la parte más reaccionaria. La guerra contra los protestantes de Holanda y Flandes, la guerra contra los protestantes ingleses por el dominio marítimo, debilitaron el país y contribuyeron a su decadencia. Pero el entrelazamiento de hechos y la convergencia de intereses que lo trajeron a la condición de adalid del pontificado, son anteriores a la Reforma. Por repulsión, ésta dio a la decadencia su forma ideológica definitiva: la Contrarreforma o jesuitismo. Sería, sin embargo, falso deducir la decadencia de España de su antiprotestantismo. Países protestantes como Alemania, no sacaron nada en limpio, económicamente hablando, de la Reforma, o lo perdieron después de las devastaciones de la guerra de los treinta años. Otros fundamentalmente católicos, como Francia, continuaron normalmente su proceso de crecimiento hasta el capitalismo. Y recordemos que Fernando V estuvo a punto de alzar el primer bando protestante de la cristiandad. Si los efectos de la alteración económica y de las luchas intestinas no hubieran sido adversos al producirse el conflicto de las bulas, España misma,

⁹ Véase su *Historia de los Heterodoxos Españoles*.

¹⁰ W. Robertson: *Historia de Carlos V*.

¹¹ La mejor autoridad que ha podido darse a estas necedades es un párrafo de la narración del viaje de Guichardini. La autoridad moral de este historiador es nula, tanto para sus testimonios sobre España como sobre Italia; estaba vendido a Cosme I. Además, el viaje de Guichardini a España tuvo lugar en una época en que las consecuencias de la decadencia eran ya bastante visibles. Aun admitiendo que no exagere, se trata sólo de los efectos; la causa es mucho más profunda y remota en el tiempo. Ni Ranke ni Hauser han sido capaces de calar más hondo.

¹² Durante el siglo XIX, cuando España adquirió cierta aureola de antigualla histórica y romántica, numerosos viajeros que la visitaron dieron popularidad europea a las tonterías sobre los españoles mendigos e hidalgos.

país de alumbrados, de priscilianistas, de pobres de Lyon, habría sido protestante o, al menos, un edicto de Nantes cualquiera hubiese extendido a las iglesias reformadas la tradicional tolerancia religiosa.

Sin pretender aquí más que apuntar los principales rasgos del problema, se me impone la conclusión de que la decadencia de España no es otra cosa que una bancarrota gigantesca producida por la primera crisis del capitalismo, al experimentar el choque económico de los descubrimientos geográficos.

Aún no sólidamente instalado el sistema manufacturero, los cargamentos de oro y plata de las Indias vertiéronse sobre la península produciendo una violentísima conmoción, que la estructura económica del país no pudo resistir. Defendióse durante algún tiempo, el imperio se extendió aún y vivió o vegetó por siglos, pero la bancarrota económica era ya total a la muerte de Felipe II, y desde muchos años antes la sociedad se descomponía en su base. Los esfuerzos de las clases progresivas para nivelar la organización política con la nueva situación económica, fueron vencidos uno tras otro y la parálisis se instaló en el cuerpo social para un largo período que aún no ha terminado por completo.

El primer efecto de los cargamentos de metal blanco y oro desembarcados en Andalucía, fue un alza fenomenal de los precios. Reducido el valor del dinero, el alza de las mercancías se extendió pronto a toda España, después a Europa, hasta Rusia y la península escandinava. No hay que olvidar, sin embargo, que la proporción de alza era muy diferente para todos los países enumerados, particularmente para España en relación con la totalidad restante. En tiempos de los reyes católicos, la tasa de la fanega de trigo, ya bastante elevada, era de 110 maravedíes; con Carlos V, 240; 476 bajo Felipe II, hasta llegar a 952 maravedíes a la muerte de su nieto. Y el precio real del mercado era continuamente superior al de la tasa, como en nuestros días en casos semejantes. Idéntica alza vertical para todas las mercancías. En 1555 la fanega de judías valía 272 maravedíes; doce años más tarde 442. Los procuradores en Cortes de Madrid, año 1598, representaron que en el transcurso de doce años la vara de terciopelo había aumentado más del doble; que el paño fino de Segovia costaba tres ducados y entonces cuatro más; que se pagaban veinticuatro reales por un sombrero de fieltro que poco antes sólo valía doce. Así en todos los órdenes.

En los primeros momentos el alza de los precios benefició a los arrendatarios y cultivadores de la tierra en general, arruinando a la nobleza, principalmente la media e inferior¹³, cuyos ingresos por concepto de arriendos permanecieron estables o aumentaron sólo desproporcionadamente. Está confirmado por la conocida extensión de los cultivos hasta la insurrección de las Comunidades y Germanías, la introducción de otros nuevos y la propagación a regiones que antes los desconocían. Andalucía empieza a cultivar algodón y en Galicia fomentáanse las plantaciones de lino. La nobleza va empobreciéndose a medida que se enriquecen los cultivadores de la tierra. Al mismo tiempo se enriquecen y extienden las industrias. El alza de los precios no estaba determinado solamente por la baja de la moneda; a ella contribuía también el aumento de la demanda de toda clase de artículos. Las expediciones de conquistadores y las colonias fundadas por ellos estaban siempre sedientas de mercancías, que podían pagar a cualquier precio. Además, los envíos de metal precioso hechos particularmente por los conquistadores, más el volumen ensanchado de la moneda circulante, debió también aumentar la demanda de productos en el mercado español mismo. Que la industria prosperó considerablemente durante los primeros años del descubrimiento y la colonización de América, no cabe la menor duda. En las propias colonias antillanas, en México y Perú, trasplantes de cultivos e industrias peninsulares comenzaron a ser explotados con éxito. Pero el crecimiento se trocó pronto en decrecimiento, y la industria española, que debió desarrollarse como ninguna otra y convertirse en la primera industria capitalista, resultó finalmente arruinada. Este fenómeno, en cuya base está el origen de la decadencia, presenta grandes dificultades de interpretación, sobre todo no pudiendo disponer sino de materiales escasos y de segunda mano. Sin embargo, en los efectos y consecuencias producidos por la ruina, bastante conocidos, se encuentra base para inducir sus causas.

Dos de los efectos de la crisis de precios fueron el empeoramiento de la calidad de los productos manufacturados, y un retroceso de la agricultura en beneficio de la ganadería trashumante regentada por la Mesta. En tiempos de Carlos V los procuradores en Cortes empezaron a quejarse de la mala calidad de los paños y de los perjuicios sufridos por los labradores a causa de los privilegios y los abusos de la Mesta. Pedían disposiciones que corrigieran los defectos, pero se les hizo oídos de sordos. Es probable que el empeoramiento de la calidad fuera inicialmente un método especulativo de fabricantes y artesanos para satisfacer el aumento de demanda y abarcar mayor suma de beneficios, pero como consecuencia, tanto en España como en las Indias, las mercaderías extranjeras, mejores de calidad, no tardaron en ser codiciadas. Sin tener en cuenta la disminución de la demanda de mercancías españolas que debió causar el contrabando introducido directamente en las Indias desde otros países, en las riberas del Guadalquivir y la costa

¹³ «Maldición del siglo nuestro ô que parece que el ser pobre ô al ser hidalgo es anejo.» (Cervantes).

andaluza, el número de alijos de mercancías sustraídos al control de la Casa de Contratación fue en aumento durante todo el siglo XVI¹⁴. Pertenecían de preferencia a comerciantes extranjeros. Estos estaban, además, en condiciones de competir ventajosamente en precios con los españoles, los que sufrían el alza debida a los arribos de oro, a más de los inmensos tributos con que continuamente eran gravados. Puede tenerse una idea por los recargos sobre las materias primas a principios del siglo XVII. Una arroba de vellón pagaba más del 25% de su valor antes de llegar al fabricante; la seda bruta el 60%. Y como el valor del dinero había descendido mucho más en España que en el extranjero, las materias primas de la península costaban barato compradas por comerciantes flamencos, genoveses o ingleses, lo que provocaba su salida. Sus mercancías, por el contrario, podían ser ofrecidas en España y las Indias a precio inferior, con utilidad mayor. La baja de la calidad se agravó entonces como un recurso de las manufacturas españolas para competir en precios con las extranjeras. Mal recurso; a la larga la demanda de mercancías extranjeras aumentaría, a despecho de la protección gubernamental a las españolas. Esta protección era prácticamente nulificada por la baja continuamente pronunciada del valor de la moneda. Pero pronto se convirtió en un ataque directo en forma de impuestos sobre cada transacción comercial, y sobre el capital. En 1594, sobre 1.000 ducados de capital se pagaban 300 de impuesto. En la misma fecha se trabajaban 6.000 arrobas de lana donde antes se trabajaban 30.000¹⁵. Las manufacturas españolas, perdiendo continuamente rentabilidad, en lugar de desarrollarse, entraron en la pendiente que las llevó a la desaparición casi completa. Convertirse en intermediario o en cómplice de los comerciantes extranjeros llegó a ser más beneficioso que producir y vender directamente. Así, los descubrimientos geográficos que favorecieron la transformación de las manufacturas europeas en industrias, arruinaron las españolas hundiendo el país en la cisterna de la descomposición.

Se llega a la certidumbre de que la raíz de la decadencia se encuentra en los cargamentos de metales ricos procedentes de América. No porque los españoles, como pretende la ridícula leyenda, viéndose colmados de oro, se dieran a la holganza por placer o aristocratismo. Todo lo contrario. España no conoció nunca tanta miseria como después de los grandes arribos de oro y plata. Estos, en un medio económico que apenas insinuaba la desaparición del feudalismo, con el reducido numerario que caracterizaba entonces a todos los países, crearon una fantástica inflación monetaria que empujó en direcciones opuestas el costo de la vida y los ingresos de las clases laboriosas. En todas las sociedades basadas en la propiedad privada, el impulso determinante del trabajo y del desarrollo técnico es la utilidad. Desorbitando las relaciones que los regían, los cargamentos de metales trajeron consigo la paralización del trabajo en España. Ni los obreros ganaban suficiente para comer, ni los comerciantes y manufactureros para aumentar sus negocios. Mal colonizados aún los países nuevos, el mercado interior representaba la mayoría del comercio. Pero fue precisamente este mercado el que desbarató repentinamente la inflación monetaria auxiliada por la política gubernamental, a partir del primer Austria. Cuando los mercados americanos empezaron a tener gran consideración, España estaba totalmente arruinada. De ahí que la colonización, que en los primeros años prometía dar a los nuevos territorios parte de los medios económicos y de la civilización existente en España, se convirtiera pronto en una colonización principalmente parasitaria. ¿Qué podía España, arruinada y muerta de hambre, ofrecer a América? Nada, sino pedirle más y más cargamentos de oro, donde los arbitristas de la época y los intereses de la monarquía depositaban la fuente de la riqueza. Los países de América hubieron de seguir la trayectoria decadente de España y dejarse adelantar por las colonias inglesas y francesas. Así como la situación actual de España arranca del choque económico originado en el descubrimiento de América, las lacras y el retraso de los países hispano-americanos arrancan de la decadencia de España.

El oro y la plata sólo sirvieron para satisfacer las necesidades políticas de la monarquía, en contradicción completa con las del país, y para dar origen a una especulación internacional extraordinariamente desventajosa para el mismo. Los banqueros y comerciantes de toda Europa especulaban sobre los metales y las mercancías españolas. En Lyon, Francfort, Génova, Amberes y Londres se vendían con grandes beneficios, créditos comprados en España¹⁶. E inversamente, pero siempre con desventaja para España, a causa de la balanza desfavorable de los cambios. Las monedas españolas tenían un valor real para la compra de mercancías mucho más elevado en cualquier parte de Europa que en la península. Los propios comerciantes españoles tenían que estar interesados en comprar mercancías en el extranjero. Así se produjo aquella desproporción entre la cantidad de oro y plata existente, de una parte, y la de

¹⁴ C. H. Haring: *Comercio y navegación entre España y las Indias*.

¹⁵ L. von Ranke: *La monarquía española de los siglos XVI y XVII*.

¹⁶ H. Hauser et A. Renaudet: *Les débuts de l'âge moderne*.

mercancías producidas, de otra, que determinó la salida de los metales hacia plazas extranjeras, donde la relación entre ellos y las mercancías era cosa real, o al menos no tan ficticia como en España¹⁷.

Al recibir el impacto de este choque, que debe ser considerado como la primera conmoción financiera del capitalismo, pereció la economía española, al mismo tiempo que de sus ruinas se alimentaban otras industrias allende el Pirineo y el canal de la Mancha. Aun al finalizar el siglo XVI se conservaban bancos en Sevilla, Granada, Toledo, Segovia, Barcelona. En 1622 quebraba el último que tenía Sevilla un tal Jácome Mateo¹⁸.

La crisis financiera e industrial fue tan profunda que ni siquiera el campo pudo resistir. Pasado el primer momento de bonanza, el enriquecimiento de los labriegos y la extensión de los cultivos cedió el paso a un movimiento inverso. La ruina de los estratos inferiores de la nobleza sólo dio origen a una reducida clase de nuevos propietarios ricos que pronto hicieron alianza con la alta nobleza y se inclinaron, como ella, más a la ganadería que a la agricultura. La masa de la población agrícola sufrió los mismos perjuicios que las clases urbanas, por extensión de las propias causas. Durante la segunda mitad del siglo XVI, la tierra es cada vez menos productiva. Los jornaleros son arrojados en la miseria y el vagabundaje; los labriegos, si no pueden incorporarse a la ganadería trashumante, se arruinan. En muchos casos prefieren la cárcel a seguir cultivando la tierra. Habiendo proporcionado el desarrollo anterior de la industria textil grandes utilidades a los ganaderos, los agricultores más pudientes precipitáronse al cultivo del ganado lanar. Este era el único que prosperaba, mientras la industria y la agricultura se desintegraban. Si Tomás Moro decía que Inglaterra era el país donde las ovejas se comían a los hombres, en España hubiera podido decir que se comían ciudades enteras. Este mismo fenómeno de la extensión de la ganadería en perjuicio de la agricultura y de los hombres ocupados en ella, prodújose un poco después en Inglaterra y Francia. Pero mientras allí el ganado lanar suministraba materia prima a la industria del país, acrecentándola y capacitándola para absorber, aunque lentamente, el excedente humano expelido por el campo, en España la industria fue gradualmente incapaz de asimilar la materia prima y los hombres. Ello agravó aún más la situación de la economía urbana. Las lanas de la poderosa Mesta hubieron de desviarse hacia los telares de Inglaterra, Flandes y Lyon. Y al amparo de la ruina de los labriegos, la tierra se centralizó en manos de la nobleza y algunos propietarios ricos, más que en plena Edad Media.

La descomposición alcanzó a todas las clases laboriosas del campo y la ciudad. El memorial de la Universidad de Salamanca, redactado cuando la propia estulticia de las altas esferas no podía cerrar los ojos ante el ahogo general del país, da una imagen tétrica de España, valedera para la segunda mitad del siglo XVI, y aún para antes: «Viendo que ya no hay en qué ganar un real, no quieren enlodar a sus hijas e hijos, sino que estudien y que sean monjas, clérigos y frailes, porque el oficio ha venido a ser maleficio y de oprobio para el que lo tiene, pues no le sustenta». He ahí el venero real de nuestra hidalga haraganería, de la santa catolicidad española, e incluso del misticismo.

Pero el mal venía de atrás, de bastante atrás. Si durante el reinado del primer Austria los efectos de la ruina no se hicieron sentir muy gravemente, en él germinaron y tomaron cuerpo sus causas. El sombrío Felipe II, con toda la pesadez de su espíritu y de su inmensa máquina burocrática, presintió ya la catástrofe. Vivió en continua bancarrota financiera, vendiendo con mucha anticipación los cargamentos de oro de las Indias y las rentas de la Nación, para sostener empresas descabelladas como las de Flandes e Inglaterra, y aquella de la comunicación terrestre entre Milán y Flandes de la que vivían a costa de España legiones de nobles y mercenarios «bravi» en Italia, Austria, Alemania y Hungría misma. Pudriéndose ya en el Escorial, sus cartas sobre la situación del país exhalan el mismo olor fétido que su cuerpo. El resultado de su gestión administrativa es macabro. Ruina financiera del Estado, decadencia de la agricultura, descomposición de la industria, extensión enorme del vagabundaje, la miseria y la despoblación, omnipotencia de la Inquisición en una Europa que va pronto a sustituir la ciencia a la religión, atonía general del país y retroceso de la cultura. Si hubiera que elevar monumentos de infamia a los hombres funestos, Felipe II tendría uno de los principales de la historia. Y al pie de su máscara ô qui ne riait pointô¹⁹ habría que escribir las palabras del Consejo de Castilla en la consulta de 1619: ... Quedó el país tan lacerado «que las casas se caen y ninguna se vuelve a edificar, los lugares se yerman, los vecinos se huyen y se ausentan y dejan los campos desiertos.»

La ruina fue rápida, completa, tocando la barbarie casi en el siglo XVIII. Martínez de la Mata enumera diez y nueve gremios desaparecidos en 1655, algunos tan importantes como los oficios del hierro, acero, plomo, estaño, los

¹⁷ Quevedo rima sobre el oro: «Nace en las Indias honrado, ô donde el mundo le acompañaô , viene a morir en España ô y es en Génova enterrado.» Con su tono serio, Baltasar Gracián refiere que las recuas de comerciantes extranjeros regresaban cargadas de oro.

¹⁸ Colmeiro: *Historia de la economía española*.

¹⁹ «Que nunca reía», palabras de Charles De Coster en la *Légende d'Uelenspiegel et Lamme Goedzak*.

calafates y carpinteros de ribera. La miseria y la escasez reinaban por doquier, salvo entre la gente de iglesia y la nobleza. Un viajero que recorrió toda Europa se asombra al entrar a España de las dificultades para encontrar un huevo o un pedazo de carne. «Las cosas bellas y buenas son aquí muy raras, todo es caro, todo grita miseria, mientras que nosotros gritamos al hambre y al ladrón»²⁰.

Naturalmente existieron causas poderosas para llegar a ese agotamiento, pero la decadencia fue apoyada con sin igual tenacidad por la política de la monarquía sostenida por la Iglesia y la nobleza.

En otros países, el progreso social y el crecimiento económico fue dado por un alianza entre los cultivadores prósperos, la burguesía manufacturera y la masa trabajadora de los gremios, contra la nobleza primero, más tarde contra la monarquía, o contra su base feudal como en Inglaterra. En España la primera etapa fue una victoria temprana y brillante para las nuevas clases; la segunda una catástrofe. Sobre las causas económicas ya señaladas, añadióse la derrota de la insurrección de las Comunidades y Germanías. La nobleza, cuyo dominio había sido muy mermado por las clases plebeyas, plegóse en torno a la monarquía para salvar como gracia una situación que por propia fuerza le era imposible sostener. El ataque de las ciudades selló contra ellas la alianza de la monarquía, la nobleza y el clero. Uno de los hechos iniciales de la decadencia está en la derrota de Villalar.

Las peticiones de los comuneros de Castilla y de los agermanados valencianos, así como la composición social de sus ejércitos, denotan un movimiento de la burguesía manufacturera apoyada en los gremios y en la población baja del agro. Esta última era la base militar de las Germanías, mientras en Castilla un tundidor presidía la junta subversiva de Tordesillas. Las reclamaciones y peticiones de unos y otros están impregnadas de un gran vigor y clarividencia en cuanto a las necesidades del progreso y del país. Saneamiento de tributos, anulación de las gabelas feudales, franquicias a la circulación de mercancías, eliminación del sistema feudal de justicia, exoneración de la inquisición y la Iglesia en general de los asuntos judiciales y políticos, prohibición de vender los cargos oficiales, vuelta a la milicia popular que cincuenta años atrás había aterrorizado a los nobles²¹. Nobleza, monarquía e iglesia, fueron unánimes contra los sublevados. Adelantándose cuatro siglos al cristianismo celo de Franco, los señores de Valencia emplearon contra la milicia popular de las Germanías, a los moriscos que poco después hablan de ser expulsados y saqueados por ellos.

Sin embargo, la derrota de las ciudades no puede considerarse decisiva para la evolución de España hacia el capitalismo moderno. Derrotas más fuertes hánse visto en la historia, de las cuales se rehace un partido. Pero no cabe duda que de ahí arranca la combinación política que favoreció la decadencia e hizo de España el campeón de la reacción coetánea europea. La derrota de las ciudades coincidió con las primeras distorsiones de la crisis económica. Las clases laboriosas, que por la rebelión quisieron eliminar las trabas impuestas a su desarrollo, fueron sometidas, más que en los anteriores cien años, al molde contrahecho del feudalismo. Y como el mal económico fuera agravándose, al instalarse la pobreza y el vagabundaje allí donde antes existiera trabajo y plenitud, si no abundancia, la capacidad de lucha de las clases laboriosas disminuyó en lugar de aumentar. Habrían podido salvarse de los primeros efectos económicos y volver a la carga si la monarquía no hubiese redondeado con su política la catástrofe económica.

Paralelamente a ella, además, se puso en ejecución desde el poder una sangría y un desarraigo continuo de la población laboriosa. Primero fueron los judíos, después de los moros de Granada y los marranos, más tarde los moriscos. Mientras más profunda era la crisis económica, más se generalizaba la poda de estratos sociales activos. Añadiéndose a ello la política económica y tributaria, las trabas siempre recargadas al comercio y a la industria y las guerras dispendiosas, el golpe inicial de la crisis financiera, lejos de ser subsanado, repelió para mucho tiempo el país del grupo de las naciones avanzadas.

El pueblo, que por instinto ve frecuentemente más claro que los gobernantes, anatematizaba con su sarcasmo los males corrientes: «Tres santas y un honrado tienen al reino agobiado», a saber, la Santa Hermandad, la Santa Cruzada, la Santa Inquisición y el Honrado Concejo de la Mesta. Y también, «Qué es Mesta? Sacar de esa bolsa y meter en ésta». No faltaron intentos valientes de rectificación, pero fueron demasiado esporádicos y sin homogeneidad nacional para permitir un enderezamiento del país. Comunidades y Germanías, insurrecciones en Andalucía, las Alpujarras, Aragón, Cataluña, Portugal, motines en Madrid, bajo Felipe IV, atestiguan la oposición y la continua resistencia a la monarquía. La miseria general ayudó a ésta, impidiendo una acción simultánea de las clases urbanas y campesinas. Sin excepción, los descontentos fueron aplastados para dejar paso y pasto libres al clero y la nobleza. Los privilegios y

²⁰ *Un voyage en Espagne au début du règne de Charles II.* Anónimo publicado por R. Foulclié-Delboac.

²¹ Manuel Danvila: *Historia de las Comunidades de Castilla.*

posesiones de estos dos elementos eran mucho mayores al finalizar el siglo XVIII que al terminar el XV. De ahí que las clases reaccionarias de la España actual, incluyendo la burguesía, sean sólo hijuelas, modernizadas apenas de aquellas que sumieron el país en la degradación, de donde el pueblo español trata esforzadamente de salir desde principios del siglo pasado.

El siglo XVIII, con su cambio de dinastía, nada esencial aportó, si no es la consagración oficial de la sujeción de España a las potencias europeas. Aunque totalmente arruinado y socialmente desmoronado, el país había conservado hasta entonces ô un tanto por la inercia del movimiento primero y otro tanto por la debilidad relativa de Inglaterra y Franciaô cierta intervención y prestigio en los asuntos europeos. Perdidos éstos definitivamente en la batalla de Rocroi, España quedó uncida al juego de las principales naciones del Continente. La guerra de sucesión dio estado legal a ese hecho. Si Luis XIV pretende aplanar los Pirineos instalando a su nieto en el trono de Madrid, Inglaterra álzase con Gibraltar, y su penetración económica en el país va a ser pronto decisiva. La península será arena de lucha entre Inglaterra y Francia durante todo el siglo siguiente. A eso vino a parar el primer imperio manufacturero y burocrático, bajo la férula monárquica de la Iglesia y la nobleza. Su triunfo fue un triunfo negro, aniquilador. Pero las fuerzas sociales y las tradiciones históricas que han acumulado contra sí, darán al pueblo de las Comunidades y las Germanías, trocado ya en proletariado, un vigor y una voluntad invencibles; repetirá los 19 de Julio hasta no dejar del «pasado glorioso» más que páginas despreciables en los libros de historia.

Los primeros calambres de regeneración empiezan inmediatamente después de los hueros ensayos ilustrados de Floridablanca y Campomanes. Apenas unos decenios de reposo, mal recalentado el estómago por una situación más normal y estable dentro de la miseria, reanúdase la lucha interior. Todavía los soldados de Napoleón no atraviesan la frontera cuando en Madrid prodúcense motines contra «el choricero», omnipotente favorito de la reina. No hay movimiento uniforme, falta opinión nacional, el campesino se conserva apático y alejado de la política, se carece de una burguesía fuerte e inteligente; pero la intervención napoleónica va a estremecer de ira hasta los villorrios más apartados, a dar al país un motivo de lucha, caudillos mil salidos del pueblo, a devolverle la confianza en sí mismo y a precipitar la uniformidad política de que aún carecía.

Napoleón se quejaba en el *Memorial de Santa Elena* de que, habiendo querido hacer un bien a los españoles (en realidad al naciente imperialismo francés) «desdeñaron el interés para no ocuparse más que de la injuria, se indignaron ante la ofensa, se rebelaron ante la fuerza, todos corrieron a las armas. Los españoles en masa se condujeron como un hombre de honor... ¡Merecían mejor suerte!» Tenía importantes motivos para quejarse, puesto que según él mismo «esa infortunada guerra me perdió». No cito estas palabras del gran santón militar francés sino con la intención de burlarme de aquellos pseudo-radicales españoles, algunos de ellos socialistas, papanatas admiradores del «Gran Corso» que se dan un tinte revolucionario condenando la reacción de las masas españolas contra la invasión como una aberración religiosa, como una lucha del fanatismo medieval contra el racionalismo de la revolución francesa. En realidad, de la guerra contra Napoleón arranca el renacimiento social, económico, político y cultural del país; ella le dio un impulso más fuerte que cincuenta años de evolución pacífica. A partir de entonces comenzó a ser quebrantado el dominio oprobioso de la religión sobre las conciencias. Los señores radicales que no lo han visto, se contentan con bien poco. Para ellos la revolución francesa es Napoleón; en cambio, un Robespierre o un Marat, no digamos un Hébert o un Babeuf, les sobrecoge de espanto. Son los mismos que han pasado por la guerra civil sin ver la revolución, mejor dicho, combatiéndola. Simplemente, son extraños al contacto viviente del común de los mortales, pesimistas incapaces de comprender la inmensa capacidad creadora contenida en los grandes movimientos de masas. Como Dios en el prólogo de «Fausto», reneguemos de los pesimistas que ni siquiera saben reír.

Es conveniente detenerse unos párrafos en la interpretación de esta guerra, donde se gestaron las primeras modificaciones que han aupado y templado el espíritu revolucionario del país, poniéndolo en primera línea en las modernas luchas internacionales.

España había ignorado la gran revolución francesa. Sólo pequeños círculos conocían sus ideas y simpatizaban con ellas. Las alteraciones y motines anteriores a la intervención francesa, tenían motivos y visión puramente locales, sin conexión con las ideas del sufragio universal, el gobierno representativo, la abolición de los privilegios de la nobleza y del clero, y la igualdad natural o ante la ley. Nada hacía prever que el país se viera pronto arrastrado hacia ellas en un movimiento de conjunto; faltaba lo esencial, como siguió faltando después; una burguesía fuertemente enraizada y capaz de emprender la lucha con decisión. Napoleón, tras recibir los poderes españoles de las manos criminales de la Monarquía, la Inquisición, los Consejos de Castilla y de las Indias, envió a su hermano José con una parodia de

constitución por cebo, y rodeado de la corte de Carlos IV. Lo que ocurrió en seguida es universalmente conocido. El país ardió en las cuatro direcciones, millares de grupos guerrilleros surgieron por doquier, como nacidos de la tierra. La población en masa, salvo la nobleza y el clero, formaba un ejército activo contra las tropas de intervención. El 2 de Mayo no produjo sólo una insurrección contra las tropas de Murat; destruyó los viejos poderes y dio la señal para la constitución de otros nuevos. Al tomar la iniciativa, las Juntas principales eran una fuerza revolucionaria a pesar de sus miserias, sus contradicciones y sus querellas. No tenían otro apoyo que el pueblo en armas. Dondequiera que la acción de los nobles y el clero, obligados por la insurrección general a declararse por el pueblo, no logró contrarrestar la iniciativa de la masa, las Juntas tomaron medidas revolucionarias. Es preciso tergiversar la historia y haber perdido la confianza en los valores humanos más elementales para no ver en esa lucha magnífica otra cosa que fanatismo religioso y aversión a los principios de libertad²².

¿Trataba acaso Napoleón de imponerlos en España? De haberlo querido habría sido aclamado como libertador. El primer impulso del pueblo hacia el antiguo general de la revolución, fue de simpatía. Se revolvió contra él únicamente al descubrir su verdadero propósito. Prisionero de los ingleses, Napoleón confesaba haber enviado a España una expedición de castigo. Quería vengar los agravios que los Borbones le infirieran, e impedir toda posibilidad de ataque británico por la península. Cometió el error de identificar al pueblo con los Borbones, y la barbarie de castigar a los Borbones en el pueblo. Sus proyectos y reformas anti-feudales, en cambio, no pasaron de una mascarada. Por eso el pueblo se le opuso como un solo hombre, e hizo más; recogió las ideas que él agitaba sólo como una añagaza, y dio a España, por primera vez desde el siglo XV, un régimen de libertad.

El resultado principal de la guerra contra Napoleón, consistió precisamente en la introducción en gran escala de los principios liberales. La bandera le fue arrebatada a Napoleón. Más importante a la larga fue la profunda sacudida experimentada por la población, que quebrantó el localismo sedentario de la decadencia. La masa adquirió alguna conciencia, comprobó su propia fuerza y se vio incorporada a la política.

Si la proteica Constitución de Cádiz no duró gran cosa y la reacción borbónica volvió a sus fechorías apenas repuesta en el poder, son ya hechos de índole diferente cuya principal causa es la escasa densidad numérica y económica de la burguesía, y su más escasa densidad de ánimo. Pero antes de la guerra ni siquiera cabía hablar de reaccionarios o serviles, y de liberales. Tampoco Napoleón hubiera podido modificar de un año para otro la naturaleza de la sociedad española. La guerra no perdió por ello su valor altamente progresivo. Es sabido de todo el mundo que Fernando VII no pudo establecer el poder absoluto sin enviar a la horca las principales cabezas de la guerra: Juan Martín «El Empecinado», Lacy, Riego, etc.

Un pueblo recio y arrojado, pródigo en rebeliones y motines, siempre carente de dirección capaz, es la tónica permanente de las clases pobres españolas durante los siglos XIX y XX. Por eso se nota en la mayoría de sus luchas un carácter defensivo. Ambas características se han conservado hasta hoy. Durante el período revolucionario último, cuantos hombres han ocupado puestos dirigentes, estuvieron muy por debajo del cometido histórico y hasta de las necesidades más urgentes del momento. En una palabra, un pueblo que despierta entusiasta admiración, y dirigentes que sólo desprecio inspiran; he ahí el rasgo más persistente de las luchas sociales españolas. La catástrofe de la guerra civil supera en proporciones a todas las derrotas que los pseudorrevolucionarios han deparado a las masas.

Y si dentro del nivel elevado de conciencia que han alcanzado las masas españolas, ésta ha sido la más reciente realidad, durante el siglo XIX, despertando súbitamente del sopor, la ausencia de dirección fue mucho más visible y menos contrarrestada por el grado de radicalización de las clases pobres. Así, si no infructuosos por completo, los esfuerzos de estas últimas, ininterrumpidos casi desde la invasión napoleónica hasta la restauración de 1874, resultaron costosísimos. Ciertamente, la burguesía era débil, pero además cobarde políticamente e impregnada del decadentismo dominante. Una clase débil, aprovechando circunstancias tan excepcionalmente favorables como las brindadas por la guerra mencionada y por las guerras carlistas más tarde, puede extender rápidamente su dominio político y su economía doméstica. Pero la mayoría de los liberales querían un constitucionalismo a lo Luis-Felipe sin pasar por la Convención, sin expropiaciones agrarias y sin guillotinas. Y como, por otra parte, la nobleza terrateniente poseía en la rudimentaria economía capitalista española tanta o más parte que la burguesía propiamente dicha, los liberales, encadenados por sus prejuicios contra la violencia y la expropiación, perdían el poder tantas veces como

²² «Vino Napoleón y despertó todo el mundo», escribe Galdós en su *Empecinado*, al mismo tiempo que pone de relieve el desprecio del pueblo por el viejo ejército monárquico y la popularidad de la palabra Constitución.

eran empujados a él, sin haber destruido el feudalismo. El país, pugnando por incorporarse al concierto de la moderna economía europea, era lanzado atrás después de cada intento. Aun en los momentos de guerra civil, cuando la monarquía, asustada, echaba mano de los liberales y era fácil a éstos liquidar el feudalismo agrario, se comportaron en el poder como peleles manejados por la alta nobleza. «Los carlistas son como si dijéramos de casa», quejábase Larra²³. Una especie de frente popular de los partidos de la época, hacía más peligroso ser un intransigente «renovador» que un carlista, como bajo el gobierno Negrín era más peligroso ser revolucionario que fascista. Así transcurrió todo el siglo, en guerras civiles, motines, pronunciamientos, miedosos ensayos constitucionales, y largos períodos de absolutismo. A pesar de los progresos indudables del siglo XIX, el balance crítico es altamente negativo. Una sangría y un esfuerzo sobrehumano del pueblo, disiparon se en manos de los liberales hasta dar en el feto constitucional de la restauración. Ni siquiera en el último período, cuando ya había partidos que osaban llamarse republicanos, supieron aprovechar el poder, al venírsele a las manos el año 1873, para dar a su clase y a la República una sólida base económica.

El país prosperó y se modernizó algo, pero principalmente por aburguesamiento de la nobleza y la Iglesia, obligadas a hacer inversiones capitalistas. Las reformas político-sociales apenas pasaron de la corteza. La burguesía de origen siguió siendo reducida en número y riqueza; más bien debe hablarse de pequeña burguesía, inclusive en Cataluña. Algunas embarazosas supervivencias del feudalismo fueron suprimidas, aumentó el número de industrias y el de obreros empleados en ellas, así como el área cultivada del país, disminuyó el analfabetismo, y en los medios urbanos prodújose un cierto renacimiento intelectual; pero las dos principales y más onerosas supervivencias feudales, sin suprimir las cuales el país no podía pasar de una semicivilización, atravesaron indemnes este largo período de agitaciones. Nadie se atrevió a hablar seriamente de destruir los latifundios y la preponderancia del clero. Tras cada etapa de agitación, estos males retrotrajeron el país al indiferentismo político de la decadencia. En una palabra, nuestros liberales del siglo pasado fueron más parlanchines que osados, más conspiradores de calavera y club francmasón que revolucionarios, más figurantes políticos que reformadores. Su gestión gubernativa, vivamente ansiada, provocó siempre el descontento por tímida y respetuosa con la reacción. Nada positivo y firme en sí dieron a la estructura social y a la superestructura política del país. Nos transmitieron hasta el siglo XX las llagas de la decadencia. Con todo, somos deudores a sus escarceos políticos de haber removido uniformemente la conciencia de las masas del país, interesar al obrero, al bracero y al campesino, en los asuntos públicos. Si ellos no supieron hacer nada con esa floración de la conciencia, si su actuación redujóse en suma a garabatos legalistas, y por su culpa las cosas volvían siempre atrás, las intermitentes sacudidas colectivas prepararon excelentemente el terreno para las grandes sacudidas revolucionarias de nuestros días. Cada vez en mayor escala, cada vez con mayor ímpetu y fuerza determinante, las masas españolas han intervenido desde entonces en la política.

El renunciamiento y la resignación cristiana característicos de la decadencia han cedido el puesto a sus contrarios. No podemos negar a los liberales del siglo XIX la parte que les corresponde en este importantísimo cambio. El ha dado a las masas pobres españolas una vitalidad increíble, productora de cinco insurrecciones en treinta años, una obstinada guerra civil, numerosas colisiones menores, infinidad de huelgas políticas y otros triunfos parciales. Ni la victoria de Franco logrará abatir ese espíritu indomable que se venga ahora de siglos de derrota, desprecio, miseria y humillación. Franco no tiene tras de sí más que las fuerzas pútridas de la decadencia; él mismo es, familiar, profesional y personalmente una astilla del viejo tronco carcomido y sin savia. Su dominio será efímero. Las masas españolas han adquirido un temple que les impide la renunciación. Quieren tener su puesto en la vida, en la historia, y lo conquistarán. Su derrota ha sido dura, muy dura, pero es precisamente la masa lo único que moralmente se ha salvado de la misma. Hombres que se han educado al calor de la derrota, que llevan en su entraña la brasa ardiente de la guerra civil, seguirán incansables para recomenzarla de nuevo, hasta precipitar el capitalismo en la barranca de los muertos. En la Europa hirviente y larvada de la actualidad bélica, España no es el polvorín agotado. La guerra va a producir insurrecciones sin cuento. Las masas pobres de la península no se quedarán atrás, porque desde hace años están a la vanguardia de la lucha por la revolución socialista. Volverán a la carga con violencia centuplicada, y desempeñarán un importante papel en la historia de las revoluciones proletarias venideras.

²³ 23. *Segunda carta de un liberal de acá a un liberal de allá.*

CAPÍTULO II

FISONOMÍA ESTRUCTURAL DE ESPAÑA

Las modificaciones estructurales ocurridas en España durante los tres primeros decenios del siglo XX, son una premisa orgánica de la crisis revolucionaria y de la guerra civil. Un elemento inexistente en el siglo XIX, el proletariado industrial, entra en acción con personalidad y aspiraciones independientes, a partir de la huelga revolucionaria de 1909. Su energía va a ser la fuerza impulsora de todos los movimientos sociales, inclusive de aquellos que aparecen con la máscara bonachona y engañosa del republicanismo.

Cierto, desde la revolución de 1848, cada vez que se ofrece la oportunidad de combatir la reacción mediante las armas, los obreros y artesanos suministran los núcleos más decididos. La Internacional, apenas fundada, tuvo en España una sección, pero de proletariado industrial y de plenitud de las organizaciones obreras, no puede hablarse hasta el siglo actual. Ya muriente la Primera Internacional, la sección española quemó sus cartuchos en la aventura intrépida, pero baldía, de la insurrección cantonal. Durante más de dos semanas, los obreros de Cartagena tuvieron en jaque al general Martínez Campos. Con los valientes cartageneros termina el período primitivo de la organización obrera en España.

El siglo actual da acceso a una fase superior. El capitalismo europeo vive sus momentos prósperos. La euforia del progreso técnico, de las conquistas económicas, del sistema parlamentario, da la base para el reformismo ministerial de la Internacional Socialista. Por repercusión del progreso europeo, el capitalismo gana terreno en España, a pesar de las trabas del sistema monárquico clérigo-caciquil. En buena parte es capital extranjero, principalmente inglés, invertido en minas, plantas generadoras de fuerza motriz, ferrocarriles, tranvías eléctricos más tarde. Pero también los capitales españoles se multiplican y extienden sus inversiones. En cualquier forma, resulta una importante elevación del nivel industrial y la formación de una clase proletaria que va a insuflar su propio esfuerzo a las próximas luchas políticas.

Cataluña transforma en industrias sus manufacturas, que habían sufrido menos los efectos aniquiladores de la decadencia. Y es en Cataluña donde se produce el primer gran choque político en que el proletariado toma la iniciativa y parte preponderante. La huelga general revolucionaria de 1909 fue una soberbia entrada en escena de los obreros industriales. Babeó de ira la reacción, y escupió su enojo sobre los revolucionarios desde los cañones de Montjuich. Fue vencido el movimiento, y la represión tan bárbara como de consuno en los apologetas del orden y la hermandad cristiana; quedó el ejemplo, muchas veces seguido después, de una huelga general directamente provocada por acontecimientos políticos. No consiguió detener los transportes de tropas enviados al África, pero dio un elevado ejemplo de conciencia de clase y de aversión a las aventuras imperialistas del capitalismo.

Tanto las cualidades como los defectos mostrados por el movimiento obrero español, se encuentran rudimentariamente en la huelga de 1909: acción rápida, combatividad tesonera, anticlericalismo, conciencia política; pero también infeudación ilusa al republicanismo burgués o causante principal del fusilamiento de Ferrer, atolondramiento anarquista, cobardía o deserción social-demócrata, ausencia de dirección firme. Pese a todo, el proletariado español será en adelante extraordinariamente sensible a la política, cualidad la primera en toda clase revolucionaria. Sus más poderosos y bellos movimientos los provocarán más directamente reivindicaciones políticas que económicas.

La primera guerra imperialista sorprende a España en un estado de relativa bonanza. La neutralidad, conservada a pesar de los devaneos germonófilos de las clases gobernantes, permitió, a favor de la posición geográfica, incrementar el comercio de exportación en grado desconocido antes, y aumentar el consumo interior de productos industriales.

Hubo ensanchamiento de la industria, y del proletariado, consecuente mente. Un desarrollo industrial provocado fundamentalmente por las demandas extraordinarias de guerra, tenía forzosamente que tropezar con serias dificultades al cesar éstas. Pero la actividad industrial permitió también ensanchar la capacidad adquisitiva del país, y dar más salida interior a los productos industriales. Sin dejar de ser un país agrario y retrasado, las adquisiciones efectuadas dieron a España la fuerza económica y el elemento social necesario para lanzarse por el camino de la revolución socialista. Dejemos hablar un poco a las cifras para observar la fisonomía económica y social del país sobre la cual se desenvuelve la crisis revolucionaria de 1930 a 1939.

Las primeras demandas de la guerra favorecen la industria textil. He aquí el valor de sus exportaciones solamente, en millones de pesetas²⁴:

	1909-1913	1914	1915	1916	1917
Tejidos de algodón	52,3	42,9	178,4	85,3	105
Tejidos de lana	1,7	34,5	162,5	108,4	78,2
Total	54,0	77,4	340,9	193,7	183,2

El período de la guerra se caracteriza por un aumento considerable del volumen de las exportaciones con relación a las importaciones. Las cifras para las principales ramas son éstas:

Exportaciones (en millones de pesetas)

Categorías	1914	1915	1916	1917	1918	1919
Materias primas	205,9	232,9	559,1	241,6	179,0	206,9
Productos alimenticios	355,8	402,0	532,6	531,9	333,3	624,7
Artículos manufacturados	249,9	605,1	565,2	533,0	420,5	471,3

Por primera vez el comercio exterior arroja un saldo favorable durante cinco años consecutivos:

Años	Pesetas
1915	53.749.972
1916	97.005.699
1917	4.565.162
1918	386.922.159
1919	238.973.236

Al mismo tiempo que las exportaciones, se desarrollan las importaciones, sobre todo de maquinaria, artículos eléctricos y elementos de producción en general. Proceden preferentemente de los Estados Unidos. El margen favorable del comercio exterior es mucho más positivo considerando que una buena parte de las importaciones comprendía materiales destinados a la extensión industrial.

La industria extractiva duplica largamente el valor de sus productos, en cinco años:

Años	Millones de pesetas
1914	217,4
1915	254,0
1916	382,8
1917	448,4
1918	545,9

²⁴ Las cifras han sido tomadas, de preferencia, del *Anuario Estadístico de España*, editado por la Presidencia del Consejo de Ministros. En algunos casos he recurrido a otras fuentes.

En la industria de transformación el aumento es aún más sensible:

Años	Pesetas
1914	244.749.799
1915	371.597.406
1916	579.213.594
1917	874.778.668
1918	841.180.961

Sube la producción de ácido sulfúrico, sulfato de cobre, azufre, coke, aglomerados de carbón, y sobre todo, de hierro y acero.

La producción de hierro pasa de 297.000 toneladas en 1913 a 528.237 en 1925.

Quizá mejor índice que ningún otro del progreso industrial efectuado durante el período que tratamos, es el desarrollo de la industria eléctrica. La producción de energía, que en 1913 era de 62.483 Kws.h., pasa en 1920 a 228.364; en 1927 alcanza 332.706 Kws.h. Y el potencial total de la misma se expresa como sigue:

Años	Potencial	
	En explotación	En construcción
1917	381.927 H. P.	499.787 H. P.
1921	622.365 H. P.	1.420.375 H. P.

Es sin duda la adquisición más positiva hecha por España durante este siglo, por las posibilidades de mayores y más modernas instalaciones industriales que permite.

Como consecuencia de esta actividad industrial, la marina mercante, que disponía en 1914 de 877.000 toneladas, tiene ya 1.094.000 en 1922 a pesar de 210.000 toneladas hundidas durante la guerra de 1914-18.

Faltan datos específicos para observar el desarrollo de la producción y del número de instalaciones de la mayoría de las industrias. Las estadísticas españolas son pobrísimas en este aspecto, y frecuentemente contradictorias. Los anuarios internacionales, basados en los españoles, no sirven de mejor ayuda. He aquí, sin embargo, una importante estadística global dada por el *Anuario de la Presidencia del Consejo de Ministros*. En ella se hace constar que hay un número indeterminado de sociedades pequeñas no incluidas en la cuenta:

Número de sociedades mercantiles y bancarias registradas de 1916 a 1920

Años	No. de Sociedades	Capital en pesetas
1916	1.684	236.087.143.04
1917	2.143	867.471.514.79
1918	2.556	1.120.564.917.01
1919	3.016	822.656.322.24
1920	3.085	2.113.525.638.28
Total	12.484	5.159.904.935.36

El progreso industrial es notable, pero España sigue siendo un país atrasado y muy predominantemente agrícola. Según *El Financiero* del 18 de noviembre de 1921, España contaba con una riqueza industrial (minera incluida) de 10.000 millones de pesetas, contra 119.945 millones de riqueza agrícola.

He tratado inútilmente de encontrar cifras exactas de la composición de clase de la población, principalmente de la proletaria y campesina. A las estadísticas oficiales no les preocupa este problema. Hay que limitarse a aproximaciones basadas en los datos de que se dispone.

Para algunas ramas de la industria se encuentran cifras que no pueden darse sino con muchas reservas, porque los datos calculados por otras fuentes introducen la duda sobre su exactitud.

En 1920, la industria textil empleaba 100.000 trabajadores en 65.000 telares distribuidos en 300 fábricas. Se trata exclusivamente de la rama algodón; no es posible saber nada sobre el número de obreros en la industria de tejidos de lana, estambre, seda, lino y mezclas. En la misma fecha, las secciones de laboreo y beneficio de la minería ocupaban 156.639 obreros. La industria pesquera incluyendo la construcción de barcos para la misma, da una cifra aproximada de 125.000 hombres. Para la industria del transporte, un dato de 1910 señala 154.580 empleados. Todas estas cifras están por debajo de la realidad al iniciarse el periodo revolucionario. Se carece de datos ciertos para una parte de la industria textil, la totalidad de la metalúrgica, la eléctrica, las de construcción, alimentación y vinícola, para las construcciones y transportes marítimos, para las industrias forestales y agrícolas, elaboración de madera, industrias tabaquera, cerillera y otras menores. Faltan igualmente cifras que estimen el número del proletariado agrícola, los campesinos pobres y medios. Se puede, no obstante, hacer un cálculo aproximado basándose en una estadística de la población por ocupaciones, correspondiente al año de 1910. He aquí las cifras para las categorías sociales que nos interesan:

Habitantes ocupados en:

Explotación del suelo	4.220.550
Extracción de minerales	90.798
Industrias	940.613
Transportes	154.580
Comercio	135.490
Designaciones generales	1.160.421
Total	6.702.452

Basándose en la estadística anterior y teniendo en cuenta que el período de mayor crecimiento industrial se sitúa entre 1910 y 1930, se puede deducir sin exagerar, que en vísperas de los grandes desgarramientos políticos, había en España entre 2 millones y medio, y 3 millones de trabajadores industriales y cerca de 5 millones de obreros agrícolas y campesinos pobres semijornaleros. La población trabajadora agrícola permaneció estable, o disminuyó proletariándose, a causa de la intervención de la maquinaria en los cultivos, y de la demanda de brazos en las ciudades. El artesanado y las manufacturas, que habían conservado una importancia considerable en la red económica española, desaparecen casi por completo tras el impulso transformador del primer cuarto de siglo. El primero se funde con el proletariado; la segunda con la industria. El localismo y la indiferencia política, fomentados por el localismo de la producción artesanal, son eliminados por las relaciones de producción capitalista, introducidas hasta en los rincones más atrasados. El campo ya no está aislado de la ciudad por las marañas de un sistema arcaico el enlace de los productos industriales precede al enlace político entre el proletariado y los campesinos.

Como se ha visto, la riqueza agrícola española sobrepasaba en más de once veces la riqueza industrial. Este solo dato sugiere ya la importancia y gravedad de los problemas del campo. En el transcurso de todo el período revolucionario, inclusive la guerra civil, fue la muralla en que rompían sus prestigios gobiernos, partidos y hombres. Sobre su estimación en relación con los problemas generales del país, y las soluciones que a él se ofrezcan, reposa la evaluación del carácter de la revolución española.

No es preciso insistir en reproducciones estadísticas sino lo indispensable para apoyar el análisis. De todos los problemas españoles el del campo es, sin disputa, el único estudiado seriamente, con las características fundamentales del cual esta familiarizada toda persona a quien preocupen los problemas sociales.

El más importante de los problemas del campo, la concentración de la propiedad agraria, es internacionalmente conocido. En la mitad del sur de España, el 75% de la población posee únicamente el 4,7% de la tierra, mientras el 2% de la población es propietaria del 70% de la tierra. En el resto del país, la concentración es menos acusada, pero existe en proporción importante.

Este pequeño porcentaje de grandes terratenientes está constituido por descendientes de los antiguos señores que aprovecharon la ruina de los siglos XVI y XVII para extender sus propiedades aún más que en los siglos anteriores. La iglesia es uno de los mayores terratenientes. Unos y otra siguen explotando la tierra por métodos feudales en parte.

Durante generaciones y generaciones las familias de campesinos han trabajado la tierra, pagando año tras año una elevada renta en productos, prestaciones personales o dinero, sin llegar nunca a adquirir la propiedad. Los pequeños propietarios, bastante numerosos en el norte del país y la región mediterránea, no poseen, por lo general, sino parcelas insuficientes para el sostén de una familia. La rareza de regadíos hace aún más precaria la situación de esta clase. Obligada continuamente a recurrir a préstamos sobre sus cosechas, bien al capital usurario, bien a los grandes propietarios, sufre la explotación ininterrumpida de éstos, que adquieren la mayor parte de sus cosechas a precios inferiores a los del mercado, mucho antes de la recolección.

Finalmente, el tercer elemento de la población agrícola pobre, el jornalero, padece más aún que las otras clases. Como se sabe, su mayor número está concentrado en Extremadura, Andalucía y Murcia, empleados en la cultura de los latifundios. Hasta la declaración de la República, sus jornales pasaban raramente de cuatro pesetas en la temporada mejor, la de la siega. El promedio normal de los mismos, no rebasaba dos o tres pesetas. Salvo una pequeña minoría de jornaleros acomodados en trabajos fijos, pagados por año, la mayoría sufría de paro durante casi todo el invierno. La introducción de los aperos mecánicos ha aumentado el excedente de brazos y extendido el problema inclusive durante la época de la recolección. La negra miseria y la explotación de que era víctima esta clase y el «nuevo Imperio» franquista ha vuelto las cosas a su primitivo estado se refleja muy bien en el caritativo sistema ideado por la monarquía y el clero, para «dar de comer al hambriento». Durante las temporadas de invierno, cuando los jornaleros escaseaban más de trabajo y el número de parados alcanzaba casi la totalidad, los ayuntamientos distribuían entre los contribuyentes del lugar o propietarios ricos o industriales un número de jornaleros proporcional a las contribuciones de cada uno. Mediante el pago de una peseta diaria, los jornaleros estaban obligados a trabajar en lo que quisieran emplearlos los contribuyentes. Así disfrutaban los ricos de una mano de obra casi gratuita, para la que acumulaban labores durante todo el año. Pero esta misma condición misérrima del jornalero, y su número elevado en las regiones citadas, había de convertirle en un elemento de gran valor revolucionario, más sensible a las reivindicaciones y a los movimientos sociales del proletariado urbano, que el aparcerero o el pequeño propietario. Los jornaleros de Extremadura y Andalucía o los de Toledo y Salamanca también han constituido una gran fuerza revolucionaria y dado al movimiento obrero militantes excelentes, íntegramente compenetrados con el proletariado y sus intereses históricos. Algunos de ellos llegaron a ser dirigentes teóricamente capaces y de un temple excepcional.

El resultado económico de esta estructura semifeudal del agro español es un nivel general bajísimo de los cultivos. Descontando las tierras no cultivables, el 38% de la superficie arable permanece inculta. Por lo general la agricultura no puede abastecer totalmente el consumo nacional de trigo; sólo en los años de particular bonanza, lo que prueba hasta qué punto su primitivismo la sujeta a los vaivenes meteorológicos. La mayoría de los años, es preciso cubrir el déficit de trigo mediante la importación. España pasa por ser un país rico y sin duda lo es, pero la técnica del hombre mejora la naturaleza y la cambia en gran medida.

Con todas las cualidades de su suelo, la productividad media de todos los cultivos o salvo muy contadas excepciones, como el arroz y la naranja, es inferior en España a la de la mayoría de los países de Europa. Esto ocurre incluso en cultivos que constituyen en cierto modo una especialidad de España, como los viñedos. La productividad media de los mismos en Alemania e Italia, es superior, y mucho más en Francia. Sólo las regiones mediterráneas se acercan a la moderna cultura y pueden ser comparadas separadamente con la francesa o la de Italia norteña.

Para completar este esbozo de la estructura material de España, falta sólo situar en él a la Iglesia católica con sus congregaciones, y a la casta militar, factores de determinación principalísima en el complicado juego de la lucha de clases.

Ya se ha dicho brevemente que la Iglesia católica es en España uno de los principales latifundistas. Como tal, y por todos sus antecedentes históricos, estaba fuertemente ligada a la nobleza y a la monarquía. El crucifijo y la inquisición, la unidad en la fe católica, presidieron la decadencia hasta el siglo XIX y se opusieron al progreso que pujaba por abrirse camino desde la guerra napoleónica. Lo consiguieron en sus tres cuartas partes, modernizándose y adaptándose a los cambios en la otra cuarta parte. Una vez abierto el curso a la formación del capitalismo moderno, la Iglesia misma concurre y conviértese en el principal capitalista, sea a través de sus congregaciones o de terceras personas, los llamados jesuitas de hábito corto. No por eso dejó de ser un factor reaccionario en el más pleno sentido. Ella concentraba y dirigía todos los viejos intereses de casta que fueron solidificándose durante más de tres siglos de

decadencia. La modernización capitalista de la Iglesia era una adaptación forzosa al cambio de las condiciones de explotación en Europa.

Pero no llevaba en sí ningún elemento progresivo, si no es el que en potencia contiene el crecimiento del proletariado. Puesto que todos sus esfuerzos para hacer de España una Misión del Paraguay, fracasaron al fin, la Iglesia hubo de dividir su actividad en dos aspectos: feudal el uno, administrando y salvando de la ruina total los viejos intereses capitalista el otro, puesto que la plusvalía es, al fin y al cabo, una fuente de ingresos mucho más abundante que los pechos y prestaciones personales. De esta manera la Iglesia logró salvar, en pleno siglo XX, todas sus riquezas y los más importantes privilegios sociales. Perdió la inquisición, pero sus derechos de religión del Estado, a la vez que una buena fuente de ingresos regulares, le concedían fueros extraordinarios sobre la instrucción pública y dominio indirecto sobre las autoridades. Le era imposible quemar vivo a ningún alumbrado o protestante por sus pactos con Satanás, pero podía condenar a la miseria al funcionario que no comulgara regularmente, y enviar a la cárcel a quienes no se arrodillaban al paso de una procesión.

Nada tiene de extraño que los movimientos revolucionarios españoles, desde los primeros tumultos en tiempos de Godoy, hayan manifestado invariablemente un agudo aspecto antirreligioso. Cuanto más larga y despóticamente un pueblo sufre una opresión, más airada y violentamente se revuelve contra ella. Desde la época del Arcipreste de Hita todo género de inventivas y chascarrillos contra la Iglesia y sus panzudos ministros, corrían de plaza en plaza. Si la despoblación y el empobrecimiento progresivos redujeron a chascarrillos e inventivas sin mayor trascendencia la hostilidad contra la Iglesia y su función social, los primeros síntomas de regeneración debían remontar a la superficie el odio acumulado de generación en generación.

A las viejas causas de odio contra la Iglesia se añadieron otras nuevas. Siendo la Iglesia principal terrateniente, principal capitalista y principal inspirador intelectual de la reacción, el pueblo español le dirigió certeramente rudos golpes. La universal repulsión de que fue objeto durante la guerra civil es el único caso de la historia. Sin ningún decreto de prohibición, sin que la coacción gubernamental interviniera sino favorablemente a ella, la Iglesia dejó de oficiar públicamente, por la sola acción hostil del pueblo. La marcha de la historia puede ser contenida, pero su acción retardada es mil veces más vengativa. Franco ha restablecido la omnipotencia de la Iglesia; tanto peor para ella. En el futuro sufrirá golpes aún más terribles que durante el decenio revolucionario.

Las guerras civiles del siglo XIX dieron una gran importancia política al ejército, como consecuencia de la debilidad de clase de la burguesía, y de su temor al movimiento obrero, que empezaba a emparejarse con el de Europa. Contrariamente a lo que se cree, los cuartelazos reiterados del siglo pasado, obedecían menos a la apatía política del país, que al temor de sacudimientos políticos generales. La burguesía de la época puso en práctica una y otra vez los pronunciamientos, como sustituto de la acción popular contra el feudalismo. Por eso precisamente la burguesía fue incapaz de conservar el poder político, y el feudalismo se desquitaba pronto por los mismos procedimientos.

Aunque creado formalmente desde el siglo XVIII, el ejército regular adquiere sus características solamente como consecuencia de la guerra antinapoleónica. Del curso seguido por la guerra, en el que la acción popular, eminentemente revolucionaria, se vio mediatizada, desviada y finalmente dominada por los mismos elementos de la nobleza y la Iglesia que entregaron el poder a Napoleón, se deduce la naturaleza del ejército español. Al día siguiente de la guerra, la oficialidad militar se encontró dividida en absolutistas y liberales. De ahí el juego alternativamente revolucionario y reaccionario desempeñado por ella en el siglo pasado. Pero en sus fases de actuación revolucionaria no llegó a herir seriamente las bases del sistema feudal, sino que se dejó domesticar por éste, de la misma manera que la lucha popular contra Napoleón y la acción revolucionaria de las primeras Juntas locales, se vieron contrarrestadas por la acción conservadora de la Junta Central, mangoneada por curas y nobles.

El único resultado a la larga, fue la creación de una casta parasitaria de oficiales enormemente desproporcionada respecto del cuerpo del ejército²⁵, y consumiendo una parte importantísima del presupuesto. En 1913 éste asignaba a guerra 1.143 millones de pesetas, contra 62 millones para la instrucción pública. Con la aparición del proletariado como factor revolucionario independiente, los vapores liberales de la mayoría de la oficialidad se esfumaron. Tras los primeros éxitos de la industria española, es el género de veleidad imperialista el que aparece. No más que veleidad debe llamarse en rigor, puesto que la industria, hasta después de la guerra de 1914-18, estaba aún lejos de necesitar mercados exteriores; a duras penas bastaba para el consumo doméstico. Pero si bien perdió sus restos liberales, el ejército no perdió la costumbre de intervenir en la política. Al contrario. A medida que la evolución económica

²⁵ En 1898 tenía el ejército 499 generales, 578 coroneles, 23.000 oficiales. En 1913 aún había 12.600 oficiales y jefes, más los de la reserva.

desarrollaba las contradicciones modernas entre las clases, más miedo sentían nobleza, clero y burguesía, y más inclinados se sentían a dejar al ejército añadir a su función de gendarme, la de jefe político. Pero un ejército sin batallas carece de prestigio, inclusive entre las clases poseyentes, para ponerse a la cabeza de la sociedad. Sus veleidades imperialistas, auspiciadas por la irresponsabilidad borbónica, buscaban la forma de ahogar los peligros revolucionarios bajo los laureles de un ejército conquistador. A la burguesía se le hubieran dado mercados a cambio de su complicidad; al proletariado y los campesinos, anulación de derechos y represión.

La aparición de las juntas militares, en 1917, no fue en manera alguna un hecho fortuito, ni un producto de la evolución del ejército, independientemente de las relaciones sociales. 1917 es el año de la revolución rusa. Su repercusión se siente en toda Europa, donde avanza el movimiento revolucionario y recula la burguesía. Por otra parte, la economía aliada, reacomodándose a las necesidades de paz poco después, prescinde en gran parte de las mercancías españolas, provocando la crisis. Se produce el primer período de grandes huelgas en toda España, hasta culminar en la huelga insurreccional de Asturias. Los recursos normales del Estado se revelan claramente débiles ante la ola popular. La nobleza procura reforzarse incorporando al gobierno los elementos más representativos del capitalismo ô Cambó, Ventosaô , pero el orden feudal-burgués no gana en solidez; a cada momento amenaza caer hecho añicos. La oficialidad militar, acusando de lenidad a los gobernantes, se siente inclinada a irrumpir en la arena política y resolver todos los problemas a sablazos. Las Juntas militares quitan y ponen secretamente ministros y gobiernos desde 1917. Una pequeñísima parte de la oficialidad, de tendencias burguesas, trata primero de hacer de las Juntas instrumentos de reorganización y adaptación del ejército a las condiciones modernas. Fueron rápidamente desplazados. Los elementos más reaccionarios dominaron por completo el ejército desde entonces, impusieron sus presupuestos de bacanal y dictaron su política siempre que las masas no podían impedirlo. He aquí como el fundador dimitido de las Juntas, coronel Márquez, define la actuación de las mismas después de su dimisión: Eran las juntas «del triunfo fácil sobre los presupuestos, las que buscaban las comisiones con pingües rendimientos, aquellas que toleraban los armamentos inútiles, con su cuenta y razón: las que, en suma, imponían a los jefes, mudos ante la perversidad de sus actos... Y los jefes en Marruecos fueron producto de esas Juntas, y los oficiales en Marruecos fueron producto de esas Juntas, y los ministros no eran más que el producto de esas Juntas, y los Altos Comisarios toleraban la desmoralización administrativa y general del ejército porque lo imponían esas Juntas!»²⁶

Tal era la relación interna entre gobierno y ejército. Nada tiene de asombroso que en los momentos de crisis, este último arrojava la concha del apuntador y ocupara por sí mismo toda la escena política. Siempre y en todas partes el ejército tiende a convertirse en árbitro de la nación cuando las clases económicamente poseyentes no logran vencer por medios políticos a las clases revolucionarias. España fue un vivo ejemplo a lo largo del siglo XIX; China, México y otros tantos países sudamericanos lo saben igualmente por experiencias dolorosas. El ejército se presenta entonces como conciliador de las diversas clases poseyentes, dándoles por satisfacción común la esteripación de las actividades revolucionarias. Y en ninguna parte como en España desde la revolución rusa, la oposición entre proletariado y campesinos de una parte, burguesía Iglesia de otra, había alcanzado tanta aspereza. La competencia entre nobleza y burguesía por la posesión de los puestos dirigentes en todos los organismos estatales, desde el ministerio hasta el municipio, creada por el carácter híbrido de la economía y del Estado mismo, era una razón más para que un tercer elemento administrara a los poseyentes y tiranizara a los desposeídos. Ahí está toda la base del papel político jugado por el ejército, inclusive durante y después de la guerra civil.

Su primer golpe dictatorial durante este siglo, el simulacro bufo de Primo de Rivera en Barcelona, fue un expediente del monarca y los altos jefes militares para ocultar su responsabilidad criminal en el desastre de Annual. Buscando laureles militares para enterrar los engorrosos parlamentos, la monarquía recogió al final el fruto de sus corruptelas y prevaricaciones. El informe del general Picasso era una acusación degradante para el régimen. La bacanal de presupuestos exorbitantes, canonjías, ascensos, condecoraciones, etc., era estimulada y puesta en movimiento por la persona misma del canijo monarca y su corte de señoritos juerguistas e incultos. El desastre se produjo en el momento preciso en que el barómetro político marcaba un gran ascenso del movimiento obrero. La discusión del informe Picasso en el parlamento hubiera matado a la monarquía. Entre ésta y los generales más responsables, hubo de fraguarse un golpe que liquidase el parlamento enterrase el expediente Picasso e hiciera frente al movimiento revolucionario, peligrosamente desarrollado. Un señorito jerezano con hipos tabernarios de gobernante

²⁶ Coronel Márquez: *Las Juntas Militares de Defensa*.

fue elegido para desempeñar el primer papel. Al día siguiente de su «pronunciamiento» declaraba: «De África no diré una palabra; ni permitiremos que de ello se escriba ni se hable»²⁷.

Y así fue. El expediente Picasso se perdió en los archivos parlamentarios. Pero aunque la nobleza, el clero, la burguesía, y una parte de la pequeña burguesía, aceptaron con beneplácito al dictador, la crisis económica, rompiendo la unidad de los poseyentes, y el renacimiento de la actividad proletaria, dieron al traste con la dictadura y con la monarquía, en medio del desprecio y la hilaridad general. España entró en el período revolucionario más intenso y rico de su historia.

Los acontecimientos posteriores han confirmado el dicho de Marx: «Cada época tiene sus grandes hombres, y si no los tiene los inventa.» El mismo ejército, desprestigiado como ejército, desprestigiado como gobernante, concusionario y concusionado, ignorante y sin escrúpulos, había de ser llamado por las clases poseyentes, años después, a destripar nuevamente el país, sacando de su seno «caudillos» de la talla, la bestialidad y la falta de escrúpulos de Francisco Franco. La miseria moral de una burguesía nacida y nutrida en el sarcófago del feudalismo no podía producir nada mejor.

²⁷ Citado por Dionisio Pérez en *La dictadura a través de sus notas oficiales*.

CAPÍTULO III

NATURALEZA DE LA REVOLUCIÓN

El fracaso de la revolución nos lega una obligación doble. Por una parte, descubrir las causas del mismo, haciendo recaer la responsabilidad, sin mitigaciones, sobre las organizaciones que incurrieron en ella; por otra, trazar un claro sendero para la futura actuación política. El punto de partida de toda crítica, como de todo proyecto de lucha, no puede ser otro que la apreciación del carácter de la revolución.

Una convulsión social tan profunda como la vivida por España de 1930 a 1939 está lejos de ser un fenómeno loco o fortuito. Resulta de la contradicción entre las necesidades del progreso y el sistema económico-político existente. Cada uno de los términos de esa oposición lleva consigo la destrucción del otro. O el progreso destruye el sistema político-económico existente, fundando otro en consonancia con sus necesidades, o el sistema político-económico vence y rechaza el progreso. Las masas de un país al iniciar un movimiento revolucionario no tienen conciencia, por lo general, de la disyuntiva histórica planteada; ven sólo las causas más directas e inmediatas. Eso es, digámoslo de pasada, lo que permite a muchos embaucadores políticos disfrutar la confianza de las masas cuando sólo merecen su desprecio. Favoreciendo algunas de las reclamaciones inmediatas del movimiento revolucionario, (salario, horas de trabajo, derechos democráticos, etc.), adquieren la posibilidad de oponerse más efectivamente a la destrucción del sistema económico-político existente. Pero la alternativa histórica no admite engaños ni compromisos medianeros, particularmente tratándose de la revolución socialista. Ha de alcanzar todos sus objetivos, o la sociedad será devuelta a una situación peor que la anterior a la crisis.

¿Cuáles eran las causas de la crisis revolucionaria española? ¿Qué se necesitaba destruir? ¿Qué construir? ¿Su razón, era la aparición en el horizonte de la revolución democrático-burguesa, o de la revolución proletario-socialista? Los embaucadores políticos respondieron en el primer sentido; los revolucionarios en el segundo. Dominaron constantemente los embaucadores; los revolucionarios fueron perseguidos por ellos y asesinados durante la guerra civil. A la vista está el resultado. La sociedad española ha sido rechazada a una situación mucho peor que la anterior a la crisis.

Por sí solo este hecho basta para dar la razón a los partidarios de la revolución proletaria. Sin embargo, la crítica revolucionaria no queda eximida por ello del deber de establecer, con arreglo a los factores nacionales e internacionales existentes, las posibilidades de la revolución democrático-burguesa y de la revolución proletario-socialista. Menos aún teniendo en cuenta que el mismo problema volverá a plantearse un año u otro, y que los embaucadores responderán nuevamente: democracia burguesa, mientras los revolucionarios insistirán: revolución socialista. Y si dura fue la lucha pasada entre unos y otros, más dura, lucha a muerte, será la próxima.

En la marcha del desarrollo humano, las etapas feudalismo-capitalismo-socialismo, contienen el esquema comprobado del progreso histórico pasado, y el ya parcialmente comprobado del progreso histórico futuro. Guerras, revoluciones, crisis políticas, crisis económicas, problemas coloniales, fascismo, reblandecimiento social-demócrata y corrupción stalinista, ninguno de los problemas y de los grandes acontecimientos de nuestra época puede ser comprendido cabalmente sin referirlo a ese esquema de desarrollo, y a las leyes que rigen el paso de una etapa a otra. ¿En qué grado de desarrollo se encontraba España? ¿A cuál otro le abocaban las exigencias del progreso histórico? ¿Era posible o imposible la revolución democrático-burguesa? ¿Era necesaria o impracticable la revolución proletario-socialista?

En el capítulo precedente han quedado sentados los factores económicos y de clases presentes al iniciarse las primeras sacudidas políticas. Para responder a las preguntas anteriores hay que observarlos, en sus relaciones mutuas y en sus respectivas relaciones internacionales.

Económicamente España era un país capitalista con una economía agraria abrumada por el latifundio superviviente de la época feudal, cuyo rasgo más saliente era la desposesión y la miseria de la mayoría de la población rural. Resultaban las clases siguientes: burguesía, pequeña-burguesía (rural y urbana), nobleza y clero terratenientes, por una parte; por otra, proletariado industrial y agrícola, campesinos pobres y campesinos medios, estos últimos no muy numerosos. El artesanado, no desaparecido por completo, era insignificante numéricamente y se fundía políticamente con el proletariado.

Las supervivencias feudales del agro eran debidas al incumplimiento de la revolución democrático-burguesa, cosa innegable. Nuestra burguesía dieciochesca desperdició miserablemente las múltiples oportunidades que le ofreció el país de liquidar el feudalismo y ponerse al nivel de la Europa occidental. Los embaucadores políticos o socialistas y stalinistas, digámoslo de una vez, dedujeron de ahí la ineluctabilidad de la revolución democrático-burguesa, lo que prácticamente se traducía en una alianza de sus respectivos partidos con la burguesía, en contra de la revolución proletaria. Se comportaban así como si el desarrollo histórico se hubiese parado en seco en la etapa feudal y no pudiese pasarse adelante sin atravesar irremisiblemente por una etapa capitalista químicamente pura.

Subterfugio miserable. La realidad era muy diferente. El capitalismo había penetrado paulatinamente en la estructura económica del país, dominándola en general, pero sin eliminar completamente las estructuras feudales. El poder político, tradicionalmente detentado por la nobleza, el clero y la clase militar, no era ya el poder feudal de antaño, sino una especie de compromiso entre él y la burguesía. Algo semejante a la administración de la nobleza «tory» inglesa, durante el siglo XIX. Así como ésta excluía a la burguesía industrial «whig», o le acordaba una participación gubernamental insignificante, resarciéndola de esta privación por la protección de sus intereses contra el proletariado, así la burguesía española remitía al estado clérigo-monárquico la salvaguarda de sus negocios.

La trabazón de intereses entre el capitalismo y los viejos elementos feudales era redonda en 1930. No se podía hacer una división de la economía en capitalista y feudal, sino abstrayéndose de su evolución y de sus relaciones cotidianas, considerando categorías aisladas lo que era un compuesto de dos elementos de origen diferente. Ni uno solo de los componentes de la nobleza terrateniente podía ser calificado de puramente feudal; menos aún en conjunto. En mayor o menor grado todos habían invertido y acrecido sus fondos en empresas capitalistas. La Compañía de Jesús era a la vez gran terrateniente y el más rico empresario capitalista. Romanones, el conocido gobernante monárquico, era gran terrateniente en Guadalajara, el más importante arrendador de casas en Madrid, copropietario de las minas de Peñarroya y accionista de las principales instituciones financieras. Los duques de Alba y Medinaceli, primeros entre los terratenientes de prosapia feudal, estaban igualmente mezclados a empresas financieras e industriales. A la Iglesia pertenecían las más importantes compañías navieras, las ricas fábricas de aceites Ybarra, los ferrocarriles del norte y algunas industrias textiles de Cataluña. También estaba mezclada a compañías mineras, siderúrgicas y financieras. Por su parte, la burguesía se convertía fácilmente en terrateniente, poniendo a veces en ejecución métodos de explotación feudales. Para poder hablar propiamente de dos economías, feudal y capitalista, sería necesario hacer entrar en conflicto y lucha a Romanones terrateniente con Romanones empresario y financiero; a la Iglesia, sostén político y terreno económico de la feudalidad, con la Iglesia gran capitán de industria; sería necesario lo imposible; suponer antagónicas e irreductibles dos partes de la misma unidad.

El conflicto económico y político entre el feudalismo y la burguesía, agudo en siglos pasados, nunca ha sido absolutamente irreductible. Ambas partes, en medio de sus luchas mismas, han entrado en componendas la mayoría de las veces, inclusive en los momentos más favorables para la burguesía. El revolucionarismo de ésta ha sido siempre limitado y mezquino, por su propia naturaleza de clase propietaria y explotadora de otras clases. La historia no conoce más que un solo caso de revolución democrático-burguesa completa: la revolución francesa. La burguesía fue precipitada a ella por la población miserable de París. En todos los demás países ha pactado con las clases feudales, prefiriendo entenderse con ellas antes que aliarse con el proletariado y los campesinos. Se exceptúa Estados Unidos, país esencialmente capitalista desde el principio.

Los pujos revolucionarios de la burguesía española se habían más que agotado en las luchas civiles del siglo pasado. Ya en este siglo, los conflictos entre ella y los elementos feudales acaparadores del poder reducíanse a una querrela doméstica de palabras retumbantes y mano suave. Faltaba motivo real de conflicto, sobrando en cambio, los

de alianza y unidad entre ambos. A los motivos económicos se añadieron otros políticos. Desde fines del siglo pasado, el proletariado empezó a forzar la puerta de la escena política. Traía en la boca una nueva palabra: socialismo, y en el puño una amenaza común para la nobleza, el clero y la burguesía. A partir de entonces, la burguesía apenas se atrevió a disputar al poder constituido la cuantía de su propia participación. El solo nombre de la revolución la sobrecogía de espanto.

Por otro lado, el desarrollo alcanzado por la evolución de la economía mundial no permitía al capitalismo español hacerse ilusiones respecto a su porvenir. La burguesía de los países avanzados, aquellos en que se apoderó totalmente del mecanismo económico y político, ha debido su riqueza y pujanza al campo de expansión económica internacional que encontró. Aunque se irguió en los albores de su historia como un gran patriota, la burguesía es esencialmente un opresor de nacionalidades. Su encumbramiento y función plenos, son posibles únicamente mediante la opresión económica, y por consiguiente política, de otros pueblos. De no haber ofrecido el mundo, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, un campo tan vasto de expansión, la burguesía no hubiera podido inflarse cual la vemos hoy. La historia se habría visto obligada a buscar otros caminos para el progreso; mejor dicho, los habría preparado de antemano, porque la historia no es ciega, pese a la regresión a este concepto bárbaro en que recaen algunos historiadores modernos.

¿Y qué podía esperar, en cuanto a expansión exterior, la burguesía española, que acababa de dejarse arrebatar, tras unos cuantos cañonazos, los últimos restos de su decrepito imperio? El mercado mundial estaba ya perfectamente agarrado por otras burguesías; las nacionalidades oprimibles, oprimidas por Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Alemania, o por sus vasallos. Demasiado tarde para competir en el mercado exterior. La talla enana de la burguesía española constituía para ella plenitud al iniciarse la crisis revolucionaria.

Bajo la propiedad privada, el monto de desarrollo mundial está limitado por la mecánica y los intereses del sistema; una vez alcanzado el máximo posible, el progreso se detiene o recula. Y el total terrestre de desarrollo se reparte desigualmente entre los diferentes componentes del sistema, exactamente como la riqueza social, la cultura y las comodidades de la técnica moderna, se reparten desigualmente entre las diferentes clases de la sociedad. Mientras unos países dominan grandes territorios, a los que oprimen políticamente, y saquean económicamente vendiéndoles mercancías y llevándose sus materias primas, los países oprimidos (coloniales o semicoloniales) están paralizados en su desarrollo por la muralla de los grandes imperialistas; terceros países, en fin, no han logrado sino un grado intermedio entre la semi-colonia y el gran capitalismo. Ello les convierte, ya sea en explotados por los grandes imperialistas, o en intermediarios de éstos para la explotación de territorios coloniales. España era, al producirse la crisis revolucionaria y sigue siendo bajo el «caudillo» patán, simultáneamente, mercado para los grandes imperialistas e intermediario en la explotación de colonias. De ahí la naturaleza secundaria e híbrida del capitalismo español. Con vaivenes de más o menos, pero tendiendo en general al retroceso, había alcanzado su máximo posible en el todo mundial, a partir del período intermediario entre las dos grandes guerras imperialistas.

Así pues, las dos condiciones fundamentales que determinan la revolución democrático-burguesa, oposición entre la clase feudal y la clase capitalista, más grandes posibilidades de expansión para la segunda, estaban totalmente ausentes. La revolución democrático-burguesa era imposible. Hablar de ella, más que utópico, era demagógicamente reaccionario. Organizaciones obreras ideológicamente subsidiarias del capitalismo emplearon esta demagogia para apartar las masas de la revolución socialista.

La misma ley de desarrollo desigual del capitalismo, es válida como ley de desarrollo desigual, ideológico y numérico, del proletariado bajo el capitalismo. La mayor combatividad y conciencia de clase, e inclusive las mejores oportunidades de revolución socialista, no están directamente determinadas por la fuerza numérica y la cultura de cada proletariado. Hasta ahora éste se ha mostrado más revolucionario en los países atrasados que en los avanzados. La razón inmediata es obvia. Las grandes naciones imperialistas, gracias a la explotación de las colonias y a su dominio financiero sobre el mundo, han podido ofrecer a sus obreros mejores jornales y un crecimiento numérico casi continuo, dentro de las intermitencias de las crisis capitalistas, hasta el interregno de las dos guerras mundiales. Esta razón inmediata es consecuencia de otra razón mediata y general. El escaso margen de crecimiento que el mundo ha ofrecido al capitalismo en los últimos decenios, y casi la totalidad de sus posibilidades estables, han sido absorbidas por los grandes imperialismos. Así, el problema del progreso mundial, motivo profundo de las convulsiones revolucionarias, se reparte desigualmente entre los diferentes países. Mientras los poderosos (casos típicos: Inglaterra y Estados Unidos) no han tenido que hacer frente, hasta ahora, sino a los problemas de la estabilidad de su dominio,

los débiles, en diversos grados, suman a la imposibilidad de convertirse en grandes países industriales dentro del sistema actual, todos los problemas heredados del pasado. Esta acumulación de problemas viejos sobre los nuevos ha determinado las convulsiones sociales de los últimos decenios, permitiendo al proletariado de muchos países atrasados no sólo tomar la delantera en conciencia política, sino arrojar en medio de la liza su revolución socialista, como única salida al atolladero decadente de sus respectivos capitalismo.

Los problemas dejados pendientes por la ausencia de la revolución democrático-burguesa, precisamente por no haber sido resueltos a tiempo, se agravan y adquieren virulencia nueva. Durante el siglo pasado ninguna otra solución ofrecíase a los campesinos pobres y jornaleros agrícolas que la posesión y explotación de un lote de tierra. La burguesía parecía un aliado contra los latifundistas. Pero en los últimos decenios las posibilidades de la técnica moderna, la existencia del proletariado como fuerza revolucionaria independiente, y su lucha por el comunismo, presentaban a la población campesina pobre nuevas posibilidades y un aliado superior. Aunque el reparto de los grandes latifundios no deje de ser en algunos casos una solución provisional impuesta por la insuficiencia industrial y por las condiciones mismas del campo, la mayoría del proletariado agrícola y una parte de los campesinos pobres han sido ganados a las ideas comunistas. Siéntense estrechamente unidos al proletariado urbano, son enemigos de la burguesía, y aspiran conscientemente a soluciones colectivas. La parcela familiar ha dejado de ser un ideal para ellos. El campo siente el movimiento histórico del mundo.

Pero aun desdeñando este importante progreso ideológico del agro español, ¿podía ofrecerle alguna solución la burguesía? La apreciación marxista había respondido negativamente mucho antes que la burguesía se encontrara sola en el poder, sin sus tradicionales guías: nobleza y clero. Lo ocurrido después con la sarcástica reforma agraria, fue previsto, aún viva la monarquía, por la Oposición Comunista de Izquierda. En efecto, era imposible todo lazo de alianza entre los campesinos y una burguesía estrechamente ligada a los terratenientes y al clero, carente de la perspectiva de gran desarrollo capitalista, parcialmente feudalizada ella misma, amedrentada por la amenaza proletaria, y continuamente empujada a la derecha por todas las presiones nacionales e internacionales. En países mucho más retrasados que España, donde la burguesía misma padece una opresión extranjera ô tales China y la India se la ve continuamente aliada a los terratenientes feudales, al capital extranjero, e incapaz de convertirse en banderizo de la población pobre, única forma de conquistar la independencia. Tanto la teoría como la experiencia nacional e internacional negaban la posibilidad de una revolución agraria dirigida por la burguesía. Y si en éste, que es punto capital de toda revolución democrática, la burguesía se encontraba falla y en oposición al mismo, es innecesario pormenorizar cómo y por qué era igualmente opuesta a los demás problemas de la revolución democrático-burguesa. Lo uno se deduce de lo otro. La consecuencia cabal es ésta: la burguesía era una clase reaccionaria de punta a cabo. Los problemas pendientes de la revolución democrático-burguesa deberían resolverse por otro conducto o no se resolverían en absoluto.

Ese nuevo conducto no podía ser otro que el proletariado, llamado a cubrir el principal papel revolucionario en la etapa de desarrollo histórico del capitalismo al socialismo. Los problemas insolutos de la revolución democrático-burguesa encontraban en él no sólo un nuevo guía, sino también otra solución, en consonancia con el carácter socialista de la revolución proletaria. Allí mismo donde de la expropiación de los latifundios no pudiera pasarse directamente a la socialización de la tierra, el reparto de la misma entre los campesinos sería una medida provisional, en espera de que las industrias socializadas ofreciesen al campesinado medios de trabajo colectivo más productivos que los privados. Tal era la perspectiva existente en España. Los problemas de la revolución democrática no tenían vida ni solución independientes. Constituían parte de la revolución socialista, eran sus propios problemas, de la misma manera que las supervivencias feudales eran una de las características del capitalismo español. El problema de la tierra sólo podía ser considerado revolucionariamente, en conjunción con el problema de la expropiación general del capitalismo. Campesinado y proletariado eran aliados contra un solo enemigo, y en pro de un solo interés: la revolución socialista.

Totalmente contraria era la estimación teórica de la Internacional reformista y de la Internacional stalinista. Otorgaban a cada burguesía, nacionalmente considerada, la misma capacidad de expansión que a la burguesía de los grandes países industriales. ¡Cómo si el número de colonias, el mercado mundial y el crecimiento del capitalismo fuesen ilimitados! De ahí se seguía naturalmente la negación de la revolución proletaria como posibilidad y como necesidad inmediata en los países atrasados; prácticamente la entrega de los partidos socialistas y comunistas a la burguesía. De justificar ésta era de lo que se trataba en realidad. Allí donde no existía el pretexto de la revolución

democrática, dirigentes socialistas y comunistas buscaron otros para lograr la misma entrega a la burguesía. Su política, inspirada en intereses burocráticos ajenos al proletariado, ha causado numerosos desastres revolucionarios, desde China en 1926-27, hasta España en 1930-39, pasando por Italia, Alemania, Polonia, etc. La política seguida por reformistas y stalinistas es la causa primera del triunfo y la larga vida del fascismo.

Stalinistas y reformistas no pueden excusarse arguyendo falta de conclusiones teóricas precedentes, o ausencia de experiencias prácticas. Desde principios de siglo, el problema de los países atrasados estaba debatiéndose en el seno del movimiento obrero internacional. Corresponde al sector ruso el mérito de haberlo planteado en toda su extensión mundial y de haberlo resuelto prácticamente en 1917. Muchísimo más que España, la Rusia zarista era un país atrasado, donde la revolución burguesa estaba por hacer. El capitalismo había penetrado menos que en España por filtración y evolución en el seno de la vieja sociedad, el feudalismo tenía un peso económico y una fuerza política incomparablemente mayores; el problema de las nacionalidades oprimidas tenía mayor violencia y realidad al mismo tiempo que en extensos territorios sobrevivían formas de sociedad arcaicas. Por un momento, cuando el agotamiento del capitalismo internacional no era aun de toda evidencia, los teóricos y dirigentes obreros rusos inclinaronse a creer en el carácter burgués de la futura revolución de su país. Contaban con un proletariado tan reducido numéricamente y tan atrasado, que apenas parecía concebible una dictadura revolucionaria basada en él. Pero la experiencia de 1905 no dejó lugar a dudas: la burguesía se revelaba reaccionaria, todo progreso aparecía imposible bajo su égida. La acción revolucionaria del proletariado debía pasar a primer plano. Así lo comprendieron y formularon, en diferente forma, Lenin y Trotsky. La fórmula del primero, dictadura democrática del proletariado y los campesinos, coincidía en lo esencial con la de revolución permanente dada por el segundo. Ambas concordaban en la incapacidad orgánica de la burguesía rusa para dirigir la revolución democrática. El cometido correspondía al proletariado y los campesinos. Pero, ¿adónde conduciría una revolución democrática hecha por el proletariado desde el poder? ¿se preguntaba Trotsky. Indudablemente, o el proletariado cedía el poder a la burguesía, en cuyo caso la revolución democrática misma quedaría en suspenso, o, para defenderla y llevarla hasta sus consecuencias finales, se vería obligado «a hacer cortes cada vez más profundos al derecho de propiedad», pasando así, «sin solución de continuidad», a las medidas de revolución socialista. Por su parte Lenin, más circunspecto al principio en este punto, lo sostiene plenamente en 1917 y lo desarrolla mediante la consigna: «Todo el poder a los soviets».

La espléndida victoria de Octubre demostró experimentalmente la enorme potencialidad socialista que encierra un proletariado reducido en un país atrasado. La fórmula «todo el poder a los soviets» (órganos políticos del proletariado y los campesinos) adquirió una proyección internacional. Es la puerta de acceso al progreso mediante la revolución socialista, trátese de los países adelantados o de los atrasados. Decenas de experiencias posteriores han confirmado la experiencia rusa. Derrotas y más derrotas en las que ha corrido abundante la sangre de los explotados, han dejado escrito indeleblemente en los anales del movimiento obrero: o el triunfo de la revolución socialista o el de la más negra reacción.

El democratismo social-demócrata, como a su tiempo el stalinista, carecía por completo de justificación; no podía apoyarse en ninguna experiencia que mostrara a la burguesía de un país atrasado actuando revolucionariamente. Dondequiera apareció un movimiento revolucionario, el democratismo staliniano-reformista obstruyó la marcha del proletariado y allanó el camino a la contramarcha reaccionaria. El resultado está a la vista por todas partes: ni revolución social ni democracia burguesa, sino fascismo.

La pequeña burguesía o apenas es necesario decirlo carece de salida histórica propia, a causa de su función en el mecanismo económico de la sociedad. La economía moderna puede progresar ilimitadamente socializándola, pero sólo puede retroceder multidividiendo su explotación, cual sería el ideal o transitorio de la pequeña burguesía. La latitud que ésta ocupa en medio de los polos sociales, le imprime alternativamente el movimiento de cada uno de ellos, arrastrándola en sus soluciones. O asustada por la revolución se deja seducir por el fascismo, para ser después su víctima, o la energía de la revolución la convence, y la somete a la necesidad del salto socialista. Los movimientos revolucionarios de Italia, Alemania y España lo han probado con particular claridad. En lo que respecta a la pequeña burguesía, la política revolucionaria del proletariado debe aplicarse a separarla del fascismo, no por concesiones al liberalismo caduco, sino persuadiéndola con la acción de la necesidad del triunfo obrero.

Desde todos los ángulos que se la considera, la crisis social iniciada en España en 1930, era la crisis de la revolución socialista. En medio de un mundo de guerras imperialistas, de crisis económicas cada vez más graves y prolongadas, España, cargando a costas sus problemas particulares, sólo podía hallar solución a todos en la toma del

poder político por el proletariado y los campesinos, la destrucción del viejo armatoste estatal, la expropiación de la economía y la organización de la misma conforme a un plan socialista, asociable a un plan del mismo tipo en escala internacional. Necesidad de saltar al porvenir: he ahí la razón suprema de las convulsiones revolucionarias de 1930-1939.

Las tentativas democrático-burguesas estaban predestinadas al fracaso. Sólo podían conseguir lo que han conseguido: instalar en el poder una dictadura bestial, agravar todos los problemas que originaron la crisis política, hacer diezmar físicamente al proletariado, condenarlo a la esclavitud, e inclusive hacerle perder energía revolucionaria para el futuro, puesto que dentro del capitalismo ya no puede mejorar económicamente ni crecer numéricamente.

Habiendo vuelto la espalda a la revolución proletaria, las organizaciones obreras más fuertes en 1930 nos llevaron a la catástrofe de la victoria franquista. Su política no podía, ni podrá nunca, producir nada mejor. En sus manos, cualquier futuro triunfo parcial del proletariado se desvanecerá nuevamente para dar paso a la contrarrevolución. Durante diez años el proletariado español buscó inútilmente un partido decidido a luchar por la revolución social y capaz de alcanzar la victoria. En el futuro, ocurrirá lo mismo. O se crea ese partido o las masas españolas serán trituradas una vez más.

CAPÍTULO IV

PARTIDOS Y PROGRAMAS

«Sembré dragones y he cosechado pulgas»
C. Marx

Casi toda la Sección Española de la Primera Internacional se puso al lado de Bakunim cuando empezó la lucha entre él y Marx. De ahí parte la influencia enorme del anarquismo en nuestro movimiento obrero, que conductas posteriores de la organización socialista debían de extender y afianzar. A fines del siglo, organizáanse grupos de la II Internacional en Madrid, Barcelona y Andalucía, llegándose poco después a la creación del actual Partido Socialista. Como todos los componentes de la Segunda Internacional, es desde el principio un Partido sin verdadero ardor revolucionario, producto primaveral de la democracia burguesa, capaz de organizar a los obreros y alcanzar ventajas dentro del capitalismo, pero orgánica y políticamente incapacitado para una acción revolucionaria decisiva. Dentro de la Segunda Internacional misma, el socialismo español, representaba una tendencia de derecha, pudiendo asimilarse, sin exageración, más bien al unionismo inglés que al marxismo.

El movimiento socialista español no ha dado un solo escritor de valor. En Francia, Alemania e Italia ô para no hablar de Rusia, que representa un capítulo aparte ô los dirigentes socialistas tenían cultura marxista. El movimiento alemán particularmente, estaba considerado como un modelo internacional de formación teórica. Cualquiera que sea su degeneración posterior y la ignominia que hayan arrojado sobre sí un Kautsky o un Hilferding tras la capitulación de 1914, sus trabajos anteriores ofrecerán siempre una valiosa enseñanza política. Si esa formación teórica no logró salvar a los partidos como tales, permitió en cambio reaccionar contra el colaboracionismo a una parte de la militancia, entre la que se encontraban hombres como Karl Liebknecht, de temple extraordinario, y teóricos como Rosa Luxemburg, que ocupa uno de los primeros lugares en el mundo. Con nombres menos sonados, militantes socialistas de diversos países se revelaron también contra la invasión del social-patriotismo en 1914-18.

Nada semejante ocurrió en el socialismo español. Sus dirigentes apenas estaban zahumados de marxismo. Las obras más fundamentales e importantes del pensamiento teórico no habían sido traducidas. Y las pocas publicadas (*Manifiesto Comunista, Antidüiring, Miseria de la Filosofía, Socialismo Utópico y Científico*) eran más leídas por los intelectuales burgueses que por los socialistas. Los escritos o discursos de Pablo Iglesias, como los de sus herederos, Besteiro, Fernando de los Ríos, Araquistain, Prieto y Caballero, ignoran completamente el marxismo, cuando no lo contradicen deliberadamente. Los tipos dirigentes socialistas se dividen en tres categorías. Intelectuales pequeño-burgueses desambientados en el movimiento obrero, como Besteiro, De los Ríos y Araquistain; sindicalistas machacones de escasa comprensión política, como Iglesias y Caballero; y negociantes tintos de intelectual, dispuestos a meter mano en todo sin comprender nada, fiados de su viveza semitruhanesca, como Prieto. Estos tipos de dirigentes constituían las tres dimensiones del Partido Socialista; combinándose, dieron el conjunto que hemos visto actuar durante los diez años revolucionarios.

Su miseria teórica impidió al Partido Socialista español reaccionar, siquiera mínimamente, contra la traición de la Segunda Internacional en 1914. Ni una sola voz de protesta, ni una sola polémica, como si el problema mismo no existiera, y como si la misión natural del movimiento obrero fuera apoyar la burguesía imperialista. Desde el siglo XIX, nuestro liberalismo burgués parodiaba ridículamente el liberalismo francés. Aspiraba a producir un Ledru-Rollin o un Gambetta, pero se sobrecogía aterrado ante cualquier Robespierre potencial. Como parte integrante del

liberalismo burgués, más bien que del movimiento revolucionario, el socialismo secundó con entusiasmo la tendencia de la pequeña burguesía, que exaltada por las ganancias de la guerra ansiaba la intervención militar contra el «militarismo prusiano». Más líricamente exaltado que los fabricantes de calcetines, noblemente inspirado por Prometeo, pedía D. Luis Araquistain la intervención, en un libro escrito entonces. ¡Caprichoso rotar de la fortuna! En 1934-35, el mismo D. Luis, empujado por la radicalización magnífica del país, esforzándose en readaptar su lenguaje y sus ideas a las ideas de una revolución en la que creía a medias, y a la que temía más que creía; desde 1939 D. Luis, vuelto en sí, escribe en Londres artículos racialistas en pro de «las democracias.» Pide a éstas, coincidiendo con los demás dirigentes socialistas, la intervención en España.

Mientras permaneció en la oposición, durante la monarquía, el Partido Socialista español era una especie de hermandad de moralistas más inclinada a la discusión bizantina con los representantes del viejo régimen, que a la lucha de clases. Pero a pesar de ello, el crecimiento numérico del proletariado, su progreso cultural y el nombre, «socialista», que las masas sin experiencia toman siempre por realidad, reforzó continuamente, desde su fundación, tanto al Partido Socialista como a la Unión General de Trabajadores, creada por él. Pero la base de masas no mejoró en nada la conducta y el espíritu del socialismo. Siguió siendo extraño al marxismo, medularmente colaboracionista, pequeño-burgués en las alturas y, en general, «pablista», sirviéndome del término afortunado de un viejo militante revolucionario. La rutina organizativa de Pablo Iglesias, sus ideas más moralistas y filantrópicas que socialistas, su parlamentarismo, calcado del parlamentarismo burgués y limitado a él, constituyeron el principal bagaje teórico del socialismo, U.G.T. incluida. Cuando, años después, la presión de la lucha de clases produjo divergencias en el seno del Partido Socialista, se asistía invariablemente a una polémica irritante por lo mezquina. Ninguna de las fracciones era capaz de definir inequívocamente su posición y de plantear políticamente los problemas, enlazándolos con los acontecimientos. La disputa se reducía a argumentos de pasante sobre los estatutos, seguidos de maniobras internas totalmente al margen de la base socialista y del proletariado en general. A su tiempo se verá que el socialismo no supo salir de esa indignancia, ni siquiera en condiciones tan extremadamente favorables para el ala izquierda, como se le presentaron antes de la guerra civil, y durante ella al ser destituido el gabinete de Largo Caballero.

Nada puede dar una idea tan cabal del Partido Socialista español como su actuación durante la dictadura del general Primo de Rivera. Contribuyó poderosamente a sostenerla desde el primer día. Discurseando en Alcalá, el dictador decía: «...podemos responder al argumento que se emplea contra nosotros de que no consultamos la voluntad nacional. No hacemos una elección, porque ¿para qué queremos los elegidos?», pero «tenemos el Consejo de Estado, organizado tan democráticamente que forma parte de él el Sr. Largo Caballero, para que, en nombre de los obreros, diga todo lo que honradamente crea que está bien administrado.» Más tarde aún, para calmar la inquietud renaciente, Primo prometía la convocación de una asamblea nacional ô sin sufragio, como se sabeô con hombres «tan de izquierda como Py y Suñer, Fernando de los Ríos, Largo Caballero, Núñez Tomás, Martínez Gil, Llaneza»²⁸.

La lucha contra la dictadura por parte del socialismo no empezó sino en los últimos años, cuando la hostilidad general tomaba forma activa. Hasta entonces sólo habían actuado contra ella los anarquistas y los comunistas. Mientras éstos eran perseguidos y miles de obreros llenaban las cárceles, *El Socialista* se felicitaba de no haber tenido más que siete presos en los siete años de dictadura, y de que los siete hubieran sido desautorizados y expulsados. En toda la Internacional no se había dado un caso de derechismo tal, salvo, quizás, el de los socialistas ingleses.

En fin, tras las experiencias catastróficas del reformismo ruso, el italiano y el alemán, el reformismo socialista español, en vísperas de una de las conmociones revolucionarias más poderosas, ofrecía igualmente a las masas perspectivas de catástrofe. Su cuerpo de burócratas mañosos y sin principios, sus ideas, espigadas en el sembrado burgués, y los intereses de esos mismos burócratas, materialmente ligados a la democracia capitalista, hacían del Partido Socialista un partido burgués más. Que la crisis revolucionaria fuera la convulsión de una sociedad que necesitaba dar cima a la revolución proletaria, era una idea extravagante o demagógica a sus ojos, propia de los «reaccionarios rojos», como entonces llamaba a los revolucionarios. Sin tener programa formalmente enunciado, se daba por objetivo cumbre la república, y por acción constante el parlamentarismo. Entraba a la crisis revolucionaria llevando por estandarte aquello que ya había fracasado en todo el mundo, por meta la más imposible de todas actualmente, y adoptando intereses ajenos al proletariado. En consecuencia, concurrió al llamado pacto de San Sebastián, como un partido republicano más, comprometiéndose a poner las masas que caían bajo su dominio al

²⁸ Dionisio Pérez: *La Dictadura a través de sus notas oficiosas*.

servicio de la burguesía democratizada, y dejándose capitanear por Maura y Alcalá Zamora. Tal era el partido llamado socialista. Miles de obreros y campesinos fueron a él creyendo encontrar el instrumento de la revolución social. Pero un partido semejante tenía forzosamente que tirar de las masas hacia atrás, dificultar su educación política y desarmarlas ante la reacción. No es extraño que frente a un movimiento socialista de conformismo tan acendrado, se desarrollara un recio y popular movimiento anarquista. Ofrecía aquello de que más carecía el socialismo: una acción de clase y una lucha valiente contra el capitalismo y la opresión. Y nada puede lograr una adhesión tan ferviente de las masas como el combate denodado contra el enemigo de clase. Hasta el advenimiento de la República, el anarco-sindicalismo de la Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.) era la única organización de masas que practicaba la lucha de clases. Es la causa principal de la merecida simpatía que gozaba entre las capas pobres de la población.

Desde la escisión de la Primera Internacional, varias generaciones se habían incorporado a la vida social, y centenares de miles de hombres nuevos engrosaron las filas del proletariado. Habría sido posible contrarrestar la influencia anarquista mediante una organización política de clase, tan capaz como la anarquista de satisfacer las masas en la lucha práctica, pero más capaz de una orientación consciente. Sólo el hecho que el socialismo no consiguiera establecerse sólidamente en donde más se desarrollaba el proletariado, da la medida de su degradante mansedumbre reformista. Por el contrario, el anarquismo fue creciendo y ganando prestigio a medida que la masa obrera adquiría los caracteres del proletariado moderno. Precisamente en la región más propiamente proletaria y combativa, Cataluña, prendió con una fuerza que excluyó toda otra organización obrera durante mucho tiempo.

En 1911 se constituyó la Confederación Nacional del Trabajo, con una excelente base de clase, en Cataluña, Asturias, Vasconia, Madrid y Andalucía. Sus efectivos fueron continuamente creciendo, salvo en los intervalos de represión e ilegalidad. Basada en el principio ecléctico del anarco-sindicalismo, esta central estaba dirigida por los anarquistas más o menos puros, encuadrados en una organización considerada *específica*, llamada Federación Anarquista Ibérica (F.A.I.). A través de sus *grupos de militantes* en los sindicatos, la F.A.I. detentaba un verdadero monopolio de la dirección sindical. Una cláusula estatutaria excluía a los «políticos» de los cargos sindicales, legalizando en la C.N.T. un principio antidemocrático. La dirección sindical se convertía en una especie de privilegio nato de los anarquistas. Pero eso no impedía prosperar al anarco-sindicalismo. La cláusula de exclusión parecía más que justifica da por los llamados «políticos obreros», en quienes el proletariado más consciente veía aliados del enemigo de clase.

Sin embargo, el prejuicio apolítico introducido en la parte más densa del proletariado español, lejos de ser una garantía revolucionaria, le deparaba obstáculos y oportunismos, particularmente en los momentos decisivos. La abstención en política no es más que una forma pasiva de intervenir en la misma. Bajo la presión de grandes acontecimientos, la pasividad misma cede el lugar a la intervención activa. Mientras las clases subsistan habrá política. La abstención ante la política de la clase enemiga y de los oportunistas, conviene perfectamente a éstos; al proletariado le perjudica. Sólo cuando hayan desaparecido las clases, y con ellas el Estado, «el gobierno de los hombres ô como decía Marxô será substituido por la administración de las cosas.» Pero ese objetivo no se alcanzará hasta que el proletariado, constituido en poder político, imponga su dictadura a las clases y a los elementos enemigos de la revolución.

La intervención en política del anarco-sindicalismo²⁹ era a medias pasiva y a medias activa. Desde su fundación, la C.N.T., en más de una ocasión, apoyó movimientos dirigidos por el republicanismo burgués o entregó a él sus votos. Aunque inoficial, era ésta una intervención activa del mismo tipo que la de los socialistas. Estos la proclamaban públicamente y destacaban sus representantes junto a los representantes burgueses. La C.N.T. no; pero en ambos casos, las organizaciones respectivas eran sumadas a los objetivos y los intereses del republicanismo burgués. La política independiente del proletariado, única revolucionaria posible, quedaba excluida.

En otras ocasiones la C.N.T. se negaba a todo compromiso y recomendaba la abstención electoral. Entonces se beneficiaba directamente la extrema derecha, y resultaba igualmente excluida una política revolucionaria independiente. Uno caso típico de la semi-intervención activa de la C.N.T. en política, fue su colaboración con el comité republicano-socialista convertido más tarde en gobierno provisional de la República; un caso típico de su semi-abstención, las elecciones de 1933. Quienes se satisfacen engañándose con palabras pueden llamar a eso apoliticismo. En realidad es una política subsidiaria y oportunista.

²⁹ Bajo esta designación incluyo indistintamente la C.N.T. y la F.A.I. La pureza anarquista de ésta es más que imprecisa. Cae mejor dentro del anarco-sindicalismo. Para simplificar, designará también a ambas como anarquismo.

Si el movimiento socialista vivía de la rutina organizativa permitida al proletariado en la sociedad capitalista, el movimiento anarquista vivía al día, de los beneficios sacados de su acción en la calle, aligerado de teoría y de estrategia revolucionaria. Se movía siempre intuitivamente, sin amplia noción del medio que le rodeaba y sin verdadera perspectiva histórica. Sin embargo, el magnífico temperamento revolucionario de los militantes anarquistas, con el que ellos se creían óptimamente dotados, era insuficiente por sí solo para solucionar los grandes problemas de la transformación social. La revolución exige, además de heroísmo y sacrificios, una concepción sólida de las principales tareas estratégicas, y una táctica al mismo tiempo dúctil e intransigente.

Precisamente ahí, el anarquismo fallaba por completo. Tácticamente conocía sólo dos actitudes: o el compadreo con el ala pequeño-burguesa republicano-socialista, o el sectarismo del aislamiento, la abstención, y la acción heroica, pero estéril, de grupos o minorías, en lugar de la acción mayoritaria de las clases explotadas. Así pasó, del entendimiento con el comité republicano-socialista, a la insurrección del Alto Llobregat, nacionalmente desconectada y sin ninguna posibilidad de triunfo; del oportunismo a la aventura. Considerando la revolución como resultado de la acción de grupos selectos capaces de galvanizar las masas, más bien que como la fusión de la masa, lograda en la acción cotidiana, con la minoría más consciente del objetivo histórico a alcanzar, el anarquismo tiende a usurpar el lugar de las masas, a sustituirlas, creyendo poder darles hecha en un periquete la revolución que ellas han de consumir por sí mismas. De ahí sus acciones aisladas y aventureras. Pero cuando las condiciones sociales determinan un fuerte movimiento de masas al margen del anarquismo, éste, temiendo quedarse aislado, evita el peligro colocándose tras los oportunistas. La táctica de frente único (golpear juntos, marchar separados), única posibilidad de obviar el aislamiento sectario y el consentimiento oportunista, era desconocida por el anarquismo español.

La concepción estratégica del anarquismo era falsa de punta a cabo. Fue la causa de sus errores tácticos y el germen teórico de su catastrófica colaboración, durante la guerra civil, con los más podridos políticos burgueses, reformistas y stalinistas. En suma, reducíase a la prédica de la revolución social, que había de destruir el Estado, señalado como la causa primera y última de todos los males, y establecer de golpe el reino del comunismo libertario. ¿Cómo concebía el comunismo libertario?; ¿de qué manera se llegaría prácticamente a él? Ningún intento de respuesta. Era una admisión tácita general entre los anarquistas, que la revolución, más concretamente, el triunfo armado del proletariado sobre la burguesía, les colocaría inmediatamente en pleno comunismo libertario, sin ninguna clase de Estado o poder político. Esto estaba en perfecto acuerdo con la vaga concepción ácrata del Estado, pero en completo desacuerdo con la realidad. El proletariado será siempre batido mientras no contraponga su propio Estado a la destrucción del Estado burgués. Así quedará franco el camino para la desaparición de las clases y con ellas del Estado. El anarquismo se quedaba teóricamente a medio camino, prácticamente... se quedó en el Estado burgués.

Su transición del apoliticismo bullanguero a la colaboración con el Estado capitalista arranca de sus propias ideas. A causa de ellas se desinteresaba de la toma del poder político por el proletariado, no veía la necesidad de crear los órganos adecuados para lograrlo, ni reconocería, una vez surgidos éstos espontáneamente, la lucha a muerte entre ellos, naciente Estado obrero, y el agonizante Estado capitalista. Pero precisamente en estos momentos, cuando la toma revolucionaria del poder político decide el todo, el Estado enemigo se disfraza con los tonos rojizos de líderes obreros a su servicio. La política inunda la sociedad, y niéguesela cuanto se quiera, hay que intervenir en ella o ser relegado de los acontecimientos. La dirección anarquista ha sentido todo el peso de esta verdad en los momentos más álgidos de lucha, particularmente después de Julio. Viéndose obligada a la intervención en política, no reconociendo más que un Estado en general y una política en general, ¿qué inconvenientes podían ver en colaborar con el Estado capitalista? La falsedad de sus concepciones contenía en germen su complicidad futura con los enemigos de la revolución.

En una palabra, en la C.N.T. tenía el proletariado español una organización de gran potencia revolucionaria. Hubiera podido asegurar el triunfo por sí sola de haberse imbuido de la necesidad de tomar el poder político y crear un Estado proletario. Guiada por las ideas anarquistas estaba condenada al fracaso, al oportunismo y a su propia dislocación.

Esta crítica, y otras que vendrán después, no me impiden reconocer en el anarquismo una de las principales fuerzas, si no la principal, que contribuyeron a la derrota de la insurrección militar. Como su complicidad posterior con los enemigos de las masas no me impide reconocer que el espíritu revolucionario de sus militantes, siempre vivo, disputó el terreno a la contrarrevolución frentepopulista y salvó mediante su protección a muchos otros militantes obreros, que de no haber encontrado su ayuda habrían sido fácilmente asesinados por los esbirros stalinistas.

A las dos formaciones más antiguas del movimiento obrero, socialismo y anarquismo, la revolución rusa, triunfante, vino a añadir una tercera, la comunista, de la que, todavía bajo la dictadura, se desgajaron nuevas formaciones minoritarias.

El Partido Comunista de España (Sección Española de la Internacional Comunista) constituyóse, como en casi todos los países del Continente, por una escisión mayoritaria en el seno del viejo Partido Socialista. Fueron a ella antiguos reformistas acartonados y jóvenes entusiasmados por la revolución rusa, pero sin ninguna experiencia, y con tan vagos como precipitados conocimientos políticos. Tras la primera efervescencia seguida de éxitos efímeros, esa mixtura incompatible con los principios de la Internacional Comunista, hubo de segregarse para dar paso a una formación más compacta.

Los reformistas que, como Lamonedá, abandonaron la Segunda Internacional en un arranque pasajero de sinceridad, regresaron a ella, incapaces de practicar una verdadera actividad revolucionaria y de arrostrar sus consecuencias. El Partido Comunista de España quedó pronto en manos de los jóvenes, entusiastas y decididos, pero completamente impreparados. Una de las consecuencias del entusiasmo, cuando carece de un sólido respaldo teórico, es la fraseología y el ultraizquierdismo. En ellos cayó el Partido español con gran exuberancia. Combatió el reformismo y el anarquismo con fórmulas y actitudes ultimatas que repelían a los militantes de ambas tendencias. En múltiples huelgas y demostraciones, se negó a proponer a las otras organizaciones una acción común. En la Internacional, los delegados españoles votaban contra el frente único. Los efectivos comunistas crecían así muy lentamente, sobre todo con elementos nuevos no ligados previamente a otras organizaciones. No hizo progresos sensibles ni conquistó simpatías entre los trabajadores organizados, hasta que, convencido por los resultados experimentales, se decidió poner en práctica el frente único. Poco después, el Cuarto Congreso de la Internacional adoptaba una resolución sobre España en favor del frente único de lucha y de la unidad sindical. Desde entonces datan los primeros progresos serios del comunismo en España. Se desarrolló principalmente en las regiones de proletariado nuevo, nacido con el ascenso industrial de la guerra: Bilbao, Asturias, Madrid y Sevilla.

Indudablemente, este partido en ciernes hubiese desempeñado un cometido decisivo en la victoria de la revolución, de haber continuado fiel a los principios de su fundación. Desgraciadamente, acontecimientos internacionales le sacaron de su cauce, apartándole del maxismo y empujándole a una degeneración cada vez más acentuada, hasta hacer de él el más pérfido enemigo de la revolución.

La raíz de su degeneración está en la historia de la revolución rusa. El terribido contrarrevolucionario se desenvolvía sigilosamente en la U.R.S.S. desde antes de la muerte de Lenin, auxiliado por factores interiores y exteriores. Sus principales componentes interiores eran el «nepman» (comerciante de la N.E.P. o nueva política económica), el kulak y la burocracia que expresaba políticamente a los otros dos. Exteriormente, el fracaso de la revolución favorecía sus tendencias. Ya en vida de Lenin se había iniciado la lucha entre la tendencia terribidiana dirigida por Stalin, y la bolchevique representada por Lenin y Trotsky. La muerte de Lenin precipitó los acontecimientos. Las ventajas que los terribidianos hallaban en su base burocrática les permitió tomar la ofensiva, mediante medidas coercitivas y campañas de prensa calumniosas contra la Oposición de Izquierda trotskista. La lucha, en cuyos detalles no debo entrar aquí, duró varios años. Finalmente, la tendencia terribidiana triunfó. En 1927 la Oposición era expulsada del Partido ruso. En 1928, tras de un primer intento de destierro que los trabajadores de Moscú impidieron aglomerándose sobre los rieles del tren, Trotsky fue sigiloso y violentamente sacado de su casa durante la noche y enviado a Siberia. Todos los opositores quedaron enterrados en la ilegalidad y la G.P.U. se convirtió, por obra de la burocracia, en alma de la disciplina dentro del Partido Comunista ruso. En el curso de este libro volveremos sobre etapas posteriores de la degeneración stalinista. Retornemos ahora a considerar los efectos de este acontecimiento en el interior del Partido Comunista de España.

La fracción dominante en el Partido ruso, lo era también en la Internacional. Ocultó a ésta las cuestiones en disputa o la informó con las mismas falsificaciones de que se valió en la U.R.S.S. Son rarísimos los militantes internacionales que tuvieron conocimiento de la Plataforma política de la Oposición de Izquierda. La burocracia había prohibido su impresión. En la Unión Soviética misma, la circulación de ejemplares hechos en multicopista era clandestina. Y así como en la U.R.S.S. la fracción dominante se valió del poder para destituir de sus cargos a los militantes inconformes y crearse una mayoría por la fuerza, las direcciones de los partidos nacionales fueron seleccionadas con arreglo al mismo procedimiento, sin que la base tuviera la menor intervención ni conocimiento del problema suscitado. Por otra parte, la mala formación política del Partido español contribuyó al éxito de la maniobra.

Cuando la Internacional dio a conocer la ya consumada expulsión de la Oposición, la dirección del Partido español respondió que, no estando capacitada la base para pronunciarse sobre tan profundos problemas, ella, la dirección, resolvía por su cuenta... favorablemente a la expulsión³⁰. A este enjuague siguieron otros, centenares más, hasta convertirse en regla. Desde hace años, a la base stalinista, no le está permitido votar sobre nada. Su único derecho es aclamar. En suma, puede asegurarse que el Partido Comunista español no tuvo nunca una política verdaderamente revolucionaria. En un principio su propia juventud le llevaba por caminos ultraizquierdistas; cuando empezaba a corregirse, el terrores soviético le arrastró consigo, obligándole a efectuar todos sus zig-zags de aventura y capitulación.

La adaptación no se efectuó sin lucha, aunque desordenada, mal cimentada y débil, por parte de los militantes descontentos. El instrumento de la sumisión fue el grupo Bullejos, apoyado por los representantes de la Internacional. La lucha provocó una crisis que terminó dejando fuera del Partido a una parte de sus fundadores. Todas las triquiñuelas y suciedades del burocratismo stalinista fueron sacadas a relucir por Bullejos y adláteres, desde la destitución y nombramiento de los cargos responsables sin consultar la base, hasta la prohibición de correspondencia privada entre militantes, a fin de impedir a los opositores una crítica y una acción homogéneas.

El grupo Bullejos castró y redujo el Partido a la obediencia pasiva. En un partido así, la burocracia moscovita podía fácilmente deshacerse del grupo Bullejos cuando le conviniese, lo que hizo.

La serie de bandazos a la derecha y a la izquierda sucesivamente, que el stalinismo impuso a la Internacional, diéronle las características de una organización centrista. Verbalismo revolucionario, acciones oportunistas o aventureras; oscilaciones bruscas de un extremo menchevique, reformista, a otro ultraizquierdista. El Partido español siguió en todos sus vaivenes a la Internacional, desde 1924. Al producirse el movimiento que derrotó a la dictadura, y a la monarquía enseguida, el Partido Comunista de España era ya una organización centrista acogotada desde el Kremlin. Sin embargo, tenía perspectivas inmensas, gracias al prestigio y al respaldo de la revolución bolchevique de Octubre.

Su primera reacción ante los acontecimientos de España fue de obtusa incompreensión y escepticismo, siguiendo en ello a la Internacional, de quien recibía elaborada su política. Manuilsky, a la sazón presidente de aquélla, sentenciaba desde su sitial que los sucesos de España tenían menos importancia que una huelga cualquiera en otro país. Con este criterio, el Partido español fue cogido a la improvisa por la importancia de los acontecimientos. Los principales beneficios de la iniciativa en la acción contra la monarquía fueron recogidos por los anarco-sindicalistas, los socialistas y los republicanos. Su subestimación del movimiento revolucionario le impidió ver la necesidad de boicotear las elecciones a diputados, convocadas por el Gobierno del almirante Aznar. La monarquía esperaba salvarse de los escrutinios contando con la acción de las autoridades locales, suyas todas. Era indispensable boicotear la convocatoria y destituir primero a las autoridades locales mediante unas elecciones municipales. El Partido Comunista no sólo se mostró incapaz de ver más lejos que los republicanos y los socialistas tomando la iniciativa del boicot, lo que le hubiese asegurado un sólido prestigio, sino que se opuso a él en un principio, aceptándolo finalmente ante la unanimidad total de la oposición. Así marchó, durante el período inmediato anterior a la República, a la zaga de la coalición republicano-socialista, lo que le impidió tomar posiciones y convertirse en una seria oposición obrera a la República burguesa. Pero ello no le impediría, poco después, exigir muy seriamente, como se verá más adelante, «todo el poder para los soviets», unos soviets tan perfectamente inexistentes que ni el nombre era generalmente conocido de las masas.

Resumiendo: ¿contaba el proletariado español con una organización firme y revolucionaria en el Partido Comunista? ¿Comprendía éste el carácter de la revolución? Desde luego no. Bajo la férula asfixiante del stalinismo, siempre desplazándose a la derecha en medio de sus contorsiones, estaba destinado a la degeneración. Sin embargo, como entonces cualquier partido de la Internacional, el español era mucho más revolucionario en potencia que en esencia. Gran cantidad de elementos revolucionarios jóvenes acudían a él, no viendo un partido centrista o noción que por lo general desconocían, sino el partido hermano del primero que consumó una revolución proletaria. Se consideraban marxistas revolucionarios y procuraban educarse teóricamente. En esa generación que acudió al Partido Comunista antes e inmediatamente después de la República, había una gran sinceridad política y una rica veta revolucionaria susceptible de transformarlo en un genuino partido marxista apto para desempeñar victoriosamente las

³⁰ La misma desconcepción de la base sirvió de pretexto a todos los partidos de la Internacional, cuyas direcciones ya estaban amañadas por la burocracia. El único que discutió la cuestión y se pronunció por mayoría de votos, el belga, dio el triunfo a la Oposición.

tareas que se afrontaban. Pero para ello se requería una ruptura terminante con el stalinismo. Ante la disyuntiva de romper con el Kremlin o gangrenarse se encontraba el Partido Comunista español.

Esa situación contradictoria era un traslado de las condiciones del termidor stalinista antisoviético. Aun no parecía cierto, allá por 1930, si el termidor se afirmaría en el poder o sería destruido por una nueva ofensiva de las masas soviéticas. En el segundo caso, los grilletos burocráticos puestos a la Internacional habrían sido rotos, sus oportunismos corregidos, los mercenarios sin principios arrojados ignominiosamente, y los jóvenes que se incorporaban a los partidos nacionales hubiesen hallado vía libre para convertirlos en organizaciones revolucionarias idóneas.

Pero el termidor se afianzó en la U.R.S.S., como es sabido. La atmósfera política de la Internacional se corrompió continuamente. Los revolucionarios que ingresaban al Partido Comunista de España, en lugar de encontrar en él una escuela política, encontraban un medio propicio a la depravación, gusanera de arribistas sin escrúpulos. Miles de hombres fueron decepcionados, estropeados moralmente, inutilizados para la acción revolucionaria; centenares, si no miles también, convertidos en canallas. Así, hasta dar paulatinamente con los huesos del Partido Comunista en el criminal nacionalismo staliniano revelado durante la guerra civil. Siendo un partido revolucionario en potencia al comenzar la crisis social, su supeditación a la burocracia soviética acabó convirtiéndolo en el alma de la contrarrevolución en la zona anti-franquista.

Para terminar esta reseña crítica de las organizaciones obreras existentes a la caída de la monarquía, hay que dar cuenta de otras organizaciones menores. Fueron numerosas las que existieron temporalmente, pero sólo me ocuparé de las dos que se conservaron durante los diez años revolucionarios y que siguen existiendo en la ilegalidad.

Se constituyó la primera en Cataluña, por la propia organización comunista regional descontenta de la actitud del Partido nacional hacia el problema catalán. Rompió con la organización oficial independizándose con el nombre de Federación Comunista Catalano-Balear. Poco después creaba en torno a sí otra organización, el Bloque Obrero y Campesino, amasijo de militantes y simpatizantes, sin programa definido, convertido paulatinamente en organización política en la que se disolvió la primera. Hay que hablar pues del Bloque y no de la Federación.

¿Había comprendido el Bloque los errores del stalinismo nacional e internacional? ¿Rectificaba con su programa las fallas del programa y la actividad de aquél? Imposible dar una respuesta afirmativa. La escisión tuvo por base fundamental el problema catalanista, que continuó siendo el mayor impedimento ideológico del Bloque. El centrismo político stalinista y las consecuencias que acarreo ô burocratización soviética, Comité Anglo-Ruso y capitulación ante el laborismo británico, capitulación ante la burguesía china, etc. ô no existían en el espacio teórico del Bloque. Muy al contrario, éste parecía proponerse deliberadamente ganar la confianza de los dirigentes de la Internacional Comunista, ahorrándoles toda crítica y reproduciendo frecuentemente sus propios errores.

Véase primero en qué términos ultranacionalistas explayaba sus divergencias con el Partido español. En una carta abierta de la Federación Catalano-Balear, dirigida al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, publicada en *La Batalla* a principios de 1931, se decía: «La dirección del Partido oficial no ha hecho nada absolutamente por crear en Vasconia, en Galicia y en Andalucía un movimiento de independencia nacional íntimamente ligado a la clase obrera revolucionaria.» «Nosotros somos partidarios ardientes de la independencia de Cataluña, de Vizcaya, de Galicia, de Andalucía, etc. La burguesía no ha podido hacer la unidad ibérica. Ha mantenido la cohesión mediante un régimen de opresión constante. España, que no es una nación sino un Estado opresor, debe ser disgregada.» Silencio sobre los errores de la I.C. y sobre otros más efectivos del Partido español. En su furor catalanista, el Bloque se justificaba reclamando un andalucismo (¿se trataría de un partido cañí?), un extremadurismo, un castellanismo, y así sucesivamente; no otra cosa significaba el «Andalucía, etc.», de la cita. Concepción diametralmente opuesta a la del marxismo. Este no tiene por qué suscitar artificialmente problemas nacionales. Su reconocimiento del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos no supone propagación del separatismo, menos aún substitución del mismo a los objetivos propios del proletariado, siquiera sea temporalmente. Es un antídoto del nacionalismo, no un acicate. La concepción bloquista, por el contrario, había de servirle para serpentear a la sombra de la burguesía catalanista. Su diferenciación del stalinismo no pasaba de ahí.

La plataforma política del Bloque Obrero y Campesino era un modelo de confusionismo. Empezaba quintaesenciando el regionalismo de la carta a la I.C.: «Somos partidarios de un Estado por cada nación.» En general, el documento reproducía los errores oportunistas de la Internacional en China. En primer lugar, la propia idea de un Bloque Obrero y Campesino era una edición catalana de los partidos obreros y campesinos que sirvieron de trampolín

al oportunismo stalinista del período anterior. Así como estos partidos ocultaron su comunismo para confundirse con la pequeña burguesía o disolverse en sus partidos (China), la plataforma del Bloque no se refería una sola vez al comunismo, confundiendo con la multitud «radical». Hablaba de revolución democrática y de revolución popular, sin definir su naturaleza de clase; hablaba de una construcción racional de la sociedad sin relacionarla con el socialismo y con la toma del poder político por el proletariado; decía que la República no debía ser sólo una conquista para la burguesía, sino también para la clase obrera, dando así pábulo al confusionismo sobre las posibilidades del proletariado dentro de la República burguesa, y alentando la colaboración política con la burguesía; pedía la organización de Juntas revolucionarias, sin atribuirles la tarea de tomar el poder ni asignarles siquiera un programa de reivindicaciones inmediatas. Al final, la declaración prometía «luchar con todas sus fuerzas por la realización total de la revolución democrática.» Y en toda ella no se intentaba siquiera la crítica del socialismo y del stalinismo.

Este programa, que admitía la posibilidad de luchar por la revolución democrática independientemente de la revolución socialista, concuerda en todas sus partes con el entonces programa centrista de la Internacional Comunista. Con oscilaciones diversas y modificaciones de matiz constituyó todo el pozo teórico del Bloque y algo más tarde del P.O.U.M. (Partido Obrero de Unificación Marxista). Importa dejar sentado este punto de partida del centrismo bloquista ô común al stalinismo ô porque sus repercusiones serán más tarde contraproducentes para la revolución.

Tampoco en sus primeros pasos tácticos se distinguió el B.O.C. del stalinismo. Dos ejemplos bastarán como demostración. Poco después de la caída de Primo de Rivera, el P.C. español, presionado por la Internacional Comunista, hizo convocar en Sevilla, por el sindicato portuario, una llamada conferencia de reconstrucción de la C.N.T. Entonces esta central sindical, salida de la ilegalidad, contaba ya con centenares de miles de afiliados. Bajo el remoquete constructivo, el stalinismo realizaba una maniobra escisionista antipática y perjudicial a la masa obrera sindicalizada. O por halagar a los líderes de Moscú, de donde llegó la orden a los stalinistas, o por propia incompreensión de la importancia de la unidad sindical, el Bloque se sumó a la maniobra con estas palabras impresas en *La Batalla*, día 13 de julio de 1930: «La iniciativa del sindicato del puerto de Sevilla está perfectamente fundada...»; «ni el sindicato del puerto de Sevilla pretende crear una nueva Confederación ni los comunistas preconizamos una escisión sindical». Totalmente contrario a la verdad, como es sabido. Un año después la propia *Batalla* quería borrar su responsabilidad en la maniobra escisionista pretendiendo haberla «condenado sin reservas desde el primer momento». En forma semejante, algunos militantes poumistas procuran hoy rehacer la historia del Bloque y la del P.O.U.M.

El otro ejemplo realza aún más claramente la naturaleza centrista del Bloque. Sin haberse atrevido a hablar de comunismo en su plataforma, habiendo embarullado las ideas sobre la revolución democrática, se lanzó repentinamente adelante en estos términos: «La república burguesa está ya gastada... Han bastado tres meses de gobierno para ponerla completamente a prueba.» Y concluía con esta consigna verdaderamente indeterminable: «Todo el poder a las organizaciones obreras.» (*La Batalla*, 30 de julio 1931). Poco antes, el 23 de abril la consigna era otra: «Todas las funciones del Estado para las Juntas. » Pasando por alto el embrollo sobre la naturaleza de los órganos proletarios de poder y sobre sus relaciones con el Estado burgués, que han de ser destructivas para ser revolucionarias, era la misma consigna stalinista de «todo el poder a los soviets», cuando no existían todavía soviets y los prejuicios democráticos de las masas estaban en pleno apogeo.

No sin razón aconsejaba Trotsky a sus camaradas españoles delimitarse inequívocamente de esa organización confusionista. El Bloque era un conglomerado de catalanistas y oportunistas (políticamente preponderantes), y de revolucionarios mal orientados, que no prometía gran cosa al proletariado. Un día hablaba de revolución democrática enterrando bajo siete capas la palabra comunismo; al día siguiente pedía «todo el poder para las organizaciones obreras», es decir, para el Partido Comunista, la C.N.T., la F.A.I., el Partido Socialista, la U.G.T., el Bloque Obrero y Campesino, la Oposición Comunista de Izquierda y una decena más de organizaciones políticas y sindicales, cada una con ideas distintas y la mayoría de las veces incompatibles. ¿Con qué objeto ese poder? ¿Para destruir el Estado capitalista, o para gobernar desde él? Imposible saberlo; pero la indeterminación presta a lo segundo. Las relaciones entre el proletariado y el Estado burgués fueron siempre zona de sombras en el Bloque. Ello había de llevarle hasta la colaboración con la burguesía y el stalinismo, en los primeros meses de la guerra civil. Era un partido invertebrado, incapaz de una actuación revolucionaria consecuente, a menos de un severo reajuste ideológico, lo que nunca hizo.

Se verá, al tratar de la guerra civil, que los rasgos idiosincráticos del Bloque Obrero y Campesino son válidos para el P.O.U.M., su sucesor. En la política del primero está contenida la política del segundo. Los desatinos y capitulaciones poumistas durante la guerra civil están lejos de ser circunstanciales.

Finalmente, existía la Oposición Comunista de Izquierda (más tarde Izquierda Comunista), adherida a la Oposición Internacional, cuyo punto de partida fue la Oposición Bolchevique-Leninista, encabezada por Trotsky en la U.R.S.S. contra la fracción termidoriana stalinista. Como es sabido, esta tendencia fundó, en 1938, la IV Internacional. Durante la guerra civil trabajaba en España con el nombre de Sección Bolchevique-Leninista. Había sido iniciada, aún antes de caer Primo de Rivera, por militantes comunistas de la primera época: Esteban Bilbao, Juan Andrade, Andrés Nin y otros. Pronto agruparon nuevos elementos jóvenes, de cultura política incipiente, pero de acendrado temperamento revolucionario y entregados sin reserva desde el primer día al movimiento obrero.

La Oposición Comunista de Izquierda había empezado en mayo de 1931 la publicación de una revista teórica, *Comunismo* la mejor en su género que existiera hasta entonces en lengua española. El rápido éxito de la revista y el número de adhesiones recibidas, permitió celebrar en junio de 1931 la primera conferencia nacional. Asistieron delegados de Cataluña y Bilbao, Asturias, Salamanca, las dos Castillas, Andalucía y Extremadura. Aprobáronse tesis sobre todos los problemas fundamentales de la revolución, así como sobre el de organización planteado entonces a la Oposición española e internacional.

Es importante conocer este último, por cuanto determinó la actividad de la Oposición hasta 1933. Concernía a la actitud conveniente frente a los partidos del comunismo oficial y a la Tercera Internacional misma. ¿Debía la Oposición actuar como un nuevo partido en todos los aspectos o por el contrario, considerarse parte integrante de la Tercera Internacional, apoyándola críticamente y luchando por su regeneración? La segunda había sido la política decidida mundialmente y fue aceptada también por la Oposición española.

Algunos militantes, principalmente los de corriente centrista, que entonces se delimitaban del stalinismo más en el terreno orgánico que en el político, han criticado esta posición, considerándola un impedimento para la creación de un gran partido revolucionario. Harían mejor en mirar críticamente sus propios errores políticos, no ya tácticos, obstáculo mucho más grave que aquél. Lanzarse por aquella época a la creación de un nuevo partido era una aventura. Una aventura puede resultar bien o mal, pero una organización revolucionaria debe dar sus pasos con tiento, no saltar en el vacío con los ojos cerrados. La mayoría de estos críticos eran incapaces de enjuiciar el stalinismo internacional. Se limitaban a censurar ésta o aquella falta de los líderes nacionales, sin descubrir la fuente moscovita de sus errores ni combatirlos debidamente como centrismo político.

La suerte del centrismo stalinista tenía que ser decidida por la marcha de los acontecimientos mundiales, por la correlación general de fuerzas entre revolución y contrarrevolución, proletariado y burguesía. El centrismo, superpuesto al bolchevismo en la Internacional Comunista, sin raíces muy profundas todavía, podía ser desbordado por la presión de un fuerte movimiento revolucionario. La táctica regeneradora de la Oposición hubiese logrado, en ese caso, salvar la Internacional. A este intento se aplicó, en su terreno nacional, la Oposición española, no sin éxitos importantes. Si al llegar el momento propicio, cuando el centrismo stalinista se convertía en reaccionarismo vergonzante, la Oposición española no consiguió transformarse en un extenso partido, no se debió a su táctica opositora, sino a otros errores tácticos y políticos graves, cometidos por su dirección en momentos críticos. Más adelante habrá ocasión de verlo concretamente.

Los militantes de la Oposición ô entre los que se encontraba el autorô , veían en el Partido Comunista oficial su propio partido. Compartían con él las alegrías de sus triunfos. Sus errores, incapacidades y derrotas les dolían más agudamente que si fuesen suyos. Pero ni un solo instante, ni en el más insignificante problema, se confundió políticamente la Oposición con el stalinismo. Si alguien hizo una crítica continua, acerba y completa del stalinismo, fue la Oposición y nadie más que la Oposición. La crítica del Bloque se quedaba siempre a medio camino, cuando no compartía errores. Desde su primera Conferencia Nacional, en 1931, la Oposición dio una respuesta justa a todos los problemas básicos del momento político. Sus tesis ô agraria, sindical, políticaô , pueden ser consultadas en la revista *Comunismo*. Fue la única organización que comprendió y expuso claramente el carácter socialista de la revolución, y delineó la táctica para alcanzar la conquista del poder por el proletariado: unidad sindical y frente único obrero de combate, programa mínimo de reivindicaciones parciales, que ligasen los problemas de ayer a los de hoy, a los de mañana; constitución de comités de fábrica, de taller, de tajo, etc., punto inicial de la constitución de los órganos del poder revolucionario.

Los escépticos y los necios ô que lo uno anda cerca de lo otroô reirán al leer estas líneas, convencidos casi de que se trata de «bluff» o de metafísica partidista, puesto que una organización con tan brillante programa no desempeñó ningún cometido determinante durante la guerra civil. Ello prueba, todo lo más, la insuficiencia de un programa justo. La historia no es un mecanismo que marcha en ésa o aquella dirección aplicándole éste o aquel programa. Precísase que los hombres o partidos, expresión viva del programa, actúen con la ductilidad y la energía requeridas. En esto último falló la Oposición, ya convertida en Izquierda Comunista. Además, una mayoría de la misma cometió un grave error político en el momento más crucial, vísperas de la guerra civil. La minoría, pequeña de por sí y compuesta de gente demasiado joven, no tuvo tiempo suficiente para recuperar el terreno perdido. De ahí que el ejemplo de la Izquierda Comunista quedase limitado a un buen precedente teórico.

Su rápido crecimiento ô más de 2.000 miembros, moderando las cifras, en 1932ô su capacidad educativa de nuevos revolucionarios, sus éxitos en el seno del Partido Comunista, de la Juventud Socialista, y la simpatía general que se granjeó entre los obreros más conscientes, respaldan la justeza de su programa. Parte considerable del radio sur madrileño del Partido Comunista oficial pasaba a sus filas en 1935, mientras, desde 1934, congresos regionales de la Juventud Socialista se pronunciaban en favor de la Cuarta Internacional y el órgano periodístico de la misma reclamaba la ayuda de los «trotskistas, los mejores teóricos de la revolución.» Precisamente en este instante decisivo, que bien aprovechado hubiera transformado la Izquierda Comunista en un gran partido de masas, su dirección, desorientada, vaciló, consideró equivocadamente las posibilidades abiertas, y finalmente volvió la espalda al movimiento de masas que la llamaba.

En suma, la perspectiva histórica de la revolución española dada en el programa de la Izquierda Comunista, era justa. Ninguna otra organización estaba tan bien armada teóricamente para satisfacer los intereses de la revolución proletaria. Pero si se quisiera dar un ejemplo espantable y feo ô permítaseme la expresión anacrónicaô de pésima dirección práctica, de torpeza de movimientos y mal aprovechamiento de las posibilidades, la Izquierda Comunista suministraría el más palmario. La cantidad puede siempre transformarse en calidad; los errores prácticos, acumulados, terminaron siendo errores políticos que liquidaron la Izquierda Comunista. Su enorme potencialidad revolucionaria se perdió. Su herencia positiva, recogida y desenvuelta por algunos de sus miembros, condujo a la fundación de la Sección Bolchevique-Leninista, apenas estallada la guerra civil. Demasiado tarde, sin embargo, para poder conquistar una posición preponderante en el poco tiempo disponible.

He ahí las fuerzas ideológicas con que contaba el proletariado, al iniciarse la gran tormenta revolucionaria. La tragedia de la derrota estaba contenida en ellas desde el principio. Los acontecimientos revolucionarios en lugar de mejorarlas las empeoraron, salvo en momentos pasajeros. Vamos a verlas actuar y modificarse paso a paso.

CAPÍTULO V

LA REVOLUCIÓN INCRUENTA

Es sabido hasta la saciedad que la dictadura del general Primo de Rivera fue un golpe de mano preparado por el monarca en conciliábulo con los cuartos de banderas y las sacristías. Iba apuntado a cortar el paso al movimiento obrero, creciente en Cataluña, y a la campaña de responsabilidades sublevada por el famoso expediente Picasso, que, salpicando al rey, ponía en peligro la monarquía. En las Cortes no existía procedimiento legal para evitar la discusión. Las minorías republicana y socialista se negaban a transigir. Estaban asistidas y presionadas por la aversión popular a la aventura sub-imperialista de Marruecos, convertida en irritada indignación al saberse que millares de hombres perdieron la vida por pura incapacidad, imprevisión y cobardía de los generales. El propio Alfonso quedaba complicado en el asunto mediante órdenes dadas con su característica irresponsabilidad imbécil.

Por otra parte, los esfuerzos terroristas del sanguinario Martínez Anido contra el proletariado catalán no conseguían acabar con los sindicatos clandestinos antipatronales (anarco-sindicalistas). La discusión del expediente Picasso habría transformado en revuelta la indignación y la agitación de las masas. Picasso, expediente y Cortes, tenían que ser arrinconados. Los cuartos de bandera, integrados casi en su totalidad por los clásicos señoritos putañeros, flamencos y patrioteros ô trinidad unaô , e incursos en las responsabilidades del expediente, apoyaron sin reservas la iniciativa alfonsina de un pronunciamiento. El elegido para encabezarlo, general Primo de Rivera, a la sazón comandante militar en Cataluña, declaraba a los periodistas al día siguiente de su cuartelada: «De África no diré una palabra, ni permitiré que de ello se escriba ni se hable. Problema al que han de dar solución las armas y la diplomacia juntas, nada gana con ser entregado al público». Ni republicanos ni socialistas intentaron resistir. ¿No se sentirían también, en el fondo, descargados de una obligación que podría llevarles a exigir demasiadas responsabilidades?

Siete años prolongó su vida la dictadura. No porque contara con un apoyo nacional efectivo, aparte de los cuartos de banderas, las sacristías, los círculos de la nobleza y la gran burguesía, sino porque coincidió con el mejor período financiero mundial después de la guerra 1914-1918. Esto le permitió asociarse la gran burguesía, neutralizar la pequeña y asegurarse la contemporización de la organización obrera más fuerte de España, el Partido Socialista. Ya se ha indicado bajo otro título hasta qué punto éste sirvió de bordón a la dictadura, ofreciéndole consejeros de Estado y asambleístas nacionales. Pero la monarquía estaba condenada. En lo más profundo de las masas se acumulaban enormes energías. La dictadura había aplazado, no evitado la apertura del período revolucionario.

Las masas se mantuvieron siempre en primera línea contra el régimen, creando paso a paso las condiciones de su destrucción. A pesar de la mejora de las condiciones económicas durante los primeros años de dictadura, las huelgas no decrecieron, salvo en 1926. Y cada una de ellas significaba una lucha violenta contra el esquirolaje, amparado gubernamentalmente. El número de huelguistas oficialmente registrado es el siguiente:

1924	1925	1926	1927	1928	1929
28.744	60.120	21.851	70.616	70.024	67.032

La estadística no incluye a los obreros pertenecientes a la C.N.T. ni a los huelguistas independientes, en aumento continuo a medida que se acercaba la caída de la dictadura. La cifra de 1929 es una falsedad estadística. En ese año toma amplitud de grandes masas y carácter ofensivo la campaña contra dictadura y monarquía; es el año de los mítines y las manifestaciones políticas que terminaban en encuentros con la policía.

De estas masas siempre activas contra la tiranía política y la opresión económica, porque no pueden escapar a ambas más que por la revolución socialista, partió la marejada que originó el más importante movimiento revolucionario de los últimos decenios, por más que crean otra cosa los señores republicanos y esos otros líderes burgueses que se llaman a sí mismos socialistas.

Es frecuente, en los inicios de las revoluciones modernas, un espejismo que muestra el liberalismo burgués y sus hombres representativos como el motor del movimiento que brota en realidad de las capas explotadas de la población. Se produce, más que por la actividad material de aquellos, por el crédito que les conceden las masas. Estas tienden a ver, en los hombres conocidos que se apellidan demócratas, socialistas, etc., no lo que en verdad son, sino la representación idealizada de sus aspiraciones, inconcretamente entrevistas aún. El proletariado y los campesinos remiten así su energía a hombres que se revuelven contra ellos apenas han alcanzado el poder.

Idéntico espejismo se observó en España. La actividad de las masas pobres no cejó un solo instante durante la dictadura, pero se multiplicó con los primeros efectos de la crisis económica, empezada muy temprano en España. A medida que la crisis se profundizaba, sumábanse al proletariado y los campesinos la pequeña burguesía y la grande. Esta última, sobre todo, creyó capear el temporal sin más que un cambio escenográfico dentro de la monarquía. Pero a medida que pasaba el tiempo, aparecía más imprescindible sacrificar la monarquía para salvar el sistema capitalista. Entonces se vio a representantes de la clerecía y los latifundistas, como Alcalá Zamora, alzar el crucifijo junto al gorro frigio de la República. Maura, hijo del conocido político monárquico del mismo nombre, hizo otro tanto. Sánchez Guerra, un primer ministro de su majestad, sin declararse republicano, citaba versos llamando gusano al Rey, mientras su hijo ô uno de esos personajillos por herenciaô brincaba al campo republicano como asistente de Alcalá Zamora. Un monárquico impenitente, Ossorio y Gallardo, atribuía ideas republicanas inclusive a su gato y se confesaba «monárquico sin rey» presto a servir la República. El viejo y degenerado partido republicano, que dirigía el venal Lerroux asistido por Martínez Barrio, empezó a recibir adhesiones de burgueses y mensajes secretos de generales que presentían la tolvenera revolucionaria. Igualmente, discurseaba y prometía el oro y el moro el Partido Radical-Socialista, enteco remedio herriotista de Marcelino Domingo y Álvaro de Albornoz. Y como los socialistas deliberadamente, los anarquistas tácitamente, se mantenían en un segundo plano, los republicanos burgueses aparecían como los principales conductores y catalizadores del movimiento.

Pero la presión de las masas era tan fuerte que las propias clases reaccionarias consideraron inútil la resistencia. Desde los mismos cuartos de banderas que auparon a Primo de Rivera, salían mensajes de complacencia hacia Alcalá Zamora, Maura y Lerroux. Los capitostes de la monarquía buscaban situarse en el seno de la futura República. La alternativa, república o monarquía, aparecía vacua desde el principio. Ese fue el primer rumor de los pasos de la revolución social que se aproximaba.

En este ambiente de republicanismo general, de vagas aspiraciones de las masas, de ilusiones depositadas en la República y en los partidos burgueses, pero de recia acometida, derribar la dictadura y la monarquía fue casi un juego realizado sin gran esfuerzo. La dictadura se derrumbó sola, sin ninguna lucha seria, sin que pudiera defenderse. A la hostilidad redoblada de las masas se añadía el sarcasmo popular hiriéndola diariamente de mil maneras. Habríase dicho que murió ahogada en la risa estridente y mordaz del pueblo español. Sus intentos de Asamblea Nacional corporativa, y otros entresacados del escenario musolinesco, fracasaron por la sola virtud de la opinión adversa de la calle. El Borbón, asustado ante el crecimiento del espíritu revolucionario, pensó que lograría ser perdonado despidiendo al dictador. Parece que éste intentó prolongar un poco sus días de bacanal política, apoyándose únicamente en el ejército. Los capitanes generales de todas las zonas militares, consultados, prefirieron hacer el oído sordo. En verdad, cumplida su miserable misión de 1923, el señorito dictador nada tenía que hacer en el poder, sino poner en peligro la monarquía. Quien le ordenó «sublevarse» le ordenó marcharse, y se fue a París, donde murió poco después rumiando el sarcasmo y el desprecio de toda España.

La monarquía encomendó el poder al general Berenguer, quien trató de escindir la oposición mediante concesiones a los elementos de derecha que le permitieran convocar elecciones a Cortes y amañar la mayoría por los procedimientos caciquiles usuales. Pero el clamor popular contra la monarquía era demasiado recio. Zamora, Maura, Lerroux, no podían permitirse veleidades con el «monarca perjuro» ô era su acusación favoritaô sin desacreditarse ellos mismos y correr el riesgo de que la dirección del movimiento se desplazara a la izquierda y tomara desde el principio un carácter más radical.

El bloque constituido en el llamado pacto de San Sebastián, no otra cosa, al parecer, que un compromiso verbal entre los representantes de todos los partidos, desde Zamora hasta los socialistas, con el asentimiento tácito de los anarquistas, se había dado por jefe al antiguo ministro del rey, futuro presidente de la República, asistido por Maura. El propio partido lerrouxista tenía un papel de segunda categoría. Por tanto, quienes verdaderamente poseían la representación de las masas eran los socialistas y los anarquistas. Ellos hubieran podido limitar el convenio con los republicanos a un pacto de unidad de acción, sin someterseles políticamente. Pero los socialistas no querían provocar nada que se pareciese a un movimiento de carácter proletario. Veían en la República un traslado a España del sistema de la tercera república francesa, en la que ellos desarrollarían sus organizaciones sin desbordar el capitalismo, y se comportarían, ya como colaboradores, ya como opositores parlamentarios. De ahí que su táctica fuese diametralmente inversa a la revolucionaria. En lugar de hacer valer la importancia y la fuerza de las masas frente al republicanismo burgués, la minimizaron cuanto pudieron inculcando ilusiones en la República; en lugar de disponerse a dirigir la acción independiente de las masas en pro de su revolución, se dispusieron a encerrarla dentro del círculo de intereses capitalistas. Esta será la conducta del Partido Socialista hasta el último día de la guerra civil.

Así pues, en el llamado Comité Revolucionario Republicano-Socialista señoreaban los terribles revolucionarios Zamora y Maura. Los anarquistas, aunque sin representantes en el Comité, les seguían también. El apoliticismo ha tenido siempre manifestaciones de este calibre. Guardaba las formas no destacando representantes en los comités de «los políticos», pero de cuando en cuando les cedía calladamente la preeminencia. No reprochamos a los anarquistas haber contribuido a traer la República; les reprochamos no haber contribuido independientemente y tratado de arrancar los socialistas al maridaje con los republicanos burgueses. Una coalición entre las fuerzas obreras, dispuesta a actuar conjuntamente con los republicanos en cuanto de liquidar la monarquía se tratara, pero decidida a seguir su camino independientemente, habría cambiando todo el curso de la revolución española. En el peor de los casos, la representación obrera en las Cortes constituyentes hubiese sido muchísimo mayor, y el movimiento obrero habría podido tomar posiciones fuertes inmediatamente después de la República. Ciertamente, lo que más preocupaba a los socialistas era debilitar su propia fuerza entregándosela a los republicanos y ocultar a las masas que tenían un objetivo propio que cubrir: la revolución socialista. Pero si la C.N.T. hubiese propuesto a los socialistas un frente de clase, la educación de las masas y su desengaño de falsos revolucionarios habría podido efectuarse rápida y positivamente. En suma, entre el oportunismo político de los socialistas y los prejuicios apolíticos de los anarquistas, los republicanos burgueses aparecieron con una fuerza y una representación que estaban muy lejos de tener. Eso les aseguró el dominio en la etapa constituyente.

A ésa ausencia de un bloque proletario independiente y a la subordinación total de los socialistas a los republicanos, se debió el fracaso del movimiento antimonárquico de diciembre de 1930. El Comité Revolucionario de San Sebastián lanzaba baladronadas y más baladronadas sin atreverse nunca a una acción seria. Sin embargo, tenía tras sí la inmensa mayoría de la población. El fracaso de 1930 recae sobre el espíritu conservador del Comité.

Es sabido que el movimiento se redujo a la proclamación de la República en Jaca, por las tropas al mando de los capitanes Galán y García Hernández, al vuelo sobre Madrid de Ramón Franco y el general Queipo de Llano ô ambos fascistas después, más la huelga general en Barcelona y algunas otras ciudades catalanas. En ninguna parte ocurrió nada, ni siquiera una huelga pacífica. Galán y García Hernández fueron fusilados, la huelga en Cataluña vencida y el Comité Republicano-Socialista arrestado sin intentar una acción de mayor envergadura.

La explicación oficial que más tarde se ha dado de fracaso es completamente insatisfactoria. La guarnición de Jaca ô se pretendeô se adelantó a la orden de sublevación, lo que puso en movimiento a las autoridades y paralizó todos los planes del Comité. Sin embargo, este mismo reconoció la existencia de una orden o proyecto de huelga general para Madrid, que nunca fue puesta en ejecución. Nosotros preferimos otra explicación más acorde con la naturaleza del Comité en cuestión y, por otra parte, confirmada por las declaraciones de sus miembros en el proceso a que fueron sometidos.

El Comité Republicano-Socialista no pensó nunca seriamente en derribar la monarquía por medio de un movimiento revolucionario en el que las masas desempeñaran el principal papel. Su plan consistía en un pronunciamiento de guarniciones militares, secundado, si acaso, por un paro obrero pacífico en las principales ciudades. De esta manera el nuevo régimen parecería traído por el brazo militar y el gobierno republicano habría dispuesto de una fuerza represiva prestigiada por el pronunciamiento, para lanzarla contra las masas si se extralimitaban de los vítores gozosos a la República. Creyendo tener en la mano suficientes guarniciones, el Comité

dio la señal del pronunciamiento. Pero seguramente le fallaron muchos de sus bravos milites, puesto que dio contraorden. El movimiento que había sido ya fijado y aplazado numerosas veces, parecía una burla a los ojos de quienes lo habían tomado en serio. Así se explica la impaciencia de Galán, hombre medio anarquista y medio comunista. El movimiento no abortó por su impaciencia, sino porque su sublevación puso al Comité Republicano Socialista ante la alternativa de secundarle con una insurrección obrera o dejarle vencer. He ahí por qué no se ha averiguado aún qué ocurrió con la orden de huelga general que debió haberse dado en Madrid. Estoy plenamente convencido de que la responsabilidad por el fracaso del intento de diciembre y por el fusilamiento de los dos capitanes de Jaca, recae totalmente sobre el famoso Comité revolucionario.

La monarquía, sin embargo, no resultó afianzada por este falso envite. El acto de Jaca y la muerte estoica de los capitanes acendrarón mucho más el odio de las masas al régimen. Por todo el país crecieron las protestas y manifestaciones, las huelgas por objetivos económicos y políticos se multiplicaron, la agitación política en favor de las elecciones, aunque perseguida, surgía por todas partes. Poco después, el rey encargaba a Sánchez Guerra, el mismo que meses antes le tildara de gusano, la formación de un nuevo gobierno, dando participación a los encarcelados del Comité.

El clamor antimonárquico impidió que la oferta fuera aceptada. Un almirante, Aznar, constituyó enseguida un gabinete que prometió elecciones a Cortes. Pero todas las autoridades municipales y provinciales de España eran las designadas por la dictadura. Las candidaturas monárquicas habrían encontrado todas las facilidades del chanchulleo electoral, mientras se obstruirían las oposicionistas. Tras algunas vacilaciones se decidió boicotear las elecciones a Cortes y exigir primero elecciones municipales. El Partido Comunista no supo verlo ni tomar la iniciativa del boicot cuando republicanos y socialistas vacilaban aún. Opuesto al principio, terminó sumándose a él, con lo que apareció a rastras del ala burguesa.

El boicot fue un éxito que superó todas las esperanzas. Sin más asistencia que la flaquísima de las organizaciones monárquicas, el Gobierno viose forzado a suspender la convocatoria y fijar otra a elecciones municipales en todo el país, para el doce de abril de 1931. Sin soporte apenas en la población, la monarquía no encontraba otra salida que lanzarse al riesgo procurando sortearlo con ayuda del caciqueo.

No es necesario dar cifras sobre los resultados electorales. Son muy conocidas y fácilmente asequibles. Las esperanzas depositadas por la monarquía en la red de caciques, verdadera estructura de su constitución, se desvanecieron. Los escrutinios dieron la mayoría a la coalición republicano-Socialista. La tarde del 14 de abril se proclamaba la República en Madrid. En Barcelona, Maciá proclamaba la República catalana y se sometía inmediatamente al nuevo gobierno central.

El Comité Republicano-Socialista fue el primer sorprendido. Estaba lejos de prometerse una victoria tan fácil y completa. Los pequeño-burgueses nunca tienen confianza en las masas, porque, invirtiendo los términos, creen que son ellos los causantes y motores de las crisis políticas, cuando en realidad son un producto secundario de las contradicciones sociales. Sea como fuere, el triunfo estaba allí. Toda España desbordaba de júbilo. Por doquier, obreros, jornaleros agrarios, campesinos, creían que el triunfo de la República era su triunfo y se disponían a la acción. Bien pronto comprenderían experimentalmente que entre una monarquía y una república no hay diferencias esenciales mientras no se cambien radicalmente las bases económicas y políticas.

El Gobierno provisional republicano inauguró sus funciones por un acto de traición: impidiendo al país exigir las responsabilidades en que, desde Annual hasta Jaca, habían incurrido el monarca, sus generales, sus ministros y principales colaboradores. Esta exigencia había sido uno de los factores de más peso en la campaña contra la monarquía. Lejos de cumplir sus promesas, el Gobierno provisional protegió la huida del rey poniendo a su disposición una unidad de la flota de guerra y cerrando los ojos ante la fuga de sus cómplices.

Como la dictadura, la monarquía cayó por sí sola, sin encontrar apoyo en nada y sin que nadie intentara defenderla. El traspaso de poderes pareció más un jolgorio que una revolución política. La prensa socialista, coreando a la republicana, se congratulaba diariamente de la «conducta ejemplar», «del civismo» del pueblo que había hecho una revolución sin derramamiento de sangre. La «revolución incruenta» fue loada y salmodiada en todos los tonos. El cretinismo reformista creyó ver en ella la consagración histórica de su triunfo sobre el marxismo revolucionario. ¿No se había efectuado la sorprendente transformación dentro de los cánones de la democracia burguesa? ¡He ahí que un nuevo sistema de transformación y progreso histórico había sido encontrado! Pero de dar la tierra a los campesinos, ya no se hablaba sino como de algo remoto, de realidad dudosa. En efecto, no sólo no hubo crueldad contra los enemigos

de la República y los responsables de las calamidades que había padecido España, sino que el Gobierno provisional los tomó bajo su protección, tratándolos como hijos pródigos de vuelta al hogar. Apenas si algunos procesos benévolos, formales, sin resultados, fueron abiertos para guardar las apariencias. Habiendo protegido al principal responsable, no era posible culpabilizar a sus hijuelas. En realidad el Gobierno provisional no tuvo ni por un momento la idea de pedir responsabilidades y condenar severamente a los culpables, quizás por temor a que las salpicaduras alcanzasen a algunos de sus componentes. Los procesados (Berenguer y algunos más) fueron lujosamente confinados en un castillo, de donde se fugaban fácilmente. No hay que decir que nunca llegó a sustanciárseles nada. Su crueldad la reservaba la república para el proletariado y los campesinos.

Aún estaban en plena euforia incruenta los líricos escritores socialistas, cuando los conflictos obreros pusieron de manifiesto de qué lado estaba la República, y que no tenía en manera alguna la pretensión de incruenta con las clases pobres. Protegidos por Maura, ministro de Gobernación, los monárquicos, un mes de República apenas transcurrido, se entregaban a provocaciones públicas. Los trabajadores de Madrid dieron una pronta y viva respuesta en la quema de iglesias y conventos del mes de mayo. Tradicionalmente, iglesias y conventos han sido considerados en España como viveros de la reacción, sus cuarteles generales en épocas revolucionarias. Juicio certero. Por todo el ámbito del país se creció el movimiento obrero y campesino en una gran ofensiva contra la clerigalla. Las reivindicaciones específicas de las clases pobres salieron a relucir al mismo tiempo, chocando con la República. A principios de julio estallaba una huelga general minera en Asturias ô no por voluntad de los jefes socialistas, bien lo sabe Diosô ; el mismo mes, huelga general en Tetuán y luchas con la fuerza armada en la ciudad de Sevilla; conflictos menores por todas partes. En cada ocasión, el gobierno de la República se comportó como enemigo acérrimo de las reivindicaciones obreras y campesinas. Empleó la violencia contra los huelguistas en la misma forma que la dictadura. Y como ella, aplicó la ley de fugas a los revolucionarios en algunos casos, como en el parque de María Luisa de Sevilla. En Asturias, varios de los mineros huelguistas fueron condenados a muerte. La protesta obrera impidió su fusilamiento. En Tetuán, las fuerzas a las órdenes del general Sanjurjo disparaban sobre la multitud indígena, que pedía igualdad de derechos con los trabajadores españoles. En Sevilla, además de aplicar la ley de fugas, el Gobierno impuso el orden bombardeando una casa donde se reunían elementos revolucionarios, la famosa casa de Cornelio, exactamente como en los tiempos de Weiler y Martínez Anido. La autoridad militar, encargada del poder, decía en una proclama: «A fin de que el burgués pacífico no sea sorprendido por la intervención oficial de la fuerza pública, hago saber que ésta tiene autorización para disparar sin previo aviso sobre los grupos de cuatro personas o más, si son sospechosas...»

Las masas, que en su inexperiencia política habían identificado la República con sus más hondas aspiraciones, empezaban a ver con asombro que se trataba de un régimen de clase no distinto del monárquico. En éste gobernaban el país la nobleza y el clero apoyados en la burguesía; en aquél la burguesía dominante en el Gobierno, buscaba el apoyo de la nobleza y el clero y lo obtenía en cuantos casos se trataba de rechazar las masas. En la propia coalición republicano-socialista gobernante, los dirigentes principales eran Alcalá Zamora y Maura, viejos políticos monárquicos, representantes de esa casta híbrida de políticos, típicamente española, de caciques mitad burgueses, mitad señores feudales, señoritos bestias y devotos creyentes a la vez. Las torpezas de la monarquía y la amenaza revolucionaria les forzaron a endosar el hábito republicano. Metidos en él, y seguros como estaban de encontrar las complicidades necesarias en los dirigentes socialistas, trataban sobre todo de salvar de la revolución la sociedad existente, pero sin cambiar nada esencial. Desde sus puestos respectivos, en la presidencia o en el Gobierno, Zamora y Maura protegían y otorgaban los más altos cargos públicos a los viejos puntales de la monarquía y la dictadura. Desde el ministerio de Gobernación, Maura movilizaba a los jefes militares monárquicos contra las masas. Mientras daba a Sanjurjo y a la oficialidad de Sevilla ô que se preparaban a sublevarse por la monarquíaô órdenes de disparar contra la multitud, en Madrid acusaba a los comunistas y a los anarquistas de estar a sueldo de los monárquicos.

Ni una sola reforma de las prometidas fue introducida por el Gobierno provisional. Los aparatos burocráticos, militar, policíaco y judicial, siguieron funcionando con los mismos hombres, salvo los altos puestos ministeriales, y por idénticos procedimientos. El clero disfrutó libre y oficialmente los privilegios monstruosos que la monarquía le concediera. El compadreo, la recomendación y el chanchullo en la administración, no fueron moderados sino por la acción proletaria. Y el mismo irregular aparato caciquil que sirvió al turno monótono de los partidos durante la ficticia monarquía constitucional, fue empleado por el Gobierno provisional para favorecer en la votación de las Cortes constituyentes a los monárquicos encubiertos de la extrema derecha republicana.

Esto haciendo, a la inquietud popular que pedía reformas, que esperaba ávidamente ver realizada la revolución, respondía el Gobierno con represión, palabras de calma, y promesas de que las Cortes constituyentes resolverían todos los problemas y «echarían las bases» de una gran transformación. Mientras tanto, los instrumentos principales de gobierno fueron la guardia civil y el estado de guerra.

Los republicanos históricos de Lerroux, así como los del Partido Radical-Socialista, dieron su aquiescencia a la política reaccionaria de Zamora-Maura, sin más preocupación efectiva que la de acaparar puestos para sí y para sus respectivas clientelas. El viejo y degenerado Lerroux, que un día pidiera «levantar las faldas a las monjas y elevarlas a la categoría de madres», cabildeaba con generales y terratenientes procurando convertirse en su hombre, en espera de que la marea revolucionaria le permitiese ponerse más al descubierto. Por su parte, un Marcelino Domingo y un Albornoz, que cuando se hallaban en la oposición pronunciaban discursos punto menos que comunistas, se incrustaron sin ninguna dificultad en el viejo aparato monárquico, y sus discursos se trocaron en loas. Por sí mismos no desempeñaban ningún papel en el curso de la crisis revolucionaria. Siguen figurando, como todos los republicanos de izquierda, porque el Partido Socialista, temiendo detentar por sí mismo todo el poder, entrega la fuerza que le dan las masas obreras a los representantes del republicanismo burgués. Este último no representó nunca efectivamente más que un partido insignificante.

Los socialistas, que voluntariamente disminuidos disponían de tres ministerios en el gobierno provisional (Prieto en Hacienda, Largo Caballero en Trabajo y Fernando de los Ríos en Justicia), respaldaban también a Zamora y Maura, que justificaban el asesinato de obreros por la fuerza pública atribuyendo las agitaciones a dinero monárquico. Haciendo coro a los republicanos, más eficazmente que ellos por la base obrera de que disponían, los socialistas remitían también la solución de todos los problemas a las Cortes constituyentes. *El Socialista* se esforzaba diariamente en disminuir el número y la intensidad de las huelgas, sembrando a voleo ilusiones sobre la futura obra legal de las Constituyentes. Desde sus columnas, el después pseudoteorizante de la izquierda caballerista, señor Araquistain, dedicaba su mejor prosa a sorprender la buena fe de los campesinos, pidiéndoles que esperasen pacientemente a que la ley les diera tierra. ¡Que, no pueden esperar unos meses quienes han esperado tantos años! ô decía. Los impacientes le parecían bandidos.

Sin embargo, campesinos y obreros eran difícilmente manejados por las riendas socialistas. El número de huelgas era cada día mayor; los ataques a los latifundios y las huelgas agrícolas, reiteradas. Un clamor unánime, torrencial, se elevaba pidiendo tierra. En Andalucía y Extremadura, los campesinos entraron en algunos latifundios y empezaron a roturarlos por su cuenta. Ejemplo expedito que más tarde será seguido por todo el agro. Pero entonces las ilusiones en la República aún estaban considerablemente extendidas y, los Araquistain mediante, los campesinos esperaban la tan manoseada obra legal de los constituyentes. Los impacientes eran rigurosamente desalojados de las tierras señoriales por la guardia civil, en luchas nutridas de heridos, muertos y encarcelados.

Era ya mal augurio para los socialistas que los obreros y los campesinos les desbordaran esporádicamente. Nunca, en verdad, sospecharon los socialistas españoles que la ciudad y el campo encerrarán tal cantidad de energía revolucionaria. Se habían preparado sólo para un cambio superficial de política, pero apenas operado revelábase su intrascendencia y quedaban al desnudo todos los problemas reales condensados en nubarrones amenazadores. Habían previsto una República moderada y estable, que les permitiera aparecer en el parlamento como amigos del pobre pueblo, bien situados en los ministerios, las concejalías y otros puestecillos de buen vivir, pero se encontraron con que toda la faramalla antimonárquica ocultaba tras su fumarola la revolución. ¡Quién lo hubiera sospechado!

Como todas las organizaciones obreras un poco conocidas, la Unión General de Trabajadores multiplicó repentinamente sus efectivos, principalmente en el campo, donde regiones enteras despertaban a la vida política. La Federación de Trabajadores de la Tierra se convirtió en una enorme fuerza, con varios centenares de miles de afiliados. Campesinos y obreros se acercaban a la U.G.T. sin discernir su valor verdadero como organismo de lucha contra el terrateniente y el burgués. En mayor o menor medida, lo mismo ocurría con las demás organizaciones. Los campesinos principalmente, se adherían a la U.G.T. por el solo hecho de conocerla como organización obrera o «avanzada», para emplear el término común en el sur de España por aquel entonces. No eran raros los casos en que los campesinos de un lugar improvisaban una organización a la que apellidaban Casa del Pueblo, y acto seguido enviaban la adhesión a todas las organizaciones «avanzadas» que conocían: anarquista, socialista o comunista. De ahí la importancia casi decisiva para una organización revolucionaria, de ser ya conocida al presentarse el período revolucionario. Sea como sea, la U.G.T. se infló literalmente con la llegada de la República. Más que una satisfacción,

esto era un motivo de dolor de cabeza para los socialistas. La necesidad de organización de las grandes masas traducía su espíritu de lucha y la decisión de lograr sus reivindicaciones. Los socialistas, por el contrario, no pretendían luchar, sino circunscribir esas masas a la legalidad republicana. Concebían el cometido de sus organizaciones como auxiliar de la República burguesa, nunca como sus enterradores. El conflicto entre dirección y afiliados, principalmente los de la U.G.T., tenía forzosamente que presentarse; apuntó por doquier desde los primeros días.

En centenares de conflictos laborales, los socialistas actuaron unas veces como lastre, otras como agentes directos del Gobierno, en alianza con la guardia civil y demás fuerzas represivas. El que escribe, ha visto, durante una huelga de trabajadores agrícolas en Extremadura, cómo un socialista hacía disparar a la guardia civil sobre los huelguistas. La consecuencia de este acto, en una región donde había verdaderos revolucionarios, fue que los socialistas perdieron su influencia y fueron considerados en adelante como traidores. Pero la expresión más aguda de ese conflicto entre la dirección socialista y sus afiliados la dio la huelga declarada por la C.N.T. a la Compañía Telefónica Nacional, es decir, al capital americano.

La instalación de esta compañía, efectuada durante la dictadura, fue el más sucio escándalo financiero de los muchos con que cuenta el reinado del general. Familiares del rey estaban personalmente complicados en este «affaire» que dio al chinchín oratorio del señor Prieto fama y recursos fáciles. Con toda la prosopopeya con que sabe pronunciar sus lugares comunes y sus interjecciones Prieto había dado antes de la República, varias conferencias sobre el asunto de la Telefónica, pidiendo su nacionalización y prometiéndola para cuando él y los suyos llegaran al poder. Como otras tantas, esta promesa siguió siendo promesa. La huelga declarada por la C.N.T. pedía mejoras de jornales, de horas de trabajo, contratos, etc.; era una ocasión excelente para expropiar la compañía y dar satisfacción a los obreros. Hasta entonces, éstos habían estado a la entera merced de la compañía. El gobierno de la República, en lugar de cumplir sus promesas, movilizó contra los huelguistas todos los recursos de la fuerza pública y de la calumnia. Maura prometía poner una pareja de guardia civil en cada poste telefónico. Los socialistas como organización, combatieron sin tregua la huelga, calificándola de provocación y prohibiendo expresamente a sus organizaciones prestar solidaridad de ningún género a los huelguistas. Pero la huelga era enormemente popular en toda España. Centenares de sindicatos de la U.G.T. mandaron adhesiones de solidaridad y dinero para el fondo de resistencia contra la compañía. Puesto de manifiesto en escala considerable el conflicto entre la dirección reformista y sus afiliados, *El Socialista* se vio obligado a moderar su lenguaje y contemporizar con los huelguistas, adoptando una posición de izquierda respecto de la gubernamental. Este no es más que un ejemplo notable. La contradicción entre los dirigentes socialistas, la base y las masas en general, salía frecuentemente a la superficie. Otro caso importante fue la huelga minera de Asturias, que la dirección socialista llevó al fracaso.

Por ausencia de plan, las luchas obreras adquirirían un carácter ciego e inorganizado. Los socialistas, como se ha visto, las saboteaban; los anarquistas carecían de ideas generales sobre el período de reivindicaciones parciales. Por espíritu de clase y tradición, los sindicatos de la C.N.T. estaban a la cabeza de las huelgas, pero se lanzaban a ellas al tun-tun, sin un plan nacional, sin vinculación entre los trabajadores del campo y de la ciudad y desvinculando deliberadamente lo económico de lo político. Cada sindicato o federación de la C.N.T. actuaba a la aventura de lo que se le ocurriera poner en práctica. Frecuentemente se les veía desorbitar las huelgas, dándoles un carácter insurreccional destinado a terminar en derrota, o lanzarse a ellas sin la preparación debida, por prurito radicalista. La huelga de la Telefónica, como las de Asturias y Sevilla fueron experiencias terminantes de la necesidad de un plan nacional, articulado entre la ciudad y el campo, de reivindicaciones parciales económicas y políticas, que elevara el nivel ideológico, facilitara la evolución revolucionaria de las masas y permitiera tomar posiciones desde las cuales pasar a una ofensiva superior. De haberse lanzado por este camino, una organización fuerte como era la C.N.T. habría dado un eje al movimiento revolucionario y facilitado victorias ulteriores. Los socialistas hubiéranse visto obligados a aceptar el plan de frente único, a menos de dejar a la U.G.T. volcarse en masa dentro de la C.N.T. Pero los anarquistas no han comprendido nunca el valor de las reivindicaciones parciales, como vehículo del desarrollo revolucionario de las masas, y por consecuencia tampoco del frente único obrero. Por añadidura, su apoliticismo les impedía dar al movimiento huelguístico el único objetivo superior que podía tener: la toma del poder político. Su fallo en esta ocasión dejó en libertad a los socialistas para reforzar su coalición con los republicanos. La clase obrera quedaba abandonada a las iniciativas esporádicas, mientras la coalición republicano-socialista se preparaba a rechazarla enérgicamente.

El Partido Comunista estaba aún más lejos que la C.N.T. de haber visto la necesidad de las reivindicaciones parciales y del frente único. Sorprendido por la importancia del movimiento revolucionario, al que meses antes apenas acordaba alguna, viró en redondo repentinamente proclamando la inminencia de la revolución. Su órgano en la prensa no daba ninguna consigna menor que «todo el poder para los soviets», cuando apenas podía pensarse en crear inmediatamente organismos susceptibles de servir de base al poder obrero. El Partido Comunista y no se olvide que Stalin era ya señor de horca y cuchillo en la U.R.S.S. y en la Internacional, parecía no tener otro objeto que el de hacer olvidar su desdén anterior por las posibilidades revolucionarias, con fraseología demagógica sobre la toma del poder. No valdría la pena estudiar su actitud durante la época de la declaración de la República, considerando sólo la fuerza que representaba entonces, bastante pequeña. Pero el stalinismo ha sido uno de los principales causantes de la derrota de la revolución mundial entre las dos guerras imperialistas, y el principal de todos en la derrota de la revolución española. Resulta imposible sacar de su intervención las debidas consecuencias revolucionarias, sin seguirlo desde sus primeros pasos de degeneración.

La peor aventura en que el stalinismo español se embarcó por entonces, fue la llamada Conferencia de reconstrucción de la C.N.T. Hacía más de un año que la C.N.T. estaba ya perfectamente reconstruida. Contaba varios centenares de miles de afiliados. Todo el partido obrero consciente de la importancia de la unidad sindical, sólo debía reconocer el hecho consumado y conformar a él su actitud. La Conferencia de Sevilla, en esas condiciones, era una maniobra escisionista y como tal fue considerada por el proletariado. Naturalmente, el stalinismo se desgañaba asegurando no tener propósitos escisionistas. Pero la consigna venía de la Internacional. Esta, saliendo de la colaboración oportunista con Purcell, Radich, Citrine y Chang-kai-shek, corría al polo opuesto, tratando de construir a la fuerza una Internacional Sindical Roja, coto privado del stalinismo. En todos los países siguió idéntica táctica escisionista. Como resultado fueron creadas centrales sindicales raquílicas, aisladas de las grandes masas y con una merecida reputación escisionista. En cambio, todas ostentaban una U entre las iniciales de su nombre, símbolo embustero de unificación. La «reconstrucción» de Sevilla, contrariamente a las declaraciones públicas de sus patrocinadores engendró una centralita sin masas y sin prestigio que terminó incorporándose a la U.G.T. en el siguiente viraje del stalinismo, el del frente popular.

Como en el aspecto sindical, en el político siguió el stalinismo un procedimiento sectario, antipático en general a las grandes masas y absolutamente incapaz de canalizarlas hacia la revolución arrancándolas al oportunismo socialdemócrata y al apoliticismo anarquista. La revolución no encontraba en el Partido Comunista un catalizador, sino un desorientador más. Su verbalismo revolucionario, que veremos en acción más tarde, era la última veleidad bolchevique del stalinismo internacional. Su próximo cambio político le lanzará definitivamente al saco de los traidores confesos a la revolución.

No fue mucho más acertada la posición adoptada por el Bloque Obrero y Campesino. Como partido exclusivamente catalán, escindido del stalinismo por una exarcebación chovinista del problema de las nacionalidades, su actuación carecía de importancia en el plano nacional. Pero una lucha inteligente y enérgica por las reivindicaciones parciales y el frente único en Cataluña, centro industrial y avanzada combativa, hubiera tenido gran repercusión en el resto de España. No supo hacerlo tampoco. Aquella su característica regionalista pesó sobre el Bloque con fuerza conservadora, llevándole a hacer concesiones a la pequeña burguesía regionalista, y a la burguesía en general, en cuanto trataba de definir el carácter de la revolución. Se dio a hablar de revolución democrática, de revolución popular, de revolución religiosa, sin delimitar en ningún caso las fronteras de clase ni advertir a los obreros que toda revolución democrática es hoy imposible, sin la toma de poder por el proletariado, es decir, sin la revolución socialista. En una conferencia sustentada en el Ateneo de Madrid, ya bajo la República, el principal dirigente del Bloque, Maurín, reclamó la convocatoria de una «Convención revolucionaria dirigida por los elementos avanzados del Ateneo de Madrid.» Esta manera de fomentar ilusiones en la pequeña burguesía, procedía de la ausencia de una estimación clara del carácter de la revolución, por parte del Bloque, así como de sus poderosas taras catalanistas. Pero la perspectiva pequeño-burguesa, no impedía al órgano del Bloque, *La Batalla*, decir poco después, el 30 de julio de 1931: «La república burguesa ya está gastada. Ha llegado la hora de que la clase obrera tome el poder. ¡Todo el poder a las organizaciones obreras!»

Esa era la especie de originalismo³¹ que el Bloque Obrero y Campesino trataba de introducir en España. Por su contenido, la consigna era un disparate semejante al de «todo el poder a los soviets», del partido stalinista. Las masas no se habían separado aún de los líderes reformistas y estaban lejos de haber agotado sus esperanzas en la República burguesa. La tarea de los partidos obreros debía consistir en hacerles comprender, experimentalmente, que la tal República sólo represión podía darles. El programa a desarrollar debía abarcar las reivindicaciones democráticas que la coalición gobernante, infeudada a los terratenientes y a la gran burguesía, ni podía ni quería conceder. Sólo así el proletariado y los campesinos podían destacarse de la burguesía, forzar los reformistas a la acción con las demás organizaciones obreras, y sentir la necesidad de organizarse para la toma del poder. La obra práctica de progresión ideológica y orgánica hacia el poder no puede ser substituida por una consigna. El Bloque con su consigna, y el stalinismo con la suya, ocultaban profundos oportunismos, incapacidades para auxiliar la marcha de la revolución.

La Izquierda Comunista fue la única organización que situó los acontecimientos de España en el lugar histórico que les correspondía nacional e internacionalmente. Se ha visto en el capítulo anterior su apreciación del carácter de la revolución, que estimaba necesariamente socialista. En función de esta finalidad, había elaborado un programa mínimo en concordancia con las condiciones de las clases pobres, su grado de adhesión a la coalición gobernante e ilusiones políticas en general. Comprendía la serie de reivindicaciones inmediatas posibles ô jornada de trabajo, salarios, igualdad de jornal para ambos sexos, seguro al paro obrero, contratos colectivosô ; las reivindicaciones de la revolución democrática ô confiscación y distribución de los latifundios, separación de la Iglesia y el Estado, plena libertad de palabra, asociación, reunión, manifestación, etc.ô ; reivindicaciones de carácter general contra la reacción ô exigencia de responsabilidades, confiscación de todos los bienes, agrarios o urbanos, muebles e inmuebles de los reaccionarios monárquicosô ; reivindicaciones políticas susceptibles de organizar a las masas para su propia defensa y de aproximarlas a la toma del poder ô frente único obrero contra la reacción, unidad sindical, comités en las fábricas, el campo y los cuartelesô . Comprendía, además, algunas otras reivindicaciones superiores irrealizables inmediatamente, pero capaces de servir posteriormente de puente entre la República burguesa y la socialista. Tales eran el control obrero de la producción, el desarme de todos los cuerpos burgueses y el armamento del proletariado. Más tarde pudo comprobarse la importancia decisiva de esta última consigna en período revolucionario. El mérito de haberla enarbolado a tiempo corresponde a la Izquierda Comunista. Completando el programa esbozado con una crítica continua de las capitulaciones reformistas y de los errores de las demás organizaciones, la Izquierda Comunista conquistó rápidamente un número muy considerable de militantes y gran simpatía entre las capas más avanzadas de las masas. Su perspectiva de desenvolvimiento a medida que se desarrollase la revolución era inmejorable.

Sin embargo, acabada de fundar poco antes de la República, su influencia material y su capacidad de acción eran muy limitadas, por lo que estaba excluida de un papel determinante en el primer período. El socialismo, el anarquismo y en mucho menor grado el stalinismo, eran entonces las grandes palancas obreras. La infeudación a la burguesía de los unos, los errores y radicalismos artificiales de los otros, impidieron al proletariado obrar con independencia, conciencia de sus intereses particulares y energía. La «revolución incruenta» pudo por ello limitarse a un cambio inocuo de gobernantes, que dejó la reacción económica y políticamente intacta. El proletariado, abandonado a las iniciativas locales, refrenado por los socialistas, perseguido, encarcelado, matado por los nuevos gobernantes, no pudo sacar de la situación todas las ventajas que le ofrecía. La coalición republicano-socialista logró así copar la cámara y preparar la ofensiva contra las masas en el período constituyente.

³¹ Recuérdese que el Bloque gustaba declamar contra el mimetismo respecto de la revolución rusa. Quería obrar en forma propia, original, por procedimientos autóctonos, digámoslo así. En realidad, no hacía más que mimar al oportunismo de izquierda de la revolución rusa.

CAPÍTULO VI

EL PERÍODO CONSTITUYENTE EN LA CÁMARA Y EN LA CALLE

Empecemos con una afirmación rotunda. Los socialistas fueron a la coalición electoral y gubernamental decididos a minimizarse cuanto les fuera posible, con el objeto de justificar sus prevaricaciones ante las atrocidades reaccionarias de la República. El momento es de los republicanos ô se les oía repetir. En consecuencia, redujeron su fuerza parlamentaria a la expresión más pequeña, transformando miles y miles de votos obreros en diputados burgueses.

A pesar de la marea de ilusiones democráticas y de la inexperiencia política de las masas, éstas se concentraban instintivamente en torno a las organizaciones obreras, socialista y anarco-sindicalista principalmente. Las organizaciones republicanas no tuvieron, ni en aquellos sus mejores meses, una gran fuerza orgánica. Sin duda ninguna, las organizaciones obreras hubieran podido obtener para sí la mayoría de las actas parlamentarias. Razones diferentes y oportunismo básico común, indujeron a socialistas y anarquistas a crear con sus votos diputados burgueses. Sedicientes apolíticos, los anarquistas no podían presentar diputados propios. En Cataluña dieron su apoyo a Maciá y demás compota catalanista; en el resto de España a la coalición republicano- socialista, limitándose a votar las listas presentadas por ésta. Político, el partido pablista temía sobre todas las cosas encontrarse dueño de la Cámara. ¿Qué habría podido decir a las masas cuando se sintieran defraudadas? La respuesta: «somos una minoría, no podemos hacer lo que queremos», es bastante satisfactoria. Era pues indispensable estar en minoría.

Los intereses del proletariado y la revolución exigían una coalición electoral entre los socialistas, los anarquistas y demás organizaciones obreras. Una coalición de este género hubiese tenido indisputablemente en sus manos la Asamblea Constituyente. Por prejuicio apolítico, los anarquistas no se atrevían a proponerla. En cuanto a los dirigentes socialistas, sus ideas burguesas rechazaban cualquier alianza particular con otras organizaciones obreras. «La hora es de los republicanos», es decir del capitalismo. La obra de las dos organizaciones obreras más fuertes consistió en dar a la Cámara una composición muy a la derecha de la correlación real de fuerzas existentes en el país. Los republicanos, minoría en él, obtuvieron la mayoría en las Cortes. Apenas nacidas, éstas eran ya reaccionarias relativamente a la situación. Dejemos asentado, para referirnos a ello después, que el comportamiento electoral de los socialistas cuadraba perfectamente con su estrategia política: convertirse en la izquierda legal, parlamentaria, de la República capitalista; sobrepasarla, nunca. El comportamiento del anarquismo contenía ya larvadamente su futura colaboración con el moribundo Estado capitalista de 1936.

Las elecciones a las Cortes Constituyentes dieron ocasión al Gobierno provisional, dirigido por los expertos caciques Zamora y Maura, de poner en juego sus artes para eliminar las representaciones obreras allí donde la coalición no dominaba por completo³². Precisamente bajo la inspiración de esos dos monárquicos conversos, el Gobierno provisional había promulgado una ley electoral que obstaculizaba el acceso de las minorías al parlamento. Aparentemente, la ley iba dirigida contra la minoría monárquica, en realidad contra las minorías revolucionarias contrarias al bloque con la burguesía. Con todo, la radicalización de las masas se abrió camino por encima de las maniobras caciquiles. Dentro de la poquísima libertad que les dejaba la coalición, aquellas favorecieron a los socialistas. Contra sus deseos, obtuvieron 120 puestos, la fracción más fuerte de la Cámara. Pero los radicales, sin

³² Al impugnarse en el parlamento las actas reaccionarias de Salamanca (agrarios), Unamuno se opuso a la anulación, declarando que si habían sido obtenidas por el chanchullo, el chanchullo había sido la regla.

ningún arraigo en el país, ganaban 100. Junto con las otras fracciones republicanas, ofrecían un conjunto mucho más fuerte que los socialistas. Estos habían conseguido su objeto: estar en minoría.

Maciá y un grupo de diputados de la Esquerra Catalana representaban en las Cortes al regionalismo, por obra del apoliticismo ácrata. Los monárquicos tenían una representación irrisoria, sacada de los resortes de poder que el Gobierno provisional les había dejado. En suma, la mayoría abrumadora de las Cortes Constituyentes pertenecía al bloque republicano-socialista. Nada le impedía dar satisfacción a las promesas con que el Gobierno provisional y los propios voceros socialistas calmaron la impaciencia popular. Los obreros esperaban reformas radicales en su favor; los campesinos estaban sedientos de tierra.

Unos y otros fueron chasqueados. En lugar de soluciones, continuó la represión. Las Cortes Constituyentes que habían de «resolverlo todo», fueron impotentes desde el día de su constitución hasta el de su disolución. Impotentes e impopulares, a pesar de las enormes ilusiones con que fueron esperadas. Como el Gobierno provisional, el parlamento fue mangoneado durante los primeros meses por el ala más reaccionaria de la situación, Zamora-Maura, seguidos por los radicales. Los otros partidos republicanos, y el socialista, se mantuvieron humildemente bajo la tutela de los terratenientes y del gran capital, a quienes representaban Zamora y Maura.

La preocupación primera de las Cortes no fue abordar y satisfacer rápidamente los problemas urgentes. Todo lo contrario; daba largas a los mismos, con el objeto de vencer primero la intensidad y la energía del movimiento revolucionario. Los legisladores constituyentes empezaron legalizando la represión, por la que esperaban verse libres de la presión de las masas para legislar más conservadoramente. Por un momento ô si no me equivoco, por iniciativa de Prieto ô la Cámara pensó en trasladarse fuera de la capital, detalle característico de todos los parlamentos en la historia de las revoluciones. Durante la Revolución Francesa, los girondinos penaban por sustraer la Convención a la presión de París, donde el derecho de insurrección de los «sans-culottes» arrancaba frecuentemente resoluciones temidas tanto por los girondinos como por una parte de los jacobinos. Sin la presión del París miserable, la revolución francesa se hubiese quedado a mitad del camino. Con la misma idea reaccionaria, los Prieto de la revolución alemana se llevaban la asamblea constituyente a Weimar. Nuestra coalición republicano-socialista, para preservarse de los vientos revolucionarios que corrían la calle, aplicó sus talentos a idear medios represivos. En un periquete lanzó a la calle miles de hombres uniformados, con la única misión de jugar a la baraja en sus cuarteles mientras eran llamados a aporrear y tirotear las manifestaciones y reuniones obreras. Fue el famoso cuerpo de asalto, reclutado por lo general entre la hez de la sociedad capitalista. Al mismo tiempo Maura presentaba una llamada ley de defensa de la República, dirigida enteramente contra las masas, no contra los monárquicos. Otorgaba al ministro de la Gobernación poderes dictatoriales y anulaba prácticamente todas las garantías individuales. La agitación de la calle, que empezaba a comprometer seriamente el prestigio de los socialistas, hizo fracasar momentáneamente el proyecto.

En efecto, mientras las Cortes posponían la solución de los problemas que habían prometido resolver, el movimiento obrero y campesino continuaba creciendo y volviéndose más acometedor. En las ciudades, en los pueblos y en las zonas de jornaleros agrícolas, las huelgas se sucedían vertiginosamente unas tras otras. Frecuentemente, los huelguistas rechazaban el arbitraje de los comités paritarios, instituidos por Primo de Rivera y mantenidos por Largo Caballero. A las demandas económicas, aumento de jornal, horas de trabajo, contratos colectivos, etc., mezclábanse reivindicaciones políticas. A principios de septiembre estalló en Barcelona y otras comarcas industriales de Cataluña una violenta huelga de protesta contra las detenciones gubernativas, esas «lettres de cachet» de la monarquía española, cuyo empleo seguía practicando en gran escala la República. El Gobierno lanzó contra los huelguistas la fuerza armada. Un grupo de obreros cercado en el local del sindicato de la construcción, se defendió a tiros durante varias horas y logró retirarse sin dejar ningún prisionero. El mismo espectáculo en Bilbao, Gijón, Sevilla, Cádiz, Zaragoza, Madrid, etc. El Gobierno hace siempre intervenir la fuerza pública en favor de los patronos y de las leyes reaccionarias, resultando muertos y heridos entre los obreros. Algunas huelgas, como la metalúrgica de Bilbao, fueron perdidas por complicidad directa de los dirigentes socialistas con las asociaciones patronales.

Simultáneamente, la protesta y el levantamiento cundían en el campo. Cansados de esperar una reforma que nunca acababa de aprobarse y que ya sólo prometía tierras escasas y áridas, los campesinos entraban en acción por sí mismos. En todo el sur, la época de la recolección fue pródiga en huelgas. Los jornaleros exigían una paga digna. En algunos lugares se produjeron nuevas irrupciones de campesinos en las tierras de los grandes propietarios, con la intención de distribuirlas. La acción campesina se extendió de Andalucía y Extremadura a las dos Castillas, llegando hasta Galicia y Cataluña. El Gobierno, que había concentrado en Sevilla 4.000 guardias civiles, mientras las Cortes

deliberaban sobre la reforma agraria, los hizo intervenir en protección de latifundistas y patronos en general. Los choques se sucedían a los choques y los anuncios de muertos a los anuncios de muertos. Un doctor anarquizante entonces popular en Andalucía, Ballina, amenazó marchar sobre Madrid al frente de 100.000 campesinos y disolver las Cortes Constituyentes a golpes de hoz. El Gobierno respondió aumentando la dotación de los puestos de guardia civil y creando muchos puestos nuevos.

Y con el humo de la pólvora disparada contra obreros y campesinos, las ilusiones en la democracia burguesa empezaron a disiparse. En las sedicentes revoluciones burguesas de nuestro siglo, la represión se dirige invariablemente contra la clase que ha contribuido a traerla con mayores sacrificios y energía. Así se expresa la homogeneidad de intereses entre las clases de procedencia feudal y la burguesía, en la etapa actual de desarrollo mundial. La pequeña-burguesía y los partidos obreros reformistas auxilian la represión impidiendo el progreso del movimiento obrero.

Bajo el gobierno Azaña transcurre toda la obra de las Cortes Constituyentes, hasta su disolución. Fue patrocinado y sostenido durante su existencia, principalmente por los socialistas. Representaba para ellos el gobierno ideal, el arquetipo de sistema burgués con que soñaban colaborar eternamente, como sus colegas franceses, belgas e ingleses. Desde el primer día los socialistas auparon hasta las nubes el prestigio de Azaña, procurando deslumbrar las masas con sus pretendidas dotes de hombre de Estado y su radicalismo de ocasión. El Partido Socialista y la U.G.T. fueron puestos al servicio de Azaña por la dirección de los mismos. No deseando otra cosa que la estabilización de una democracia burguesa, el reformismo español se preparaba a servirle de amanuense, comenzando por incensar al hombre que consideraba representativo. No veía, en su cretinismo empírico e interesado a la vez que España desembocaba en el período más revolucionario de su historia, al cabo del cual triunfaría irremisiblemente el fascismo si no lo impedía la revolución proletaria. Azaña o cualquier otro gobierno democrático-burgués, tenían contados los días de su vida. El cometido de semejantes gobiernos en los modernos movimientos revolucionarios consiste precisamente en atajar la revolución para ceder en seguida el paso a la reacción. Antes de juzgar de manera más general al gobierno Azaña-Prieto-Caballero, echemos un vistazo a la obra de las Cortes Constituyentes.

Nominalmente, la Constitución de 1931 concedía los derechos y garantías individuales estatuidos en los países democráticos clásicos. Pero el artículo 42, en cambio, autorizaba al Gobierno para suprimirlos «cuando así lo exija la seguridad del Estado, en casos de notoria e inminente gravedad.» La sanción necesaria de las Cortes, no ofrecía ninguna seguridad contra la supresión de las garantías democráticas, puesto que el Gobierno era una miniatura de la mayoría parlamentaria. La vaguedad de la formulación, «cuando así lo exija la seguridad del Estado», anunciaba la frecuencia con que los legisladores y el Gobierno se proponían hacer uso de la supresión. Es sabido que la República gobernó la mayoría del tiempo con censura de prensa, con «estado de alarma», vecino del estado de guerra, y haciendo copioso empleo de los encarcelamientos gubernativos. Las leyes complementarias de defensa de la República y de asociaciones limitaban a casi nada las garantías y derechos individuales. Por virtud de ellas, el Gobierno disponía en realidad de facultades dictatoriales. Era dueño de meter en la cárcel a quien le diera la gana y de efectuar registros domiciliarios. Pese la Constitución, las garantías individuales existieron durante la República tan poco como durante la monarquía.

Exactamente lo mismo puede decirse de las libertades de imprenta, reunión, asociación, propaganda y manifestación. La Constitución las garantizaba en forma expresa. Prácticamente, su disfrute fue confiscado permanentemente por el Gobierno. Las manifestaciones y reuniones al aire libre estaban sujetas a autorización policíaca, lo que equivale a decir que nunca fueron legales. Cada manifestación obrera tenía que enfrentarse a las fuerzas del Gobierno, con saldo frecuente de muertos y heridos de parte de los manifestantes. La inviolabilidad del domicilio era igualmente inexistente. Diariamente, la policía allanaba domicilios de revolucionarios y domicilios de organizaciones obreras legalmente constituidas. Y no se trataba de extralimitaciones de funcionarios, sino de acciones legalmente amparadas en las leyes complementarias de la República. No podía ser de otra manera. Para que una Constitución garantice algo en la realidad, es preciso que ese algo sea creado, antes que en la Constitución, en las relaciones sociales. Pero dada la situación nacional e internacional, en las relaciones sociales españolas no podía crearse nada nuevo sino a partir de la expropiación del capitalismo. Sin ello, la Constitución no podía garantizar ni siquiera esos mínimos derechos individuales que desde los siglos XVII y XVIII incorporó a su carta magna la burguesía europea, la Constitución de 1931 era un manojo de lascas plagiadas a diversas constituciones, en

contradicción absoluta con la situación existente de hecho. Por eso, mientras estuvo en vigencia, hubo sólo la libertad que las masas supieron tomarse.

De los problemas de la revolución democrática, el del campo era de una agudeza desgarradora. La constitución no se preocupó de establecer, como uno de sus capítulos básicos, las relaciones de propiedad que hubieran de regirlo. Ni lo menciona. Quería dejar libertad a la ley para resolverlo de acuerdo con los intereses de los grandes propietarios. Así fue. Cediendo a la obstrucción de los reaccionarios, las Cortes remendaron una y otra vez el primitivo proyecto de ley, ya raquítico, dando largas a la votación para permitir que la agitación revolucionaria fuese vencida por la represión policíaca. Cuando salió del parlamento, más de dos años después de declarada la República, la reacción empezaba a levantar cabeza. El retraso basta para definir su intrascendencia. Tranquilizando a la reacción desde el banco azul, el jefe del Gobierno, señor Azaña, daba seguridades del carácter complacientemente conservador de la reforma. Tanto, en efecto, que atañía únicamente a propiedades de Andalucía, Extremadura, Ciudad Real, Toledo, Albacete y Salamanca. Y dentro de estos límites, sólo las tierras más pobres, que requerían un trabajo largo, aperos de labranza y recursos económicos, para darles alguna productividad. La universal reprobación que suscitó entre los campesinos la ley de reforma agraria, nos exime de un análisis más detallado. No es necesario demostrar el carácter reaccionario de lo que es reaccionario a primera vista. Recordemos nada más que el número de asentamiento que permitían los créditos acordados para la aplicación de la ley no excedía de 3.000 anuales. Solamente jornaleros sin trabajo había más de 600.000, sin contar los que trabajaban y la gran cantidad de pequeños propietarios obligados a trabajar como braceros una parte del año. Para dar tierra a los jornaleros parados, «la ley más revolucionaria de la República» hubiese necesitado 200 años. Por añadidura, el procedimiento dejaba a los propietarios margen para ofrecer voluntariamente a la reforma sus tierras áridas y hacérselas pagar como fértiles.

La ley no dio origen sino a un nuevo organismo burocrático llamado Instituto de Reforma Agraria, donde socialistas y republicanos encontraron canonjías, y desesperación los campesinos desposeídos. El juicio que a éstos mereció la tan anunciada reforma, se observa en las relaciones que se establecieron entre ellos y los agrónomos del Instituto que recorrían las provincias, quienes recogieron por doquier pedreas y agresiones, hasta el punto de tener que protegerse en sus recorridos por la guardia civil ¡«ley más revolucionaria de la República» aplicada bajo la protección del cuerpo pretoriano de los latifundistas! Por lo demás, al votarse la ley, el Gobierno republicano-socialista y las Cortes, habiendo sofocado el movimiento revolucionario, estaban a punto de morir ellos mismos a manos de la contraofensiva reaccionaria. La reforma agraria se quedó en un miserable simulacro, hasta que en 1936 los campesinos se apoderaron de la tierra, armas en la mano.

Sin dejar de ser un escamoteo del problema de las nacionalidades, el Estatuto catalán fue la obra más radical del parlamento constituyente. El radicalismo no iba más allá del reconocimiento formal de la autonomía regional, bajo el Gobierno de la Generalitat de Catalunya, sin ninguna facultad real de independencia. El artículo 14 de la Constitución entregaba al Estado español «la legislación y ejecución directa» en 18 materias. Entre ellas se contaban las que hubiesen podido constituir la base de una autonomía real, tales como defensa de la seguridad pública en los conflictos de carácter supra o extraregional, deuda del Estado, ejército, marina de guerra y defensa nacional, régimen arancelario, jurisdicción del tribunal supremo, sistema monetario, emisión fiduciaria y ordenación bancaria, hacienda general del Estado, fiscalización de la producción y el comercio de armas.

Aún, en el artículo siguiente, el Estado español se reserva el derecho de legislación sobre trece materias de orden administrativo, concediéndose a sí mismo la potestad de delegar o no su ejecución en el Gobierno de la Generalidad.

Finalmente, el artículo 16 reconocía a la dicha región autónoma el derecho de legislación y ejecución directa, en las materias no comprendidas en los artículos anteriores, tan pocas e intrascendentes que los audaces legisladores no consideraron necesario enumerarlas. Pero inmediatamente el artículo 19 suspendía la espada sobre la concesión del 16: «El Estado español podrá fijar, por medio de una ley, aquellas bases a que deberán ajustarse las disposiciones legislativas de las regiones autónomas, cuando así lo exigiera la armonía entre los intereses locales y el interés general de la República...»

Económica, militar, administrativa y judicialmente, el Gobierno de la Generalitat de Catalunya era prisionero de Madrid. Sus facultades no sobrepasaban la «autonomía» acordada a un criado en la ejecución de una comisión. La concesión máxima se refiere al uso legal del idioma vernáculo en las publicaciones, en la instrucción y en el aparato burocrático. Salvando esto, la autonomía catalana semejava la de un municipio cualquiera. En 1934, la reacción

triumfante no tuvo necesidad de violar formalmente la ley para destruir hasta la apariencia de autonomía. Habla sido armada para ello por las Cortes Constituyentes, con todas las triquiñuelas y zancadillas legales necesarias.

País atrasado y de larga tradición decadente, España ha producido toda clase de tipos intelectuales y políticos de mezquindad refleja. Así como había republicanos y socialistas tragacuras, había también anarquistas tragaestado y catalanistas tragaespaña, sin que faltaran tampoco españoles tragacataluña. Los tragacuras centrales, una vez encaramados en el Gobierno, dieron la expresión máxima de su radicalismo autorizando los pagos del Estado a la Iglesia y prohibiendo, en cambio, a los curas de pueblo repicar las campanas a determinada hora. Así también, los catalanistas tragaespaña se conformaron dándose la satisfacción auditiva de escuchar el idioma catalán empleado en la enseñanza, las relaciones y los documentos regionales. Con su colaboración, se redactó el escamoteo de las libertades catalanas y con su voto se sancionó. Es que las contradicciones entre burguesía central y regional eran insignificantes al lado del gran conflicto entre burguesía-terratenientes, de una parte, proletariado-campesinos de otra. Catalana o central, vascongada, castellana, gallega o andaluza, la clase privilegiada sólo podía formar un cuerpo unido de protección contra las clases revolucionarias. Como la Lliga Regionalista en la época anterior, la Esquerra de Maciá-Companys rindió ante el Estado central sus devaneos autonomistas, en holocausto al capitalismo nacional.

Mientras el Estatuto estaba discutiéndose en las Cortes, los obreros catalanes se batían a tiros con la guardia civil. ¿Qué partido podía tomar la Esquerra sino el de la guardia civil que defendía a los propietarios textiles? En la puntería de los fusiles de la guardia civil se simbolizaba la unidad entre la burguesía central y la regional. Parejamente, la comunidad de intereses entre el proletariado catalán y el del resto del país descubría un desplazamiento del problema nacional, aportado por la nueva correlación de clases. Ya no se trataba de un problema de relaciones entre dos o más burguesías, sino de un problema obrero de características nacionales homogéneas, cuya solución entrañaba un acto colectivo de toma del poder y de la economía. Dentro de ese marco, el problema catalán no ofrecería dificultades de solución. Reconociendo y otorgando a Cataluña sus derechos de independencia hasta la separación, la planificación industrial proletaria completaría realmente la unificación, mediante la supresión de intereses opuestos o siquiera divergentes. La herencia revolucionaria del regionalismo recae sobre el proletariado. El solo puede resolver el problema. La burguesía y la pequeña burguesía catalanas, en el futuro, volverán a sacrificar las libertades regionales, a la primera ocasión grave. Otro tanto vale, con modificaciones secundarias, para el país vasco.

No obstante la inocuidad completa del Estatuto, la reacción central se alborotó y chilló como si le hubieran quitado una colonia. Hasta intentó un boicot a los productos catalanes. No la engañaba la significación o capacidad autonómica del Gobierno de la Generalitat, pero comprendía que un Gobierno de ese género, si quería en cualquier momento ser independiente, tendría que buscar su fuerza en el proletariado. La reacción central combatía una posibilidad más que un hecho. Pero se equivocaba. El Gobierno de la Generalitat prefería entregarse maniatado al central, antes que recurrir a la clase obrera. Ese fue el comportamiento en Octubre de 1934 y más tarde, durante la guerra civil.

No desplegaron las Cortes mayor energía en materia religiosa, a pesar de que una gran parte de sus componentes pertenecía a la categoría de los tragacuras. Cediendo a instancia del sector clerical del republicanismo, no osaron extinguir inmediatamente el presupuesto asignado al culto. Otorgaron un plazo de dos años, dentro del cual, triunfantes las derechas en las elecciones de noviembre de 1933, se concedió nueva prórroga. No cabe duda que la reacción debía considerar la revolución de 1931 perfectamente incruenta y perfectamente nula. En medio de un intenso torbellino revolucionario, el clero, base principalísima de la contrarrevolución, continuó siendo subvencionado por el Estado, hasta que sobrevino la guerra civil.

Idéntica cobardía frente a las órdenes religiosas y sus inmensas propiedades. El artículo 26 constitucional no permitía sino la disolución y expropiación de la Compañía de Jesús. Pero sus bienes estaban bien amparados en los registros de la propiedad como empresas capitalistas privadas. La Compañía no fue lesionada ni poco ni mucho. Sociedades navieras, aceiteras, mineras, ferroviarias, bancarias, siguieron tranquilamente en su poder; algunas aun obtuvieron créditos del Estado para cubrir supuestos déficit, con cuyo pretexto amenazaban suspender su funcionamiento. En lugar de aniquilar el foco de obstrucción económica y política expropiando las empresas jesuitas, la «República de trabajadores» trató de aplacar la ira de los ignacianos lanzándoles algunos millones.

En algo, sin embargo, habían de mostrarse enérgicos y diligentes los legisladores republicano-socialistas. Su obra única, verdadera y duradera, está en la legislación represiva: ley de defensa de la República, ley de orden público, ley de asociaciones, ley de vagos y maleantes, arbitraje del Estado en los conflictos obrero-patronales. La ley de orden

público, venía a dar extensión y permanencia a la defensa de la República. Todas ellas iban derechamente apuntadas al movimiento revolucionario. La reacción monárquica, y la fascista, que ya empezaba a tener brotes, quedaban salvas. Si, además, se tiene en cuenta que todo el aparato policiaco, judicial, administrativo y militar, era el viejo de la monarquía, se comprenderá en qué medida las leyes represivas de las Constituyentes eran exclusivamente empleadas contra obreros, campesinos y revolucionarios en particular. Ya a los pocos meses de República, las cárceles estaban repletas de luchadores anarquistas y comunistas principalmente; en las provincias agrícolas, de campesinos socialistas desmandados de sus dirigentes. A partir del año 1932, la mayoría de los militantes revolucionarios eran continuamente detenidos sin orden judicial ni delitos flagrantes, libertados y vueltos a detener inmediatamente después, en virtud de las facultades omnímodas que la ley otorgaba a la policía. Cualquier reunión podía ser disuelta por la policía, y sus asistentes encarcelados. En suma, obstruir las actividades revolucionarias, no las reaccionarias, era el objeto de la ley de orden público, y en tal sentido fue aplicada por instrucciones especiales del gobierno republicano-socialista.

La paternidad de la ley de asociaciones corresponde al ministro socialista de Trabajo, señor Largo Caballero. En síntesis, establecía el control policiaco de las organizaciones obreras y de sus militantes individualmente considerados. Obligaba a entregar a la policía una lista de los afiliados, con especificación de los cargos o funciones que desempeñaran y domicilios privados. En otros términos, se trataba de completar el fichero de la policía, y de dar a ésta la facultad de arrestar los principales miembros de una organización cuando lo quisiera el Gobierno. Y como la ley de orden público posibilitaba la detención en cualquier momento, sin orden judicial ni delito flagrante, resulta que el señor Largo Caballero ponía en manos de la policía todos los militantes revolucionarios de España. Suscitó la ley una repulsión tan unánime en el movimiento obrero, incluyendo parte de la U.G.T., que su aplicación se hizo imposible.

A juzgar por su título, la ley de vagos y maleantes, ô inspiración del seráfico socialista Fernando de los Ríos, si no me equivocô no atañía al movimiento obrero. Bien pronto pudo verse que a quienes no atañía era a los vagos y maleantes. La cláusula de vagos podía ser aplicada a quienquiera careciese de ocupación conocida en el momento de ser detenido. Todos los obreros parados y los revolucionarios profesionales podían ser comprendidos en ella. En cambio, el señorito que vivía cortando los cupones trimestrales del Banco de España, quedaba exento. La «República de trabajadores de todas clases» sentía una marcada querencia por los que trabajaban media hora cada tres meses cortando y cobrando el cupón. La cláusula de maleantes era mucho peor. Quedaba incurso en ella todo aquel cuyas actividades, trabajase o no, fuesen consideradas peligrosas por los tribunales especiales. Ningún revolucionario podía escapar a esta cláusula si el Gobierno, o simplemente la policía, se empeñaban en aplicársela. Las penas consistían en un supuesto trabajo regenerador, forzado y bárbaro en realidad, prolongable mediante vigilancia policiaca tras la extinción. Promulgada, la ley empezó a ser aplicada a militantes obreros. Al principio sólo a adversarios de la política socialista. Pero al ser disueltas las Cortes constituyentes, el nuevo Gobierno hizo también sentir a los socialistas el peso de su propia ley. ¡Nunca se ayuda impunemente a la contrarrevolución! Pero el rasgo más característico de la legislación republicano socialista fue la perfección con que se ajustaba a las necesidades de la reacción. No necesitó ésta nuevas leyes; las votadas por las Constituyentes la satisfacían plenamente. Franco mismo sigue usándolas.

El eufórico parlamento que «iba a resolverlo todo», no rozó los grandes problemas del país sino para escamotear su solución y para extirpar con represión los intentos de las masas. Era un parlamento típico de figurantes charlatanes, sin brizna de energía revolucionaria, de los muchos que desde mediados del siglo pasado han destripado revoluciones por el mundo. Federico Engels se burlaba de la timidez y la incapacidad de los parlamentarios de Francfort, durante la revolución alemana de 1848. Al lado de nuestros constituyentes eran casi unos jacobinos. Miseria ideológica, hueria pedantería discursil, ignorancia, condescendencia para con la reacción, brutalidad y engaño para con el proletariado y los campesinos, reaccionario respeto de todos los intereses creados, he ahí la silueta de las Cortes Constituyentes. Desde cualquier ángulo que se las juzgue, se sitúan más cerca de los Estamentos isabelinos de 1834, que de un parlamento revolucionario. Como los Estamentos, las Constituyentes anunciaron a bombo y platillo la solución de todos los problemas; imitándoles, ni siquiera arañaron la estructura social del país, dejando los problemas básicos de la revolución democrática en el estado en que los encontraron... El tan incensado Azaña no es más que el equivalente de Martínez de la Rosa, en una época de gran actividad de masas. Tanto y más que Martínez de la Rosa, mereció el apodo de «pastelero».

En febrero de 1917, caía en Rusia la monarquía y se proclamaba la república burguesa. Duró únicamente diez meses. En noviembre del mismo año pasaba todo el poder a los soviets de obreros, campesinos y soldados, tras el vertiginoso golpe de Estado bolchevique. Desde el primer triunfo parcial de la ola revolucionaria, hasta el máximo, no

había transcurrido más que el breve plazo de diez meses. Ese tiempo bastó para consumir en las masas la experiencia y la organización necesaria para arrumbar la república burguesa y dar paso a la república socialista. En España no se hubiese necesitado un plazo mayor. Tanto los factores objetivos, como los subjetivos en lo que concierne a las masas, eran mucho más favorables en España que en Rusia. Había más proletariado, mayor cultura y nivel técnico, el capitalismo aparecía tanto o más caduco, y las masas de la ciudad y el campo habían adquirido una conciencia socialista de que carecían en Rusia, excepto minorías. Las masas no confiaron en la República y en las Constituyentes sino a medias, porque los socialistas las inducían a ello y porque la presencia de ellos en el Gobierno fomentaba la ilusión de que la República, así pelona, significaba la revolución. Hecha en unos cuantos meses su experiencia de república burguesa, obreros y campesinos pudieron haber pasado sin solución de continuidad a la república socialista. El proceso revolucionario español habría alcanzado rápidamente su meta, con un costo mínimo, ahorrándose la represión de 1934-35, la guerra civil y el sangriento triunfo de Franco, además de lo que vendrá después. Pero lo que faltó en España para que el proceso revolucionario alcanzase su meta tan rápidamente como en Rusia, no fueron condiciones objetivas ni conciencia de clase, ni combatividad de las masas: fue un partido revolucionario que semejante al bolchevique estuviese completamente atado al supremo interés de las masas y de la solución de la crisis social en particular: la revolución socialista. Carente de él, la ofensiva de las masas, contumaz pese las constantes zancadillas del Partido Socialista, se perdía en un sin fin de esfuerzos, parcialmente triunfantes, pero fracasados en cuanto al conjunto del movimiento y al avance de la revolución.

Por una parte, actuaba el Partido socialista, en un sentido gubernamental, frenando con sus propias manos la actividad revolucionaria, frenando inclusive sus militantes, oponiéndose a todo movimiento serio de reivindicaciones obreras y campesinas, solidarizándose con las autoridades represivas, plantándose en medio del camino, entre las masas y la revolución, solidario en todo de los poderes capitalistas. Durante el período constituyente, el Partido Socialista fue sin duda de ningún género el mayor obstáculo opuesto al triunfo de la revolución socialista. La burguesía era universalmente odiada; los partidos republicanos tenían una fuerza efectiva insignificante, ninguna entre la gran masa obrera y campesina. Sólo un partido con numerosas raíces entre las masas estaba en condiciones de desorganizar la ofensiva revolucionaria y condenarla finalmente al fracaso. Esa fue la obra del Partido Socialista durante el período constituyente. Quienes han vivido esa época, ¿pueden dudar del triunfo suponiendo que el Partido Socialista hubiese coordinado la acción múltiple de las masas hacia la toma del poder político? Indudablemente no. Pero triunfar en contra del Partido Socialista era ya empresa muchísimo más difícil. Se necesitaba desplazarlo y crear simultáneamente otro partido auténticamente socialista y revolucionario. Las masas hubieran podido triunfar rápidamente con el Partido Socialista, pero no podían triunfar contra él. De ahí mana toda la evolución posterior del movimiento revolucionario español, sus enormes sacrificios y su derrota final a manos de Negrín-Stalin, introductores de Franco.

Por otra parte actuaban los anarquistas, impulsando en general el movimiento huelguístico de reivindicaciones, batiéndose valientemente con frecuencia contra el Gobierno, pero sin norte histórico y sin plan de conjunto para las reivindicaciones parciales de la ciudad y el campo. Indudablemente, la actividad anarquista contribuía mucho a mantener vivo el fuego de la lucha de clases, era un reactivo a los narcóticos socialistas. Pero a causa de su inarticulación, algunas veces a causa de su aventurismo y constantemente a causa de su estrategia apolítica, la actividad anarquista, a despecho de su valentía, era incapaz de impedir la reculada de las masas y el avance de la reacción, no digamos de vencer a pesar del Partido Socialista.

El aventurismo, rasgo inseparable de la concepción anarquista del Estado y la política, se vio atizado durante el período constituyente por la lucha que en el seno de la C.N.T. sostenía la mayoría de la F.A.I. contra el grupo llamado de «los treinta», en franca evolución burguesa. En España, el anarquismo ha sido un elemento positivo y revolucionario porque defendió y practicó durante mucho tiempo la lucha de clases, frente a las vergonzosas capitulaciones de los pretendidos marxistas del Partido Socialista. Pero a la larga, la fidelidad a la lucha de clases se hace imposible sin una concepción justa de la política, del Estado, de la revolución. La concepción del anarquismo, completamente falsa, le dispara, en períodos de gran tensión revolucionaria, del extremo oportunista al extremo sectario de la escala política. Por la misma razón, no puede combatir sino con éxito mediocre las desviaciones manifiestamente burguesas que intermitentemente se presentan en su seno.

Una de éstas era la tendencia impulsada por el grupo de «los treinta» que encabezaban Pestaña, Arín, Clará. La carta circular distribuida por ellos en agosto de 1931, que establecía gran número de trabas burocráticas especialmente

ideadas para disminuir el «exceso de huelgas», fue unánimemente aplaudida por la prensa reformista y burguesa. Claramente se veía, como ocurre hoy en la emigración con la tendencia García Oliver, que Pestaña y compañía caminaban a la creación de un partido reformista de oposición parlamentaria, sin contenido ideológico de clase. Tanto para la C.N.T. como para cualquier organización revolucionaria, era un deber combatir a los treintistas. Pero, ¿cómo desempeñó ese cometido la F.A.I., quien dirigió principalmente la lucha?³³ A la trompa talega, lo que posibilitó a los reformistas llevarse buen número de militantes obreros, sobre todo en la región de Levante. Al conciliacionismo treintista, la F.A.I. opuso la más fiera expresión de su ultraradicalismo y de sus primitivos prejuicios apolíticos. Los oportunistas estaban contra el «exceso de huelgas»; los faístas se lanzaron a ellas a cierraosjos, sin examinar las condiciones, sin prepararlas, sin ligarlas nacionalmente por una cadena de reivindicaciones progresivas susceptibles de aproximar el movimiento obrero a su objetivo revolucionario. Los reformistas se orientaban hacia la política burguesa, hacia la colaboración, no con otras organizaciones obreras, sino con los reformistas del socialismo y con los partidos burgueses; los faístas se encastillaron en su F.A.I.-C.N.T. negándose sistemáticamente a todo contacto de frente único proletario y unidad sindical y calentando al rojo vivo su vieja y pésima política del «apoliticismo»³⁴. Los reformistas tomaron decididamente rumbo a una política imitada de la social-democracia, de amistosa colaboración con los poderes del Estado capitalista; los faístas, en lugar de poner proa a la toma del poder por el proletariado, prometían solemnemente al mundo destruir un día u otro el monstruo estatal e instaurar la anarquía. He aquí cómo resumía *Solidaridad Obrera* los trabajos del congreso cenetista de 1931: «La voz unánime del congreso, saludando al comunismo libertario, ha sido como un grito y una promesa musical al mismo tiempo. Como el canto argentino de los niños, acariciador como una promesa y prometedor como una caricia, ha llegado a nuestro corazón el eco de la oración libertaria». En efecto, se trataba de una oración, gramatical y religiosamente hablando. Pero se ventaba en ella una próxima intentona insurreccional.

La F.A.I. tenía sobre la insurrección ideas completamente blanquistas, sin tener los conocimientos sociológicos del blanquismo. Confiaba en que la acción de sus grupos pasmaría y electrizaría las masas. Ahí residía para ella el secreto del triunfo. Unos centenares de valientes que se lanzan al ataque y las masas irredentas que les secundan entusiasmadas. Por eso, contrariamente al marxismo revolucionario, el anarquismo no siente la necesidad de precipitar la radicalización y la organización de las masas aprovechando todas las reivindicaciones útiles a tal fin, incluyendo las políticas, ni siente tampoco la necesidad de ganar la confianza de la mayoría explotada antes de lanzarse a la insurrección. Sus grupos de hombres decididos tenían la pretensión de suplantar la experiencia, la evolución y la organización material de las masas. Los resultados de esta concepción irreal y ya avejentada en el movimiento obrero mundial, no se hicieron esperar mucho.

La ocasión era muy favorable para arrancar las masas de la asfixiante influencia del Partido Socialista, del que empezaban a desconfiar seriamente. En lugar de aplicarse a este trabajo, sin lograr el cual hablar de insurrección era una necesidad, el anarquismo puso en acción sus grupos y sin más ni más preparó un movimiento insurreccional. El carácter aventurero del mismo era doblemente patente. Por una parte, el anarquismo estaba lejos de tener el respaldo de la mayoría obrera y campesina en toda España, pues las masas estaban maniatadas por el Partido Socialista y carecían de organización para hacerse cargo de la dirección del país; no había órganos obreros del poder. Por otra parte, una de las principales razones que determinaron la intentona insurreccional fue la lucha de tendencias en el seno de la C.N.T. Se recurrió a ella para imponerse a los treinta. ¡Un huelga insurreccional para resolver un conflicto interno! Eso dice mucho sobre la seriedad y las posibilidades revolucionarias del anarquismo.

Pero los «hombres de acción» anarquistas estaban convencidos de que, de un extremo a otro de la península, las masas, galvanizadas por sus hazañas y sus palabras, se volcarían torrencialmente a la calle. No ocurrió nada de eso, como era previsible. Únicamente se produjo la huelga insurreccional en las dos cuencas del Cardener y el Alto Llobregat. Una huelga insurreccional iniciada en una zona periférica está, por ese solo hecho, casi fatalmente condenada a la derrota. Pero sus organizadores tenían que mostrar su radicalismo frente a los treinta, y en el resto de España poco o nada podían hacer. Aun suponiendo que el movimiento se hubiera extendido a toda Cataluña, el fracaso

³³ Ironías de la suerte. García Oliver, hoy mucho más a la derecha de los treinta, desempeñó entonces el cometido de jabato contra ellos, en nombre del comunismo libertario.

³⁴ El congreso de la C.N.T. celebrado en 1931 resolvió por iniciativa de la F.A.I.: «Cualquier adherente a un sindicato que desempeñe cargo en la sección correspondiente, en la Junta del Sindicato o en el Comité confederal o en cualquier organismo adherente a la C.N.T. y presente su candidatura a concejal o diputado, debe considerarse dimisionario». La reincidencia acarrea la expulsión, lo que equivalía a convertir la C.N.T. en un partido anarquista. Fue también acordada la expulsión de los comunistas oficiales.

era descontado, dada su completa separación del resto del país, y la inmadurez general de las condiciones. Ni a eso pudieron llegar los «hombres de acción», por la sencilla razón de que en ninguna parte existían las condiciones requeridas para una insurrección. Los socialistas, en lugar de presionar sobre el Gobierno para disminuir las consecuencias de la represión y de la derrota, torpedearon el movimiento, azuzaron la represión. El Gobierno inundó de fuerzas armadas la zona insurrecta. Estaba ya sofocado el movimiento cuando la F.A.I. declaró la huelga general en Barcelona, sin atribuirle ninguna finalidad concreta. Otro fracaso. Los centros industriales más importantes, y la totalidad del campesinado no secundaron la consigna de la huelga. En eso paró un movimiento al que le fue asignado como objetivo, nada menos que la instauración del comunismo libertario.

Esta aventura anarquista provocó un retroceso del movimiento obrero. Millares de obreros y luchadores de primera fila fueron encarcelados y deportados al África, centenares de sindicatos fueron clausurados y se agudizó la represión en general. Como contrapartida lógica, la reacción se envalentonó y progresó algunos pasos. En suma, si antes de la insurrección, con una política justa de reivindicaciones progresivas que hubiese colocado a los socialistas entre la espada y la pared, el movimiento obrero habría conseguido progresar y preparar las condiciones para la insurrección, después de la intentona del Alto Llobregat quedó más desorganizado que antes, y más abandonado al funesto trampeo de los dirigentes socialistas.

Muy importante como experiencia anarquista, es el sesgo que tomó el movimiento insurreccional de enero. No se condujo apolítica sino políticamente, probando una vez más que lo primero es absolutamente imposible. Dondequiera triunfaron momentáneamente los obreros, su primer acto consistió en tomar el poder político, apoderándose del ayuntamiento e instaurando el gobierno de un llamado Comité Ejecutivo. He aquí cómo se expresaba uno de esos comités, en un documento que tiene todos los caracteres de un decreto revolucionario:

«Al pueblo de Sallent: Proclamada la revolución social en toda España, el Comité Ejecutivo pone en conocimiento del proletariado de esta villa que todo aquel que esté en disconformidad con el programa que persigue nuestra ideología, será responsable de sus actos. Por el Comité Libertario, el Comité Ejecutivo. Sallent, 21 enero, 1932.»

¿Se quiere un acto dictatorial más *autoritario*? Y acto dictatorial que representaba únicamente la tendencia anarquista. «Todo aquel que esté en disconformidad con el programa que persigue *nuestra ideología*, será responsable de sus actos». Para meter en cintura a los enemigos de la revolución hubiese basta decir: «todo aquel que patrocine el restablecimiento del capitalismo», o algo así. Pero la redacción particular de la proclama incluye cualquiera tendencia revolucionaria no ácrata; apuntaba directamente a la dictadura de los anarquistas, no a la del proletariado. Se cometería un error creyendo que la forma del documento era un defecto de improvisación. El fondo ideológico del anarquismo se manifestaba en él. En épocas de crisis social, el apoliticismo y el antiestatalismo son tan fácilmente barridos por el viento como las hojas secas en otoño. Lo que el anarquismo tiene de idealista filosóficamente hablando, aquello en que es subsidiario del liberalismo burgués, hace un movimiento franco a la derecha y se dirige a la colaboración con el Estado capitalista, igual que un partido cualquiera de la II Internacional. Lo que tiene de revolucionario y proletario, al ponerse a actuar se ve obligado a practicar formas de lucha políticas, pero nublados los ojos por sus falsas ideas, creyendo abolir de una vez para siempre todo Estado, se inclina a crear un Estado exclusivamente «anarquista». En 1932, el ala treintista se fugaba hacia la política y el Estado capitalista, mientras el ala revolucionaria, durante la insurrección de enero, hacía actos de autoridad y gobierno. En la primera se simboliza la gran tendencia capituladora que se manifestó en el anarquismo durante la guerra civil; en la segunda germina la ruptura de los elementos proletarios con las ideas apolíticas del anarquismo. A menos que esta última se produzca francamente en el futuro, el anarcosindicalismo español se atará irremisiblemente a los intereses del capitalismo.

El Partido Comunista oficial, arrastrado por la corriente degeneradora del stalinismo, no se mostraba en nada a mayor altura que el anarquismo, sino mucho más bajo. Lanzado a la senda del «tercer período» por presión de la Internacional, se hacía antipático a los militantes socialistas por su «teoría» del «social-fascismo», y se enemistó la masa aguerrida de la C.N.T. por su escisionismo sindical y por sus calumniosas injurias sobre el «anarco-fascismo». Obediente a las riendas de Moscú, la política stalinista durante el período constituyente parecía especialmente ideada para impedir el desarrollo del Partido Comunista, convirtiéndolo en un grupo vociferante y oportunista al mismo tiempo, totalmente desligado del movimiento de masas. Su adulteración, cuando no falsificación deliberada de la vieja política leninista, hacía de ella una caricatura estúpida e inservible.

Tomemos como ejemplo más saliente y trascendental el problema del frente único de clase contra la reacción. El triunfo de la revolución rusa se debió fundamentalmente al frente único de clase, llevado hasta su expresión orgánica

más acabada y democrática: los soviets. Sin renunciar a él verbalmente, el stalinismo se negaba a todo trato de frente único con las organizaciones de masas, so pretexto de que sus dirigentes eran «social-fascistas» o «anarco-fascistas». Pedía, en cambio, un llamado «frente único por la base». Negarse descaradamente a toda defensa colectiva de clase, hubiera sido lo mismo, pero más sincero. La condición «por la base» era una negativa de hecho, pues la causa que hace necesario el frente único de clase, es el apoyo de los trabajadores a diferentes organizaciones, comprendiendo sus buenos o malos dirigentes. Proponer a los obreros anarquistas y socialistas, como condición de defensa colectiva con los comunistas, la ruptura con los dirigentes en quienes han depositado su confianza, es querer reducir el proceso revolucionario a una conversión de fe en los comunistas, y poner como condición ultimátista lo que sólo puede ser un resultado experimental. En efecto, la finalidad máxima del frente único consiste en dar a las masas, junto con la ventaja inmensa de la defensa y el ataque colectivos, la oportunidad de discernir en la práctica qué organizaciones o programas representan mejor sus intereses, y de orientarse en consecuencia. El «frente único por la base» juzgaba más cómodo ahorrarse este trabajo exigiendo a las masas acatar la jefatura de los amados líderes stalinistas. Como era de esperar, las masas se mostraron sordas y burlonas, y el P.C. se mantuvo aislado, incapaz de desempeñar ningún papel activo y determinante. Los dirigentes anarquistas y socialistas encontraron en la «teoría» stalinista un argumento perfectamente acabado, mejor de lo que ellos hubieran podido idear para negarse a la defensa colectiva de las organizaciones obreras contra la burguesía. Esta fue la principal causa que impidió al combativo movimiento de masas plasmarse en una forma superior de organización y ganarle terreno a la burguesía.

En el movimiento huelguístico, el P.C. intervino como los anarquistas, frecuentemente en forma aventurera y siempre inconexa. Su renuncia tácita al frente único le incapacitaba para comprender el valor entonces decisivo de las reivindicaciones parciales, en el proceso de acercamiento a la toma del poder. Aunque no le faltaban algunas consignas justas, su aventurismo exacerbado las nulificaba. Recordemos la actuación del stalinismo durante la insurrección del Cardener y el Alto Llobregat. Bruscamente sacudido por los acontecimientos, se vio obligado a renunciar ô sólo instantáneamenteô al frente único por la base. Tal era el significado de su proposición a la U.G.T. y a la C.N.T. ô no a la base- de declarar una huelga de solidaridad en toda España. Rechazada la proposición, cabía sólo dejar que la clase obrera juzgara a unos y otros, puesto que el P.C. por sí solo estaba lejísimos de poder declarar la huelga con éxito. No obstante la declaró, sumando su aventurismo stalinista al aventurismo anarquista. Por añadidura, no la declaró cuando la insurrección estaba en su apogeo, durante los días 21 y 22 de enero, sino el día 25, cuando ya estaba sofocada, y la huelga en Barcelona terminada. El resultado fue un fracaso rotundo y la persecución inútil para muchos militantes comunistas. La base y los militantes medios del partido stalinista creían por entonces que la revolución era un torneo de radicalismo en el que la palma correspondería a quien declarase más huelgas, seguidas o no por los obreros, y hablara un lenguaje más estridente: anarco-fascistas, social-fascistas, trotsko-fascistas y otros primores. Pero a los dirigentes, parte integrante del terribor ruso, lo único que les interesaba seriamente era no perder la gracia de los amos del Kremlin.

Entre el colaboracionismo burgués de los socialistas, la fiebre ultraizquierdista de los ácratas y el pseudorradicalismo stalinista, el movimiento obrero, fatigado en violentas acciones esporádicas, traicionado por los unos, lanzado al vacío por los otros, perdió momentáneamente intensidad. La reacción alzó el grito, empezó a salir de sus conventículos y a tomar la ofensiva. Secretamente monárquica y cavernícola como ninguna otra en Europa, la reacción española, sin embargo, no se atrevió a declararse restauradora, tan universalmente despreciada era la institución monárquica. Constituyó partidos nuevos sin enunciación de credo institucional, cual la C.E.D.A. (Confederación Española de Derechas Autónomas), que se ponía moños fascistas, y al mismo tiempo se apoyaba en el Partido republicano radical, dirigido por el corrompido Alejandro Lerroux y su lugarteniente Martínez Barrio. Terratenientes, generales y obispos, el propio jefe de la C.E.D.A., Gil Robles, depositaron en ese viejo «republicano histórico» sus esperanzas de gobierno y desgobierno.

El descalabro del Alto Llobregat y la depresión que se siguió en el movimiento obrero y campesino nacional, dio ánimo excesivo a la reacción. Se creyó más fuerte de lo que en realidad era, sobreestimó la depresión del sector revolucionario, y trató de recuperar por un golpe de Estado las posiciones perdidas. El general Sanjujo se sublevó en Sevilla el 10 de agosto de 1932. La intentona contrarrevolucionaria no se limitaba al ejército. Tenía ramificaciones en las organizaciones monárquicas y en el propio Partido radical lerrouxista. La organización del complot se había hecho al amparo de los altos puestos que a los jefes militares reaccionarios había adjudicado el Gobierno republicano-socialista. La falacia de la reforma militar de Azaña fue puesta al desnudo. Como es de consuno en los jefes

reaccionarios, los militares hacían verbalmente profesión de fe republicana mientras complotaban contra la República, y sobre todo contra el movimiento obrero, en los cuartos de banderas. En diciembre del año anterior, Sanjujo, nombrado jefe de ese cuerpo de matones uniformados que es la guardia civil, declaraba: «La guardia civil servirá al Gobierno con disciplina y abnegación, y pase lo que pase continuará en el camino de la libertad». Exactamente como, después de ser amnistiado, juraba y perjuraba por toda la corte celestial no volver a inmiscuirse en política, y poco después preparaba con los generales en servicio activo la sublevación que dio origen a la guerra civil. Los dirigentes revolucionarios han sido siempre francos en la declaración de sus fines y en la aceptación de sus responsabilidades; por el contrario, los jefes reaccionarios se muestran siempre hipócritas y cobardes cuando vencidos, han de rendir cuentas. El mismo comportamiento hipócrita de Sanjurjo ha sido la línea de conducta de Franco anterior a la sublevación. La cobardía de los jefes de la sanjurjada, que ante los tribunales negaban haber querido derrocar la República y las libertades, reaparece durante la guerra civil en cada uno de los reaccionarios juzgados por los tribunales populares. Primo de Rivera, ante el tribunal de Alicante, se achicaba y tergiversaba sus ideas hasta darles un matiz casi revolucionario. La honradez y la integridad es un privilegio de quienes luchan por el progreso y la verdad. La contrarrevolución, condenada por la historia, hace armas del engaño; no puede ser íntegra porque en el fondo ella misma no cree en su causa y se sabe deshonestas.

La sanjurjada fue fácilmente vencida gracias a la pronta y enérgica reacción popular, que obligó al Gobierno a actuar. Apenas amortiguada la protesta de las masas, el Gobierno puso a contribución su ingenio para salvar los sublevados. Primeramente suspendió el juicio sumarísimo que debiera haber condenado a muerte los cabecillas; en seguida dio secretamente pábulo a la especie hipócrita que la sublevación no tenía por objeto derribar la República, y finalmente, limitó las detenciones a los estrictamente comprometidos en el delito de rebelión. Centenares de implicados, a quienes la acción popular les impidió llegar a vías de hecho, siguieron en libertad y desempeñando puestos en el ejército y los ministerios. Los propios encarcelados disfrutaron un régimen de favor que les permitía continuar complotando³⁵.

En efecto, las responsabilidades por la sanjurjada se desvanecieron, como antes había ocurrido con las de la monarquía y la dictadura. La condena a muerte de Sanjurjo, seguida de indulto, fue una comedia para salvar las apariencias. Todo mundo sabía que sería condenado e indultado y que su encarcelamiento no duraría luengos años. Poco después Sanjurjo estaba en Portugal y sus cómplices en libertad de preparar una nueva militarada. La lenidad del Gobierno republicano-socialista no hubiera sido posible en general sin la política suicida, por oportunista o por aventurera, de las organizaciones obreras. Ni en esta ocasión gravísima, estremecedor grito de alerta, supieron concertar su acción. Fiel a su fraseología pseudo-revolucionaria, el P.C. desperdició en frases baratas la mejor oportunidad de hacer progresar la revolución creando el frente único obrero. La línea de conducta stalinista estuvo determinada por este titular de su periódico: «El gobierno Azaña es el centro de la contrarrevolución fascista». Esto decía el mismo día de la sanjurjada. A tanto equivalía declarar que el problema más urgente no era luchar contra Sanjurjo, sino contra el Gobierno, o que entre ambos no había ninguna diferencia. En ese momento, una proposición a las grandes organizaciones obreras, de frente único de lucha contra la sanjurjada, la reacción en general y el fascismo, habría recogido una aprobación total del proletariado y los campesinos. Socialistas y anarquistas, enemigos ambos del frente único, aquellos por razones de colaboración con la burguesía, éstos por sectarismo, no hubieran podido rechazar la proposición sin desconsiderarse ante los ojos de las masas.

La acción divergente de socialistas, anarquistas y stalinistas, alentó la lenidad gubernamental y desperdició las ventajas que el movimiento obrero debió haber sacado de la derrota reaccionaria. El movimiento obrero no logró sino escasos y efímeros resultados. Unos meses después, la reacción campeaba libremente, como si no hubiese

³⁵ El autor hizo una experiencia personal no carente de interés. Cumpliendo su servicio militar en el 1^{er}. Regimiento de Infantería de Línea, en Madrid, el año 1933, fue confinado a prisiones militares por razones de ideología y actividades políticas. Allí se encontraban gran número de sublevados sanjurjistas. Tenían tanta libertad y comodidades como pudiera disfrutar un propietario en el recinto de su casa. Pasaban el día contando chistes picantes, jugando a la baraja y alardeando entre chiste y chiste, a cual era más borbónico. Recibían diariamente visitas de militares en servicio y personajes reaccionarios, durante las cuales se prometían mutuamente una pronta restauración. Oyéndoles hablar con sus visitantes vespertinos, dijérase que no se trataba de sublevados vencidos, sino de próximos insurrectos. Esto ocurría mientras la prensa burguesa, y el gobierno tácitamente, trataban de hacer crear a la opinión que la militarada no tenía intenciones restauradoras. En la guardia de prisión había un teniente fascista, listo a prestar a los encarcelados toda clase de servicios delicados. Detalle ilustrativo de la fisiología de una república burguesa: en la misma prisión se encontraba el trágicamente célebre capitán Rojo, autor de la horrible matanza de obreros en Casas Viejas. Vivía en la mayor comunidad y camaradería con los monárquicos y disfrutaba los mismos privilegios que ellos. Los soldados que estábamos allí por actividades revolucionarias o por faltas a la disciplina, padecíamos un trato bien diferente: celdas lóbregas, comida infecta, muy escasas visitas y frecuentes castigos a pan y agua por motivos baladíes.

experimentado derrota alguna. Lerroux, protector manifiesto de los sublevados, declaraba en una entrevista al diario semi-jesuita *Ahora*: «Yo puedo asegurar que estoy realizando la profecía que hice durante tantos años: ¡yo gobernaré! Ahora puedo decir que estoy gobernando porque una cosa es el Gobierno y otra es el poder. Se puede ser poder y no gobernar. Se puede ser Gobierno y no ser poder. Yo soy Gobierno y no soy poder». Indudablemente, su minoría parlamentaria, tapadera de la más hedionda reacción, era la fuerza inspiradora y determinante de la Cámara. Sin disponer más que de cien diputados, su labor gobernante «sin ser poder», hubiera sido absolutamente imposible sin el asenso y la complicidad de los demás republicanos y de los social-demócratas. *El Socialista* reconocía indirectamente la afirmación de Lerroux en estos términos plañideros: «Algún día reconocerá España plenamente la ofrenda fervorosa que representa el hecho de que nuestro partido de clase y de extrema izquierda revolucionaria (sic), coopere en una república que no representa ninguno de sus postulados fundamentales, sólo para librar a España del azote monárquico». Casi nos conmoviera la generosidad pablista si no conociéramos la afición desmandada de la social-democracia internacional a hacer ofrendas fervorosas... al enemigo de clase. Nunca se le ha ocurrido hacerlas al proletariado. La «ofrenda» del socialismo italiano fue recogida por Mussolini, la del socialismo polaco por Pilsudsky; Hitler recogió la del socialismo alemán; Pétain recibió directamente la del socialismo francés; la ofrenda del Partido socialista español, de mano en mano, paró en las de Franco.

Como elemento de comparación de lo que la sanjurjada hubiera debido representar en el desarrollo de la revolución, tenemos el caso paralelo, no idéntico, de la sublevación del general Kornilov en la Rusia de 1917. Su alzamiento fue el impulso inicial más importante que los bolcheviques recibieron. Les permitió salir del estado de pequeño partido al de partido de masas y de acción. Y no fue, ciertamente, la mecánica inerte de los hechos lo que les benefició, sino la política adoptada frente a la sublevación. Sin ella la derrota de Kornilov, como en España la de Sanjurjo, habría pasado sin aportar nada duradero al proletariado. En primer lugar, los bolcheviques forzaron hasta el máximo la acción del gobierno Kerensky contra Kornilov, proponiéndole la unidad en el ataque señalando como enemigo principal la reacción sublevada. En segundo lugar, conservando plena independencia política y crítica frente al Gobierno y al partido de Kerensky, movilizaron las masas y organizaron una milicia obrera contra Kornilov, reforzando la autoridad y las funciones de los soviets. La derrota del general zarista se convirtió en el punto de partida de una gran ofensiva de masas que poco después dio el triunfo a la revolución. Y Kerensky, que también tenía su «ofrenda fervorosa» que hacer, fue expulsado del poder antes de que tuviera tiempo de hacerla.

Beneficios no menores hubieran podido obtenerse en España del aniquilamiento de la militarada. Morosa o diligentemente, Azaña, como Kerensky, se veía obligado a luchar contra el general sublevado y a tolerar la acción de las masas. Pero yendo a contrapelo de la táctica bolchevique, el partido stalinista español permitía que la acción gubernamental contra los sublevados se redujese al mínimo, la hacía aparecer como la única organizada, y de rechazo fomentaba el renacimiento de las ilusiones democráticas. Solamente una manifestación improvisada se produjo en Madrid, sin otra consigna concreta que ¡Abajo Sanjurjo!, más los estúpidos ataques al Gobierno como «principal centro de la contrarrevolución fascista». Ni el stalinismo ni nadie pensó en organizar milicias, crear comités obreros de defensa, poner en pie de movilización a todo el proletariado, forzar así el Gobierno a llevar hasta el máximo su propia acción contra los sublevados y sus cómplices. En una palabra, la sanjurjada, que debió producir una gran aproximación del proletariado a la toma del poder, produjo, por el contrario, tras breves instantes, una nueva depresión de las masas y un importante triunfo reaccionario un año más tarde.

El movimiento obrero, incorporado durante unas semanas, continuó decayendo poco después. Se reforzó el colaboracionismo socialista, el aislacionismo suicida del anarquismo y el pseudorradicalismo stalinista. El anarquismo, en lugar de combatir a los treinta ideológicamente, encontraba más sencillo y expeditivo desembarazarse de los sindicatos donde aquellos tenían considerable influencia. Federaciones enteras fueron excluidas de la C.N.T. Hacia fines de 1932, estaban excluidas las federaciones locales de Manresa, Sabadell, Lérida, Gerona y Tarragona. La C.N.T. dejaba de ser una organización con autoridad decisiva entre el proletariado catalán. Hacia la misma fecha, una huelga general intentada en Barcelona por la F.A.I. fracasaba por completo. Los obreros desobedecían la orden de paro. La abulia proletaria había sido creada por los métodos escisionistas de la F.A.I., el abuso de las huelgas generales sin finalidades bien determinadas, y la incapacidad de llevar la multitud de luchas aisladas al plano superior de una lucha nacional bien articulada contra el capitalismo, su gobierno y su asamblea constituyente republicano-socialista.

El Partido comunista, que de haber sido revolucionario hubiera podido contrarrestar los efectos de la descomposición anarquista e impedir el declinamiento obrero, vivía en pleno frenesí verbalista, aproximándose ya a su conversión definitiva en una organización ajena a los intereses e ideas del proletariado. El fracaso en toda la línea de la política stalinista trajo consigo una intervención de la Internacional en el Partido español, con objeto de salvar la responsabilidad de los burócratas del Kremlin. La dirección española, plegada sin discusión a todos los mandatos de los burócratas internacionales, fue expulsada bajo el dicitario de sectaria. Sin reconocerlos abiertamente, ni mucho menos corregirlos, los errores del partido español fueron achacados a la dirección nacional, silenciando que poco antes, en un documento público, la Komintern declaraba: «El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista aprueba sin reservas la política seguida por la dirección del Partido Comunista de España». Los burócratas expiatorios fueron sustituidos por otros aún más incapaces e igualmente serviles. A Bullejos, Adame, Trilla, etc., sucedieron José Díaz, Aztigarrabía, Pasionaria, Jesús Hernández, etc. Pero la política del verbalismo radical, y en el fondo oportunista, no cambió hasta que con la virada hacia el frente popular, la Internacional en bloque fue convertida en apéndice de las burguesías aliadas a la contrarrevolución rusa. Con el demagogo Bullejos o con los estultos y rampantes José Díaz y Pasionaria, el Partido «comunista» continuó siendo un miserable apéndice de la burocracia soviética, incapaz de una gran acción revolucionaria. Era imposible adoptar una conducta revolucionaria seria, a un partido que subordinaba la acción de las masas en su país, a los intereses de la casta que en la U.R.S.S. estaba poniendo en práctica la contrarrevolución.

La dulzona revolución democrático-burguesa, meta estratégica del stalinismo por entonces, le llevaba a conclusiones oportunistas al lado de su habitual táctica sectaria. Carente de objetivo estratégico justo, el stalinismo se exteriorizaba en gesticulaciones históricas. Si la C.N.T. cansó con huelgas y movimientos locos a los obreros de Cataluña, otro tanto hizo el stalinismo en Sevilla; si aquella practicaba el escisionismo sindical frente a los treintistas, el stalinismo lo practicó frente a la C.N.T.; si la una tuvo su Alto Llobregat y sus Casas Viejas, el otro preparó su Villa de Don Fadrique. Y así, al presentarse la crisis en la C.N.T., el partido stalinista no pudo, ni poco ni mucho, aumentar su influencia. Lejos de ganar, perdió posiciones sindicales. La crisis del anarquismo no condujo a una reorganización sindical más positiva, cual hubiera debido. Hubo dispersión sin reagrupamiento sobre nuevas bases. De aquí que el anarquismo encontrara después condiciones para rehacerse.

Durante el verano de 1932, los campesinos, que el año anterior se mantenían a la zaga del movimiento urbano, redoblaron su acción revolucionaria. El campo llamaba a la lucha y mostraba el ejemplo a la ciudad. Era el momento de organizar una gran ofensiva combinada entre las grandes zonas agrarias y las industriales. La unión del campo y la ciudad hubiese logrado grandes triunfos y puesto las masas al borde de la toma del poder. Pero el proletariado urbano había sido rechazado por la represión gubernamental, desalentado y desorganizado por dirigentes socialistas, anarquistas y stalinistas. No era posible articular una lucha de conjunto. La C.N.T. se flagelaba sin lograr arrancarse la influencia treintista, debilitándose hasta el punto de ceder terreno en algunos sitios a la U.G.T. Los anarquistas monopolizadores de la dirección sindical eran incapaces de ver que un movimiento de conjunto del campo y la ciudad, combinando las respectivas reivindicaciones inmediatas con las políticas, hubiese destruido rápidamente la influencia nociva del treintismo, haciendo avanzar la revolución. El stalinismo ni veía el problema, ni disponía de la fuerza necesaria para despertar la acción proletaria. En cuanto al partido socialista y la U.G.T., soportes del Gobierno y cómplices de una «reforma agraria» que escarnecía las esperanzas del campesinado, saboteaban las huelgas en el campo tanto como en la ciudad. Eran deliberadamente enemigos de todo progreso hacia la revolución social; mal podían coordinar la ofensiva del campo con la ciudad. Los campesinos quedaron aislados, se batieron solos y fueron rechazados, como ya lo había sido el proletariado urbano. La coalición republicano-socialista cumplía concienzudamente el cometido de rechazar la revolución.

Mientras tanto, los anarquistas continuaban anunciando la próxima apoteosis del «comunismo libertario». Cuanto más se debilitaba orgánicamente la C.N.T., más sus dirigentes se aislaban del proletariado en general, y más atronaban el espacio con fraseología insurreccional. Verdaderos Josué proletarios, creían derribar las murallas del capitalismo a trompetazos líricos. Todo el verano y el otoño de 1932 lo pasaron caldeándose con su propia literatura, en preparación de un nuevo alzamiento. Sus trompetazos produjeron fruto en el invierno: el movimiento del 8 de enero de 1933, de carácter putschista mucho más marcado que el anterior. En el Alto Llobregat participaron masas en la insurrección, aunque solamente las de una comarca. En enero del 33 no más que algunos grupos. Las masas obreras y campesinas de toda España permanecieron indiferentes. El ultimatismo y el aventurismo anarquista ya les habían causado

bastantes dificultades³⁶. Y los Josué ácratas pagaron su desprecio del movimiento de masas rompiéndose la cabeza contra la muralla que pretendían derribar con sus conjuros.

De toda la actuación anarquista anterior a la guerra civil, ésta fue la más descabellada y perjudicial a los intereses de la revolución. Del conato insurreccional del 8 de enero parte la ofensiva en gran escala de la reacción, y su triunfo a fines del mismo año. El movimiento obrero, que daba síntomas de reanimación, fue parado en seco y lanzado atrás por la aventura anarquista. Por el contrario, la reacción, saliendo de su prudencia medrosa, tomó decididamente la ofensiva. Los anarquistas no habían logrado arrastrar las masas tras de sí, pero su derrota fue la derrota de las masas. El Gobierno y la reacción lo comprendieron perfectamente. La represión bárbara a que se entregó el primero, lo atestigua vivamente. La matanza horrible y sádica de Casas Viejas plantó en la historia de la revolución española el sello indeleble de la república burguesa. La reacción salió a la plaza pública y se organizó. En mayo se produjo la primera crisis del gobierno Azaña, bajo presión de la minoría radical de las Cortes, tras la cual se cobijaba toda la reacción nacional. Se constituyó un Gobierno del mismo carácter que el anterior pero ya no vivía de su propia fuerza sino de los temores de la reacción a precipitarse e ir demasiado lejos. En julio se celebraba en Salamanca, ciudad clerical, el primer congreso de organizaciones patronales. La reacción elevó a Gil Robles a la categoría de jefe nacional. Los patronos, sintiéndose seguros, iniciaron los primeros «lock-outs». La derrota del movimiento obrero se palpaba; ya no había más que acciones defensivas, se perdía posición tras posición, la atonía apesaba las masas. La C.N.T., víctima primera del aventurismo anarquista, se desarticulaba. La central potente de 1931 era ya un organismo resquebrajado, perdiendo efectivos, predicamento entre la clase obrera, y sobre todo confianza en sí mismo. Las cárceles rebosaban de revolucionarios, obreros y campesinos. Había miles de locales obreros clausurados. En septiembre, tras un intento fracasado de gobierno Lerroux, la reacción era bastante fuerte para exigir la disolución de las Cortes constituyentes. El terrateniente y clerical Alcalá Zamora, elevado a la presidencia por los socialistas, no deseaba otra cosa. Temeroso de un pronto resurgimiento revolucionario, apresurose a disolver el parlamento nombrando un gobierno electoral presidido por Martínez Barrio, con la encomienda de asegurar el triunfo reaccionario en los comicios. Se pretendía colocar el movimiento obrero frente a uno de esos gobiernos que la reacción llama «fuertes», es decir, capaces de romperle la espina dorsal para un largo plazo.

Las Cortes, que iban a «resolverlo todo», murieron vergonzosamente, allanando el camino a la reacción y dejando en la misma situación que los encontraron los principales problemas del país, incluyendo el de las más sencillas libertades democrático-burguesas. Las masas que hicieron todos los sacrificios para derribar la monarquía y traer la República, recibieron en cambio la legislación más cuidadosamente represiva que existiera hasta entonces. Las cárceles se nutrían ávidamente del ala izquierda del movimiento revolucionario; los tribunales y la policía se cebaban en las organizaciones de extrema izquierda; las garantías democráticas eran frecuentemente suspendidas, y siempre reducidas a mofa caricatural por las leyes de orden público, defensa de la República, asociaciones, vagos y maleantes; la censura de prensa directa o indirectamente ejercida durante todo el período constituyente; las detenciones gubernativas, caras a Primo de Rivera, fueron practicadas por millares; la tierra quedó sin repartir; la clerecía y la reacción se dieron vuelo complotando con desahogo; los tribunales paritarios funcionaron protegiendo al capitalismo; las huelgas, manifestaciones y mítines obreros, fueron reprimidos casi sin excepción; la guardia civil y todos los cuerpos represivos fueron aumentados en sueldo y en número, más allá de los peores tiempos de la monarquía; el paro obrero, el alza de los precios y la crisis económica se agravaron. He ahí el saldo legado al país por las famosas Cortes Constituyentes. ¿Quién podía sacar partido a todo eso sino la reacción?

El mecanismo interno de la sociedad capitalista en épocas de crisis revolucionarias mostróse claramente durante el período constituyente. Amenazada por el despertar de las masas, la sociedad capitalista se defiende retrayendo de la gobernación del país el ala derecha reaccionaria y cediendo la preeminencia al ala izquierda, que va desde los partidos de la pequeña-burguesía hasta los de la burocracia obrera. Estos partidos, que controlan las masas y en los que las masas confían, impiden que el movimiento revolucionario alcance sus fines, desorganizan su embestida, la debilitan. Cumplida esta labor, el ala derecha, incapaz de hacer frente al movimiento revolucionario ascendente, vuelve a ocupar la Gobernación para rematarlo en su fase descendente. Cualquier ejemplo de revolución fracasada que se tome, Italia,

³⁶ Desde la época de la monarquía, los ferroviarios, miserablemente pagados, trataban de obtener mejores salarios. Con promesas del gobierno republicano-socialista la huelga había sido pospuesta. Un ligero renacimiento de la actividad obrera anterior al movimiento anarquista, habla puesto la huelga a discusión en el sindicato del ramo. La C.N.T. trató de imponer como objetivo de huelga... la implantación del comunismo libertario. Esto impidió la huelga económica, que tenía muchas posibilidades de triunfar. Pero después de fracasado el *putsch* anarquista ya no podía haber huelga ferroviaria. Anteponiendo la acción de grupos a la acción de masas, la F.A.I. cortó movimientos que hubieran favorecido triunfos posteriores más importantes.

Alemania, China o España otra vez en 1936-1939, presenta idéntico fenómeno de vaivén político. Son siempre los partidos de extrema izquierda burguesa y los pseudorrevolucionarios («asocialistas», «comunistas»), quienes descabezan la ofensiva revolucionaria. Cuantas veces, en el porvenir, su obra no sea impedida por la acción de las masas, otras tantas la revolución sufrirá una derrota.

Dos factores básicos ligados entre sí dejan abierto el paso a este peligro. El primero es la heterogeneidad de las clases explotadas proletariado y campesinado, cuyas escalas de estratificación presentan en la cúspide una aproximación a la pequeña burguesía. Por ahí penetra la influencia ideológica y el control orgánico de las clases altas. Hace ya decenios que los partidos de la Segunda Internacional representan únicamente los estratos superiores del proletariado y el campesinado, que mezclados a su propia burocracia política y sindical, persiguen nada más la conservación de sus privilegios dentro de la sociedad capitalista. Se oponen a la reacción en cuanto la reacción limita sus privilegios económicos y suprime o tiende a suprimir sus funciones de colaboradores políticos del capitalismo. El ideal de esos partidos es una república burguesa y parlamentaria, donde los liderzuelos brillen y disfruten en concejalías, ministerios, toda clase de puestos administrativos, y como oradores parlamentarios obreristas. No pudiendo obligar a la burguesía a hacerles esas concesiones sino por medio de la clase obrera, tienen que aparecer como protectores de ésta, e incluso como cabecillas revolucionarios en los momentos de mayor peligro para sus privilegios. Pero su programa de oposición se limita a recuperar las posiciones perdidas en el seno del capitalismo. Una vez conseguido, los partidos de la aristocracia y la burocracia obrera entran en lucha abierta con las masas, que tienden al aniquilamiento del capitalismo. Se trata para ellos de conservar su situación de colaboradores del capitalismo «democrático», tanto frente a la reacción burguesa como frente a la revolución proletaria. Con la primera, tienen de común la base social dada por la propiedad privada; con la segunda, nada. De ahí que la reacción capitalista misma pueda emplearlos, en los momentos de mayor gravedad, para decapitar una ola revolucionaria amenazante. Si el capitalismo viviera aún su época floreciente, los partidos obreros podrían conservar su situación de colaboradores, en mayor o menor extensión. Pero atravesamos uno de los más graves recodos en la historia de la humanidad. La alternativa: contrarrevolución capitalista (dictadura fascista, bonapartista o militar) o revolución proletaria, es de un absolutismo inapelable. La acción colaboracionista beneficia directa, inmediatamente, a la más podrida reacción, y, aunque los líderes obreros oficiales llegasen a su compromiso estable con ella, probabilidad no excluida, resultaría de todas maneras la destrucción de la revolución, y la pérdida de las propias conquistas democrático-burguesas. ¿Qué tiene de extraño que las Cortes Constituyentes y el Gobierno republicano-socialista, cretinos engendros colaboracionistas, desbrozaran el camino a Gil Robles-Lerroux? Por sus ideas burguesas, eran tributarios de estos dos.

El segundo de los factores que permiten a la reacción descabezar una ofensiva revolucionaria con gobiernos de «izquierda», es el retraso con que se forma la conciencia por relación a la existencia. Esta característica general a la conciencia humana, inevitablemente ofrece un cierto margen de supervivencia a las ideas y formas sociales caducas, y muchas posibilidades de maniobras y engaño a los partidos pseudo-socialistas y pseudo-comunistas. La evolución histórica crea paulatinamente las condiciones materiales sobre las cuales puede operar una nueva clase para transformar la sociedad; pero el automatismo de la evolución es absolutamente incapaz de rendir por sí mismo la transformación. Precisase la intervención de la conciencia humana condensada en conciencia histórica de la clase revolucionaria. Pero ésta se presenta siempre con retraso mayor o menor respecto de las condiciones materiales que permiten su actuación. Ese es el agostadero de las organizaciones pseudo-revolucionarias; eso permite a hombres y partidos del viejo régimen, tintos de izquierda, disfrutar la confianza de las masas cuando merecen su desprecio, y emplear su influencia en contra de la revolución.

Cierto, hasta el presente las revoluciones no han sido producto voluntario de la conciencia histórica de las clases revolucionarias. Las hemos visto, como la revolución inglesa, rellenar el hueco de su inconsciencia con la igualdad celestial y la fraseología bíblica, o con la razón ideal y la fraseología greco-romana de la revolución francesa. La conciencia empírica de las necesidades inmediatas fue en ambas revoluciones motor y guía de la transformación social. Las dos tenían necesidad de ocultar su propia limitación y mezquindad burguesa con su fraseología ideal. Bastaba para ellas la apariencia de igualdad humana en lugar de la realidad, la máscara bíblica o romana en lugar de la conciencia histórica, porque la burguesía era ya una clase propietaria antes de hacer su revolución, y porque su dominio sólo podía conducir a una diferenciación de clases más estricta y general. Sin embargo, ya durante la revolución francesa, brotan de los hombres más apegados a las clases explotadas destellos de una conciencia histórica

inconforme con la fraseología. Proclaman la igualdad económica principio de la verdadera igualdad humana y rompedera de toda opresión. En ellos apunta un avance clarividente del cometido del proletariado moderno.

Siempre las épocas revolucionarias, retensando la conciencia social, materializando las ideas, producen un máximo de verdad. El dominio incontestado de la sociedad capitalista, hizo dar marcha atrás en este aspecto. Pero una vez encentado el duelo implacable entre burguesía y proletariado, reaparece la conciencia revolucionaria, por primera vez en posesión de sí misma, a través de la actuación bolchevique durante la revolución rusa. Un grandioso momento de clara visión, y vuelta atrás. La victoria reaccionaria del stalinismo extingue la luminaria que los bolcheviques encendieron en medio de la asquerosa degeneración capitalista. Los partidos de la Internacional que Moscú rige concurren con más medios y perfidia que los partidos de la Internacional reformista a colaborar con la burguesía y apabullar la conciencia histórica del proletariado. ¡No importa! El proletariado ha de adquirir conciencia de su misión revolucionaria o la sociedad entrará en las nebruras de una decadencia mucho peor que la de la Edad Media. Cualquiera que sea su desenlace final, la revolución rusa quedará definitivamente clavada en la historia, relámpago alucinante para los explotados de la Tierra. En ella, por primera vez, la conciencia histórica del proletariado se hizo organización. Por mucho que el stalinismo se esfuerce en crear una cámara de asfixia, las masas explotadas se abrirán camino hacia la conciencia de su cometido. Muchos imperativos sociales imponen el desarrollo en ese sentido. Obstruyéndolo, stalinismo y reformismo se están haciendo acreedores a una venganza terrible.

El proletariado no puede ser una clase propietaria antes de tomar el poder, porque tampoco lo será después en el sentido estricto del término. Su misión es acabar con la sociedad dividida en clases, en propietarios y desposeídos, en ricos y pobres, en opresores y oprimidos; fundir el hombre consigo mismo y darle la posibilidad de expresarse sin otra oposición que la del mundo exterior. Exactamente lo contrario de la historia humana hasta ahora, donde el hombre ha manifestado su impotencia para dominar el mundo exterior supliéndola con la dominación de unos hombres por otros. Incapaz de arrancar a la naturaleza lo necesario para todos, ha satisfecho unos pocos hombres esclavizando la inmensa mayoría. Una revolución que ha de cambiar completamente el curso de la evolución histórica y que deberá ser hecha por los esclavos, que viven abrumados en la sociedad actual, sin otra riqueza que su fuerza de trabajo no siempre vendida, mantenidos en la ignorancia y continuamente envenenados por una «opinión pública» fabricada, tiene forzosamente que encontrar dificultades mucho mayores que todas las revoluciones anteriores. Aun así, hace varios decenios que el proletariado hubiese dado cuenta del capitalismo, si no se hubiesen sumado a él, como aliados «izquierdistas», la organización socialista primero, la «comunista» después. Penalidades, luchas y persecuciones durante más de un siglo, para poner en pie la organización obrera de la revolución socialista, han sido depositadas en el regazo senil del capitalismo por los dirigentes de la Internacional socialista y de la Internacional «comunista». A causa de ello, la conciencia revolucionaria del proletariado parece avanzar vertiginosamente en determinados momentos sólo para retroceder de nuevo. No es tanto su conciencia revolucionaria la que retrocede, como su acometividad, vencida, desorganizada, desmoralizada por la constante inutilidad en que reformistas y stalinistas hacen parar el esfuerzo de las masas.

El arrollador caudal de energía revolucionaria, libertado con la caída de la dictadura y la monarquía, fue así momentáneamente empantanado por la política burguesa del Partido Socialista. Pero a su vez, los resultados de esta política se vieron favorecidos, de una parte, por el estéril radicalismo verbal del stalinismo en el fondo enteramente oportunista, de otra parte, por los métodos aventuristas y la concepción apolítica general del anarquismo. Si el reformismo empujaba directamente las masas hacia una política burguesa, ni stalinistas ni anarquistas ofrecían como alternativa una política proletaria. Lo que el uno deshacía desde el poder, la actividad revolucionaria, los otros eran incapaces de rehacerlo. Por eso la experiencia de la república burguesa, en lugar de resolverse en una etapa superior de lucha, condujo a la dispersión y el amodorramiento de la actividad de las masas.

Hubo también una pequeña organización, la Izquierda Comunista, que señaló el camino y los medios necesarios para llevar adelante el movimiento revolucionario. Pero sus medios materiales sólo le permitían hacerse oír de una pequeña parte del proletariado, además de que sus dirigentes se mostraron poco capaces de acortar el camino hacia las masas yendo derechamente a ellas. Tendremos ocasión de volver a tratar de esta organización. Digamos aquí únicamente, que en sus manos un programa y una táctica justas en general perdieron la mayoría de su efectividad. Si un programa revolucionario facilita la creación de una dirección capaz, ningún programa puede llenar el vacío dejado por una dirección mala o mediocre, menos aún corregir sus torpezas.

La primera etapa de la revolución española quedó cubierta negativamente para el proletariado. La democracia burguesa y las Cortes Constituyentes, que a semejanza de la revolución rusa debieron haber sido aniquiladas apenas nacidas o no merecían otra cosa, para dar paso a la superior democracia obrera, basada en la elección de los productores en posesión de los medios de producción, dieron paso, por el contrario, a los más ancestrales parásitos de la sociedad española: clero, militares, latifundistas, caciques, ya emparentados con el fascismo.

CAPÍTULO VII

LA RADICALIZACIÓN SOCIALISTA Y SU INHIBICIÓN

(Forcejeo con la contra-revolución)

Las elecciones parlamentarias convocadas en noviembre de 1933 fueron un triunfo para las derechas, pero sólo limitado, parcial. Aun éste, no lo obtuvieron por una mayoría considerable en el cómputo de la votación nacional, sino por las ventajas que a los bloques políticos acordaba la ley electoral votada por las Constituyentes. Inclusive en este terreno los socialistas dieron cuerda a la reacción. Indudablemente, la ley electoral más democrática habría sido la que estableciese una rigurosa proporción directa entre el número de votos emitido y el número de puestos en la Cámara. Por el contrario, socialistas y republicanos legislaron con la especial preocupación de poner obstáculos a las minorías y aumentar artificialmente la representación de los bloques electorales, tan seguros estaban de que su idilio con la burguesía no tendría fin.

Su ley electoral se volvió contra ellos y contra el movimiento obrero, tan pronto como la burguesía creyó poder sostenerse sin las andaderas socialistas.

El nuevo bloque electoral lo integraron desde los tradicionalistas hasta los «republicanos históricos» de Lerroux, pasando por los monárquicos vergonzantes y fionfascistas de la recién constituida Acción Popular, dirigida por el jesuita Gil Robles. El núcleo falangista de Primo de Rivera, aunque no admitido oficialmente, respaldaba la coalición, a cambio de lo cual ésta introdujo en las nuevas Cortes el futuro «ausente».

El favor del presidente de la República y los auxilios caciquiles del presidente del Gobierno electoral, señor Martínez Barrio, a quien su estrella predestinó especialmente a las faenas turbias, ayudaron poderosamente a la coalición. La ley electoral hizo el resto. Con una mayoría efectiva insignificante, el bloque reaccionario obtuvo el control de la nueva Cámara. Las derechas procedentes del viejo régimen tenían 217 curules; los radicales vendidos a ellas 167; los socialistas 99. El resto de los partidos republicanos burgueses, unos cuantos diputados.

A pesar de los terribles golpes y desengaños que las Constituyentes y el Gobierno republicano-socialista descargaron sobre las masas, éstas se mantenían en pie contra la reacción. Los propios resultados electorales, en un momento de descenso y dispersión de la conciencia obrera, bajo un Gobierno decidido a practicar todos los recursos del chanchullo, lo probaron. El número total de votos recogidos por los partidos obreros y los republicanos de izquierda era casi igual al de los recogidos por las derechas. El desproporcionado resultado en actas parlamentarias era producto de la ley electoral tan cuidadosamente empollada por los socialistas. Una coalición exclusivamente obrera, comprendiendo los organismos anarco-sindicalistas y socialistas, hubiese derrotado con seguridad a las derechas.

Pero a los socialistas ni siquiera les pasaba por la cabeza hacer la unidad electoral y de acción con otras organizaciones obreras. Los stalinistas continuaban voceando su estupidez del «social-fascismo». Ellos, que consideraron la caída del gobierno Azaña como «consecuencia del impulso revolucionario de las masas obreras españolas», se distanciaban de ellas hasta el punto de perder votos en Madrid, relativamente al número de electores en las elecciones de 1931. Ese resultado negativo, tras un período favorabilísimo al crecimiento de un partido que usufructuaba el prestigio de la revolución rusa, era una condenación tremenda de la política stalinista durante el bienio constituyente. Los burócratas nacionales e internacionales se consolaban exhibiendo el aumento absoluto de votos. En realidad, el censo electoral había aumentado en proporción mucho mayor. Los anarquistas que dirigían la C.N.T., por su parte, en lugar de concentrar sus ataques contra el peligro más grave que amenazaba por la derecha, desencadenaron una suicida campaña anti-electoral, poderoso auxilio a la reacción. Royo Villanova, poniendo en guardia a la hueste reaccionaria contra un optimismo excesivo, declaraba en una de las primeras sesiones del

parlamento que el triunfo derechista había sido facilitado por la abstención de la C.N.T. y la F.A.I., y que el resultado electoral habría sido diferente de haber votado éstas.

Mientras la correlación de fuerzas cambiaba favorablemente a la derecha, la F.A.I. preparaba otro de sus planes irresponsables. Orobón Fernández, el 5 de diciembre, declaraba en un mitin: «Nuestra campaña abstencionista no debe ser pasiva, sino activa. Si conseguimos que el 50% no vote, ha triunfado la C.N.T. y entonces haremos la revolución». Pero este 50% que establecía como tope uno de los hombres más inteligentes que ha dado el anarquismo español, estaba lejos de constituir una necesidad real para los conspiradores ácratas de bomba y oda lírica. En la prensa cenetista se veían parrafadas como ésta: «El proletariado de la Confederación Nacional del Trabajo, ante el recrudecimiento reaccionario hará la ¡¡Revolución social!!». Mientras más se debilitaban los anarquistas, más agudos e irresponsables eran sus gritos. Así también sus actos. El plante sobrevino sin más resultados que una lucha heroica de pequeños grupitos aquí y allí, el bombardeo de la caja de reclutas de Villanueva de la Serena, decenas de muertos y heridos, más clausuras de sindicatos, más deportaciones y encarcelamiento de obreros, y el estado de alarma decretado en todo el país, con sus consiguientes restricciones a las garantías individuales. El anarquismo no tuvo siquiera autoridad para declarar la huelga general. Sus órdenes en este sentido fueron desobedecidas hasta por sindicatos enteramente dominados por la F.A.I. En Barcelona, su más fuerte reducto, la huelga fracasó. Era la segunda vez que ocurría. Síntoma inequívoco del cansancio y el disgusto que en la base cenetista había producido la dirección. La C.N.T. estaba madura para terminar con el monopolio anarquista que la llevaba del oportunismo a la aventura y de la aventura al oportunismo. Si el cambio no se produjo y el anarquismo, recompuestas sus grietas, monopolizó nuevamente la C.N.T., débese a la política sindical del Bloque Obrero y Campesino y del stalinismo. Veían en la crisis de la C.N.T., no una ocasión de reorganizarla sobre las bases más democráticas que impidieran el monopolio anarquista y permitiesen luchar contra su política aventurero-oportunista, sino una ocasión de agudizar la desorganización con maniobras y destruir la C.N.T. como central poderosa.

A pesar de esa tercera aventura ácrata, el triunfo de la reacción era muy inseguro y empezó a serle disputado inmediatamente en el terreno de la lucha de clases. El Gobierno presidido por Lerroux, que se constituyó sobre la base del resultado electoral, era un gobierno de compromiso. La derecha filofascista, teniendo la mayoría parlamentaria, no se atrevía a gobernar; prefería emplear de tapadera a Lerroux y su partida. Temía la reacción de las masas. El poder moderador, sabiendo lo inestable del triunfo reaccionario, no se atrevía a dejarle acceso al poder. Por su voluntad, se inició una especie de bautismo republicano de Gil Robles y Acción Popular, reconocidamente monárquicos, admiradores y copistas de Hitler. El presidente de la República quería dar satisfacción a los escrúpulos de su conciencia beatona, pues había jurado guardar y hacer guardar la constitución republicana. Para dar el poder a los monárquicos sin acusarse de pecado, era preciso rebautizarlos de republicanos. Y allá se fue con Gil Robles a exhibirlo en una conmemoración de la declaración de la República, el 14 de abril. Desgraciadamente para él y para Gil Robles, los obstáculos que ofrecía el movimiento obrero a la incorporación al gobierno del jefe de Acción Popular, no eran tan fácilmente soslayables como los escrúpulos de una púdica conciencia cristiana.

Una importante modificación acababa de operarse en el movimiento obrero. Poco antes de la caída del gobierno republicano-socialista, reflejando débilmente el malestar general de la población pobre del país, había brotado en la Juventud Socialista un movimiento de protesta contra la democracia burguesa y el colaboracionismo tradicional reformista. El fácil triunfo de Hitler en Alemania, y la amenaza de una extensión del fascismo a toda Europa, obligó a los socialistas, en diversos países, a limar un poco sus antiguas concepciones reformistas y tratar de ver más claro. Por evidente que fuera la responsabilidad de los stalinistas en Alemania, no lo era menos la de los socialistas. El fracaso estrepitoso y bochornoso de la política colaboracionista conmovió a toda Europa. La juventud, menos intoxicada por los principios estupefacientes de la II Internacional, fue la primera en acusar el golpe y reaccionar. En todos los países donde quedaba movimiento obrero, corrió por las juventudes socialistas un prometedor aire de radicalización. Si en fin de cuentas la montaña sólo parió ratones, no por eso dejaba de encerrar en su seno posibilidades grandes.

La corriente izquierdista internacional, recargándose en España con los resultados a todas luces reaccionarios de la colaboración, empujó la juventud socialista a la extrema izquierda de la II Internacional. Prolongándose, la radicalización se introdujo en el Partido Socialista, dividiéndolo en dos tendencias, la dirigida por Besteiro, aferrada al reformismo tradicional y la dirigida por Largo Caballero. Defensor y actor de la colaboración desde Primo de Rivera hasta Azaña, Caballero tomó la ocasión por los cabellos, transformándose en exponente de la radicalización. Un exponente, es verdad, embotado él mismo hasta la médula por 50 años de práctica reformista. Todos los peligros,

todas las derrotas, todas las deserciones de la izquierda socialista, estaban contenidos desde el principio en las profundas raíces reformistas de Largo Caballero. No por ello, sin embargo, su salto brusco a la izquierda produjo menos un efecto eléctrico en las masas españolas. Cuando, desde la tribuna de un pueblo campesino extremeño, Largo Caballero anunció: «Estamos convencidos de que la democracia burguesa ha fracasado; desde hoy nuestro objetivo será la dictadura del proletariado», el panorama político cambió de golpe radicalmente. De un confín al otro de la península, las palabras «dictadura del proletariado» retensaron las conciencias, convirtiendo la retirada de las masas en una nueva ofensiva revolucionaria.

Apenas triunfantes electoralmente, las derechas se encontraron frente a un movimiento obrero mucho más poderoso que el movimiento vencedor de la monarquía, pero sobre todo con objetivos superiores. No me refiero a los objetivos de la dirección radicalizante, muy por debajo de sus dichos, sino a los de las masas, que sintieron como propias las palabras de aquella y creyeron en ellas. Los obreros y campesinos que se entregaron, total y generosamente a este movimiento, ofrecieron su energía y sus vidas por la revolución socialista. Por ella se lanzaron a la lucha, y eran la inmensa, abrumadora mayoría de los obreros y los campesinos. Una dirección reformista asustada habla fácilmente un lenguaje pseudo-revolucionario sólo con la intención de reconquistar algunas posiciones perdidas y volver a colaborar con la burguesía. Pero lo que los dirigentes dicen y hacen como maniobra calculada, las masas lo toman en serio y lo incorporan a sus convicciones. A la larga, nadie puede jugar impunemente con la revolución. Cualquier aventurero arribista o cualquier reformista en peligro puede adoptar una fraseología revolucionaria de doblez consciente o semi-consciente. La doblez queda en ellos; lo revolucionario trasciende a la masa y se fija en ella como algo positivo. Más adelante mostrarán los hechos hasta qué punto Largo Caballero contradecía sus palabras con su actuación. El fenómeno básico que debe quedar sentado aquí es el rápido y enorme paso a la izquierda efectuado mediante su radicalización, que fijó en la mente de los oprimidos los conceptos «revolución social» y «dictadura del proletariado». Este fue el objeto de la actuación de las masas, a despecho de las intenciones y de la actuación de la izquierda socialista.

El efecto inmediato de los discursos de Caballero dio una demostración ejemplar del contenido interno de la crisis social y de la energía que la conciencia socialista logra desplegar en las masas, cuando puede expresarse a través de una organización fuerte. Bastaron unas cuantas alocuciones y algunos titulares de periódico para hacer aflorar el principio de la revolución socialista, yacente en las necesidades históricas de la crisis social y nebulosamente entrevisto hasta entonces. En adelante, la toma del poder fue para los trabajadores el único objetivo digno de su clase, razón y término de la lucha iniciada en 1930. ¿Qué era, pues, lo que antes les había impedido orientarse deliberadamente en la misma dirección? Únicamente el soporífero democrático-burgués que el Partido Socialista les servía ideológicamente y las ataduras orgánicas que les imponía. El fenómeno observado en España entre 1933 y 1934, es una condenación terminante del reformismo. Nunca, en ningún país, el socialismo había gozado una popularidad tan grande y un dominio tan completo de la situación. Sin exagerar, puede decirse que era el factor determinante en España, punto menos que absoluto. Las masas en general, mucho más allá de las propiamente socialistas, le estaban subordinadas y disciplinadas hasta un grado que causó estupor y temor en los medios burgueses y gubernamentales. La revolución socialista, proclamada objetivo necesario e inmediato por un partido fuerte, había operado esa transformación. Transformación no es la palabra adecuada sino metafóricamente. La fracción Caballero no hizo más que restituir al movimiento obrero y campesino su sentir y dirección naturales, amordazados hasta entonces por el propio Partido Socialista. Es imposible crear artificialmente mi movimiento revolucionario. La prontitud de centella con que éste se rehizo, después de una laxitud acentuada durante el año 1933, y sobreponiéndose a un triunfo político reaccionario, prueban que su desorganización y derrota anteriores fueron causados por la desviación hacia la democracia burguesa que le imponía el socialismo. En las necesidades y en el sentir de las masas estaba la revolución socialista. Oponiéndose a ella por su colaboración con la burguesía, el Partido Socialista se desprestigió como partido, desalentó a las masas y facilitó el triunfo electoral reaccionario; condenando la democracia burguesa y colocando ante las masas la lucha por la revolución, la izquierda del Partido Socialista adquirió un enorme prestigio, posibilitó una ofensiva revolucionaria más intensa que la anterior y elevó la moral y la conciencia de las masas. La naturaleza de nuestra época es tal, que el triunfo de la revolución sólo depende de un partido fuerte que la quiera realmente. Las condiciones históricas y las masas están listas para la empresa. Pero también la naturaleza de los grandes partidos actuales es tal, que son orgánicamente incapaces de dirigir la revolución, aun cuando, como la

izquierda caballerista en 1933-1934, parecen orientarse a ella. En esos momentos, no recogen mayor popularidad sino para agravar su descrédito.

Que Largo Caballero y su fracción desperdiciaran finalmente la nueva acometida de las masas, no disminuye un ápice el valor del movimiento revolucionario de 1933-1934. De la derrota de Octubre la derecha socialista, Besteiro-Saborit, trató de deducir una reafirmación del reformismo, que declara al proletariado inmaduro para el socialismo. Los dirigentes colaboracionistas no desaprovechan ocasión de hacer perder a las masas la confianza en sí mismas y apartarlas de su objetivo histórico. En lugar de utilizar las derrotas como medio experimental de educación, se sirven de ellas para atar más corto aún las masas a la colaboración con el capitalismo. Así, la derecha socialista interpretó la derrota, producto de la medrosa e incapaz dirección radicalizante ô lo veremos despuésô , como consecuencia de una incapacidad orgánica del proletariado para alcanzar fines socialistas en el presente. Esta clase de reformismo, cuyo exponente actual más visible en el campo español es el señor Indalecio Prieto, es apenas, exteriormente distinto de la burguesía democrática. A la decadencia y capitulaciones de ésta corresponde decadencia y capitulaciones de aquél. El caso de un Henri de Man y de tantos otros líderes reformistas, que durante la guerra han capitulado ante el fascismo, no es ningún fenómeno particular. La capitulación es la esencia misma del reformismo, porque de ella se nutre. Hoy ante el fascismo, mañana ante cualquier otro poder fuerte. El sino del reformismo es la capitulación, porque, incapaz de pensar y sentir la revolución, la teme. Por lo demás, los reformistas capituladores ante Hitler no son ni más, ni menos despreciables que sus colegas, en todas partes, capituladores ante Churchill, Roosevelt o Stalin.

Lejos de encontrar ninguna imposibilidad orgánica, el triunfo del proletariado habría sido relativamente fácil en este período, si la dirección radicalizante no hubiese tenido los ojos más abiertos a la vuelta de la colaboración que a la toma del poder por el proletariado. El desenvolvimiento de la situación demostró que la fracción Caballero, con todo su verbalismo revolucionario, reducía la acción al mínimo indispensable para mantener amagados los poderes constituidos. Nunca pensó seriamente en coordinar la acción múltiple de las masas hacia la acción decisiva. La burguesía supo darse cuenta bien pronto y sacar partido de ello. Temía a las masas, porque sabía que para ellas no se trataba del verbalismo sino de acción real. Pero estaba convencida, y no sin razón, de que los líderes socialistas eran incapaces de querer y hacer la revolución. La mayor vergüenza que nunca se haya lanzado a la cara de representantes obreros, fue arrojada por Gil Robles a los socialistas, en el parlamento. Por encargo de su minoría parlamentaria, el señor Prieto pronunció una de sus alharacas oratorias amenazando en tono olímpico: «el Partido Socialista contrae ante el proletariado español y mundial el compromiso solemne de desencadenar la revolución». Así hablaba en un momento de miedo al fascismo, el ahora corporativista Prieto. Gil Robles respondió tranquilizando a la reacción fascistoide: «Vosotros los socialistas seréis siempre incapaces de desencadenar la revolución, porque la teméis; sabemos que de vuestra parte todo se quedará en palabras»³⁷. La historia del triunfo del fascismo en toda Europa está condensada en esa respuesta del entonces jefe más autorizado de la reacción española. Es inimaginable una mácula peor para un partido obrero que se dice socialista.

Efectivamente, poco valía el sonado compromiso socialista de desencadenar la revolución. No así el efecto que en las masas produjo. La voluntad revolucionaria de las mismas, concentrada, aunque sobre un falso eje, se hailó cargada de un inmenso potencial de acción. Las huelgas aumentaron en número y virulencia, llegando a adquirir un exclusivo carácter político como sólo en España se ha presenciado.

Para comprender mejor las incidencias de este período y las causas determinantes de la derrota de Octubre, necesitamos dividirlo en tres etapas, correspondientes a los cambios de correlación de fuerzas directamente producidos por las incidencias de la lucha. El primero se extiende desde el momento de la radicalización socialista, a fines de 1933, hasta la huelga general de Madrid, en abril de 1934 y la crisis gubernamental que originó. El inmediato va desde esta fecha hasta la huelga general de los campesinos, el verano del mismo año. El último, de la derrota de los campesinos a la de los proletarios, en Octubre de 1934.

Gil Robles y sus cavernícolas, a pesar de su gran número de diputados, no se atrevían a gobernar. «No es la hora de las derechas» ô declaraban públicamenteô , y dieron su apoyo al gobierno formado por Lerroux, en espera de que éste quebrantara la energía renovada de las masas y proclamara la hora de las derechas. Pero esta hora se alejaba a medida que transcurrían las semanas. La actividad y el optimismo ganaban diariamente terreno entre obreros y campesinos. La mayoría de las huelgas, que meses antes terminaban en derrota, producían ahora triunfos. Especialmente las Juventudes Socialistas, para la mayoría de cuyos miembros las amezas de revolución pasaban por

³⁷ Cito de memoria, pero respondo de la fidelidad del fondo de ambos discursos.

verdad, trataban de actuar y de prepararse seriamente como podían. Llevados a consecuencias lógicas, comenzaron a considerar la adhesión a la IV Internacional, entonces sólo en período de preparación, como la única perspectiva posible de filiación revolucionaria. Hasta en el Partido Socialista, viejos burócratas empezaron a dudar si se trataría de algo serio e iniciaron su preparación teórica. Era altamente cómico verles estudiar el *Manifiesto Comunista* o *El Estado y la Revolución*, al cabo de veinticinco años de militar en el P.S.

Por iniciativa de organizaciones pequeñas (Izquierda Comunista y Bloque Obrero y Campesino), se inició la creación de unos organismos de frente único que hubieran podido desenvolverse después como órganos obreros de poder. Con el nombre de Alianza Obrera, se constituyó el primero en Barcelona, donde el Partido Socialista era casi inexistente. Firmaban el compromiso de frente único proletario la Unión General de Trabajadores, la Unión Socialista, la Izquierda Comunista, el Bloque Obrero y Campesino, el Partido Socialista Obrero Español, los Sindicatos de Oposición (treintistas) y la Unión de Rabassaires.

Decía el párrafo principal de la declaración de la A.O. de Barcelona: «Las entidades abajo firmantes, de tendencias y aspiraciones doctrinales diversas, pero unidas en un común deseo de salvaguardar las conquistas conseguidas hasta hoy por la clase trabajadora española, hemos constituido la òAlianza Obreraö para oponernos al entronizamiento de la reacción en nuestro país, para evitar cualquier intento de golpe de Estado o instauración de una dictadura, si así se pretende, y para mantener intactas, incólumes, todas aquellas ventajas conseguidas hasta hoy, y que representan el patrimonio más estimado de la clase trabajadora». Pese la vaguedad extrema y el limitado defensismo de este compromiso común, fue un gran estimulante a la acción y un paso de trascendencia hacia la creación de los organismos obreros de poder. Las masas explotadas vieron en las Alianzas Obreras un horizonte abierto a la revolución. Tras algunas vacilaciones de los socialistas, se constituyó otra Alianza Obrera en Madrid, con representaciones del Partido Socialista, la Juventud del mismo, la U.G.T., la Izquierda Comunista y los grupos «treintistas»³⁸. Después se incorporó a ella la Federación Sindical Tabaquera, independiente.

Por primera vez en España, el frente único obrero era aceptado por organizaciones de masas, tan importantes como la U.G.T. y el Partido Socialista. El hecho habría sido decisivo para el triunfo de la revolución, si los socialistas hubiesen considerado las Alianzas como verdadero instrumento de unidad y acción obreras, en lugar de una amenaza más que obligara al presidente de la República a aceptar nuevamente la coalición republicano-socialista.

Ni anarquistas ni stalinistas participaron en las Alianzas, pese las reiteradas invitaciones que les fueron hechas. Pero la idea del frente único no pertenecía ya sólo a pequeñas minorías; ahora era del dominio común y gozaba de grandes simpatías entre los trabajadores de las organizaciones no participantes. La C.N.T. se dividió en dos tendencias, la una contraria, la otra partidaria del ingreso en las A.O. La segunda ganaba diariamente terreno y se impuso en Asturias, donde con participaron de la C.N.T. se creó otra Alianza Obrera. Pero en el resto de España el aislacionismo anarquista se mantuvo, gracias, en gran parte, a la ineptitud de las dos principales Alianzas Obreras. Por su parte, los stalinistas, sujetos a la dictadura de los jefes incontestables, no podían dividirse en dos tendencias visibles. Sólo les estaba permitido responder amén a las decisiones de sus dirigentes. Pero la base, aunque no gozase de libertad de expresión, simpatizaba con la A.O. Obligado a hacer algo, por el ambiente favorable a las A.O., el Partido stalinista envió dos delegados a la de Madrid, para atacarla con los estribillos imbéciles en circulación: «social-fascismo, trotsko-fascismo, frente único por la base», etc. El siguiente hecho evidencia el valor moral del stalinismo, cuando todavía no alcanzaba toda la hondura de su degeneración. Uno de los líderes stalinistas más responsables declaraba a gritos: «Si tuviera que sentarme a la misma mesa con los líderes socialistas, me ruborizaría como una virgen entre prostitutas»³⁹. Meses después, él y su organización pedían un partido único con las mismas prostitutas y pretendían hacerse pasar por creadores de la A.O. A nadie asombra hoy esa impudente maleabilidad stalinista, pero entonces todavía era una novedad.

Mal que bien, se habían organizado Alianzas Obreras en Barcelona, Madrid y Asturias. La clase obrera y los campesinos las consideraron como sus organizaciones representativas y esperaban verlas multiplicarse por todas partes, ponerse a la cabeza de las luchas obreras y organizar la toma del poder. Pero no era ésa la intención de los socialistas. Para ellos las Alianzas Obreras eran un expediente obligado para dar alguna apariencia de veracidad a sus amenazas revolucionarias, que la burguesía recibía con escepticismo. A sus palabras cotidianas, «si se nos cierra el

³⁸ Yo representé a la Izquierda comunista en la A.O. de Madrid, hasta que, en el momento de la huelga campesina, los socialistas se negaron a impartirle ningún apoyo.

³⁹ Se trata de Galán, ex-capitán de la guardia civil que políticamente vivía del cadáver de su hermano, el célebre Galán fusilado en Jaca el año 1930.

camino..., si se nos quiere arrojar a la ilegalidad haremos la revolución», y otros «sis» delatores de su total ausencia de ideas revolucionarias, tenían que añadir algo que realmente produjese miedo a la burguesía. Y aceptaron las Alianzas Obreras. Pero como las cumbres radicalizadas del Partido Socialista carecían de verdadera intención y decisión revolucionaria, se asustaban también de ellas. Habiéndolas admitido como una necesidad exhibicionista, tenían que reducirlas al mínimo en número y a lo mínimo en la acción. Repugnaron extenderlas a todo el país, rechazaron sistemáticamente todas las proposiciones que se les hicieron para articular las Alianzas mediante un congreso nacional, y temieron sobre todas las cosas democratizarlas, dejando que sus delegados fuesen elegidos por la clase obrera en los lugares de trabajo, en vez de ser designados burocráticamente por los dirigentes de las organizaciones integrantes. Todo lo más, los socialistas concebían las Alianzas como comités de enlace que les permitieran subordinarse a las demás organizaciones, caso de que se viesen obligados a emprender alguna acción contra los poderes constituidos.

La más importante nacionalmente de las Alianzas Obreras, la de Madrid, vivía apabullada bajo el peso de los delegados socialistas. Los votos de éstos eran decisivos. Alterar la correlación de fuerzas y la votación mediante la discusión, era empresa imposible, dado el carácter burocrático de las delegaciones. Los criterios eran inmovibles. ¿Qué discusión fructífera cabía ante la delegación socialista en la A.O. de Madrid, por ejemplo, compuesta de reformistas tan petrificados como Albar, Henche y otros semejantes? En tales condiciones la A.O. no tenía absolutamente ningún valor en sí. Sólo podía servir para algo como paso a otra forma de Alianza designada democráticamente. Pero todos los esfuerzos de la representación de la Izquierda Comunista en ese sentido se estrellaron en la estulticia socialista.

Sobre empeñarse en conservar la estructura burocrática de las A.O., garantía de su dominación, los socialistas se opusieron a que apareciesen como directoras de las luchas obreras y campesinas contra la reacción. Indudablemente, porque ello las hubiese independizado de los socialistas, si no orgánicamente, sí en la mente de las masas, primer paso para la independencia orgánica. En cuanto las A.O. hubiesen actuado como organismos directores de las luchas de masas, los delegados no socialistas habrían estado en condiciones muy favorables para pedir públicamente, y conseguir, su democratización. Y este paso era indispensable para que adquiriesen las características de órganos revolucionarios de poder. Decididos a impedirlo, los socialistas llegaron a la doblez y a quebrantar los acuerdos votados por ellos mismos en la A.O. de Madrid.

Citaré los dos casos más importantes. La Acción Popular de Gil Robles trataba de crear una organización según el modelo hitlerista. Los progresos políticos, que la prevaricación y la concupiscencia desenfrenada de los radicales le habían permitido efectuar, tenían un carácter muy formal y provisional. Habían sido repuestos los funcionarios monárquicos destituidos en los primeros días de la República, prorrogada la subvención al clero, suspendida la tímida reforma agraria, etc. Pero la reacción comprendía perfectamente cuán inseguras eran sus conquistas y veía que la correlación efectiva de fuerzas, en la calle, le era cada día menos favorable. Gil Robles, que prometía consolidar el dominio de la reacción «como sea, por los medios que sea», trataba de dar a la burguesía un programa y una organización de combate de calco fascista. Por su consejo los patronos, ya organizados en asociaciones propias, iniciaron ofensivas anti-sindicales. Un ataque oblicuo al sindicato de artes gráficas logró quebrantar un tanto la unidad de los obreros de este ramo, no sin culpa del verbalismo socialista y del pseudo-radicalismo stalinista, quienes determinaban las acciones de ese sindicato. Pero un intento de mayor envergadura en el ramo de la construcción fracasó estrepitosamente. El jefe, como se hacía llamar Gil Robles, necesitaba dar a su clase la impresión de que su partido era una fuerza combativa capaz de tener las masas a raya. Tras diversas reuniones nacionales de la juventud de Acción Popular, encamisada a la usanza fascista, celebradas en provincias con éxito mediocre, el Jefe anunció una gran asamblea nacional en El Escorial, lugar de fantasmas imperiales. Anunciada con toda la solemnidad imbécil que la burguesía atribuye a sus actos de «salvación nacional», la asamblea prometía a la reacción la constitución definitiva de un ejército pequeño-burgués de combate. Todos los recursos del poder, la corrupción de las gentes necesitadas, las conducciones en masas a cinco o diez pesetas diarias por cabeza y gastos pagados de campesinos que ignoraban a qué se les traía, fueron puestos en juego para lograr una asistencia de 100.000 hombres. Era de importancia capital para el proletariado hacer fracasar la concentración. De conseguir su propósito, Acción Popular, poco después, habría hecho desfilar sus huestes encamisadas por Madrid, donde aún no se había atrevido a hacerlas paradedar en público. Un importante paso a la derecha o a la izquierda dependía del éxito o el fracaso de la concentración de El Escorial.

Desde varias semanas antes, la Izquierda Comunista planteó en la A.O. la necesidad de combatir la concentración por todos los medios, desde el ataque en provincias a los trenes y autobuses que acarreaban gente, hasta la huelga general un día antes del fijado, el 22 de abril, la lucha de escaramuzas contra los grupos de paso por Madrid, y el ataque en El Escorial mismo. Los delegados socialistas se opusieron sistemáticamente, arguyendo razones legales y que la A.O. «no debía inmiscuirse en asuntos de esa naturaleza». Ignoraban de todo en todo las razones de la estrategia y la táctica políticas, que exigían actuar rápidamente y a fondo. Las apresuradas lecturas marxistas que algunos dirigentes socialistas habían hecho en los últimos tiempos, no les habían enseñado más que cualquiera novela policíaca. A los argumentos del delegado de la Izquierda Comunista contestaban invariablemente con desdenes por la teoría y exhibición chulapa de pistolas. La A.O. no estaba llamada, según ellos, a organizar y dirigir luchas cotidianas, contra las que, por otra parte, estaban en general los socialistas. En éste como en otros momentos importantes, apareció nítida su idea de las Alianzas: comités de enlace bien sujetos a sus intenciones, aptos únicamente para aceptar sus órdenes cuando ellos quisiesen actuar y como quisiesen actuar. Mostrando la hilacha de sus temores a la revolución, un dirigente de izquierda, oculto tras la humilde firma «Un Militante», escribía en *El Socialista* (17 de marzo de 1934): «Nada de batallas parciales; si presentamos éstas la revolución se nos escapará. La masa ya está en forma». A lo que la Izquierda Comunista arguía: « todo está en forma, qué hace el Partido socialista que no da la consigna de toma del poder político. Cuando las fuerzas están ya preparadas, perder un solo minuto es un atentado a la revolución, porque se da tiempo al enemigo para reorganizarse»⁴⁰.

Esta fantasmagórica «forma» era una elucubración del miedo a una auténtica preparación política pre-insurreccional. La contrarrevolución contaba asestar golpes decisivos al proletariado, sacando ventaja de la inarticulación de las luchas obreras, y de la pasividad de la dirección socialista, que ella presentaba como táctica perfecta de conspiradores consumados. Las recomendaciones de *El Socialista* y del encaramado «Un Militante», si bien impedían dar unidad y objetivos políticos precisos a las acciones obreras y campesinas, no conseguían impedirlos. A tientas, desperdiciando energía, perdiendo tiempo y conciencia de sí mismo, el movimiento progresaba. El conflicto entre el periódico monárquico *A.B.C.* y el sindicato de artes gráficas, aunque representó una derrota local, ésta fue compensada por una importante acción de solidaridad proletaria. En Barcelona, la A.O. ordenó 24 horas de huelga en apoyo de los trabajadores de Madrid. El paro fue un éxito. Por primera vez una A.O. traspasaba los límites de iniciativa y el control enervante de los socialistas, quienes en Madrid recibieron la solidaridad barcelonesa más bien de mal que de buen talante. Por su parte, la reacción empezó a comprender que si las amenazas de revolución eran simples sonoridades en boca de los dirigentes socialistas, al repercutir en la conciencia de las masas se transformaba en convicciones y acción.

Así las cosas, la concentración en El Escorial quería probar que la reacción disponía en la calle de tanta o mayor fuerza que la revolución. A medida que se acercaba el día, la prensa y la agitación burguesa en general le atribuían mayor importancia. Los socialistas comprendieron al fin los peligros que entrañaba dejarla producirse libremente. En el último momento, la tarde misma del 21 de abril, cedieron en la A.O. al prolongado acoso de los delegados de la Izquierda Comunista y los sindicatos de oposición, conviniendo en declarar una huelga general en Madrid, durante veinticuatro horas. ¡Pero la orden de huelga fue sustraída a la Alianza Obrera y hecha circular como dada por las Juventudes Socialistas! A tal punto temían que la Alianza Obrera adquiriese fuerza y prestigio nacional.

Como esperábamos quienes instamos a la huelga desde semanas antes, el éxito del paro fue cabal, sorprendente por su rapidez y completo en el logro de hacer fracasar la concentración fascistoide. En menos de tres horas desde el momento en que se decidió la huelga, la ciudad quedó paralizada y silenciosa cual si nunca se hubiera movido en ella una herramienta. Tan predispuesto estaba el proletariado a combatir la concentración, que nadie puso en duda la autenticidad de la orden de huelga, la mayoría de las veces transmitida de boca en boca. Un transeúnte cualquiera gritaba en medio de la calle: « de huelga general» y automáticamente los turnos de obreros que trabajaban a esa tardía hora abandonaban sus labores, los cafés cerraban sus puertas, los taxis, los tranvías, y el metro se dirigían directamente a las cocheras. En ésta como en otras ocasiones, la disciplina del proletariado impresionaba por su unanimidad y su rigor ejemplares. Jamás general alguno fue tan perfectamente obedecido. En tres horas, la voluntad de acción revolucionaria inmovilizó hasta las entrañas de Madrid.

El Gobierno, sorprendido, trató de organizar al día siguiente algunos servicios públicos utilizando el cuerpo de ingenieros del ejército. Intento vano y contraproducente para las compañías de tranvías y metro, cuyo material,

⁴⁰ Artículo de G. Munis: *El Socialista y las huelgas en la revolución*, publicado en la revista *Comunismo*, abril de 1934.

manejado por gente inexperta, sufría graves deterioros. Los choques aislados de grupos obreros con los de gente traída por Acción Popular para la concentración, que habían empezado el día 20, aumentaron el 21 y se generalizaron el 22. Por efecto de la huelga, muchos de los trenes y autobuses con que contaba «el jefe» para completar sus 100.000 asistentes no pudieron llegar a su destino. Campesinos traídos mediante unas pesetas de los lugares más retardatarios, al sentir la hostilidad de Madrid, se quedaron en la ciudad o en los pueblos vecinos, sin llegar nunca a El Escorial. El resultado de todo fue un fracaso rotundo y ridículo de la concentración. Logró escasamente diez mil asistentes, buena parte de ellos, jóvenes de 50 a 60 años.

El éxito mismo de la huelga hacía resaltar el poco partido sacado de la situación por la dirección socialista. Para ella la huelga fue como un salto en el vacío, a ojos ciegos, al que no pudo resistir. La acción fue dejada a la iniciativa privada de los obreros, de los militantes jóvenes socialistas y de las organizaciones minoritarias. No hubo preparación previa, ni consejos para combatir los grupos que se dirigían a El Escorial. Tampoco se dio otra consigna que la de huelga pasiva. Y sin embargo, había objetivos políticos que cubrir, más amplios e importantes que el fracaso de la concentración gilroblista. El objetivo político principal en ese momento era la disolución de las Cortes reaccionarias. El socialismo fue incapaz de lanzar la consigna, inmensamente popular, y de hacer algo por ella. Lo que pudo ser una acción ofensiva de gran profundidad y consecuencias (Barcelona, Valencia, Asturias y Bilbao hubiesen podido ser sumadas al movimiento) se quedó, gracias a los socialistas, en una batalla puramente local y defensiva.

De los resultados que se hubiesen logrado preparándola con la mayor decisión y ligándola al objetivo político superior, la disolución de las Cortes, da idea lo obtenido por su propio automatismo defensivo. La reacción y el Gobierno tuvieron la sensación de hallarse indefensos e impotentes frente a la voluntad del movimiento obrero. La prensa jesuita se preguntaba, atribulada, cómo era posible que un huelga general fuese declarada así, tan repentinamente, cual si no existiera gobierno. Al día siguiente del fracaso de la concentración, el presidente de la República descubrió bruscamente reparos constitucionales a una ley presentada a su firma. El gobierno Lerroux dimitió. La causa directa fue indudablemente la huelga general. Desde más de un mes antes, el señor Alcalá Zamora tenía sobre su escritorio la ley en cuestión, sin que nada diese indicios de sus escrúpulos. La acción proletaria tiene, indudablemente, gran poder de elucidación sobre los intrincados problemas de interpretación constitucional. Mucho más se hubiese obtenido si al mismo tiempo que atacaba la concentración gilroblista, la huelga hubiese exigido la disolución de las Cortes.

El movimiento de solidaridad con una huelga general en Zaragoza, que duraba ya varios meses, dio a los socialistas otra oportunidad de quebrantar las decisiones de la A.O., aún más descarada y alevosamente. El delegado de la Izquierda Comunista, en acuerdo previo con el de los sindicatos de oposición, propuso a la Alianza de Madrid decretar un donativo de un día de jornal a los obreros de todas las organizaciones representadas, con destino al fondo de resistencia de los huelguistas, cuya prolongada lucha, sumiéndoles en la miseria, amenazaba dar el triunfo a los patronos. Al mismo tiempo, para aliviar su situación y permitirles combatir más libremente, los dos delegados propusieron iniciar una campaña para sacar de Zaragoza a las mujeres e hijos de los huelguistas, alojándolos, por peticiones voluntarias, entre las familias obreras de las diversas ciudades de España. Ambas proposiciones fueron aceptadas por la A.O. Pero al día siguiente El Socialista las publicaba presentándolas como iniciativa y decisión de la comisión administrativa de la U.G.T. ¿Qué hacer con aliados tan mal aliados? El papel de la A.O. era completamente anulado. Lejos de acercarse, se alejaba de la indispensable transformación en organismo de frente único democrático, susceptible de servir de base al futuro poder revolucionario. En esas condiciones era imposible hacer nada positivo en la A.O. de Madrid. Al contrario, la presencia en ella comportaba un cierto grado de responsabilidad con el oportunismo de los delegados mayoritarios. No se necesitaban más pruebas para convencerse de que la izquierda socialista veía en las A.O., no instrumentos de la revolución, sino una pura amenaza de la que servirse para reconstituir su alianza con la burguesía. Sin embargo, aún existía la posibilidad de que, por presión de la A.O. catalana y del movimiento obrero en general, la A.O. madrileña se independizase de la asfixiante e inalterable mayoría socialista. Se hubiese podido lograr fácilmente con el ingreso de la C.N.T. Pero, también a causa de la mayoría socialista, la A.O. nada serio hacía por vencer las resistencias anarquistas, si no era darles más pretextos. A su vez, dominada por los anarquistas, la C.N.T. era incapaz de ver que su presencia en la A.O. hubiese roto el dominio socialista y posibilitado una transformación de enormes alcances revolucionarios. Entre el oportunismo político de los unos y el oportunismo «apolítico» de los otros, la A.O. vivía maniatada.

El movimiento de solidaridad fue un grandioso éxito en sus dos aspectos: en el de apoyo a los huelguistas y en el político. Cada tren de niños y mujeres de Zaragoza, llegado a Madrid y Barcelona, era objeto de una manifestación política de grandes masas, contra las que el Gobierno aparecía inerme. A los pocos días faltaban en Zaragoza niños y mujeres para satisfacer las ofertas de alojamiento. La impresión nacional que este movimiento causó dio pronto la victoria a los huelguistas. Zaragoza era, como se sabe, bastión sindical de la C.N.T. Si el movimiento de solidaridad, como fue decidido, hubiera sido patrocinado y dirigido por la A.O., difícilmente los líderes anarquistas de la C.N.T. habrían podido justificar su negativa a ingresar en la Alianza. Haciendo aparecer la comisión administrativa de la U.G.T. como iniciadora y organizadora de la campaña, los socialistas sabotaban la A.O. en todas las direcciones posibles.

Pero vengamos al examen de la situación política. La dimisión del gobierno Lerroux fue un triunfo del proletariado. El que le sustituyó, presidido por Samper, no era tomado en serio por nadie, ni se tomaba en serio a sí mismo. La acción obrera no había conseguido una retirada general de la reacción, pero sí un repliegue momentáneo. Los escrúpulos constitucionales de Zamora y la elevación a la presidencia del Consejo de un segundón lerrouxista, tan inconmensurablemente nulo y gris como Samper, significaban en el lenguaje de la lucha de clases, que el poder moderador no veía en la reacción suficiente solidez para apoyarse más firmemente en ella. En términos opuestos, que temía el movimiento revolucionario. No se trataba de una orientación franca en ninguno de los dos sentidos, pero se acordaba así un compás de espera, en cuyo transcurso la correlación de las fuerzas sociales entre reacción y revolución debía decidir la dirección que la política tomaría. Samper no constituía el gobierno fuerte de la reacción, su gobierno era más débil que el anterior. Estaba destinado a servir de puente a un nuevo gobierno Lerroux con participación directa de Acción Popular, o a la disolución de las Cortes. Retratando su debilidad, un periódico pequeño-burgués radicalizante dijo lapidariamente: «El gobierno Samper durará menos que un merengue a la puerta de una escuela». Pero se olvidaba decir que hay chiquillos «radicalizados» carentes de valor para mordisquear un merengue. El gobierno Samper, que pudo y debió haber desaparecido rápidamente ante el empuje del movimiento obrero y campesino, duró hasta Octubre y dio acceso a un gobierno fuerte de derechas.

Los socialistas, nostálgicos de su coalición con la burguesía, interpretaron el paso dado por el presidente de la República como un arrepentimiento de su curso a la derecha, augurio de un nuevo idilio republicano-socialista. En lugar de redoblar la lucha revolucionaria, dar mayor amplitud al frente único, y tomar la ofensiva, como correspondía, reforzaron su campaña contra las huelgas, entibiaron su fraseología revolucionaria y aflojaron más aún sus contactos con el resto de las organizaciones obreras. Prieto, que por paradoja sarcástica había sentado plaza de gran fraseólogo revolucionario, e incluso de teórico, fue el primero en orientarse nuevamente a los republicanos burgueses. En un discurso pronunciado en el parlamento prometió tácitamente el fin de las veleidades revolucionarias, la ruptura de los contactos con otras organizaciones obreras y una nueva conjunción burgueso-socialista. Con un pie en el frente con la burguesía y medio pie en el frente con el proletariado, abordaron los socialistas al problema de la huelga campesina, uno de los más importantes en el largo curso de la revolución española.

Los progresos del proletariado, las huelgas victoriosas, las huelgas políticas en Madrid, Barcelona y Asturias, el entusiasmo general en favor del frente único, los pocos pasos positivos dados en ese sentido, y las promesas de próxima revolución, sumándose a la agravación de los problemas crónicos del agro, produjeron un renacer de la conciencia y la actividad de los campesinos. En Andalucía y Extremadura, los terratenientes, apenas conocido el triunfo electoral de las derechas, se lanzaron al ataque contra los jornales, pretendiendo rebajarlos al nivel misérrimo anterior a la República. Las huelgas locales menudearon constantemente, con éxito vario. Al aproximarse la época de la siega, la agitación entre los campesinos subió de punto. La Federación de Trabajadores de la Tierra, adherida a la U.G.T., atizó el descontento. Los síntomas de una próxima gran huelga de trabajadores de la tierra eran inequívocos, desde meses antes. El ala radicalizante del Partido Socialista especuló sobre ella, amenazando al Gobierno como de costumbre. La huelga se presentó, en efecto, por los días en que el sur debía comenzar la siega. Millares de trabajadores de la tierra se lanzaron al paro espoleados por las promesas de victoria hechas por los líderes socialistas de la Federación. Al segundo día, no menos de cien mil obreros agrícolas holgaban en toda España. La acción, económica en sus móviles inmediatos, tenía en forma mediata una importancia política excepcional. Esa huelga iba a romper el compás de espera dado por la huelga general de Madrid y la constitución del gobierno Samper. Su resultado decidiría si el gobierno en cuestión sería derribado por la izquierda, arrastrando las Cortes a su tumba, o si, quebrantando el movimiento revolucionario, Samper cedería el sitio a Lerroux-Gil Robles.

Además, la huelga campesina era un fenómeno crucial de importancia decisiva. Vencido, el movimiento campesino se perdería para la acción revolucionaria; el proletariado quedaría solo ante la reacción; cuando quisiera actuar contra ella no podría encontrar apoyo en el campo derregado. Y vencer era tarea irrealizable para los campesinos, sin el apoyo del proletariado urbano. ¿Era propicio el momento para una actuación convergente del proletariado industrial, el proletariado agrícola y el campesinado pobre? Cuantos observaron de cerca los acontecimientos han de convenir en que no hubo ni podía haber otro momento más propicio. Las mieses aguardaban en los campos; la tensión política y la tensión de voluntades de las clases pobres agrarias marcaban la presión más alta. Los patronos no podían demorar la cosecha sin graves pérdidas. En la ciudad, el proletariado, repuesto de sus pérdidas anteriores por los triunfos de las huelgas políticas y las de la construcción, metalúrgicos, Zaragoza, rebotaba de espíritu de lucha, y se sentía inclinado a sostener los campesinos como sus aliados naturales. El momento político era excepcionalmente favorable. El gobierno merengue de Samper, débil, estaba incapacitado para hacer frente a un movimiento de envergadura. Se trataba de derribarlo, y derribar con él las Cortes reaccionarias. Huelga económica del campesinado, pleno en aquellos momentos de conciencia política, más combatividad solidaria del proletariado, coincidían magníficamente contra un gobierno que sólo esperaba una acción seria para desaparecer junto con las Cortes reaccionarias que le sustentaban.

¿Estimaron los socialistas esta oportunidad en su justo valor? ¿Actuaron o hicieron algo para aprovecharla? No solamente la desestimaron, incapaces siquiera de plantearse el problema, fueron mucho más allá, traicionaron la huelga campesina, impidiendo las acciones de solidaridad que el proletariado, por propia reflexión, esperaba y estaba dispuesto a dar. De no menos que bajonazo a la revolución debe ser calificado su abandono de los campesinos, por la pérdida de las posibilidades que la situación ofrecía, porque ellos mismos habían atizado el movimiento campesino, presentándolo meses antes incluso como el comienzo de la revolución, y por las fatales consecuencias que, en el curso de los acontecimientos posteriores, tuvieron la derrota de los campesinos y la consecuente ruptura de la unidad entre la ciudad y el campo. Esta ruptura, que tan grave apareció en Octubre, es una hijuela natural del boicot declarado a la huelga campesina por la fracción pseudorrevolucionaria que entonces dominaba al Partido socialista.

No faltaron proposiciones concretas de actuación, llamadas enérgicas y antigustosas, advertencias de las pésimas consecuencias que la derrota de los campesinos acarrearía. La Izquierda Comunista⁴¹ planteó a la Alianza Obrera de Madrid el problema de la huelga campesina, semanas antes de que comenzara. Trataba de hacer comprender su enorme importancia política y la necesidad de que el proletariado, manifestando activamente su solidaridad, impidiera la derrota de los trabajadores del agro. Con su estulticia idiosincrásica, los delegados socialistas respondían invariablemente: «no hay que meterse en profundidades teóricas; el problema de los campesinos compete únicamente a la Federación de Trabajadores de la Tierra. La Alianza Obrera no debe tomar parte en las luchas cotidianas. Todavía no ha llegado el momento de la actuación. No podemos exponernos a que nos clausuren la Casa del Pueblo». Y el cerril burócrata Henche, alzándose la chaqueta, ponía un pistolón sobre la mesa, dando a entender que para él todas las teorías, las estrategias y las tácticas, empezaban y terminaban en el movimiento del gatillo⁴².

Ante la trascendencia decisiva de la huelga campesina, la Izquierda Comunista no podía cejar en su propósito de procurarle la victoria y hacer virar a la izquierda el curso político. La noche misma del día en que los campesinos empezaron a holgar, yo presenté a la A.O., en nombre de la Izquierda Comunista, una proposición de huelga general en Madrid durante cuarenta y ocho horas, en solidaridad con los campesinos, y teniendo por norte la dimisión del Gobierno y la disolución de las Cortes. La proposición fue razonada así: «El gobierno Samper es un resultado de la indecisión entre revolución y reacción. Atacarle es la única posibilidad de inclinar la situación en nuestro favor. Tenemos una ocasión inmejorable. Ese gobierno es incapaz de resolver ningún gran conflicto, si no se le facilita la solución rehuyendo la batalla. El mismo lo sabe y espera ser derribado por la izquierda o por la derecha. Se nos ofrece la posibilidad de asestarle golpes simultáneos en el campo y en las ciudades. No sobrevivirá a un ataque concéntrico; pero será suficientemente fuerte para vencer a los campesinos aisladamente. La impresión que en las masas producirá una derrota, y la pérdida de fuerzas consecuente, harán girar a derecha la composición del Gobierno. El proletariado

⁴¹ Al hablar de la A .O. de Madrid, siempre me veo forzado a mencionar la Izquierda Comunista. No se trata en manera alguna de una omisión de las otras representaciones, ni de una forma partidista de interpretar las discusiones. A excepción de su delegado, *ninguno* presentó nunca *iniciativas de carácter revolucionario*.

⁴² Digamos de pasada que la «ardida lanza explosiva de este caballero municipalista fue encontrada, durante la insurrección de Octubre, escondida junto con su dueño en el hotel Medio Día. La policía los desenterró, él disfrazado de cura, ella sin disparar.

perderá la alianza de los campesinos, que después de ser derrotados sólo se repondrán lentamente. Samper cederá pronto su puesto a un gobierno Lerroux-Gil Robles. Actualmente hay cien mil campesinos en huelga. Si los dejamos solos, el gobierno concentrará las fuerzas represivas contra ellos; viéndose abandonados perderán combatividad. Mañana habrá unos cuantos miles menos en huelga, pasado mañana menos aún, y al tercer o cuarto día la derrota será completa. Derrotados, los campesinos serán una fuerza nula para la revolución, y si lo consigue, el Gobierno tendrá libertad para concentrar después toda su fuerza contra el proletariado. La contrarrevolución habrá ganado una importante batalla. El proletariado podrá ser batido aisladamente, con la seguridad de que no encontrará ningún apoyo en el campo. Por el contrario, si declaramos esta noche cuarenta y ocho horas de huelga en solidaridad con los campesinos, de un extremo a otro de la península los trabajadores del campo se sentirán fuertes, seguros con el respaldo del proletariado. Nuestro ejemplo será seguido por Barcelona, al día siguiente por Sevilla, Bilbao, Zaragoza, Asturias, etc. En vez de cien mil habrá mañana 150.000 campesinos en huelga, 200, 300 mil al cabo de tres o cuatro días. Este gobierno débil, atacado por todos los lados, tendrá que dividir sus fuerzas. La unidad de acción entre obreros y campesinos elevará al máximo la capacidad nacional de lucha revolucionaria, y obligará la reacción a retroceder. Limitadas en el tiempo, las huelgas de solidaridad en las ciudades no tienen ninguna probabilidad de fracasar. Habrán conseguido su objeto antes de que el Gobierno empiece a organizar su ruptura. Escalonándolas en las diversas ciudades, los campesinos se sentirán continuamente apoyados. Esta acción es decisiva para la marcha ulterior de la revolución. Es una acción política de la que dependerá, en la etapa inmediata, si ha de ser la burguesía o el proletariado quien tenga la ofensiva. En caso de derrota de los campesinos, no se pueden esperar sino derrotas posteriores para el proletariado. Samper será el estribo del gobierno fuerte que espera la reacción. Sólo el proletariado, por otra parte, puede dar expresión y densidad política al movimiento de los campesinos. Lancemos los movimientos de solidaridad a los gritos de: ¡Viva la huelga campesina! ¡Abajo el gobierno Samper! ¡Disolución de las Cortes contrarrevolucionarias!»

Un silencio hostil por parte de los delegados de las organizaciones socialistas (P.S., U.G.T. y Juventud) acogió la proposición y el razonamiento del delegado de la Izquierda Comunista. Los delegados de los sindicatos de oposición y de la Federación Tabaquera, en ésta como en otras ocasiones, apoyaron la iniciativa de la Izquierda Comunista, si bien dulcificando su presión sobre los socialistas. Como el delegado proponente añadiera que una solución negativa le obligaría a considerar la A.O. como un instrumento sin ninguna función efectiva, muerto a manos de los socialistas, los delegados de esta filiación se abstuvieron de adoptar una posición decisiva, pidiendo un plazo de 24 horas para consultar sus organizaciones y decidir.

La noche siguiente se tenían ya abundantes noticias de la violencia feroz desencadenada sobre los campesinos. Andalucía y Extremadura eran un campo inmenso de guerrillas, en el que los campesinos, desarmados y dispersos en millares de pueblos, caían víctimas de las guardias civil y de asalto, expresamente concentradas contra ellos. Tal como lo preveía la proposición de solidaridad, era evidente entonces que la huelga sería un fracaso si el proletariado urbano no corría en su ayuda. Nuevamente se hizo presente a los delegados socialistas la funesta perspectiva que nos legaría una derrota campesina, nuevamente se les representó lo favorable del momento político para actuar enérgicamente; con los hechos del día anterior se les demostró lo inevitable de la derrota campesina sin el auxilio obrero. Todo en vano. Los burócratas socialistas no razonan; tienen cerebros cuya función pensante ha sido reducida a un círculo de asno de noria por una larga práctica formalista y administrativa bajo las leyes de la pseudo-democracia burguesa. Romper con ellas les aterroriza. No intentaron siquiera razonar su negativa, refutando el análisis de los factores en presencia y de las perspectivas en que se basaba la proposición de solidaridad. Su decisión no se deducía de ningún análisis, fuere el que fuere. No, porque no; era una reacción puramente cutánea, animal, ante las consecuencias de una actuación revolucionaria. Todas sus operaciones mentales se resumen en esta exclamación, repetida centenares de veces esas dos noches: « si el Gobierno nos clausura la Casa del Pueblo» ¡Intentad hacer comprender la situación política, a gentes para quienes el mundo termina en un sello judicial pegado a la puerta de sus oficinas! ¡Representadles que el fracaso de la huelga campesina llevaría consigo la clausura de centenares, de millares de locales obreros en toda España; mostradles aún que la clausura de la Casa del Pueblo de Madrid sería después empresa fácil para el Gobierno; tratad de convencerles de que una clausura a causa de una lucha justa y bien planteada, en las condiciones de ascenso revolucionario del país, apenas tenía unos cuantos inconvenientes burocráticos sin importancia decisiva, puesto que quedarían decenas de locales obreros desde donde concentrar el movimiento! Para el burócrata reformista el universo se condensa en la oficina de sus legajos, su ventilador en el verano y la calefacción central en

invierno. Muera el movimiento campesino, pero consérvese la oficina con su ventilador y su calefacción. He ahí el motor íntimo de la determinación socialista, reflejo chabacano de los intereses burgueses de la burocracia reformista.

Agotados todos los recursos de la persuasión y de la discusión, firmes los socialistas en su negativa, el delegado de la Izquierda Comunista se levantó a decir: «Vuestra determinación prueba una vez más que la Alianza Obrera no es para los socialistas un organismo de frente único revolucionario, sino algo con qué amagar a la burguesía sin llegar a pegarle, con el único objeto de reanudar vuestras ligas con los republicanos y con el Estado burgués. La derrota de la huelga campesina marcará una virada a la derecha en la marcha de la revolución. En la calle, decenas de miles de obreros sólo esperan vuestra aprobación para lanzarse a la huelga de solidaridad. Si no damos la orden habremos sentado la premisa indispensable para la derrota posterior del proletariado. Los campesinos se sentirán, con razón, traicionados, y la revolución también. Yo no quiero, no puedo, hacerme responsable de vuestra decisión. Por lo tanto, desde este momento, me retiro y rompo relaciones con la Alianza Obrera ahogada por vosotros, socialistas, a reserva de que mi organización ratifique o rectifique mi decisión».

No tomé yo el grave partido de la ruptura sin antes tratar de consultar a la totalidad de los miembros del comité local de la Izquierda Comunista. Dificultades de ilegalidad y de mal funcionamiento de nuestra dirección me lo impidieron. Dos de los miembros del comité local, E.B. y L.F., a quienes pude someter previamente el caso, aprobaron la idea de la ruptura. El comité local en pleno lo aprobó al día siguiente y publicó un manifiesto, que alcanzó gran popularidad, pidiendo a los obreros que exigieran en sus sindicatos 48 horas de huelga en solidaridad con los campesinos. Evidentemente, la huelga general no podía triunfar así, puesto que el trámite de las decisiones sindicales exigía más tiempo del que necesitaba el Gobierno para vencer la huelga campesina. Pero al menos, la responsabilidad recaía íntegra y públicamente sobre los socialistas y la fidelidad revolucionaria de la Izquierda Comunista quedaba salva. El comité local de la Izquierda Comunista no se atrevió a apelar directamente a la huelga. Se sentía débil para lograrla contra la voluntad del socialismo.

Dos semanas más tarde, el comité ejecutivo de la Izquierda Comunista condenaba la decisión mía y la aprobación del comité local, decidiendo reingresar en la A.O. Error grave, que subestimaba la importancia de la derrota campesina y sobreestimaba el valor real de la dirección radicalizante socialista. La Izquierda Comunista habría ganado más dirigiéndose directamente a las masas, propugnando una Alianza Obrera democráticamente elegida. Con su retorno no consiguió hacerla más activa, pero en cambio consentía y aprobaba en cierta medida, por su presencia, la indigna mascarada socialista. Se puede y se debe permanecer, aun con desacuerdos graves, en un organismo de frente único cuya constitución posibilite el cambio, y pueda dar expresión a las necesidades revolucionarias y a la opinión de las masas. Es absolutamente estéril permanecer en un organismo burocrático, en el que el sentir de la calle no tiene más repercusión que una onda sonora sobre la muralla china. La Izquierda Comunista no consiguió con su rectificación más que adormecer un tanto el espíritu vigilante de los obreros, y hacerse cómplice de otra trapacería mayor realizada por la izquierda socialista en nombre de la Alianza Obrera: la de Octubre.

Trato de la huelga campesina y de la actitud socialista con minuciosidad, porque es uno de los momentos neurálgicos de mayor importancia en el proceso de la revolución española. El desarrollo ulterior de ésta es consecuencia de la derrota campesina. La historia no es una concatenación mecánica de hechos que necesariamente debe marchar en una sola dirección dada. En el decurso de la misma, hay momentos en que los partidos pueden determinar la dirección inmediata tomando una u otra actitud. Los períodos revolucionarios son los más influenciados y determinables por lo subjetivo, lo humano. Originándose el movimiento revolucionario en profundas causas económico-históricas, tiende a persistir y reanudarse tras cada derrota, hasta dar cima a su objeto o ser aniquilado por largo tiempo. Pero cada envite fracasado hace más difícil el siguiente y exige mayores sacrificios. La eficacia e idoneidad de una dirección revolucionaria consiste precisamente en ayudar las masas a alcanzar la meta histórica, por el camino más corto y con el mínimo de sacrificios. Son decisivos en este sentido los momentos neurálgicos de la revolución. La huelga campesina fue uno de ellos. Si los socialistas hubiesen apreciado su significación crucial y actuado en consecuencia, todo el curso posterior de los acontecimientos habría cambiado radicalmente. El gobierno Samper y las Cortes habrían desaparecido ante el empuje de las masas; el proletariado se habría ahorrado la persecución inherente al fracaso campesino; se habría ahorrado la insurrección de Octubre y la bárbara represión subsiguiente. Con una política ofensiva y revolucionaria, se habría podido llegar fácilmente hasta la instauración del poder proletario, sin sufrir la experiencia funesta del frente popular, ni los sacrificios inmensos, y finalmente terminados en terrible derrota, de la guerra civil. Si hemos tenido que pasar por todo eso y sufrir como corolario la

dictadura Franco-falangista, una de las causas iniciales está en la conducta de los socialistas frente a la huelga campesina. Esa conducta condujo inmediatamente a la derrota de los campesinos, mediatamente a la del proletariado, al aborto de la radicalización socialista, y por ahí al frente popular y a Negrín-Stalin, introductores de Franco. La dirección del desenvolvimiento histórico pudo haber sido: victoria proletario-campesina, disolución de las Cortes, dualidad de poderes, toma del poder por el proletariado y los campesinos. Pero eso suponía lo inexistente; una izquierda socialista verdaderamente revolucionaria u otra organización capaz de arrebatarse la dirección de las masas. A partir de la huelga campesina ya no cabía duda: en las cumbres la radicalización socialista era un fraude, la dirección se sustraería a la lucha. Las posibilidades revolucionarias de los obreros socialistas no estaban, en adelante, ligadas a su propia tendencia, sino a su capacidad para luchar contra sus capitulaciones y romper con ella orgánicamente.

En vísperas de la huelga campesina se escribía en la revista *Comunismo*⁴³: «Los obreros revolucionarios están siendo diariamente víctimas de un fraude político. A cuestiones concretas que se le presentan al movimiento obrero, contestan los socialistas con la misma respuesta: òhay que prepararse, nada de algaradasò, y mientras las derechas amnistían a los contrarrevolucionarios del 10 de agosto y el gobierno Lerroux reaparece debiendo haber arrastrado las Cortes a su sepultura, Largo Caballero y sus òestrategasò engrasan sus ametralladoras, que a esto solo (!) llaman ellos prepararse. Perdónenos Largo Caballero si al escribir esto no podemos contener una sonrisa; pero nosotros hemos aprendido que si engrasar ametralladoras es una cosa importante, mucho más lo es la preparación política de la revolución, tarea que la dirección socialista tiene por completo abandonada. En algunos momentos, y no por mucho tiempo, se puede embaucar a los obreros hablándoles de tácticas misteriosas. Los mayores esfuerzos de pedagogía revolucionaria por nuestra parte quizás no logren convencer a muchos de semejante falsedad teórica; pero unos meses de experiencia revolucionaria mostrarán a todos que a la revolución se llega organizando las masas y enfrentándolas a la reacción, lo que no es posible hacer ô ni nos interesaô a puerta cerrada». Estas palabras eran en realidad indulgentes. Los aires blanquistas que se daba el P.S., su conspiración a puerta cerrada su «todo está ya en orden», ni siquiera tenían una verdadera intención insurreccional. Blanquista de apariencia, el socialismo radicalizado seguía siendo medularmente reformista, presto a la componenda.

En aquellos meses de pseudorrevolucionarismo socialista, de radicalización efectiva de las masas, de triunfos y fracasos sucesivos, de grandes engaños, de promesas y posibilidades verdaderas, la C.N.T. no desempeñó más que un papel secundario. Se adentraba más y más en la crisis iniciada con la lucha de tendencias entre «los treinta» y la F.A.I. Dueño casi absoluto de la dirección, el anarquismo debilitaba día a día la organización sindical con sus principios y procedimientos descabellados. Su rechazo del frente único estuvo a punto de provocar una nueva escisión. Sensibles al sentir del proletariado y a las necesidades del momento, los elementos más conscientes lucharon en el seno de la C.N.T. por el ingreso en las Alianzas Obreras. No lograron imponerse, desgraciadamente, más que en Asturias. La lucha interna en torno a ese problema dio nueva ocasión a los faístas más recalcitrantes para combatir la tendencia pro-frente único con remolinos de exaltación anti-marxista y verbalismo ultraradical. En un medio en que los adjetivos «marxista» y «político», lanzados contra éste o aquél producen ô o producían al menosô un cabalístico efecto paralizador, la campaña anarquista logró mantener a raya los partidarios del ingreso en las A.O., conservando la C.N.T. al margen de los acontecimientos y agravando la crisis interna. La influencia de la F.A.I. era tan manifiestamente perjudicial que la A.I.T. (Asociación Internacional de Trabajadores, el organismo internacional del anarquismo) se vio obligada a intervenir, condenando tácitamente, en una carta, las irresponsables maniobras y aventuras de la F.A.I. Sin embargo, no mejoraron las cosas, y en vísperas de Octubre, la C.N.T. tocaba a la postración. Amenazaba una descomposición total.

Contrariamente a lo que puedan creer algunos anarquistas que lean este libro, no considero un bien la debilidad de la C.N.T., sino un mal y no pequeño. He estado y estaré nuevamente en el futuro contra el aventurismo político anarquista, porque es una fuente de disgregación para la central sindical en que impera y para la revolución un motivo de derrotas. Pero la C.N.T. era en España la organización de masas que tenía mayor espíritu de clase, básicamente revolucionario; representaba un excelente contrapeso al reformismo socialista. Hasta ahí, la obra de los anarquistas fue altamente positiva. Ningún revolucionario puede dejar de rendir admiración a la larga lucha, frecuentemente heroica, del anarquismo, que dio como resultado la central sindical más revolucionaria de Europa. Mas, cuando el anarquismo pasa de la lucha de clases cotidiana a la gran estrategia histórica, se siente desorientado, perdido en los

⁴³ G. Munis. Artículo: «Hace falta una dirección». *Comunismo* N.º 35.

acontecimientos revolucionarios, se lanza al abismo como un desesperado, rompiéndose la cabeza en aventuras locas o actúa con el mismo vulgar empirismo político pequeño-burgués que el reformismo. En la gran estrategia revolucionaria, el anarquismo falla y destruye su propia obra. En esa fase se encontraba el anarquismo español en 1934. La F.A.I., o anarquismo militante, destruía la C.N.T., su propia creación. Lejos de alegrarse de ello, el marxismo revolucionario debía tratar de impedirlo. La debilidad de la C.N.T. tenía forzosamente que dejar más mano libre al reformismo ugetista y socialero, no por radicalizante en la ocasión, menos pernicioso. ¡Cuánta es la culpa de los líderes anarquistas apartándose del frente único! Su cooperación, indudablemente más centrada hacia los intereses de clase, más sensible a la emoción revolucionaria de las masas, hubiera permitido a las Alianzas Obreras tomar determinaciones a las que, ausente la C.N.T., los socialistas pudieron negarse impunemente.

El anarquismo pretendía ignorar la importancia enorme de la lucha entre proletariado y reacción que estaba librándose en España; su única aspiración era quedarse al margen de la misma. He aquí cómo se expresaba el órgano anarquista de Madrid, C.N.T., después de la gran huelga política del 8 de septiembre: «si las luchas de hoy son de fascistas y marxistas por la conquista del poder, a nadie puede extrañarle nuestra independencia, puesto que nunca hemos sentido apetencia de mando ni está en nuestros principios ni en nuestras tácticas la lucha electoral». Lo mismo le daba al anarquismo que conquistase el poder los fascistas o los marxistas. Pasara lo que pasara, a él sólo le interesaba su «independencia». Como si el marxismo, el reformista y el revolucionario, el anarquismo, el fascismo, etc., fuesen categorías independientes, sin relación alguna con las clases en lucha y por consecuencia sin posibilidades de influenciar, en uno u otro sentido, la marcha de la revolución. Tras la «inapetencia de mando», vacua expresión exhibicionista que deleita al anarquismo, se oculta su ignorancia de la mecánica social, lo que le lleva a inhibirse de luchas que interesan a toda la clase trabajadora y a la población pobre en general, sin distinción de ideologías. Baste decir que en esta ocasión, la intervención de la C.N.T. en las Alianzas Obreras hubiese podido cambiar el curso de los acontecimientos, a menos que se hubiese sumado al oportunismo socialista. Dejando carta blanca al reformismo, la mentada incapetencia de mando hacía su juego idealmente. Así, durante todo el período precedente a Octubre, el anarquismo, salvando Asturias y algunos grupos que actuaron independientemente, no movió un dedo por la revolución y rehusó hacer cara al oportunismo de izquierda social-demócrata.

Por su parte, era imposible que el comunismo oficial o ya completamente stalinismo aumentara sólidamente su influencia. En los años anteriores a la guerra civil, el stalinismo no sólo en España fue una coladera política. Atraídos por la denominación, «comunista», por el prestigio de la U.R.S.S. y de la gran revolución, millares de obreros y centenares de intelectuales de los más sanos ingresaron en el Partido. Sólo una reducida proporción permaneció. La inmensa mayoría abandonaba poco después la organización, hastiada del cretinismo caudillista imperante, repelidos por el burocratismo, decepcionados por la falta de democracia interna, desorientados y asqueados por la nauseabunda falsificación de los principios revolucionarios. Los más, entraban por una puerta y salían por otra; el stalinismo quedaba enteco y degenerativo. La burocratización que le era impuesta por la Internacional, le convertía en un partido esclavo, incapaz y corrompido, aun antes de ser realmente un partido de masas.

Mundialmente, el stalinismo se acercaba a su crisis decisiva, oficialmente consagrada en el VII Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú el verano de 1935. Hasta entonces, el stalinismo había sido centrismo político, es decir, una tendencia oscilante entre el marxismo revolucionario y el reformismo social-demócrata. El VII Congreso le convirtió definitivamente en una organización extraña a las finalidades de clase del proletariado. Amansado por una larga sujeción burocrática, el cambio, que se anunciaba claramente desde los días del triunfo de Hitler, se produciría sin ninguna resistencia seria. La fraseología revolucionaria, gemela del «tercer período» y del «social-fascismo», era sólo un aspecto vociferante de las tendencias contrarrevolucionarias inherentes al stalinismo ruso. Allí donde el análisis revolucionario es substituido por el chillido histérico, las ideas burguesas o pequeño-burguesas han suplantado la dialéctica marxista. Quitad el chillido, situad su residuo en la gama de la sociología revolucionaria; no os quedará entre las manos más que una ingrávida y estéril parla de pequeño-burgués asustado y sin principios. He ahí, simplificada, la «monolítica» evolución que se operaba en el stalinismo.

Los meses anteriores a Octubre de 1934 coinciden precisamente con el período de tanteos preparatorios del VII Congreso de la Internacional Comunista. El paso franco a la traición oportunista se había iniciado temprano en el Partido comunista francés. Al español no le fue impuesto hasta la víspera misma de Octubre. Cuando recibió la orden de desprenderse de la fraseología revolucionaria y mostrar su verdadera faz oportunista, el P.C. español viró bruscamente hacia el partido «social-fascista», transformado en partido «hermano», ingresando en las A.O. Pero ya

consciente de su propio oportunismo, lo sumó al oportunismo reformista, dificultando aún más la transformación de las A.O. en órganos obreros de poder y la marcha general del movimiento revolucionario. De una manera u otra, por su pseudo-radicalismo primero, y por su oportunismo después, el stalinismo fue un elemento negativo en el proceso de la lucha de clases que desembocó en la insurrección y huelga general de Octubre.

Al ser enterradas las teorías del social-fascismo y el frente único por la base, como tantas otras del mismo origen stalinista, apareció, no la teoría revolucionaria del frente único, sino la vieja y fracasada práctica reformista de los bloques políticos con los partidos burgueses «democráticos». El frente popular no asomó la cabeza en seguida, pero el rumbo estaba ya dado. Desde meses antes de la virada, la meta stalinista se situaba a la derecha del ala izquierda socialista. Esta hablaba de revolución social, de dictadura del proletariado; para el stalinismo no se trató en lo sucesivo sino de república burguesa, con ese calificativo antifascista, neutro, incomprometedor, profundamente falaz, que tan bien cuadra a todos los tránsfugas y políticos híbridos. Al cabo, la evolución stalinista serviría a la izquierda socialista, verbalmente comprometida a no colaborar más con el enemigo de clase, de trampolín para saltar a una nueva coalición burguesa de más funestos resultados que la anterior. Durante y después del movimiento de Octubre, la influencia stalinista se ejerció inclinando hacia la derecha a la izquierda socialista, que en verdad ansiaba dejarse persuadir.

En el capítulo siguiente hablaré del Bloque Obrero y Campesino, partido pequeño, pero influyente en Cataluña y también de la Izquierda Comunista. Sus posibilidades en este interregno de radicalización fueron grandes, principalmente para la Izquierda Comunista; sus adquisiciones, nulas comparativamente a las posibilidades. Ante la Izquierda Comunista se abrió una perspectiva de vertiginosa influencia en la masa socialista más revolucionaria. La desaprovechó por completo. De su incapacidad para sacar partido de una oportunidad sin precedente en la historia política, nace una de las realidades fatales en el período de la guerra civil: la ausencia de un partido proletario capaz de polarizar el impulso de las masas y asegurar el triunfo a una revolución traicionada o abandonada por todas las organizaciones. Se debe consignar aquí, como característica del período de radicalización anterior a Octubre, que los jóvenes socialistas más sinceros, al plantearse seriamente el problema de la revolución, comprendían claramente que no podía ser obra de la Segunda ni de la Tercera Internacional. Buscaban una filiación política idónea y no encontraban ni podían encontrar otra que la IV Internacional, aún en período de proyecto. Reiteradamente hubieron de declararlo públicamente. El propio arribista Melchor, antes de venderse a Moscú, se consideraba obligado a escribir en el órgano juvenil *Renovación*, que el revisionismo y el stalinismo eran igualmente nefastos a la revolución. Frecuentemente, el periódico juvenil citado hacía el elogio de los trotskystas españoles, les pedía entrevistas, les llamaba a cooperar en la «bolchevización» de las Juventudes y del Partido Socialista. La Izquierda Comunista cometió el error gravísimo, de consecuencias devastadoras, de ignorar y dejar marchitar esta extraordinaria ocasión de convertirse rápidamente en un fuerte partido de masas. Este error, que pasa totalmente desapercibido inclusive para personas que se consideran enteradas, imposibilitó la evolución hacia los principios del marxismo de miles de jóvenes llamados a realizar la revolución. Por repercusión, facilitó la nefasta extensión adquirida por el stalinismo a partir del frente popular.

En fin, habiendo sido derrotados los campesinos por carencia de apoyo proletario, la derrota repercutió inmediatamente sobre las masas en general ennegreciendo el porvenir del movimiento. El Gobierno y la reacción, seguros en el flanco rural, revolviéronse contra el proletariado. La suspensión de garantías, las medidas contra la prensa obrera y la libertad de palabra, la suspensión de mítines, el encarcelamiento de millares de campesinos y obreros, la clausura de locales sindicales y políticos, la destitución de ayuntamientos desafectos al gobierno, todas las arbitrariedades y las violencias que pueden ejercerse desde el poder fueron puestas en práctica por el gobierno merengue, en preparación de un futuro ataque contra el proletariado. ¡Un gobierno que no hubiese resistido una ofensiva coherente y bien apuntada de las masas! Ese fue el resultado de la inhibición del Partido Socialista.

El verbalismo socialista y sus alusiones a una misteriosa preparación de la insurrección arreciaban, pero la burguesía sabía ya a qué atenerse. La situación favorable creada por el proletariado mediante la huelga política de abril, el compás de espera abierto con la constitución del gabinete Samper, fueron rotos en beneficio de la reacción. Ciertamente que el proletariado hizo otro enérgico acto de presencia en la huelga general política del 8 de septiembre, pero ya con un carácter más defensivo y sintiéndose débil por la derrota de los campesinos. Estalló la huelga casi contra la voluntad del Partido Socialista. Sin embargo, cuando el proletariado barcelonés inició el paro en protesta contra el mitin que celebraban en Madrid los reaccionarios catalanes del Instituto de San Isidro, el Partido Socialista no pudo resistir y dejó blandamente que la huelga general se produjese también en Madrid. De todas maneras, la inhibición del

radicalismo socialista era más evidente. Amenazaba continuamente creyendo asustar a la burguesía, pero cuando se trataba de pegar realmente y aceptar las consecuencias de sus palabras, escondía la mano y dejaba que las masas se las arreglasen como pudiesen. La burguesía, que lo comprendió bien, se dedicó a preparar un ataque general contra la revolución. Desde la derrota de la huelga campesina, vista la actitud del socialismo, era evidente que éste se sustraería nuevamente a cualquier acción decisiva, y que su insurreccionalismo blanquista se reduciría a lo que las masas lograsen hacer por su propia cuenta. La iniciativa estaba en manos de la reacción. El proletariado tendría que batirse como y cuando ella quisiese. Se venteaba la derrota a causa de una nueva deserción de la dirección.

CAPÍTULO VIII

LA INSURRECCION DE OCTUBRE

Criticando el inhibicionismo deliberado de los socialistas, guarecido tras una concepción de la insurrección armada blanquista y aislada de las luchas cotidianas, contraria a ellas, escribía yo en vísperas de los acontecimientos de Octubre: «Por el camino que vamos, si no se rectifica, la burguesía nos puede obligar a aceptar la batalla definitiva. Entonces no habrá más remedio que defenderse. Teniendo en cuenta las medidas adoptadas por los gobiernos radicales ô batallas parciales constantes al proletariadoô y la táctica silenciosa y envolvente del fascismo jesuita, hay que decir claramente que es la burguesía quien prepara el exterminio final del proletariado, no éste quien trabaja el de la burguesía. El socialismo invierte los términos de la manera más irreflexiva: aceptar la batalla en el momento y terreno que mejor convenga a nuestros enemigos es dejarles temerariamente las mayores posibilidades de triunfo. Estas, si no nulas, serán insignificantes para nosotros»⁴⁴.

En efecto, el mes de octubre la burguesía acometió calculadamente contra el proletariado, confiando en que los socialistas faltarían a su «compromiso solemne de desencadenar la revolución» y temerían llevar la lucha contra el Gobierno hasta sus últimas consecuencias. Y acertó. Las fanfarronadas no asustaron en fin de cuentas más que a los fanfarrones, que en el momento de la acción paralizaron la iniciativa y la capacidad de ataque del proletariado, dejándolo a merced de las fuerzas represivas gubernamentales. La huelga general y la insurrección asturiana de Octubre fue un movimiento defensivo del proletariado que pudo haber sido transformado en un gran ataque ofensivo y triunfante. No lo quiso la dirección socialista, y a eso se debió, en sus tres cuartas partes, la derrota. Aproximémonos a verlo.

Hemos hablado, en el capítulo anterior, de la enemiga del ala izquierda socialista contra las huelgas y las luchas cotidianas en general. El cabecilla de la Juventud, entonces Santiago Carrillo, atribuía a las Alianzas Obreras, por objeto exclusivo, la insurrección armada y la conquista del poder político. Abundando en este concepto puramente militar de la revolución, Largo Caballero declaraba en *El Socialista* del día 12 de agosto: «. . . las Alianzas no deben consistir en tirar manifiestos, organizar mítines». El proletariado no tenía que moverse, sino esperar, cruzados de brazos, que le fuese dada la orden de insurrección. ¿Se deduciría ese momento de la correlación de fuerzas existentes, del debilitamiento de la reacción, del resquebrajamiento del Estado, de la cohesión y progresos del movimiento obrero? No, puesto que los socialistas eran declaradamente enemigos de toda acción tendente a modificar la correlación de fuerzas. Seis meses antes de Octubre, ellos repetían su cantinela: todo está en orden, nada de luchas parciales, espérese el momento decisivo. Caso de haber tomado en serio sus baladronadas, eso significaba que la correlación de fuerzas dada y las condiciones eran ya las más favorables a la insurrección y a la toma del poder político. La espera se convertía en crimen. Pero, bien mirado, la correlación de fuerzas y las condiciones importaban a la izquierda socialista tanto como las fases de la luna. En promesa al menos, había supeditado el momento insurreccional a esta condición: *si* el partido de Gil Robles entra al Gobierno. A tanto equivalía prometer: nos batiremos cuando lo tenga a bien la reacción.

Desde luego, aceptar pasivamente la entrada del gilroblismo al Gobierno habría sido un suicidio. Pero el movimiento obrero no se veía reducido a una acción en último extremo debido a las circunstancias, sino a la dirección socialista. Tenía fuerza suficiente y existían condiciones favorables para imponer la dimisión de Samper, la disolución

⁴⁴ G. Munis: *Qué son las Alianzas Obreras*. Ediciones *Comunismo*, Madrid, 1934.

del parlamento reaccionario y la convocatoria a nuevas elecciones, tenía, sobre todo, la posibilidad fácil de extender las Alianzas Obreras, convertirlas en verdaderos órganos de poder revolucionario, nuevo Estado obrero en competencia con el Estado burgués y de armar al proletariado. Por este camino se ofrecía a las masas la más optimista perspectiva de desenvolvimiento revolucionario. Descartando la movilización por las luchas cotidianas, única posibilidad de desarrollo de las Alianzas como poder proletario, el Partido Socialista abandonaba los acontecimientos a un curso contrario, lo consentía. Sería entonces la reacción quien impondría la substitución del gobierno Samper por un «gobierno fuerte», capaz de hacer frente al movimiento revolucionario y desbaratarlo. La iniciativa era abandonada al enemigo, tanto en sus luchas cotidianas contra las masas, ininterrumpidas desde antes de la disolución de las Constituyentes, como en el ataque decisivo.

Esta concepción de la insurrección al margen de un proceso revolucionario conscientemente dirigido, me parece clásica de burócratas reformistas, radicalizados por el miedo a que se acabe la forma de sociedad capitalista en que ellos viven colaborando y brillan como izquierda obrerista. No ven la revolución ô si en verdad la venô , como la culminación necesaria de la contradicción entre proletariado y burguesía, que ha de acabar con el capitalismo y crear los cimientos del socialismo; la ven como un desgraciado recurso que les impone la incomprensión y la intolerancia de las clases dominantes. Más que de hacer la revolución, se trata, para ellos, de conservar el capitalismo en la forma democrática que les permite llevar su apacible vida de funcionarios «amigos de los pobres». En consecuencia, la insurrección sólo puede ser un acto de desesperación, una especie de asesinato en legítima defensa, al que se recurre cuando las clases gobernantes cierran definitivamente la puerta de la colaboración a los dirigentes reformistas. Así se explica la condición insurreccional puesta por laÉizquierda socialista: *si* el partido de Gil Robles entra al gobierno.

A partir de la huelga campesina, todas las medidas reaccionarias habían sido extremadas; el poder estrechaba el cerco al movimiento obrero. Aparecía evidente desde entonces que el famoso gobierno merengue cedería el puesto al gobierno fuerte que ansiaban las derechas, un gobierno directamente ligado a Gil Robles por medio de Lerroux. Gil Robles aspiraba a repetir el juego de Hitler en Alemania: obtener el poder legalmente y liquidar desde él las formas parlamentarias de gobierno. Igual que Hitler, contaba con la deserción, en el momento culminante, de los jefes socialistas y stalinistas, y con la complicidad deseada de un presidente de la República terrateniente como Hindenburg, ultrarreaccionario como Hindenburg y como él alzado a la presidencia por los socialistas.

Sin duda, a medida que se aproximaba el desenlace los socialistas arreciaban sus amenazas. Pero el Gobierno, los partidos y las clases reaccionarias, tenían buenas razones para creer que las amenazas no tendrían más consecuencias que las que escaparan al control de los amenazadores.

Finalmente, el gobierno Samper presentó la dimisión en el 1.º de octubre, tras un paso de comedia parlamentaria. Al abrirse la crisis, todas las charangas amenazadoras fueron dadas a voleo. *El Socialista* publicaba a diario, bajo el título «Disco rojo», mensajes de alerta a la clase trabajadora, que eran verdaderos anuncios de insurrección inminente. La crisis fue larga, interminable, dio tiempo para preparar en todos sus detalles un buen plan insurreccional. Nada se hizo. Los sedicentes izquierdistas se negaban a dar ninguna participación en este dominio a las demás organizaciones proletarias. En realidad, porque ellos mismos no preparaban nada. Habían organizado milicias juveniles, sin armas, que en diversas ocasiones exhibieron sus camisas y que sin duda dieron qué pensar a la reacción. Estos jóvenes, como la gran masa del P.S. y la U.G.T., estaban dispuestos a batirse y dar sus vidas a la revolución. Armas tampoco faltaban, aunque no fueran muy abundantes. Los diversos alijos descubiertos en los meses anteriores por la policía, de los que la prensa reaccionaria hizo gran escándalo, así como los hallazgos posteriores al movimiento, prueban que no se tenían las manos vacías. Había suficientes fusiles, ametralladoras y bombas, para las primeras necesidades de la insurrección. Pero Largo Caballero y su estado mayor de burócratas radicalizantes tenían otros proyectos. Iban a utilizar las armas con los mismos propósitos con que habían utilizado antes las frases. Del petardeo político iban a pasar al petardeo dinamitero, pero sin sobrepasar los límites del amago, con la intención de infundir seriamente miedo a la reacción, y sobre todo, al presidente de la República. El propósito de presentar batalla con toda la fuerza del proletariado les faltó siempre, lo temieron y se esforzaron en evitarlo en el último momento.

El día dos de octubre, los socialistas anunciaron a los delegados de la Alianza Obrera que se pasaría a la insurrección en caso de que Acción Popular fuese admitida en el nuevo gabinete. La finalidad insurreccional exclusiva que habían asignado a las Alianzas, pretexto pseudo-teórico para evitar su transformación en verdaderos organismos de poder revolucionario, descubría su falacia en el instante supremo. Los socialistas comunicaban a la A.O. una decisión ya tomada por ellos; no le sometían el problema y se negaron a decir nada concreto en cuanto al plan

insurreccional a seguir. Reserva que sólo puede explicarse por una intención premeditada de dar al movimiento un carácter limitado de tumulto alarmista. La palabra insurrección era mera hipérbole.

En efecto, el día 4 de octubre de 1934, al hacerse pública la constitución del nuevo gobierno presidido por Lerroux, y en el que participaba Acción Popular (tres ministros de ésta y dos Agrarios), los socialistas hicieron a la Alianza Obrera otra de sus comunicaciones. Pero no se trataba de la insurrección para la que tantas alertas hipócritas habían dirigido al proletariado, no de la insurrección a la que tan cabalística y exclusivamente dedicaban las A.O., no de la «batalla decisiva» en nombre de la cual dejaron vencer la huelga campesina y obstaculizaron todas las batallas tácticas, no se trataba de la revolución social, cuyo «compromiso solemne» de desencadenar había contraído el Partido Socialista «ante el proletariado español y mundial»; no, los socialistas comunicaban a la A.O. una orden de huelga general pacífica... para dar tiempo a que el presidente Zamora reflexionase y exigiese la dimisión del gobierno recién formado.

Se puede reflexionar en capítulos extensos sobre la insensatez suicida de esta orden, sobre su incongruencia total con el momento político, sobre su falsedad teóricamente analizada. Se puede reflexionar así, y después lo haremos, pero quienes están al tanto de las condiciones políticas existentes entonces, de la capacidad combativa de que había dado pruebas el proletariado, de la actuación anterior de los socialistas, demagógica y pseudoblanquista a la vez, necesitarán previamente dar rienda suelta a la indignación y exclamar junto con nosotros: ¡Deserción y traición!

Después de Octubre, como más tarde después de la guerra civil, los autores y encubridores de la claudicación echaron mano del gran alcahuete de los responsables: «¡ Pero la victoria era imposible!» A esos tales hay que responderles: «Un partido que ha aprovechado sin vacilaciones todas las posibilidades de preparar la victoria, por pequeñas que sean, que se lanza a la lucha a fondo en el momento decisivo, es un partido digno de la revolución, aunque sea derrotado. Pero el partido que no ha hecho todo lo posible para preparar la victoria antes del momento culminante, y que durante él se zafa, ese partido merece la derrota y el desprecio del proletariado». El Partido Socialista fue continuamente un obstáculo a la preparación indispensable de la victoria. Hizo gala de pasividad durante todo el año 1934, lo que colocó el movimiento revolucionario en una mala posición defensiva, y paralizó la acción en el momento culminante, cuando la lucha no podía ya ser evitada ni pospuesta. Con su procedimiento anterior dio ocasión a que la reacción disfrutara de mejores posiciones y de toda la iniciativa; al producirse el acontecimiento que él había pregonado como la señal de la revolución, la inhibición del Partido Socialista fue total. El Partido y sus burócratas desaparecieron como tragados por la tierra. Las masas proletarias fueron abandonadas a sí mismas, como antes lo habían sido las masas campesinas. En resumen, el Partido Socialista no hizo nada serio por la victoria, pero sí facilitó mucho la derrota. Un partido que obra así, hay que repetirlo, merece la repulsa del proletariado. No es que la victoria fuese imposible, sino que *la dirección*, desde el primer día de la radicalización socialista, hasta los días culminantes, *la hizo imposible*.

Las masas no podían, por su parte, dar más de lo que dieron. Marcharon muy adelante del Partido Socialista. Al ser publicada la composición del nuevo gobierno, la huelga adquirió carácter general aun antes de ser conocida la orden del P.S. Desde el atardecer del día 4, la multitud invadió las calles, en espera de unas armas vagamente prometidas. Un escalofrío intenso, predecesor de las grandes conmociones, corrió de un extremo a otro de Madrid. Se sentía la atmósfera preñada de electricidad, próximo el estallido. Sólo el 19 de Julio volvió a sentir la gran masa del pueblo ese ramalazo trágico, mezcla de angustia, entusiasmo y espíritu de sacrificio, predecesor de las grandes erupciones revolucionarias.

La multitud nerviosa, pero decidida y ávida de lanzarse al ataque, se concentraba por intuición en los puntos estratégicos de la ciudad. El Partido Socialista había asegurado que distribuiría armas en el último momento. Declarado el estado de guerra, las autoridades echaron mano de toda la fuerza pública disponible. Patrullas motorizadas de guardias civiles y de asalto recorrían el centro y las principales arterias de la ciudad. El pánico del Gobierno ante la unanimidad de la huelga y la inmensidad de la multitud concentrada en las calles, presta a batirse, le indujo a ser cauto en los primeros momentos. Camiones cargados de fuerzas de asalto pasaban junto a compactos grupos de revolucionarios sin atreverse a registrarlos ni invitarlos a disolverse. La fuerza pública se sentía más nerviosa que los revolucionarios. El gobierno dudaba si habría o no insurrección y se sentía poco seguro, a pesar de haber sido él quien eligió el ataque.

Sin inquietarse de la fuerza pública, el proletariado permanecía en sus puestos, esperando que el Partido Socialista le armara y le dijera cómo y por dónde empezaría o había empezado ya la sublevación. Toda la población obrera de

Madrid parecía un solo insurrecto, sin armas y sin dirección. Transcurrían horas y horas esperando unas armas que nunca llegaban, corriendo de un extremo a otro de la ciudad en pos de rumores de distribución de armas en uno u otro sitio, de asalto a éste o aquel cuartel, a cual otro edificio gubernamental. A pesar de las decepciones, las masas creían que el Partido Socialista haría la insurrección, que sólo la había retrasado por razones de alta estrategia; por eso seguían obstinadamente en la calle. Como en muchos casos semejantes, el proletariado tomó las palabras de los dirigentes reformistas, destinadas a engañarle a él, como destinadas a engañar al enemigo. La orden de huelga general pacífica fue interpretada como un ardid, no como la intención verdadera del P.S. Pasó toda la noche sin que ocurriera nada serio, excepto un breve tiroteo entre guardias de asalto y la Casa del Pueblo del barrio La Guindalera. Sólo muy pocos socialistas allí concentrados hicieron frente, aunque había ametralladoras en el local. Este se rindió a la intimidación de la fuerza gubernamental, tras una sola ráfaga de ametralladora disparada por un obrero tranviario. Los burócratas del barrio se opusieron a hacer más resistencia, según me refirió el obrero tranviario en cuestión.

Debido a la psicosis de las masas, que atribuía a sus dirigentes una decisión insurreccional que les faltaba, a la mañana siguiente, el día 5, aún no era tarde para obrar. Las masas seguían, en la calle, llenas de energía y todavía optimistas. El Gobierno había ganado confianza y tomado militarmente los puntos más importantes de la ciudad. Pero le faltaba seguridad en las tropas. Sus únicos elementos represivos seguros eran las guardias civil y de asalto. Los soldados de la guarnición de Madrid, en su mayoría campesinos cuyos familiares sufrían las consecuencias de la represión de la pasada huelga general, no tenían sino motivos de hostilidad para el Gobierno y de simpatía para los revolucionarios. Al primer triunfo del proletariado, hubieran empezado a desertar de las filas gubernamentales. Numerosos soldados expresaron abiertamente su simpatía por los revolucionarios, sobre todo en los barrios obreros, donde mujeres obreras los arengaban continuamente. La guarnición de la glorieta de Cuatro Caminos envió un mensaje a la Alianza Obrera indicando el número de hombres, el emplazamiento de las ametralladoras, y asegurando que la mayoría, incluso un teniente, estaba dispuesta a pasarse a los revolucionarios si era atacada. Inclusive entre la guardia civil, ese cuerpo degeneradamente pretoriano, tenía simpatizantes la revolución. A la Alianza Obrera fue también dirigida una confidencia desde el destacamento selecto de guardia civil acuartelado en el Ministerio de Gobernación. Había siete hombres dispuestos a ayudar desde el interior, en caso de asalto.

El Gobierno, asombrado él mismo de que nada serio hubiera ocurrido en la noche del 4 al 5, respiró y dio órdenes más severas a las fuerzas represivas. Pero quienes convivieron aquella mañana con las muchas decenas de miles de hombres que todavía esperaban ser armados y dirigidos al ataque, como esperaron la noche anterior, saben que nada estaba definitivamente perdido el día 5. No era tarde para distribuir las armas ocultas, organizar a los obreros y hacer una gran insurrección. Pese a las precauciones gubernamentales, la totalidad de los barrios pobres hubiese sido inmediatamente arrebatada a las fuerzas represivas, que sólo ocupaban en ellos débiles puntos.

Pero el P.S. seguía decidido a dejar el movimiento de Madrid consumirse en una huelga pacífica para la gran masa, salpicada de tiroteos esporádicos de carácter puramente terrorista. Deliberadamente, rehuía emprender una lucha a fondo, aprovechando todas las posibilidades. A pesar de sus ilusiones sobre el pretendido ardid del P.S., la masa, ávida de acción, veía transcurrir el día 5 con desesperación, comprendiendo que se estaba dejando pasar la ocasión, que pronto sería demasiado tarde. Por todas partes se buscaba a los dirigentes socialistas, con la esperanza de que, logrado el objeto del ardid, diesen órdenes y medios de comenzar la acción en gran escala. Ellos, en cambio, no tenían más preocupación que ocultarse y eludir las preguntas y reclamaciones angustiadas de los obreros. Y cuando por casualidad era encontrado alguno, se obtenía siempre la misma respuesta desesperante: «Esperad, seguid en la calle y esperad». Yo mismo, la mañana del 5, avisté en la calle de la Montera a Amaro del Rosal, dirigente del sindicato de banca y bolsa, uno de los pretendidos jefes de la milicia socialista. Iba tapándose la cara con el pañuelo, para no ser reconocido, cuando le increpé: «La gente empieza a desesperar, es preciso actuar. Todos aguardan órdenes y armas del Partido Socialista. Nadie sabe donde estáis, qué hacéis ni que proyectáis». Vivamente molesto al verse interpelado en medio de la calle, me respondió sin quitarse el pañuelo de la nariz: «Si quieren armas que las busquen y hagan lo que les dé la gana»⁴⁵.

A medida que transcurrían las horas, el dominio y la seguridad mayores del Gobierno traducíanse en un aumento de violencia por parte de la fuerza pública. Por la tarde, era ya imposible caminar por la ciudad sin ir constantemente con las manos en alto. La fuerza pública ya no pasaba temerosa al lado de los grupos revolucionarios, sino que los

⁴⁵ Este individuo, hoy stalinista, huyó a Portugal con una fuerte suma del sindicato a cuya directiva pertenecía. Se dijo después que lo había hecho con autorización, pero el asunto no fue nunca aclarado.

dispersaba a culatazos y a tiros. Las detenciones, iniciadas la noche anterior, se multiplicaban de hora en hora durante el día 5. De hora en hora también, decrecían las posibilidades de una gran insurrección. Continuaban circulando rumores sobre fantásticas señales que en éste o aquel momento marcarían el comienzo de la batalla general, pero ya no lograban, durante la tarde, más que despertar un optimismo forzado. En los obreros se traslucía el desánimo, y la palabra «traición» aparecía mascullada en algunos labios. Al terminar el día era ya evidente que el movimiento en Madrid transcurriría sin insurrección ni lucha seria. En momentos insurreccionales, cada hora es una sucesión vertiginosa de posibilidades logradas o malogradas. Lo que en determinado instante es factible, unas horas después resulta quimérico. Y a la inversa, la acción a fondo en el momento oportuno constituye por sí sola las tres cuartas partes de la victoria; la fachada, aparentemente sólida e imbatible del enemigo, se desmorona por su propia base; lo que un momento antes parece imposible se torna fácil; los triunfos se encadenan a los triunfos o las derrotas a las derrotas; siglos enteros son barridos en unos minutos, y en unos minutos se abre un nuevo horizonte de siglos. La capacidad intelectual, la psicología y la sensibilidad de las masas, se tensan extraordinariamente; el pueblo amodorrado por un régimen permanente de opresión y miseria, vuelve en sí, encarnando la conciencia histórica del progreso humano, no ya en forma ideológica, sino en forma activa, inmediatamente determinante. Pero la oportunidad sólo se abre un momento; o se la aprovecha sin titubeos o se cierra instantes después, dejando caer aún más pesadamente sobre las clases explotadas la abrumadora losa de la opresión. Tales fueron los momentos porque atravesó España el día 4 de octubre de 1934, la noche del 4 al 5 y parte del día 5. Al finalizar este día, ya era tarde; la tensión de las masas había cedido, cundía el descorazonamiento y el pasado oprobioso se afirmaba en los destacamentos indeseados de las guardias civil, de asalto y del ejército. Y mientras la posibilidad estuvo abierta, la dirección del Partido Socialista rezaba ô «huelga general pacífica»ô , porque el presidente de la República retirase el poder a quien acababa de dárselo.

Decididamente, el Partido Socialista se oponía a la insurrección. A partir del día 5 por la tarde, limitó deliberadamente la insurrección tan solemne prometida, a un paqueo tan alarmista como intrascendente. Individuos aislados apostados en los tejados o en las ventanas, ô cinco o diez en cada barrioô , disparaban de cuando en cuando contra la fuerza pública un tiro de pistola, o dejaban caer, al paso de un destacamento gubernamental, una bomba que la mayoría de las veces no estallaba. La fuerza pública disparaba al tun-tun durante media hora. Mientras duró la huelga, el paqueo empezaba invariablemente a primera hora de la tarde y se prolongaba hasta la madrugada. En las mañanas reinaba una calma perfecta. En eso paró el balón inflado de la radicalización socialista.

En suma, la huelga general en Madrid duró con una unanimidad perfecta hasta el día 13, en que los socialistas dieron la orden de vuelta al trabajo. Ni una sola vez intentó la dirección socialista atacar al Gobierno en algún sitio, apoderarse de armas en cantidad y distribuir las a las masas para acciones de mayor envergadura. Decenas de miles de hombres estaban prestos a batirse a la primera oportunidad. Los socialistas los dejaron desarmados y expuestos a las agresiones de las fuerzas gubernamentales. Los tiroteos y ataques fugaces perpetrados por jóvenes socialistas, y algunas veces por anarquistas, no tenían más que un carácter terrorista. No eran ataques sino agresiones en fuga. Eso fueron los llamados asaltos al ministerio de Gobernación, al edificio de la compañía Telefónica, a la Capitanía General, etc. Dos o cinco individuos como máximo, pasaban a toda velocidad en motocicletas o automóviles y lanzaban unos disparos contra los edificios en cuestión, lo que daba ocasión a un tiroteo intenso y prolongado por parte de las respectivas guarniciones. Ni un solo ataque en masa u organizado fue ejecutado. El episodio de la Guindalera, donde la policía encontró una cantidad respetable de armas, fue involuntariamente provocado por algunos socialistas que salieron a la calle armados de fusiles. La policía cercó el local donde se encontraban y pocas horas después, sin auxilio del exterior, y casi sin lucha, se rendía. Sólo en el cuartel de la Moncloa hubo un simulacro de ataque en masa. Grupos de jóvenes impacientes, durante la madrugada del 5, se decidieron a tomar la iniciativa e hicieron correr la voz, entre los millares de hombres ávidos de entrar en acción, que se asaltaba el cuartel de la Moncloa. Unas horas después, varios miles cercaban el edificio, pero entre todos ellos no poseían sino unas cuantas viejas pistolas. La oficialidad del cuartel no tuvo dificultades para rechazarlos, sin necesidad de recurrir a los soldados. Lo que con algunas decenas de fusiles pudo haber sido un asalto irresistible y una importante victoria, se convirtió en una mascarada ridícula.

La razón porque los socialistas habían negado obstinadamente a la Alianza Obrera, durante meses, capacidad dirigente, y rehusado formar una milicia revolucionaria unificada y efectivamente armada bajo la dirección de aquella, apareció con claridad meridiana desde el primer día del movimiento. Si la A.O. hubiese tenido función dirigente y una

milicia a sus órdenes, habría podido planear y dirigir el movimiento insurreccional inclusive contra la voluntad de los socialistas, porque las masas lo querían y las condiciones eran propicias. En lugar del paqueo inútil y de los ataques fugaces sin otro fin que el de hacer ruido, habría habido ataques organizados a los cuarteles en que los soldados simpatizaban más con la revolución, para armar a la generalidad del proletariado, y acosar en seguida los centros de comunicaciones y los principales edificios gubernamentales. Evidentemente, los socialistas sabotearon la A.O. porque estaban de antemano dispuestos a sabotear la insurrección. El «fin insurreccional exclusivo», que tantas veces pretextaron en la prensa y en el seno de la A.O. misma dándose aires de estrategias consumadas, era una trapacería política... y una coartada judicial para el P.S. y sus jefes.

En efecto, en el proceso que se le siguió a Largo Caballero⁴⁶ meses después, éste rechazó toda la responsabilidad, tanto por el movimiento de Madrid como por el de Asturias, sobre la Alianza Obrera. Hablaremos después de Asturias. En Madrid, la función de la A.O. fue exactamente cero, y aun menos, si nos permitimos introducir en política las cantidades negativas de las matemáticas.

En Madrid, la A.O. se redujo a un principio de contacto entre algunas organizaciones obreras. El frente único de acción y la transformación de las Alianzas en órganos obreros de poder quedaron en proyecto. Después de la actitud socialista ante la huelga campesina se hacía imposible permanecer en la A.O., provechosamente para la revolución. No podía ser considerada siquiera como un organismo de frente único; la A.O. era una añagaza en manos de los socialistas. Y se ha visto cómo, al llegar el momento insurreccional, no fue tenida en cuenta para nada. Los delegados socialistas le transmitieron una decisión, no la llamaron a deliberar ni pusieron la dirección en sus manos, como tantas veces habían prometido. La última reunión de la A.O. de Madrid, celebrada el día 4, fue una sesión de información. Los socialistas comunicaron la orden de «huelga general pacífica», expresando su esperanza de que el presidente de la República, Alcalá Zamora, se arrepintiera del paso dado y retirase del poder a Lerroux. Después no se volvieron a inquietar de la A.O.

Una referencia personal no carece de interés aquí. Habiendo sido detenido, en las primeras horas del movimiento, el delegado que había nombrado la Izquierda Comunista en la A.O. al revocar mi decisión de ruptura con ella durante la huelga campesina, fui nuevamente nombrado delegado el día 5. En tales condiciones, no podía negarme, aunque estaba en desacuerdo. Tras una búsqueda desesperada por todo Madrid, siempre con los brazos en alto hasta sentirlos paralizados por la falta de circulación, localicé a un delegado socialista y al de la Federación Tabaquera, quienes me transmitieron una cita de reunión en una taberna próxima a la Glorieta de San Bernardo, propiedad de un socialista. La cita era para media tarde, cuando el paqueo se intensificaba. Acompañado de dos camaradas encargados de servirme de enlaces con mi organización, me dirigí al lugar de la cita con varias horas de anticipación, sabedor que el tiroteo interrumpiría frecuentemente nuestra marcha. Refugiándonos aquí y allí, oyendo silbar las balas a nuestra vera, siendo una vez blanco fallido de un guardia demasiado miedoso, llegamos al lugar de la sesión antes de la hora convenida. Dimos la contraseña y entramos a la taberna, donde media docena de desconocidos intercambiaban impresiones. Llegó y pasó muy largamente la hora de la sesión sin que uno solo de los demás delegados se presentara. He ahí la Alianza Obrera sobre la que Caballero trató de descargar su responsabilidad política ante las masas y su responsabilidad como revolucionario ante los tribunales burgueses.

Esa fue la vida raquíta y la muerte ingloriosa de la A.O. madrileña. Aceptada por los socialistas con el objeto de amedrentar la reacción, perdía todo sentido para ellos cuando la única manera de asustar era la acción y la acción en un plano insurreccional. En lo que a los socialistas respecta, la A.O. fue un grandioso fraude político. Prometieron que la Alianza Obrera sería el soviét español, y la redujeron a un comité doméstico encadenado a ellos. ¿Pero qué otra cosa podían hacer si, prometiendo insurrección, se proponían dar paqueo, si, hablando de revolución social, se proponían restaurar la coalición con la enclenque burguesía democrática?

En Cataluña, pese a un proletariado más denso que el de Madrid, y pese también a su Alianza Obrera, sin tan fuerte lastre socialista, el movimiento de Octubre no se desenvolvió mucho mejor. No obstante, contaba con otra ventaja

⁴⁶ El señor Largo Caballero ha muerto con un prestigio de hombre honrado. Esto, indudablemente, le coloca por encima del montón de buscones que hormiguean en la política española, pero ni justifica sus actos como líder socialista, ni autoriza a sustraerlos al análisis de la crítica revolucionaria. La crítica revolucionaria tiene deberes y derechos inalienables, sobre los vivos y sobre los muertos, y es imprescindible analizar crudamente los actos de Largo Caballero para guardar al proletariado de futuras derrotas.

adicional: el problema regionalista, pendiente y exacerbado desde el conflicto entre el gobierno de la Generalidad y el central, a causa de una ley de contratos de cultivo expedida por el primero. Bien aprovechada, esta circunstancia hubiese facilitado el triunfo al proletariado catalán.

La situación del movimiento obrero catalán había mostrado en los últimos meses ciertas particularidades que contribuyeron a su derrota. No se trataba de algo insuperable, pero la política seguida por los partidos coligados en la Alianza Obrera, y la política de la F.A.I., convergieron para mantener aquellas desventajosas particularidades hasta el momento mismo de la insurrección.

La ya prolongada crisis de la C.N.T. tenía una repercusión debilitadora en el proletariado catalán. La lucha interna y el divisionismo sindical, que habían dado comienzo con el manifiesto de «los treinta» no terminaron con la salida de la C.N.T. de los sindicatos en que dominaba esa tendencia reformista. La escisión sindical en Cataluña alcanzaba su máximo precisamente durante los meses que precedieron a Octubre. Había encontrado aliento y continuidad en la política del Bloque Obrero y Campesino. Veremos, al tratar la guerra civil, cuán funesta resultó esa táctica para el P.O.U.M. (Partido Obrero de Unificación Marxista) sucesor del B.O.C. El Bloque no se planteó el problema sindical en sus términos de clase: salvar y reforzar la C.N.T. como central sindical, sin dejar de combatir el sedicente apoliticismo y el aventurismo ácratas. Por el contrario, vio en la crisis de la C.N.T. una ocasión de liquidarla creando su propia central sindical. Esa tendencia, que trascendió en los actos de la A.O., fue un importante elemento negativo para el proletariado. Y por su parte, la F.A.I. hacía en Cataluña los más disparatados alardes de aislacionismo. Ni lo que ocurría en toda España, ni lo que ocurría en Cataluña misma era cosa que interesara al proletariado. La F.A.I. le invitaba continuamente a volver desdeñosamente la cabeza y dejar que las «apetencias de mando» siguiesen su curso ajeno. Verdad es que el gobierno de la Generalidad había desencadenado una intensa represión contra la F.A.I. y la C.N.T., y que, directa o indirectamente, tanto la izquierda caballerista de Madrid como la A.O. de Cataluña aparecían aliadas al gobierno de la Generalidad. Eso traducía sus oportunismos respectivos, puesto que, si ambas hubiesen hecho presión sobre la Generalidad para cesar la represión contra el movimiento anarquista, se habría obtenido, como resultado inmediato, un argumento altamente persuasivo para incorporar la C.N.T. a las Alianzas Obreras, y como resultado posible la apertura de numerosos locales cenetistas, clausurados por la Generalidad y quizás la libertad de muchos militantes. En cualquier caso, se habría obtenido una unidad mayor del movimiento obrero contra la burguesía. Como contrapartida, la F.A.I. colocaba en el mismo plano a la Generalidad, la Alianza Obrera catalana y la izquierda caballerista, sacando justificaciones para abstenerse y hacer que se abstuviera también la C.N.T. Fue más lejos aún, llegando a considerar el gobierno de Barcelona como enemigo más principal que el de Madrid. Una delegación de líderes anarquistas fue recibida con ostentación por el ministro de Gobernación en Madrid. La «inapetencia de mando» se trocaba, también, en oportunismo.

El efecto de esta situación fue aumentar la desorganización, dispersar y debilitar las fuerzas obreras, sorprenderlas impreparadas. La A.O., como principio de frente único y organismo larvado de poder proletario, se contradecía con la política sindical practicada por el B.O.C., y con los guiños entre la izquierda caballerista y la Generalidad. Los obreros catalanes se dieron perfectamente cuenta de esa contradicción. De ahí nació una desconfianza comprensible teniendo en cuenta su apego a la tradición de la C.N.T. Siendo ésta, en general, una tradición revolucionaria, la desconfianza de los obreros era enteramente justa en principio. En ella tomaron base los líderes anarquistas para apartar la C.N.T. de la A.O. ¿Cómo ingresar en ella si el partido más fuerte de sus diversos componentes, el B.O.C., practicaba una política de debilitamiento de la C.N.T.? ¿No sería la A.O. un cepo para agravar la disgregación de la central sindical? Estos argumentos no podían dejar de impresionar a los trabajadores que durante años y años habían luchado por la C.N.T. y contra el reformismo colaboracionista. Y la Alianza Obrera catalana añadió por su propia cuenta nuevos motivos de desconfianza, interviniendo en algunas huelgas en contra de la C.N.T.

Es injusto descargar la responsabilidad por la endeblez de la A.O. barcelonesa sobre la C.N.T., ni siquiera sobre sus dirigentes anarquistas. Si éstos son plenamente condenables por haberse negado a ingresar en ella y en general por su deliberado aislamiento, ambas cosas son comprensibles, siendo conocidas sus concepciones. La mayor responsabilidad toca a quienes diciéndose partidarios de la unidad de acción proletaria practicaban el escisionismo sindical, suministrando así a la F.A.I. argumentos para mantener los trabajadores cenetistas alejados de la A.O. y de la gran lucha que se avecinaba.

Tan grave falla del movimiento obrero catalán no podía dejar de acarrear malas consecuencias, en el curso de la lucha. En efecto, aunque la Alianza Obrera nació en Barcelona, sugerida por organizaciones pequeñas, el B.O.C. y la

Izquierda Comunista, el proletariado catalán había perdido la iniciativa revolucionaria, que casi siempre le correspondiera antes. La iniciativa pasó a Madrid y a Asturias. Fue en Madrid donde se iniciaron las grandes huelgas políticas y aquel vasto movimiento de solidaridad con los hambrientos y heroicos huelguistas aragoneses, que constituyó un resonante triunfo político; fue en Asturias, y no en Cataluña, donde el movimiento de Octubre adquirió un pleno grado insurreccional y llegó más adelante. Y si Madrid, por decisión de los socialistas, dejó caer a los campesinos en junio, Barcelona ni siquiera se planteó el problema. No obstante, si el proletariado catalán, unido, se hubiese puesto en marcha, probablemente habría logrado determinar un curso triunfante al movimiento de Octubre en toda España. Le impidieron llenar su cometido de vanguardia, de una parte, el aislacionismo anarquista, oportunismo embozado de radicalismo, de otra parte el oportunismo manifiesto de los partidos coligados en la A.O., y el más profundo de la izquierda caballerista.

Pese a la situación descrita, la Alianza Obrera catalana tenía ante sí una perspectiva mucho más placentera que la madrileña. Su composición no era más democrática, estando igualmente constituida por delegaciones seleccionadas por la dirección de las organizaciones respectivas. Pero en cambio no tenía en su seno una aplastante mayoría pseudorradical, cual la mayoría socialista de Madrid, siempre opuesta a la acción, decidida a asfixiar la A.O. en una oficina de la Casa del Pueblo y contra la cual todo razonamiento era energía perdida. La ausencia de la C.N.T., si grave y perjudicial, no significaba, como la mayoría socialista de Madrid, un enorme peso conservador atado a los pies de la A.O.

Si bien incapaz de atraerse a la C.N.T., la A.O. catalana fue mucho más independiente y verdadero organismo de frente único obrero que la de Madrid. Aquí, los socialistas estaban interesados en que la A.O. no apareciese como organismo dirigente, lo que impidieron; allí ocurría lo contrario. Constituida por organizaciones pequeñas, entre las que ninguna podía desempeñar un papel determinante, era de interés común darle el máximo de autoridad y de calidad dirigente. En Madrid la Alianza Obrera no era nada sin los socialistas; en Barcelona las organizaciones que la integraban no eran nada sin la A.O. Por eso, en Barcelona, proclamó huelgas en su propio nombre y se ofreció al proletariado como una fuerza colectiva dirigente. Su porvenir como organismo de poder era espléndido y hubiera podido servir de ejemplo para el resto del país. Pero necesitaba, ante todo, vencer, mediante una política justa, la abstención de la C.N.T., democratizarse poniendo en manos de las fábricas el nombramiento de delegados, y liberarse de todo coqueteo con la burguesía regionalista, defecto éste común a casi todas las organizaciones que integraban la Alianza.

En los tres problemas falló la Alianza Obrera catalana. A causa de ello, en lugar de convertirse en avanzada del movimiento aliancista, dándole ejemplo con su actuación cotidiana e iniciando su transformación en órganos de poder directamente ligados a las masas, ella misma mal recorrió las etapas de su existencia y finalmente se dejó matar como un apéndice de la burguesa Generalidad catalana.

El conflicto entre el gobierno central y el de la Generalidad era un factor favorable al proletariado, pero a condición de considerarlo a través de los intereses del movimiento revolucionario, no el movimiento revolucionario a través de los intereses de la Generalidad. La A.O. de Barcelona hizo esto último, lo que explica el embarazo de sus movimientos antes de Octubre, y su supeditación a la burguesía catalana en los días decisivos. El catalanismo irrefrenado de la mayoría de sus organizaciones componentes, sobre todo el Bloque Obrero y Campesino, dio esos frutos. La misma razón, sin duda, impidió a la A.O. practicar una verdadera política de conquista de la C.N.T., dándose en cambio, más o menos desveladamente, a una lucha antiunitaria.

Al decir que la A.O. supeditó los intereses del movimiento revolucionario a los de la Generalidad, me apoyo en palabras de Joaquín Maurín, palabras que por ser posteriores a los acontecimientos tienen mayor significación reveladora. Maurín era el dirigente del Bloque Obrero y Campesino, partido el más fuerte de la A.O., y por consecuencia principalísimo inspirador de ésta. He aquí como, según él, se planteaba la A.O., durante los días culminantes, 4, 5 y 6 de Octubre, el problema del movimiento revolucionario en sus relaciones con el conflicto entre los gobiernos Lerroux-Gil Robles y Companys-Dencás: «*La Generalidad tiene en sus manos, pues, la posibilidad de que la contrarrevolución quede estrellada. El éxito o el fracaso depende de la Generalidad, a quien se le presenta el siguiente dilema: rebelarse y luchar hasta vencer, o someterse y ser triturada en unas horas o en unos días. La Generalidad pequeño-burguesa y con ella el Estatuto de Cataluña sólo tienen una perspectiva de salvación: ponerse a marchar hacia adelante con todas las consecuencias. Es muy probable que la Generalidad tema las derivaciones que pueda adquirir el movimiento insurreccional, que la pequeña burguesía desconfíe de las masas trabajadoras. Hay que*

procurar, en lo posible, que este temor no suurja para lo cual *el movimiento obrero se colocará al lado de la Generalidad* para presionarla y prometerle ayuda *sin ponerse delante de ella*, sin aventajarla en los primeros momentos. Lo que interesa es que la insurrección comience y que la pequeña burguesía con sus fuerzas armadas no tenga tiempo para retroceder. Después ya veremos»⁴⁷. (Subrayados míos).

Ese era el guión de conducta de la A.O., la noche del 4 de Octubre, mientras el movimiento se iniciaba en todo el país. Siguiéndolo, la A.O. cortaba sus grandes posibilidades de acción, reduciéndose al pobre papel de reflejo radicalizante de la Generalidad. ¿Qué movimiento revolucionario victorioso puede haber cuando los dichos representantes obreros empiezan por admitir que la iniciativa y la decisión dependan no del proletariado, sino de las querellas secundarias de una parte de la burguesía contra otra? Burguesa, plenamente burguesa, más que pequeño-burguesa como pretende Maurín, era la Generalidad. Partir de la premisa: «La Generalidad tiene en sus manos, pues, la posibilidad de que la contrarrevolución quede estrellada», equivalía a proclamar: «el proletariado es impotente sin el patronato de la burguesía regional, grande o pequeña». La A.O. se basaba en ideas rechazadas por el movimiento revolucionario internacional desde la experiencia rusa de 1905. Simultáneamente, las reivindicaciones específicamente obreras dejaron de existir, poniendo por centro de gravitación del movimiento, la sola reivindicación de supervivencia del gobierno regional. La A.O. no concebía los acontecimientos que se le venían encima como un movimiento esencialmente obrero, que debía buscar el apoyo de la pequeña burguesía regional, sino a la inversa, un movimiento de ésta, al que la Alianza otorgaba el apoyo del proletariado y los campesinos. Maurín mismo lo admite en la misma página del libro citado: «Si bien es cierto que un movimiento insurreccional exclusivo de la clase trabajadora no podía triunfar en Cataluña, porque no estaban cumplidas las premisas fundamentales, si se produce, transitoriamente, un bloque revolucionario de obreros, campesinos y pequeña-burguesía con un gobierno de la Generalidad, la insurrección tiene casi absoluta seguridad de triunfar, porque la Generalidad cuenta con la organización militar: 3.000 policías armados...», etc. Maurín hubiera escrito más claramente diciendo un bloque de pequeña-burguesía, obreros y campesinos, porque lo único que trata de justificar con tal análisis es la imposibilidad de una acción obrera independiente ô absolutamente indispensable inclusive si no podía salir de ella la dictadura del proletariadoô y la necesidad de supeditarse a la Generalidad. El eje debía de ser la pequeña-burguesía nacionalista. Mal análisis; consecuencias peores.

El problema regionalista tendió una espesa cortina de humo entre la A.O. catalana y el movimiento revolucionario español. El razonamiento que Maurín nos refiere prescinde por completo del proletariado español. Lo único que existe es Cataluña y la Generalidad; el resto de la península sólo es caracterizado por la presencia de un gobierno central ávido de aniquilar al regional. Esta miopía localista ha sido un grave defecto permanente del Bloque, y más tarde del P.O.U.M., origen de sus peores errores. Pero el límite de la existencia no termina con el radio visual de los miopes. Había un movimiento obrero nacional cuyas características, tendencias y objetivos, eran igualmente válidos, en lo esencial, para Cataluña. En función de éste, y no del conflicto Madrid-Barcelona, debió plantearse su cometido la A.O., subordinándose el otro como una función táctica. El hecho que los socialistas, como organización, no hubiesen asignado objetivos definidos al movimiento revolucionario, no significa que le faltaran o fuesen los de otra clase. Los objetivos de un movimiento cualquiera, ya estén conscientemente expresados, ya sean conscientemente acallados por quienes debieran expresarlos, es preciso buscarlos en el determinismo de su desarrollo frente al movimiento de las clases adversas, y en función de las necesidades de la época histórica. Hallarlos era más fácil que difícil después de la experiencia de los últimos meses. Las tendencias políticas habíanse polarizado: de una parte la burguesa, con los partidos Acción Popular y Radical, como exponentes, de la otra la del proletariado y los campesinos, pésimamente expuesta por el socialismo caballerista, la C.N.T., en menor grado, y no mejor, por el Partido stalinista, y por las organizaciones menores, como la Izquierda Comunista y el Bloque Obrero y Campesino, susceptibles de desempeñar un importante cometido a condición de no acallar ellas mismas los objetivos de clase. La pequeña burguesía, agotada y desprestigiada por los dos años de gobierno anterior, yacía inerme, incapaz de iniciativa y de acción en general. No podía dudarse que su dilema era incorporarse en el instante supremo a uno u otro de los campos. Estuvieran o no cumplidas las «premisas fundamentales» para la toma del poder por el proletariado, el movimiento, nacionalmente considerado, no tenía otra posibilidad de triunfar que basándose fundamentalmente en el proletariado y siendo impulsado por él. La pequeña burguesía, inclusive la catalana, amenazada en sus flacas prerrogativas, tenía necesariamente que inclinarse más a la capitulación que a la lucha. Cualquier aportación, solidaridad o simple

⁴⁷ Joaquín Maurín. *Hacia la segunda revolución*, págs. 124 y 125.

neutralidad que pudiera ofrecer, debía ser producida, o mejor dicho, arrancada, por la fuerza activa del proletariado. Abandonando la iniciativa a la Generalidad, la A.O., por lo que a ella tocaba, condenaba en Cataluña el movimiento a quedarse también en amago. Cuanto hicieron las masas en Barcelona y otras ciudades o pueblos fue más bien a pesar de la A.O.

Aunando conducta y palabras, la A.O. declaró la huelga general y se dirigió al gobierno de la Generalidad preguntándole qué pensaba hacer. Como éste no pensase nada por el momento (día 4), sino que más bien entreviera la posibilidad de que Madrid le perdonase la vida, la A.O. esperó a que la Generalidad pusiera una idea o un hecho. Pasó toda la noche del 4 y todo el día 5 sin que la Generalidad intentara «marchar hacia adelante con todas las consecuencias...» y la A.O. tampoco. Esta había organizado, sí, una manifestación ante el palacio del Gobierno pidiendo armas, negadas las cuales retornó a esperar la decisión de lucha de los burgueses y pequeño-burgueses catalanistas. También incautó un local y algunos automóviles; recibió delegaciones de las comarcas y aumentó su radio de influencia por puro automatismo del movimiento. Pero ni a las comarcas ni al proletariado barcelonés supo darles directivas, ni acción insurreccional propiamente dicha. El movimiento la superaba, se le escurría de entre las manos. En muchos pueblos el proletariado se había hecho dueño de la situación; en Barcelona se levantaban barricadas; por dondequiera actuaban las masas espontánea y desorganizadamente, sin que la A.O. las guiara y se pusiera a su vanguardia. ¿Cómo podía hacerlo si el esquema de que partía concedía la iniciativa y la jefatura a los pequeño-burgueses aterrados de la Generalidad? Si hubiera comprendido que el movimiento, regional y nacionalmente, era proletario de carácter, que todas las otras fuerzas ô excepto los rabassairesô harían defección, se habría planteado el problema de la libertad catalana desde el ángulo proletario, y al proletariado habría llamado a defenderla sin aguardar a la Generalidad. La preocupación de no asustarla, es lo que impidió al movimiento de Octubre, en Cataluña, convertirse en una gran insurrección, avanzada nacional que habría ayudado grandemente a la victoria al proletariado asturiano, y cambiando quizás el cariz cobardón dado por los socialistas al movimiento en Madrid.

En efecto, la Generalidad no se decidió a hacer algo sino cuando la presión de las masas le impedía la neutralidad y le cortaba el camino para un entendimiento con Madrid. Entonces hizo una insurrección simbólica, únicamente para «salvar el honor», según reza el famoso documento oficial de la Esquerra catalana. Era ya el día 6; demasiado tarde. Demasiado tarde para Madrid, y para Barcelona también. En Madrid, las masas se sentían ya traicionadas y descorazonadas, y el Gobierno muy seguro de sí mismo y dueño de la calle. Una insurrección en Madrid, el día 6, era cien veces más difícil que en la noche del 4 o la mañana del 5. Era también demasiado tarde para Barcelona, por dos razones: primero, porque durante los dos días anteriores no se supo hacer la unidad proletaria entre la Alianza Obrera y la C.N.T., lo que debilitaba sobremanera la capacidad combativa de las masas, y daba a su actuación un carácter inorgánico e incluso contradictorio; segundo, porque en estas condiciones, la «insurrección» de la Generalidad sólo significaba la señal para su capitulación. Si la A.O. se hubiese dirigido a la C.N.T. en los momentos supremos proponiéndole una acción común independiente, el movimiento habría podido pasar rápidamente a manos de la dirección obrera unificada. Esa era la única manera de impedir que la Generalidad capitulase, o que su capitulación arrastrase consigo el movimiento. En todo caso, no se le podría reprochar a la A.O. catalana haber facilitado la maniobra reaccionaria del gobierno autónomo. Contrariamente a los dirigentes aliancistas, Companys, Dencás y compañía sabían perfectamente que el movimiento no tenía probabilidades de triunfar más que como movimiento esencialmente proletario. Se trataba para ellos de cortar el movimiento proletario, haciendo al mismo tiempo algo que semejase una lucha por la autonomía catalana. En consecuencia, la Generalidad se declaró insurrecta, proclamó la República Catalana, se hizo disparar algunos cañonazos que no daban con el blanco y capituló en seguida. ¡El honor de la burguesía catalanista no es demasiado exigente! ¡Y mientras tanto, la A.O. seguía agazapada aguardando la iniciativa salvadora de la Generalidad! Si ésta hizo una insurrección simbólica, para «salvar el honor» y cortar el paso a la revolución, la A.O. por su parte realizó una manifestación simbólica en petición de armas y consideró salvado el honor tan sencillamente como la Generalidad. De este resbalón pequeño-burgués es tan responsable el Bloque Obrero y Campesino, como la Izquierda Comunista de Cataluña.

Es conocido el importante «Documento numeró uno», en el que la Esquerra, partido dominante en la Generalidad, explicó, meses después, las verdaderas razones de su «sublevación»:

En Cataluña se alzó en masa todo el país, contenido hasta ese momento por la autoridad y la confianza en el gobierno de la Generalidad... El alzamiento justificado de Cataluña desbordaba las posibilidades del gobierno de la Generalidad. Y éste tenía

que abandonar el poder o reprimir por la violencia una protesta que respondía a los propios sentimientos del Gobierno⁴⁸ repetidamente manifestados; en fin, podía intentar canalizar el movimiento y evitar que un oleaje caótico y desordenado se apoderase de Cataluña. No hay que olvidar que en algunos ayuntamientos se había proclamado la República Catalana, pero en otros se había proclamado el socialismo e inclusive el comunismo libertario, etc., creándose así una situación difícil y anárquica, imposible de encauzar de una forma democrática viable.

Es importante observar que Maurín, por el B.O.C., y Ramos Oliveira⁴⁹ por el ala caballerista del socialismo, citan ambos esta parte del documento sin advertir, el primero, que hizo el juego de la Generalidad, y el segundo que los socialistas ahogaron el movimiento en Madrid por las mismas razones que en Cataluña lo ahogó, «sublevándose», la Generalidad. Explicando la conducta inexcusable de los dirigentes de la A.O., Maurín sólo encuentra un quejido: «a... a los obreros de la A.O. se les ha negado las armas»⁵⁰. En la posibilidad de tomar las de la Generalidad, que existió, no repararon Maurín ni la A.O.

Para mayor abundancia de pruebas, he aquí lo que cuenta Azaña sobre la conversación que el día 6, a la una de la tarde, tuvo con Lluhí, consejero de la Generalidad⁵¹: «El sábado... se me presentó el señor Lluhí, a la una de la tarde, y me dijo que no podían resistir más la presión de los elementos populares; que temían que les asaltasen la Generalidad y los asaltasen a tiros; que se apoderasen del Gobierno violentamente; que ya los llamaban traidores, malos catalanes y malos republicanos...» Y después de decirle que para impedir lo anterior proclamarían esa tarde «el Estado Catalán dentro de la República Federal Española», Lluhí continuó: «Luego cederemos unos y otros. Aquí tendremos que ceder, como cedimos con la República catalana cuando vino la República española; en Madrid también cederán, y todo pasará en paz». Hay revelaciones que son un portento de claridad política y una lección irrefutable para los dirigentes obreros que aguardaban no sé qué marcha adelante de la pequeña-burguesía regionalista.

La Alianza Obrera de Barcelona, o mejor dicho, los hombres que la integraron, hallaron una cómoda justificación de la ineptia aliancista, principalmente a través de lo escrito por Maurín, en la actitud de la C.N.T. Veamos qué hay de cierto en ello y hasta qué punto la Alianza puede ser disculpada así.

Es verdad que la C.N.T., principalmente en Cataluña, habíase retraído del movimiento desde sus inicios, tanto por su reiterada negativa a ingresar en la Alianza, como por su actitud general ante el mismo. Lo desestimó, como despreciable altercado entre «políticos», y alegando falta de confianza en la sinceridad del ex-ministro Largo Caballero, jefe del ala socialista radicalizada. Los anarquistas, fieles a su absolutismo ideológico, que siempre les juega malas pasadas, mostráronse ciegos para ver la importancia enorme de un movimiento que comprendía la totalidad de las masas españolas, sin excluir los cenetistas. Se encogieron de hombros ante lo que podía ser el principio de la revolución social, si no ella misma, incapacitados por su disciplina razonadora para discernir lo objetivo y ajustar a ello sus actos. Es la misma miopía que les ha conducido a tantos movimientos putchistas, con los que pretendían hacer privar sus intenciones subjetivas, sobre una realidad objetiva inadecuada a la sublevación. Por esta razón, salvo en Asturias, la C.N.T. se mantuvo a distancia del movimiento de las masas, como espectadora o a lo sumo como seguidora. ¡Paradoja de la historia! Los anarquistas, cuya existencia y prestigio en España no eran más que un producto reflejo del miserable colaboracionismo reformista, dejábanse tomar la delantera por éste, hasta el punto de aparecer a rastras de él. El anarquismo contemplaba la formación de la tormenta como si ocurriese en otro planeta. Sin embargo, esto no descarga a la A.O. catalana de sus errores. Ya se ha visto cómo se mostró incapaz, durante los meses anteriores, de practicar insistentemente una política de atracción de la C.N.T., además de que ella misma aparecía en liga con la Generalidad, persecutora del anarquismo. Observemos ahora las relaciones entre la A.O. y la C.N.T. durante los días de lucha.

Al declarar la Alianza Obrera la huelga general el día 4, la C.N.T. la aceptó y el día 6 repartió un volante fijando su posición: «La Regional Catalana tiene que tomar parte en la batalla en la forma que corresponde a sus principios revolucionarios y anárquicos». Y más adelante: «El movimiento producido esta mañana debe adquirir los caracteres de gesta popular, por la acción proletaria, sin admisión de protecciones de la fuerza pública, que debieran avergonzar a quienes las admiten y reclaman». Terminaba la declaración con cuatro consignas de las que sólo la primera y la tercera

⁴⁸ No se olvide que esto fue escrito bastante después de la «insurrección simbólica» cuando, previéndose otra ofensiva obrera, convenía a Companys bienquistarse las masas para el retorno al palacio de San Jordi.

⁴⁹ *La Revolución española de Octubre*.

⁵⁰ Maurín, *Obra citada*, pág. 141.

⁵¹ M. Azaña: *Mi rebelión en Barcelona*.

tenían un valor concreto: «Apertura inmediata de nuestros sindicatos y concentración de los trabajadores en los locales». «Entrarán en funciones los comités de barricada, que serán encargados de transmitir las consignas precisas en el curso de los acontecimientos».

El petardeo ácrata transpira en la declaración, principalmente en el segundo de los párrafos transcritos. «Sin admisión de protecciones de la fuerza pública...», lo que equivale casi a decir que, si los cuerpos armados de la Generalidad hubieran ido en ayuda de la C.N.T., ésta los habría recibido a tiros. Pero todo el mundo sabe que estas bravuconadas suelen no tener trascendencia. Contrariamente, si los hombres de la Generalidad les hubiesen tendido la mano, lo más probable es que los anarquistas se hubieran puesto a colaborar con ellos, si no supeditándose les como se vio en 1936. De todos modos, esto no justifica que la A.O. se colocase tras la Generalidad, abandonándole la iniciativa, sobre todo cuando sus componentes pretendían estar imbuidos de la objetividad y las ideas marxistas.

En cambio, era rigurosamente verdad: «el movimiento producido esta mañana debe adquirir carácter de gesta popular, por la acción proletaria...» Colocándose a la cola de la Generalidad, la A.O. cometía dos errores en uno: daba a aquella entera libertad para la capitulación y se cortaba la posibilidad de acción común con la C.N.T. apoyándose en sus propias palabras: «Sí, el proletariado debe dar al movimiento sus propios caracteres; actuemos pues en común para dárselo y para impedir que la Generalidad capitule a los primeros estampidos de cañón». De haber hablado la A.O. un lenguaje semejante, o los anarquistas se hubiesen visto obligados a aceptar el frente único y el movimiento hubiera podido tomar un cariz realmente insurreccional, o la responsabilidad por el fracaso habría recaído indiscutiblemente sobre ellos. Tal como ocurrieron las cosas, no puede decirse lo mismo. Si responsables son los anarquistas, tanto lo son ô más teniendo en cuenta su marxismoô los elementos agrupados en la A.O.

También las consignas citadas del manifiesto cenetista debieron ser íntegramente apoyadas por la Alianza. Es imperdonable que ella misma no se adelantara el día 5 a dar la orden de apertura de los locales y periódicos clausurados de la C.N.T. No sólo era un deber elemental de solidaridad, independiente de los más graves desacuerdos; haciéndolo la A.O. hubiera tenido en sus manos un argumento altamente persuasivo para las masas, con que impeler la dirección faista a aceptar la acción armada en frente único. En cuanto a la otra consigna, comités de barricadas para transmitir consignas y dirigir la lucha, la Alianza tenía que crearlos por su propia cuenta si en verdad trataba de luchar con las armas. En momentos insurreccionales no cabe otra forma de organización, a menos que se disponga de antemano de comités de fábrica y de barriada bien vinculados. Un comité de la A.O. y otro de la C.N.T. en cada barricada era a todas luces un disparate y una división suicida de fuerzas. Dos redes de comités en dos redes diferentes de barricadas, hubiese sido prácticamente una traición a la insurrección. Pero tampoco en esto la Alianza Obrera supo tomar la palabra a los anarquistas y obligarles a la acción común o denunciarlos públicamente en caso de negativa. El mito de la pequeña burguesía «marchando adelante», la hizo, si no marchar hacia atrás, sí quedarse estacionada esperando que Companys-Dencás hicieran el milagro de abrirle el camino. Prefirió la alianza con la pequeña burguesía a la alianza con el proletariado cenetista.

En resumen, si la C.N.T., a causa del sectarismo anarquista, se mantuvo alejada del frente único, la A.O. distó mucho de actuar como debía para vencer el sectarismo ácrata. Se comportó con la C.N.T. de una forma ultimátística y hasta contraria a un acercamiento leal y en los días de Octubre desperdició indignamente las posibilidades de actuación en común. Respondiendo a las acusaciones de que Maurín hizo objeto a la C.N.T., al mismo tiempo que justificaba la inacción de la Alianza por la negativa de la Generalidad a armarla, un anarquista ha podido responder que el mismo argumento es bueno para la inacción de la C.N.T.⁵² La verdad es que unos y otros tenían armas suficientes para iniciar la acción impidiendo a las tropas salir de los cuarteles y para apoderarse de las armas de la Generalidad. Por razones diferentes, la C.N.T. y la Alianza Obrera dejaron la iniciativa a la Generalidad, que no deseaba sino poner fin lo más rápidamente posible a su aparatosa proclamación del «Estat Catalá»⁵³.

Veamos, por fin, lo que fue del movimiento de Octubre en Asturias, la única parte del país donde tomó un agudo carácter insurreccional desde el primer día. Lo que el movimiento obrero español debe a esos bravos mineros, que

⁵² Manuel Villar (Ignotus): *La insurrección de Asturias*, págs. 187-188.

⁵³ No creo que sea necesario insistir en que la Generalidad nunca tuvo intención real de luchar. Pero recordemos, para quienes lo ignoran, que no intentó siquiera, con sus miles de hombres armados, superiores en número a los del Gobierno central, impedir que éstos salieran de sus cuarteles, lo que hubiera asegurado el triunfo en Cataluña.

supieron adueñarse de la comarca rápidamente, atacando a la guardia civil con unas cuantas armas y barriles de dinamita, no será nunca suficientemente ponderado. Gracias a ellos, el baldón que sobre la clase trabajadora arrojaba la deserción socialista, fue lanzado de rebote sobre la propia dirección socialista; gracias a ellos, al eco de su gesta magnífica, en los meses posteriores la reacción fue trabada en su camino, el proletariado pudo nuevamente alzar la cabeza, recuperar energías y contraatacar; gracias a ellos, la reacción pudo ser finalmente rechazada, aunque a más costoso precio; gracias a ellos el proletariado y los campesinos de toda la nación tuvieron ocasión de escribir, durante la guerra civil, una de las páginas más brillantes y conmovedoras de la historia revolucionaria mundial. Las clases revolucionarias recordarán por siempre la Asturias roja de 1934, con un sentimiento de admiración y con el propósito de seguir su ejemplo hasta el triunfo.

La regional asturiana de la C.N.T., quizás por encontrarse rodeada de un medio socialista más esencialmente obrero y combativo que en ninguna otra parte, tuvo siempre contornos menos sectarios que el anarcosindicalismo del resto del país. Fue desde el primer momento partidaria del frente único proletario, llegando a convertirse en abanderado de esta táctica en el seno de la Confederación Nacional del Trabajo. La A.O. pudo constituirse tempranamente en Asturias, adquiriendo, por la presencia de la Regional cenetista, significación menos ficticia. En Cataluña los componentes de la A.O. eran organizaciones pequeñas. La actitud equívoca de algunas de ellas, por una parte, y la ausencia de la C.N.T. por otra, dio origen a luchas entre esta última y la Alianza, grandemente perjudiciales a la causa común. En Madrid, por ausencia de una organización fuerte como la C.N.T., los socialistas disponían a su antojo de la Alianza. Sólo en Asturias, la presencia de la C.N.T., organización fuerte, aunque inferior a la U.G.T. en la región, contrabalanceaba el peso de los socialistas, dando así al frente único de acción el valor más efectivo que haya tenido en España. Este es uno de los hechos que contribuyeron a hacer del movimiento en Asturias una insurrección, no un amago.

El pacto firmado por ambas centrales sindicales ô C.N.T. y U.G.T.ô en marzo de 1934, fue el más radical de todos los redactados por las diversas Alianzas. Una cláusula de no exclusión de los partidos políticos proletarios, que cerraba el documento, inició la ruptura con el pretense principio apolítico, tan caro a la C.N.T. Progreso importante no bien seguido después por el anarcosindicalismo, o seguido en sentido oportunista. El Partido Socialista quedó incorporado a la Alianza asturiana desde el primer día, en seguida ingresó la Izquierda Comunista, y en vísperas ya de la lucha armada, el partido stalinista. La A.O. asturiana conquistó instantáneamente la simpatía de los obreros de toda España y arrebató la voluntad de los de su comarca. La confianza que les infundió la unidad combativa de su clase, les llenó de seguridad en sí mismos, de fe en el triunfo, factor esencialísimo en el desenvolvimiento ulterior de los acontecimientos. Aquellas iniciales horrendas a los ojos de la burguesía, U.H.P.⁵⁴, que los insurrectos grabaron en sus tanques toscamente fabricados, a cuyo grito cayeron acribillados millares de héroes, anónima grandeza extraída del fondo de la minas, son un guión de estrategia revolucionaria para el proletariado español y mundial. Unión de Hermanos Proletarios, sencilla, humilde expresión no inventada por ningún teórico, por ningún partido; su simplicidad vierte el interés común de los oprimidos y su infinita capacidad de lucha. Los teóricos y los partidos dignos de la clase obrera la inscribirán con orgullo en su estandarte. El triunfo de la revolución empieza a ser factible a partir de la unidad proletaria de lucha contra la burguesía. ¡Vergüenza sobre los traidores que adoptan la política de ésta!

Asturias había participado en el movimiento de luchas parciales contra la reacción, anterior a Octubre, con no menos empuje y unanimidad que Madrid. De la misma manera que en la capital una huelga política hizo fracasar la concentración fascistoide de El Escorial, el proletariado asturiano redujo a una demostración ridícula por insignificante, la preparada por Gil Robles en el histórico santuario de Covadonga. También en este caso, la huelga política se reveló un arma de primer orden, capaz de concentrar la energía y la ideología de la gran masa proletaria.

Pero no todo marchaba sobre ruedas en Asturias. El Partido Socialista había ido a la unidad en la Alianza Obrera con el mismo espíritu que en Madrid, donde se marcaba la directriz nacional. Lejos de él el propósito de hacer de las Alianzas organismos democráticos y deliberantes, capaces de sustentar el poder político del proletariado. Asturias no podía ser una excepción. A despecho de la mejor composición de su Alianza, la tendencia de los socialistas era también reducirla a un comité de enlace burocrático, sin función propia y principalmente sometida a ellos. La combatividad fulminante de los mineros corrigió esos defectos en los primeros días, pero se hicieron sentir en el momento de la insurrección y durante la corta vida de la comuna asturiana.

⁵⁴ Unión de Hermanos Proletarios.

Si la insurrección se produjo y triunfó en Asturias, fue a pesar del Partido Socialista, de ninguna manera por su voluntad ni por su instigación. Nadie podrá probar que él preparara metódicamente el movimiento armado y diera la orden de insurrección. Basta recordar, para convencerse, el orden geográfico seguido por la insurrección, la forma como fue iniciada y los medios empleados.

Al conocerse, en la tarde del 4 de octubre, la composición del nuevo ministerio, los socialistas, como hicieron en Madrid dieron de lado la A.O. y pusieron en circulación, por medio de la U.G.T., la orden de comenzar la huelga. La huelga comenzó pacífica en los puntos donde la burocracia reformista era fuerte, pero en la cuenca minera tomó instantáneamente un irresistible carácter insurreccional. La izquierda socialista ha especulado después excesivamente sobre la insurrección asturiana; sin embargo, no habría pasado de lo que sucedió en Madrid o en Bilbao, si todo hubiese transcurrido conforme a la voluntad de los dirigentes. La cuenca minera se les desmandó, y además disponía de los elementos mínimos indispensables para iniciar la insurrección sin aguardar los que quisiera darle la dirección. Esos son los dos hechos iniciales que posibilitaron la insurrección asturiana. Desgraciadamente no quedaron documentos escritos sobre la famosa orden, como tampoco quedaron en Madrid. Pero quedaron hechos, y en materia de esta índole, los hechos son mucho más incontrovertibles que los documentos.

Uno de los hechos, que acusa la intención no insurreccional de los socialistas, es su actuación primera, al margen de la A.O. y de toda consulta previa con las organizaciones integrantes. Ni siquiera consultaron con la C.N.T., cuya influencia en algunos distritos de la provincia era decisiva para cualquier intento insurreccional. ¿Por qué prescindieron los socialistas de la A.O. en el momento crítico? Si su propósito hubiese sido desencadenar la insurrección, no habrían obrado así; su interés les hubiese aconsejado sumarse el máximo de fuerzas, además de que prescindiendo de la A.O. desarticulaban el movimiento e impedían toda acción convenida contra los puntos más débiles del enemigo. Por el contrario, careciendo de propósito insurreccional, les era menester prescindir de la A.O. No podía someter a su consideración el problema, sin exponerse a agrias discusiones y a que las demás organizaciones se considerasen chasqueadas y traicionadas. La similitud con el comportamiento socialista en Madrid aleja toda duda a este respecto. Cabía el falacioso pretexto, en Madrid, que los socialistas se bastaban para satisfacer todas las necesidades del movimiento, puesto que las restantes organizaciones eran numéricamente pequeñas; pero en Asturias, prescindir de la C.N.T. era exponerse a graves fallas. La cosa se explica únicamente porque la dirección socialista estaba decidida, en todas partes, a ciscarse en su solemne promesa de desencadenar la revolución.

La insurrección asturiana misma es una prueba irrefutable contra la dirección socialista. Cualquiera de los libros descriptivos que sobre la gesta asturiana han sido publicados atestiguan la forma periférica que tomó la insurrección. El movimiento se inicia en la cuenca minera, en la noche del 4 al 5 de octubre, y toma inmediatamente un carácter insurreccional. Los mineros atacan los puestos de los guardias civiles y de asalto, con muy escasas armas y con dinamita bastante abundante. Su oficio les había permitido hacer reservas, y conocían su manejo magistralmente. Rápidamente triunfan en los principales puntos de la cuenca, Langreo, Mieres, Sama, La Felguera, Pola de Lena, Olloniego, Avilés, Ablaña, etc., y se extienden por toda la comarca destruyendo los fundamentos del Estado burgués. Pero Gijón y Oviedo, importantísimo centro marítimo el primero, por donde la flota de guerra gubernamental podía atacar y sede, la segunda, del gobierno provincial, y de la burocracia provincial reformista, donde estaban concentrados los más numerosos contingentes de fuerzas represivas, permanecieron inactivas, en huelga general no insurreccional, igual que Madrid, durante la noche del 4 y todo el día 5. Hubieron de presentarse a las puertas de Oviedo destacamentos de mineros, el día 6, para que la capital provincial entrase en acción. Hasta entonces la insurrección no había dado allí ningún signo de vida. Un testigo presencial⁵⁵ reflexiona así, refiriendo la impresión de los destacamentos mineros al llegar a los alrededores de Oviedo: «Hace ya treinta horas que mantenemos la lucha victoriosa en la cuenca minera y los obreros de Oviedo parecen no haberse enterado de nada».

Sí que se habían enterado; pero, como el propio Grossi refiere en seguida⁵⁶, el proletariado ovetense, al querer entrar en acción el día 5, fue contenido por sus dirigentes. Apenas avistó los mineros, corrió a sumárseles, dando comienzo aquella épica batalla que fue la toma de Oviedo contra fuerzas muy numerosas, superiormente armadas, disciplinadas y estratégicamente parapetadas, de la guardia civil, de asalto y el ejército. Empleando casi exclusivamente la dinamita, mineros y obreros ovetenses obligaron a las fuerzas gubernamentales a desalojar sus

⁵⁵ Manuel Grossi: *La insurrección de Asturias*.

⁵⁶ Obra citada, pág. 36.

fortísimas posiciones, hasta arrinconarlas en el famoso cuartel Pelayo, cuya toma final impidió la aviación gracias a su colocación topográfica, en las afueras de la ciudad.

No quiero ni puedo hacer aquí una descripción de la batalla, para lo que no me siento autorizado por no haber sido partícipe personal de los hechos. Sólo quiero decir que la magna capacidad de combate y sacrificio, de inventiva e improvisación para suplir las deficiencias de un armamento primitivo, de que dieron pruebas los insurrectos, así como la defensa terrible, obstinada hasta despertar la admiración del enemigo, que hicieron contra las columnas gubernamentales de desembarque, sólo han sido pálidamente reflejadas en los libros descriptivos conocidos hasta la fecha. La insurrección asturiana es comparable a la insurrección de la Commune parisiense, en 1871. Pero todavía espera su Lissagaray, que dé a la batalla sus contornos vívidos, a los hombres de fila su heroísmo simple, honrado, sin histeria ni ostentación, a los dirigentes medios la fuerza de carácter y la capacidad de improvisación que da impulso y tono al movimiento, a los dirigentes máximos sus indecisiones, su bizantinismo desorganizador y desmoralizador, su oportunismo pequeño-burgués en medio de la lucha, su nulidad suma. Los nombres de José María Martínez, de un Bonifacio Martín, y todos los Martín y Martínez ignorados, nos aparecerían entonces como el alma de la insurrección, mientras que los Belarmino Tomás, los Javier Bueno, los González Peña, aparecerían como obstáculo al principio, una trabazón en la lucha, un peso muerto en la defensa. Sin los primeros, la insurrección astur no se habría producido; los segundos, asombrados de que se produjese contra sus intenciones, sólo pensaron en cómo liquidarla.

Impedido, por la razón dicha, de penetrar en el seductor dominio descriptivo, tengo que circunscribirme al análisis político. El mismo retraso que en Oviedo, se observó en Gijón. Hasta el día 6 no comenzó a tomar carácter insurreccional el movimiento. Aunque los mineros no acudieron a las puertas de la ciudad para tomarla, obligados como estaban a concentrarse sobre la capital, también allí aparece la insurrección como reflejo de la cuenca minera. Tampoco fue la clase obrera quien falló; se vio reducida a la inmovilidad, igualmente, por la dirección.

La actitud de los dirigentes socialistas en Oviedo y Gijón fue, en suma, idéntica a la de los dirigentes nacionales: huelga general pacífica, lejos de toda pretensión insurreccional, sin acordarse que existía un poder político que habían prometido tomar. De lo contrario, la insurrección habría comenzado en los dos centros urbanos, Oviedo y Gijón, antes o al mismo tiempo que en la cuenca minera. ¿Qué intención insurreccional cabe achacar a una dirección que deja tomar por la fuerza pública las dos ciudades claves, y espera que los mineros vengán a conquistarlas? Habiendo iniciado en ellas la insurrección, las pérdidas cuantiosas de la toma de Oviedo hubieran podido evitarse, y el cuartel de Pelayo no habría permanecido abierto a las tropas de López Ochoa, que allí encontraron seguro abrigo. En Gijón el retraso causó la derrota de la insurrección. La pertinaz lucha de los grupos (principalmente anarquistas), que se batieron mal armados, nada pudo contra una fuerza represiva a la que se había dado tiempo de tomar todas las medidas necesarias para contener la insurrección. Al llegar a los alrededores de Gijón algunos grupos de mineros, las fuerzas gubernamentales ya habían dominado la situación. La flota de guerra pudo disponer a su antojo de El Musel y desembarcar más tropas contra los sublevados.

No, la dirección provincial socialista no pudo tener propósito insurreccional, porque su actuación en las dos ciudades principales, donde dominaba, fue precisamente la misma que en Madrid, y la más útil a las fuerzas del orden gubernamental. Las declaraciones de los jefes socialistas procesados más tarde corroboran plenamente esta afirmación. Si la insurrección triunfó y se sostuvo hasta que el Gobierno lanzó contra ella 40.000 forajidos del tercio extranjero y regulares moros, se debió a la decisión de la masa y de los dirigentes medios en la cuenca minera., y a la dinamita de que disponían. De este modo, la dispersión de la clase obrera en pequeños núcleos, y su aislamiento de los principales centros políticos, que en general es una importante desventaja para el movimiento revolucionario, convirtiéndose en Asturias en una ventaja y fue la razón principal del carácter insurreccional del movimiento. Porque distantes los mineros del freno burocrático agazapado en las dos ciudades principales, pudieron actuar por su cuenta y poner los dirigentes ante el hecho consumado de la insurrección.

A la misma conclusión se llega observando las formas adquiridas por el movimiento en el resto del país. Dondequiera que el brazo burocrático es débil, o allí donde no llega, rompe el proletariado la mansedumbre que le impone la dirección, y da al movimiento un cariz insurreccional y un contenido socialista. Se puede establecer esta regla general para caracterizar nacionalmente el movimiento de Octubre de 1934: a mayor dispersión o debilidad de los organismos burocráticos, mayor fuerza insurreccional y más rasgos netamente socialistas. En Madrid mismo, donde la dosis de paqueo recetada por los socialistas amenazó por momentos convertirse en verdadero estado insurreccional, es en los barrios extremos, que debido a la inorganización mantenían poco o ningún contacto con los

comités local, provincial y nacional. Careciendo de armas, sin la dinamita que propició los primeros triunfos a los obreros astures, enfrentados a un conjunto de fuerzas gubernamentales muchísimo más potente y mejor organizado, los obreros de Madrid no podían triunfar, como los de Asturias, sin plan centralizado y contra la voluntad de su dirección. En Cataluña no ocurre nada serio en las principales ciudades, pero en otras secundarias y en muchos pueblos el proletariado toma el poder. En Bilbao, cuyos alrededores abundan en pueblos industriales, el cuadro de Asturias se repitió en menor escala. La capital estaba en huelga pacífica mientras en los pueblos el proletariado se sublevaba triunfalmente, desarmaba las fuerzas gubernamentales, tomaba posesión del poder. En diversos pueblos, se organizaron columnas obreras que se pusieron en camino de Bilbao con el fin de ayudar a los obreros de la ciudad a derrotar las fuerzas gubernamentales, con quienes les creían en lucha. Invariablemente, las columnas fueron obligadas a retroceder hasta sus pueblos de origen por los dirigentes socialistas, quienes les aseguraron que «todo va bien», que debían «esperar órdenes» y no precipitarse. Mientras tanto, en Bilbao, los socialistas se habían limitado a declarar la «huelga general con paqueo para mantener la tensión», según declaró confidencialmente a los anarquistas, un joven dirigente socialista⁵⁷. Poco después las fuerzas gubernamentales tomaban la ofensiva, venciendo el movimiento en los pueblos. Cuando el proletariado marcha dirigido por una organización oportunista, su capacidad de lucha está en relación inversa con la importancia de los focos burocráticos de la organización dirigente.

Volvamos a Asturias. En poco tiempo se apoderaron los mineros de la fábrica de cañones de Trubia, de la de fusiles de La Vega y la de dinamita en La Manjoja. Treinta mil fusiles caídos en su poder por este medio, más los quitados a las fuerzas gubernamentales, no bastaba para cubrir las necesidades del movimiento. El ejército revolucionario engrosaba continuamente. Los cañones que pudieron haberse fueron inmediatamente emplazados contra el enemigo, pero su eficacia fue poca. Careciendo casi totalmente de espoletas, los proyectiles no podían dañar más que haciendo blanco directo. En La Felguera, varios carros blindados, modelos intuitivamente ideados, fueron construidos rápidamente. Eran los primeros tanques construidos en España. Bien pronto hízose sentir la falta de fusiles y municiones. Las posibilidades de fabricación eran limitadísimas en comparación con las necesidades. La dinamita y las bombas de mano volvieron a ser, como en los primeros momentos, el principal elemento de lucha. Una invención vino a suplir en cierta medida esta grave deficiencia. Se construyeron inmediatamente aparatos lanzabombas, con los que se pudo atacar al enemigo desde cierta distancia. Es interesante recordar que durante el medio mes de duración de la comuna asturiana, estos aparatos fueron diversas veces perfeccionados y mejorados en calidad y potencia.

Pero a pesar de sus sacrificios y de su combatividad sobrehumana, el proletariado astur estaba condenado a la derrota. Habiendo capitulado la Generalidad sin que los obreros catalanes tomaran el movimiento en sus manos, reducido por los socialistas, en Madrid, a una indigna parodia, estrangulado en Bilbao, inerte el campo desde la derrota de julio, el Gobierno se sintió, desde el tercer día, seguro de sí mismo y capaz de sobrevivir. Convencido de que ningún peligro corría ya en el resto de España, concentró su atención y sus fuerzas armadas contra los insurrectos asturianos. Desconfiando, no sin razón, de las tropas españolas, el Gobierno encomendó la vanguardia en la lucha contra los mineros, a los moros, y a los aventureros del tercio extranjero, precipitadamente traídos de Marruecos unos y otros.

Tres columnas iniciaron la marcha sobre Oviedo. López Ochoa, desde Galicia, tomó Grado; por el sur avanzaba el general Boch, partiendo desde León; por el este atacaba el coronel Solchaga; días después, seguro Gijón en manos del Gobierno, desembarcaban más tropas por su puerto, El Musel. Más de cuarenta mil hombres, perfectamente pertrechados, con abundante artillería, auxiliados por toda la aviación del ejército, fueron lanzados contra los revolucionarios, que no disponían de más que pocos e inservibles cañones, de algunas ametralladoras, y de fusiles y municiones limitados. La única arma que no escaseó al ejército revolucionario fue la dinamita. Con ella casi exclusivamente, tuvo muchos días a raya a las tropas gubernamentales, y aun retardó sus progresos obligándolas a retroceder. Donde el terreno era favorable, no pudieron pasar las tropas hasta que, dada la orden de retirada por el Comité Revolucionario, los obreros les dejaron el paso libre. El general Boch, obligado a avanzar por una zona montañosa, fue inmediatamente detenido y bloqueado en Vega del Rey por la milicia revolucionaria enviada a su encuentro. En seguida quedó incomunicado de su base de operaciones, Campomanes.

Muchos días los revolucionarios no podían disparar sus fusiles por falta de municiones. No obstante, en algunos sitios la situación de los gubernamentales fue difícil, particularmente en Vega del Rey. Dos veces hubieron de parlamentar con los revolucionarios, que les intimaban a rendirse. Lo hubiesen hecho de no haber tenido la evidencia

⁵⁷ Obra citada de Manuel Villar.

de que en el resto de España el movimiento había fallado. En ambos parlamentos, los gubernamentales razonaron así su negativa: «¿cómo podemos rendirnos si sólo en Asturias hay insurrección?» Sin la orden de huelga pacífica en el resto de España, el ejército no hubiese opuesto gran resistencia al proletariado. El Gobierno, en los documentos oficiales que sobre Asturias editó después, se vio obligado a inventar ridículas patrañas para ocultar que sus fuerzas se habían visto forzadas a parlamentar con los revolucionarios, y que estuvieron a punto de capitular. Como ocurriría en 1936 con el episodio del Alcázar de Toledo, los sitiados de Vega del Rey, a quienes sólo sostenía el miedo de rendirse a revolucionarios que serían pronto derrotados, fueron convertidos oficialmente en mártires y héroes de voluntad férrea.

Por el noroeste, López Ochoa no se atrevía a atacar de frente. En lugar de tomar el camino más corto a Oviedo, describió varios grandes rodeos apoderándose de pueblos pequeños que le sirvieron de apoyo y le guardaron la espalda. Así llegó hasta Avilés, desde donde se dirigió a la capital. Por otra parte, la aviación empezaba a castigar terriblemente a los revolucionarios. Los revolucionarios carecían por completo de medios para combatirla. Los aparatos bombardeaban a placer, causando estragos horribles, sobre todo entre la población no combatiente. Con el auxilio de los bombarderos, las fuerzas gubernamentales concentradas en el cuartel de Pelayo, en las afueras de Oviedo, pudieron resistir y alejar el cerco de los revolucionarios, quienes se aprestaban a tomarlo por asalto a fuerza de bombas de mano. Esta circunstancia fue causa de la aguda carencia de municiones que continuamente padecieron los insurrectos, pues en el cuartel mencionado se encontraban almacenadas grandes cantidades. Otro resultado de la conducta de la dirección provincial socialista.

La insurrección asturiana estaba aquejada de una grave contradicción. Con la toma de Oviedo la dirección pasó al Comité Provincial socialista, compuesto por bonzos reformistas de mentalidad enteramente extraña a un hecho revolucionario de aquella índole, y además ineptos en grado extremo. La insurrección, que el Comité Provincial no había deseado, le fue impuesta por el hecho consumado de los mineros. Esa contradicción trabó continuamente la acción militar y las medidas políticas del proletariado. Insurrección y reformismo son nociones antitéticas. Si por contingencias de la lucha de clases una dirección reformista se ve arrastrada hasta la cabeza de una insurrección, no halla que hacer con ella, descubre bruscamente la miserable desnudez de sus ideas burguesas, cuando se requieren torbellinos de ideas revolucionarias, se reconoce parte de todo el pasado que la insurrección ha de enterrar, se apega a él como una lapa, se siente irresistiblemente inclinada a desertar. Una dirección de esa clase era la dirección socialista asturiana. Los nombres apenas interesan; son reformistas del montón, ni mejores ni peores que otros muchos, llevados por las circunstancias a atraer sobre sus cabezas el desprecio debido al reformismo político en general. ¿Qué hechos, qué ideas revolucionarias cabía esperar de un González Peña, de un Belarmino Tomás? La pregunta misma es baldía, aun si quitamos el calificativo y dejamos sólo la palabra *ideas*.

Por propio impulso, la acción del proletariado destruía las instituciones del Estado y la propiedad capitalista. El poder se basaba en los comités obreros locales, se apoyaba en el proletariado armado, y la propiedad era en general incautada sin ningún género de formalidades. Pero el Comité Provincial se mostró incapaz de sistematizar esta obra decretando la anulación de las leyes burguesas, la disolución del viejo Estado y de sus cuerpos coercitivos, incluyendo el ejército, la expropiación de la propiedad capitalista, y de la tierra en beneficio de jornaleros y campesinos pobres. Esta última medida, decretada a tiempo, hubiese podido surtir rápidos efectos en Galicia, región de campesinado pobre, y dificultar los avances de López Ochoa. Con toda la inepticia de sus componentes, el Comité Provincial habría pensado en tomar esas medidas si la promesa socialista de instaurar la dictadura del proletariado no hubiese sido una añagaza. Sólo pensó, por el contrario, en atenuar la acción revolucionaria. De ello hicieron más tarde los dirigentes socialistas un arma de defensa ante los jueces. Teniéndolo en cuenta, la burguesía les salvó del piquete de ejecución, mientras numerosos militantes de fila o dirigentes medios pasaban impávidamente por él, después de haber aceptado ante los jueces su responsabilidad de revolucionarios⁵⁸.

La contradicción entre la dirección reformista y la insurrección estalló bruscamente el día 11 en una deserción casi general de dirigentes. Los avances de López Ochoa, la acción redoblada de la aviación, y la convicción, ya segura, de que Asturias estaba sola, revelaron las inclinaciones íntimas del Comité Provincial. El día 11 decretó la liquidación del

⁵⁸ Recordemos algunas de aquellas respuestas dadas a los tribunales capitalistas por combatientes sin nombradía, respuestas cuchicheadas de boca en boca durante meses, que tanto contribuyeron a rehacer la moral del proletariado: ¿Era usted quien disparaba con una pistola desde tal sitio? ó Sí, no tenía un fusil o una ametralladora. ó ¿Qué ha hecho usted de su fusil? ó Lo he escondido para la próxima ocasión. ó ¿Reconoce usted haberse sublevado contra el poder legalmente constituido? ó No había otra manera de hacer la revolución.

movimiento y abandonó su puesto. Fue una verdadera huida al sálvese quien pueda. Muchos Comités Locales, siguiendo el ejemplo, desertaron también. Sus componentes se dieron a la búsqueda del escondite o la escapatoria personal. So pretexto de «salvar los más responsables», se abandonaba la insurrección al caos, y a la feroz represalia del Gobierno los militantes efectivamente revolucionarios, aquellos que habían tomado la iniciativa en la cuenca minera.

Entonces se produjo otra rápida y admirable acción del proletariado asturiano. Lejos de amedrentarse, perder la cabeza y desertar él mismo, procedió, como el día 5, por multitud de iniciativas anónimas. Por doquiera, nuevos Comités improvisados tomaron en sus manos la dirección de la lucha armada y de la administración. La burguesía los llamó después los «comités extremistas», porque, en efecto, los componían lo más avanzado del proletariado astur. En ciertos lugares, se dio el caso insólito y vergonzoso para los desertores, que el nuevo Comité, o una asamblea general, mandaba buscar y detener a los dirigentes fugitivos. Encontrados, eran devueltos en algunos casos a sus puestos y obligados a desempeñar sus funciones; en otros eran arrestados. Tal fue la verdadera ejecutoria de muchos héroes reformistas, sin excluir el Comité Provincial. La desertión de los Comités fue así rápidamente contrarrestada por la masa, y todo pasó como si no hubiese existido. Al proletariado astur le cabe el mérito de haber hecho una insurrección triunfante contra la voluntad de sus dirigentes, y el mérito mucho mayor, de haberse sobrepuesto a la desertión de esos mismos dirigentes, en un momento en que la insurrección iba visiblemente a ser aplastada, estando atacada por las cuatro direcciones y sabiéndose abandonada del resto de España.

No fue infructuosa la reacción de los obreros. Devueltos a sus puestos algunos dirigentes, sustituidos por otros de más temple y decisión la mayoría, la defensa contra las tropas de López Ochoa pudo prolongarse aún ocho días. Hubo tiempo de pensar y organizar la retirada, de ocultar armas, de salvar militantes. Finalmente, la impresión de fuerza que al enemigo se dio, permitió parlamentar con él y poner un fin honroso al movimiento, en lugar de dejarlo morir cobardemente por la desbandada decretada el día 11. Cuando el día 18, tras una entrevista entre López Ochoa y los delegados del Comité Provincial, se ordenó terminar la insurrección, el proletariado asturiano había salvado el prestigio de la revolución y ganado la apertura de una nueva lucha. El manifiesto que puso fin al movimiento habla un grave lenguaje que contiene ya el germen de una futura sublevación: «Consideramos necesaria una tregua en la lucha... esta retirada nuestra, camaradas, la consideramos honrosa pero indispensable. Al proletariado se le puede derrotar, pero vencer, jamás». La reacción de la masa obrera, el día 11, impuso ese final digno. Dadas las circunstancias nacionales, era un triunfo. La victoria de la reacción era precaria y vergonzosa. En su última palabra el proletariado asturiano anunciaba el 19 de Julio de 1936.

No necesito relatar la represión feroz que siguió a la ocupación de Oviedo y de la cuenca minera por López Ochoa. Libros y folletos de la época la han descrito minuciosamente. La reacción se vengó bárbara, vesánicamente. Los regulares moros y los legionarios del tercio extranjero entraban a saco, asesinando sin distinción de sexo ni edad, robando, violando. El convenio entre López Ochoa y el Comité Provincial, por el que el primero se comprometía a ocupar la cuenca minera haciendo marchar los regulares y legionarios a retaguardia, fue respetado formalmente, pero las atrocidades iban en aumento de día en día. La guardia civil añadió su contribución haciendo asesinatos en masa. Igual que en la Edad Media los jefes militares otorgaban a sus tropas mercenarias derecho de saqueo, durante cierto tiempo, en las ciudades culpables de resistencia, así la reacción otorgó a sus mercenarios derecho libre de pillaje, derecho de asesinato e incluso derecho de violación. Hubo familias completamente exterminadas, desde el recién nacido hasta el abuelo. Hubo infinidad de hombres torturados y apaleados hasta la muerte por «las tropas del orden». Hubo centenares de asesinatos y entierros clandestinos. Fiel a sí misma, la burguesía, cuando peligran sus privilegios y sus instituciones, cae sobre los revolucionarios con ferocidad refinada.

Tampoco me detendré a admirar la integridad y resolución con que los revolucionarios comparecieron ante los tribunales. No hubo entre ellos la voz elocuente de una Luisa Michel o de un Karl Liebknecht. Pero la reciedumbre de ellos se multiplicó, dando a los jueces respuestas enérgicas, tajantes, henchidas de desprecio por el enemigo vencedor. Cada hombre se sentía orgulloso de lo que había hecho y prometía en sus respuestas volver a comenzar. En fin, con su heroísmo combativo, con su retirada ordenada, con su enérgica actitud ante los tribunales, el proletariado astur redujo la victoria reaccionaria a proporciones mínimas; sobre todo la deshonoró. El Gobierno salía de Octubre sin haberse consolidado firmemente, como esperaba.

Lo que importa sobre todo es establecer un juicio crítico de Octubre, de sus posibilidades e imposibilidades. Casi todos los libros publicados, al respecto son relatos más o menos felices de los acontecimientos, sin ninguna pretensión

crítica. Solamente dos se aventuran en este dominio, ambos para negar, con argumentos varios, la posibilidad material de triunfo. En primer lugar el libro de Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución*, al que ya me he referido; en segundo el del socialista, entonces de izquierda, A. Ramos Olivera: *La revolución española de octubre*. Ambos libros se proponen justificar la derrota arrojando la culpa sobre las condiciones objetivas. Los dos autores, por razones diferentes, han evitado poner el dedo en la llaga, a saber, la conducta de la dirección socialista. Y sin abordar la conducta de la dirección de un movimiento, su estimación y su análisis en general se hacen imposibles desde el punto de vista revolucionario. Donde faltan condiciones objetivas de triunfo, cualquier cosa que la dirección haya hecho o una insurrección simbólica o una manifestación simbólica también, una huelga de pataleo, un poco de paqueo o unos petardos para ver temblar los guardias⁵⁹ está bien; basta con relatarlo y justificar el fracaso echando mano de las socorridas condiciones objetivas.

Maurín se deja enteramente llevar por la corriente justificacionista. La conclusión de su libro es que faltaban condiciones objetivas y subjetivas de triunfo. No tiene en cambio ninguna crítica seria para la dirección socialista, el factor subjetivo de más peso en los acontecimientos, sin duda porque él mismo no está exento de responsabilidad subjetiva, como ya he señalado al tratar los hechos en Cataluña. Da una apariencia de validez a su tesis equiparando el Octubre español con las jornadas de julio durante la revolución rusa de 1917. La comparación es de todo en todo artificial, porque, la similitud entre ambos hechos es limitadísima y superficial; la disimilitud amplia y profunda.

No hay más puntos de contacto entre el Octubre español y el Julio ruso que haber sido provocados ambos por los gobiernos existentes, y el carácter defensivo que para los respectivos proletarios tuvieron. Pero, analizadas, estas similitudes superficiales se convierten también en disimilitudes. Ante todo, el gobierno provocador ruso era totalmente diferente del gobierno provocador español. Estaba aquél fundamentalmente compuesto por dirigentes obreros reformistas; éste, por dirigentes burgueses de los partidos de extrema derecha. Se trataba, para el primero, de incitar el partido revolucionario a una lucha decisiva, sorprendiéndolo impreparado; en España, por el contrario, fue el Partido socialista quien estuvo amenazado durante un año con una lucha decisiva, mientras el Gobierno y la reacción se lanzaron a la provocación contando con que, como en ocasiones anteriores, el Partido socialista faltaría a sus promesas insurreccionales. En Rusia, el carácter defensivo de las jornadas de Julio era un hecho objetivo dado por la correlación real de fuerzas; en España era un resultado de la actuación de la dirección socialista. Allí el Partido Bolchevique no perdía ocasión de modificar la correlación de fuerzas en favor del proletariado, con el objeto de tomar la ofensiva; aquí el Partido Socialista impidió con su táctica de quietud (todo está ya en orden⁵⁹), que el proletariado llegase a tomar la ofensiva. En Rusia fueron las masas quienes, precipitándose, se lanzaron a la calle, y el Partido Bolchevique quien se puso a la cabeza de ellas para impedir un triunfo total del enemigo, lo que logró; en España fue el Partido Socialista «izquierdizado» quien anunció y prometió la insurrección, y el mismo Partido Socialista quien abandonó las masas a la provocación reaccionaria. Finalmente, en Rusia hubiese sido un suicidio aceptar la lucha armada cuando la revolución iba alcanzando su punto culminante y ofensivo a través de los soviets; en España hubiese sido un suicidio no aceptar la lucha armada, porque el ministerio del 4 de Octubre era un golpe de Estado reaccionario. De ese suicidio se salvó el proletariado español gracias a la actuación de Asturias; la dirección socialista hizo lo necesario para que se consumara. No, las condiciones objetivas no contaban sino favorablemente en pro del proletariado. Fue la parte subjetiva, los partidos y hombres que dirigían el movimiento, quienes las desperdiciaron y produjeron la derrota.

Por cuenta del pseudo-revolucionarismo caballerista, Ramos Oliveira ensaya otras justificaciones. Su libro es una serie de contorsiones hercúleas destinadas a quitar la responsabilidad de su partido y descargarla... sobre las masas. La miseria de sus argumentos no puede satisfacer más que a los responsables de la izquierda socialista.

«Pero si se estudian las circunstancias que rodean el levantamiento se para en la conclusión de que el genio organizador no habría podido llenar el enorme vacío de la inhibición de las masas»⁵⁹ o asienta sin pestañear. Ante una afirmación semejante se siente uno tentado de dejar caer algunas interjecciones, pero teniendo en cuenta el esfuerzo teórico del autor, único en el socialismo español, hay que devolverle el razonamiento teórico de rebote.

Si se estudian seriamente «las circunstancias que rodearon el levantamiento», se deduce indiscutiblemente que el Partido Socialista fue un inhibido permanente, desde el mismo día que Largo Caballero pronunció el discurso que abrió paso a la radicalización. El Partido Socialista se inhibió ante el problema de las Alianzas Obreras, negándose a convertirlas en órganos democráticos de poder obrero, y a extenderlas en escala nacional, siquiera en la forma raquítica y burocrática en que las admitió; se inhibió ante la demostración fascistoide de El Escorial, actuando sólo en

⁵⁹ Obra citada. pág. 97.

el último instante, a la fuerza, improvisadamente y restando así volumen y consecuencias a la acción obrera; se inhibió aún más gravemente durante la huelga campesina, rompiendo a favor del Gobierno la unidad combativa de las masas; se inhibió ante el movimiento general de reivindicaciones cotidianas, importante propulsor de toda revolución, estúpidamente combatido desde *El Socialista*; se inhibió nuevamente en septiembre, improvisando otra vez en el último instante una huelga que bien preparada hubiese logrado una reculada considerable de la reacción; se inhibió vergonzosamente el día mismo para el que prometiera la insurrección, dando orden de *huelga general pacífica*, sin contar con la opinión de la Alianza Obrera; se inhibió durante la noche del 4 al 5 y durante todo el día 5, cuando millares de trabajadores estaban en la calle decididos a todo, cuando aún no era tarde para emprender una acción insurreccional seria. En una palabra, las masas respondieron a las apelaciones de la dirección socialista mucho mejor de lo que podía esperarse dada la calidad de esa dirección. Que estuvieron presentes siempre que se las requería, lo demuestra la propia campaña del socialismo contra las luchas parciales. ¿De qué se trataba en esa campaña, de «llenar el enorme vacío de la inhibición de las masas», o de vaciar un lleno excesivo para las intenciones del Partido Socialista? Con la orden de huelga general pacífica está contestada esa pregunta. La inhibición recae íntegra sobre los fanfarrones que prometieron una revolución que se negaron a preparar desde el primer día hasta el último, y una insurrección dejada por ellos en amago con el objeto de que el señor Alcalá Zamora reflexionase y pidiese la dimisión al Gobierno recién formado. ¿O, acaso, quiere decir Ramos Oliveira que las masas debieron haber hecho la insurrección a pesar de la orden de huelga pacífica y a pesar de haber sido mantenidas desarmadas por el Partido Socialista? Seguramente lo habrían hecho, si, como en Asturias, hubiesen dispuesto de un mínimo de armas. Pero a eso no puede llamársele inhibición, sino desgraciada dependencia de los inhibidos...

Oliveira echa mano de la huelga campesina como uno de los malos antecedentes que rodearon el levantamiento de Octubre. Según él, «la huelga general campesina fue, en principio, un error», pero es incapaz de señalar concretamente por qué. Su afirmación, como la de cuantos han expresado ese criterio, identifica error con fracaso. Puesto que los campesinos sufrieron una derrota, la huelga fue un error; es su único argumento subyacente. Lógica de la inercia y el justificacionismo la misma que hacía verter a Plejanof lágrimas de pesar, tras la revolución derrotada de 1905, en Rusia.

Pero la derrota de los campesinos fue aún menos inevitable y debida a las condiciones objetivas, que la del proletariado en Octubre. Ya hemos hablado de las condiciones políticas imperantes, favorables a un movimiento susceptible de cambiar el rumbo político sin llegar a la insurrección. La existencia del gobierno Samper era la expresión misma de la indecisión política, de lo provisional. El saldo de la lucha de clases decidiría de su caída, por la derecha o por la izquierda. La huelga campesina fue un momento extraordinariamente propicio para precipitar su caída por la izquierda, con lo que la ofensiva hubiese pasado decididamente al movimiento obrero. Pero aun aceptando que el momento no hubiese sido propicio, una vez declarada la huelga campesina, el deber de un partido revolucionario era ponerse a su cabeza, darle el máximo de apoyo para alcanzar el triunfo o disminuir las proporciones de la derrota. Porque, una vez victorioso de los campesinos el Gobierno, el proletariado quedaba aislado, necesariamente a la defensiva, y la sustitución del Gobierno a merced de la reacción. El gabinete del 4 de Octubre fue un resultado directo de la derrota de los campesinos. Por el contrario, de haber encontrado éstos apoyo en el proletariado, con toda probabilidad los acontecimientos hubiesen seguido su rumbo inverso; al menos se habría hecho todo lo posible por lograrlo. Y miente quien pretenda que el proletariado no estaba en condiciones de prestar ese apoyo. La masa obrera de Madrid se sintió vivamente turbada al conocer la negativa del Partido Socialista, porque quería y esperaba la acción. Pero Ramos Oliveira tiene que liquidar el crucial problema de la huelga campesina con una superficial mención de «error», porque cogió la pluma con el propósito preconcebido de justificar la conducta de su partido, el principal responsable.

Nos da la mejor muestra de la falsedad de su análisis, al tratar la actitud del ejército. El ejército falló, por eso Octubre tenía que fracasar. Y para justificarlo se cuelga moños teóricos malemployando esta cita de Trotsky:

No hay duda que la suerte de una revolución se decide en una etapa determinada por la actitud del ejército. Las masas desarmadas o armadas apenas no pueden salir victoriosas sobre un poder militar numeroso, disciplinado, bien armado y dirigido por oficiales.

Aislando la cita, Oliveira hace decir a Trotsky lo contrario de lo que Trotsky ha pensado, escrito y practicado. En una etapa determinada, sí, la revolución se decide por la actitud del ejército, es decir, por el paso a las filas insurrectas de importantes contingentes de soldados. Pero ese paso está determinado, durante la etapa

inmediatamente anterior, por la descomposición introducida en el ejército capitalista por la actividad general del movimiento revolucionario, y en la etapa decisiva, en el momento insurreccional, por la actitud misma de los revolucionarios. Penetración previa del ejército y decidida lucha insurreccional, he ahí las condiciones indispensables al paso de la parte explotada del ejército a las filas revolucionarias. La iniciativa no puede provenir del ejército sino de la masa civil. En su contexto, la cita de Trotsky quiere decir que la actividad general preinsurreccional de la revolución, más la actividad insurreccional misma, producen la descomposición del ejército, punto final de la resistencia del Estado capitalista, que en esos momentos no tiene otro apoyo que el de las armas.

Ahora bien, la actividad general preinsurreccional impuesta por el Partido Socialista era la más propia para preservar de la descomposición el ejército capitalista. Recuérdense las declaraciones de Caballero sobre la Alianza Obrera, contrarias a su transformación en órganos democráticos de dirección revolucionaria, los artículos adormecedores de «Un Militante», el continuo estupefaciente: «todo está ya en orden», los editoriales de *El Socialista* contra las huelgas y las luchas parciales en general. Todo eso sólo podía preservar el ejército capitalista del germen de la descomposición revolucionaria. Y en el momento decisivo el Partido Socialista impidió la insurrección en Madrid y Bilbao, como la Generalidad, y en menor grado la Alianza Obrera, la impidieron en Cataluña. ¿Cómo podía producirse el paso del ejército a una insurrección inexistente? No, nadie tiene derecho a decir que el ejército falló, porque ni siquiera se le dio la oportunidad de volver sus armas contra el gobierno reaccionario. Es una indignidad arrojar la culpa del fracaso sobre las masas y sobre el ejército, cuando no se tiene ni una palabra de crítica para la conducta del factor decisivo, la dirección, casi totalmente detentada por el Partido Socialista. Fue precisamente esa dirección la que determinó la impotencia de las masas, y la actitud puramente expectante del ejército.

Por lo demás, todo el mundo sabe, y el propio Oliveira lo reconoce, que los soldados simpatizaban en extremo con la revolución. Junto a cada soldado que conducía un tranvía en Madrid iba un oficial vigilante pistola en mano. En Asturias, tras los primeros triunfos, los soldados de las guarniciones pasaban fácilmente a los revolucionarios. Los sargentos Vázquez y Tudor pagaron con la vida su comportamiento heroico. Pero tampoco allí podía producirse una descomposición general del ejército, porque los soldados sabían que en el resto del país el Gobierno dominaba la situación. Aun así, López Ochoa no se atrevió a poner en vanguardia de ataque los soldados de quintas. Sólo podía confiar en los moros y en los desclasados del tercio.

«A los republicanos catalanes ô termina diciendo el justificador socialistaô los venció, como a los socialistas austriacos, la artillería, y a los mineros asturianos no los derrotó López Ochoa, ni el tercio extranjero, ni los regulares, sino la aviación»⁶⁰.

Uno a uno iba contando la Generalidad los cañonazos que le disparaban las fuerzas gubernamentales, hasta ajustar el número mínimo indispensable para que su insurrección pudiese siquiera ser llamada simbólica. Y en cuanto a los asturianos, tampoco los venció la aviación, sino la orden de huelga general pacífica dada por el Partido Socialista en todo el país. Los pseudo-revolucionarios recurren siempre a la superioridad de armas del enemigo para justificar las derrotas; pero si se investiga, se descubre lo que he puesto de relieve a través de este capítulo: la causa principal de la derrota es la política falsa, oportunista y capituladora, de los dirigentes que tuvieron en sus manos el movimiento. El arma superior a todas, que rige la eficacia de las armas mortíferas, es una política revolucionaria completa, inequívoca, e impetuosa en los momentos de lucha. Cuando se ha practicado la más incompleta, equívoca y blandengue de las políticas, no se tiene derecho a hablar de la aviación y la artillería como elementos determinantes de la derrota. Tendré oportunidad de tratar más extensamente el problema de las relaciones entre la política y los elementos materiales, en ocasión de la guerra civil, cuya solución reaccionaria los responsables han achacado también a la superioridad armamental del enemigo.

Lo que en el fondo quiere decir Ramos Oliveira, es que el ejército debió haber tomado la iniciativa y hecho la insurrección que no se atrevió a hacer la radicalizada dirección socialista. Coincide así teóricamente, ignorándolo o a sabiendas, con la práctica de su propia tendencia política. El quietismo, las tácticas misteriosas y el pseudo-blancismo que durante el período preinsurreccional fueron defendidos desde las columnas de *El Socialista*, y por

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 156.

los delegados reformistas en la Alianza Obrera, constituían parte de una concepción no socialista de los objetivos de la insurrección.

Ahí radica toda la explicación de Octubre. Teniendo en cuenta la amplitud de la radicalización de las masas, su capacidad combativa, las características provisionales de los gobiernos existentes, la debilidad relativa de la reacción, y, sobre todo, la afloración general de la conciencia socialista, es absolutamente indudable que se pudo haber llegado al momento insurreccional, no sólo con las mayores posibilidades de triunfo, sino con todas las condiciones para que el triunfo hubiese significado la revolución socialista. Pero, a despecho de su bullicio radicalizante, la dirección socialista nada hizo por encauzar el movimiento en ese sentido. Se opuso sistemáticamente a todas las luchas que hubiesen podido debilitar la parte adversa, ahogó en su propio regazo los nacientes órganos del poder revolucionario, se negó a la creación de una verdadera milicia obrera, y guardó un silencio tan sepulcral como sintomático sobre la necesidad de desarmar y disolver los institutos represivos del Estado capitalista, incluyendo el ejército. En una palabra, el Partido Socialista, diciendo orientarse a la revolución social, se oponía a todas las medidas prácticas apuntadas a ella. Restringía y desorganizaba el movimiento de masas, en lugar de ampliarlo y articularlo. Excelente ejemplo de cómo el factor subjetivo puede concretizarse objetivamente en el curso de un período revolucionario. Y lo mismo se concretiza para mal, como en 1934 y 1936, que para bien. Lo objetivo y lo subjetivo son frecuentemente barajados a tontas y a locas en el movimiento obrero. Conviene colocarlos en sus determinaciones recíprocas para impedir que los empleen de mampara los responsables de las derrotas revolucionarias. Teóricos superficiales sentencian: Octubre no podía triunfar porque faltaban condiciones objetivas y subjetivas. ¿A qué condiciones objetivas se refieren, a las económicas, dadas por la evolución histórica anterior? No, porque eso condenaría como absurda y utópica, toda perspectiva socialista en la actualidad. Ni los más vergonzosos reformistas se atreven a afirmarlo. Se refieren a aquellas condiciones objetivas que son una primera concretización de la actividad subjetiva revolucionaria. Las condiciones objetivas que faltaron en Octubre ô órganos democráticos de poder, milicia obrera, cohesión en escala nacionalô , dependían todas del factor subjetivo. En éste y no en los factores objetivos están las causas de la derrota. La generación de la historia no es un movimiento automático, en el que la oposición de los factores: madurez del capitalismo, más existencia del proletariado, den por cociente: triunfo de la revolución socialista. Es preciso, como decía Marx, empujar al despeñadero la vieja sociedad. Dadas las condiciones históricas actuales, la responsabilidad por el fracaso de un movimiento recae sobre su dirección, sobre todo cuando, como fue el caso de la dirección radicalizante socialista, es seguida por la abrumadora mayoría de las masas explotadas.

Tras el necio «todo está ya en orden», que presidió la política de esa dirección, se ocultaba, no el designio de la toma del poder político por el proletariado, sino el de vuelta a la coalición republicano-socialista, quizás bajo la presidencia de un líder de la izquierda «bolchevizonte». Teniendo por mira el ejercicio del poder desde el Estado burgués, no la destrucción del mismo, la dirección socialista necesitaba sabotear con fórmulas engañosas la progresión del movimiento revolucionario. Añadamos, para que la verdad sea completa, que el stalinismo, el anarquismo y el centrismo bloquista, desde sus respectivas posiciones, fueron incapaces de contrarrestar la sorda labor de zapa del socialismo. En el mismo error incurrió, más por falta de actividad que de ideas, la Izquierda Comunista.

Por todo ello, el movimiento de Octubre no podía triunfar *como revolución socialista*, es evidente. Pero con eso no está dicha la última palabra. Sí pudo triunfar, en cambio, como insurrección de objetivos limitados. A despecho de la dirección, las masas obreras respondieron en Octubre con unanimidad y energía suficientes para echar abajo el poder constituido. Pudo haber sido rechazada la reacción, impuestas la disolución de las Cortes y la convocatoria a nuevas elecciones con un Gobierno de extrema izquierda burguesa, quizás bajo la presidencia de Largo Caballero. Semejante victoria parcial habría creado condiciones muy parecidas a las de Julio de 1936 en nuestra zona, con la ventaja inmensa de que no hubiese existido zona franquista o reaccionaria, ni guerra civil propiamente dicha. En toda España, la dualidad de poderes, a través de las Alianzas, se habría inclinado casi decisivamente del lado proletario, como en Julio de 1936. El proletariado se hubiese encontrado al borde de la toma del poder político.

Fue eso, sin duda, lo que temió el Partido Socialista, lo que instintivamente le hizo dar, en el último momento, orden de huelga pacífica. No se atrevió a luchar con decisión, insurreccionalmente, siquiera por su objetivo inconfeso de reconstitución de la coalición republicano-socialista. Esa es la causa de la derrota sufrida por las

masas. ¡Qué nadie se deje deslumbrar por las reverberaciones de las «condiciones objetivas», cabalísticamente empleadas por los justificadores!

CAPÍTULO IX

RECUPERACIÓN DE LAS MASAS Y RECOMPOSICIÓN POLÍTICA EN LAS FILAS OBRERAS

Asturias, reafirmémoslo, salvó al proletariado español de una derrota decisiva. La rebeldía, aunque fracasase mil veces, es siempre un ejemplo fructífero, que tiende necesariamente a repetirse en mayor escala y triunfar. La derrota misma se convierte en propulsor de un nuevo ataque. Erguida en el desierto de la inhibición reformista, la insurrección astur sublevó la admiración y la esperanza de un nuevo ataque general.

Todas las organizaciones obreras, políticas y sindicales, fueron clausuradas, sus bienes confiscados; los ayuntamientos socialistas y obreros en general, destituidos, y en su lugar el ministerio de Gobernación nombró elementos radicales o cedistas; unos 30.000 hombres fueron encarcelados, varios millares más, despedidos de sus trabajos como represalia política; el estado de alarma, la supresión de los periódicos obreros y la censura de prensa quedaron instalados permanentemente; en todo el país, las fuerzas del orden infligían torturas abominables a los revolucionarios, particularmente a Asturias. Pero la represión misma sirvió de reactivo a las masas. Aún se oía en los calabozos de Asturias el gemido lúgubre de los hombres torturados, cuando en Madrid la fuerza pública tenía que hacer frente otra vez a manifestaciones obreras, y la policía no se daba abasto a descubrir la actividad clandestina de las organizaciones.

Tres meses después de la derrota, los sindicatos clausurados cobraban las cuotas de sus afiliados tan regularmente como antes, y el socorro a los presos recaudaba grandes cantidades. Al llegar las fiestas de fin de año, la cárcel modelo de Madrid se abarrotó de jamón, mazapán, embutidos y toda clase de vinos procedentes de donativos de las organizaciones o personales. En muchos distritos agrícolas, los trabajadores libres entregaban regularmente los jornales de los encarcelados a sus respectivas familias, o trabajaban gratuitamente sus tierras, si las tenían. Los presos políticos eran los héroes mimados y admirados de la nación. Incluso los responsables de la derrota, por el solo hecho de estar encarcelados, recuperaron gran parte de la simpatía perdida en Octubre.

Seis meses después era ya evidente que la reacción se vería obligada a retroceder. La entrada de Gil Robles al Gobierno como ministro de la Guerra no alteró la situación política en beneficio de la reacción. Más bien al contrario. El ministro saliente, el radical Hidalgo, hizo revelaciones desprestigiosas para sus correligionarios y para la C.E.D.A.

Es bien conocido el capítulo ominoso de las rapacerías radicales. No necesito insistir aquí. Baste decir que la venta de empleos, las concesiones de obras públicas y transportes a compañías con presidentes radicales y cedistas, el soborno generalizado como nunca se había visto en el país, y el famosísimo y escandaloso asunto del «estraperlo»⁶¹, etc., etc., socavaron rápidamente el poder de la reacción. Explotados a fondo por el movimiento obrero y los republicanos de izquierda, ensuciaron de tal forma al Gobierno que ni los reaccionarios se atrevían a defenderlo. Desde luego, toda la pequeña-burguesía le fue hostil.

Ante la repulsa y el desprecio de la opinión general, no sólo de la obrera, el propio Partido Radical, base del Gobierno, empezó a crujir. Los «republicanos históricos» se revelaban vulgares rateros; los católicos, terratenientes y militares de la C.E.D.A., aliados, encubridores y copartícipes de las raterías de aquellos. Y como simultáneamente

⁶¹ Para los lectores extranjeros convendrá explicar que el «estraperlo» era un aparato de juego maravillosamente adaptado para arruinar los jugadores. El Gobierno Lerroux-Gil Robles había otorgado a un austríaco derecho para explotar el aparato en un casino de las islas Baleares. Lugar bello y climatológicamente privilegiado, habría atraído todos los ricos desocupados de Europa, en un momento en que Monte Carlo estaba clausurado. Los líderes del Partido Radical y del Gobierno eran cómplices.

renacía la actividad del movimiento obrero, empujando hacia la izquierda, la escisión del Partido Radical era la única salvación para algunos de sus líderes. Tras largas vacilaciones, Martínez Barrio, lugarteniente de Lerro, su criatura política, se desolidarizó de su partido y del Gobierno. Dividida la reacción, desde ese momento la muerte del Gobierno y la disolución de las Cortes era sólo cuestión de tiempo.

El proceso contra Azaña también contribuyó a debilitar las filas reaccionarias. Como todos los republicanos burgueses. Azaña se habla mantenido expectante ante el movimiento de Octubre, dispuesto a condenarlo y apoyar la acción gubernamental si se insinuaba como movimiento proletario, o a sumársele si lo que insinuaba era la restauración del bloque republicano-socialista. La reacción, cerril y estúpida a la española, trató de acusarlo por la fingida sublevación de la Generalidad catalana, con el único objeto de satisfacer la venganza de los pocos sanjurjistas que habían pasado más de un año en la cárcel. Los debates parlamentarios a que dio lugar el proceso, por ser Azaña diputado, ridiculizaron a la reacción y dieron ocasión a los republicanos llamados de izquierda de sentirse importantes y reforzar sus casi inexistentes filas. Azaña, odiado año y medio antes, recuperó prestigio. Se perfiló como el jefe de un futuro gobierno de coalición. Pero recordaré algo que socialistas y stalinistas (éstos acababan de lanzarse de cabeza a la charca del colaboracionismo), arrobados por «las dotes de estadista» del señor Azaña, ocultaron deliberadamente. En uno de sus discursos de defensa, reprochando a los reaccionarios que se atrevieran a acusarle, les espetó: «Tratáis de ensuciarme ahora, pero ¿no tendréis que recurrir a mí para salvaros cuando la revolución os amenace?»⁶². Mientras Azaña expresaba en alta voz el cometido contrarrevolucionario de su «izquierdismo», socialistas y stalinistas lo aupaban en las andas de su propaganda, presentándolo a las masas como el salvador providencial. Se venteaba ya el frente popular.

Volvamos al movimiento obrero. Durante todo el año de 1935 se produjeron en su seno cambios ideológicos y reagrupamientos orgánicos que iban a ser decisivos en la marcha ulterior de la revolución española, y por repercusión de ésta en todos los acontecimientos europeos. Nadie, hasta ahora, ha fijado la atención sobre esos cambios, elemento crucial en la historia mundial desde 1934 acá, porque de la derrota o la victoria de nuestra revolución, dependía la orientación del mundo hacia la guerra imperialista o hacia la revolución internacional. En los cambios ocurridos durante ese año en el movimiento obrero español se encuentra potencialmente la derrota de la revolución, apunta la guerra hoy en curso, espantosa carnicería en la que millones de hombres se matan estúpidamente, con el único objeto de decidir qué grupo de negros ha de esclavizar el mundo y tomar en sus manos la batuta de la contrarrevolución.

Hubo cambios más o menos pronunciados en todos los sectores obreros, y todos ellos contribuyeron, en mayor o en menor medida, a la futura derrota de la revolución española. El más importante de todos como factor antirrevolucionario es el cambio de rumbo del stalinismo, reflejo de la voluntad del gobierno de Moscú. Arrojava en el platillo de la burguesía el peso enorme del Estado ruso, que aún gozaba del inmenso prestigio de la revolución bolchevique. Será también el factor stalinista el que más contribuya internacionalmente a estrangular los movimientos revolucionarios que surjan de la actual guerra. Por eso debo acordarle primacía en el análisis.

Remedando al stalinismo internacional, el español se había desgañitado calificando de social-fascistas a los reformistas y negándose a toda acción de frente único con ellos. Apenas llegadas las nuevas directivas de Moscú, dio una voltereta y se puso bruscamente a solicitar la fusión del Partido stalinista y el Partido socialista. Tiraba por la borda la palabrería pseudo-radical de la víspera, y sacando a luz su propia naturaleza pedía un solo partido con el podrido reformismo. El reformismo no había cambiado, el stalinismo sí. Hizo suyas las teorías y prácticas reformistas, cuya esencia puede resumirse así: renuncia expresa a la revolución proletaria y leal colaboración con la sociedad capitalista y su Estado. A partir de ese momento el stalinismo ha sido, para la conservación del decadente capitalismo, mucho más útil que el reformismo.

La causa motora de ese cambio está en la degeneración de la revolución rusa. Hasta entonces, la burocracia stalinista gobernante en la U.R.S.S., consciente o inconsciente de su naturaleza termidoriana, seguía empleando la terminología bolchevique y guardando formalmente los objetivos revolucionarios. No hay duda de que el termidor ruso, al principio, tuvo menos conciencia de sí mismo que el termidor francés; seguramente porque el carácter socialista de la revolución le oponía obstáculos superiores. Sin embargo, toda contrarrevolución tiende forzosamente a reconocerse y confesarse tal, al llegar a un punto determinado de su desarrollo. Ese punto lo alcanzó la camarilla stalinista con la etapa de los frentes populares. Al mismo tiempo, la U.R.S.S. ingresó en la «cueva de bandidos» (Lenin) llamada Sociedad de Naciones, y Stalin tranquilizaba a la gran burguesía mundial asegurándole que «el

⁶² Cito de memoria, seguro de conservar la substancia.

comunismo no es un artículo de exportación». En realidad tampoco lo era de consumo nacional. Esa política exterior expresaba el triunfo interior de la contrarrevolución. La defensa militar de la patria burguesa y la supeditación al Estado burgués fue la cima ideal asignada a los partidos stalinistas de los países no enemigos de la U.R.S.S. Quienes tuvieran en lo sucesivo la osadía de luchar por la revolución socialista, de oponerse a la guerra imperialista o de estimular la lucha de clases, serían sencillamente acusados de agentes de la Gestapo. Así resuelve el stalinismo el conflicto ideológico con sus enemigos de la izquierda... mientras no puede asesinarlos.

La burocracia del Kremlin dio a sus secuaces internacionales, como móvil inmediato del cambio, el imperativo de la defensa de la U.R.S.S. frente a la guerra amenazante. ¿Pero, qué clase de régimen es aquel que necesita, para defenderse, traicionar la revolución mundial y lanzar el proletariado a la matanza en beneficio de sus explotadores? Evidentemente, obrando así, los gobernantes del Kremlin sólo tenían en cuenta la defensa de sus propios intereses como intereses distintos a los de la revolución de Octubre. Un país revolucionario, aun teniendo aliados burgueses, sólo puede considerar éstos como aliados secundarios y vacilantes, prestos a revolverse contra él a la primera ocasión. Su aliado principal y permanente debe ser el proletariado mundial en lucha irreductible contra el capitalismo. Así considerada, la defensa de la U.R.S.S. exigía un reforzamiento de la lucha de clases, tanto en los países enemigos como en los «amigos». La victoria de la U.R.S.S. no consistía tanto en la derrota militar del adversario como en la destrucción de su sistema capitalista por su propio proletariado. Revolucionariamente, victoria debería significar extensión de Octubre rojo en escala internacional. Así, al adoptar la política pro-capitalista de los frentes populares, la burocracia stalinista traicionaba a la vez la revolución internacional y la revolución rusa. Su esquema de defensa de la U.R.S.S. tenía por mira principal salvarse como casta usurpadora y contrarrevolucionaria de los múltiples peligros que la guerra había de hacer surgir. Se ha de ver claramente antes o inmediatamente después de que termine esta guerra. Moscú se convertirá en uno de los principales promotores de la contrarrevolución mundial, y el proletariado soviético, para impedir que su victoria se vuelva contra sí mismo, tendrá que demoler implacablemente todo el edificio stalinista y restaurar sobre bases más firmes que antaño la democracia soviética.

Por cualquier lado que se la mire, la nueva política representaba un reconocimiento expreso, por parte de la burocracia, de su propia naturaleza contrarrevolucionaria. Su evolución degenerativa había llegado ya a la última fase del bonapartismo, tras la cual ha de venir, ya la decadencia social, ya la destrucción del bonapartismo por las masas soviéticas. El propio Kremlin puso un empeño vesánico en convencer de su nueva fe reaccionaria a las potencias capitalistas del mundo. La expulsión de Trotsky y el aniquilamiento de la Oposición de Izquierda habían sido sólo un preludio a las grandes falsificaciones procesales iniciadas en 1936. La burocracia tenía que ahogar en sangre el viejo partido de Lenin, incompatible con el bonapartismo stalinista a pesar de su degeneración. Punto por punto como en la revolución francesa, los termidorianos se erigieron en jueces de los revolucionarios, y los fusilaron o los asesinaron en nombre de una revolución para estrangular la cual necesitaban deshacerse de ellos. Muchas decenas de miles de hombres en el Partido y en el ejército fueron implacablemente ejecutados, centenares de miles deportados a Siberia. El termidor francés acusó a los jacobinos de ser agentes de Pitt, mientras preparaba un entendimiento con él; el termidor stalinista pretendió hacer creer al mundo que los viejos bolcheviques eran agentes de Hitler, al mismo tiempo que preparaba el pacto Hitler-Stalin de 1939. Los termidorianos franceses fueron mirados con simpatía por la feudalidad europea, exactamente como los termidorianos rusos fueron saludados con beneplácito por la burguesía internacional. Los más abyectos representantes del capitalismo, desde un Hitler y un Mussolini hasta un Churchill y un Davies o un Roosevelt, exultaban de júbilo ante los procesos de Moscú, sancionándolos aún sin creerlos, o precisamente por no creerlos.

Lo característico de termidor es el auxilio que le prestan, sobre todo en su primera etapa, una parte de los revolucionarios. Los jacobinos, que se sumaron a la Gironda para decretar el arresto de Robespierre y su grupo, decretaban aplazadamente su propia sentencia de muerte, o su abyección siempre acentuada en manos de la contrarrevolución, tal un Fouché. Los bolcheviques que posibilitaron la derrota de la Oposición trotskista pronunciaron al mismo tiempo su sentencia de muerte, y alguno de ellos, tal un Radek, ha superado en abyección todo lo conocido en la revolución francesa. Es difícil, si no imposible, reaccionar contra el termidor después de haber condescendido con él, porque las fuerzas sociales capaces de aniquilarlo han sido ya ahogadas para determinado número de años. Parece que Zinovief, poco antes de su primer proceso, declaró haber cometido el error más grande de su vida combatiendo la Oposición encabezada por Trotsky. Demasiado tarde; la muerte le acechaba de cerca tras la casaca de Stalin, como acechaba a Tujachevsky cuando trató de disipar la leyenda de un Stalin, forjador del Ejército

Rojo y artífice de la victoria durante la guerra civil. Cualquiera de los viejos bolcheviques hubiese podido decir de Trotsky y la Oposición mucho más de lo que Baboeuf decía al hebertista Bodson respecto del Comité de Salud Pública robespierrista «Je m'en veux d'avoir autrefois vu en noir, et le gouvernement révolutionnaire, et Robespierre, Saint-Just, etc... leur gouvernement dictatorial était diablement bien imaginé»⁶³.

Además de estas semejanzas entre los dos temidores, el ruso ha sido mucho más sanguinario y falaz que el francés. No se debe sólo a las características psicológicas de Stalin, su principal representante. La causa principal está en la naturaleza misma de la revolución rusa. Una revolución proletaria transforma las bases económicas de la sociedad mucho más profundamente que una revolución burguesa. La primera es hecha por y para el proletariado; la segunda es hecha principalmente por la masa artesana y campesina, pero no para ellas, sino para la burguesía en primer término. El objeto de la revolución burguesa no es la nivelación de las clases, sino la generalización de las relaciones de propiedad capitalista, con la consiguiente división en proletariado y burguesía. Pero el objeto de la revolución proletaria es la nivelación y la desaparición de las clases y del Estado, ese organismo coercitivo producto de centenares de siglos de esclavización de unas clases por otras. Así, mientras el termidor burgués no hacía más que desembarazarse de los elementos revolucionarios no burgueses, consolidando al mismo tiempo la generalización de las relaciones sociales capitalistas, el termidor ruso destruye la obra esencial, toda la perspectiva de la revolución, reintroduciendo todo aquello mismo que ésta debía destruir para siempre, la separación en clases, y llevando hasta extremos sin precedentes la tiranía del Estado. El termidor de la revolución proletaria necesitaba muchísima más violencia que el de la revolución burguesa, porque éste era una emanación de las relaciones de propiedad capitalista, entonces progresivas, mientras aquél, emanación de los escombros de la vieja sociedad, se erige contra las relaciones de propiedad establecida por la revolución socialista. En el termidor francés tenía cabida la progresividad limitada de la revolución burguesa, mientras que, siendo la revolución proletaria el acto supremo de emancipación de la humanidad, el termidor stalinista adquiere un total y feroz carácter antihistórico. La obra realizada en la U.R.S.S. por la revolución oponía al termidor resistencias enormes, y al mismo tiempo, la hostilidad de los gobiernos capitalistas exigía de él pruebas contundentes. Para vencer las unas y convencer a los otros, el gobierno del Kremlin tuvo que derramar torrentes de sangre y de calumnias. Ya triunfante el termidor stalinista, en 1928, sir Austin Chamberlain le instaba a continuar su obra, declarando en la conferencia internacional de Ginebra que Inglaterra no podía entrar en tratos con Rusia por la sencilla razón que «Trotsky aún no ha sido fusilado junto a un muro»⁶⁴. Stalin satisfizo con creces esa condición, exterminando toda la vieja guardia bolchevique y haciendo asesinar a Trotsky por uno de sus mercenarios.

Política y socialmente, en la Internacional Comunista y en el interior de la U.R.S.S., varias fases se sucedieron antes de alcanzar la repugnante putrefacción reaccionaria de hoy. No podemos detallarlas aquí. Baste indicar la directriz, el esquema general del desarrollo termidoriano. Debutó la burocracia apoyándose en las capas más retardatarias del campesinado y oponiéndose a la industrialización planificada preconizada por la Oposición trotskista. «Campesinos, enriqueceos: al socialismo a paso de tortuga» ô eran las consignas de Stalin-Bujarin, entonces pareja determinante. En efecto, los campesinos se enriquecían, pero no yendo al socialismo, siquiera a paso de tortuga, sino el capitalismo a toda carrera. En conjunción con los elementos capitalistas urbanos ponían en peligro los cimientos del nuevo Estado amenazando una restauración capitalista directa, sobre la base de las clases pre-octubrinas. La burocracia misma ocurría el riesgo de ser destruida por la derecha. Para conjurar el peligro, se vio obligada a aceptar el plan opositor de industrialización, envolviéndolo debidamente en el retrato de Stalin. Es ésta la fase que ha dado al stalinismo su fisonomía definitiva, sus contornos pérfidos y brutales, su sino antihistórico de contrarrevolución burocrática. Planificando la economía del país, industrializándolo, la burocracia suprimía el peligro de restauración capitalista procedente de las clases poseyentes pre-octubrinas; en eso se veía obligada a obedecer al impulso de 1917. Pero, casta privilegiada ella misma dentro del sistema soviético, impuso a la planificación un gravamen siempre creciente de rapiñas legales o extralegales. Desde sus primeros pasos en la vida política la burocracia ha ido distanciándose económicamente, año tras año, de las masas trabajadoras. A medida que se completaba su dominio, la planificación derivaba en su provecho, perdía los caracteres de planificación para el consumo, funcionaba con arreglo a las leyes del capital, se convertía en economía dirigida por y para los intereses de la casta privilegiada, en una

⁶³ «Me echo en cara el haber visto mal, antaño, el gobierno revolucionario y Robespierre, Saint-Just, etc... su gobierno dictatorial estaba pijoteramente bien ideado».

⁶⁴ De la revista americana *The Nation*, primero de febrero de 1928.

palabra, destruía los fundamentos de la revolución de Octubre. El proletariado había sido desposeído del poder político en un largo proceso que culminó en una expulsión, del seno del Partido Comunista ruso, de la Oposición trotskista y en su exterminio físico. La segunda usurpación burocrática fue la completa supresión de la intervención de las masas en la dirección de la economía. Estos dos procesos tuvieron como contrapartida forzosa una fantástica acumulación de privilegios y derechos económicos por la burocracia, y un despotismo sanguinario y totalitario para defenderlos. Al acercarse la guerra, la burocracia stalinista era ya, económica y políticamente, el polo extremo reaccionario de la sociedad soviética; no hay ni puede haber otro, dados los antecedentes del país.

De los intereses del stalinismo ruso, a los que rápidamente fue sometida la Internacional Comunista, sólo podía emanar una política concorde con su grado particular de degeneración. En sus manos, la Komintern nunca tuvo una política cabalmente revolucionaria. Donde quiera surgía un movimiento revolucionario, el stalinismo parecía actuar de la manera más conveniente para que fracasase. Condujo miserablemente al fracaso la revolución china, cuyo triunfo habría asestado un golpe terrible a todos los imperialismos; intervino negativamente en los primeros años de la crisis revolucionaria española, hizo lo mismo en cuantos países asiáticos o europeos las masas se pusieron en marcha, y finalmente, teniendo en cuenta que de la social-democracia sólo se podía esperar capitulación, fue el principal responsable del triunfo del fascismo en Alemania⁶⁵. Hasta entonces, los fracasos de la Internacional Comunista habían aparecido como debidos a la incapacidad, y así los juzgó el movimiento opositor (trotskista) internacional. Pero ya en Alemania apareció como una traición deliberada, al menos por lo que atañía a Moscú. El Partido Comunista alemán fue inducido, primero, a hacer el frente único con los nazis en contra de la social-democracia, después a rehuir toda acción común con la social-democracia para rechazar el nazismo creciente, y finalmente, el Partido alemán fue equipado con consignas de tipo nazi, tales como «revolución nacional», y sistemática mente preparado para no ofrecer resistencia a la toma del poder por Hitler. Cabe preguntarse si en las anteriores derrotas revolucionarias no hubo más parte deliberada que oportunismos o incapacidad inconscientes, cual creyó la Oposición de izquierda. En todo caso, es innegable que la burocracia del Kremlin sintió claramente mayor peligro en la revolución proletaria alemana que en el triunfo de Hitler. Y lo dejó escalar el poder sin presentarle batalla, cuando disponía de muy poderosos contingentes obreros.

A partir de ese momento, una de las principales preocupaciones del Kremlin ha sido preservarse del triunfo de la revolución social en cualquier país del mundo, con ayuda de sus mercenarios «comunistas». Un gobierno revolucionario se hubiese preocupado, ante todo, de «cercar a Alemania fascista de un potente anillo de bastiones proletarios», como proponía León Trotsky⁶⁶, impulsando la revolución en los países colindantes. Stalin, por el contrario, declaró sin rubor que «la subida de Hitler al poder aceleraría la revolución en Alemania», y acto seguido, liquidó toda veleidad revolucionaria en la Internacional Comunista imponiéndole la política traidora de los frentes populares. El enorme triunfo de la contrarrevolución mundial que fue la instauración de Hitler, no podía acendrar el espíritu revolucionario de Moscú, y por consecuencia de la Internacional Comunista, porque el propio stalinismo era el ariete de la contrarrevolución rusa. Un gobierno revolucionario habría considerado su salvación en función de los progresos del proletariado internacional, y hubiese puesto en ellos mayor cuidado y empeño que antes; el gobierno burocrático necesitaba el statu quo, más aún entre las clases que entre las naciones. De un conflicto entre éstas podía salir airoso aliándose a unas contra otras, pero nunca de un choque entre proletariado y burguesía, si la segunda era derrotada. La subida de Hitler al poder hizo aflorar a la conciencia de la burocracia stalinista, ya en pleno período bonapartista, sus profundas tendencias contrarrevolucionarias. Reacción burguesa y reacción stalinista antibolchevique se relacionan y determinan entre sí en la arena de la sociedad internacional.

He ahí el venero real de la política de frentes populares. Al ponerla en circulación el séptimo y último congreso de la Internacional Comunista, inauguraba la era de complicidad directa y consciente del stalinismo mundial con la decadente sociedad capitalista. Para ambos la suerte está echada; juntos morirán o se salvarán.

En el capítulo siguiente analizaré el frente popular como política concreta. Para los fines de éste baste afirmar asertoriamente que se trataba de la eterna política filoburguesa de la II Internacional, que ya había costado numerosas derrotas al proletariado. El reformismo pútrido, la política traidora de excusas y aplazamientos continuos de la

⁶⁵ Desde meses antes, los líderes stalinistas declaraban en el parlamento y en la prensa que el principal peligro fascista ya había pasado, que en unos cuantos meses de poder, Hitler se gastaría y entonces se haría la revolución. También los líderes socialistas desarmaron moral y materialmente al proletariado con declaraciones de porte semejante.

⁶⁶ *La tragedia del proletariado alemán*. Marzo 1933.

revolución en nombre de la democracia burguesa, adquirió en el stalinismo una potencia y una perfidia que nunca pudo alcanzar en el socialismo. El partido stalinista se lanzó a predicar el frente popular y la democracia burguesa. El socialismo español se precipitó al encuentro de la mala nueva stalinista, llegando hasta la fusión orgánica de las respectivas organizaciones juveniles. Oficialmente, la organización unificada quedaba afiliada a la III Internacional. Reformismo social-demócrata y contrarrevolución stalinista encontraban un terreno común. Así, en medio de la recuperación general de las masas, acercándose la ofensiva revolucionaria más poderosa de la historia de España, la segunda en magnitud e importancia mundial después de la revolución rusa, la organización que a los ojos de las masas representaba aún el Octubre rojo enfilaba su nave, a todo vapor, contra la revolución proletaria. Esa es la primera de las recomposiciones políticas ocurridas en las organizaciones obreras, premisa de la sublevación militar y la victoria final de Franco.

La segunda tuvo lugar en el socialismo. Pasados los acontecimientos de Octubre, el reformismo volvió a entrar en sí mismo haciendo pública promesa de colaboración con el Estado burgués y reanudando sus cabildeos con los partidos republicanos. Un tanto por inercia y otro tanto por necesidades de disfraz, había conservado una parte de la fraseología revolucionaria, pero ya con la perspectiva confesa de reconstruir el bloque democrático-burgués. La exterioridad radicalizante seguía en boga particularmente en la juventud, en cuya base existía, sin duda, un sano aunque nebuloso sentimiento revolucionario. Sin embargo, carente de expresión política y orgánica, se ahogó en la resaca colaboracionista staliniano-reformista.

Ciertamente, el reformismo español no necesitaba estímulos para poner zancadilla, una vez más, a la revolución social. Pero le hubiera sido difícil desdecirse de su anterior verbalismo radicalizante sin perder sus mejores elementos, si un solo partido revolucionario hubiese conservado una intransigente posición anticolaboracionista y llamado a la ruptura orgánica con los capituladores. Precisamente lo más característico de este período, viéndose ya apuntar la guerra civil, es el deslizamiento a la derecha de todas las organizaciones obreras. No se encontró ninguna, ni chica ni grande, capaz de señalar el camino y de emprenderlo decididamente. El Partido Socialista logró meter de nuevo todas sus huestes en el caparazón reformista, sin ninguna dificultad de importancia. Aun teniendo en cuenta la política errónea de las demás organizaciones, le hubiera sido imposible esa reconversión sin costo, de no haber recibido el esfuerzo y la bendición del Partido Comunista. En el momento más propicio para la ruptura de importantes contingentes de jóvenes y adultos con el reformismo, el stalinismo les hacía dar media vuelta y retornar a él. La nueva política, el frente popular o la mentada «democracia de nuevo tipo», ¿qué era sino el eterno estupefaciente servido a las masas de todos los países por la II Internacional? Pero ahora reaparecía ante el proletariado español usurpando el prestigio de la revolución rusa y de los años bolcheviques de la Internacional Comunista. El reformismo triunfaba en toda la línea. Moscú santificaba y sobrepasaba la política proburguesa seguida por la Segunda Internacional desde 1914.

Adaptarse al molde dado por el stalinismo, dejarse halagar por él, era tanto más conveniente cuando que la reorganización reformista se hacía en nombre del bolchevismo, bandera revolucionaria por excelencia. Largo Caballero oía sonriente que se le llamara «el Lenin español», la prensa socialista no tenía empacho en hablar de «bolchevización del Partido», y éste mismo vio con beneplácito la consigna stalinista: una sola clase, un solo partido. Su significado real, una sola burocracia, un solo partido y una misma política pro-capitalista, oculto para las masas, servía para atarlas más sólidamente al colaboracionismo. Apareciendo a la zaga del «bolchevismo» stalinista, el reformismo seguía siendo fiel a sí mismo, y adoptaba el mejor ardid para liquidar las tendencias revolucionarias del período anterior.

Fue en la Juventud donde, por haberse llegado hasta la fusión orgánica, la llamada bolchevización reveló toda su mendacidad y produjo peores frutos. No hubo tal bolchevización, sino stalinización; no progresó políticamente la Juventud, sino que regresó. Poco después de consumada la fusión, ocupaba posiciones más conservadoras que antes. Evidentemente, una parte de la Juventud Socialista, si no toda, hubiese podido desprenderse totalmente del reformismo y llegar a integrarse en una organización revolucionaria bolchevique, caso de haber sacado todas las conclusiones políticas y orgánicas que se deducían del anti-reformismo y el anti-stalinismo mostrado por ella en ocasiones anteriores. Pero entre sus dirigentes había más arribistas que militantes honrados. Para algunos de ellos, la fusión con el stalinismo era la perspectiva cierta de una buena carrera burocrática. Dos principalmente, Carrillo y Melchor, que después han prosperado como mercenarios de Moscú, se entregaron rápidamente al stalinismo, traicionando las aspiraciones de la base. La fusión dejó atrapado lo mejor del socialismo español en los grilletes del

Partido «Comunista», cuya llave guarda invariablemente la G.P.U. Lo vago revolucionario de la juventud, que nunca llegó a expresarse consciente y consecuentemente, quedó amurallado entre el stalinismo y el reformismo y aplastado bajo el peso de su común política procapitalista. Cuando, más tarde, sintiendo la burocracia reformista el peligro de absorción total por la burocracia stalinista, reaccionó tímida mente contra él, el impulso revolucionario de la Juventud se había perdido; lo que no era todavía stalinismo volvió a ser puramente reformismo, sin que entre los dos hubiese una esencial línea política de demarcación.

Tal es la segunda de las recomposiciones políticas que propiciaron la constitución de aquella gigantesca trampa que para la revolución proletaria fue el frente popular.

También el anarquismo se deslizaba callada y quizá inconscientemente a la derecha. Era, sin embargo, una evolución que no fructificaría completamente hasta después de comenzada la guerra civil. La evolución reaccionaria del stalinismo y la involución sobre sí misma de la izquierda socialista, condujeron directamente a la creación del frente popular; la del anarquismo contribuyó muy poderosamente a impedir la ruptura de las masas con él. Y sin esa ruptura las masas estaban condenadas a una derrota espantosa. De ahí la importancia de los cambios ocurridos en la C.N.T. y la F.A.I.

Se barruntaba ya el fin del apoliticismo. La abstención en las elecciones de 1933 y el aislamiento voluntario de todo el año 1934 fueron sus últimos estertores. En la conciencia de las masas anarco-sindicalistas, moría el apoliticismo asfixiado por su propia negatividad. La experiencia anterior había mostrado que la abstención, lo que el anarquismo ha llamado conducta apolítica, no es más que una pésima forma de intervención pasiva, ventajosa para el enemigo de clase. Habría sido una evolución positiva muy útil a la revolución, si la C.N.T. hubiese considerado entonces la política y sus relaciones con el Estado con un criterio de clase. Existían tendencias en ese sentido. En determinados medios confederales se abría camino la idea de la dictadura del proletariado. Pero debido a los fallos ideológicos propios del anarquismo, dominó una inconfesa tendencia política abstracta, sin contornos de clase, que seguiría el ejemplo colaboracionista del reformismo social-demócrata.

Por el momento, lo único consciente en la C.N.T. era la imposibilidad de abstenerse en las próximas elecciones. Pero no podía reconocerlo públicamente y tomar posición y participación independientes sin profanar las ideas o más prejuicios que ideas o propagadas por ella durante decenios. Eso la incapacitó para plantearse francamente el problema de la intervención en política, abrir una discusión en su seno y tomar rumbo consciente y decididamente. La discusión, cuando menos, hubiese permitido la constitución de un ala política revolucionaria. La falta de franqueza en la actitud favoreció a los elementos más oportunistas dentro de la C.N.T., y en el movimiento obrero favoreció al ala derecha pro-capitalista, próxima a condensarse en el frente popular. Más de seis meses antes de la disolución de las Cortes reaccionarias, era evidente que la C.N.T., temerosa de tomar su propia responsabilidad política, votaría las candidaturas de la coalición staliniano-burgueso reformista. Después de esto, su incorporación al frente popular sólo era cuestión de tiempo y condiciones.

Este cambio ideológico de la C.N.T., sordo al principio, adquirirá una importancia enorme y gravísima para el proletariado durante la guerra civil. La característica del anarquismo español, su fuerza y su superioridad frente al reformismo claudicante, había sido la energía con que practicó la lucha de clases cotidiana. Únicamente el apoliticismo le cerraba el camino de una victoria decisiva sobre el reformismo y sobre la sociedad burguesa. Guiada por los conceptos políticos del marxismo revolucionario, la C.N.T. se hubiese sobrado para asegurar la victoria de la revolución en España. Guiada por los falsos conceptos políticos o que no apolíticos o del anarquismo, adoptó la misma política claudicante y colaboracionista del reformismo, precisamente cuando la situación convergía hacia la ofensiva revolucionaria más profunda y decisiva. Esta es otra de las premisas que permitieron al frente popular desempeñar su función de estrangulador del proletariado.

Una de las más importantes recomposiciones se operó en los partidos minoritarios, en la Izquierda Comunista, tendencia IV Internacional, y en el Bloque Obrero y Campesino, tendencia centrista. Si se tiene en cuenta que las organizaciones socialistas, stalinista y anarquista estaban, por razones varias, incapacitadas para organizar la revolución, se comprenderá la importancia de una organización revolucionaria pequeña. Desde la primera de las revoluciones burguesas, la inglesa en 1648, hasta la primera de las proletarias, la rusa de 1917, todas sin excepción han sido la obra de organismos minoritarios o inexistentes al comenzar los acontecimientos. Por razones que no voy a analizar ahora, las organizaciones grandes han carecido siempre de la ideología y la fuerza combativa necesaria para

hacer triunfar la revolución⁶⁷. La experiencia de las masas, que en épocas de crisis social progresa aceleradamente, las convence de la impotencia política, cuando no de la falsedad deliberada, de los organismos mayoritarios. El triunfo revolucionario va precedido de una traslación de la mayoría. La ganan las organizaciones revolucionarias pequeñas al paso que las pierden las oportunistas conciliadoras. Naturalmente, este proceso requiere la existencia previa de una organización revolucionaria, por pequeña que sea. Allí donde, por ausencia de ésta, el proceso de traslación de la mayoría no ha podido efectuarse, la revolución ha terminado en fracaso. Esto no excluye por completo que pueda existir desde antes de la revolución una organización de masas auténticamente revolucionaria. Pero no por mucho tiempo; la irreductibilidad entre ella y la sociedad capitalista degenerada es tal, que la coexistencia no puede prolongarse. O la organización revolucionaria destruye la sociedad capitalista, o ésta destruye y reduce nuevamente aquélla a partículas de ofensividad mínima.

La Izquierda Comunista tenía una ideología, y cuadros de militantes jóvenes en formación, que le hubiesen permitido transformarse en la organización básica de la revolución, a condición de no marchar en falsa dirección ella misma. Desde su fundación, en 1930, había ganado un gran prestigio entre lo más avanzado de la clase obrera española. En lo general, sus críticas del socialismo, el stalinismo y el anarquismo, habían sido justas; su programa de reivindicaciones cotidianas y de preparación de la toma del poder político era el único existente.

Durante la radicalización socialista, el prestigio y la influencia de la Izquierda Comunista progresaron aceleradamente. La masa de la Juventud, para quien el curso a la revolución voceado desde arriba tenía un valor efectivo, veía en la Izquierda Comunista un modelo de organización a seguir. Los propios liderzuelos que han venido a ser corrompidos stalinistas estaban obligados a declararlo públicamente. El stalinismo les acusaba ya de trotskistas, antes de comprender que en ellos se trataba sólo de juguetes demagógicos forzados por el ambiente de la base, propicio a la Izquierda Comunista. La base, en efecto, sin consideraciones oportunistas ni demagógicas, se orientaba a la ruptura con la Segunda Internacional y a la afiliación a la Cuarta. Un congreso regional, celebrado en una de las provincias de Castilla la Vieja, tomó una resolución en ese sentido. El órgano juvenil de Madrid, *Renovación*, repetía semana tras semana que los trotskistas eran los mejores revolucionarios y los mejores teóricos en España, invitándolos reiteradamente a ingresar en la Juventud y el Partido Socialistas para precipitar la bolchevización. Empezaba a ser claro, para lo más avanzado de la masa obrera, que el trotskismo era la dirección revolucionaria idónea indispensable al triunfo de los oprimidos⁶⁸. La perspectiva de la Izquierda Comunista era en extremo placentera.

No se precisaba ser un genio previsor para comprender que la conquista de la Juventud Socialista era el primer paso para la conquista de la mayoría de las masas obreras y campesinas. Trotsky lo vio, y aconsejó a los partidos y grupos de la IV Internacional, en los países donde se había producido radicalización, ingresar en el socialismo con el objeto de recoger el sentimiento revolucionario surgido en su seno y darle forma completa. Por sí solo, este sentimiento estaba destinado a morir de nuevo a manos del reformismo y del stalinismo. La Izquierda Comunista no supo ser bastante dúctil para ir a su encuentro y precipitar la conquista de la mayoría. Fue un error de vastas consecuencias.

La primera de ellas fue una crisis debilitadora en su seno. Con excepción de Esteban Bilbao, los más prestigiados dirigentes, los que más experiencia tenían, se opusieron obstinadamente al ingreso. Sólo Bilbao y un grupo de jóvenes en formación eran favorables a él⁶⁹. En medio de la represión siguiente a Octubre, con pésimas condiciones de discusión nacional, ésta se prolongó interminablemente, sin que nunca se hiciera a fondo y general; La organización, no viendo más que indecisión e inercia, perdió cohesión y entusiasmo y perdió también algunos núcleos. Aun así, fue necesario el voto de un grupo de militantes procedentes del stalinismo, que entraron a la Izquierda Comunista durante la discusión sobre el ingreso al socialismo, para dar en Madrid la mayoría a los adversarios de él. En provincias, sobre

⁶⁷ En España había una excepción parcial: a la Confederación Nacional del Trabajo, no le faltaba energía combativa; pero en cuanto a ideología, era la indigencia misma. De ahí su fracaso.

⁶⁸ Debo referir un caso personal muy ilustrativo de la tendencia imperante en la Juventud Socialista. Siendo yo representante de la Izquierda Comunista en la Alianza Obrera, miembros del Comité madrileño de la Juventud me propusieron ingresar en ésta. Argüí que me gustaría, pero que no ingresando sino yo personalmente, sólo podía aceptar previo consentimiento de mi organización, y en caso de que se me permitiese seguir desempeñando mis funciones de militante de la misma. Los proponentes estuvieron conformes sin el menor regateo, hasta tal punto consideraban ligado su destino revolucionario al de la organización trotskista. Desgraciadamente, la Izquierda Comunista se negó a autorizar mi ingreso, so pretexto de mayor utilidad, y hube de someterme a la disciplina.

⁶⁹ Quiero testimoniar aquí mi sentimiento de amistad y respeto a Esteban Bilbao, fundador del Partido Comunista y de la Izquierda Comunista, que supo comprender y proponer el ingreso en la organización socialista, varios meses antes de Trotsky.

todo allí donde había mayor masa de militantes, una minoría se pronunció afirmativamente, pero le faltó decisión para romper la disciplina, a pesar de la gravedad del problema. Únicamente el grupo minoritario de Madrid dio el paso de entrada a la Juventud. Era ya algo tarde, y el grupo demasiado pequeño, para desplegar la lucha y ganar la influencia necesaria.

En efecto, los líderes de la Juventud habían entrado en conciliábulos con el stalinismo y empezaban a palpar las ventajas materiales que éste les aportaría. En cuanto a la base, lejos de ver claro, consideraba el acercamiento al stalinismo como un paso práctico efectivo hacia la bolchevización. Sin duda, el ingreso en masa de la Izquierda Comunista hubiese contrarrestado la influencia deletérea y engañosa del stalinismo y de los arribistas a lo Carrillo, propiciando una ruptura radical, política y orgánica, entre ellos y los elementos revolucionarios. Pero Andrés Nin y Juan Andrade, principales dirigentes de la Izquierda Comunista, prefirieron evitar los sinsabores de una lucha ardua contra el reformismo, cuando la situación era propicia para desplegarla en su propio seno.

Frecuentemente se ha criticado la táctica entrista seguida por el movimiento pro IV Internacional en determinados países. Sin pretensiones de analizarla aquí como tal táctica, hay que hacer un breve balance de sus posibilidades y resultados en España. Tiene tanta mayor importancia cuanto que la lucha interna en torno a ella fue el último acto independiente de la Izquierda Comunista.

El ingreso en el socialismo tenía por objetivo dar un armazón ideológico y orgánico al informe espíritu revolucionario creado por la radicalización. Esta había sido siempre más informe e insincera a medida que se recorría la escala jerárquica reformista, de la base a la cúspide. Sobre todo después de Octubre, cuando la amenaza carecía ya de sentido, los dirigentes socialistas no sabían qué hacer con la radicalización. Toda amenaza de revolución iba ya directamente apuntada contra la futura coalición de los republicanos de izquierda con los socialistas y los stalinistas, lo que sobrepasaba muy largamente las mejores intenciones que nunca tuvieron los jefes de la radicalización. Lo que quedaba de ésta les quemaba las manos, amenazaba recaer sobre sus propias cabezas si no lograban extirparla.

Coincidiendo con esta situación, se produjo la traición definitiva y confesa del stalinismo internacional. Los líderes reformistas, atrapados en su fraseología revolucionaria, encontraron así una escapatoria ideal. El propio «bolchevismo» venía a colocarse a su derecha dando el alto a la radicalización: nada de revolución proletaria; democracia burguesa y nada más. Pero en este momento también, la Izquierda Comunista pudo ingresar en el socialismo y atacar de frente, cuerpo a cuerpo, el stalinismo y el reformismo. Convergiendo con el stalinismo en una misma organización, donde, por entonces, existía el mínimo de democracia indispensable, la Izquierda Comunista tuvo una rara ocasión de medirse directamente con él, además en un terreno que no le era hostil. La convergencia significaba el choque entre stalinistas y reformistas, de un lado y de otro los revolucionarios reagrupados en torno a los trotskistas. Tal era la perspectiva. Rehuyendo la lucha en el momento y el terreno propicios, la Izquierda Comunista dejó mano libre al stalinismo dentro de la masa radicalizada y terminó anulándose a sí misma.

El grupo que ingresó en la Juventud Socialista no podía, por su debilidad numérica, llenar el amplio cometido de arrancar al stalinismo y al reformismo la base obrera revolucionaria. Sería injusto no añadir, sin embargo, que mostró también debilidad política y carencia de homogeneidad. En lugar de practicar un trabajo coordinado y enérgico principalmente dirigido a la base, esperó el éxito de su prestigio, algunos de sus componentes se orientaron hacia las personalidades, y en general, fue incapaz de poner en pie una fracción revolucionaria a pesar de las favorables condiciones. La homogeneidad es la máxima prueba para todo grupo o partido que ingrese en otro de tradición reformista. Sin una gran homogeneidad correrá siempre el riesgo de verse diluido en el ambiente. Pero lo que apareció imposible para un grupo pequeño habría sido relativamente fácil para el contingente considerable de la Izquierda Comunista. No dudo un solo instante que su ingreso en la Juventud y el Partido Socialista hubiese cambiado todo el rumbo de la revolución española. Hubiese logrado la creación de un gran partido trotskista, y en él, al llegar la guerra civil, el stalinismo, cabeza de la contrarrevolución en nuestra zona, habría hallado un implacable defensor de la revolución; habría hallado un verdadero enemigo, en lugar de las complicidades que facilitaron su obra pre-franquista.

Perdida la cabeza, la Izquierda Comunista dio un paso todavía más funesto. Del mal el menos, el error de menor cuantía habría sido continuar el trabajo como organización independiente fiel a su programa, sin duda el único revolucionario en España. Pero al mismo tiempo que renunciaba a aprovechar la oportunidad de conquistar lo mejor de la militancia socialista, puso proa a la fusión con el Bloque Obrero y Campesino, organización centrista y puramente catalana de la que ya he hablado en capítulos anteriores.

La idea que presidió esta fusión era completamente oportunista. El B.O.C. no tenía masas que ganar ni que perder, y estaba no poco comprometido en el proceso anterior de la revolución. El ingreso en el socialismo no era una fusión, ni una sanción política del mismo. Quienes lo propusimos y fuimos a él no retirábamos ni una sola de las críticas hechas a la izquierda socialista, ni fomentábamos ilusiones sobre su porvenir como tal izquierda. Se trataba, pura y simplemente, de crear un gran partido proletario con lo que había de revolucionario en la organización reformista, proponiendo de antemano el programa nuestro. La Izquierda Comunista, por el contrario, no fue al Bloque Obrero y Campesino con la intención de poner en práctica un trabajo fraccional bajo su propio programa, lo que hubiese sido absurdo, porque las dos organizaciones no tenían gran disparidad numérica. Se trataba real y verdaderamente de una fusión política creadora de un nuevo partido que fue engañosamente presentado a las masas como perfectamente revolucionario. La Izquierda Comunista perdió su programa, sus propios contornos y, como se dice de los líquidos en física, tomó la forma del recipiente. La organización resultante de la fusión, Partido Obrero de Unificación Marxista (P.O.U.M.), segregaba el mismo jarabe centrista que el Bloque. En el nuevo partido se prolongaba sin solución de continuidad la política de éste; en ella se abrevaron, en lo sucesivo, los dirigentes de la ex-Izquierda Comunista.

Reuniéndose en el P.O.U.M., los dirigentes del Bloque y de la Izquierda Comunista daban una señalada muestra de conciliacionismo centrista. Lejos de afirmar su intransigencia respecto del stalinismo y del pseudorrevolucionarismo socialista, fomentaban nuevas ilusiones en ellos. Ya Maurín⁷⁰, en su libro sobre Octubre, había evitado una crítica seria de Largo Caballero y su izquierda, sin lo cual era imposible una explicación marxista de la derrota. Y al tomar la Internacional Comunista rumbo a la colaboración de clases, la campaña de ésta en pro de la fusión con los partidos reformistas tuvo en el Bloque otra campaña refleja. En una serie de cartas intercambiadas entre Maurín y el líder juvenil Carrillo, el primero daba pábulo a la idea de un partido revolucionario creado por fusión de los diversos partidos dichos marxistas. La unidad de partido, ô sin excluir el stalinismoô era dada como una necesidad inmediata y progresiva del movimiento obrero. En una palabra, no se consideraba el partido revolucionario como producto de una diferenciación sino de una amalgama política.

Sumados a esta concepción los dirigentes de la Izquierda Comunista, resultó la primera amalgama, el P.O.U.M. El congreso unificador, celebrado el otoño de 1935, fue un compromiso oportunista entre las diversas tendencias; éstas adoptaron por denominador común el centrismo bloquista y por objetivo el principio demagógico y confusionista de la unificación. El nombre del nuevo organismo, Partido Obrero de Unificación Marxista, ostentaba la directriz de la fusión. No quiero decir que toda fusión entre partidos obreros sea por sí sola oportunista. Pero no puede haber unificación positiva y útil a la revolución sin una discusión profunda de los problemas nacionales e internacionales, y sin la elaboración de un programa de intransigente lucha por la toma del poder, netamente diferenciado del oportunismo, inclusive del más embozado con fraseología radical. Una unificación positiva debe ser resultado de un acuerdo programático revolucionario. La que dio origen al P.O.U.M. despedazó el único programa revolucionario que existía en España, el de la Izquierda Comunista y lanzó el nuevo conjunto hacia el espejismo de un gran partido que comprendiese las fuerzas socialistas y las stalinistas.

Una resolución del congreso, sobre «El problema de la unificación marxista», decía:

El gran partido socialista revolucionario (comunista) se formará agrupando en un todo único a los núcleos marxistas revolucionarios existentes, más la nueva promoción revolucionaria que entra en acción impulsada por la unidad marxista y los elementos que, desmoralizados a causa del fraccionamiento del movimiento obrero se han quedado temporalmente inactivos⁷¹.

Ni una palabra de crítica, en toda la resolución, sobre el oportunismo de la izquierda socialista, ya puesto en evidencia por los acontecimientos de Octubre. Al contrario, la idealizaba atribuyéndole el deseo de «una solución socialista revolucionaria». Igualmente idealizaba el stalinismo, prometiendo la incorporación del P.O.U.M. al gran partido que el congreso proyectaba «tan pronto como el principio de la unidad marxista haya triunfado en el Partido Socialista y en el Partido Comunista».

Como se ve, para el P.O.U.M. no se trataba de un problema de ideas; daba por buenas ô «socialistas revolucionarias»ô las de la izquierda socialista y las del stalinismo. No faltaba más que la unificación para que el proletariado disfrutase de un partido capaz de conducirlo a la victoria. La verdad era exactamente lo contrario. De la izquierda socialista como organización, y del stalinismo, el proletariado sólo podía esperar derrotas. La tarea no

⁷⁰ Estando Maurín prisionero de Franco, quisiera evitar las críticas dirigidas a él, puesto que le es imposible responder. No hago más que las referencias indispensables para la comprensión del papel desempeñado por el P.O.U.M.

⁷¹ Todas las citas proceden de *La Batalla*, 18 de Octubre, 1935.

consistía en unificarse con ellos, sino en separarse ideológicamente de ellos. El partido revolucionario debía formarse arrancando de la influencia de esas dos tendencias a los elementos revolucionarios que las seguían. Los acontecimientos de Octubre habían despertado en la base un espíritu crítico que, bien auxiliado, hubiese alcanzado la ruptura ideológica y orgánica indispensable. Pero la cháchara demagógica sobre la unidad de todos los «marxistas revolucionarios» contribuía a disipar los recelos de los mejores elementos; los alejaba de los principios marxistas, en lugar de acercarlos a ellos.

Este espejismo táctico era resultado de una falsa concepción política de la revolución española. Reproduciendo una idea del Bloque, la resolución política del Congreso de fundación del P.O.U.M. asentaba: «El carácter de la revolución obrera en nuestro país es, pues, democrático-socialista». No valdría la pena insistir en la crítica de esta definición, que ya ha sido hecha en uno de los primeros capítulos, si la palabra socialista, por su sola presencia, no produjera un efecto embaucador en muchos obreros que tienen más sentimientos revolucionarios que ideas concretas. Una asociación semejante, «revolución democrático-socialista», es una monstruosidad. Si la revolución es democrática, no puede ser obrera sino burguesa; si es obrera y socialista no puede ser democrática, porque lo democrático, socialmente hablando, significa tránsito de feudalismo al capitalismo y para ser democrático-socialista tendría que ser la mitad burguesa y la mitad socialista, lo que es teóricamente un disparate y prácticamente un portillo abierto al oportunismo. Ya Carlos Marx, hace casi un siglo, criticó enérgicamente la mixtura de nociones tan opuestas como revolución democrática, o burguesa, y revolución socialista, o proletaria, forma superior de democracia. En nuestra época, que sólo ofrece margen para la revolución proletaria, la asociación a ella del término democrático es síntoma cierto de veleidades colaboracionistas y de consentimientos perjudiciales a la revolución.

En efecto, en nombre del término democrático, el P.O.U.M. encontró en sí mismo bastante elasticidad para firmar el pacto de colaboración con la burguesía llamado frente popular e ir después aún más lejos por ese camino. Si sus conceptos sobre la revolución hubiesen sido terminantemente socialistas, no habría podido embarcarse en la colaboración sin transgredir abiertamente su propio programa. La indeterminación o el oportunismo teórico tienen siempre un reflejo práctico mucho más oportunista.

En suma, la creación del P.O.U.M. fue un paso atrás. Habiendo quedado absorbido en el centrismo la Izquierda Comunista, el proletariado español perdía la organización que tenía más firme voluntad de poder; su desamparo ideológico fue mayor después que antes de la constitución del nuevo partido. Entre todas las recomposiciones políticas enumeradas, ésta fue la que cerró el cerco oportunista en torno al proletariado. La victoria en la siguiente ofensiva revolucionaria requería indispensablemente la toma del poder político por el proletariado. El stalinismo y el reformismo sólo aspiraban a un poder democrático-burgués; el anarquismo, sin dejar de repetir las cantinelas sobre el apoliticismo, se aprestaba a incorporarse a la política colaboracionista; como en todas las revoluciones, las masas, para triunfar, hubiesen debido evolucionar de los grandes partidos oportunistas a un pequeño partido revolucionario. La creación del P.O.U.M. cortó esa posibilidad. Sus poderosas tendencias colaboracionistas le incapacitaban para convertirse en el centro de un nuevo reagrupamiento y de una ofensiva a fondo. El P.O.U.M. no era más que la izquierda del colaboracionismo.

La tragedia espantosa de la guerra civil, la destrucción sistemática de la revolución por el frente popular, el papel particularmente criminal del stalinismo y el triunfo consecuente de Franco, tuvieron por premisas las recomposiciones ocurridas en todos los sectores del movimiento obrero durante el año de 1935. Aleccionadas por la experiencia anterior, las masas seguían un proceso inverso al de los partidos. Ellas marchaban a la izquierda, radicalizándose y acendrando su conciencia socialista; ellos se desplegaban a la derecha, formando un círculo cerrado de organizaciones colaboracionistas. En el momento mismo en que las masas iban a emprender el asalto a la propiedad burguesa y al Estado, todos los partidos, unos en mayor grado que otros, inclinaban reverenciosamente la cabeza ante ese mismo Estado. En todos los sectores no se divisaban más que los Kerensky...

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

EL FRENTE POPULAR CONTRA LA LUCHA DE CLASES Y LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Ha sido en España donde el frente popular alcanzó su máxima extensión y poseyó el poder íntegramente, donde se encontró, sin saber cómo, al frente del sector revolucionario de un país en guerra civil, contando con una situación excepcionalmente favorable al triunfo del socialismo y en todo el globo con la simpatía de centenares de millones de oprimidos. Habiendo sido directamente inspirado por los intereses de Moscú, es también sobre el frente popular español sobre el que Moscú ejerció un estrecho control. Desnudando el frente popular español quedan también desnudos quienes, traicionando la revolución rusa, no cesan de cometer constantes traiciones al proletariado mundial, desde hace veinte años.

Por una concatenación de circunstancias internacionales, la crisis revolucionaria de España se convirtió en el pivote que podía dar solución socialista a la corrupción totalitaria y decadente del capitalismo mundial. Con la derrota de la revolución española, la burguesía se encontró sola frente a sí misma, libre para intentar resolver sus problemas con sus propios medios y en beneficio propio. Siendo el principal de ellos la rivalidad económica entre los principales núcleos de burguesías nacionales, el medio para resolverlo no podía ser otro que la guerra por la destrucción del competidor. Sin la derrota de la revolución española no tendríamos hoy guerra imperialista, sino revolución internacional.

La guerra imperialista es la manifestación más brutal del triunfo de cada burguesía contendiente sobre las contradicciones de su estructura social. La clase propietaria y dominadora envía a la matanza la masa de la población, en nombre de un interés nacional que en realidad es exclusivamente suyo. Esta monstruosa operación, que dentro de dos siglos parecerá increíble, sería impracticable si la burguesía no tuviese un dominio completo, económico y moral o político, sobre la masa explotada. La religión ô decía Napoleónô impide que el rico sea destripado por el pobre. Sin una idea de patria ô trasunto laico de la religiónô las masas enviadas a la guerra imperialista volverían instantáneamente las armas contra sus «compatriotas» gobernantes. Después de la primera guerra mundial y de la revolución rusa, la mitología burguesa ha empezado a perder su imperio sobre la conciencia de las masas. Testimonios, la serie de convulsiones sociales que desde 1917 a 1939, desde el triunfo de la revolución rusa hasta el fracaso de la revolución española, agitaron Europa y el mundo. La sociedad internacional trataba de sacudirse el yugo material y moral de la burguesía. Pero éste no puede desaparecer por completo sino a partir de la revolución proletaria. Las masas recaen bajo él tras cada fracaso, si bien la clase dominadora tiene que añadir una dosis cada vez mayor de violencia para sustituir la cantidad de influencia moral no recuperada. Triunfante la revolución española, los explotados de todo el mundo, principalmente los de Europa y Asia, habrían arremetido contra sus respectivos explotadores con energía y confianza centuplicadas. La burguesía no habría podido dominar las contradicciones de su estructura social. La batalla internacional se habría librado sobre la base de ellas: proletariado contra burguesía, sin distinción de nacionalidades; socialización e internacionalización de la economía contra la posesión privada y la balcanización nacional, reaccionaria, de la misma. Por el primer camino se iba a la paz internacional y al nacimiento de la etapa superior de la civilización; por el segundo a la guerra imperialista, resbaladero de decadencia. A esto último abocó la derrota de la revolución española. Los ex-componentes del frente popular se han dado a decir que la actual guerra empezó en la guerra civil española. Así confiesan su propia degradación voluntaria ante el capitalismo

mundial. No empezó, como posibilidad material, sino en el momento en que la revolución proletaria española fue rechazada. Y como esto fue obra exclusiva y deliberada del frente popular, sus creadores y sostenedores son en este sentido responsables de la guerra imperialista y de todo el curso reaccionario de la historia mundial en los últimos años. ¡Nadie escapará a las responsabilidades que ha contraído!

Mientras las masas no vuelvan la espalda a los métodos de frente popular están irremediablemente condenadas a la derrota y la esclavitud. Y en el futuro, stalinistas y socialistas no dejarán de tenderles el mismo lazo con diferente nombre. Tanto más importante es vaciar ante los ojos del mundo la podredumbre del frente popular español.

Cada ideología, cada principio, tiene su propia terminología. El marxismo revolucionario tiene la suya, como la tienen el reformismo socialdemócrata, el anarquismo, la izquierda pequeño-burguesa, la burguesía y su fascismo últimamente. La terminología del stalinismo constituye una de las variedades más dignas de prevención. Habiendo partido de una desvirtuación caricatural de la terminología bolchevique, el stalinismo ha terminado endosándose otra terminología completamente bonapartista, obedeciendo los intereses del régimen ruso, donde se nutre. Entre el stalinismo actual y el bolchevismo, hay una diferencia más profunda que entre el jacobinismo y cualquiera de los dos imperios bonapartistas. Aun Napoleón III, remedando a su tío, se decía representante de la revolución francesa, pero sobre todo tenía que ofrecerse como pacificador nacional... en beneficio de los banqueros. El stalinismo ruso, nueva clase de bonapartismo dirigido contra la revolución socialista, al adoptar la política de los frentes populares, sentó plaza de pacificador nacional... en beneficio del capitalismo en todos los países. Ya lo era, en Rusia, en beneficio de la alta burocracia. La diferencia entre el bonapartismo de la revolución burguesa y el de la revolución proletaria, es toda en favor del primero. Aquel reafirmaba las formas de propiedad nacidas de la revolución francesa; éste destruye las creadas por la revolución bolchevique. Además, el bonapartismo stalinista se ha mostrado incomparablemente más bárbaro en la represión contra los de abajo. La fraseología popular es el elemento ideológico auxiliar de la represión en la «pacificación nacional».

La palabra *pueblo* y su adjetivo derivado *popular* han pasado por el vocabulario político, desde la revolución francesa hasta nuestra época, a lo largo del archipiélago de tendencias y grupos que va desde Marat y Baboeuf, pasando por los utopistas, hasta alcanzar los reformistas de la II Internacional, los burócratas sindicales modernos y finalmente el stalinismo. Pero mientras en los utopistas y sus antecesores la categoría pueblo era simple indefinición teórica, en nuestros contemporáneos es confusiónismo, demagogia conscientemente buscada y dirigida a un fin inconfesable. En el *pueblo* se engloba bajo un mismo signo a todos los componentes de una nación, desde la lavandera hasta el potentado. Aguzando su significado hasta su expresión radical más extrema, significa proletariado, campesinos de diversas categorías económicas, funcionarios, técnicos, pequeña-burguesía e incluso burguesía demócrata. Y a ese conjunto «popular», se le otorga una misión incierta que pretende corresponder a los intereses de todos los sectores en general y de ninguno en particular. En realidad corresponde siempre, más o menos completamente, a los intereses del sector propietario.

Pero, dado el mecanismo económico de la sociedad, sólo los intereses del proletariado, desenvueltos hasta sus consecuencias extremas, pueden acarrear la desaparición de la propiedad privada y más tarde la de las clases y el Estado. Ninguna otra clase tomada aisladamente, ni siquiera el campesinado más pobre, tiene en el mecanismo de la producción la posición necesaria para llegar a ese resultado. Desde que el análisis de las sociedades, y sus progresos alternativamente pacíficos y convulsivos, ha sido fijado por el marxismo y sus antecesores sobre la base de las clases y sus luchas recíprocas, la substitución en la terminología política de la palabra *pueblo* a la palabra *proletariado* no va sin la renuncia a una política inspirada en el desenvolvimiento revolucionario y socialista de la sociedad. Los utopistas no podían operar sino con las categorías conocidas por ellos, aunque algunos intuyeran las clases, y la solución al conflicto social mediante la lucha entre los explotados y explotadores. No cabe hacerles ningún reproche; todos ellos, a partir de Marat y Baboeuf, eran mucho más revolucionarios y socialistas que los populacheros stalinistas y socialdemócratas. Lo que en los utopistas era indeterminación del pensamiento, forzada por la insuficiente diferenciación de la época en que vivieron y del conocimiento histórico, en los populacheros actuales es confusión deliberada teóricamente, nacida de su subordinación práctica al capitalismo.

La misma cosa adopta diversos nombres sin cambiar de sustancia. Los oportunistas, desacreditados por sus manejos, se ven obligados a cambiar constantemente los rótulos. La unidad nacional que ahora propicia el stalinismo no es más que un frente popular desenvuelto y que reconoce públicamente su naturaleza reaccionaria. Lleva la «pacificación nacional», desde el proletariado hasta la extrema derecha capitalista.

Tampoco en este dominio ha inventado nada el stalinismo. La colaboración de clases es la vieja táctica de la II Internacional, inspirada en una perspectiva de continuo progreso capitalista y evolución incruenta hacia el socialismo. La falsedad de esta perspectiva la han hecho innegable dos guerras imperialistas en veinticinco años, continuas guerras menores, 30 ó 40 millones de muertos, fabulosas riquezas destruidas y una regresión social bien apuntada ya. De la misma manera que la unión sagrada, durante la guerra de 1914 a 1918, marcó para siempre la II Internacional como instrumento pequeño-burgués, reaccionario por relación a las posibilidades y necesidades del progreso histórico, así la unión nacional stalinista, durante la guerra en desarrollo, lo catalogará definitivamente en la historia política, entre los más poderosos auxiliares de la burguesía en decadencia. Estrechamente gobernada por Stalin, la III Internacional ha desertado al campo enemigo. Pero la deserción era ya un hecho desde la aparición de los frentes populares. La III Internacional, fundada por los bolcheviques en la época heroica de la revolución rusa, con el objeto de poner fin al reformismo y a la colaboración de clases, fue llevada paso a paso hasta la misma degeneración reformista que vino a combatir⁷². Sólo es preciso añadir que la nueva época que se abrirá en la postguerra dejará un margen muy limitado y temporal a la existencia de organizaciones obreras del tipo reformista clásico. Serán barridas por la revolución o se incorporarán al sistema totalitario capitalista, convirtiéndose en su elemento corporativo, cual los sindicatos de Mussolini, los de Falange o la organización del trabajo hitlerista. No hay otra unidad nacional posible.

En la historia de las agitaciones sociales contemporáneas, los frentes populares de diverso nombre, o han causado la derrota de la revolución, o la revolución ha triunfado contra ellos. A comenzar por Rusia, la coalición en que se apoyaba el gobierno de Kerensky, desde elementos zaristas precipitadamente democratizados, hasta los socialistas-revolucionarios y mencheviques, era el frente popular de las circunstancias, tanto por su semejante conglomerado de partidos y clases, como por la sujeción de las organizaciones obreras colaborantes a los intereses y objetivos de los partidos burgueses. Si los bolcheviques no hubieran combatido el frente popular kerenskyano hasta derrotarlo, la revolución rusa, como tantas otras, habría terminado en la consolidación final de la reacción. Frente popular y no otra cosa, era el gobierno alemán del social-demócrata Noske, asesino de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo y salvador de la burguesía alemana. Por el mismo procedimiento, la Internacional Comunista, enteramente sometida a Stalin, infligió una cruelísima derrota a la revolución china (1926-1927). Coalición de clases o frente popular fue la táctica impuesta al Partido Comunista de aquel país, obligándolo a ingresar en el partido burgués Kuo-ming-tang. Cuando, para hacerse gratos a este partido y a su jefe Chiang-kai-shek, los stalinistas chinos hubieron disuelto los soviets de obreros y campesinos y frenado su empuje poderoso hacia el poder, el Kuo-ming-tang se lanzó a la matanza de los obreros, campesinos y revolucionarios.

Más tarde, vuelve la táctica del frente popular a aparecer en el frente de hierro alemán, coalición, no de hierro, sino de argamasa, de los socialistas con la burguesía liberal. Atravesando entonces la III Internacional una de sus oscilaciones «izquierdistas», el stalinismo no supo oponer al colaboracionismo socialista la táctica revolucionaria del frente único obrero. Y entre socialistas y stalinistas, Hitler se encaramó a la cancillería. Nuestra coalición republicano-socialista de 1931 a 1933 era igualmente un frente popular sin los stalinistas, y contra el que éstos, en fin de cuentas, no lanzaron más que gritos histéricos y consignas aventuristas. Doquiera, en suma, el principio de la colaboración de clases, base y objeto tanto del frente popular como de la unión nacional, ha sido impuesto a las masas obreras, allí la revolución ha sido derrotada y el frente popular de cualquier nombre ha cedido el sitio a la reacción. Si alguna diferencia hay entre el colaboracionismo stalinista y el socialista, es en detrimento del stalinismo, que ha desplegado en servicio de la burguesía la calumnia y el asesinato de los revolucionarios fieles a la lucha de clases, con una sangre fría y una impudencia que supera sin posibilidad de comparación las mayores vilezas del reformismo tradicional.

Cuando Dimitroff anunció en el VII y postrer congreso de la Komintern la nueva mentira populista, estaba claro que la burocracia soviética, rendida al fin a la evidencia de su propio carácter reaccionario, ya no trataba de ocultarlo. Al contrario, desplegó un empeño enfermizo en convencer al imperialismo mundial de su no peligrosidad revolucionaria. Como garantía de crédito, puso los diversos partidos stalinistas al servicio de sus respectivas burguesías, el frente popular mediante. Dos décadas de combates, sacrificios, persecuciones y esperanzas del proletariado en la construcción de la Internacional Comunista, cayeron desmenuzadas por Moscú a los pies del capitalismo.

No es posible abordar en este libro la acción corrosiva de los frentes populares en los principales países. Pero sobra con el de España para hacer su disección política. Es el frente popular por excelencia, en las mejores condiciones

⁷² Esto fue escrito antes de la disolución del Komintern.

imaginables, teniendo en sus manos todo el poder político y sus resortes económico, militar, policiaco, judicial. Hacer su crítica particular es hacer la del frente popular genérico, como principio político.

Preparando el terreno para la constitución del frente popular, escribía el periódico *Pueblo*, a la sazón, 5 de octubre 1935, órgano accidental del stalinismo: «... hoy no es justa la expresión clase contra clase, sino la de cultura contra barbarie». Importa refutar esta fórmula de oquedad burguesa. Con variantes diferentes, ella misma está sirviendo, durante la segunda guerra mundial, a stalinistas y reformistas, a casi todos los anarquistas y centristas, para arrojar toda la carne obrera en el asador de la lucha imperialista.

Si no es justa la expresión clase contra clase, es decir, proletariado contra burguesía, tampoco lo es su derivada: revolución socialista contra reacción capitalista. Se sigue forzosamente de ahí la renuncia a la política de toma del poder por el proletariado, implícita en la afirmación de esas dos oposiciones. La fórmula, «cultura contra barbarie», se presenta entonces como una oposición dada *en el seno* de la sociedad capitalista. Exactamente el mismo valor y la misma génesis política tiene la fórmula con que los imperialistas anglo-americanos definen la guerra actual: «Las fuerzas del bien contra las fuerzas del mal». Pero el bien, para los gobiernos que dirigen Churchill y Roosevelt, se define concretamente por la cantidad de capital financiero controlado por la City y Wal Street. Invirtiendo los factores, pero no el resultado para la humanidad, Hitler piensa precisamente igual. El bien está en un amplio «espacio vital» para Alemania, nueva designación de la operación de dominio que hasta ahora ha sido privilegio de la burguesía inglesa, yanki y francesa. Substituyendo a la noción, clase contra clase, la de cultura contra barbarie, el stalinismo se abría camino a su alianza con la burguesía, tanto en paz como en guerra. Su nueva fórmula era un compromiso expreso de lucha contra la tendencia, inconsciente en las masas y consciente en los revolucionarios, de clase contra clase y revolución socialista contra barbarie capitalista.

Examinando el antagonismo «cultura contra barbarie» concretamente, en cuanto los dos extremos se relacionan con los elementos constitutivos de la sociedad y sus tendencias progresivas y regresivas, se precisan sus bases en esta otra forma: a la cultura por el socialismo o a la barbarie por el capitalismo. Pero en este caso la primera verdad es clase contra clase; no puede haber interés en rechazar la expresión, sino en propalarla y hacerla conciencia de las masas cuya tarea histórica es terminar con la barbarie capitalista. Negándola, el stalinismo indicaba claramente, bien antes de que estallara la guerra civil, su decisión de impedir que las masas siguieran ese camino. Y se le vio no reparar en ningún crimen para lograrlo. Tras la famosa cultura stalinista se ocultaba, a la manera del avestruz, la barbarie capitalista y sus respectivos gobiernos, a los que en lo sucesivo, los ex-comunistas les tendían la mano.

Daré aún otra prueba de la premeditada finalidad burguesa del frente popular. En vísperas de la guerra civil, totalmente apresados ya los partidos stalinistas en el colaboracionismo decretado por el VII congreso, toda la capacidad de archivo humano de un Varga fue volcada en la imprenta para afirmar que en España ni siquiera podía hablarse de revolución socialista. Dedicó a ello un número especial de la *Correspondencia Internacional*⁷³. Con datos que todo el mundo conoce, demostró lo que todo el mundo sabía, que España es un país retrasado industrialmente y con muchas taras feudales, por incumplimiento de la revolución burguesa. Esta verdad palmaria, que a un partido revolucionario hubiera servido para organizar la alianza entre el proletariado urbano, el rural y los campesinos pobres, era utilizada por Varga y el partido stalinista para supeditar esas tres clases a una revolución burguesa tan falaz en boca de ellos como imposible objetivamente. El documento en cuestión, como cualquier otro de la época que se tome uno la molestia de consultar, está impregnado de este tópico: puesto que la revolución democrática (burguesa) no ha sido hecha, el proletariado no puede aspirar a tomar el poder e iniciar su revolución. La revolución socialista no es cosa de ahora; faltan las condiciones históricas; primero hay que hacer la revolución burguesa.

Sobre la revolución democrática remito al capítulo tercero (1ª parte) de este libro. Pero conviene reafirmar aquí que no se trataba de un error teórico del stalinismo. El marxismo revolucionario, y la propia revolución rusa prácticamente, negaban terminantemente la posibilidad de otra revolución que no fuese la proletaria, aun en países más atrasados que España. Se trataba únicamente de cubrirse aun con la palabra revolución, para seguir engañando las masas, dando al mismo tiempo a la burguesía las mayores seguridades; se trataba de contener el inminente desarrollo práctico de la revolución socialista, temida en Moscú, y de paso ganarle a éste aliados para la futura guerra. El análisis de las condiciones objetivas, de la evolución histórica y de la correlación concreta de fuerzas como premisas de las que dependen la estrategia general y la táctica de las clases revolucionarias, no puede ser descubierto y seguido en todas sus consecuencias sino por una organización absolutamente ligada a los intereses inmediatos e históricos del

⁷³ Año VII, número 13. Junio 16, 1936.

proletariado. Organizaciones de este género pueden incurrir en errores de análisis y por consecuencia en errores políticos, pero también pueden rectificarlos fácilmente, porque les interesa hacerlo. Pero al stalinismo, cuyos intereses son los de una burocracia que encabeza la contrarrevolución antibolchevique en Rusia, no le conviene basarse en una valoración exacta de los factores en presencia; la burocracia procede a la inversa. No deduce su actitud del análisis teórico, sino que pergueña un análisis teórico a sus intereses del momento. Unas veces es el «tercer período», el «frente único por la base» y el «social-fascismo»; otras la fusión con «los partidos hermanos», social-fascistas de ayer, y el frente popular; a las veces, la «guerra imperialista» por parte de Inglaterra y Estados Unidos, pero no por parte de Alemania e Italia (pacto Hitler-Stalin); o bien lo inverso, guerra imperialista sólo de parte de Alemania e Italia; la última «teoría» es la «unidad nacional» y la guerra santa en favor del imperialismo yanqui-británico. Pero, acendrando cada vez más su naturaleza reaccionaria la burocracia rusa, los mercenarios stalinistas internacionales ven continuamente angostado su margen de juego con las palabras revolución y proletariado. El fin de la guerra será decisivo en este aspecto.

El secretario general del partido stalinista español en persona, José Díaz, se encargó de dar al capitalismo seguridades del apoyo permanente que le brindaba su partido. Repitiendo palabras de su superior burocrático, Dimitrof, aseguraba: «... nosotros tenemos necesidad de dejar bien sentado que el bloque popular no debe ser creado con finalidades y funciones electorales»⁷⁴. Para comprender la importancia de esta declaración, hay que tener en cuenta que los grupos políticos más izquierdistas ô caballerismo, anarquismo, P.O.U.M. ô temiendo la disconformidad de sus partidarios, explicaban su apoyo al frente popular como circunstancial y obligado por la necesidad urgente de poner en libertad los millares de hombres encarcelados. El stalinismo, por el contrario, ofrecía seguridades previas de una fidelidad constante a las finalidades capitalistas del frente popular. Hasta tal punto era consciente en él su curso antirrevolucionario.

No obstante, tenía que emplear también cierta dosis de demagogia. Dada la desconfianza existente en su base hacia la colaboración de clases, el stalinismo se veía obligado a mentir, presentando el frente popular cual si se tratase de un frente único de acción. Es el embozo clásico de todos los enjuagues «izquierdistas» dirigidos contra la revolución. Sus autores llaman frente único al frente político y programático con la burguesía, silenciando que la primera condición del frente único es la independencia programática y crítica de los organismos constituyentes. Y el frente popular, ampliando la extensión de la anterior coalición republicano-socialista y reafirmando su contenido, unía diversos partidos obreros a los partidos republicanos burgueses, en torno a un programa de gobierno estrictamente capitalista. El propio jefe stalinista lo reconocía en el discurso referido, señalando una vez más, como meta cumbre de la nueva coalición, la revolución democrático-burguesa. Enseguida añadía el funcionario moscovita, tratando de cegar su auditorio con una falsa impresión de radicalismo: «... un gobierno popular que adquiriera el compromiso público, ante las masas, de que va a cumplir su programa... y si no lo cumple nosotros nos encargaremos de echarle».

Esa era la parte demagógica destinada a embaucar las masas. Pero bastaba examinar la política stalinista allende las fronteras españolas para descubrir la añagaza oculta tras la sonoridad: revolución democrático-burguesa. En efecto, el abandono de la revolución proletaria fue internacionalmente practicado por el stalinismo. Incluso en los países donde no quedaba la menor huella de feudalismo, por haberse consumado la revolución burguesa desde siglos antes, puso su actividad al servicio de la burguesía, ligándose a ella por medio de un frente popular, siempre que le fue permitido. Su política en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, sólo intervino en la lucha de clases para amortiguarla, se hizo igualmente pro-capitalista y degradantemente chovinista. Antes de que el partido stalinista español, por boca de Comorera, Díaz, Pasionaria, Hernández, etc., estigmatizara como salteadores de caminos los trabajadores que habían expropiado la propiedad capitalista, el partido stalinista francés devolvía a los «legítimos propietarios» las fábricas ocupadas por los obreros durante una huelga general prácticamente ganada. «¡Hay que saber terminar una huelga!; ¡No todo está permitido!» ô exclamaban Maurice Thorez y León Blum.

Incluso la fraseología populachera y democrática del stalinismo español era falsa de punta a cabo. El programa cuyo cumplimiento tan audazmente exigía José Díaz, el programa del frente popular, no abordaba seriamente siquiera los problemas de la revolución democrático-burguesa. Era un programa mezquino, de tímidas reformas, sin un átomo de contenido ni aliento revolucionario. Conviene citarlo, no sólo para contrarrestar palabras con realidades, sino porque constituye el más aleccionador ejemplo de emboscada «izquierdista» que jamás se haya preparado a la revolución. He aquí el texto íntegro:

⁷⁴ *Discurso pronunciado por el secretario general del Partido Comunista de España*, el 3 de noviembre, 1935. Imprenta Myria. Barcelona.

Los partidos republicanos, Izquierda Republicana, Unión Republicana, y el Partido Socialista, en representación del mismo y de la Unión General de Trabajadores, Federación Nacional de Juventudes Socialistas, Partido Comunista, Partido Sindicalista y Partido Obrero de Unificación Marxista, sin perjuicio de dejar a salvo los postulados de sus doctrinas, han llegado a completar un plan político común que sirva de fundamento y cartel a la coalición de sus respectivas fuerzas, en la inmediata contienda electoral, y *de norma de gobierno que habrán de desarrollar los partidos republicanos de izquierda con el apoyo de las fuerzas obreras en el caso de victoria*⁷⁵. Declaran ante la opinión pública las bases y los límites de su coincidencia política. Y además lo ofrecen a la consideración de las restantes organizaciones republicanas u obreras, por si estiman conveniente a los intereses nacionales de la República venir a integrar, en tales condiciones, el bloque de izquierdas que debe luchar frente a la reacción, en las elecciones generales de diputados a Cortes.

I

Como supuesto indispensable de *paz pública*, los partidos coaligados se comprometen: 1. A conceder por la ley una amplia amnistía de los delitos políticos y sociales cometidos anteriormente a noviembre de 1935, aunque no hubieran sido considerados como tales por los tribunales. Alcanzará también a aquellos de igual carácter no comprendidos en la ley de 24 de abril de 1934. Se revisarán con arreglo a la ley, las sentencias pronunciadas en aplicación indebida de la de vagos, por motivos de carácter político. Hasta tanto que se habiliten las instituciones que en dicha ley se prescriben, se restringirá la aplicación de la misma y se impedirá que, en lo sucesivo, se utilice para perseguir ideas y actuaciones políticas.

2. Los funcionarios y empleados que hayan sido objeto de suspensión, traslado o separación, acordado sin garantía de expediente, o por motivo de persecución política, serán repuestos en sus destinos.

El Gobierno tomará las medidas necesarias para que sean readmitidos en sus respectivos puestos los obreros que hubiesen sido despedidos por sus ideas o con motivo de huelgas políticas en todas las corporaciones públicas, en las empresas gestoras de servicios públicos y en todas aquellas en las que el Estado tenga vínculo directo.

Por lo que se refiere a las empresas de carácter privado, el Ministerio de trabajo adoptará las disposiciones conducentes a la discriminación, de todos los casos de despido que hubieran sido fundados en un motivo político-social y que serán sometidos a los jurados mixtos para que éstos amparen en su derecho, con arreglo a la legislación anterior a noviembre de 1933, a quienes hubieran sido indebidamente eliminados.

3. Se promulgará una ley concediendo a las familias de las víctimas producidas por las fuerzas revolucionarias o por actos ilegales de la autoridad y la fuerza pública en la represión, la adecuada reparación del daño inferido a las personas.

II

En defensa de la libertad y de la justicia, como misión especial del Estado republicano y de su régimen constitucional, los partidos coaligados:

1. Restablecerán el imperio de la Constitución. Serán reclamadas las transgresiones cometidas contra la ley fundamental. Le ley orgánica del tribunal de garantías habrá de ser objeto de reforma, a fin de impedir que la defensa de la Constitución resulte encomendada a conciencias formadas en una convicción o en un interés contrarios a la salud del régimen.

2. Se procederá a dictar las leyes orgánicas prometidas por la Constitución que son necesarias para su normal funcionamiento, y especialmente las leyes provincial y municipal, que deberán inspirarse en el respeto más riguroso a los principios declarados en aquélla. Se procederá por las Cortes a la reforma del reglamento, modificando la estructura y funciones de las comisiones parlamentarias, a cuyo cargo correrá, con el auxilio de los organismos técnicos a ellas incorporados, el trámite formativo de las leyes.

3. *Se declara en todo su vigor el principio de autoridad*, pero se compromete su ejercicio sin perjuicio de las razones de libertad y justicia. Se revisará la ley de orden público para que, sin perder nada de su eficacia defensiva, garantice mejor al ciudadano contra la arbitrariedad del poder, adoptándose también las medidas necesarias para evitar las prórrogas abusivas de los estados de excepción.

4. Se organizará una justicia libre de los viejos motivos de jerarquía social, privilegio económico y posición política. La justicia, una vez reorganizada, será dotada de las condiciones de independencia que promete la Constitución. Se simplificarán los procedimientos en lo civil, se imprimirá mayor rapidez al recurso ante los tribunales contencioso-administrativos, ampliando su competencia, y se rodeará de mayores garantías al inculpado en lo criminal. Se limitarán los fueros especiales, singularmente el castrense, a los delitos netamente militares, y se humanizará el régimen de prisiones, aboliendo malos tratos e incomunicaciones no decretadas judicialmente.

5. Los casos de violencia de los agentes de la fuerza pública, acaecidos bajo el mando de los gobiernos reaccionarios, aconsejan llevar a cabo la culpa individual y su castigo. Se procederá a encuadrar las funciones de cada Instituto dentro de los fines de sus respectivos reglamentos. Serán seleccionados sus mandos y se sancionará con la separación del servicio a todo

⁷⁵ Los subrayados son míos..

agente que haya incurrido en malos tratos o parcialidad política. El cuerpo de vigilancia se reorganizará con funcionarios aptos y de cumplida lealtad al régimen.

6. Se revisarán las normas de disciplina de los funcionarios, estableciendo sanciones graves para toda negligencia o abuso, en favor de intereses políticos o en daño del tesoro público.

III

Los republicanos no aceptan el principio de la nacionalización de la tierra, y su entrega gratuita a los campesinos, solicitada por los delegados del Partido Socialista. Consideran convenientes las siguientes medidas, en que se proponen la redención del campesino y del cultivador medio y pequeño, no sólo por ser obra de justicia, sino porque constituyen la base más firme de reconstrucción económica nacional.

1. Como medidas de auxilio al cultivador directo: rebaja de impuestos y tributos. Represión especial de la usura. Disminución de rentas abusivas. Intensificación del crédito agrícola. Revalorización de los productos de la tierra, especialmente del trigo y demás cereales, adoptando medidas para la eliminación del intermediario, y para la confabulación de los harineros. Estímulo al comercio de exportación de productos agrícolas.

2. Como medidas para mejorar las condiciones de la producción agrícola:

Se organizarán enseñanzas agrícolas y se facilitarán auxilios técnicos por el Estado. Se trazarán planes de distribución de cultivos e implantación de otros nuevos con la ayuda técnica y económica de la administración pública.

Fomento de los pastos, ganadería y repoblación forestal. Obras hidráulicas y obras de puesta de riegos y transformación de éstas para regadío. Caminos y construcciones rurales.

3. Como medidas para la reforma de la propiedad de la tierra:

Derogación inmediata de la ley vigente de arrendamientos. Revisión de los desahucios practicados. Consolidación de la propiedad, previa liquidación, a los arrendatarios antiguos y pequeños.

Se dictará una ley de arrendamientos que asegure:

La estabilidad en la tierra. La modicidad de la renta susceptible de revisión. La prohibición del subarriendo y sus formas encubiertas. La indemnización de mejoras útiles y necesarias, llevadas a cabo por el arrendatario, haciéndose efectiva antes de que el cultivador abandone el predio. Y el acceso a la propiedad de la tierra que se viniera cultivando durante cierto tiempo.

Estimularán las formas de cooperación y fomentarán las explotaciones colectivas. Llevarán a cabo una política de asentamientos de familias campesinas, dotándolas de los auxilios técnicos y financieros precisos. Dictarán normas para el rescate de bienes comunales. Derogarán la ley que acordó la devolución y el pago de las fincas de la nobleza.

IV

Nuestra industria no se podrá levantar de la depresión en que se encuentra, si no se procede a ordenar todo el complejo sistema de protecciones que el Estado dispensa, según criterio de coordinada subordinación *al interés general de la economía*.

En consecuencia procede:

1. Dictar una ley o sistema de leyes que fije las bases de la protección a la industria, comprendiendo las arancelarias, exenciones fiscales, métodos de coordinación, regulación de mercados y demás medios de auxilio que el Estado dispense, en interés de la *producción nacional*, promoviendo el saneamiento financiero de las industrias, a fin de aligerar cargas de especulación, que gravando su rentabilidad, entorpecen su desenvolvimiento.

2. Crear instituciones de investigación económica y técnica donde no sólo *el Estado pueda adquirir elementos para su dirección política, sino también los empresarios para mejor regir sus iniciativas*.

3. Adoptar aquellas medidas necesarias de especial protección a la pequeña industria y al pequeño comercio.

4. Levantar la actividad de las industrias fundamentales, mediante un plan de obras públicas a que luego se alude, urbanizaciones y saneamiento de la población rural, en el que se calcularán de antemano los materiales que se han de consumir y sus precios, a fin de asegurar la rentabilidad de estas obras.

V

Los republicanos consideran la obra pública no sólo como medio de realizar los servicios habituales del Estado, o como mero método circunstancial e imperfecto de atender al paro, sino como medio potente para encauzar el ahorro hacia las más poderosas fuentes de riqueza y progreso, desatendidas por la iniciativa de los empresarios.

Primero. Se llevarán a cabo grandes planes de construcciones de viviendas, urbanas y rurales, servicios cooperativos y comunales, puertos, vías de comunicación, obras de riego e implantación de regadío y transformación de terrenos.

Segundo. Para llevarlas a cabo se procederá a una ordenación legislativa y administrativa que garantice la utilidad de la obra, su buena administración y la contribución a la misma de los intereses privados, directamente favorecidos.

Los republicanos no aceptan el subsidio al paro, solicitado por la representación obrera. Entienden que las medidas de política agraria, las que se han de llevar a cabo en el ramo de la industria, las obras públicas y, en suma, todo el plan de reconstrucción nacional, han de cumplir, no sólo su finalidad propia, sino el cometido esencial de absorber el paro.

VI

La hacienda y la banca tienen que estar al servicio del empeño *de reconstrucción nacional* sin desconocer que fuerzas tan sutiles como la del crédito no se pueden forzar por métodos de coacción, ni estimular fuera del campo seguro de *aplicaciones provechosas y empleo remunerador*.

No aceptan los partidos republicanos las medidas de nacionalización de la banca, propuestas por los partidos obreros. Conocen sin embargo, que nuestro sistema bancario requiere ciertos perfeccionamientos si ha de cumplir la misión que le está encomendada en la reconstrucción económica de España. Como mera enumeración ejemplar señalamos las siguientes medidas:

1. Dirigir el Banco de España, de modo que cumpla su función de regular el crédito como exija el interés de nuestra economía, perdiendo su carácter de concurrente de los bancos y liquidando sus inmovilizaciones.
2. Someter a la banca privada a reglas de ordenación que favorezcan su liquidez sobre los principios clásicos que han puesto de nuevo en relieve la experiencia de las últimas crisis, a fin de afirmar la garantía de los depositantes y el servicio de las necesidades financieras de la política de reconstrucción económica que aquí se promete.
3. Mejorar el funcionamiento de las cajas de ahorro para que *cumplan su papel de creación de capitales*, dictando también aquellas medidas necesarias para proteger el ahorro privado y de responsabilidad de los promotores y gestores de toda clase de compañías.

Respecto a la hacienda se comprometen a llevar a cabo una reforma fiscal dirigida a la mayor flexibilidad de los tributos y a la más equitativa distribución de las cargas públicas, evitando el empleo abusivo del crédito público en finalidades de consumo.

Primero. Se revisará a fondo la tributación directa, detenida en su desarrollo normal, reorganizándola sobre bases progresivas.

Segundo. Se reformará la tributación indirecta buscando la coordinación del gasto privado con el gravamen del consumo.

Tercero. Se perfeccionará la administración fiscal para que sirva de instrumento eficaz a la nueva política tributaria.

VII

La República que conciben los partidos republicanos, *no es una república dirigida por motivos sociales o económicos de clases*, sino un régimen de libertad democrática impulsado por motivos de interés público y progreso social. Pero precisamente por esa decidida razón, la política republicana tiene el deber de llevar las condiciones morales y materiales de los trabajadores hasta el límite máximo que permita *el interés general de la producción*, sin reparar fuera de este tope en cuantos sacrificios hayan de imponerse a todos los privilegios sociales y económicos.

No aceptan los partidos republicanos el control obrero solicitado por la representación del Partido Socialista. Convienen en:

Primero. Restablecer la legislación social en la pureza de sus principios, para lo cual dictarán las disposiciones necesarias a fin de dejar sin efecto aquellas que desvirtúen su recto sentido de justicia, revisando las sanciones establecidas, con objeto de asegurar el más leal cumplimiento de las leyes sociales.

Segundo. *Reorganizar la jurisdicción de trabajo* en condiciones de independencia, a fin, no sólo de que las partes interesadas adquieran conciencia de la imparcialidad de sus resoluciones, sino también *para que en ningún caso los motivos de interés general de la producción queden sin la valoración debida*.

Tercero. Rectificar el proceso de derrumbamiento de los salarios del campo, verdaderos salarios de hambre, fijando salarios mínimos, a fin de asegurar a todo trabajador una existencia digna, y creando el delito de envilecimiento del salario, perseguido de oficio ante los tribunales.

Aunque la política de reconstrucción económica debe conducir a la absorción del paro, es menester además organizar administrativa y técnicamente la lucha, estableciendo los servicios que sean necesarios de estadística, clasificación, oficinas de colocación, Bolsas de trabajo, y preocupación de modo especial del paro de la juventud, sin olvidar también las instituciones de previsión y seguro que, prometidas por la Constitución, deben disponerse a ensayo sobre bases de tipo social.

Los republicanos han de dedicar a la Asistencia pública, Beneficencia y Sanidad, la atención que merecen, en todo pueblo civilizado, sin regatear sacrificios. Unificación, bajo la dirección del Estado, de las diversas instituciones de fundación privada, totalizando sus recursos, sin perjuicio del respeto a la voluntad del fundador.

VIII

La República tiene que considerar la enseñanza como atributo indeclinable del Estado, en el superior empeño de conseguir en la suma de sus ciudadanos el mayor grado de conocimiento y, por consiguiente, el más amplio nivel moral, por encima de razones confesionales y de clase social:

1. Impulsarán, con el ritmo de los primeros años de la República, la creación de escuelas de primera enseñanza, estableciendo cantinas, roperos, colonias escolares y demás instituciones complementarias. Se ha de someter a la enseñanza privada a vigilancia, en interés de la cultura, análoga a la que se ejercite cerca de las escuelas públicas.
2. Crearán las enseñanzas medias y profesionales que sean necesarias para dar instrucción a todos los ciudadanos en condiciones de recibir la de estos grados.

3. Concentrarán las enseñanzas universitarias y superiores para que puedan ser debidamente servidas.

4. Pondrán en ejecución los métodos necesarios para asegurar el acceso a la enseñanza media y superior a la juventud obrera, y en general a los estudiantes seleccionados por su capacidad.

Los partidos coaligados repondrán en su vigor la legislación autonómica votada por las Cortes Constituyentes y desarrollarán los principios autonómicos desarrollados en la Constitución.

Se orientará la política internacional en un sentido de adhesión a los *principios y métodos de la Sociedad de las Naciones*.

Madrid, 15 de enero de 1936. ò Por Izquierda Republicana, *Amós Salvador y Carreras*. ò Por Unión Republicana, *Bernardo Giner de los Ríos*. ò Por el Partido Socialista, *Juan Simeón Vidarte y Manuel Cordero*. ò Por la Unión General de Trabajadores, *Francisco Largo Caballero*. ò Por el Partido Comunista, *Vicente Uribe*. ò Por la Federación Nacional de Juventudes Socialistas, *José Cazorla*. ò Por el Partido Sindicalista, *Ángel Pestaña*. ò Por el Partido Obrero de Unificación Marxista, *Juan Andrade*.

Larga y aburrida es la cita, pero también ilustrativa, por su rebuscada y minuciosa vacuidad, ejemplo de futuras coaliciones de las que el proletariado deberá huir si no quiere ser nuevamente aplastado⁷⁶. El documento prueba la falacia de los líderes stalinistas al hablar de revolución democrática. De las medidas correspondientes a ésta no cita más que una, la de expropiación de la tierra y su entrega a los campesinos, que niega terminantemente. Y la revolución democrático-burguesa no es sólo eso, sino además la destrucción del Estado feudal, incluyendo su ejército, y del poder de la Iglesia, amén del armamento del pueblo y la democratización efectiva de las relaciones sociales. Si en el siglo XVIII, siendo la burguesía una clase progresista y totalmente desligada del feudalismo, la victoria de la revolución democrática francesa necesitó la dictadura del Comité de Salud Pública robespierrista, dirigida en buena parte contra las capas superiores de la burguesía, en el siglo XX, plenamente degenerada la burguesía, convertido en obstáculo reaccionario el sistema capitalista, cualquiera de esas medidas exige la dictadura revolucionaria del proletariado. Dejan de ser medidas de revolución democrática para convertirse en estribo de la revolución socialista. Los sicofantes que hablan de revolución democrática llegan invariablemente a programas como el del frente popular, charlatanismo reformador de la peor especie, sin ninguna viabilidad de aplicación, y expresamente tranquilizador para todo lo que es reaccionario, tanto feudal como capitalista.

El pacto es deshonoroso para las organizaciones obreras signatarias. Los socialistas, sin duda procurando salvar un girón de izquierdismo, insistieron en que se denegaran públicamente sus propuestas de nacionalización de la tierra y control obrero de la producción, nada atentatorias, por sí solas, para el capitalismo. En realidad realzaron así su capitulación ante los intereses supremos de «la nación», fórmula que encubre invariablemente los intereses supremos del capitalismo, estructura de la nación. Repetidamente, el documento habla del «interés general de la producción», de «reconstrucción económica» y de «reconstrucción nacional». Teniéndolo por instrumento, la coalición firmante se proponía hacer de España un moderno y gran país capitalista. En el pasado han sido muy combatidas las utopías revolucionarias, que al fin y al cabo expresaban un anhelo humano positivo. Ahora estamos en la época de las utopías reaccionarias. ¡Desarrollar la economía capitalista española, cuando el país estaba en pleno corazón de una gran crisis revolucionaria producida por la incapacidad del capitalismo para satisfacer las necesidades del desarrollo económico, social y cultural del país! Tal es el nudo utópicamente reaccionario del frente popular, amarradas al cual, todas las organizaciones obreras que con él colaboraron obstaculizaron la ruta del progreso histórico y terminaron haciendo de España un país fascista.

Exprimiendo la lavaza reformadora del frente popular, queda entre las manos esta bagazo: la constitución de un nuevo gobierno burgués «con el apoyo de las fuerzas obreras»; y para las masas, como cebo, la libertad de los millares de hombres encarcelados, lo único realmente positivo que contiene el pacto.

Las fuerzas conservadoras no vieron peligro alguno en el frente popular. Al contrario, lo miraron como una garantía, dado el profundo envite revolucionario que se esperaba de las masas. Miguel Maura, menos tonto de lo que tienen por costumbre los conservadores españoles, lo comentó así: «Me parece que no podía ser más moderado de lo que es...» Y Portela Valladares, hombre de confianza de Alcalá Zamora, a quien éste había encomendado la empresa de inclinar, desde el Gobierno, la balanza electoral en favor de las candidaturas reaccionarias, ocultaba apenas su satisfacción: «El manifiesto de los republicanos no ha caído mal. Para la izquierda de la República, el programa que se traza en ese documento no es para asustar». Sí que tenía razón, teniendo en cuenta los intereses de su clase; pero era

⁷⁶ Esto se escribía unos meses antes de que aparecieran la Junta Española de Liberación y la Unidad Nacional stalinista, ambas a la derecha del frente popular, ambas tan funestas como él para el futuro de la revolución.

para echarse a temblar teniendo en cuenta los intereses revolucionarios del proletariado y los campesinos. Más claro aún es Martínez Barrio al definir así el objeto del frente popular: «canalizar jurídicamente las aspiraciones del proletariado», para no «lanzarlo fuera de la convivencia constitucional en iracunda peregrinación por la ruta revolucionaria»⁷⁷. Este juicio tiene mayor importancia por corresponder al año 1937, cuando todavía era menester dorar las cadenas que el frente popular volvía a echar sobre las masas. Al escribir así, Martínez Barrio sabía ya por experiencia que el frente popular había logrado hacer retroceder la revolución, triunfante el año anterior.

En fin, el frente popular era tan poco lesivo a la reacción, que los jefes de la derecha, para asustar sus mesnadas de sacristanes, señoritos, militarotes y burgueses medrosos, tuvieron que atribuirle terribles propósitos revolucionarios secretos. Era la misma mentira de que se servían los líderes stalinistas, y en grado menor los de la izquierda socialista, para que no se asustaran los obreros revolucionarios.

Lo mismo que antaño la burguesía europea acogió con beneplácito el colaboracionismo de la Segunda Internacional, así acogió la burguesía española la incorporación al mismo del Partido «comunista», por medio del frente popular. Pero faltaban las condiciones de desarrollo capitalista que dieron estabilidad al maridaje del reformismo obrerista con la burguesía. A pesar del nuevo esfuerzo, la coalición burgueso-staliniano-socialista no podía producir nada duradero, ni impedir que la lucha revolucionaria siguiese creciendo hasta un cierto punto. Pero precisamente por eso, porque la revolución amenazaba gravísimamente, el frente popular era más directamente indispensable a la burguesía. Empleando una expresión popular en España, se necesitaban «bomberos» socialistas, comunistas, y más tarde anarquistas, para contener la llama abrasadora que subía de la calle.

Todas las organizaciones obreras comprendidas en el frente popular quedaban comprometidas por ese hecho a no crearle dificultades a su Gobierno, para lo cual se verían forzadas, al mismo tiempo, a frenar el avance de las masas y a compatibilizar unas veces, otras a darle abiertamente la mano, a la más extrema reacción. Un discurso del principal jefe stalinista, aun antes de que el frente popular llegase al poder, es muy transparente en este aspecto. Prometía al futuro Gobierno limpiarle «el camino de obstáculos y permitir la realización de su programa»⁷⁸. La ambigüedad del funcionario de Moscú es deliberada; deja la clase trabajadora en la incertidumbre, pero da las seguridades necesarias a la burguesía. ¿De dónde podían venir las dificultades que encontrara un programa que no lesionaba lo más ligeramente los intereses capitalistas y que no ofrecía a las masas nada concreto e inmediato? Evidentemente de las masas, que intentarían tomar lo que el frente popular no les daría, o lo que, engañándose, creían que les ofrecía. Se puso de relieve, apenas conocido el resultado de la votación. El jefe stalinista y su partido hicieron efectiva su promesa velada de limpiar el camino del Gobierno del obstáculo de las masas.

El Partido socialista, medio reunificado y medio dividido, incapaz de dirimir la crisis política encharcada en su seno desde 1933, estuvo representado en el pacto de frente popular por sus dos gelatinosas tendencias, como ha podido verse en las firmas. La derecha, a la que ya había reulado el señor Prieto, lo bendecía por boca de éste: «... un programa gubernativo y legislativo de cuya ejecución se encargarán los republicanos». Al día siguiente del triunfo electoral de febrero, *El Socialista* confirmaba: «La administración de esta victoria desde el poder, la cedemos íntegra». Pretendía seguir el eterno juego de «estamos en minoría; no podemos hacer nada». Cucos reformistas más versados en el oficio que los novatos stalinistas, los jefes socialistas preferían mantenerse discretamente en un segundo plano, mientras los acontecimientos no les obligaran a gobernar y defender personalmente el programa burgués avalado con sus firmas. Por lo demás, pronto los líderes stalinistas iban a arrebatar a los reformistas el primer puesto de asesores y sirvientes de la burguesía.

Por su parte, Largo Caballero, el representante de la indeterminada izquierda, sintiendo aún colear en su partido los restos de la radicalización, adivinando imprecisamente la tremenda ofensiva que se avecinaba, y cediendo un tanto a la crítica de los trotskistas, estuvo a punto de aceptar la táctica propuesta por estos últimos: «Frente electoral, sí; bloque gubernamental, no». Pero cedió al fin a la presión agudísima de la derecha de su partido, de los republicanos y de los stalinistas. Metiéndose en la conjura frentepopulista, se justificaba: «... el triunfo electoral no será restablecer la República del 14 de abril. Esta ya la tuvimos y nos la quitaron. Hay que ir contra las bases económicas del capitalismo para dar satisfacción a la clase obrera e incapacitar a la burguesía si pretende de nuevo quitarnos la República».

Los *si* condicionales de Largo Caballero tienen una historia particular y totalmente negativa en el desenvolvimiento de las luchas políticas españolas, sobre todo a partir de la radicalización. Todos sus razonamientos políticos se

⁷⁷ Diego Martínez Barrio: *Páginas para la historia del frente popular*. Ediciones Españolas. Madrid-Valencia, 1937.

⁷⁸ José Díaz: *Discurso pronunciado en Madrid el 23 de febrero de 1936 en una asamblea del radio de Madrid*. Ediciones Europa-América.

balancean en la cúspide de un *si*, antes de caer a la derecha. *Si* se nos echa del poder haremos la revolución ô decía en 1933ô , cual si la revolución fuese una venganza porque la burguesía se permita prescindir de los servicios reformistas. *Si* se nos cierran las puertas de la legalidad iremos a la insurrección, razonaba después, repitiendo la misma incompreensión de las causas motrices y de las necesidades combativas de la revolución. Con esa condicionalidad en labios estuvo hasta Octubre de 1934. Cuando llegó el momento de la acción, la cambió por otra: huelga general pacífica hasta ver *si* Alcalá Zamora quita el poder a Lerroux. Las masas, viviendo en tensión casi insurreccional, eran bruscamente sometidas a una distensión que disipaba todas las esperanzas de lucha decisiva. Por fortuna para Caballero, siempre había el stalinismo, y la derecha de su propia casa, que le permitían seguir conservando posiciones de izquierda respecto de ellos. Con el nuevo *si*, Largo Caballero hacía pasar a las masas bajo las horcas caudinas de la colaboración de clases, cuando la situación resultante de las elecciones hubiese sido incomparablemente más ventajosa siguiendo la táctica del frente electoral, por oposición al frente gubernamental o popular. El pacto que Caballero acababa de firmar era explícitamente pro-capitalista; lejos de ir «contra las bases económicas del capitalismo», pretendía ampliarlas y mejorarlas. Reformista de solera, sabio en zancadillas y manipulaciones de todo género, Caballero no podía decir ô quizás por no sospecharlo siquieraô que del bloque en el que acababa de ingresar, cualquier Gobierno que saliese, aunque lo integrasen veinte Caballeros, sería un gobierno burgués incapaz de atacar seriamente las bases sociales y políticas del capitalismo. En efecto, Caballero llegó a ser jefe del Gobierno cuando la revolución triunfaba en la calle. A golpes de decreto, empezó a demoler la obra de las masas y a reconstituir las bases del Estado capitalista. El gobierno Negrín-Stalin continuó y completó su obra. Por el camino de la colaboración de clases, aun en las mejores condiciones, indefectiblemente sale perdiendo el proletariado. También siendo presidente del Gobierno, Caballero solía explicar que haría la revolución *si* ô ¡pijotera mala suerte! ô no le estuvieran vigilando de reojo los imperialismos democráticos.

La C.N.T. y la F.A.I. no escapan tampoco a la responsabilidad por la constitución del frente popular. Su firma, cierto, no figuró al calce del vergonzoso documento, pero fue más por respeto formal a los prejuicios apolíticos que por desacuerdo de principio. Ignorando la participación independiente en política, incapaz de tomar sobre sí, la defensa de la revolución obrera en un parlamento burgués y recordando la mala experiencia del boicot a las elecciones anteriores, el anarquismo observó con pasividad complaciente la formación del frente popular, aprestándose a darle sus votos.

La C.N.T. pudo haber enderezado la torcida marcha que tomaba la nueva ola revolucionaria canalizándose en el frente popular. El dilema planteado por éste: triunfo de las derechas o coalición gubernamental obrero-burguesa, era una tergiversación reaccionaria del dilema real, puramente inmediato: triunfo *electoral* de las derechas o triunfo *electoral* de las izquierdas. En nombre de esta necesidad inmediata, el frente popular y cada uno de los partidos firmantes endilgaban a la clase obrera un programa y una política en contradicción absoluta con las necesidades del ya urgentísimo dilema histórico planteado por la crisis social: reacción capitalista o revolución proletaria. Los intereses de esta última pedían un bloque electoral que rechazase las derechas, pero que al mismo tiempo dejase al proletariado en libertad de remontar rápidamente la cima de su objetivo. Pero el frente popular le imponía una coalición permanente con los partidos de la burguesía democrática, lo que no sólo dificultaba ulteriores progresos revolucionarios del proletariado, sino que iba expresamente dirigido contra ellos. De haber tomado la C.N.T. la iniciativa en pro de un frente exclusivamente electoral, denunciando el aspecto reaccionario del frente popular, probablemente habría frustrado su constitución, dejando abierta una perspectiva de evolución positiva a las masas en general. Con toda seguridad, Largo Caballero y su izquierda se hubiesen visto obligados a aceptar esa táctica, arrastrando consigo la mayoría del Partido socialista y de la U.G.T. sin éstos el frente popular no era nada.

No fueron sólo sus falsas concepciones sobre la política y el Estado lo que impidieron al anarquismo ver claro en este grave problema. A pesar de las sonoridades revolucionarias que continuamente coheteaban en su prensa y en sus mítines, estaba ya bastante trabajado interiormente por los fermentos de evolución derechista de que he hablado en el capítulo anterior. Su sigiloso apoyo al conglomerado del frente popular no tenía esta vez la misma significación que otros apoyos dados por él, en ocasiones anteriores, a los horripilantes políticos. Hasta entonces se había tratado de concesiones en última instancia, cuando no le era posible negar la política sin hacer manifiestamente el juego de la reacción; después de esas intervenciones clandestinas, volvía a negar desdeñosamente la política. Ahora era el principio del fin del apoliticismo, no cediendo a una política revolucionaria, lo que hubiese sido salvador para la revolución española, sino cediendo a la vulgar y capituladora política reformista. Esto fue lo que le impidió ver el

aspecto reaccionario del frente popular, y denunciarlo *urbi et orbi*, cual exigía el porvenir de la revolución. La C.N.T. habría podido y debido hacer eso, aun aconsejando la votación de las candidaturas del frente popular, en las circunscripciones donde su triunfo sobre las candidaturas de derecha no hubiese sido seguro, o votándolas todas si no se atrevía a presentar candidatos propios. Lo importante no eran los diputados de que se dispusiera en el parlamento, sino que las masas comprendiesen lo antirrevolucionario del frente popular, y que dispusiesen de una organización fuerte con la que lanzarse a la lucha contra él inmediatamente después del triunfo electoral. Pero, ¡ay!, la C.N.T. misma no tardaría en incorporarse al frente popular, con todos los honores debidos a los conversos. No en balde, durante la guerra civil, hizo valer repetidamente ante sus colaboradores gobernantes, sus servicios durante la campaña electoral. En efecto, difícilmente hubiese logrado su objeto antiproletario el frente popular, sin la complacencia de la C.N.T. y la F.A.I.

La actitud del P.O.U.M. se parece mucho a la del anarquismo, pero fue más lejos en el aspecto formal, estampando su firma al pie del pacto. Para éste que se consideraba a sí mismo partido marxista revolucionario, el paso dado era, ideológicamente considerado, más grave que para el anarquismo. Los ácratas caían en un oportunismo relativamente lógico, dada su negación del carácter de clase de la política y el Estado. De hecho, ese oportunismo siempre estuvo latente en ellos, y la organización trotskista predijo que afloraría públicamente en momentos graves. Pero un partido marxista no podía incurrir en las mismas capitulaciones, sin arrojar en hatillo a los escombros las bases fundamentales de la política revolucionaria. El P.O.U.M., que en cuanto a marxismo siempre estuvo con un pie dentro y otro fuera, rubricó, junto con el pacto de frente popular, una ruptura formal y categórica con aquél. Hay incompatibilidad irreconciliable entre firmar la colaboración de clases y practicar sin limitaciones la lucha de clases.

Como la C.N.T., el P.O.U.M. ha justificado su actitud por la necesidad de impedir el triunfo de las derechas. La excusa le es menos válida, tanto en el aspecto formal como en el ideológico. Es difícil que el P.O.U.M., descontando algún distrito electoral de Cataluña, fuese parte a provocar la victoria de las derechas, por presentación de candidaturas independientes. Lo inverso es más cierto: sin incorporarse al frente popular, seguramente no hubiese logrado obtener ningún diputado, puesto que la ley electoral votada por los socialistas en las Cortes Constituyentes concedía gran ventaja a las candidaturas de bloque. Para obtener con certidumbre un diputado, el P.O.U.M. sacrificó las leyes sociales que rigen la lucha de clases a la ley electoral.

Teniendo en cuenta la fuerza aplastante del frente popular apoyado por las grandes organizaciones obreras, una organización revolucionaria pequeña debió adoptar esta actitud, cara a las masas: el frente popular nos pone ante la obligación de votarle a él, con todos sus proyectos antirrevolucionarios, o dar ocasión al triunfo de las derechas si presentamos candidaturas independientes. Votemos las candidaturas del frente popular; pero nuestra vocación no significa una aprobación de ese bloque gubernamental y su programa, sino el único repudio a las derechas que nos permite. Inmediatamente después de su triunfo electoral, el frente popular se convertirá en el principal obstáculo atravesado en el camino de la revolución, revelará todo su carácter reaccionario. La perspectiva de las masas será sucumbir a manos del frente popular, que en ese caso cederá el poder a la contrarrevolución capitalista, o que el frente popular sucumba a manos de la revolución. ¡Ni un solo minuto de apoyo al frente popular! ¡Preparemos la toma del poder político por el proletariado y los campesinos!

La clave de la política revolucionaria en ese momento, consistía en asegurar la independencia de clase de una organización obrera, por pequeña que fuese, en la cual, las masas rechazadas por el futuro gobierno encontrasen el instrumento necesario para la ofensiva a fondo contra el capitalismo. Incorporándose a la conjura populista, el P.O.U.M. inducía a las masas a engaño, las empujaba en brazos de los traidores.

Cuando, instalado en el poder, el primer gobierno frentepopulista descubrió su naturaleza conscientemente antiproletaria, el P.O.U.M., cediendo en parte a la crítica de la IV Internacional, y en parte a la tremenda presión de las masas, trató de rescatar su corresponsabilidad con la situación creada. Incluso atribuyó al frente popular una finalidad exclusivamente electoral, cual si se pudiese cambiar la significación de un bloque colaboracionista a satisfacción de los partidos que se sienten demasiado comprometidos con él. Aparte esto y algunas críticas incompletas, nada serio hizo el P.O.U.M. contra el frente popular; ni siquiera se atrevió a romper categóricamente con él y orientar las masas hacia la constitución de sus propios órganos de poder. Siguió apareciendo como la izquierda del frente popular, no como algo diferente.

La conducta de este partido, el mejor del centrismo internacional, es muy instructiva por su negatividad a lo largo del proceso de la revolución española. Encontrándose los militantes específicamente trotskistas reducidos a escasas

unidades, el P.O.U.M. representaba la organización de extrema izquierda de la situación. Por ese solo hecho tenía asegurada la simpatía de las masas, y la posibilidad de convertirse en el partido eje de la revolución. No era tarde todavía después de haber participado en el frente popular. Las masas olvidan fácilmente los errores o capitulaciones de cualquier partido, si observan en él un cambio revolucionario radical. El P.O.U.M. fue incapaz de separarse tajante, inequívocamente, del frente popular, y de regenerar sus propias filas, donde pululaban inveterados oportunistas. Y sin esto, ¿cómo podía organizar las masas para arrebatar el poder a quienes iban a dejarlo, jirón a jirón, en manos de los militares? De haber rectificado clara y revolucionariamente su política, el P.O.U.M. se hubiese convertido, al llegar Julio, en el núcleo aglutinador de las masas, que veían sus conquistas arrebatadas por el frente popular. Pero en lugar de acentuar, borró sus contornos de clase, cobijándose bajo la protección del ala izquierda socialista, ella misma hundida hasta las narices en la colaboración de clases. Lejos de empujar las masas adelante, se preparaba el resbaladero que le llevaría a ofrecer sus servicios gubernativos al frente popular. No, no fue la pequeñez del P.O.U.M. lo que le impidió seguir una política revolucionaria y lo que causó su fracaso; fue su oportunismo.

A principios de 1936, la radicalización de las masas españolas alcanzaba el cenit. Venciendo obstáculos terribles, sufriendo derrotas que parecían definitivas, recuperándose y volviendo al ataque, sobreponiéndose al lastre de poderosas organizaciones reformistas, habían remontado el curso de la crisis revolucionaria desde 1931, adquiriendo gradualmente conciencia de su cometido socialista y arreciando siempre en combatividad. Raramente han ofrecido las masas, en la historia de las luchas internacionales, tan frecuentemente reiteradas oportunidades de hacer la revolución. Al empezar el año 1936 se habían colocado en una situación franca, innegablemente socialista. La toma del poder político, la expropiación de la burguesía y la destrucción de su Estado, eran pasos obligados, las masas los estaban señalando, los estaban dando por sí mismas. En ese momento decisivo para la historia de España y de Europa, cuando con el mínimo de esfuerzo se habría evitado la horrenda opresión y la miseria que padece el país bajo Franco, cuando el curso todo de los acontecimientos en Europa pudo haber sido cambiado, evitando la guerra imperialista, las organizaciones obreras volvieron la espalda a la revolución, colocándose tras el frente popular, instrumento del capitalismo en situación de aprieto; teniendo a su alcance la obra más noble y grandiosa de la historia humana hasta el presente, se entregaron a una obra antihistórica; pudiendo haber sido los artífices de un nuevo mundo, prefirieron apuntalar el degenerado capitalismo; debiendo iniciar la victoria general de los oprimidos en todo el globo, les procuraron una espantosa y cruel derrota.

En el pacto de frente popular estaba ya contenida la sublevación militar, el asesinato artero de la revolución, el triunfo del fascismo, el aquelarre de Kerenskys triunfantes que fue el gobierno Negrín-Stalin y por repercusión la orgía imperialista que es la guerra actual.

CAPÍTULO II

DEL TRIUNFO DEL FRENTE POPULAR A LA INSURRECCIÓN MILITAR

El éxito electoral del frente popular fue tremendo. Venció al bloque de derechas inclusive en circunscripciones muy retardatarias, que durante el período anterior no habían logrado escapar al grillete político de los viejos caciques. Fueron numerosos de éstos los que se quedaron sin acta, Lerroux y Romanones entre otros. Calvo Sotelo pudo conservar su acta, impugnada por ilegítima, gracias a la presión ejercida sobre el parlamento por Alcalá Zamora. La votación, a pesar de todos los obstáculos, frenos y distorsiones que a la opinión pública impone el régimen democrático-burgués, inclusive el más radical, dio una imperativa orden de marcha a la extrema izquierda. La acción espontánea de las masas era mucho más elocuente que las cifras resultantes del escrutinio. El gobierno Portela cumplió, hasta donde se lo permitieron las circunstancias, el cometido de inclinar a la derecha la balanza electoral. Pero con ser éste importante, el factor que empujó la votación hasta el límite máximo derecha, fue el frente popular mismo, que transfiguró por completo la voluntad de las masas.

De los 270 diputados que correspondieron al bloque triunfante, 162 tenían filiación republicana, resultado totalmente contrario a la significación política de los sufragistas, en abrumadora mayoría socialistas, anarcosindicalistas y comunistas del partido oficial o independiente. En la elección anterior, a la que se presentaron solos los republicanos, lograron únicamente obtener una pequeñísima minoría parlamentaria. Acomodando la actitud a las palabras de Prieto: «la administración de la victoria desde el poder, la cedemos íntegra», las organizaciones obreras empezaron por ceder la mayoría de sus votos a los republicanos burgueses. ¡Mal augurio para el proletariado y los campesinos!

Volcáronse éstos en las urnas con la papeleta del frente popular en la mano, no porque las ilusiones democráticas de antaño sobrevivieran o retoñaran en gran escala, sino porque las organizaciones obreras no les daban la oportunidad de elegir algo mejor. El frente popular consumaba un atraco político presentado a las masas pobres como ultimátum: o la reacción monárquica y fascistoide, o la «administración» burguesa de la victoria. Puestas entre la espada y la pared, las masas votaron las artificiosas candidaturas que se les ofrecían, pero su voluntad verdadera, sus ideas y la meta inequívoca de su movimiento, la mostraron ruidosamente con hechos, desde el día siguiente de la victoria.

El primer acto voluntarioso de las masas fue la liberación de los presos políticos. Inútilmente los partidos del frente popular se esforzaron en aplazarla hasta su consumación legal por el nuevo parlamento. Los combatientes de Octubre salieron a la calle en medio de la multitud que forzó las puertas de las cárceles sin que las autoridades se atreviesen a oponer resistencia. En aquel momento, las masas habrían puesto en las celdas vacías de los hombres libertados, al Gobierno y al propio frente popular si hubiesen osado oponerse. En la mente del proletario y el campesino, los presos políticos eran los luchadores de la revolución socialista. Libertándolos por el decreto de su acción, hacían una declaración de principios y una afirmación contundente de sus propósitos socialistas.

Actos aun más claramente demostrativos se siguieron sin tardanza. Los campesinos, aleccionados por la experiencia de la reforma agraria, convencidos de antemano que el parlamento frentepopulista se perdería en discusiones estériles, invadieron por sí mismos numerosos latifundios y procedieron a la distribución de las tierras. Los comités obreros, en las ciudades, controlaban prácticamente las industrias e impusieron a la burguesía la readmisión inmediata de los despedidos por represalias políticas. Los partidos socialista y stalinista, la sindical U.G.T. hacían esfuerzos desesperados por moderar las masas y mantenerlas dentro de la legalidad, es decir, del programa

inocuo del frente popular. Inmediatamente, los incitadores a la acción de masas empezaron a ser tratados de agentes provocadores. El mejor militante era el que no se manifestaba, el que no pedía nada, el que dejaba a la voluntad del nuevo gobierno burgués el cuidado de otorgar graciosamente lo que bien conviniera a la salud de la República. Colocar, detrás del nombre, el calificativo *burguesa*, no lo hubieran podido hacer sin revelar sus verdaderos propósitos. La acción revolucionaria ha sido y será una provocación para los no revolucionarios. A pesar de las directivas conservadoras de los partidos socialista y stalinista, sus militantes madrileños incautaron la compañía de tranvías de Canillas y un consejo obrero la puso en marcha. Campesinos y obreros actuaban convergentemente. Los unos contra los enemigos del campo, los otros contra los de la ciudad. Latifundistas y capitalistas; revolución agraria y revolución socialista. La conjunción de los dos elementos de que se compone la revolución moderna en los países retrasados como España, era un hecho. La revolución permanente o simultaneidad entre las medidas de revolución democrática y las de revolución social, realizada en Rusia por el gobierno bolchevique, empezaba a ser practicada en España por la acción empírica de las masas. Ponían así de manifiesto el atraco político de que el frente popular las hizo víctimas. El divorcio entre éste y las masas de la ciudad y el campo era total al día siguiente de la victoria electoral. Entre el programa del primero y la acción de las segundas se abría un abismo. El frente popular había sido dejado muy lejos a la derecha. Su carácter reaccionario relativamente a la situación del país, era una realidad que se imponía a todo el mundo, inclusive a la extrema derecha filofascista.

La reacción se había preparado para dar un golpe de Estado en caso de que las urnas le fueran desfavorables. El gobierno Portela y el presidente de la República, si no pertenecían a la conjura, cosa probable, habrían tolerado y favorecido su acción. Se ha sabido después que un decreto declarando el estado de guerra estaba ya firmado por Zamora. La energía con que el proletariado y los campesinos manifestaron su fuerza de clase, la vigilancia de que rodearon cuarteles, sacristías y partidos reaccionarios, constriñó a la quietud los proyectos que bullían en la mente de los generales y los políticos de la extrema derecha. El golpe de Estado fue aplazado. Lanzarle entonces, cuando el proletariado y los campesinos eran materialmente los dueños de la calle, hubiera sido entregarles el poder. No faltaba más que eso para que el triunfo de las masas fuese completo. Se imponía como táctica a la reacción, no dar un golpe de Estado de triunfo muy problemático, sino dejar que el Gobierno se consolidara y domeñara las masas. La contradicción entre el programa conservador del frente popular y la acción de las masas obligaría a todos los partidos en él comprometidos a frenar y desarticular la ofensiva revolucionaria. Ello produciría un nuevo desplazamiento a la derecha de la pequeña-burguesía, y una vez dadas estas dos condiciones, la reacción podría lanzarse al ataque contra las masas y contra el propio frente popular como incapaz de asegurar «el orden».

Así pudo verse, al presentarse al parlamento el gobierno provisional, precipitadamente constituido por el señor Azaña para mantener a raya, dentro de lo posible, la acción de las masas, el espectáculo inaudito de la derecha conciliando con el tantas veces atacado como «rojo» y «marxista», frente popular. El entonces jefe más relevante de la caverna ô permítaseme esta popularísima expresiónô , al llegar el momento de votar la confianza al gobierno Azaña, alzóse en pleno parlamento, y dejando a sus diputados la libertad potestativa de votar a favor o en contra, se ausentó del salón de sesiones.

Ese acto deja ver con claridad meridiana la intensidad de la ofensiva revolucionaria y el juicio íntimo que a la burguesía merecía el frente popular. La reacción española ô y no perdamos de vista su estulticia y cerrilidad excepcionalesô se avenía a considerar el gobierno del frente popular como una garantía conservadora en la situación. Si no tomó el acuerdo disciplinado de otorgarle su confianza, fue porque no había peligro de que el Gobierno se quedara en minoría, asegurada como tenía la confianza de los diputados socialistas y stalinistas. Es precisamente esto lo que da una importancia mayor al acto de Gil Robles. Sabiendo firme, por su mayoría en la Cámara, al gobierno frentepopulista, los diputados reaccionarios pudieron haber votado en contra de él, sin peligro de que cayera. El voto adverso habría tenido un valor simbólico de lucha inmediata contra el frente popular. La libertad dejada a los diputados significaba, por el contrario, un acto público de conciliación. «No combatáis al Gobierno que por el momento es la única garantía contra las masas revolucionarias desencadenadas» ô he ahí el significado que, en el figurado lenguaje parlamentario, tuvo la intervención de Gil Robles y su abstención personal.

Y a este Gobierno, considerado asidero indispensable por la reacción misma, votaron su confianza todos los diputados socialistas, los stalinistas y, ô verbalismo bolchevicante al diabloô el único diputado que tenía el pomposo Partido Obrero de Unificación Marxista (P.O.U.M.) ¡Medrada estaba la revolución española!

El período inmediato a la derrota electoral de las derechas fue otro de los muchos momentos que permitieron el triunfo completo de la revolución a lo largo de la crisis social 1930-1939. El proletariado los prodigó durante esos diez años. Sus organizaciones, más que dejarlos pasar, se opusieron a aprovecharlos y calificaron de provocador o fascista a quienes querían hacerlo. «Vencer no es nada, hay que aprovechar el éxito» ô decía Napoleón. Mucho más que en materia militar, es esto verdad en materia política, especialmente para el proletariado y las clases pobres en general, cuyos éxitos políticos se ven extraordinariamente dificultados por la organización económica y por la violencia sistematizada de la sociedad actual. De haber sido realmente revolucionarias las organizaciones obreras de que se disponía entonces en España, habrían podido agotar, con relativa facilidad, todo el margen de aprovechamiento que ofrecía la situación, hasta la liquidación del capitalismo y su Estado. El Gobierno no tenía más estabilidad ni más fuerza que la que le daban esas organizaciones obreras. Fue una situación que duró hasta el último momento de la guerra civil; se inició con las elecciones de febrero de 1936 y fue agudizándose continuamente, se extremó en julio del mismo año, y estalló como contradicción entre masa revolucionaria y organizaciones pro-capitalistas en las famosas jornadas de Mayo de 1937, de las que trataré en capítulo especial. Un simple movimiento de conversión a la izquierda, por parte de las grandes organizaciones obreras, la decisión pública de aniquilar el reaccionario Estado capitalista y organizar el nuevo poder revolucionario, hubiesen bastado para lograrlo. No existía nada capaz de oponerse a la avalancha torrencial de las masas, nada... más que sus propias organizaciones. ¿Pero no habían quedado éstas comprometidas, por el pacto de frente popular, a facilitar la ejecución de un programa de mejoramiento del capitalismo español? Fueron fieles a su compromiso, obstruyeron la culminación de la ola revolucionaria, la rechazaron y desorganizaron, dando en seguida ocasión a la ofensiva capitalista que culminó en la sublevación y triunfo de la reacción clérigo-militar-fascista. Organizaciones obreras fieles al capitalismo, tal es la tragedia, no sólo del proletariado español, sino del mundial. Sin ellas, el sistema de explotación del hombre por el hombre y habría sido hundido hacía tiempo en las tinieblas del pasado.

En medio de una conmoción social de las proporciones de la española, las actividades y posibilidades de la reacción pueden moderarse únicamente por la acción revolucionaria de las masas y sus partidos. La sujeción de éstos a un programa democrático-burgués, y a una coalición gubernamental basada en el Estado existente, da por consecuencia necesaria lanzar la derecha a posiciones extremas, cohesionarla, infundirle mayor confianza en sí misma y convencerla de que puede intentarlo todo, porque los partidos obreros son incapaces de hacerle frente seriamente. En efecto, teniendo por meta el equilibrio democrático-burgués, se ven obligados a reprimir la acción del proletariado, tendiente siempre a quebrantarlo, y a conciliar con la extrema derecha burguesa, parte de ese equilibrio, que además les acusa continuamente de ser incapaces de «mantener el orden». Mientras más colaboracionistas o partidarias del sedicente «interés nacional» se muestran las organizaciones obreras, más firme en sus posiciones se siente la reacción, y más segura de poder dar cuenta, a su satisfacción, del movimiento revolucionario.

Un movimiento revolucionario es, por su propia naturaleza, una situación excepcional. Se impone entonces asestar a la burguesía un golpe tras otro, obligarla sin descanso a batirse en retirada. Cuando, tras una victoria parcial, el proletariado no prosigue su avance, la reacción tiene tiempo de reorganizarse y de remoralizar para el contraataque sus contingentes desarticulados. Y como consecuencia, en el campo revolucionario disminuye la cohesión, baja la moral indispensable al combate, se pierden posiciones y confianza en la capacidad de las masas para alcanzar su triunfo decisivo. Ese fue el doble efecto, revalorizador de la reacción, desorganizador del proletariado, producido por la marcha atrás impuesta al ataque de las masas triunfantes por el frente popular. Gracias a éste, la reacción pudo pensar en volver al ataque. ¡No se puede contrariar impunemente la mecánica de las luchas sociales!

Los principales ejemplos históricos existentes afirman la opinión anterior. Durante la revolución francesa, los emigrados, la monarquía y sus gobiernos aliados de Prusia e Inglaterra, hicieron cuanto estuvo en su mano para retener a los girondinos en el poder, sabiendo que «sans-culottes» y jacobinos estaban decididos a no dejar piedra sobre piedra del viejo edificio feudal. Y al caer el zarismo en Rusia, el gobierno Kerensky sé convirtió también en la única garantía conservadora de la reacción nacional e internacional, frente a las masas y a los bolcheviques. En uno y otro caso, si las clases revolucionarias no hubiesen encontrado los partidos que organizaron su triunfo decisivo, la reacción se habría incorporado para suprimir por su cuenta la revolución y los conciliadores girondinos y kerenskistas.

Y bien, en medio de la tremenda ofensiva revolucionaria acabada de iniciarse, el gobierno del frente popular era indispensable a la reacción, porque sólo él podía asestar los primeros golpes al movimiento de masas, y dar a aquélla el tiempo y las condiciones necesarias para contraatacar. Si en aquel momento los partidos obreros hubiesen retirado

su apoyo al Gobierno, orientándose sin reservas hacia la revolución, la derecha, desde el Partido Radical hasta Falange, hubiese corrido a sostenerlo. Lo hizo simbólicamente, como acaba de verse por la actitud de Gil Robles, a pesar de que el socialismo y el stalinismo no tenían la más remota intención de atentar contra el capitalismo. La reacción fue así directamente salvada por el frente popular y bien pronto se sintió en condiciones de intentar por su cuenta la liquidación completa del peligro revolucionario. Retirando toda confianza al gobierno frentepopulista, inició la movilización y la preparación de sus fuerzas para aplastar las masas y prescindir de los conciliadores. ¿Cómo calificar sino de traición la actitud de los componentes y sostenedores obreros del frente popular?

Una idea exacta de la situación y de las intenciones del frente popular, la dio el jefe del Gobierno, Manuel Azaña, en el discurso de presentación al parlamento, con aplauso de las minorías socialista y stalinista. Tras de tranquilizar a la reacción, que se daba cuenta de lo inocuo del programa del frente popular, asegurándole que el Gobierno cumpliría ese programa sin quitarle ni ponerle ninguna coma, se expresó así:

«La tensión entre las clases alcanza proporciones amenazadoras; yo voy a hacer un postrer intento de conciliación, y si no lo logro, ahí queda eso»⁷⁹.

Los efectos de la conciliación frentepopulista no tardaron en hacerse sentir. En las ciudades y en el campo, las guardias civil y de asalto, siguiendo instrucciones del Gobierno, iniciaron, inmediatamente después de la victoria electoral, la represión de las manifestaciones y los actos revolucionarios. Las cárceles, apenas vaciadas por las masas, volvían a recibir obreros y campesinos, por los mismos delitos que bajo Gil Robles-Lerroux. Muchos de ellos eran los hombres que acababan de ser puestos en libertad por la acción imperativa de las masas. Los derechos democráticos prometidos por el frente popular y su Gobierno no llegaron a existir un momento siquiera. No hubo otros derechos que los que se tomaron las masas y el Gobierno no pudo reprimir. Siempre que éste dispuso de fuerza para ello no vaciló en hacerlo. La censura de prensa y la supresión de una parte de las garantías constitucionales fueron mantenidas, las manifestaciones revolucionarias, disueltas por la fuerza pública, las huelgas, reprimidas y favorecido el esquirolaje; los revolucionarios, calificados de provocadores y aliados de los fascistas, encarcelados con el menor pretexto. Como antaño la coalición republicano-socialista, el frente popular empezó en seguida a hacer amplio uso de las prisiones gubernativas contra la extrema izquierda obrera. Mientras tanto, se esfumaban las responsabilidades por la represión y los asesinatos reaccionarios de Octubre, y el Gobierno halagaba con buenos tratos y ascensos a los generales que ya preparaban su conjura, entre ellos al propio Franco.

Por una parte, la acción del Gobierno contra los embates revolucionarios de las masas, por otra su pasividad o su complicidad frente a la reacción, permitieron a ésta recuperarse rápidamente del golpe recibido en febrero. La burguesía, los militares, la nobleza y el clero, que hasta entonces se habían mantenida alejados de Falange española, apoyaron abiertamente sus bandas de pistoleros que iniciaron una gran campaña de terror y provocación contra las masas. Grupos de huelguistas, o simplemente de paseantes obreros eran tiroteados por los fascistas, quienes disponían de automóviles, ametralladoras y bombas. Las expediciones punitivas a los barrios proletarios, inventadas por Hitler, empezaron a ser frecuentemente practicadas, militantes conocidos eran asesinados en la calle, o raptados en sus casas y asesinados después. Los choques entre fascistas y obreros eran diarios. La reacción ya no se ocultaba, ya no se sentía débil; explotaba a fondo todas las facilidades que le daba el frente popular, lo sabía impotente, amedrentado él mismo por las masas, y exultaba sin recato el júbilo de su próxima cuartelada. El país entraba manifiestamente en la guerra civil.

El Gobierno asistía al nuevo empuje reaccionario extremando su política conciliadora. Es norma necesaria en todo gobierno de ese género esforzarse en conceder a la reacción las dos cosas indispensables a ésta para lanzarse a fondo contra la revolución: el «mantenimiento del orden», y el ejercicio de altos puestos en el ejército, la burocracia, la policía, los tribunales, etc. En el primer aspecto el Gobierno fue tan generoso como se lo permitía la actividad amenazante de las masas; en el segundo, sustraído a la intervención de éstas, totalmente generoso. La reacción, puede asegurarse sin la más pequeña exageración, se sentía protegida por el carácter mismo del Gobierno.

Y no sólo por el Gobierno era favorecida la ofensiva reaccionaria. Las organizaciones socialistas y stalinista, además de compartir la responsabilidad por cuanto el Gobierno hacía contra las masas y no hacía contra la reacción, se esforzaban, por su cuenta, en ennoblecer la contrarrevolucionaria fórmula del «mantenimiento del orden». Fieles a la burguesía como nunca lo fueron al proletariado, ambas pusieron su empeño político y su fuerza material en no crearle

⁷⁹ La imposibilidad de encontrar un solo ejemplar del diario de las sesiones parlamentarias me obliga a referir de memoria tan importante declaración gubernamental. Estoy absolutamente seguro de verter lo esencial de la misma. En una segunda edición de este libro será posible restaurarla en su forma literal.

dificultades al Gobierno. Abandonaron, inclusive en la forma, la preconización de objetos de clase y por necesidad de su posición gubernamental hubieron de combatirlos cual si se tratara de crímenes. El movimiento espontáneo de huelgas fue frenado por ellas hasta donde sus tentáculos burocráticos se lo permitían. Las huelgas declaradas sin su consentimiento, o por decisión de la C.N.T., las combatieron aliándose directamente a la policía, y dando a sus militantes instrucciones de sabotearlas sirviendo de esquirolas. La huelga del ramo de la construcción en Madrid fue el caso más importante y característico. La declaró la C.N.T. en condiciones excelentes para ganarla. Los dirigentes socialistas y stalinistas de la U.G.T. la sabotearon sin tapujos, tachando de fascistas a los obreros en huelga y azuzándoles la guardia de asalto. Era para ellos cuestión de honor probar a Gobierno y reacción su capacidad para mantener el orden en Madrid, tradicionalmente dominado por los socialistas. Por fortuna, el espíritu de clase de los obreros ugetistas triunfó del mal consejo de sus dirigentes. Por toda España, con diversidad de grados y matiz, ocurría lo mismo: las masas contrarrestaban con su combatividad e instinto naturales el movimiento de freno impuesto por socialistas y stalinistas. Este fue el único obstáculo serio que encontró la ofensiva de la reacción filofascista.

Un partidario del frente popular, defendiendo el parlón e impotente anti-fascismo gubernamental argüirá que el parlamento, para dificultar el paso al fascismo, destituyó a Alcalá Zamora y colocó en la presidencia de la República al señor Azaña. Añagaza. El antifascismo de Azaña tenía por límite el sistema capitalista de propiedad y de organización política. En la alternativa, fascismo o destrucción de la sociedad capitalista, Azaña y cualquiera de sus congéneres escogería el primer extremo. Su discurso de presentación al parlamento lo declaraba llanamente. Por otra parte, de Azaña esto no necesitaba ser demostrado después del repugnante librejo *La Velada en Bernicarló*. La destitución de Zamora era un paso que el frente popular no podía evitar. Se trataba de un cambio de relumbrón, sin importante trascendencia política, porque con Zamora o con Azaña, la presidencia seguía siendo la presidencia de la República burguesa. Y el problema de cortar el paso al fascismo no es de hombres sino de régimen. Aunque a la presidencia hubiese sido elevado un socialista o un stalinista, las actividades reaccionarias hubiesen encontrado aproximadamente la misma tolerancia. Dentro de la sociedad capitalista, donde la burguesía detenta toda la riqueza y monopoliza los organismos del Estado, no se puede cortar el paso a la reacción, fascista o de cualquier otro matiz. Cualquiera de las instituciones en que se basa el Estado, desde el Gobierno, la presidencia de la República y el parlamento, hasta el más modesto de los tribunales de justicia, pasando por la burocracia, el ejército y policía, son otros tantos organismos favorables a las actividades reaccionarias. Hechura de la sociedad capitalista, no pueden servir para aplastar la reacción, la forma política más acabada de esa misma sociedad. Atacarlos, destruirlos y formar elementos nuevos basados en las clases revolucionarias, era la única forma de poner coto a los desmanes de la reacción, ya totalmente filofascista y al levantamiento que se aproximaba. El frente popular y su Gobierno pretendían separar el Estado, organización permanente de la burguesía, de la reacción burguesa. Quisieron hacer creer al mundo que el Estado burgués, bien regido por «auténticos republicanos», podía impedir el paso al fascismo sin atacar las bases materiales de la sociedad. Miserable idea de demagogos pequeño-burgueses y atorrantes políticos, que ha costado la vida a millares de combatientes revolucionarios y a centenares de miles de hombres. La insurrección militar-fascista fue incubada y permitida por esa teoría, la misma que andando el tiempo había de dar el triunfo a Franco.

Casares Quiroga, la gesticuladora marioneta a quien Azaña confió el poder tras de abandonarlo él para hacerse cargo de la presidencia, entregábase en el parlamento a paródicas catilinarias contra las derechas. Imitando a su patrono, quien en 1932, siendo ministro de Guerra, se vanagloriaba de haber conocido previamente los hilos de la conspiración sanjurjista y dejándola estallar deliberadamente, Casares Quiroga se decía también enterado de todo y seguro de poder frustrar en un santiamén la conjura de los cuarteles, los bancos y las sacristías. Las masas, alertas y desconfiadas, obligaban a declaraciones anti-fascistas, sobre todo de parte de un Gobierno sin más sustento real que el que le prestaban las organizaciones obreras. Pero las botaratadas del Presidente del Consejo reducíanse a provocar la risa en las facciones contrarrevolucionarias, que amparadas en los organismos del Estado podían dejar gesticular al Gobierno sin sentirse embarazadas lo más mínimo en la preparación de sus planes. El Gobierno era una ridícula cúspide «anti-fascista» coronando la pirámide de un Estado perfectamente agarrado, en todos sus organismos esenciales, por las facciones contrarrevolucionarias. Las palabras eran hojarasca leve. Necesitábase destruir de arriba abajo la pirámide y elevar otra nueva. Pero el antifascismo de la cúspide se detenía en las fronteras del sistema capitalista, cual si más allá se encontrase un abismo horripilante. Consciente de ello, la contrarrevolución marchaba a su objetivo con paso firme y descarado. Ya en 1934, Gil Robles había dicho públicamente a los socialistas que ellos

temían también la revolución. Nuevamente, la contrarrevolución contaba, como importantísimo factor de su éxito, con el miedo a la revolución de socialistas y republicanos, miedo que desde el frente popular se había extendido al partido stalinista. Especialmente constituido para «regenerar» la sociedad capitalista en descomposición, el frente popular, cualquier gobierno que lo representase, consideraba intangibles los organismos del Estado, donde se preparaba la insurrección reaccionaria. Mientras Gobierno y frente popular hablaban, generales, burgueses, fascistas, clero y nobleza actuaban.

No se debe tanto acusar a Casares Quiroga y a los republicanos en general, como a socialistas y stalinistas, los auténticos sostenes gubernamentales. Los primeros no engañaban ni traicionaban a nadie defendiendo las instituciones burguesas: estaba en sus principios, perfectamente conocidos y constituía su objetivo manifiesto. Los otros, por el contrario, desertaban de los principios y los intereses de la clase a la que decían representar, la engañaban en cuanto a los objetivos perseguidos, y para sostener su engaño se veían obligados a contrarrestar la espontánea acción revolucionaria del proletariado y los campesinos y aun de sus propios militantes, muchos de los cuales desbordaban continuamente las órdenes y la política de los dirigentes. No podían los republicanos, ni correspondía a ellos, oponer clase contra clase; sí correspondía a stalinistas y socialistas y para poder les hubiese bastado querer. Sobre ellos debe hacerse recaer la principal responsabilidad por el descaro y la facilidad con que la insurrección fascista se tramó y llevó a efecto.

¿Qué hacían, entretanto, la C.N.T. y el P.O.U.M., las organizaciones menos comprometidas con el frente popular? En sus publicaciones de la época se encuentran inflamadas manifestaciones revolucionarias, advertencias contra el peligro fascista, mera constatación de lo que todo el mundo veía y se sabía dentro y fuera del país, y llamadas de atención al proletariado. En el movimiento de huelgas y reivindicaciones parciales, ambas organizaciones intervinieron activamente. No cabe acusarlas de haber suministrado a las masas las pociones somnolentes que diariamente les servían los periodistas stalinianos y socialistas. Sin embargo, estuvieron lejos de preconizar las medidas pertinentes y no supieron decir a las masas más que una parte de la verdad. Existía en España, al lado de la conspiración fascista, la conspiración del frente popular; la primera dirigida directamente contra las masas, la segunda oblicuamente; aquella entendía aplastar la revolución mediante su dictadura, ésta evitarla mediante una combinación de violencia legal y supercherías de las organizaciones obreras en ella comprometidas. Para desbaratar la primera conspiración era premisa indispensable que las masas comprendiesen la segunda, y que volviendo la espalda a los conciliadores tomaran una actitud políticamente organizada de lucha de clases. Era un deber denunciar el frente popular mismo, cuya política encubría las actividades reaccionarias y quebrantaba las revolucionarias. Las huelgas económicas por sí solas, aun triunfantes, poco podían para inclinar del lado de la revolución la situación cada vez más manifiesta de guerra civil en que se adentraba el país. Para ello, el movimiento de masas debió ser orientado hacia objetivos políticos bien concretos: ante todo, desarme y disolución del ejército, las guardias civil y de asalto, carabineros, la policía, donde la sublevación reaccionaria encontraría armas y hombres; en segundo lugar el armamento del proletariado y los campesinos pobres, y la constitución de una milicia regular; en tercer lugar la expropiación de la banca, el capital industrial y la tierra, abrevadero económico de contrarrevolución. Y centrando el todo, se precisaba poner en pie los organismos políticos del proletariado, que se encargaran de aventar parlamento y gobierno burgués, y de constituirse en poder legislativo y ejecutivo de la revolución.

Con un programa así, ante la evidencia de la complicidad gubernamental, socialista y stalinista, con la sublevación militar, C.N.T. y P.O.U.M., o cualquiera de ellas aisladamente, hubiesen levantado fácilmente a la mayoría de los militantes de aquellas organizaciones contra el criminal tramposo de sus respectivos dirigentes. Pero ni la C.N.T. ni el P.O.U.M. supieron enderezar sus esfuerzos en ese sentido. Las masas obreras, inclusive las que se sustraían a la deletérea influencia socialista y stalinista, se encontraban ideológicamente desguarnecidas, sin más que sus pechos y su combatividad para hacer frente a la reacción sublevada. Por eso el 19 de Julio hubo que improvisarlo todo, y no significó, cual hubiera debido, la muerte política de los conciliadores. Más que como un polo revolucionario opuesto al frente popular, C.N.T. y P.O.U.M. se comportaron como la izquierda del mismo, insinuando ya lo que harían una vez comenzada la guerra civil.

Algún reformista o algún stalinista, atiborrado el cerebro de estopas liberales y colaboracionistas, protestará alarmado: pero, si en lugar de la conciliación entre las clases, de la modosa e intrascendente democracia burguesa como justo medio para «todos los españoles», hubiésemos reclamado la revolución social, con mayor motivo la contrarrevolución, asustada, se habría sublevado. ¿Cómo darle a un colaboracionista, ciego y sordo para los símbolos

de clase ô cuando se trata del proletariado, que de los símbolos de la burguesía se nutre espiritualmente y se siente ufano de elloô la noción del valor de la política independiente del proletariado? En su mollera no entran más que nociones bastardas, desconectadas de los factores sociales y de la marcha histórica. Su perspicacia política se limita a este razonamiento ramplón: la burguesía tiene miedo a la revolución, por eso se hace fascista; no la alarmemos con ideas revolucionarias, conviértase el proletariado en buen demócrata burgués y así no habrá fascismo. Ve la democracia burguesa como un ideal al que todo el mundo puede conformarse con buena voluntad. Le escapan por completo las leyes que rigen su existencia o inexistencia en relación con los fundamentos de la sociedad. Para descubrirlas y determinar en base a ellas su comportamiento y objetivos, le falta lo esencial, estar él mismo ligado al cuerpo social de la clase obrera y ser un revolucionario. El colaboracionismo no ha podido afirmarse perdurablemente, tanto en el «socialismo» como en el stalinismo, sino mediante un proceso de diferenciación que ha separado sus respectivas direcciones de la masa obrera, constituyéndose en cuerpo especial de burócratas con intereses económicos distintos. El colaboracionista considera la revolución y el socialismo como un vago ideal tan irrealizable como la perceptibilidad humana o la felicidad universal. Los pobres e ignorantes obreros tienen el derecho de soñar en él, no el derecho de realizarlo. En el fondo se siente muy satisfecho de su situación en la sociedad actual y quiere conservarla. Esa es la fuente de todas sus ideas y de toda su actuación. Es natural que cuando está en el poder o en buenas relaciones con quienes lo detentan, los revolucionarios le parezcan provocadores, demagogos e irresponsables que causan la aparición del fascismo... y la pérdida de la cómoda situación de los colaboracionistas. Entre los partidos oriundos de la Segunda Internacional o de la Tercera no hay ninguna diferencia en este aspecto, salvando los centros de aglutinación económica o manantial de privilegios burocráticos, situados, para el reformismo clásico en los grandes imperialismos hartos, para el stalinismo en la gigantesca y tiránica contrarrevolución rusa.

La realidad es totalmente diferente de como se la representa la mollera burocrática. Lo característico de un período revolucionario, al mismo tiempo que la condición previa indispensable a la toma del poder por una nueva clase, es que las contradicciones sociales se extreman hasta imposibilitar la continuidad de las relaciones anteriormente establecidas. Seguir viviendo como antes se hace imposible, tanto a las clases explotadas como a las explotadoras. El equilibrio roto tiene que dar nacimiento a una revolución social, o bien el viejo sistema desemboca en una bestial y decadente dictadura de las clases explotadoras. Lenin escribía tocante a esto: «El punto más importante que no han comprendido los socialistas, y que constituye su miopía teórica, su encadenamiento a los prejuicios burgueses y su traición política hacia el proletariado, es que en la sociedad capitalista, al agravarse la lucha de clases que está en su base, no hay punto medio entre la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado. Todos los sueños de una solución intermedia no son más que lamentos reaccionarios de pequeño-burgueses»⁸⁰.

En 1930-1931, la ruptura del viejo equilibrio se hizo patente para España. No existía posibilidad de equivocarse. Las convulsiones políticas de esta época, sobre todo cuanto tienen la reiteración cada vez más profunda de los españoles, no pueden ser interpretadas de otra manera que como la presencia de la revolución social en pugna por realizarse. De lo contrario habría que dar crédito a las explicaciones reaccionarias, que atribuyen los movimientos de las masas a manejos pérfidos de unos cuantos demagogos malos patriotas, o a la cólera divina. Bien es verdad que la explicación de los colaboracionistas viene a ser, en el fondo, esa misma, puesto que en las tormentas revolucionarias españolas no han visto ningún síntoma de la necesidad de un radical cambio social. Pero desgraciadamente, la masa de la población explotada, por la propia condición de pobreza e ignorancia a que vive sometida, no se pone decididamente en movimiento sino en último extremo, cuando es materialmente compelida a ello por la propia irreductibilidad del conflicto de clases permanente en la sociedad actual. Una convulsión revolucionaria es el término de un proceso subterráneo operado por acumulación a través del tiempo. No se presenta, sino cuando todos los factores que la determinan han llegado al colmo. Desaprovecharla en nombre del viejo equilibrio (democracia burguesa), tan imposible como reaccionario, es un crimen contra el proletariado, que no todos los días puede intentar su emancipación, un crimen contra la civilización y contra la humanidad, porque dentro del capitalismo serán cada vez peores las condiciones de vida, de libertad y de progreso general, y cada vez más difícil la revolución que ha de abrir nuevos horizontes.

La agudización de la lucha de clases, rompiendo todos los frenos impuestos por las organizaciones obreras pro-capitalistas, había alcanzado, en 1936, su punto más álgido, la guerra civil. En ese preciso momento, stalinistas y socialistas, aglutinándose en el frente popular con unos cuantos burgueses sin personalidad, arraigo ni perspectiva,

⁸⁰ *Democracia burguesa y dictadura del proletariado.*

pusieron a gritar: nada de revolución, nada de demagogia, los capitalistas se asustarían; ahora vamos a consolidar la democracia burguesa. Ofrecían así por solución aquello mismo que originaba la tremenda crisis social y el estado virtual de guerra civil que precedió a la guerra propiamente dicha. ¡Esos eran quienes se llamaban socialistas y comunistas! Pero la necesidad de lucha decisiva a que se sienten empujadas las clases extremas no puede ser conjurada por las voces interesadas en mantener el equilibrio de su colaboración con el capitalismo. El movimiento de las clases, que obedece a profundos intereses sociales y tendencias históricas, se completa forzosamente y llega el choque. La actitud de los colaboracionistas es, en definitiva, únicamente útil a la reacción. A ella le concede todas las ventajas de su situación privilegiada, controladora de la sociedad; a las clases revolucionarias las desarma materialmente y las adormece ideológicamente. Ha sido demostrado por docenas de experiencias en los últimos treinta años, y en particular por la sublevación y la victoria final de la reacción española.

El lapso transcurrido entre febrero y julio de 1936 era tiempo sobrado, teniendo en cuenta la fuerza decisiva de las organizaciones obreras, para preparar las bases indispensables a la toma del poder político por la revolución, haciendo desaparecer así definitivamente el peligro de la reacción capitalista. A partir de la victoria electoral, las conquistas concretas y las posiciones generales del proletariado y los campesinos debieron haberse desarrollado sin interrupción, continuando la ofensiva anti-capitalista hasta permitirles desintegrar el Estado burgués, arma suprema de la reacción. Ninguna revolución triunfante puede escapar a ese proceso, si bien en cada una puede operarse en forma y tiempo diversos. Es el proceso seguido en Rusia entre la constitución del gobierno Kerensky y el golpe de Estado bolchevique que dio el poder a los soviets; el mismo de la revolución francesa, habida cuenta de la diferencia de clases, entre la reunión de la Asamblea Constituyente y el triunfo de Robespierre y Saint-Just; semejante, en fin, el de la revolución inglesa entre la derrota de Carlos I y la victoria de los «round heads»⁸¹ cromwellianos. La revolución ha de llegar a la aniquilación completa del viejo sistema social o ser destruida por un determinado período.

En España, por el contrario, opérase, de febrero a julio, un proceso inverso. Al principio, la reacción, amedrentada por las masas, no se atreve a combatir el Gobierno del frente popular, se guarece tras él. Entre la reacción y el frente popular prodúcese una especie de acuerdo tácito, por el que la primera otorga al segundo un crédito mínimo de confianza contra «las masas desencadenadas». Apenas contenidas éstas en su carrera, la reacción pasa de la defensiva a la ofensiva. Ya en mayo sus bandas terroristas actúan descaradamente, en junio algunos cuarteles se insubordinan y en julio se sublevan todos, junto con la totalidad de la población reaccionaria. ¿Qué ha ocurrido en ese intervalo? ¿Por qué la reacción gana continuamente posiciones cuando cinco meses antes la calle y el campo estaban indisputadamente en manos del proletariado y los campesinos, y mientras ocupaba el poder un Gobierno totalmente basado en socialistas y stalinistas, aunque formalmente lo integraran republicanos? Había ocurrido que la ofensiva revolucionaria, chocando en el Gobierno y sus sostenes, fue obligada a retroceder y quedó desarticulada. *El punto inicial del crecimiento reaccionario fue dado por el frente popular*, muralla conservadora que la ofensiva de las masas no logró abatir, porque carecía de orientación consciente en ese sentido. Tergiversada, bastardeada por el frente popular, la victoria de febrero se desmoronaba, convirtiéndose en sus manos en una total ofensiva reaccionaria. Gil Robles sabía lo que hacía en febrero, al dejar sus diputados en libertad de votar la confianza al Gobierno. Antes de tomar la ofensiva, y para tomar la ofensiva contra un profundo movimiento revolucionario, la reacción necesita que un gobierno de «izquierdas» corte la progresión ascendente de aquél, y le dé a ella tiempo y facilidades para poner en orden de combate sus fuerzas militares, políticas y económicas.

En el mismo período de febrero a julio, las simpatías de la pequeña burguesía, que había votado por el frente popular, se orientaron hacia el fascismo. Apenas es necesario recordar lo tantas veces repetido sobre el carácter subordinado de la política de la pequeña burguesía. Cobíjase tras la reacción, o tras la revolución. No puede tener política independiente, debido a su posición en el mecanismo económico de la sociedad capitalista. Piensa y actúa en aspirante a gran burguesía, acusando su condición de propietaria, o considera con simpatía y «justicia» las aspiraciones revolucionarias del proletariado, acusando su condición de burguesía-paría continuamente amenazada por la ruina. En febrero e inmediatamente después, la pequeña burguesía fue arrebatada tras la ofensiva revolucionaria. Al ser cortada ésta y pasar la ofensiva a manos de la reacción empezó a mirar el fascismo como una gran idea «nacional», remedio eficaz contra el desorden, etc. En julio la mayoría de la pequeña burguesía simpatizaba con el fascismo falangista. Y la gran burguesía, que aún a distancia siempre lo había observado con beneplácito, lo ensalzaba ya como su avanzada salvadora. Contrariamente a lo que el frente popular prometía, su programa utópicamente reaccionario

⁸¹ Cabezas rapadas, uso de los puritanos que constituían la base del ejército de Cromwell, el partido revolucionario de las circunstancias.

convertía en fascistas o programa más reaccionario, pero nada utópico o aquellas clases a quienes trataba de conquistar gateando a sus pies.

La bancarrota del colaboracionismo stalinista y socialista nunca había sido tan cabal, vergonzosa y criminal, como entonces. Pero, aguárdese, lo será todavía más durante la guerra civil. En cinco meses de gestión transformó una situación decisivamente favorable a la revolución social, en decisivamente favorable a la insurrección reaccionaria; estando en su mano dar a la crisis del régimen, con el mínimo de sacrificios, la solución socialista que exigía, dio a la reacción oportunidad y facilidades para imponer su solución mediante las armas. Sin duda el capitalismo hubiese intentado salvarse, en cualquier caso, lanzando sobre la revolución las instituciones armadas de su Estado, pero para lograrlo en la escala que lo logró, y triunfar finalmente, se necesitaba un frente popular basado en esas mismas instituciones, que se opusiera al armamento de las masas y en general a la culminación de su ofensiva revolucionaria. De febrero a julio habían sido satisfechas las condiciones requeridas por la reacción. Esta podía intentar ya un ataque de frente a la revolución, prescindiendo de los intermediarios de izquierda. Sabía que no hallaría en su camino otra oposición que la que fuesen capaces de improvisar las masas. Aunque la insurrección era manifiesta desde un mes antes de que estallara formalmente, el Gobierno seguía confiando en la lealtad, la honorabilidad, etc., de las instituciones armadas capitalistas.

Los Korniloff, Kapp, Sanjurjo, Franco, etc., han sido eternamente creados por los Kerensky, Noske, Azaña y todos los dirigentes obreros a estos aliados, los Prieto, Negrín, Pasionaria y Caballero. Las coaliciones de estos impostores, que se llaman socialistas y comunistas mientras zapan las bases de la revolución viva, son los frentes populares de la historia que con diverso nombre han dado la victoria a la reacción en tantas ocasiones. Pero el frente popular español merece mención especial de infamia, tanto por las condiciones excepcionalmente favorables a la derrota de la reacción, como por la premeditación y la ferocidad, únicas hasta la aparición del stalinismo, con que perpetró la destrucción de la revolución.

CAPÍTULO III

EL 19 DE JULIO

Desde el día 17 de julio de 1936, empezó a ser oficialmente admitida por el Gobierno, la iniciación de la insurrección en Canarias y Marruecos. Pero las fechas, casi siempre cosa más formal que de interés en la historia, fueron totalmente ficticias en la ocasión. Desde principios de año existía de hecho un estado de guerra civil y la insurrección militar era notoria más de dos meses antes. La fecha representa únicamente el momento en que los militares, anunciando públicamente la rebelión, se lanzan con las tropas a la calle.

Mucho se ha hablado sobre el largo período gestatorio de la militarada; mucho se dijo anunciándola, antes de Julio, y más denunciándola después, sobre todo después. Cada personaje ligado en una forma u otra a las funciones de gobierno, ha pergueñado su escrito o su discurso abundando en la misma versión. Sin excepción, los relatos son monótonamente semejantes. Todo el mundo concuerda en que los primeros preparativos datan de la época en que Franco fue jefe del estado mayor del ejército y Gil Robles ministro de Guerra, en que se buscaron complicidades y subvenciones en Berlín, Roma y Lisboa, en que agentes alemanes e italianos colaboraron desde largo tiempo con los catizos generales, en que para nadie era un secreto que éstos, perdidas las elecciones, tratarían de adueñarse del poder de un día a otro. Añadiré únicamente que los militares salieron a la calle convencidos, por un largo período de insubordinación impune, que el Gobierno, situado entre las masas y ellos, pero más temeroso de las masas que de ellos, les cedería blandamente el terreno, sin más que una resistencia simbólica al estilo Generalidad de Cataluña en 1934. Y atinaban, pues la avalancha de masas que les hizo frente hubo de vencer antes la resistencia del Gobierno, y la maquinación que intentó prosternarse ante la espada y el crucifijo.

El Gobierno presidido por Casares Quiroga procuró desde el primer momento quitar importancia a la sublevación, con el objeto de que las masas no se pusieran en movimiento. El día 18 de julio hacía radiar oficialmente al país: «Se ha frustrado un nuevo intento insurreccional... El Gobierno declara que el movimiento está circunscrito a determinadas ciudades de la zona del Protectorado y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la península a este absurdo empeño... En estos momentos, las fuerzas de tierra, mar y aire de la República, que salvo la triste excepción señalada permanecen fieles al cumplimiento del deber, se dirigen contra los sediciosos para reducir con inflexible energía un movimiento insensato y vergonzoso». El día 19 aún insistía en una nota dada a la prensa a las tres de la mañana: «Estas medidas, unidas a las órdenes cursadas a las fuerzas que en Marruecos trabajan para dominar la sublevación, permiten afirmar que la acción del Gobierno bastará para restablecer la normalidad».

Estas últimas palabras contienen toda la conducta seguida por el Gobierno y el frente popular: evitar que las masas intervinieran tomando a su cargo la lucha militar contra la reacción sublevada. Personajes republicanos, socialistas y stalinistas han arrojado sal a los ojos de sus propios militantes, descargando sobre el señor Casares Quiroga personalmente la culpa de la conducta gubernamental que estuvo a punto de hacer triunfar desde el primer día la insurrección reaccionaria y que en efecto la hizo triunfar en buena parte del país. Pero la culpa es del sistema republicano-burgués, no del jefe del Gobierno. Personalizando lo que constituye parte inseparable de un sistema, los jefes socialistas y stalinistas se esfuerzan inútilmente en borrar su complicidad con el Gobierno, y sobre todo en desviar la hostilidad de las masas, de la república burguesa a un «mal representante» de la misma. Tanto el Gobierno como los jefes socialistas y stalinistas estaban perfectamente al tanto de lo que ocurría y no podían subestimar la extensión de la rebelión militar sin deliberado propósito. Desde un periódico de su propiedad, Indalecio Prieto había hablado ya de la insurrección de hecho y, general en que se encontraba el ejército. *Mundo Obrero*, el órgano stalinista,

se veía obligado a constatar lo mismo. En la última reunión celebrada por la comisión permanente de las Cortes, las derechas hicieron casi formalmente una declaración de guerra. Desde hacía meses se producía una fuga continua de grandes capitales hacia el extranjero, y poco antes, Gil Robles, Lerroux y muchos prominentes reaccionarios, pasaban la frontera con sus familias. No se trataba de ignorancia, sino que Gobierno y frente popular esperaban persuadir a la «lealtad», cuando menos en el último momento, a una parte de los generales y de la oficialidad. El gobernador de Huelva, por ejemplo, inquieto por las maniobras, idas y venidas del general Queipo de Llano, pidió a Madrid autorización para detenerlo. El Gobierno se la negó: Queipo era un presunto «leal». Y sin embargo, su detención hubiese hecho abortar el movimiento militar en todo el sur, cortando el enlace directo entre los sublevados de Marruecos y los de la península. Siendo ya universal e innegable la sublevación de las guarniciones en todo el país, el Gobierno rehusaba a los gobernadores de provincias autorización para armar el pueblo. Esto, cuando los propios gobernadores no pasaban al lado de la insurrección, o le entregaban el poder sin ofrecer siquiera un simulacro de resistencia «... la acción del Gobierno bastará para restablecer la normalidad». ¿Cuál era esa acción y cuáles las «fuerzas de mar, tierra y aire», que «fieles al cumplimiento del deber, se dirigen contra los sediciosos...? Eran las tropas que el Gobierno esperaba persuadir a la lealtad, y las acciones que con ellas se proponía llevar a efecto, seguro en ese caso de poder mantener las masas a raya.

¿Qué respondían a esta mendacidad criminal los señores jefes socialistas y stalinistas, que más tarde han querido descargar sus propias culpas y las del sistema que apoyaban sobre la cabeza de Casares Quiroga? El mismo día que el Gobierno publicaba la nota citada, los comités nacionales del Partido Socialista y del Partido Comunista decían en una declaración conjunta impresa en *El Sol*: «El Gobierno manda y el frente popular obedece». Ahora bien, el Gobierno mandaba que nadie, excepto las pretendidas fuerzas leales, se moviese para hacer frente a la sublevación. La idea directriz del Gobierno, dictada por los intereses del sistema capitalista que representaba, en manera alguna por la incompetencia personal del señor Casares Quiroga, consistía en vencer la sublevación sin ayuda de las masas. Armarlas, aun contando con la complicidad segura de los jefes socialistas y stalinistas, era un grave peligro para el sistema. Con el objeto de impedir que las masas se precipitasen a las armas, el Gobierno tenía que mentir asegurando que no se trataba de nada grave y que las pretendidas «fuerzas leales» se bastarían para vencer a las «desleales». Como leales consideraba todas aquellas que no habían proclamado a los cuatro vientos la rebelión e inclusive las que quisieran volver al «cumplimiento del deber». Declarando y pidiendo obediencia a ese Gobierno, los jefes socialistas y stalinistas son plenamente responsables de la victoria que en una parte importante del país alcanzaron los militares. Recordemos, reafirmando esta idea, que en Oviedo ô un hecho entre mil del mismo géneroô la dirección socialista salió garante, ante las masas, de la lealtad del general Aranda... hasta el día que éste, seguro de apoderarse de Oviedo, enarboló bandera reaccionaria.

Del mismo orden de ideas que presidió la conducta del Gobierno, o mejor dicho, de esta mecánica social en la que los partidos socialista y stalinista desempeñaban el papel de principales engranajes, se deduce la tentativa traidora del gobierno Martínez Barrio. Era una continuación lógica de la conducta del gobierno Casares, en perfecto acuerdo, por una parte, con la naturaleza del frente popular. Puesto que los esfuerzos de Casares para atraer a la «lealtad» todos o una parte de los militares habían sido baldíos, se necesitaba otro Gobierno que inspirase mayor confianza a los sublevados. Se trataba, en el fondo, no de que los militares fuesen leales al Gobierno, sino de constituir un Gobierno que satisficiera las principales demandas de los sublevados, es decir, leal a ellos. La iniciativa de entregar el poder a Martínez Barrio procedió de Indalecio Prieto⁸². El Presidente de la República, que sólo deseaba capitular, se precipitó sobre la ocasión, condicionando que al nuevo ministerio no perteneciesen comunistas. Tratándose en realidad de los aliados españoles de la contrarrevolución rusa, no de comunistas, la condición prestaba a éstos uno de los muchos servicios de propaganda que la estulticia burguesa ha hecho al stalinismo mundial. Los propios socialistas, sobre quienes no pesaba el veto presidencial, consideraron prudente no participar en el ministerio, con el doble objeto de no asustar a los generales y de aparecer ante las masas desligados de responsabilidad en el enjuague. La respuesta a la solicitud de colaboración hecha al Partido Socialista ô refiere Martínez Barrioô «era negativa en cuanto a representación personal en el gabinete, pero de apoyo decidido y leal al Gobierno proyectado». Y comenta el discípulo de Lerroux: «Si el propósito del presidente de la República, al confiarme el encargo de formar Gobierno, era echar agua al fuego, nada lo servía mejor que la abstención del Partido Socialista». La abstención obediente, hay que añadir,

⁸² Así lo declara el propio Martínez Barrio en los artículos que el año 1940 escribió en la revista mexicana *Hoy*. Tomo de ellos los datos sobre la intentona capituladora a que me estoy refiriendo.

porque la abstención combativa, cual correspondía a un partido revolucionario, habría impedido inclusive el intento capitulador de Martínez Barrio, y dado al proletariado su máxima capacidad de lucha contra la reacción sublevada. Cuando menos, se hubiese podido ganar tiempo e impedir el éxito de la militarada en algunas provincias. La misma actitud, esencialmente, adoptó el Partido stalinista. Martínez Barrio se abstiene de referirse a él, pero su silencio, determinado en parte por la escasa importancia del stalinismo, otorga la complicidad entre ambos. La actitud stalinista estaba inequívocamente expuesta en la nota conjunta con el Partido Socialista: «El Gobierno manda, el frente popular obedece».

A pesar de todo, el gobierno Martínez Barrio no duró ocho horas, fracasó antes de llegar a tomar posesión. Fracasó por la imposibilidad de su propio intento, así respecto de las masas como de la contrarrevolución. Las masas, ansiosas de dar cuenta de los sublevados y continuar su marcha revolucionaria, no querían conciliación. Tampoco la quería la contrarrevolución, segura de poder deshacerse sin gran dificultad del gesticulador e impotente frente popular. Los jefes de los partidos congregados en éste, he ahí los únicos conciliadores. Martínez Barrio se puso al habla con los generales. Mola, que en las primeras semanas fue el jefe más importante de la sublevación militar en territorio peninsular, estropeó la maquinación proyectada. Cuenta el ex-presidente de las Cortes, con palabras huidizas su conversación telefónica con Mola, ocultando deliberadamente cuanto en ella se dijo en concreto. Es sabido, sin embargo, que ofreció importantes concesiones, y algunas carteras ministeriales a los sublevados; ofreció, lo que en el lenguaje del cretinismo pequeño-burgués se llama una capitulación «decorosa». Los generales, que contaban con las guarniciones de Madrid y Barcelona, y sobre todo con el pánico del frentepopulismo a la revolución, no se avinieron. «Demasiado tarde» ô respondió Mola ô , dando a entender que las condiciones mismas de la capitulación «decorosa» no le desplazaban.

En efecto, era demasiado tarde. Desde días antes, las masas, movilizadas espontáneamente, por iniciativa de la C.N.T., de militantes medios socialistas y stalinistas, y por otras organizaciones pequeñas, eran materialmente dueñas de la calle en las principales ciudades. El poder real había quedado polarizado en las masas y en los cuarteles. El choque era inevitable. Apenas notificada por la radio la constitución del nuevo Gobierno, estalló en violentas manifestaciones una explosión de cólera, al grito de ¡Abajo Martínez Barrio! Los propios partidos socialistas y stalinista hubieron de acceder al deseo de las masas, y secundar, como partidos, las manifestaciones. Así, humillantemente repudiada por la reacción, ante cuya espada se inclinaba, combatida e injuriada por las masas, la intentona capituladora de Martínez Barrio quedó ahogada en el seno del frente popular que la alentó. La situación no admitía medias tintas. Para someter a las masas desbordadas, al Gobierno le hacía falta la misma fuerza militar que se sublevaba contra las masas y contra el Gobierno; para someter a los militares era preciso armar las masas. Por intermedio de Martínez Barrio, el frente popular intentó obtener, cuando menos, el apoyo de una parte de los generales. De haberlo logrado, habría sometido con ella a la parte irreductible, si acaso quedaba, y se habría encontrado en condiciones de revolverse inmediatamente contra las masas, reprimiéndolas legalmente, con el ejército «leal». Tal fue la intención de aquel conato de Gobierno. La actitud irreductible de las masas fue lo que principalmente inspiró la negativa de los generales. Sin fuerza militar en la que apoyarse, el Gobierno quedaba a merced de aquellas. Pero el hecho de que el poder constituido, absolutamente impotente para decidir por sí mismo, buscara primero la alianza con los generales, para someterse, tras su negativa, al dictado de las masas, prueba el carácter reaccionario de las coaliciones tipo frente popular, y la no viabilidad, en nuestra época, de gobiernos estables entre el poder de la contrarrevolución capitalista y el del proletariado revolucionario. Martínez Barrio cedió el paso a Giral, y él se trasladó a Valencia, donde la guarnición militar se le declaró personalmente adicta. Durante muchos días no pudo saberse si los militares de Valencia estaban sublevados con sus colegas o no. Sólo se declararon contra ellos cuando en Madrid y Barcelona habían sido ya desbaratados por el contraataque de las masas. Y para que la gloria antifascista del señor Martínez Barrio no quede truncada, recordemos que siendo presidente de la junta delegada de Gobierno en Valencia, de turbio nacimiento, ésta envió 200 milicianos a capturar Teruel en compañía de 600 guardias civiles. Martínez Barrio impuso esa proporción contra la opinión del comité obrero, que, desconfiando, insistía en la inversa. En el camino, los 600 guardias civiles asesinaron a los 200 milicianos y pasaron al enemigo. Así quedó Teruel en poder de los militares.

Fracasada la conciliación, nada podía evitar que las masas se armaran y arremetieran contra los militares. Al contrario, los propios partidos obreros del frente popular tenían que correr de la cola a la cabeza de las masas, para no ser desarticulados ellos mismos, y para que el armamento quedara bajo su deletéreo control, en la medida de lo

posible. Sin entrar en detalles descriptivos de difícil cabida en la naturaleza de este libro, recordemos los esfuerzos de los gobiernos de Madrid y Barcelona en contener a las masas, que se abalanzaban hacia las armas. En Barcelona el Gobierno más izquierdista que el de Madrid, los obreros se habían apoderado, en la noche del 17, de las armas de los barcos anclados en el puerto y de las de los serenos de la ciudad. Por acuerdo entre la Generalidad y los dirigentes cenetistas, las armas fueron parcialmente devueltas. Ya estaba la insurrección de las tropas declarada, cuando fuerzas de la Generalidad cercaron el sindicato del Transporte con el objeto de desarmarlo. En Madrid no cedió la resistencia del Gobierno a las masas hasta que los cuarteles de Carabanchel rompieron las hostilidades. En provincias, sistemáticamente los gobernadores negaron armas al pueblo, por orden de Madrid. Así, en La Coruña, el pueblo hizo frente a los militares sin más armas que la dotación de fusiles del vapor *Magallanes*, unos cincuenta. El comité obrero de a bordo los entregó a los obreros de la ciudad, quienes tras una lucha extremadamente desigual de más de una semana, sucumbieron a las tropas. En Oviedo, como ya queda dicho, el general Aranda se apoderaba de la ciudad gracias a una cortesía del Partido Socialista. En Sevilla, donde el proletariado opuso una resistencia desesperada, la mayoría de las barricadas sólo poseían escasas pistolas y escopetas, y algunas ni pistolas ni escopetas: piedras nada más. Granada caía en poder de los sublevados por otra cortesía de las autoridades republicano-socialistas, quienes recibieron con los brazos abiertos varias camionetas de guardias civiles enviadas por aquellos; los fascistas se apoderaron de la ciudad al grito de ¡Viva la República! Y así sucesivamente.

Pero en Madrid, Barcelona, Bilbao, San Sebastián, Gijón, Málaga, Valencia, Cartagena, etc., y en toda una extensa zona que comprendía la mayoría del territorio, la fuerza numérica y la acometividad del proletariado arrebataron una victoria vertiginosa y aplastante. En una avalancha irresistible para el recién formado gobierno Giral, que en vano se esforzaba en seguir la política de «las fuerzas leales se bastan», las masas, venciendo las últimas resistencias en los partidos socialista y stalinista, se apoderaron de algunos depósitos de armas gubernamentales y chocaron impetuosamente contra las fuerzas militares, algunas ya en la calle, otras en los cuarteles, y contra numerosos grupos de civiles y clérigos fascistas, perfectamente armados, que habían tomado iglesias y centros políticos reaccionarios. La jornada del 19 de Julio de 1936, día en que el proletariado se bate con furia épica en las principales ciudades, fulgurando a un enemigo muy superior en armas, organización y plan de combate, permanecerá en los anales revolucionarios como uno de los más luminosos ejemplos de acción dados por los oprimidos del mundo. En los próximos años, quizás decenios, dondequiera el duelo mundial entre capitalismo y socialismo, entre contrarrevolución burguesa o stalinista y revolución, se plantee en sus términos polares, la obra del proletariado español el 19 de Julio se presentará como la meta clave a alcanzar: armamento del proletariado, desarme y desbande del ejército y demás instituciones del Estado. A partir de ahí comienza la revolución. Aun conseguido esto se puede perder, como lo prueba la propia experiencia posterior del proletariado español; pero sin eso ni siquiera puede ser intentada. Cuanto digan y hagan en otro sentido los aburguesados jefes «obreristas» será superchería y zancadilla.

El carácter de este libro me impide narrar los acontecimientos maravillosos que de un día para otro, cual mágico arte, cambiaron la fisonomía social de España, convirtiéndola, del país tradicionalmente embotado y retardatario que era, en avanzada de la revolución mundial, y despertando los anhelos de emancipación de los oprimidos hasta los más apartados rincones de la tierra. Las hazañas llevadas a cabo en ese mes de julio esperan aún su narrador, mejor dicho, sus narradores, dada la abundancia de episodios. Saldrán, sin duda, de entre aquella generación de jóvenes, libre de las máculas que sobre sí arrojaron los dirigentes de las organizaciones entonces conocidas, que forjó en gran parte los hechos combatiendo sin más pretensiones que la de combatir. Sólo en hombres de esa generación encontrará la victoria de Julio quienes revivan, sin patetismos mentidos, el múltiple escenario de su anónimo y grande heroísmo, trasmitiéndole un trágico sentimiento vengador del desastre a que fue conducida.

Además de su optimista ejemplificación combativa, las jornadas de Julio tienen un significado histórico que se precisa destacar o mordaza para quienes meses después hablaban de «república de nuevo tipo» y «guerra de independencia», y una trascendencia internacional que el movimiento revolucionario mundial deberá tener en cuenta, para evitar errores de interpretación mecánica en el ritmo de desarrollo de las crisis sociales. Su comprensión exacta será la mejor ayuda en futuras luchas.

Contemplando objetivamente el perfil político de España por los días de la sublevación militar-fascista, se obtiene el siguiente tren de posiciones: la derecha filofascista, englobando la burguesía, los terratenientes, los militares, el clero y una parte importante de la pequeña-burguesía, clamaban al Gobierno por el «mantenimiento del orden» (¡Atrás la revolución!); el Gobierno conciliaba con la derecha cuanto se lo permitía el estado precario de su autoridad; el

frente popular, en bloque, soportaba la política de *su* Gobierno; en el seno de él existían borrosamente dos tendencias, francamente derechista la una, compuesta por socialistas a lo Prieto y Besteiro y por republicanos burgueses; ligeramente a la izquierda la otra, integrada por los restos marchitos de la antigua izquierda caballerista, más el partido de Stalin. De acuerdo ambas tendencias en la tesis general del frente popular: ni revolución socialista ni dictadura fascista, sino democracia burguesa, diferenciábanse apenas en algunas medidas prácticas. Por ejemplo, Caballero y los stalinistas hubieron de oponerse, con las masas, al intento capitulador de Martínez Barrio, y ellos fueron también, dentro del frente popular, los primeros en ceder a la necesidad de dar armas al pueblo, siquiera restringidamente. Finalmente, la C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M., oficialmente al margen del frente popular, conciliaban sobremanera con la tendencia caballerista, y por repercusión con todo el frente popular. Y a la extrema izquierda, sobrepasando con creces las organizaciones más radicales, se hallaban las masas, tan henchidas de dinamismo revolucionario como carentes de norte consciente. Corría la conciliación de un extremo a otro de las organizaciones, en mayor o menor grado y la avalancha revolucionaria avanzaba sin norte estratégico preciso.

Cierto, fueron la C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M., guardando las proporciones orgánicas correspondientes, quienes de febrero a julio mantuvieron contra el régimen capitalista un fuego de francotiradores, impulsando las huelgas y los movimientos generales de las masas, que los partidos gubernamentales querían evitar a toda costa. ¿Pero de qué servían las reivindicaciones parciales cuando estaba en juego la destrucción o la supervivencia del régimen capitalista? ¿De qué los francotiradores cuando urgía presentar en regla la gran batalla? En épocas de crisis revolucionarias, las reivindicaciones parciales tienen sólo aplicación en la etapa preliminar, mientras madura la crisis, y más bien como ejercicio combativo mediante el cual se polarizan las clases y se toma posiciones para el momento decisivo. No se trata, como en las luchas obreras del siglo pasado y principios de éste, de la organización que adoptará el capitalismo, de la parte de derechos y libertades que en ella corresponderá a las masas pobres. A medida que la tensión de clases se agudiza, las reivindicaciones parciales deben ir cediendo el puesto a las reivindicaciones totales, los movimientos tácticos resolverse en el movimiento estratégico general. De lo contrario la energía revolucionaria de las masas se escapa en luchas y movimientos sin porvenir, originando, por la mecánica misma de la situación, la contraofensiva reaccionaria.

De febrero a julio, el movimiento revolucionario debió haber concentrado todas sus energías, y hecho girar todas sus reivindicaciones económicas, en torno a la lucha contra las instituciones fundamentales del Estado capitalista. Desarme y disolución del ejército, la guardia civil, la de asalto, carabineros, etc., armamento del proletariado y los campesinos pobres, disolución del parlamento y creación de nuevos organismos de Gobierno salidos de las masas explotadas, superando así la mendaz democracia burguesa. El parlamento del frente popular era una asamblea sin objetivos ni razón histórica de existencia, producto de un timo dado a la conciencia de las masas, so capa de frente único. Tenía necesariamente que morir a manos de la burguesía o a manos del proletariado. A la primera no le daba la satisfacción de quietud que le era indispensable en aquella hora; al segundo le cerraba el camino de su acceso al poder. La burguesía toleraba el parlamento como un ariete disimulado contra las masas, mientras disponía para el ataque su aparato armado y encontraba mejores condiciones para encomendarle el mantenimiento del orden. Pero el éxito de esta maniobra dependía enteramente de la capacidad o incapacidad del proletariado para desarticular y destruir todas las instituciones estatales existentes y crear al mismo paso instituciones propias.

En una palabra, la lógica de la situación, la necesidad imperativa del desenvolvimiento revolucionario, exigían, de febrero a julio, la concentración de todas las energías del proletariado y los campesinos en una insurrección que arrebatara el poder al frente popular. Sí, fueron las masas quienes debieron sublevarse contra el frente popular, cancelando el período capitalista. En esta falla radica la razón inmediata de la sublevación reaccionaria, como radica de modo general nuestra derrota durante la guerra civil. Los primeros responsables indudablemente son los partidos socialista y stalinista, sin los cuales no hubiera podido representarse la farsa del frente popular. Pero la C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M., tampoco están exentos de culpa. Se quedaron en las reivindicaciones parciales, en ataques tácticos de objetivos limitados, con lo que tampoco en esas organizaciones logró hallar el empuje revolucionario la indispensable orientación consciente hacia el objetivo estratégico insurreccional. Gracias a esta circunstancia la iniciativa correspondió a la reacción.

Pero es también esa ausencia de objetivo estratégico consciente lo que da a la revolución española su peculiaridad, acusando más reciamente aún su carácter socialista y sentando un precedente de importancia internacional. Los líderes stalinistas y reformistas, culpablemente asidos a su traidora fórmula: ni revolución proletaria ni fascismo, silencian el

significado político de la insurrección reaccionaria. Para ellos todo se explica por la intransigencia de la reacción o cuando no por la del proletariado, o bien por el perjurio y la felonía que de unos generales que quebrantaron la promesa de defender la legalidad republicana y que buscaron ayuda en el extranjero. No les está permitido ir más allá de estas sandeces, calar en lo hondo del conflicto social, porque la acusación de felonía recaería íntegramente sobre ellos, que diciéndose representantes del proletariado, se erigieron en defensores de la legalidad burguesa. El metro de la lealtad o deslealtad no era la Constitución y las leyes de la república burguesa. Había la lealtad a la sociedad capitalista, activamente expresada por la insurrección militar-fascista, y la lealtad a la revolución proletaria, activamente expresada por las masas, a medias, hasta entonces, por la organización anarco-sindicalista y por el P.O.U.M. Pero los señores stalinistas y reformistas, en cuanto organizaciones, fueron leales a la misma sociedad capitalista como los generales; les separaban sólo modalidades de organización.

Desde el punto de vista formal, la sublevación militar-fascista era una rebelión de toda la sociedad capitalista o ejército, policía, propietarios banqueros, clero, etc., contra su propia legalidad; el Estado burgués insurreccionado contra sí mismo. Este aparente contrasentido es absolutamente inexplicable para los hombres de la «legalidad republicana», quienes en efecto, han sido incapaces de dar de él una interpretación medianamente racional siquiera. La teoría, mejor dicho el efugio o triquiñuela de la «guerra de independencia» o España agredida por Alemania e Italia con ayuda de unos cuantos españoles traidores, inventada meses después de iniciada la guerra civil, no fue más que un expediente tras el cual albergar la obra destructora de la revolución, y satisfacer los deseos de Moscú, París, Londres y Washington. Sin el irreductible conflicto de clases que condujo a la guerra civil, Hitler y Mussolini, que en España buscaban tanto aplastar una revolución peligrosa para ellos, como adquirir posiciones para la futura guerra imperialista, nunca hubiesen tenido oportunidad de intervenir. Aquel aparente contrasentido se esclarece levantando el percal desteñido de la «legalidad republicana», y mirando lo que bajo él se ocultaba, lo que no lograba ocultar, más bien. De un lado encontramos las masas, elemental, pero poderosamente orientadas a la revolución social; de otro lado todas las clases reaccionarias de la sociedad y las instituciones del Estado decididas a tomar a su cargo la dictadura indispensable a su supervivencia. En medio, impotente, quedaba la «legalidad republicana», ficticia para las clases reaccionarias, reaccionaria para las clases revolucionarias. El proceso necesario de la crisis social se abría paso y culminaba en el choque de sus factores esenciales, destrozando los moldes irreales que el conglomerado del frente popular pretendía imponerle. Si hasta entonces el carácter socialista de la revolución había aparecido tapado y como embotellado en la coalición republicano-socialista y en el frente popular, el 19 de Julio, quitando de en medio todas las ficciones, lo puso en libertad y la revolución socialista inundó torrencialmente el país. La «legalidad republicana», eufemismo tras el cual se ocultan las horribles crudezas de la explotación y la opresión capitalista, encarnaba en el ejército, las guardias civiles y de asalto, los tribunales, organismos tutelares del sistema existente de producción y reparto. Era deber ineludible de la revolución destruir esos organismos si quería triunfar. Pero el proletariado no había conseguido tomar la iniciativa en ese aspecto, porque se hallaba embotellado dentro de la «legalidad republicana» por el stalinismo y el reformismo. Fue principalmente la obra de estos dos partidos lo que permitió al ejército tomar la iniciativa contra las masas. No obstante, por fortuna, fallaron en otro aspecto. Si bien impidieron que las masas tomaran la iniciativa de destruir los organismos tutelares del Estado capitalista, les faltó fuerzas y control suficiente sobre ellas para imponer la «legalidad republicana» a satisfacción de las clases reaccionarias. Eso obligó al ejército, el principal de los organismos estatales, máxima y tradicional expresión de las patrañas sobre la unidad nacional, la patria, lo español, a tomar a su cargo el mantenimiento del orden capitalista. La insurrección militar contenía esta declaración tácita hecha a los dirigentes del Partido Comunista y del Partido Socialista: «os oponéis a la revolución, sí, pero también os mostráis incapaces de meter en cintura a las masas en el grado que exigen los intereses del capitalismo. Puesto que no lograréis darnos entera satisfacción, nosotros mismos nos la tomaremos». Permítaseme decir incidentalmente, porque es muy importante, que esa situación de los líderes stalinistas y reformistas, puesta de manifiesto con singular claridad por el estallido de la guerra civil española, les lleva a precipitar su evolución derechista y a perfeccionar su eficacia antirrevolucionaria, porque no tienen porvenir más que evitando la revolución proletaria y fusionándose establemente con el aparato estatal del capitalismo decadente. En suma, al entrar en acción el ejército, la ficticia «legalidad republicana» se esfumaba. El embotellamiento estaba roto. Quedaban frente a frente los organismos básicos de la legalidad capitalista y las masas; la contrarrevolución y la revolución; el pasado y el porvenir. Inevitablemente, con la violencia afirmativa de una ley física, el triunfo de las masas sobre el ejército destrozaba la organización capitalista de la sociedad y con ella la «legalidad republicana».

El valor internacional de esa experiencia se ahonda y ensancha teniendo en cuenta las condiciones en que se produjo. No existía una sola organización firmemente orientada a la toma del poder político. Como ya he dicho, todas ellas, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda anarco-sindicalista, y poumista, se eslabonaban en una cadena de conciliaciones. Cada una de las organizaciones tendía la mano y encubría a la que estaba inmediatamente a su derecha. Si existía o y la insurrección militar lo atestiguan una recia intransigencia reaccionaria faltaba enteramente, desde el punto de vista orgánico e ideológico, una recia intransigencia revolucionaria. El anarco-sindicalismo, desasosegado por las nefastas consecuencias de su anterior aventura apolítica, incapaz de virar en redondo hasta el marxismo revolucionario, ponía en práctica la política de expedientes y trapicheos con los hombres de la izquierda burguesa y del reformismo obrero, que le es habitual en semejantes casos. El P.O.U.M., rebotando del frente popular a la oposición y de la oposición al frente popular, carecía de línea política propia; se guarecía a la sombra sin contornos de la izquierda socialista, o a la sombra del anarco-sindicalismo, artificialmente alargada por el ocaso automático del sol capitalista. Resultado: en el momento de la insurrección militar, las organizaciones obreras, o bien sostenían con todas sus fuerzas el Estado capitalista, cual el reformismo y el stalinismo, o bien se acercaban a él, cual la C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M. Pese a todo, el Estado y la sociedad capitalista, sin que nadie se lo propusiera deliberadamente, cayeron por tierra, desmoronados como consecuencia del triunfo obrero sobre la insurrección reaccionaria.

La teoría marxista que proclama la necesidad de destruir el Estado capitalista y de crear un Estado obrero basado en relaciones de producción y distribución socialistas de las clases productoras, en posesión de los instrumentos de trabajo, recibió en España, el 19 de Julio, la más brillante demostración. En la Rusia de 1917, el doble proceso social de destrucción del viejo Estado y creación del nuevo fue consciente y poderosamente auxiliado por el Partido bolchevique. Pero en España se consumó el mismo proceso no sólo sin auxilio de ninguna organización, sino con auxilios deliberadamente adversos por parte del reformismo y del stalinismo, inconscientemente adversos, aunque en menor grado, por parte del anarco-sindicalismo y del centrismo poumista. La prueba tiene un valor irrecusable y aleccionador para el proletariado mundial. De la colisión armada salía reforzado el Estado burgués allí donde triunfaban los militares; totalmente destrozado donde triunfaba el proletariado y rudimentariamente creados los organismos básicos de un nuevo Estado proletario. Por repercusión, el hecho constituye una acusación de criminalidad para los partidos obreros infeudados a la fórmula: ni revolución social ni fascismo, sino democracia burguesa. Pues si ésta hubiese representado, por poco que fuera, una verdadera necesidad de la evolución histórica, la derrota de los militares el 19 de Julio la habría confirmado vigorizando espontáneamente el parlamentarismo, el frente popular, y en general todas las instituciones del Estado burgués. La vida fantasmal a que todas ellas quedaron súbitamente reducidas demuestra el carácter anti-histórico, reaccionario de aquella fórmula, y por consecuencia de los partidos obreros que la hacían suya.

Gráficamente, puede decirse que España era burguesa y capitalista el día 18 de julio de 1936, proletaria y socialista el día 20 de julio de 1936. ¿Qué había ocurrido el día 19? Esencialmente, que con su victoria el proletariado consumó el desarme de la burguesía y el armamento de las masas. Derrotadas y desbaratadas sus instituciones coercitivas, el Estado capitalista cesó de existir, semejante a una llama bruscamente privada del oxígeno atmosférico. El Estado no es ni puede ser una entelequia social, cual propalan reformistas y stalinistas en seguimiento de los ideólogos burgueses, sino un círculo de armas de fuego protector del sistema de propiedad y reparto existente. Y en épocas de transformación social, el círculo de armas de fuego es el principal sostén de todo el sistema. Destruyéndolo el 19 de Julio, el proletariado español se desembarazó del principal obstáculo al progreso y sus saturados sentimientos revolucionarios pudieron centrarse intuitivamente hacia la solución histórica exigida por la mecánica del proceso revolucionario. Ese hecho señala la actitud que debe asumir el proletariado de todos los países ante el Estado actual. Sin pasar por ahí, no encontrará jamás el camino de su emancipación. Pero tendrá además que impedir la reconstitución posterior de los cuerpos coercitivos burgueses y el desarme del proletariado, cual ocurrió en España meses después.

Queda por señalar otra experiencia del 19 de Julio que tiene validez internacional. Es sin duda la más importante de todas, pues la revolución española la puso de relieve enteramente por primera vez. Se refiere a la objetividad del ritmo de desarrollo de la revolución independientemente de los factores subjetivos, el estado de las ideas y los partidos. De 1931 a 1936 las masas absorben una experiencia que las empuja continuamente a la izquierda. No existe ningún partido que condense esa experiencia, coordine la actividad de las masas y la apunte hacia el supremo objetivo

histórico. Las masas se mueven hacia la izquierda, las organizaciones obreras hacia la derecha. En el preciso momento que el Estado burgués se derrumba, el anarco-sindicalismo y el P.O.U.M. se le someten, redondeando la unidad de todas las organizaciones obreras contra la organización del nuevo Estado proletario que brotaba de la entraña del movimiento. No obstante, la acción de las masas sólo supo poner por obra actos socialistas, tanto en el terreno económico como en el político. El 19 de Julio las masas irrumpieron bruscamente en el dominio de la revolución socialista, sin que ninguna fuerza consciente las impulsara o auxiliara. El desarrollo de la revolución alcanzaba su fase suprema a despecho de la carencia de un partido propiamente revolucionario. Así se expresaba por su parte, la ineluctabilidad del dilema: revolución proletaria p contrarrevolución capitalista, por otra la experiencia elemental de las masas a través del proceso revolucionario mismo.

Si en vísperas de Julio alguien hubiese querido medir el estado de ánimo de las masas, y deducir la táctica revolucionaria a seguir, guiándose por la filiación de aquéllas, habría hallado que la totalidad estaban encuadradas en organizaciones colaboracionistas, puesto que lo eran confesamente el reformismo y el stalinismo, virtualmente el anarco-sindicalismo y el poumismo⁸³. Siguiendo un patrón revolucionario útil en otras ocasiones, ese alguien habría dictaminado que las masas españolas estaban aún impregnadas de ilusiones democráticas, y que por consecuencia no se las podía orientar directamente hacia las reivindicaciones máximas, necesitándose previamente un plan de educación que las desplazase de las organizaciones colaboracionistas hacia una organización revolucionaria: Gobierno compuesto por los líderes de las organizaciones colaboracionistas, control obrero de la producción, nacionalización de bancos e industrias, distribución de la tierra a los campesinos, etc. Nada más distante de lo posible. Esas consignas hubiesen desempeñado un cometido motor entre 1931 y 1934, cuando la relación entre el estado de ánimo de las masas, su experiencia y su filiación orgánica, tenía un contenido verídico. En 1936, sólo la de distribución de la tierra a los campesinos era parcialmente justa. Las otras quedaban ya por debajo del nivel de conciencia difusa adquirido por las masas durante los años anteriores y muy atrás de las necesidades inmediatas de acción. La relación entre las posibilidades de acción y la filiación de las masas era ficticia en sus tres cuartas partes y debida fundamentalmente a la inexistencia de una organización obrera con voluntad revolucionaria de poder. Pero ese hecho no podía mantener encajonado al movimiento de masas dentro de reivindicaciones de carácter democrático-burgués o transitorio.

Para enlazar con las masas, arrancarlas a la influencia conservadora de las organizaciones colaboracionistas, y favorecer el género de acción necesaria, un núcleo revolucionario no disponía de otros medios que las consignas máximas: no nacionalizaciones por el Estado burgués, sino expropiaciones por el proletariado; no Gobierno de líderes colaboracionistas, sino organización del nuevo poder revolucionario y destrucción del Estado burgués. Estas, precedidas por las demandas de armamento del proletariado y desarme de la burguesía, eran los únicos puntos de enlace posible entre lo avanzado del período revolucionario y el retraso orgánico por relación a él, de los elementos con voluntad de poder.

En suma, el 19 de Julio ha demostrado que cada revolución tiene un ritmo objetivo de desarrollo, cuyo nivel en cada momento no puede ser determinado por la filiación orgánica formal de las masas, sino por la experiencia de éstas mismas a lo largo del proceso revolucionario, y por la perentoriedad concreta del dilema histórico entre revolución y contrarrevolución.

Aunque la organización subjetivamente capaz de auxiliar el proceso revolucionario se encuentre reducida a una pequeña minoría, del movimiento de las masas, por su propio automatismo y de su confuso subjetivismo, brotan en cada ocasión propicia actos socialistas. Al llegar a este punto, las consignas parciales o de transición carecen por completo de aplicación revolucionaria, o bien adquieren una aplicación reaccionaria en manos de los colaboracionistas. Así se demostró en España también, donde la nacionalización y el control obrero de la producción fueron los primeros pasos de stalinistas, reformistas y gubernamentales en general, para arrebatarse al proletariado las propiedades incautadas el mes de julio y siguientes. La experiencia española puso de manifiesto en el más alto grado que el ritmo de desarrollo de una revolución puede seguir una trayectoria inversa a la de los partidos que acaparan la filiación de las masas. En las condiciones modernas, el proceso concreto de una revolución es también revolucionario, es decir, procede a saltos, y quienquiera pretenda ajustarlo a una progresividad completa, evolutiva, desde cualquier punto hasta la toma del poder, corre el riesgo de ser bruscamente dejado al margen de los acontecimientos y

⁸³ Debido al viraje de la mayoría de la Izquierda comunista hacia el centrismo poumista, en vísperas de la guerra civil no había en España una sola organización, por pequeña que fuese, que pensara en la toma del poder. Únicamente algunos individuos aislados, entre los que me contaba yo, más reducidos grupos trotskistas, cuya voz quedaba ahogada en la celda catalana, sin ventanales, del P.O.U.M.

largamente sobrepasado por un torrente ofensivo. En general, a medida que los partidos stalinistas y reformistas se adentran en su vericuetto degenerativo, el proceso revolucionario, en los viejos países europeos y en los principales asiáticos, tenderá a seguir una cadencia arrítmica, por sacudidas, semejante al proceso español o más acusadamente aún. La existencia de un partido revolucionario numéricamente fuerte se hace cada vez más incompatible con la putrefacción totalitaria del capitalismo⁸⁴. Las burocracias ayer aliadas al capitalismo ô la reformista y la stalinista ô sin dejar de ejercer su función castradora, buscarán soldarse establemente en la organización decadente de la sociedad, y lo conseguirán si no las vuelve añicos un manotazo de las masas; los semirrevolucionarios, ayer con un pie en la revolución y otro en la colaboración, se plantarán con los dos en la segunda, y besarán la bendita tierra del orden; la pequeña minoría de revolucionarios, numéricamente débil, fuerte de su temple, su conciencia y su razón histórica, deberá emerger rápidamente a la cabeza de las masas, enarbolando como consignas señeras las máximas de la revolución o será nuevamente hundida en la insignificancia y el aislamiento. Los tiempos lo quieren así. Tal es la más importante de las enseñanzas que el 19 de Julio español, última de las convulsiones revolucionarias entre las dos guerras imperialistas, brinda al caudal de convulsiones que precederán o sucederán a la paz.

Una sociedad enteramente nueva brotó del triunfo de las masas sobre militares y fascistas. Nunca la estructura real de la sociedad capitalista, basada en el monopolio burgués de los medios de producción y mantenida por medio del monopolio de las armas, había aparecido tan descarnada. Sin excepción, sus instituciones se esfumaron como un miraje ante la realidad concreta del armamento de las masas. El decreto de disolución del ejército dado por el gobierno Giral, días después, no hacía más que registrar un hecho consumado en batalla. Sin decreto desaparecieron también la magistratura y la legislación burguesas, substituidas por los tribunales populares y por las decisiones de los Comités. Igualmente quedaron prácticamente disueltos los restantes cuerpos coercitivos capitalistas, sobre los que el Gobierno y el frente popular, cavilando ya en la oscuridad resarcirse del golpe sufrido, precavieron decir una sola palabra. Los guardias de asalto, civiles, o los carabineros que por imperativo del medio o por simpatía hacia la clase trabajadora combatieron junto con ella, arrojaban el uniforme en señal de paso a la revolución y consideraban un honor hacerse pasar por milicianos. La propiedad industrial y bancaria cayó automáticamente a manos de los trabajadores, bien por incautación deliberada, bien por fuga de sus propietarios. Otro tanto hacían los campesinos con la tierra.

De la sociedad capitalista quedaba únicamente, bamboleándose al borde del abismo, la coalición llamada frente popular. Su Gobierno era una sombra vana, cifra inmaterial de poder capitalista. Gobierno y frente popular sentían su desamparo, su inexistencia e inútilmente trataban de imponer respeto y obediencia. Sus órdenes, decretos y disposiciones eran letra muerta. Las masas lo arrollaban todo. Acababa de nacer un nuevo poder político cuya legalidad no procedía de parlamentos garrulos al margen de la historia y contra la historia, sino de la acción viva del proceso de lucha de clases, de las angustias del hombre en marcha hacia adelante, un poder que vertía hacia el porvenir las necesidades de las masas haciéndolas libertad, suprema sanción legal ante la cual toda otra es fraude. Era el poder de los Comités. Sólo los Comités tenían un poder real, sólo a ellos obedecían las masas. Habíanse constituido en todos los pueblos y barriadas de las ciudades. La misma mecánica social que había entregado a las masas la propiedad, las armas y el ejercicio de la justicia, hacía recaer sobre los Comités el poder político, completándose así las bases indispensables al triunfo de la revolución. Veremos en los capítulos siguientes cuáles eran sus defectos, cómo fue anulado su poder y destruidos ellos mismos. Pero en las semanas y en los meses inmediatos a las jornadas de Julio, los Comités se extienden y afirman sus facultades. El Gobierno oficial y su matriz, el frente popular, sabiendo que una simple palabra de los Comités bastaría para desvanecer su fantasmal existencia, se ocultan en el último rincón y piensan únicamente en rehacer los resortes coercitivos del recién destruido Estado capitalista. Una lucha terrible va a desplegarse entre Gobierno y Comités, de la que dependerá la suerte de la guerra civil y el rumbo de todo el mundo.

El día 24 de julio, el ministro de Gobernación se queja en una nota dada a la prensa de que los milicianos desacatan sus ralas fuerzas de seguridad y guardia civil, «no concediendo ningún valor a la placa y carnet que son los únicos distintivos», etc. Al día siguiente el mismo ministro publica: «A partir de las nueve de la noche de hoy, el servicio de vigilancia nocturno de Madrid será prestado *exclusivamente* por la fuerza pública, debiendo dejar de circular todo coche o grupo ocupado o constituido por fuerza que no sea la indicada... » «Los grupos de milicias armadas, salvo los encargados de realizar especial misión..., a partir de dicha hora *se concentrarán en sus puestos y cuarteles*, ya que, normalizada la vida pública en Madrid, no es necesaria mayor vigilancia que la que pueda realizar por *sí sola* la fuerza

⁸⁴ Está comprendida la putrefacción totalitaria de la casta gobernante rusa. Se ha nutrido de los escombros económicos, culturales y psicológicos del capitalismo. Expresa la reacción de esos escombros contra la obra de Octubre rojo. La revolución ha sido asfixiada por ella y es incompatible con ella.

pública». (Subrayado por mí). Y para contrarrestar su carencia de fuerza pública «leal», el Gobierno, la semana siguiente al 19 de Julio, incorporaba a la guardia civil todos los aspirantes que no habían podido ingresar antes de la sublevación y además daba facilidades para nuevos alistamientos.

El poder fantasma busca hombres y armas en los que encarnar, para atacar al poder viviente. Aún no está acallado el tiroteo en las ciudades, apenas han salido los primeros destacamentos de milicianos rumbo a la sierra de Guadarrama y rumbo a Aragón, cuando frente popular y Gobierno inician solapadamente la destrucción de la obra realizada el 19 de Julio. Mientras las masas abren horizontes ilimitados, desde el Gobierno y desde las secretarías de los partidos colaboracionistas se urden proyectos contrarrevolucionarios.

CAPÍTULO IV

LA DUALIDAD DE PODERES: PREPONDERANCIA OBRERA

A cada sistema social corresponde una organización particular del poder político, en estrecha relación con su modo peculiar de producción y de distribución de los productos de trabajo. El poder político u organización del Estado se entrelaza con la clase propietaria tan directa y sólidamente, que al sucumbir las formas de propiedad ha de sucumbir también el Estado que las vigila. Sin esto no hay revolución posible; es la enseñanza más importante aportada a los hombres por su propia historia.

En su punto culminante, la revolución española destruyó espontáneamente el viejo Estado, y creó los rudimentos de otro nuevo, evidenciando así su carácter socialista, contenido durante los cinco años anteriores. Pero antes de entrar a examinarlo, convendrá echar un vistazo sucinto al problema del Estado en las dos revoluciones más importantes, la francesa de 1789 y la revolución proletaria rusa de 1917. Así también serán más abrumadoras las pruebas de convicción contra aquellos que, diciéndose representantes del proletariado, zaparon hasta destruirlas las bases nacientes del Estado proletario en España.

Contrariamente al proletariado, la burguesía, antes de hacer su revolución, era ya una clase propietaria en las ciudades. Pero hallándose encuadrada dentro del marco político del Estado monárquico-feudal, su sistema económico encontraba en él un tope infranqueable. Tenía que destruirlo y crear un nuevo orden político, so pena de estancamiento del desarrollo económico y cultural, cuyo límite máximo dentro del cajón del feudalismo había sido alcanzado ya. Combinándose, la cultura anterior, y el malestar social, producto de la contradicción entre las necesidades del progreso y la organización político-social existente, habían creado, mucho antes de que la burguesía sintiese ansias de poder, el orden de ideas políticas y filosóficas requeridas tanto para destruir el feudalismo como para ordenar la futura sociedad burguesa. Sin embargo, nadie había sospechado aún la naturaleza de clase del Estado. La revolución se enfrentó con el problema ciegamente; lo puso al descubierto y lo resolvió experimentalmente.

En la Francia de la asamblea Constituyente y de la Legislativa, el aparato estatal había sufrido sólo reformas muy superficiales. Fue la época del dominio girondino, llena de conspiraciones reaccionarias y de traiciones, al amparo de la vieja organización estatal. De aquel momento decía conmovidamente Saint-Just: «esa época estaba cubierta de tinieblas. Se nos llenaba de inercia con impetuosidad; la mentira no halagaba; era brusca, era altiva, como lo es frecuentemente la verdad pura». Palabras alusivas a los girondinos, aliados izquierdistas del feudalismo, que hoy podrían ser lanzadas, con muchísima mayor razón, a los stalinistas y reformistas, muletas indispensables del capitalismo moderno. Los girondinos, representantes de la burguesía más rica, enlazados con la nobleza feudal por intereses materiales y morales, reculaban ante la destrucción del viejo Estado, por temor a las clases pobres, que desde el principio de la revolución burguesa planearon sobre ella con un amago radical. A medida que progresaba la revolución y que la amenaza de los ejércitos exteriores hacía más imperiosa la necesidad de medidas tajantes, se hendía el frente unido entre las clases burguesas y las clases pobres en general. Los «sans-culottes», primer sobresalto político de los elementos explotados en la historia moderna, se destacaron hasta la extrema izquierda, organizándose en torno a las secciones de la municipalidad de París, y a los Jacobinos, ligados tanto a la población miserable como a la pequeña-burguesía más radical. En la famosa jornada del 10 de agosto de 1792, que derrocó la monarquía, Jacobinos y «sans-culottes» se impusieron a La derecha girondina.

Las secciones de la municipalidad de París, verdaderas asambleas populares de vigilancia revolucionaria permanente, habían sido el principal factor del triunfo. A partir de entonces constituyeron un elemento de segundo poder, en competencia con el poder político moderado, que no cayó con la monarquía. Toda Francia se dividió en dos bandos. El que acaudillaba la municipalidad insurreccional de París, y el de los Girondinos o moderados, stalinistas o socialistas de nuestro tiempo. En la Convención nacional, que pudo reunirse gracias al triunfo del 10 de agosto, se hizo patente la misma división desde la primera sesión. La fracción girondina atacó inmediatamente el poder creciente de la municipalidad, sin escatimar acusaciones calumniosas de entendimiento con el enemigo y de complots liberticidas. Le hacían frente los jacobinos y Marat, defendiendo al pueblo y exigiendo medidas rigurosas contra los enemigos interiores de la revolución. Estos, desde el aparato estatal y desde el Gobierno mismo, anulaban o hacían ineficaces las medidas revolucionarias, poniendo en peligro la suerte de los ejércitos republicanos en lucha contra la coalición extranjera y la suerte de toda la revolución.

En la gravedad y la proximidad misma del peligro se encontró el remedio. Gracias también a la presión constantemente ejercida sobre la Convención por la municipalidad parisiense, se proclama el gobierno revolucionario. La dualidad de poderes se decide así favorablemente a la municipalidad, y la revolución puede salvarse a sí misma expurgando radicalmente el aparato estatal de elementos reaccionarios emboscados, moderados o sospechosos. La labor del Comité de Salud Pública robespierrista consistió fundamentalmente en la liquidación completa del viejo aparato monárquico-feudal, gracias a lo cual la revolución burguesa alcanzó su fase culminante. Si, por el contrario, el poder dual de la municipalidad hubiese resultado vencido a manos de los moderados, el progreso político, cultural y económico de la humanidad, habría sufrido un retraso de proporciones incalculables.

Carente de experiencias anteriores, la revolución francesa se orientó empíricamente hacia la constitución del nuevo poder político. Saint-Just mismo, lamentando ante la Convención el asesinato de Marat, único que había expresado algunas ideas sobre el particular, reconocía que «sólo la necesidad» les haría redescubrirlas. En efecto, el propio poder jacobino tanteó durante algún tiempo, y dio pasos en falso, antes de hallar la solución indispensable: la destrucción del viejo aparato político y militar y su substitución por otro identificado con la revolución.

El proletariado ruso y los bolcheviques gozaron en este aspecto de ventajas importantísimas. Tenían tras sí la riquísima experiencia de la revolución francesa, y la más concreta de la *Commune* de París, primer conato obrero de destrucción del Estado burgués. Armados de la interpretación dada por el marxismo a toda la historia revolucionaria, los bolcheviques afrontaron la transformación de la sociedad con un grado de conciencia de que hasta entonces habían carecido los revolucionarios. Con todo, el factor decisivo que les condujo sin vacilaciones a la destrucción del Estado burgués y a la creación del primer Estado proletario de la historia, fue el carácter de clase de la revolución misma. La burguesía francesa se asustaba de las consecuencias de su propia revolución. Desde la izquierda, la miraban con desconfianza creciente, con hostilidad y odio en los momentos álgidos, la pequeña-burguesía y la masa miserable de las ciudades denominada genéricamente «sans culottes». Se sentía más inclinada a hacer concesiones a la aristocracia que a éstos últimos. Rasgo característico de la revolución burguesa es que no haya sido la burguesía, sino los «sans-culottes» quienes la empujaron hasta su mayor completamiento. La revolución proletaria, por el contrario, tiene en su propia naturaleza de clase el resorte más seguro de su total completamiento. A la izquierda del proletariado no queda ninguna clase, ni tampoco puede formarse en lo sucesivo. De su seno pueden salir, sí, elementos que se destaquen a la derecha; a la izquierda nunca. Esa característica, inseparable de la función desempeñada por el proletariado en la economía moderna, es la que ha hecho del stalinismo ruso, representante de todas las categorías sociales que se encuentran a la derecha del proletariado y que se alejan cada vez más de él, el factotum de la contrarrevolución, con sus idiosincráticos perfiles bárbaros.

En la naturaleza de clase de su revolución, tiene el proletariado un impulso certero para descubrir y constituir sus órganos característicos de poder. La dinámica de su defensa contra la explotación y la opresión política capitalista le lleva, en una etapa de lucha aguda, a la adopción de formas orgánicas susceptibles de transformarse en la base de un nuevo Estado. Los soviets aparecen por primera vez en la revolución rusa de 1905, en calidad de comités directores del movimiento huelguístico. Resurgen en 1917 con el mismo cometido primario. Los progresos de la revolución y las amenazas que sobre la misma pesaban, transformáronlos en asambleas representativas del proletariado, los campesinos y los soldados, destacándolos como una fuerza enteramente nueva y diferente de la fuerza del Estado. Frente al Gobierno que coronaba la organización de este último, los soviets se alzaban como un segundo Estado y un segundo gobierno. La permanente división en clases de la sociedad desemboca en dos organizaciones diferentes del

poder político, apoyada la una en las clases poseyentes y sus subsidiarias, la otra en las clases explotadas. Era una repetición de la *Commune* de París, en una escala gigantesca y con más nítidos contornos de clase.

El gobierno capitalista de Kerensky, en su deseo de dejar desenvolvimiento libre al Estado republicano-burgués, tropezaba con la barrera de los soviets. Los soviets, en su necesidad de dar solución a los problemas de los explotados, y de dejar libre curso al progreso histórico, tropezaban con el poder capitalista de Kerensky. Los bolcheviques designaron atinadamente esa situación, que duró casi desde el principio de la república burguesa hasta su desaparición, «período de dualidad de poderes». Tras Kerensky y su democracia burguesa se agazapaba la vieja sociedad capitalista, se insinuaba el viejo despotismo con diferente atuendo; tras los soviets fluía un nuevo tipo de democracia, la de los productores en posesión de los instrumentos de trabajo, y se despejaba en toda la redondez el horizonte del progreso humano, taponado por la explotación del hombre por el hombre. La dualidad no podía durar indefinidamente; debía resolverse sin mitigación ni compromiso en favor de uno de los dos poderes. El gobierno Kerensky y los partidos obreros oportunistas, incapaces de atacar de frente a los soviets, procuraron corromperlos transformándolos en organismos parlamentarios, apéndice y soporte de la república burguesa. Por fortuna, lo impidieron los bolcheviques, quienes lograron dar a los soviets su pleno cometido combativo inmediato, y la conciencia de su cometido histórico: base del futuro Estado proletario. Gracias a los bolcheviques, el Estado burgués fue destrozado de arriba abajo, y por primera vez en la historia las clases explotadas se constituían en gobierno.

El mérito más importante de los bolcheviques, que los coloca incontestablemente entre los más grandes transformadores de la humanidad, consiste en haber comprendido la naturaleza irreductible de la dualidad de poderes, y empujado con todas sus fuerzas en el sentido del poder exclusivo de los soviets. La exigencia: «todo el poder a los soviets» marca una nueva división en la historia universal, más, mucho más importante que la reconocida, pero imprecisa división entre mundo antiguo y mundo feudal. Cuando pueda ser contemplada dentro de un amplio panorama, aparecerá como el punto inicial de la desaparición de todo gobierno, y de ese aparato de sistemático terrorismo que es el Estado. La brutalidad totalitaria de la contrarrevolución stalinista no niega la afirmación anterior. Para establecerse hubo de corromper los soviets, primero, y deshacerse de ellos después. En ella, retorna el pasado, renace la opresión y la explotación de las clases pobres. Se requerirá un gran renacimiento ofensivo de la democracia soviética para abatir su cabeza odiosa. El porvenir, mundialmente, pertenece a los órganos proletarios de poder. De lo contrario la sociedad se adentrará más y más en el despotismo decadente.

El camino abierto por los bolcheviques deberá ser seguido, en lo fundamental, por el proletariado de todo el mundo. El Estado burgués ha de ser destruido de arriba abajo, y el proletariado erigido en clase gobernante ha de crear su propio aparato de gobierno, nuncio de la desaparición de las clases, y de todo instrumento coercitivo. Sin eso, cuanto se llame revolución será superchería.

En todas las grandes conmociones sociales siguientes a la rusa, la derrota de la revolución ha sido determinada por la supervivencia del Estado burgués. Los órganos del nuevo poder de clase, que en ninguna de ellas dejaron de aparecer, ya con el nombre de soviets, ya con el de comités, o alianzas obreras, mostráronse incapaces de destruir el viejo aparato estatal y de afirmarse como poder único. Su aniquilamiento sirvió invariablemente de dintel al triunfo de la contrarrevolución. Así ocurrió en la China de 1927-1928. La disolución de los soviets, efectuada por orden del estalinizado Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, originó las sangrientas represiones dirigidas por Chiang-kai-chek, y la consolidación de la dictadura militar. Durante la revolución alemana de 1923, la socialdemocracia se interpuso en el camino de los soviets hacia el poder, convirtiéndolos en organismos parlamentarios de colaboración con el viejo Estado. Así castrados, facilitaron la recuperación del maltrecho sistema coercitivo capitalista, creando las condiciones de su propia desaparición. La revolución alemana añade una enseñanza más a las anteriores. Unos organismos de poder mediatizados por ideas colaboracionistas sirven de auxiliares al enemigo, en lugar de servirle de enterrador. En 1934, el proletariado español hizo un primer conato de creación de sus organismos de poder. Las pocas Alianzas Obreras que se constituyeron, dominadas por los reformistas, no lograron sobrepasar la condición de embrión burocrático. Remito el lector al capítulo referente a la insurrección de Octubre. La infecundidad a que las alianzas obreras se vieron sometidas por el reformismo, fue lo que principalmente permitió a éste mismo imponer al movimiento de Octubre, excepto en Asturias, un giro no insurreccional. En fin, éstas y otras experiencias que no cito de Europa central y de los países bálticos no dejan lugar a dudas: la victoria de la revolución está inseparablemente ligada al triunfo de los órganos obreros de poder sobre el Estado capitalista; la derrota de los primeros a manos del segundo es la contrarrevolución.

El 19 de Julio produce en España una floración multitudinaria de órganos de poder revolucionario, mucho más amplia y consciente de su naturaleza anticapitalista que todas las experiencias semejantes habidas hasta entonces, excepto la de la revolución rusa. En cierto modo el caso de los órganos de poder españoles es aún más demostrativo que el de la revolución rusa. En Rusia, las organizaciones obreras, incluyendo mencheviques y socialistas-revolucionarios, contribuyen a la formación y a la duración de los soviets. En España, por el contrario, ninguna organización obrera contribuyó deliberadamente a su formación, y todas las existentes con alguna fuerza orgánica, desde el stalinismo hasta el P.O.U.M. se dieron la mano para destruirlos, como se verá después. No obstante, el número de órganos de poder obrero era en España proporcionalmente mayor que en Rusia durante los primeros meses de la dualidad. El proceso necesario de destrucción del viejo Estado y creación del nuevo se abrió impetuosamente camino por el automatismo espontáneo de la situación. Quienes han acusado al marxismo revolucionario de esforzarse en aplicar a todos los países un calco de la revolución rusa, obtuvieron en España un mentís inapelable. Los organismos de poder revolucionario ô llámeseles como se les llameô no son una invención bolchevique ni un fenómeno peculiar ruso, sino una exigencia orgánica de la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista. Pese la oposición deliberada del stalinismo y el reformismo, pese la inconsecuencia, las vacilaciones y las concesiones al poder burgués, del anarquismo y el centrismo pousista, se constituyeron por todas partes, ejercieron el poder y disputaron el terreno palmo a palmo al Estado capitalista, que se incorporaba alzado en hombros de la organizaciones obreras. Pasadas las jornadas de Mayo de 1937 ô derrota en el triunfoô aún resistían algunos elementos de segundo poder y ofrecían bases para recuperar el terreno perdido. ¡Tan total era el desvencijamiento de la organización capitalista; como profunda e identificada con el proletariado, los campesinos y las necesidades mismas de la guerra, la avalancha hacia la creación del Estado proletario!

En efecto, la constitución de Comités de obreros, campesinos, milicianos y marinos, f un reflejo instantáneo de la destrucción del aparato coercitivo capitalista. No quedó fábrica, barrio obrero, pueblo, batallón de milicias o barco, donde no se constituyera un Comité. En su respectivo dominio local cada Comité era la única autoridad existente; sus disposiciones y acuerdos eran ley; su justicia, la justicia revolucionaria, con exclusión de toda otra. La legislatura burguesa quedó automáticamente arrumbada, no existía más ley que la dictada por las necesidades de la revolución. La mayoría de los Comités eran elegidos democráticamente por los trabajadores, milicianos, marinos y campesinos, sin distinción de tendencias, realizándose así la democracia proletaria, en oposición y superación de la democracia parlamentaria burguesa. El poder público cayó en los lugares de trabajo. Donde sin duda, existía menos democracia, era en las grandes ciudades. La fuerza burocrática de las organizaciones obreras interfería en la iniciativa de las masas relegando la democracia a los lugares de trabajo, mientras en el plano de cada ciudad el poder era ejercido, ya por un compromiso burocrático entre los comités superiores de las organizaciones existentes, ya repartiéndoselo tácitamente según la fuerza material de cada una, ya por una combinación de compromiso y reparto. Esta última fue la situación más general en las ciudades durante los meses inmediatos a Julio. Se deducía de la intención, deliberada en algunas organizaciones obreras, de salvar el Estado burgués, y de la incapacidad de las otras para coordinar nacionalmente todos los Comités-gobierno existentes. No por eso dejaba de ser una realidad contundente y avasalladora el ejercicio del poder político por el proletariado y los campesinos pobres. Toda la zona salvada de la dominación militar estaba en manos de una multitud de Comités-gobierno sin vínculo nacional entre sí, y sin clara noción de su incompatibilidad con el antiguo Estado.

La expropiación de burguesía y terratenientes fue efectuándose, por lo general, a compás de la constitución de los Comités-gobierno. Las sombras gubernamentales de Madrid y Barcelona, contemplando impotentes lo que ocurría, procuraron en algunos casos, incautar o nacionalizar ciertas industrias, para evitar su apoderamiento por los trabajadores. Inútil. Cuando se presentaban, los agentes del Gobierno encontraban un Comité obrero ya en posesión de la industria, que se negaba a entregarla. Sin excepción, toda la gran propiedad industrial y agraria quedó en manos del proletariado y los campesinos. Los burgueses que no se habían fugado a Francia o al bando fascista, habían sido presos, ejecutados por los trabajadores cuando se trataba de reaccionarios activos, o reducidos a la categoría de empleados en las industrias expropiadas. El capital financiero hace excepción parcialmente. Quedó también en manos de los trabajadores correspondientes; pero estando el sindicato de banca y bolsa totalmente dominado por corrompidos líderes stalinistas y reformistas, el gobierno burgués obtuvo sin resistencia acceso al capital financiero, logró controlarlo rápidamente y emplear sus vastos recursos para rehacer los cuerpos coercitivos capitalistas, sabotear el poder de los Comités-gobierno y la naciente propiedad socialista.

Igual traspaso de poderes se produjo en el dominio del armamento. Vencido y dislocado el ejército, el armamento de las masas pobres no encontró más límites que el número de armas existentes. Inmediatamente se constituyeron milicias que corrieron a hacer frente a las tropas fascistas en la sierra del Guadarrama, en Aragón, Extremadura, Andalucía, etc. Para el mantenimiento del nuevo orden revolucionario naciente, se crearon Patrullas de Control en Cataluña y Milicias de retaguardia en el resto del país. Después veremos los defectos de que adoleció la obra socialista del proletariado y los campesinos, defectos que aprovecharon los dirigentes stalinistas y reformistas para devolver todo al reaccionario orden burgués. Ahora debemos dejar bien clara una imagen panorámica de la situación.

Propiedad, armamento y poder político, la trilogía fundamental de toda sociedad, adoptaron en seguida, en manos del proletariado y los campesinos una forma socialista, a través de las colectividades organizadas inmediatamente después de la expropiación, de las diversas Milicias y Patrullas de Control, de los Comités-gobierno. Aunque muy imperfecto, el nuevo tipo de sociedad quedaba distintamente contorneado, desde la base a la cúspide. Frente a él, el gobierno capitalista, carente de base social, privado de armas, era impotente para gobernar, Gobierno sólo de nombre, y aun esto porque así convenía a las asechanzas que a la revolución deparaban los dirigentes stalinistas y socialistas, no por su propia vitalidad. El único sustento material del Estado capitalista eran las escasísimas fuerzas de guardia civil, asalto y carabineros, que por una razón u otra encontráronse leales al día siguiente del 19 de Julio. Ellas mismas se dividían en dos categorías. Las que permanecieron «leales» al Gobierno obligadas por la salida de las masas a la calle, y las que lo hicieron por simpatía a la revolución. Aquellas vivían aguardando la oportunidad de pasarse al enemigo; estas aspiraban, por entonces al menos, a incorporarse en las Milicias obreras. Con todo, los guardias civiles «leales» estaban muy lejos de prestar al Gobierno la fisonomía, la autoridad y la organización de tal. ¿Qué realidad material podía tener un gobierno cuya estructura estatal y cuya base social ô la propiedad capitalistaô acababan de serle arrebatadas bajo los pies? Ninguna. El propio Giral, calavera del fantasma, lo reconoció quejándose repetidamente de la ineficacia de sus disposiciones, constantemente anuladas por los Comités-gobierno. Incluso Largo Caballero, a quien poco después se dio el encargo de infundir nueva vida al Estado capitalista, se quejaba de lo mismo. La revolución, demolida todas las barreras, sólo se obedecía a sí misma. Hasta las organizaciones obreras más conservadoras, como el partido socialista y el stalinista, eran frecuentemente desobedecidas por sus militantes.

Para que el triunfo de los órganos obreros de poder fuese completo, faltó, sin embargo, una unificación de los mismos que los erigiese en único poder en escala nacional, que proclamase formalmente la disolución del Gobierno, el Estado capitalista y el parlamento, y que se apoderase del capital financiero poniéndolo a disposición de la economía incautada. Debido a esta falla, las dos organizaciones obreras deliberadamente pro-capitalistas, la stalinista y la reformista, pudieron tomar a su cargo la representación ideológica y el cometido práctico del Estado capitalista, poner en sus manos el capital financiero, con el cual aquél había de rearmarse, crear todo género de dificultades a las industrias colectivizadas, y someter a sus designios las otras dos organizaciones obreras, la C.N.T. y el P.O.U.M. Así, durante los meses inmediatamente posteriores al 19 de Julio, el polo burgués de la dualidad de poderes se personificaba principalmente en las cumbres directivas de los partidos staliniano y reformista. Son éstos, seguidos por las otras dos organizaciones mencionadas, quienes libran las primeras batallas contra el poder obrero. El Estado capitalista propiamente dicho era absolutamente impotente.

La situación, inmediatamente después del 19 de Julio, se caracteriza pues, por una incompleta atomización del poder político en manos del proletariado y los campesinos. Empleo la palabra atomización porque *dualidad* es insuficiente para dar una imagen cabal de la distribución real de poderes. Dualidad indica dos poderes contendientes, rivales, capacidad y voluntad de lucha de parte y otra. El Estado burgués no estuvo en ese caso sino tres meses después de las jornadas de Julio. Entonces comienza la dualidad propiamente dicha. Mientras tanto, el poder atomizado en los Comités-gobierno locales era la única autoridad existente y obedecida, sin más restricción que su carencia de centralización, y la interferencia derechista de las burocracias obreras.

La erupción general de Comités-gobierno, en cuya constitución participaron los obreros y campesinos de todas las tendencias, corroboró en forma nunca vista antes ô por su carácter absolutamente espontáneoô , la concepción marxista de la revolución, que proclama la erección del proletariado en clase gobernante, previa destrucción del Estado capitalista. Esa gran experiencia de la revolución española ofreció al mundo la paradoja de mostrar a los anarquistas o anarcosindicalistas actuando como los principales agentes de la concepción marxista, y negando de hecho la concepción ácrata. El anarquismo lleva ya cerca de cien años proponiéndose destruir el Estado de una vez para siempre y sin apelación, el día de la revolución. El marxismo lleva el mismo tiempo diciéndole: lo que es

menester destruir hasta los cimientos es el Estado *burgués*, pero sin la creación de un Estado *proletario*, organismo coercitivo que domine la resistencia de las clases reaccionarias y de sus subsidiarias, ni hay revolución posible, ni podrá llegarse a la desaparición de las clases, condición de la desaparición del propio Estado proletario.

Llevados por las empíricas necesidades de la revolución desencadenada, impelidos por las leyes del desenvolvimiento social, manifestadas elementalmente, pero con irresistible imperiosidad, los anarquistas se transformaron en los más activos creadores de los Comités-gobierno, defendiendo mediante ellos o en el seno de ellos, frente al stalinismo y al reformismo, lo esencial del marxismo revolucionario. En numerosos pueblos, los militantes cenetistas proclamaron la anarquía mediante un Comité ajustado completamente a la noción marxista de la dictadura del proletariado, como en menor escala ya había ocurrido durante la insurrección del Alto-Llobregat, en 1932. Si a sus componentes se les hubiese dicho que ejercían las funciones de la dictadura del proletariado, con toda seguridad se habrían indignado, porque el anarquismo, ignorando lo que es la dictadura del proletariado, reacciona prejuiciosamente. Pero las leyes que rigen el progreso social a través de las contradicciones de clase, son más fuertes que los prejuicios. Los intereses y la función económica del proletariado en la economía capitalista requieren, para desenvolverse libremente, el establecimiento de la dictadura del proletariado, lo que no comporta supresión de la democracia, como lo cree el pensamiento vulgar, sino una democracia para las clases explotadas más amplia y efectiva que todas las conocidas hasta ahora, y un aparato coercitivo o gobierno dirigido contra los estratos sociales adversarios de la revolución. Y las leyes sociales se imponen a los hombres por mucho que éstos se obstinen en negarlas. Así se impusieron a los anarquistas españoles. Siendo la C.N.T. la organización de masas más fiel a la lucha de clases, sus militantes, en las semanas y meses siguientes a Julio, se comportaron no como anarquistas, sino como marxistas revolucionarios, al menos incipientemente. Y frente a la conciencia antirrevolucionaria y procapitalista de las direcciones staliniana y reformista, la semi-conciencia revolucionaria y la posición más izquierdista de la dirección ácrata permitió a la masa confederal aparecer como vanguardia empírica de la revolución y de la dictadura del proletariado.

Pero entre la acción elemental, ciego empuje de la dinámica de la situación, y la acción consciente, hay la misma diferencia que entre la descarga eléctrica de las nubes, y la electricidad dominada y utilizada por el hombre. Cuanto cabía esperar de las condiciones objetivas acumuladas por siglos, y cuanto podía ofrecer la acción revolucionaria de las grandes masas, había sido óptimamente alcanzado tras las jornadas de Julio. El Estado burgués se hallaba completamente tullido, sí; pero era menester liquidarlo sin dejar rastro de él, cortarle toda posibilidad de reconstitución organizando nacionalmente el poder político, la economía, la guerra y el nuevo orden revolucionario, sobre la base de los Comités-gobierno, de las colectividades soldadas en un sistema de planificación, de las milicias de combate o de retaguardia, más las Patrullas de Control, articuladas en un solo sistema al mando de un gobierno revolucionario central salido de la multitud de Comités-gobierno. La acción elemental del movimiento revolucionario se habría completado y habría alcanzado así su propia esencia. Sin duda existía también, en la parte más despierta del proletariado, una conciencia nebulosa en ese sentido. Auxiliada, hubiese cristalizado pronto. Pero las organizaciones obreras, en lugar de acendrarla, la dispersaban y la desviaban, sirviendo de rémora a las masas. Las masas no encontraron ayuda en ellas, sino entorpecimiento por parte de las mejores, traición páfida por parte de las peores.

Dividíanse las organizaciones obreras en dos categorías. La una, compuesta por las organizaciones stalinista y socialista congregadas en el frente popular, deliberadamente enemiga de la revolución social, por tanto orientada a destruir los Comités-gobierno y reparar con sus propias manos el Estado capitalista. La situación resultante del 19 de Julio fue, para stalinismo y reformismo, un contratiempo del que ansiaban desembarazarse lo más pronto posible restableciendo el orden anterior a aquella fecha. Puestos por la ofensiva de las masas ante el hecho consumado, se veían obligadas a dejar hacer a sus propios militantes, mientras maquinaban la forma de imponer marcha atrás a los acontecimientos. La otra categoría comprendía la C.N.T., con su medular F.A.I., y el P.O.U.M. Ninguna de estas tres organizaciones tenía una deliberada meta reaccionaria, cual la stalinista y la reformista, pero carecían igualmente de una deliberada meta revolucionaria; la tendencia anarquista a causa de sus ideas sobre Estado y política, y la poumista a causa de los oportunismos y medias tintas inseparables de su naturaleza centrista. Anarquismo y poumismo, aunque no dejaron de conciliar con el frente popular, aparecían a la izquierda de él, encontrándose así en excelentes condiciones para asegurar a los Comités-gobierno la completa posesión del poder político. Por sí sola, la numerosa y excelente militancia anarquista habría garantizado fácilmente el éxito, si su espontánea actividad hacia la creación de un nuevo Estado no hubiese sido frenada y desviada hacia el Estado burgués por la propia dirección anarquista. Por su

parte, El P.O.U.M., aunque incomparablemente menos influyente, contaba con recursos y fuerza numérica suficiente para conquistar la mayoría proletaria mediante una enérgica política revolucionaria, y frustrar la torva intención de stalinistas y reformistas. Pero ya se ha visto que desde la constitución del frente popular, en las organizaciones obreras no se divisaban más que los Kerensky; faltaban los Lenin y los Trotsky. En el momento en que el frente popular, con el Estado burgués, recibía un golpe mortal, cuando, señoreando las masas todas las relaciones sociales, podía ser rápidamente desarraigada la traicionera influencia del stalinismo y el reformismo, se suman a éstos el anarquismo y el poumismo, acceden a sus maniobras reaccionarias, les dan viabilidad, cortan a los Comités-gobierno el paso hacia el poder en escala nacional, y salvan al Estado burgués del tiro de gracia. Es el entrelazamiento de dos tendencias deliberadamente pro-capitalistas, y de otras dos semirrevolucionarias, lo que impidió que la obra de Julio cristalizase y se consolidase, lo que más tarde causó el retroceso de la revolución y el triunfo de Franco.

Cataluña fue la región donde el movimiento revolucionario caló más profundo en la entraña social. Había dos causas fundamentales para que ocurriera así. Es la región que posee un proletariado industrial más denso, y la organización dominante era la C.N.T. Stalinismo y socialismo estaban casi completamente desterrados de la región. El Partido socialista unificado de Cataluña, afiliado al stalinismo, nervio de la contrarrevolución meses adelante, se constituyó después del 19 de Julio apañando toda la escoria social imaginable, desde el tendero avaro hasta el señorito fascista, pasando por el especulador y el arribista que nada en todas las aguas. Aparte la C.N.T., únicamente el P.O.U.M. tenía una influencia sensible. Debido a esta circunstancia, el tremendo impulso revolucionario de las masas no encontró al principio otro obstáculo que la incapacidad del anarquismo y el centrismo para sistematizar la espontánea aparición de las nuevas instituciones sociales.

El Estado burgués sintiéndose vencido junto con los generales, se rendía incondicionalmente al proletariado victorioso. Pero los principales representantes de ese proletariado eran entonces los anarquistas, y los anarquistas (¡cien años de prédica antiestatal!) concedieron al Estado burgués la gracia de la supervivencia. Dejaron al prisionero del 19 de Julio el resuello que le era necesario para atacar la obra del 19 de Julio. He aquí cómo refiere lo sucedido uno de los protagonistas, prominente líder de la C.N.T. y consejero de Economía en el Comité Central de Milicias⁸⁵:

Liquidada la revuelta en Cataluña, el presidente de la Generalidad, Luis Companys, nos llamó a conferencia para saber cuáles eran nuestros propósitos. Llegamos a la sede del gobierno catalán con las armas en la mano, sin dormir hacía varios días, sin afeitarse, dando por la apariencia realidad a la leyenda que se había tejido sobre nosotros. Algunos de los miembros del gobierno de la región autónoma temblaban pálidos mientras se celebraba la entrevista, a la que faltaba Ascaso. El palacio de gobierno fue invadido por la escolta de combatientes que nos había acompañado. Nos felicitó Companys por la victoria. Podíamos ser únicos, imponer nuestra voluntad absoluta, declarar caduca la Generalidad e instituir en su lugar el verdadero poder del pueblo; pero nosotros no creíamos en la dictadura cuando se ejercía contra nosotros y no la deseábamos cuando la podíamos ejercer nosotros en daño de los demás. La Generalidad quedaría en su puesto con el presidente Companys a la cabeza y las fuerzas populares se organizarían en milicias para continuar la lucha por la liberación de España. Así surgió el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, donde dimos entrada a todos los sectores políticos liberales y obreros.

El pensamiento crítico se queda lelo de asombro ante tamaña monstruosidad, tan fácilmente hecha y tan desenvueltamente referida; la interjección hiriente salta a la boca. En efecto, hay hechos y palabras ante los cuales sería una humillación razonar sin dejar antes libre curso al apóstrofe. La sensibilidad que no los percibe está seca e incapacitada para comprender. ¿Qué decir de quienes, pudiendo, se negaron a instituir el «verdadero poder del pueblo»? Moderándose, que la suerte del pueblo les era menos cara que sus relaciones con los representantes de la burguesía, tipo Companys; que una cosa es el aire pavoroso de quienes no se han afeitado varios días y otra una conducta revolucionaria; que los «miembros del gobierno de la región autónoma» tenían menos razones para temblar pálidos, que los hombres de la escolta de combatientes que acompañaban a Santillán y los demás líderes cenetistas; en el mejor de los casos, que las ideas anarquistas sobre el cumplimiento práctico de la revolución eran lo suficientemente equivocadas para permitir a sus representantes retener en la vida al Estado capitalista o el principal enemigo de la revolución o creyendo simultáneamente obrar de la manera más magnánima.

¿Quiénes eran «los demás», en daño de quienes los dirigentes anarquistas no deseaban ejercer la dictadura? El relato no deja lugar a dudas: eran los representantes del Estado capitalista, era este mismo Estado. La evolución posterior de los acontecimientos iba a confirmarlo con la sangre del proletariado, vertida por ese Estado, rehecho y regido por dirigentes stalinistas y socialistas mediante la colaboración de los anarquistas. Guiados por sus prejuicios

⁸⁵ D. A. de Santillán: *Por qué perdimos la guerra*, pág. 53, Ediciones Imán, Buenos Aires.

hacia la dictadura del proletariado ô existente de hecho en todo el territorio sustraído a las tropas franquistasô los dirigentes anarquistas dejaron subsistir la posibilidad de un restablecimiento de la dictadura de la burguesía. Así se traducían, en deservicio de la revolución, sus falsas concepciones sobre el Estado y la política, gracias a lo cual quedó en pie el polo burgués de poder, y fue parada en seco la culminación del naciente poder obrero en poder único. Sólo a la acción de los líderes anarquistas se debió en Cataluña, que la dualidad de poderes no se resolviera dejando todo el poder en manos del proletariado, inmediatamente después del 19 de Julio. Y en aquellos momentos el ejemplo de Cataluña hubiese sido decisivo para el resto de España.

Santillán, que como la mayoría de los dirigentes anarquistas gusta de teatralidades y de llenarse la boca con palabras, nos presenta lo ocurrido en la sede del Estado capitalista como un soberano acto de liberalidad, magnanimidad y alteza de miras, del que sólo son capaces los anarquistas, muy por encima de la mezquina conducta de los «políticos». Nos da así un asombroso ejemplo de la liviandad con que el anarquismo se comporta en los más trascendentales momentos para el porvenir de la revolución, y de su incapacidad para aprender las enseñanzas de la historia. Páginas adelante, Santillán llora en su propio libro la derrota, considerándola, con entera razón, tremenda. Pero eso no le ha impedido incensar como grande y noble la escena de los líderes anarquistas ante los líderes burgueses, primer eslabón de la tremenda derrota que lleva a la victoria de Franco. En la actitud de los representantes obreros ante Companys está ya insinuado el retroceso de la revolución, el ataque sistemático a las conquistas obreras y la represión desencadenada, meses después, contra los mejores combatientes de Julio; en ese acto está contenida la derrota obrera en Mayo de 1937, el asesinato de los propios militantes anarquistas, de los trotskistas y de los poumistas, y la calumnia arrojada sobre ellos por el stalinismo; está contenido el Gobierno contrarrevolucionario de Negrín-Stalin, el terrorismo antiproletario de la G.P.U. y el Servicio de Información Militar (S.I.M.) y el dominio deletéreo del partido stalinista; está contenido el aniquilamiento completo de la revolución por el Estado capitalista rehecho, y la pérdida consecuente de la guerra, la tremenda derrota reconocida por Santillán. Para decirlo todo, está contenida también la descalificación revolucionaria de la dirección anarquista, que contaba para liquidar la sociedad burguesa con condiciones incomparablemente mejores que los bolcheviques en la Rusia de 1917.

Si Santillán y los demás líderes anarquistas hubieran cometido sólo un error, por grave que fuera, al retener entre los vivos el agonizante Estado capitalista, en lugar de glorificar la escena del palacio de San Jorge, la señalarían como el primer acto de la larga cadena de capitulaciones que, eslabonadas de los líderes anarquistas y poumistas a los stalinistas y reformistas, de éstos a la burguesía republicana y a la franquista, hasta llegar a la burguesía mundial y a la contrarrevolución rusa, condicionaron la derrota política del proletariado y los campesinos a manos del frente popular y la derrota militar a manos de Franco. Gracias a ese eslabonamiento, los vencedores de Julio, que lo habían conquistado todo, sufrieron finalmente una espantosa y cruel derrota. En efecto, por imperativo de la correlación orgánica existente, el poder de los Comités-gobierno se aglomeraba principalmente en manos de los dirigentes obreros. En Cataluña el 90% del mismo recaía en los dirigentes anarquistas, ¿y haberlo repudiado, ha de ser considerado un acto noble y grande? Puesto ante el inapelable argumento de las armas, el Estado capitalista reconocía su muerte, tomaba acta de ella por así decirlo, y se amortajaba voluntariamente en la historia, ¿y haberlo retenido en la existencia inyectándole nueva vida, ha de ser considerado magnanimidad? El Estado proletario brotaba poderosamente por todas partes, de las propias filas anarquistas, ¿y haberle impedido nacer, ha de ser considerado generosidad y alteza de miras? No, sino todo lo contrario. Ahí están, para probarlo, la política y la represión reaccionarias del frente popular durante la guerra civil, ahí están la derrota y sus espantosas consecuencias para las masas, la represión stalinista y la franquista después. La verdad les apedrea la cara; los líderes anarquistas siguen repitiendo: ¡fuimos nobles, fuimos generosos, fuimos grandes, nuestra conducta fue excelsa!

Lejos de haber corregido sus errores aprovechando la rica y trágica experiencia, la dirección anarquista parece presta a reincidir, si la ocasión se le presenta, e inclinada a convertirse en una estabilizada tendencia de colaboración con la burguesía. Revela así que lo hecho por ella en 1936 y durante todo el curso de la guerra civil era la consecuencia lógica de sus concepciones ideológicas. Se trata de una tendencia ácrata, enemiga de todo Estado, de toda política, no se olvide. Ante ella se abrían tres posibilidades como resultado de las jornadas de Julio: tratar de realizar las ideas anarquistas sobre la abolición inmediata y definitiva de todo Estado; redondear formalmente la destrucción sufrida de hecho por el Estado capitalista estructurando los elementos de Estado proletario espontáneamente surgidos: o finalmente, impedir los progresos de este último y revigorizar el Estado capitalista prestándole colaboración. La dirección anarquista emprendió este tercer camino. El primero, que era el suyo, mil

veces alabado en cantos líricos, y el segundo, el del marxismo revolucionario, ni siquiera los intentó. No puede tratarse en manera alguna de un error ocasional. La verdad es que la abolición de todo Estado, el apoliticismo en general, aparecieron súbitamente a los ojos de los dirigentes anarquistas tanto más utópicos cuanto más rotunda era la presencia de la revolución. Prácticamente sólo se les ofrecían la perspectiva prevista por el marxismo revolucionario, bien encantada ya por las masas, y la colaboración preconizada por los líderes stalinistas y reformistas, quienes abjurando del marxismo se han ensuciado con supuraciones burguesas y ligado su destino al del capitalismo. La dirección anarquista fue empujada por sus falsas nociones sobre el Estado y la política, a escoger la compañía de los politicistas que más daño han causado al movimiento revolucionario mundial, abrazando la idea de un Estado democrático-burgués, traicionero cepo. No se comete exageración ni se hace un paradójico juego de palabras, asegurando que el marxismo es más profundamente antiestatal y contrario a la baja politiquería, que el anarquismo.

Por voluntad del anarquismo quedó, pues, en Cataluña un poder dual burgués absolutamente irreal momentáneamente, pero alrededor del cual empezaron a agruparse todos los elementos y partidos enemigos de la revolución proletaria, desde el semifascista Estat Catalá, hasta el stalinismo, pasando por la Esquerra de Catalunya y los pocos social-demócratas existentes. El lector se convencerá mejor de la inmaterialidad de ese resto de poder burgués por estas otras palabras de Santillán: «El Comité Central de Milicias fue reconocido como el único poder efectivo de Cataluña. El Gobierno de la Generalidad seguía existiendo y mereciendo nuestro respeto, pero el pueblo no obedecía más que al poder que se había constituido por virtud de la victoria y de la revolución...» La tabla de salvación arrojada por los representantes obreros al naufragado Estado capitalista no lograba sacarle a flote, ni detener la avalancha revolucionaria, poderosísimamente precipitada hacia la formación de un Estado proletario y una sociedad socialista.

En efecto, todos los resortes del poder convergían en el Comité Central de Milicias. Dirección de la guerra, vigilancia revolucionaria, economía, justicia, y la creación de nuevas industrias para satisfacer las necesidades de la guerra. Sin que él mismo supiera cómo, sin propósito consciente, el Comité Central de Milicias se convertía en un Gobierno revolucionario y su aparato en un rudimentario aparato de Estado proletario. Para serlo por completo le faltaba, en primer lugar, una voluntad clara en tal sentido, en segundo lugar un acoplamiento mayor a las necesidades históricas de la revolución, lo que comportaba necesariamente la adaptación más completa posible a las nuevas formas de democracia creadas por la victoria de las masas. En gran número de pueblos los Comités-gobierno eran elegidos democráticamente por todos los trabajadores, sin distinción de tendencias. La separación orgánica no existía para los fines electorales del poder local. No eran las organizaciones quienes separadamente elegían sus representantes en el Comité; los elegía la totalidad de los trabajadores o campesinos reunidos en asamblea general. La predilección por hombres de una u otra tendencia estaba determinada únicamente por la simpatía que a los trabajadores merecieran las diferentes organizaciones existentes. No se imponía a los anarquistas la elección de un anarquista, ni a los poumistas la elección de un poumista, etc. Ese género de democracia es el más amplio que pueda existir, y desde luego el único susceptible de dar a las masas obreras y campesinas interesadas en la revolución, la garantía de poder reflejar ágilmente, en la composición de los Comités-gobierno, los cambios ideológicos que les sean dictados por la experiencia. El sistema de elección *en el seno* de cada organización, por el que fueron designados otros Comités, no puede ser considerado democrático. Distribuye el poder en partes fijas entre las organizaciones existentes, trabando burocráticamente la evolución en la composición orgánica de los Comités-gobierno, excluye de su designación a los trabajadores no afiliados a ninguna tendencia y dificulta la formación de nuevas organizaciones obreras. La libertad de tendencias en el seno de los Comités-gobierno, y la votación en asambleas generales, sin distinción de filiación o carencia de filiación, es la forma democrática más amplia posible y la que mayores recursos pone en manos de las masas frente a posibles usurpaciones del poder por camarillas burocráticas traidoras a la revolución. El ejemplo de la traición stalinista a la revolución rusa es en este aspecto de una elocuencia estremecedora. Recurrir a la sindicación forzosa, cual se hizo en España, sobre ser totalmente anti-democrático, da a la burocracia de las organizaciones un elemento de presión e intimidación de los trabajadores, y deja insoluto el problema fundamental, a saber, asegurar a los trabajadores, hasta el máximo posible, la posibilidad de hacer concordar en cada instante la composición de los Comités-gobierno con los dictados de sus intereses y la evolución experimental de sus ideas. En esta dirección no existe otro mecanismo más dúctil y adecuado que la elección en los lugares de trabajo y el derecho de revocabilidad, en cualquier momento, de los elegidos. Finalmente, la degeneración de la revolución proletaria sería inconcebible sin un retraimiento abstencionista de las masas en la gestión política, por donde la burocracia se desarrolla y echa sus

tentáculos sobre todo. El mecanismo administrativo y político de la revolución debe, pues, asegurar la máxima intervención directa y constante a las masas. No sólo se facilita así una elevación continua de su educación y de su capacidad para anular la burocracia como casta administrativa; ésa es también la vía más directa para la desaparición de las clases y del Estado.

El Comité Central de Milicias, siguiendo o dando ejemplo a una tercera categoría de Comités, no alcanzaba siquiera ese grado mutilado de democracia, por elección en el seno de cada organización. Sus componentes habían sido seleccionados por las direcciones de las organizaciones respectivas. Esto, que al principio era forzado y no tenía gravedad ninguna, facilitó después la conversión del Comité Central de Milicias en organismo del Estado burgués. Todos los Comités-gobierno de Cataluña aceptaron sin vacilaciones o la duda era imposible o la autoridad de aquél, considerándolo justamente el poder supremo de la revolución y convergiendo espontáneamente hacia él. No se le puede reprochar al Comité Central de Milicias el no haber sido desde el primer instante una representación democrática. La revolución no se hace votando previamente el Gobierno revolucionario; pero el Gobierno revolucionario tiene que saber estructurar, lo más rápidamente posible, un sistema representativo adecuado al carácter histórico de la revolución. La confianza y el acato que el Comité Central de Milicias recibió de los nuevos poderes locales, no tuvo otra base que la voluntaria que quisieron otorgarle estos últimos. Nunca existió una relación estructural entre los múltiples Comités-gobierno y el Comité Central de Milicias. Este fue incapaz de crearla, ni siquiera se planteó el problema. Ahí está su gran fallo, su fallo decisivo y fatal, que stalinismo y reformismo, apoderados universales de un Estado capitalista incapaz de representarse a sí mismo, iban a aprovechar para destruir los poderes revolucionarios dando participación en la empresa a los propios dirigentes anarquistas.

La victoria o la derrota de la revolución, la victoria o la derrota militar en la guerra contra Franco, estaban inseparablemente ligadas a la consolidación de los Comités-gobierno como poder exclusivo en escala nacional, o a su desaparición. De haberse relacionado con ellos mediante una estructura democrática, el Comité Central de Milicias, en el que con toda certidumbre hubiesen quedado reducidos a poca cosa los stalinistas y excluidos los burgueses, habría sentido el peligroso estorbo que representaba el resto acechante del Estado capitalista, y la necesidad de terminar con él. La expresión orgánica resultante hubiese sido la más ajustada a la nueva situación creada por la victoria del proletariado, la más sensible a las necesidades de la revolución y de la guerra, y también la más adecuada para la inseparable victoria de ambas. Y el ejemplo de Cataluña, lo repito, habría sido decisivo para el resto de España. Indudablemente, de haber patrocinado los anarquistas una política semejante, pronto hubiesen ganado la preponderancia en los Comités-gobierno de toda la zona anti-franquista.

Pero, ¿no acababan los dirigentes anarquistas de conceder derecho de vida al Estado burgués? ¿Cómo podían orientarse al poder proletario ellos, que acababan de sancionar la supervivencia de los poderes salidos del frente popular, bochornoso fraude cometido a las masas so pretexto de liberación de los presos políticos? ¿Cómo se imaginaban la coexistencia de los Comités-gobierno locales y del Comité Central de Milicias, con el Gobierno de la Generalidad? ¿Cómo se imaginaban la dictadura del proletariado, de cuyo rudimentario principio ellos mismos constituían parte o remuérdales su antimarxismo, conviviendo con la dictadura de la burguesía? ¿Se lo imaginaban siquiera? No, no se lo imaginaban- Habían sido sistemáticamente desprovistos de toda noción concreta sobre la realización de la revolución, por los petardos antiestatales y apolíticos. El mismo anarquista antes citado, Santillán, hablando del congreso tenido por la C.N.T. en Zaragoza, oliéndose ya la pólvora de la guerra civil, se ve obligado a reconocer que se habló en él mucho de la instauración del comunismo libertario, sin que nadie supiese, ni precisa, ni vagamente, la forma en que habría de discurrir la revolución. Es esta carencia absoluta de nociones claras y de perspectiva histórica, lo que impidió al anarquismo ver el sendero revolucionario que se le ofrecía a través de los Comités-gobierno, lo que le llevó primero a tolerar el Estado capitalista, después a colaborar con él unido a los politicastros stalinistas y socialistas. Habiéndoles faltado generosidad o adoptando su propio lenguaje, para afirmar la existencia de los Comités-gobierno, ¿cómo se puede interpretar las explicaciones de los dirigentes anarquistas sobre la «generosidad» con que trataron al Estado capitalista y a los enemigos de la revolución? Nada más que como subterfugio y embaucación.

Cierto, no todos los peligros hubiesen desaparecido radicalmente liquidando el viejo Estado. Pero la peligrosidad de los líderes «obreros» enemigos de la revolución habríase reducido al mínimo y desde el primer instante hubiesen tenido que descubrir su juego. Para el proletariado, la mayor seguridad está siempre en dirección del desarrollo histórico; el peligro y las derrotas vienen invariablemente de la dirección opuesta. Ambas direcciones estaban

netamente indicadas, en los Comités-gobierno la primera y en el Estado capitalista la segunda. Dejando coexistir este segundo junto a los Comités-gobierno y el Comité Central de Milicias, los líderes anarquistas eligieron un camino intermedio, asomado desde el primer instante en la dirección anti-histórica. Gracias a ello, el Comité Central de Milicias, Gobierno revolucionario, autoridad única en Cataluña, se adjudicó ruínmente el cometido de un comité de enlace entre los poderes surgidos de la revolución y el Estado burgués arruinado por la revolución. Este género de vida híbrida le predestinaba a convertirse, más pronto o más tarde en expresión directa del aparato estatal capitalista, conducto por donde el porvenir alboreante sería rehundido en la oscuridad del pasado.

Pero en la situación nacida el 19 de Julio, particularmente en Cataluña, la operación de hacer revivir los viejos poderes y matar los nuevos, no era empresa fácil. ¿Cómo, estando el proletariado armado, dirigido por los Comités-gobierno y siendo dueño de la economía? Resultaba imposible abordar de frente aquella empresa. Si cualquier organización hubiese expuesto sinceramente: destruyamos los Comités-gobierno y rehagamos el Estado recién caído, al instante los Comités se habrían erigido en autoridad única, y la organización en cuestión hubiese sido tratada como se trataba a la Falange, o a las congregaciones religiosas. Y sin embargo, ése era el propósito deliberado del Partido «Comunista» y del Partido «Socialista». Pero tenían que proceder taimadamente, con lentos pasos de felino. Cualquier medida o declaración directamente apuntada contra la revolución hubiese servido, por reacción, para acendrar la conciencia del proletariado y empujarlo a desembarazarse de todos los estorbos, por más comunistas o socialistas que se calificasen. No sólo era indispensable a los enemigos de la revolución, durante las primeras semanas y meses, aparecer como amigos de los Comités-gobierno, las colectividades y las milicias, les era menester, sobre todo, asegurarse mediante todo género de maniobras y concesiones provisionales, la cooperación de aquellas organizaciones que, cual la C.N.T. y el P.O.U.M., estaban más cerca de la revolución y tenían recursos .suficientes para hacer fracasar sus planes. Así se explica que el stalinismo no sólo tolerase al P.O.U.M., sino que se esforzara en incorporarlo y subordinarlo más al mecanismo del Estado burgués. Anarquismo y poumismo cayeron con ambos pies, y hasta con corazón alegre, en el cepo que les tendían stalinismo y reformismo.

Hemos visto ya a los líderes anarquistas desperdiciar, con la palabra generosidad en los labios, una oportunidad revolucionaria excepcional. Veamos cómo hicieron otro tanto los líderes del P.O.U.M. En efecto, apenas vencida la insurrección militar, el presidente de la Generalidad, Companys, envió al P.O.U.M. una invitación para formar parte del frente de izquierdas catalanas, el frente popular de la región. El P.O.U.M. aceptó sin ninguna vacilación, descolgándose así al Estado burgués y a la colaboración de clases, cuando la acción de las masas en la calle los destrozaba en mil pedazos. Una vez dentro, el precipitadamente creado y stalinista Partido Socialista Unificado de Cataluña (P.S.U.C.), propuso, por boca de Comorera, que el delegado poumista se retirase, «si no declaraba de una manera inequívoca»⁸⁶ que en todo y por todo el P.O.U.M. se atenía a la disciplina del frente de izquierdas. El partido así emplazado respondió el mismo día, 23 de julio, con una carta evasiva, temiendo comprometerse demasiado, pero conservando su colaboración al frente de izquierdas. Para el stalinista Comorera se trataba de impedir que el P.O.U.M. se convirtiese en catalizador del poder revolucionario y llamase a la liquidación del poder burgués. El P.O.U.M. ignoró o quiso ignorar la intención y siguió apuntalando el Estado burgués con su presencia en el frente de izquierdas. ¡Se dejaba atrapar en el frente de izquierda y en la Generalidad cuando todo el poder estaba ya en manos de los Comités-gobierno! Y este partido, que ignoraba a tal grado las más elementales reglas de una política de clase, se consideraba a sí mismo marxista y aun marxista revolucionario.

Toda la actividad del P.O.U.M. durante las semanas inmediatas al 19 de Julio, así como su prensa, revelan un desconocimiento total de lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera se daba cuenta de la significación política del Comité Central de Milicias y de los múltiples Comités-gobierno, no obstante que él formaba parte del primero y de la mayoría de los otros. *Avant* escribía en un editorial: «La creación del Comité Central de Milicias, formado por delegados de todas las organizaciones, representa un gran paso adelante en el sentido de la coordinación de la acción de todas las fuerzas armadas populares y, por eso, nuestro partido lo saluda con la más viva satisfacción». No ve en el Comité Central de Milicias más que un organismo de frente único «anti-fascista». La derrota de las instituciones armadas de la vieja sociedad acababa de hacer trizas el Estado burgués, planteando en sus términos más vivos, prácticos e imperativos, el problema de la ordenación del Estado proletario. Para el P.O.U.M. nada de esto existía, la revolución no estaba en la calle; él seguía viviendo en la república democrático-burguesa y comportándose como amable

⁸⁶ Ésta y las siguientes citas, las he tomado del órgano del P.O.U.M. en lengua catalana, *Avant*.

izquierda de la misma. Este era, dejando aparte el pequeño número de militantes trotskystas, el partido de extrema izquierda existente en julio de 1936.

El 24 de julio, el Comité Central del P.O.U.M. publica su programa. Helo aquí completo, y ojalá que sirva para impedir que militantes obreros, en España o en cualquier país del mundo, caigan en las mismas blanduras centristas:

- 1.-Semana de trabajo de 36 horas.
- 2.-10% de aumento para los salarios inferiores a 500 pesetas mensuales.
- 3.-25% de rebaja a los alquileres; suspensión de depósito de alquiler y servicios públicos.
- 4.-Pago de los jornales de los días de huelga.
- 5.-Subsidio a los obreros parados.
- 6.-Control de la producción por los comités de fábrica, taller y mina.
- 7.-Reparto de la tierra de los grandes propietarios entre los campesinos pobres y liberación de todas las cargas que pesan sobre ellos (rebassa morta, aparcería, arrendamiento, etc.), a quienes se entregará la tierra en usufructo.
- 8.-Revisión del Estatuto de Cataluña en sentido progresivo.
- 9.-Depuración inmediata de los cuerpos armados, elección de los jefes por los soldados y guardias.
- 10.-Mantenimiento de las milicias armadas.
- 11.-Consejo sumarásimos contra los jefes de la insurrección fascista.

He ahí una abrumadora prueba de lo que es un partido centrista. Reformas, cuando la revolución se está haciendo sola; colaboración de clases cuando la lucha de clases alcanza, victoriosamente para las masas pobres, la fase culminante de lucha armada. Las demandas fundamentales de ese programa son risibles, teniendo en cuenta la situación. En la práctica, las masas y los propios militantes del P.O.U.M. las habían superado ya muy largamente. Inclusive la menos inadecuada de ellas, la de reparto de la tierra a los campesinos, resultaba insuficiente ante la inmediata formación de colectividades agrarias, las que el stalinismo iba a combatir procurando desarrollar los ancestrales instintos de propietario individualista del campesino. De las otras demandas, la 6, la 8 y la 9 favorecían los intereses del Estado burgués y de los partidos obreros enemigos de la revolución.

Tiene especial importancia para la futura acción del proletariado internacional, la demanda número 6, «Control de la producción por los comités de fábrica, taller y mina». Su abolengo revolucionario no logra ocultar el aspecto oportunista, más aún, reaccionario, que adquiriría en medio de la situación dada; La madurez de la conciencia revolucionaria había pasado por encima de esa consigna, originalmente concebida como eslabón entre estados de conciencia y actividad inferiores y la expropiación del capitalismo. La expropiación se realizó casi de golpe inmediatamente después del 19 de Julio, era un hecho generalmente consumado cuando el P.O.U.M. daba calle a su programa. No había otra posibilidad revolucionaria de control de la producción que el control ejercido por los productores como clase gobernante, totalmente posesionada de las armas y del poder político. Se estaba en plena realización de las consignas máximas de la revolución. Salir en este momento con consignas-puente a costas, no podía servir para pasar adelante, sino para volver atrás. En efecto, el control obrero de la producción (controlad, ¡pero no expropiéis!), apareado a la nacionalización, era la más dulzona fórmula con que stalinistas y socialistas podían retener el torrente anticapitalista de las masas. No era otra la intención de ellos al enviar representantes suyos a tomar posesión de las industrias para nacionalizarlas en nombre del Estado capitalista. Siguiendo el programa del P.O.U.M., los obreros que ya las habían expropiado hubieran debido entregarlas guardando el control, control que el Estado capitalista, ni estaba en condiciones de negar, ni de ejercer sin la cooperación de los obreros. Admitirlo hubiese sido una capitulación, porque la propiedad de los medios de producción por el Estado capitalista no altera su carácter, ni representa hoy solución progresiva, dada la gravedad de la contradicción entre el sistema de producción y reparto capitalistas y las necesidades del progreso humano. Por si este argumento objetivo no bastara, añadamos que la nacionalización de las industrias por el Estado ruinoso ponía en sus manos poderosos medios de resurgimiento. Por fortuna, a pesar de las consignas del P.O.U.M. y de la inercia de la dirección anarquista, la expropiación de la burguesía fue completada por las masas durante las semanas inmediatas al 19 de Julio. Sin embargo, veremos en el capítulo concerniente a la economía que la fórmula del control obrero y la nacionalización permitieron finalmente a la contrarrevolución, directamente expresada por los partidos stalinista y reformista, destruir la propiedad socialista.

De manera general, se puede asegurar que el control obrero de la producción no tendrá aplicación revolucionaria sino unido a la expropiación general del capitalismo y al ejercicio del poder político por el proletariado. En momentos de lucha intensa, cuando pudiera ser aplicado por presión de las masas, el instinto de éstas y la conciencia adquirida durante los últimos decenios, las lleva sin etapa intermedia a la expropiación. Entonces la consigna, aislada, deviene

reaccionaria en manos del reformismo y el stalinismo, se convierte en un medio de esquivar la expropiación general y la destrucción del Estado. Esa es una de las más valiosas experiencias de la revolución española, que el proletariado mundial, y los revolucionarios en particular, deberán tener presente; de lo contrario pueden ser fácilmente sorprendidos muy a retaguardia de la acción de masas y dificultarán ésta en lugar de facilitarla. Añadiré que me parece muy probable, en ausencia de la revolución, que la nacionalización de las principales industrias y el control obrero ejercido por las organizaciones reformistas y stalinistas en colaboración con el Estado capitalista suministre una fórmula de fusión estable entre éste y los líderes de aquéllas. La burocracia obrera ha hecho pasos gigantescos en esa dirección; el Estado capitalista necesita de ella más imprescindiblemente cada año. El compromiso, ya esbozado en Inglaterra y Estados Unidos, del cual la contrarrevolución rusa sería actualmente una aproximación aún inestable, representaría el ahogo de toda lucha de clases, de toda libertad, un nuevo totalitarismo, el estancamiento y la regresión económica y cultural, la decadencia con formas de barbarismo tanto más odioso cuanto más perfectos son los instrumentos técnicos de que se dispone y amplios los conocimientos científicos.

Pero terminemos con el pobre programa del P.O.U.M. Para demostrar que su control obrero no tenía nada que ver con la expropiación económica y política de los expropiadores, basta observar el silencio que guarda el programa sobre el capital financiero, savia del sistema social actual, y sobre todo, esa petición de «revisión del Estatuto de Cataluña en sentido progresivo». ¡La aspiración máxima del P.O.U.M. era reformar el Estado capitalista, en el instante en que su más calificado representante regional, Companys, lo daba por muerto ante los dirigentes anarquistas! Su congénito oportunismo centrista, que impedía al P.O.U.M. ver la extensión de la situación revolucionaria y aprovecharla a fondo, aparece ahí agravado por su miopía catalanista. El P.O.U.M. no sólo no patrocinaba la formación de organismos obreros de poder, sino que reconocía único el poder burgués, puramente fantasmagórico. Así, al lado del «mantenimiento de las milicias armadas», dejaba los cuerpos armados burgueses «depurados», dualidad de armamento funesta a la revolución, cuando por la victoria proletaria inclusive los escasos restos «leales» de las fuerzas armadas burguesas se consideraban disueltos.

Poco después, una vez transformado en gobierno de la Generalidad el C.C. de Milicias, el P.O.U.M., no pudiendo cerrar por completo los ojos ante la existencia de los Comités-gobierno, lanza esta consigna: «Asamblea constituyente sobre la base de los Comités». Ninguna otra refleja tan perfectamente la oscilación continua entre el marxismo revolucionario y el oportunismo, idiosincrasia del centrismo, que le da nombre y esterilidad de híbrido. Ya durante la revolución rusa hubo oportunistas, entre ellos el propio Stalin, que quisieron compatibilizar, entrelazándolos, el parlamentarismo capitalista con los órganos del poder revolucionario. Esa misma mezcla había sido fatal para la revolución alemana. ¿Qué se proponía el P.O.U.M. reponiéndola en circulación? Evidentemente soslayar el problema decisivo del poder, sin abordar el cual todo revertía forzosamente a oportunismo, cuando no a capitulación. ¿Qué clase de constitución, para qué Estado, para qué gobierno, iba a elaborar esa asamblea? Forzosamente, para el Estado y el gobierno en que el P.O.U.M. colaboraba. Y así resulta que el centrismo quería que el polo proletario del poder elaborase una constitución al polo capitalista; trataba de borrar la incompatibilidad entre ambos, en lugar de marcarla y llevarla hasta las últimas consecuencias. Era un resultado natural de la posición en que se había colocado el P.O.U.M. ¿Cómo podía lanzar las consignas de «todo el poder a los Comités» y «gobierno constituido por un congreso democrático de Comités» si él formaba parte del poder capitalista que los Comités hubieran debido aniquilar para salvar la revolución? Pero sin posesionarse enteramente del poder el proletariado estaba perdido y los Comités condenados a la desaparición. Al dar su consigna híbrida, momento el más radical de toda su actuación, el P.O.U.M. veía ya, desde sus puestos gubernamentales cómo se preparaba al lado de él la nueva reacción staliniano-capitalista. Trataba de buscar un punto de apoyo en los Comités-gobierno, pero sin renunciar a su colaboración con el polo capitalista. Por eso olvidaba la cuestión de a quién debe pertenecer el poder y buscaba en cambio una fórmula que le retuviera en su puesto de colaboración. De ahí la monstruosidad: «Asamblea constituyente sobre la base de los Comités». En general y en cualquier situación futura que se presente, el proletariado debe desconfiar de partidos que en una forma u otra mezclen los órganos del poder revolucionario con los órganos capitalistas o siquiera con funciones de los mismos. No se puede hablar de constitución revolucionaria antes de haber resuelto definitivamente en favor del proletariado el problema del poder.

En fin, mientras la revolución socialista hacía impetuosamente acto de presencia, el P.O.U.M., estrujándose hasta soltar todo su jugo radical, ofrecía un programa democrático-burgués. Muchas veces, el movimiento trotskysta español e internacional había acusado al P.O.U.M., y a sus antecesores, de oportunismo, porque definían como «democrático-

Socialista» el carácter de la revolución española. Los líderes centristas respondían que su definición era más flexible y realista que la de «revolución socialista». Por primera vez en toda su amplitud, el programa citado del P.O.U.M. materializaba concretamente el oportunismo de aquella definición: reformas democrático-burguesas y colaboración con el Estado capitalista, en presencia de una revolución proletaria desbordada. Así quedó saldada una importante polémica ideológica.

En resumen, una tendencia anarquista dominante en toda Cataluña, y una tendencia marxista bastante fuerte para intentar encauzar revolucionariamente el curso de los acontecimientos, coincidieron en permitir la existencia del Estado burgués y en ignorar el nuevo Estado que nacía en los Comités-gobierno y en el Comité Central de Milicias. Inmediatamente después de la derrota de los generales no existía la dualidad; todo el poder pertenecía a las masas. La dualidad fue introducida por la decisión anarquista de dejar en pie el polo burgués, decisión aceptada por el P.O.U.M. No obstante, el dictado de la situación era tan inequívoco que el Comité Central de Milicias adquirió sin quererlo todos los atributos de gobierno único. La reaccionaria máquina del Estado, montada pieza a pieza durante siglos por las clases poseyentes, yacía por tierra, triturada, incapaz de recuperarse por sus propios recursos; la libertad socialista, tras la cual han luchado y sufrido tantas represiones las masas laboriosas, aparecía expresada en los Comités-gobierno. El Comité Central de Milicias encontraba el camino revolucionario inequívocamente señalado. Pero incapaz de verlo, abandonó los Comités-gobierno a sus propias iniciativas, acertadas o equivocadas, adjudicándose el miserable y reaccionario papel de enlace entre los poderes revolucionarios locales, únicos que funcionaban, y el esqueleto de poder capitalista dejado en Barcelona. Por esa brecha se deslizó la contrarrevolución. La responsabilidad recae, en primer término, sobre los dirigentes anarquistas, en segundo sobre los del P.O.U.M. Sin ellos, nunca habrían logrado su propósito los contrarrevolucionarios líderes stalinistas.

Durante los meses siguientes continuaron desarrollándose los Comités- gobierno y afirmando su autoridad como cada uno podía. Las conquistas obreras en general se extendían y afirmaban. El proletariado y los campesinos eran dueños incontestables de las armas y la economía. Pero el camino de una completa estructuración revolucionaria había sido obstruido por el papel de intermediario que se adjudicara el Comité Central de Milicias. Los poderes revolucionarios fueron así abandonados a las asechanzas de sus enemigos «obreristas» y «democráticos», encontraron cerrado el camino hacia la unificación nacional, fueron metidos en una vía muerta, en cuyo tope final se encontraba de nuevo el Estado capitalista. Era eso lo que buscaban los dirigentes stalinianos, socialistas y republicanos. Porque si el Comité Central de Milicias no llegaba a vincular su poder con el de los Comités-gobierno, él mismo resbalaría hacia la Generalidad de Cataluña y entonces la dualidad de poderes no tardaría en inclinarse decisivamente en favor del polo burgués. El cálculo resultó certero y funesto para la revolución. Dejándose atrapar en el cepo de la legalidad burguesa, los anti-estatales de la C.N.T. y la F.A.I. y los marxistas del P.O.U.M. iniciaron la catastrófica marcha atrás que propició la victoria de Franco.

He acordado particular importancia al problema de la dualidad de poderes en Cataluña, pues es la experiencia más vasta y aleccionadora conocida en el mundo después de la revolución rusa. Sin embargo, la imagen de toda la zona arrebatada al dominio fascista era muy semejante a la de Cataluña. Igual derrumbe vertical del Estado capitalista, e igual floración múltiple de Comités-gobierno, con la consiguiente incautación de la propiedad. Las masas daban cara al socialismo uniformemente en toda España. Del triunfo de la revolución no se podía ya hablar en futuro; era algo presente, vivo, consumado. Ninguna revolución ha ido tan lejos como la española por su solo impulso elemental, sin partidos que la ayudaran, la organizaran y la expresaran al mismo tiempo. En este aspecto el vacío es aterrador. Ni una sola de las organizaciones vio que la suerte de la revolución y de la guerra dependía de los Comités, donde se manifestaba la estructura social parida por la revolución. Después de las experiencias de la revolución rusa, de la alemana y de la china, que por la victoria o por la derrota pusieron en evidencia lo decisivo de los órganos obreros de poder, eso basta para condenar irrevocablemente todas las organizaciones obreras españolas de 1936.

Contrariamente a Cataluña, donde anarquismo y poumismo carecían de planes, tanto en el sentido revolucionario como en el reaccionario, las organizaciones dominantes en el resto del territorio rojo si tenían una meta bien definida, y esa meta era el *summum* de las aspiraciones reaccionarias en nuestra zona: la reconstitución del aparato del Estado capitalista, y la destrucción o la completa subordinación a él, de los Comités-gobierno. En Cataluña, la organización preponderante, la C.N.T., tenía una excelente tradición combativa y una militancia renuente a toda contemporización

con el enemigo de clase. La organización que le seguía en efectivos, el P.O.U.M., sin ser verdaderamente un partido marxista revolucionario, tampoco pertenecía a la escuela clásica del reformismo, que circunda el horizonte intelectual de sus partidarios con los barrotes de la democracia burguesa, ni a la escuela stalinista, que extirpa en ellos cuanto se oponga a una obediencia ciega. En todas las demás regiones dominaba el Partido Socialista, inseparable acompañante de la sociedad burguesa, totalmente extraño, de mucho tiempo atrás, a la idea de revolución social. Ciertamente, la C.N.T. disponía también de importantes minorías que, dirigidas por una política decidida en favor de la revolución, hubiesen podido convertirse en poderosos catalizadores y arrebatarse en poco tiempo la mayoría entre proletariado y campesinado. Pero las cumbres anarquistas, desde antes del 19 de Julio, estaban de humor colaboracionista. Lejos de pensar en hacer oposición a la política oficial desde el primer día tendieron a sumársele. Por su parte, el stalinismo o Partido «Comunista» ô considerado como un todo orgánico y político, no en sus militantes individuales, en los que aún quedaba un resto de la tradición revolucionariaô no era otra cosa, al comenzar la guerra civil, que la agencia española de la contrarrevolución rusa. Lejos de contrarrestar la obra del reformismo, iba a sobrepasarlo y arrastrarlo tras sí en la más calculada de las políticas reaccionarias. En efecto, a partir del estallido de la guerra civil es el stalinismo quien capitanea, amparado por los embajadores de Moscú, las ideas, la propaganda y los complots antirrevolucionarios en la zona roja. El reformismo se convierte en discípulo seguidista. Se comprende fácilmente que hallándose encuadrada la mayoría del proletariado y los campesinos en las organizaciones reformista y stalinista, la iniciativa de las masas, no menos intensa que en Cataluña, fuese frenada de mil maneras desde el primer instante en el resto de España. Sobre todo, el Gobierno de Madrid, gracias al stalinista Amaro del Rosal, dirigente del sindicato de Banca y Bolsa, tuvo acceso desde el primer día a la poderosa palanca del capital financiero, mientras el Gobierno burgués de Barcelona tardaría meses en poder imitarle. Así también, Madrid conservó la censura de prensa, a pesar de que únicamente existían periódicos anti-fascistas. La medida iba dirigida contra cualquier posible cristalización de una política revolucionaria.

Igual que en Cataluña, la designación de Comités-gobierno se hacía democráticamente en algunos sitios, en otros por elección en el seno de cada tendencia y en terceros sitios por reparto expreso o tácito entre las organizaciones existentes. En este último caso se encontraban Madrid y otras ciudades, donde cada organización era un pequeño poder aparte, con sus armas, sus milicias, sus propiedades, sus Comités y su justicia particular. Los poderes locales no tenían entre sí contactos regularmente establecidos, ni siquiera los de una misma filiación. Estos últimos actuaban en la inmensa mayoría de los casos, durante los primeros tiempos, en contradicción con sus respectivas organizaciones centrales. Así ocurría en Madrid mismo, donde militantes socialistas y stalinistas hacían prácticamente la revolución, mientras sus dirigentes predicaban la democracia burguesa y preparaban la reorganización del Estado. La coerción burocrática e ideológica de los líderes oficiales sufría un grave relajamiento, consecuencia directa del desmoronamiento del Estado capitalista, al que aquéllos están inseparablemente ligados. En efecto, a los servicios que prestan al Estado de los explotadores deben los dirigentes «socialistas» y «comunistas» las tres cuartas partes de su preponderancia; la otra cuarta la deben a la inconsciencia y la ignorancia en que las masas son mantenidas bajo el capitalismo. Habiendo destruido los cuerpos coercitivos del Estado de los explotadores, las masas rompieron también el cinturón oprimente de los líderes oficiales y fluyeron desorganizadamente hacia la revolución. No quedaban supeditadas a los líderes más que por la cuarta parte de inconsciencia, lo que, si les impedía alzarse organizadamente contra ellos con la rapidez que las circunstancias exigían, también impedía a los líderes devolverlas de golpe a la prisión del Estado capitalista. Privados del ejército, de la guardia civil y de asalto, de la propiedad burguesa, de la magistratura y sus leyes, los líderes stalinistas y reformistas tenían que permitirlo todo momentáneamente, porque sólo con esa condición podían mantener su posición dirigente y preparar la destrucción de la obra del 19 de Julio. Así se explica el desbordamiento revolucionario de las masas, a pesar del dominio orgánico del stalinismo y el reformismo.

No obstante, la influencia de estas dos últimas tendencias se hizo sentir desde el primer día, trabando la acción proletaria y limitando sus consecuencias. La campaña contra los *incontrolados*, inmediatamente iniciada por ellas, no estaba tanto destinada a impedir los abusos y latrocinios de elementos turbios, cual se pretendía, como a cortar el paso a la acción independiente de los hombres de fila. Ser un *controlado* significaba para los dirigentes obedecer sus órdenes, si no las del Gobierno, lo que entonces apenas se atrevían a pedir. *Incontrolados*, por el contrario, eran quienes expropiaban, desarmaban los restos de los cuerpos policíacos, constituían Comités-gobierno y hacían justicia en los reaccionarios. Por intermedio de los Partidos «comunista» y «socialista», únicamente preocupados de restaurar el Estado, el *control* se ejercía íntegramente en favor de éste. En consecuencia, puede asegurarse sin exageración que

la revolución no progresaba sino en la medida en que las masas se sustraían a él. Muchos Comités-gobierno, bajo la influencia de individuos efectivamente controlados por el stalinismo y el reformismo, aceptaron pronto, en parte al menos, la disciplina del frente popular, refugio del desarticulado Estado burgués. De la misma manera, algunas industrias pasaron en seguida a manos del Gobierno, y poco después pasarían todas sin lucha. Por lo demás, los elementos turbios, desde el militar y el guardia civil de tenebroso pasado, hasta el burgués asustado, el polizone mercenario, el vividor de todas las situaciones y el señorito filofascista, sin olvidar el espía franquista, encontraron pronto su puesto en los partidos del frente popular, comenzando por el stalinista.

El Gobierno Giral era matemáticamente un cero a la izquierda. Para dar la impresión de que gobernaba, sus ministros endosaban el uniforme a los milicianos y se hacían fotografiar en la sierra de Guadarrama. A eso se reducían prácticamente sus funciones. Sólo en el exterior aparecía como Gobierno, para pedir la no-intervención y congraciarse la voluntad de Londres, París y Moscú, prometiendo aniquilar la revolución, a la que en Madrid hacía muecas sonrientes. En todo el territorio nominalmente bajo su control le era absolutamente imposible oponerse a la voluntad de las masas. Tenía que limitarse a sancionar o admitir callando lo hecho por las masas. Cuando quería contrarrestarlo u oponerse, o bien fracasaba totalmente, o si alcanzaba un éxito parcial debíase a la intervención de los líderes stalinistas y reformistas, en nombre propio o en el del frente popular. Así ocurrió con uno de los principales problemas, el de la vigilancia de la retaguardia. El Gobierno intentó dejarla completamente en manos de los guardias civiles y de asalto «leales», ordenando repetidamente que las milicias obreras se acuartelaran. Lejos de obedecer, éstas se arrogaban el derecho único de vigilancia, y consideraban justamente como enemigos, o sospechosos al menos, a guardias civiles y de asalto, a los que desarmaban en frecuentes encuentros. Las órdenes gubernamentales resultaban más bien contraproducentes. Correspondió a los partidos stalinianos y reformistas el bochornoso mérito de avenir las Milicias de Retaguardia a la convivencia con los restos de las fuerzas de policía capitalista. Más adelante reforzarían éstas y disolverían aquéllas. Pero, «¡El Gobierno manda; el frente popular obedece!» ô no se olvide.

En el período transcurrido entre el 19 de Julio y la constitución del gobierno Largo Caballero, el polo burgués del poder no estaba representado por el gabinete de Giral, fanteoche despreciable y despreciado, sino por las burocracias de los partidos socialista y comunista. «El capitalismo no es sólo dinero, sino una relación social» ô decía Lenin al ver perfilarse la amenaza termidoriana de la burocracia stalinista. Roto el poder del dinero, rotas sus instituciones, las masas españolas no encontraron otro adversario capitalista que las *ideas* burguesas de las dos burocracias mencionadas. Los gobiernos oficiales eran duendes que a nadie asustaban. Para asustar precisaban encarnar en aquellos líderes de las organizaciones obreras cuyas ideas e intereses, cuya formación espiritual, eran parte del mundo capitalista. Si, ô hipótesis absurda ô los jefes socialistas y comunistas, o siquiera parte de ellos, hubiesen proclamado llegada la hora de la revolución social, al punto los gobiernos oficiales habrían desaparecido sin resistencia alguna, y los Comités-gobierno, unificados en escala nacional, habrían estructurado un nuevo sistema de democracia proletaria y socialista. Pero para los jefes socialistas y comunistas la hora de la revolución social nunca llega, está fuera de la cronología terrestre. Tampoco la consideraban llegada después del 19 de Julio. Mas, como admitieranlo o no, la revolución estaba allí, plantada en su inocente espontaneidad, comiéndoles el terreno, la cuestión no era ya para ellos impedirle llegar sino hacerla retroceder. Así, el tremendo alcance revolucionario del 19 de Julio hizo pasar bruscamente a los partidos stalinista y socialista, de la categoría de auxiliares encubiertos del poder capitalista, a la de representantes directos de ese mismo poder. La revolución siempre tiene mucho de bueno, aun cuando fracasa. Pase lo que pase en el futuro, ninguno de los dos partidos se lavará jamás esa degradante traición. Se verán las consecuencias beneficiosas en venideras acciones revolucionarias. Ellos morirán junto con el capitalismo.

Ciertamente, la consolidación de la revolución era posible, e incluso fácil, saltando por encima de los traidores burócratas stalinistas y reformistas. El espíritu de las masas, las decisivas conquistas logradas, las necesidades mismas de la guerra y el automatismo de la situación, daban de antemano grandes seguridades de triunfo. Era necesario únicamente lanzarse sin reservas a la unificación nacional de los Comités-gobierno, contra todos los restos del poder burgués, inclusive los representados por los dirigentes stalinistas y reformistas; en pro de la revolución, contra la vuelta a la pseudodemocracia burguesa; por la guerra civil a ultranza, contra todo pacto en nombre de la reconciliación entre españoles. Cualquier partido que hubiese apelado a las masas en ese sentido no habría tardado en recoger el apoyo necesario para llevar a cabo su programa. Pero ya hemos visto que la C.N.T., a quien sobraba fuerza para acometer la empresa, sin ser preconcebida enemiga del poder proletario, prefirió inclinarse hacia el poder burgués, al paso que el P.O.U.M., tampoco carente de los recursos mínimos indispensables, se acomodó al pobre papel

de comparsa. Únicamente eso permitió a los líderes stalinistas y reformistas, verdadero polo burgués del poder, impedir la unificación amenazante de los Comités-gobierno. He ahí cómo el entrelazamiento de dos tendencias procapitalistas y de otras dos semirrevolucionarias impidió la consolidación de una revolución ya hecha.

Desde el 19 de Julio hasta la constitución del gobierno Largo Caballero en Madrid y la conversión del Comité Central de Milicias en gobierno de la Generalidad, y aún algo después, continuaron desarrollándose todas las conquistas revolucionarias. Llevaban en sí un torrencial impulso difícil de parar, además de que las organizaciones obreras pro-capitalistas no podían improvisar la reconstitución del viejo aparato estatal indispensable a sus designios. Pero los progresos que el movimiento revolucionario conseguía debíanse fundamentalmente al tremendo disparo inicial del 19 de Julio. No anudando todas sus realizaciones por medio de la posesión exclusiva del poder político, la revolución creaba las condiciones de su futuro aniquilamiento. Los Comités-gobierno, desestimados por la C.N.T. y el P.O.U.M., taimadamente combatidos por el Partido «Comunista» y por el «Socialista», perdieron de vista su objetivo de conjunto, se embrollaron en la multiplicidad de su inarticulado y contradictorio localismo, lo fueron todo en cada sitio y nada nacionalmente, desembocando así fatalmente en un laberinto, al extremo del cual les aguardaban el stalinismo y el reformismo encarnando los poderes capitalistas; encarnando el *orden*, para que la inmunda palabra designe la inmunda acción. En efecto, al «desorden» de una revolución sabotada por ellos, stalinistas y reformistas opusieron el orden capitalista representado por ellos.

La diferencia de aspecto y ritmo en la evolución de la situación, entre la región catalana y el resto del país, es cuantitativa y no muy grande en el fondo, aunque las masas catalanas libraron finalmente una batalla defensiva, la de Mayo de 1937, sin paralelo en ninguna otra región. En Cataluña, los Comités-gobiernos locales hallaron un reflejo regional, aunque atenuado, en el Comité Central de Milicias. Ese conato de Gobierno revolucionario unificado se debía a la organización dominante, la C.N.T. Mientras ella era extraña al cálculo de anular los Comités-gobierno y restaurar el recién destruido Estado, ese cálculo era consustancial a la ideología democrático-burguesa del Partido «Socialista», y necesidad de vida o muerte para la contrarrevolución rusa, cuyos mercenarios y agentes de la G.P.U. dirigían el Partido Comunista de España. De ahí que el proletariado catalán pudiera calar más hondo en sus conquistas, y conservarlas mayor tiempo. Los reformistas y stalinistas no podían constituir en Madrid nada semejante al Comité Central de Milicias, porque su reaccionario propósito les advertía el peligro que representaba insinuar siquiera una centralización de los poderes revolucionarios, aunque la encarnaran ellos, antítesis de la revolución. De todas maneras, el Comité Central de Milicias, dejándole un soplo de vida al viejo Estado regional, incapaz de soldarse a los Comités-gobierno por una relación democrática, ignorando la disyuntiva abismal: poder proletariado o poder burgués, arrastrado hacia éste por stalinistas, reformistas y republicanos, deparó a las masas los mismos resultados que en Madrid y abrió a sus pies una pendiente retrospectiva cuya meta era su propia conversión en gobierno burgués. Así entraron en todas partes los poderes revolucionarios locales, llamados a crear un orden excluyente de la explotación y la opresión del hombre por el hombre, en aquella desorganización que, aprovechada y fomentada por stalinistas y reformistas, favoreció la recuperación de los poderes reaccionarios.

En fin, si en los meses inmediatos a Julio se descubre con sorprendente claridad el carácter traidor del stalinismo y del reformismo, en Cataluña aparecen dramáticamente denunciados la insuficiencia del revolucionarismo temperamental anarquista y los peligrosos gérmenes oportunistas contenidos en las sedicentes ideas apolíticas. Ante la realidad abrasante de una gran eclosión revolucionaria, las falsas soluciones muéstranse cegadas; las organizaciones, queriendo o no, son implacablemente encañonadas hacia el Estado burgués o hacia el Estado proletario. Si la carencia de un deliberado propósito reaccionario permitió al anarquismo catalán llevar, o mejor dicho, dejar llevar la revolución más lejos que en otras regiones, sus falsas ideas sobre la política le encañonaron al fin hacia la política burguesa. ¡Que la advertencia no sea baldía!

Con la conversión del Comité Central de Milicias en gobierno de la Generalidad, y la constitución del gobierno Largo Caballero en Madrid, hechos simultáneos, se prepara la anulación de los Comités-gobierno y la recuperación total del polo burgués del poder.

CAPÍTULO V

LA DUALIDAD DE PODERES: CONTRAOFENSIVA REACCIONARIA

Una revolución, en su etapa suprema, es un hecho vertiginoso. Detenerse significa la muerte. Ha de alcanzar rápidamente todos sus objetivos o de lo contrario las escorias materiales e ideológicas de la vieja sociedad la pudren y la anulan. A la primera vacilación, todos los intereses amenazados por la revolución, grandes, pequeños e ínfimos, todos los partidos abrevados de una manera u otra en el capitalismo, desde los declaradamente burgueses hasta los pseudocomunistas y pseudosocialistas, se confabulan y alzan contra ella tanto más rabiosa mente cuanto mayor peligro han corrido. ¡Ay de la revolución que se detenga antes de haberse completado y haber aniquilado implacablemente a sus adversarios!

Habiéndose detenido los Comités-gobierno en el ejercicio local del poder, no acertando a encadenarse en un sistema de gobierno único y general, la revolución quedó incompleta, dejó de cerrar su círculo de adquisiciones, y sus enemigos encontraron respiro y condiciones para confabularse contra ella. Durante más de dos meses, de julio a septiembre, el camino a la conversión en gobierno único estuvo de par en par abierto a los Comités-gobierno. Nadie se atrevía a oponerseles y menos a pedir su disolución. Pero era aquélla una situación insostenible. Si los Comités revolucionarios no se constituían en base de un nuevo Estado y un nuevo gobierno, forzosamente darían ocasión a la reconstitución del Estado y el gobierno capitalistas. La incapacidad de los Comités para completar su propia obra en escala nacional fue muy bien aprovechada por quienes calladamente ansiaban su exterminio. Ante todo, les era preciso inyectar nueva vida al Estado capitalista. Pero eso era imposible por los viejos métodos, pues el Estado no estaba en condiciones de afirmarse por sí mismo sin provocar la desaparición del resto formal de vida que le quedaba. La afirmación, para ser posible y tener mayores consecuencias, debía venirle de la revolución misma, aureolada con el prestigio de la calle, efectuada por hombres y organizaciones simpáticos a las masas. Para estrangular la revolución, el Estado capitalista debía hacer ademán de abrazarla. El primer ademán fue la incorporación del Comité Central de Milicias a la Generalidad; el segundo la constitución del gobierno Largo Caballero en Madrid. Durante dos meses el poder había estado atomizado en los Comités-gobierno locales, éstos no encontraban rival en el poder burgués, completamente desaparecido. La situación cambia al convertirse en gobierno de la Generalidad el Comité Central de Milicias y crearse en Madrid el gabinete presidido por Caballero. El poder capitalista encarna en ellos, pierde su forma fantasmal, y empieza la dualidad de poderes propiamente dicha, la lucha entre el Estado capitalista y los Comités-gobierno surgidos de la revolución.

Fueron el stalinismo y la burguesía catalana quienes prepararon la entrada del Comité Central de Milicias al Estado capitalista. Sin estar enterado de lo que se tramaba en las secretarías a espaldas de las masas, me atrevo a creer que la primera iniciativa no partió de la burguesía sino del stalinismo. El stalinismo tenía más conciencia de lo que representaban los Comités que la burguesía; por consecuencia, el propósito de aniquilarlos era en él más calculado. Esto se evidenció desde el primer día. Por ejemplo, no fue Companys, el representante de la burguesía catalana, sino Comorera, el representante del partido stalinista que todavía usufructuaba el prestigio de la revolución rusa, quien emplazó al P.O.U.M. a someterse «en todo y por todo» a la disciplina del frente de izquierdas. Eso ocurría el 24 de julio, casi en medio del fragor de la lucha callejera. Más adelante probaremos irrefutablemente que la iniciativa contrarrevolucionaria perteneció continuamente al stalinismo. Lo que importa juzgar ahora es la significación y alcance de la entrada del C.C. de Milicias bajo el palio de San Jorge, patrón de la burguesía catalana.

Como organismo surgido del triunfo de las masas, el C.C. de Milicias era indiscutiblemente un gobierno revolucionario. Su poder estaba en la obra de la revolución; su porvenir en la ampliación y consolidación de la misma. ¿Cómo se hubiera podido fortalecer el C.C. de Milicias y la revolución? Únicamente convirtiéndose en la expresión democrática de los Comités-gobiernos locales, extendiendo las Patrullas de Control y disolviendo los cuerpos de origen burgués, sistematizando la expropiación de la burguesía y organizando la producción mediante un plan socialista; organizando la justicia en torno a los tribunales revolucionarios y aboliendo todas las leyes anteriores al 19 de Julio; centralizando las diversas milicias en un solo cuerpo bajo su mando. Para impedir su desarrollo en ese sentido, el stalinismo y la burguesía propusieron que el C.C. de Milicias se convirtiera en gobierno de la Generalidad. Se trataba de separar de la revolución el organismo surgido de la revolución y contraponerlo a ella. En efecto, una vez convertido en honorable gobierno de la Generalidad, no sólo no se sentiría inclinado a desenvolver hasta sus últimas consecuencias el poder político de los Comités-gobierno, la propiedad, los tribunales y el armamento proletarios, toda la obra de la revolución, sino que se vería obligado él mismo a combatirla o cuando menos a tolerar que otros la combatieran. El hecho abstracto de la conversión del C.C. de Milicias en gobierno de la Generalidad era una afirmación de principio del Estado capitalista y una importante afirmación formal. Aunque por la transformación no se comprometiera a destruir los Comités-gobierno, renunciaba a convertirlos en autoridad única, establecía la dualidad de poderes y él mismo daba el ejemplo de sumisión al poder capitalista, por el hecho de preferir la disciplina de Companys a la disciplina de los Comités-gobierno. La intención principal del stalinismo y la burguesía al proponer que el C.C. de Milicias se convirtiera en organismo gobernante de la Generalidad, era cortarlo de las realizaciones orgánicas de la revolución, en particular de los Comités-gobierno y dejar a éstos en la vía muerta. Conseguido ese primer paso, lo demás vendría como consecuencia natural. Al aceptar la proposición, el C.C. de Milicias obstruyó el paso a la revolución, ya tan cerca de su meta y se convirtió en puente de la contrarrevolución. Sin ese paso son inimaginables todos los que siguieron después. La maniobra tenía un inmenso alcance reaccionario.

Aparentemente todo continuó como antes. Pero la condición clave para iniciar la marcha atrás estaba ya dada. Las medidas concretas se preparaban en recónditos salones de la Generalidad y en las secretarías del partido stalinista. Los representantes de la C.N.T. y el P.O.U.M., que diariamente frecuentaban esos lugares, lo veían. Así lo han declarado después, pero entonces ni lo denunciaron ni hicieron nada serio para desbaratar el ovillo que stalinismo y burguesía empezaban a enredar a los pies de la revolución. Sin embargo, la C.N.T., con el apoyo del P.O.U.M., hubiera podido hacer saltar todas las maquinaciones, sin tener siquiera que desplegar una lucha grave, tanta era su fuerza y tan absoluto el dominio de la revolución. Aparte algunas alusiones indirectas en la prensa, que no tenían ni querían tener carácter de llamamiento al proletariado, la C.N.T. y el P.O.U.M., lejos de sentir la necesidad de romper con el Estado capitalista, se sintieron a gusto en él.

Apenas metamorfoseado en gobierno de la Generalidad el C.C. de Milicias, se produjo en su seno un conflicto que pone de relieve la verdadera correlación de fuerzas existentes entonces y lo poco que supieron aprovecharla la C.N.T. y el P.O.U.M. Se discutía la legalización de las colectividades. Al proyecto de ley conjuntamente defendido por la C.N.T. y el P.O.U.M., el representante stalinista opuso otro mucho más conservador, salvaguarda de los sacrosantos derechos capitalistas. Los representantes de los partidos burgueses abrazaron, claro está el proyecto stalinista. Mutuamente sostenidos, burgueses y stalinistas obstruían el proyecto C.N.T.-P.O.U.M. La discusión se prolongaba mucho más de lo necesario. Pero la obstrucción cesó como por encanto en cuanto la C.N.T. y el P.O.U.M. se decidieron a declarar que después de todo no necesitaban el asenso de los opositores, y que de no aprobarse, se retirarían del Gobierno las dos organizaciones y pondrían en práctica el proyecto por sí mismas. Al instante, burgueses y stalinistas capitularon.

Episodio altamente instructivo. En aquel momento, lo más importante para los enemigos de la revolución no era una u otra ley de colectividades, sino que la ley, cualquiera que fuese, se promulgase en nombre del viejo Estado, de la Generalidad de Cataluña. Stalinismo y burguesía se proponían revigorizar el Estado capitalista, y para eso estaban enteramente a merced de la C.N.T. y en menor grado del P.O.U.M. Si estas dos organizaciones rompían con el Gobierno, la maquinación contrarrevolucionaria habría perdido el terreno ganado con la desaparición del Comité Central de Milicias como organismo independiente. Dadas las condiciones de dominio absoluto de las masas, la ruptura, con toda seguridad, habría obligado a la C.N.T. y al P.O.U.M. a reconstruir el C.C. de Milicias sin stalinistas ni burgueses y a apoyarse en los Comités-gobierno contra la Generalidad. La desaparición del último vestigio del Estado capitalista en Cataluña no se habría hecho esperar más tiempo que el necesario para lanzar una proclama por la

radio. Con cualquier decreto que se aprobara, stalinistas y burgueses salían ganando. Si el decreto era el de colectivizaciones, tenían que pagar el precio a cambio de conservar el organismo estatal y de mantener dentro de él a la C.N.T., que fuera podía sentir la tentación de tomar todo el poder para los Comités-gobierno. Eran esas condiciones indispensables para posteriores avances contrarrevolucionarios.

Formalmente, el stalinismo y la burguesía capitulaban ante la C.N.T. y el P.O.U.M.; en realidad, la C.N.T. y el P.O.U.M., por segunda vez desde el 19 de Julio, capitulaban ante un Estado capitalista absolutamente impotente. Con su propio cuerpo protegían al Estado del ataque de las masas e incubaban la confabulación reaccionaria. Promulgado por el gobierno de la Generalidad, el decreto de colectivización se limitaba al reconocimiento de la expropiación de los capitalistas, ya consumada por el proletariado y los campesinos, pero al mismo tiempo era el primer acto de afirmación del Estado capitalista como tal, después del 19 de Julio. Lo que perdía económicamente el capitalismo lo ganaba políticamente su Estado. La reconstitución de éste permitiría socavar el poder de las masas y anular después las colectividades mismas. Por de pronto, los organismos de poder revolucionario, los Comités, se encontrarían enfrente con la Generalidad, serían mantenidos inarticulados, se les empujaría a la desorganización, lo que representaba ya una importante ganancia de la contrarrevolución y daría poco más tarde pretexto para lanzar un ataque a fondo contra ellos. En cambio, de haber sido promulgado por el Congreso de Comités-gobierno o lo que sólo dependía de la voluntad de la C.N.T. y el P.O.U.M. el carácter del decreto habría cambiado radicalmente. Habría marcado solamente el punto de partida de una etapa de transformación socialista de la economía, habría garantizado su desenvolvimiento posterior, habría dado el ejemplo a seguir a toda España, habría puesto la estructura económica en consonancia con el carácter revolucionario de la guerra, pero sobre todo habría sido un acto de soberanía revolucionaria. El nuevo poder proletario y campesino, habría podido hacer abortar fácilmente todas las asechanzas de sus enemigos. En suma, capitulando ante la C.N.T. y el P.O.U.M. para impedir la ruptura, stalinistas y burgueses conquistaron las posiciones mínimas indispensables a sus reaccionarios designios. En efecto, el decreto de colectividades detuvo la ofensiva revolucionaria; a partir de él, la reacción empieza paulatinamente a tomar la ofensiva desde el Estado redivivo.

A poco de haber revestido el Comité Central de Milicias el deshonoroso atuendo de la Generalidad, hacía crisis el gobierno de Madrid. Ambos hechos tienen la misma significación, y con variantes de grado, no de esencia, produjeron idénticas consecuencias. Con la solución que se dio a la crisis la situación en toda la zona revolucionaria se unifica haciendo pasar la ofensiva a la reacción. Veámoslo.

El gobierno republicano presidido por Giral estaba tan en contradicción con las realizaciones de las masas, que su existencia era un peligro más que una garantía para la reconstitución del Estado. Aunque las direcciones nacionales del stalinismo y el reformismo le acataban y se le sometían, los Comités-gobierno escapaban totalmente a su control, y ponían un deliberado propósito en desobedecerle y contravenir sus disposiciones. Si bien los Comités-gobierno de todas las regiones, desde Andalucía y Extremadura hasta Asturias y Vizcaya, no tenían más conciencia que los de Cataluña de la naturaleza de su poder y de la necesidad de unificarlo desbaratando completamente el poder burgués, la existencia del gobierno Giral amenazaba darles esa conciencia por reacción. Los propios comités superiores stalinista y reformista, que se precipitaban, angustiados, en salvamento del desmoronado orden capitalista («El Gobierno manda; el frente popular obedece»), resultaban incapaces de asegurar al Gobierno el concurso de sus militantes. Más fuerte que la disciplina orgánica y las embrutecedoras ideas stalinistas y reformistas, la revolución cautivaba a los militantes de esas dos tendencias enfrentándolos prácticamente con ellas. En estas condiciones, el gobierno Giral servía principalmente para acendrar el poder de los Comités-gobierno y precipitar la revolución hasta sus consecuencias extremas. Hacía falta rellenar el gobierno capitalista con líderes socialistas, comunistas, anarquistas, a quienes las masas desobedecieran más difícilmente.

Era la gran ocasión del frente popular. No se olvide, porque tiene una importancia mundial, que desde el 19 de Julio de 1936 la iniciativa contrarrevolucionaria pertenece al stalinismo en la mal llamada zona republicana española. El VII congreso de la Internacional de Stalin, al decretar la política de los frentes populares, ¿no había asignado a éstos la faena de socorrer al capitalismo contra un proletariado cada vez más socialista, pese que las organizaciones dichas socialistas y comunistas lo son cada vez menos? Y desde la revolución rusa de 1917, nunca el capitalismo tuvo tanta urgencia de ser salvado como en España. ¡Era la gran ocasión del frente popular! El stalinismo, para forjar el frente popular, ¿no había empezado por declarar que la revolución proletaria no era empresa hacedera en esta época?

Pues si la revolución se presentaba, si estaba allí con la contundente sencillez de las cosas físicas, había que destruirla y sus partidarios debían ser perseguidos y calificados de fascistas. Sí; era la gran ocasión del frente popular.

Entonces entró en funciones el gobierno de Largo Caballero, al que el stalinismo colgó el remoquete de «gobierno de la victoria», en espera de que éste adquiriera su plena significación con Negrín. Exteriormente las cosas seguían igual, como en Cataluña. Los Comités-gobierno o las organizaciones obreras que ejercían el poder continuaron siendo prácticamente la única forma de gobierno existente. Ni siquiera los últimos destellos de relumbrón izquierdista que quedaban a Caballero de 1934, fueron parte a convertirlo inmediatamente en verdadero gobierno. Un triunfo revolucionario como el del 19 de Julio es siempre poderosamente afirmativo aunque le falten las ideas necesarias para acabar su propia obra; no se deja llevar atrás sino lentamente y con repugnancia. El gobierno de Largo Caballero tenía que reconocer las adquisiciones revolucionarias, tratárase de industrias incautadas, de tierras tomadas por los campesinos o colectivizadas, de funciones ejecutivas ejercidas por un Comité o una organización cualquiera, de la organización de las milicias independientes del Gobierno, o de la vigilancia de la retaguardia y el ejercicio de la justicia por las formaciones surgidas de la revolución. Lo fundamental para el nuevo gobierno, a lo único que estaba en condiciones de aspirar momentáneamente, era a subordinarse, parcial o totalmente, algunos Comités, recuperar industrias para el Estado, organizar un estado mayor gubernamental que mandase las diversas milicias, aun dejándolas autónomas, estancar el armamento proletario en la retaguardia, en suma, dar una vaga consistencia al polo capitalista del poder. Entre cortinas, sin ostentaciones que peligraban provocar vivas reacciones contrarias, se preparaban medidas más importantes contra la revolución. Así pues, como en Cataluña la transformación del C.C. de Milicias en gobierno de la Generalidad, el primer efecto de la constitución del gobierno Largo Caballero en Madrid consistió en transformar la atomización del poder en manos de los Comités-gobierno, en dualidad de poderes, invistiendo aquél las funciones y atributos de poder capitalista. Si en su seno no llegó a plantearse nada semejante al decreto de colectividades, débese a que los partidos en que reposaba, el «comunista» y el «socialista», eran premeditadamente enemigos de la revolución.

Desde Robespierre hasta Lenin, los gobiernos revolucionarios, al llegar al poder, han tomado enérgicas medidas radicales que cambian la estructura social y sublevan el entusiasmo de las masas. Nada semejante se encuentra en el gobierno Caballero. La simple palabra, *revolución*, le causa grima y la rechaza. Su actuación es desesperadamente gris y sorda, no tanto porque el talento de sus componentes se halle a ras de lo mediocre, cuanto por su significación antirrevolucionaria.

Lejos de anunciarse al mundo con audaces medidas socialistas, el gobierno de Largo Caballero empezó manipulando en la sombra contra las medidas ya tomadas por las masas. Poco o ningún trabajo le costó apoderarse del banco de España y de las demás casas bancarias. Los empleados bajo cuyo control estaban, poco educados y aconsejados por reformistas y stalinistas, no vieron inconveniente en entregar el capital financiero «al gobierno antifascista». Pero esa entrega lo salvaba de la expropiación por el proletariado, y a la corta o a la larga condenaba las industrias en manos de los obreros al raquitismo, a la quiebra, a ser entregadas también al Estado. Por el mismo medio clandestino, sirviéndose de los militantes stalinistas y reformistas más incondicionales o más apresados en las ideas burguesas de sus respectivos partidos, abusando de la confianza y de la ingenuidad de otros muchos, el gobierno Caballero hizo aceptar el traspaso de algunas industrias a sus manos. Así comenzó la expropiación del proletariado. Aunque al principio ésta fuera imperceptible, los obreros no tardarían muchos meses en darse cuenta de que si la unificación de todas las industrias en una sola red de producción era una necesidad de la revolución y de la guerra, esa necesidad debió haber sido cubierta por los Comités-gobierno, a su vez unificados y convertidos en gobierno único, mientras que la entrega al polo capitalista del poder significaba la expropiación del proletariado y el empleo de las industrias para fines contrarrevolucionarios.

Algo poco conocido en el extranjero y bastante olvidado en España, es que el gobierno de Largo Caballero conservó la censura de prensa, ininterrumpidamente aplicada desde la época de Lerroux-Gil Robles. Durante los primeros meses la censura era inoperante, pero a medida que se iba reconstruyendo el aparato del Estado capitalista, se hacía más efectiva y se convertía en una importante arma reaccionaria. Andando el tiempo, pasaría de manos de Negrín a las de Franco.

Pero donde la obra clandestina del gobierno Caballero contra la revolución aparece más pérfida y preñada de consecuencias reaccionarias, es en el dominio del armamento. Apenas llegado al poder inició una campaña de reclutamiento para las guardias de asalto, civil y carabineros, que había de ponerle en condiciones de disolver las

Milicias de Retaguardia. El proletariado, e inclusive la mayoría de los campesinos, eran instintivamente hostiles a todos los cuerpos de origen capitalista. Los núcleos de guardias de asalto que a veces se encontraban en los frentes intercalados en las milicias, eran vistos con general aversión y desconfianza. Sin que nadie les sugiriese la idea, los milicianos vigilaban constantemente su conducta. Esta desconfianza, además de expresar un claro y recto sentido de clase, estaba justificada por numerosas traiciones, deserciones al enemigo o mala voluntad para combatirlo. Tiempo después, cuando las ofensivas fascistas entraban victoriosas en las ciudades del norte, frecuentemente los guardias de asalto daban la última mano a las tropas enemigas y servían de guía a la represión franquista. Para vencer la repugnancia instintiva de las masas, el gobierno Caballero emprendió una propaganda taimada, especialmente en las unidades de Milicias constituidas por campesinos, presentando los cuerpos represivos capitalistas como totalmente diferentes de lo que habían sido hasta el levantamiento militar. La contrapropaganda que verbalmente hicieron los elementos más revolucionarios de las milicias, no podía impedir que se fueran incorporando a la guardia de asalto o a la guardia civil los campesinos más inconscientes y los cobardes que veían una oportunidad de salvar la piel. Así, mientras aparentemente la revolución no retrocedía, e inclusive hacía progresos locales, preparaba el gobierno Caballero las fuerzas represivas que permitirían al Estado capitalista decir: ¡Aquí estoy!

No debo pasar de largo sin observar que esa maniobra de tanto alcance habría sido difícilmente practicable sin el concurso de la propaganda anarcosindicalista y pumista. No hablo del stalinismo y el socialismo, porque éstos, en cuanto partidos, eran enemigos de la revolución, por tanto enemigos también del armamento del proletariado, amigos y protectores de los cuerpos capitalistas. Que no protesten los militantes stalinistas y socialistas. En manos de sus respectivos partidos estuvo liquidar lo poco que quedaba de los cuerpos burgueses. Por el contrario, desarmaron al proletariado y reconstituyeron los cuerpos represivos capitalistas en una escala sin precedente, traicionando la revolución y la fe depositada en ellos por tantos militantes que creyeron verdad el nombre de los partidos: «socialista», «comunista». Pero la maniobra envolvente de éstos no encontró resistencia por parte de la C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M., quienes en su prensa trataban generalmente los restos del aparato coercitivo capitalista de «camaradas guardias», echando un velo de campechanía barata sobre el problema del armamento, de vida o muerte para la revolución.

En la fraternización de guardias de todos los cuerpos con las masas, concurrieron diversos factores. En primer lugar, la persuasión irresistible representada por el ataque total, aplastante, de las masas contra la reacción; en segundo lugar la simpatía que conservaba una parte minoritaria de los guardias, especialmente los más jóvenes, hacia el movimiento obrero; en tercer lugar, la obligación, so pena de vida o graves riesgos, de alinearse junto al vencedor. En proporciones diferentes, pero indudablemente correspondiendo la primacía a la acción de las masas, estos tres factores produjeron el fenómeno de la fraternización con la revolución de los guardias que no actuaron con el enemigo desde el primer día. Pero toda fraternización, limitada o general, de una institución represiva burguesa con las masas, representa un fenómeno parcial de la descomposición general del Estado capitalista. Es la señal histórica de su desaparición. Y así como la descomposición del Estado debe redondearse hasta no dejar de él una sola brizna, así la descomposición de los cuerpos represivos, esa cifra del Estado actual, debe completarse por la disolución, dejando únicamente armados el proletariado y los campesinos pobres. La fase de fraternización es pasajera por su propia naturaleza, pues se debe a una situación excepcional. Conformarse con que los «camaradas guardias» arrojen la guerrera y se exhiban complacidos en medio de las fuerzas revolucionarias, es dejar una celada en perspectiva a la revolución.

No se requerían grandes esfuerzos para llevar a las masas al convencimiento de la necesidad de disolver los viejos cuerpos coercitivos. Sin haber sido expresada, la idea impregnaba el ambiente y estaba prácticamente realizada. Oponerse a ella hubiese sido universalmente considerado contrarrevolucionario. Los propios restos de guardias de asalto, civiles y carabineros, esperaban la disolución. No habiéndola reclamado, la C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M., propiciaron la campaña de reclutamiento emprendida por el gobierno staliniano-socialista de Largo Caballero. Cuando menos, ¿supieron reaccionar contra el reclutamiento esas organizaciones? En manera alguna. Sin embargo, no era difícil descubrir para qué quería guardias civiles, de asalto y carabineros, el «gobierno de la victoria». No, no era difícil; lo sabía todo el mundo, incluyendo la, C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M. Puesto que el Estado capitalista se había derrumbado al ser derrotados sus cuerpos coercitivos y quedar armadas las masas, para infundirle nueva vida se precisaba reconstituir los cuerpos coercitivos y desarmar a las masas. La C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M. hacían la vista gorda porque, embargadas en la colaboración, cubrían bajo la denominación mendaz de «unidad antifascista» las

dos principales fuerzas conjuradas contra la revolución: el stalinismo y el reformismo. Todo lo más, anarcosindicalismo y poumismo aspiraban a conservar la dualidad de armamento. Pero, dejar junto a las milicias de retaguardia y las patrullas de control los cuerpos capitalistas, no era más que una manera pudorosa, tranquilizadora para la propia conciencia, de batirse en retirada ante los enemigos de la revolución. Un día, los obreros se enterarían por sorpresa de que los «camaradas guardias» disparaban sobre ellos, los desarmaban, los conducían a la cárcel y al campo de trabajo forzado, los asesinaban, todo en nombre de la guerra y de la «unidad anti-fascista».

En suma, con las primeras manipulaciones clandestinas del gobierno Largo Caballero⁸⁷ el Estado capitalista adquiere la corporeidad necesaria para disputarle el poder a los Comités-gobierno, y se establece una nueva correlación de fuerzas en que la reacción es representada, no por los partidos tradicionalmente burgueses, sino por un partido que ostenta el título de comunista, respaldado de buen grado por otro que ostenta el título de socialista. Sí, a partir de julio de 1936, en toda la zona dicha republicana la reacción se personificó en los líderes stalinistas y socialistas. Sin duda ellos se revolverán contra esta afirmación y me llenarán de injurias. Me placera, porque no escribo para ellos sino contra ellos. Pero que no protesten demasiado, porque si la caída de Franco no es inmediatamente seguida de la revolución proletaria ô y ellos se preocupan de que no lo seaô volverán otra vez, ya con más títulos y experiencias que antes, a erigirse en representantes de la reacción. ¿Acaso tienen otro porvenir?

La de *reacción* no es una noción fija que pertenezca en propiedad y en todo momento a ningún partido. Es cambiante como el proceso social y con él se desplaza de unos a otros partidos. Todavía en febrero de 1936, el stalinismo y el reformismo representaban la izquierda en el diapasón de las ideas capitalistas; la reacción empezaba en los partidos republicanos de derecha, prolongándose hasta los fascistas. Pero la aplastante victoria de las masas sobre el Estado coloca bruscamente las cosas en un plano muy superior. Ya no se trata de nociones capitalistas, sino de nociones revolucionarias. Quienes ayer todavía eran de izquierda burguesa se convierten en la derecha. La reacción empieza en los enemigos del poder de los Comités-gobierno, de las expropiaciones, del armamento proletario, en los enemigos de la revolución social en general. La acción de las masas ha abierto un horizonte infinito al desarrollo histórico; cuantos los taponan, lo obstaculizan o lo transforman, son reaccionarios. Mas, como la misma acción de las masas ha destruido cuanto es instituciones y partidos tradicionales reaccionarios, imposibilitando toda acción y reivindicación pública de los mismos, la revolución no encuentra otro enemigo que los líderes stalinianos y socialistas. Los propios republicanos burgueses van a su zaga. Los intereses y las ideas de la contrarrevolución rusa que mueven al stalinismo, los intereses y las ideas pequeño-burguesas que mueven al reformismo, se convierten en una nueva y más páfida vanguardia reaccionaria. Con un lenguaje diferente, pero por métodos muy parecidos, ellos emprenden la misma obra que la sublevación militar-fascista: rechazar la revolución. Y así como ellos, hasta febrero de 1936, representan la izquierda de la reacción clásica, así desde Julio en adelante la C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M. se prestan a representar el mismo papel respecto de ellos. ¡Ay de los revolucionarios que no sepan ver cómo la reacción se desplaza, en momentos de lucha, de los viejos partidos capitalistas a los líderes stalinistas y reformistas!

A pesar de sus maniobras clandestinas, la posición del gobierno Caballero como polo del poder capitalista era incierta mientras no se le incorporara la C.N.T. Aunque esta central sindical no había intentado unificar y dar nacionalmente el poder a los Comités-gobierno, aunque ella como organismo mantenía relaciones amistosas con el gobierno oficial, en conjunto sus afiliados mostraban gran renuencia a la reabsorción en el poder capitalista y a tientas reforzaban los Comités-gobierno y extremaban las medidas revolucionarias en general. Era indispensable complicar directamente la C.N.T. en la reorganización del Estado emprendida por el gobierno oficial, para convertirla en freno de las masas, desvanecer inclusive la posibilidad de que se orientara a la toma total del poder por el proletariado y servirse de ella para destruir los Comités-gobierno.

Desgraciadamente, como ya había ocurrido en Barcelona, la C.N.T. capituló ante un fantasma. En el preciso momento en que los fascistas llegaban a las puertas de Madrid y el «gobierno de la victoria» tomaba el portante hacia

⁸⁷ Recuerdo que, por los días en que el gobierno de Caballero estaba atareado en fabricar uniformes de guardias civiles y de asalto y en meter pobres campesinos dentro de ellos, tuve una conversación con dirigentes del sindicato de tranviarios de Madrid (U.G.T.), quienes, recelosos de ese género de reclutamientos, confiaban, sin embargo, en la honradez personal de Largo Caballero. «El criterio vulgar de la honradez no sirve para nada ô les dijeô . El problema del armamento es de vida o muerte para la revolución y para la guerra. Largo Caballero prepara el desarme del proletariado. Que crea obrar bien o mal, su labor es contrarrevolucionaria y debemos combatirla. No importa que la mayoría de los nuevos guardias sean campesinos u obreros que se consideran revolucionarios. Bajo mandos del viejo régimen, a las órdenes del viejo Estado, con auxilio de la censura, se fomentará en ellos el espíritu del cuerpo, se les impondrán gradualmente tareas antirrevolucionarias, se les hará creer que los obreros, y particularmente los revolucionarios, son disruptores y sabotadores de la guerra. Llegarán a disparar contra las masas». Mis interlocutores, no sin cierta aprensión, prefirieron tranquilizarse diciéndome que yo era un *extremista*. Pero uno de ellos, Jacinto Lozano, hoy residente en México, terminó vistiendo él mismo el uniforme de carabineros.

Valencia, la C.N.T. se incorporó a él, dándole dos ministros. La capitulación que esa incorporación representaba era más evidente que la conversión del C.C. de Milicias en gobierno de la Generalidad, por varias razones. En primer lugar, porque el gobierno de Largo Caballero había apuntado ya las principales medidas destinadas a destruir la revolución. Las masas empezaban a darse cuenta, y con una organización como la C.N.T. a su cabeza las habrían desbaratado todas en un santiamén, incluyendo el propio gobierno oficial. En segundo lugar, porque la organización anarco-sindicalista de Madrid se había empeñado en una campaña para sustituir el Gobierno Caballero por una Junta que habría tenido un carácter semejante al que tuvo el Comité Central de Milicias de Cataluña mientras fue independiente. Los prejuicios ácratas impedían a la C.N.T. llamar a esa Junta gobierno revolucionario, pero indudablemente lo habría sido, rudimentariamente al menos. Su programa, publicado en el periódico *C.N.T.*, era, en general, revolucionario, aunque no carecía de importantes fallas, y todos los obreros y campesinos simpatizaban con él, incluyendo los que militaban en el reformismo o el stalinismo. Por su propia fuerza, la C.N.T. habría podido llegar a la constitución de esa Junta, apoyándose en los Comités-gobierno y llamando enérgicamente las masas a respaldarla. Pero los líderes cenetistas o los hechos hablan estaban de acuerdo en hacer la revolución si consentían en ello los líderes reformistas y stalinistas. Como éstos no consintieron, callaron la boca, bajaron la cabeza y fueron sigilosamente a ofrecer sus hombros en apoyo del Estado capitalista, como parientes pobres de la nueva reacción. Se mostraron incapaces de entregarse sin reservas a la lucha por su propia idea de Junta sobre la base de la obra revolucionaria de las masas. Cierto, habría sido necesario enfrentarse a los líderes traidores del reformismo y el stalinismo. Pero eso precisamente habría dado a la Junta un carácter más netamente revolucionario que en caso de haberse llegado a ella por acuerdo entre C.N.T., Partido Socialista y Partido Comunista. En tercer lugar, la entrada de la C.N.T. al gobierno oficial se destaca más como capitulación por el momento en que ocurrió. Las masas recibieron al mismo tiempo la información de la huida del gobierno Caballero a Valencia y de la incorporación a él de la C.N.T. La impresión fue desastrosa, porque las masas recibieron la noticia con universal hostilidad, teniendo justamente al Gobierno por desertor.

Quien escribe tuvo ocasión, en aquellos días, de hablar con obreros y campesinos de Castilla, Valencia y Cataluña. Todos ellos, sin una sola excepción y sin distinción de tendencia, se consideraban traicionados por el gobierno fugitivo. Más adelante volveré a ocuparme de este asunto en su aspecto militar. Políticamente, el abandono de Madrid por el gobierno oficial era una dimisión de hecho y la entrega de todo el poder al proletariado. Si la C.N.T. hubiese tomado en serio su programa de Junta revolucionaria, ésta se habría realizado automáticamente y las masas la habrían respaldado entusiásticamente. Abandonando Madrid, el gobierno oficial abandonaba el poder. Sólo restaba recogerlo de la calle. Para quienes hemos vivido los días estremecedores y preñados de presagios del primer ataque fascista a Madrid, no puede haber la menor duda de que una organización revolucionaria dispuesta a tomar el poder político lo hubiese logrado instantáneamente y con facilidad. Las masas lo estaban deseando y habrían secundado la acción con todo su desbordante entusiasmo y su noble energía. Pero se requería una fuerza orgánica mínima de la que sólo disponía la C.N.T. El P.O.U.M., en cuyo seno se llegó a hablar de la toma del poder, era demasiado débil para intentarlo. Prueba terminante de lo que digo es que el fugado gobierno, al pasar por Cuenca, fue arrestado por milicianos de la región. Los milicianos de Cuenca mostraron cuán fácil era desembarazarse del último resto de poder capitalista. Eran obreros de la C.N.T. La presencia en el Gobierno de los ministros anarquistas y la intervención de los altos líderes, valió la libertad a los arrestados tras algunas horas. Naturalmente, los milicianos de Cuenca han sido mil veces tratados de forajidos e irresponsables. Sin embargo, lo que ellos hicieron en un arrebató temperamental contra el abandono de Madrid, es lo que habría hecho deliberadamente el proletariado si hubiese dispuesto de organizaciones decididamente revolucionarias. La simpatía de los explotados irá siempre hacia los milicianos de Cuenca.

En Madrid, el Gobierno instaló, días después, una llamada Junta de Gobierno, con el inepto Miaja a la cabeza y el depravado Carrillo por soplón. Si no inmediatamente, semanas después la Junta malfunctionaba porque a nadie se le ocurrió echarle la mano encima y arrestarla, como habían hecho con el gobierno oficial los milicianos de Cuenca. Pero tanto la defensa militar de Madrid como las funciones de administración, avituallamiento y vigilancia revolucionaria, fueron desempeñados, mientras duró el peligro, por los comités de base de la clase obrera. Tras el Gobierno, habíanse ido a Valencia los comités superiores de todas las organizaciones en él representadas, incluyendo las dos centrales sindicales. La capital había sido abandonada hasta por las redacciones de los periódicos. Pero eso mismo dio a los comités de base completa libertad de acción, liberándoles de las trabas del poder burgués, lo que permitió dar a la defensa de Madrid perfiles de gesta revolucionaria. Fueron esos comités quienes, apoyados en la fe y la extraordinaria

tenacidad combativa del proletariado, impidieron que Madrid cayera en poder del fascismo. El Gobierno, como por otra parte Franco también, daba por descontada su caída.

Pero, si el proletariado y los comités de base actuando como Comités-gobierno salvaron la capital de las garras fascistas, la ausencia de una verdadera organización revolucionaria no hizo más que resaltar en toda su espantosa realidad. El poder proletario que no había sido definitivamente estructurado el 19 de Julio, pudo haberlo sido, sin encontrarse resistencia, en los primeros días de noviembre. La ocasión pasó nuevamente inaprovechada. Cuando el fugitivo Gobierno se convenció con asombro de que Madrid no caía en poder de Franco, empezó a recuperar otra vez el abandonado poder político, los comités de base fueron paulatinamente sometidos a la disciplina de los comités nacionales socialista, stalinista y anarquista, a través de los cuales el gobierno oficial recuperó todo o la mayor parte del poder, y Madrid llegó a ser convertido en feudo stalinista y covacha de la G.P.U.

Perdida esa segunda gran oportunidad, el polo capitalista del poder, seguro de la colaboración anarquista, emprende ya descaradamente la ofensiva por la reconquista de todo el poder. La revolución entra en su fase decisiva: completarse o perecer a manos de la reacción encarnada en los altos dirigentes stalinistas y socialistas. Pero la revolución está sola, inmensamente sola; hasta las organizaciones obreras más radicales se encuentran junto al poder capitalista. Contra ella van a ponerse en movimiento todos los recursos de la propaganda dirigida, censura mediante, de la calumnia, de la represión. La guerra civil misma, expresión máxima de la revolución, va a ser aprovechada para destruir la revolución.

La constitución del gobierno Caballero fue saludada con gran júbilo por el stalinismo, quien lo bautizó en seguida de «gobierno de la victoria» y lo incensó con todos los sahumeros de su ramplonería. Naturalmente, la campaña pretendía hacer entrar en la mente del proletariado que el de Caballero era el gobierno de la victoria militar sobre el fascismo, pero en el fondo, inexpresadamente, el stalinismo aludía con mucho mayor interés a la victoria política sobre la revolución. De grado se hubiese entendido con los «buenos españoles» franquistas, pero de ninguna manera habría tolerado la revolución. No fue por azar sino por cálculo, que no se le ocurrió identificar el Gobierno con la victoria de la revolución social. Justamente porque procuraba la derrota de ésta, poniéndola además por condición de la victoria sobre Franco. Pero ya veremos en capítulos posteriores que victoria no significaba para el stalinismo destrucción del enemigo, sino pacto con él.

Mientras en Madrid el proletariado se batía cuerpo a cuerpo con el fascismo, en Valencia el «gobierno de la victoria» seguía enfundando campesinos en uniformes de guardia civil, y tomando las medidas previas indispensables para desembarazarse del polo revolucionario del poder. Una de las primeras y más importantes fue la militarización de las milicias, con la que impedía el nombramiento de comisarios políticos y mandos por los milicianos, transfiriendo esa facultad al ministro de la guerra. Enseguida, el Gobierno decretó que los tribunales deberían estar constituidos por magistrados y jueces de carrera, es decir, suprimió los tribunales y la justicia revolucionaria. Del mismo golpe quedaban repuestas todas las leyes capitalistas, que si bien no habían sido formalmente abolidas debido a la falta de centralización de los Comités-gobiernos estaban prácticamente arrumbadas. El efecto reaccionario de estas medidas no podía ser instantáneo, pues el gobierno oficial era todavía demasiado débil para aplicarlas. El Gobierno no era, no podía ser más que lo que fueran sus nuevas legiones de guardias civiles y de asalto. Esperando ponerlas en acción, inició una campaña de propaganda, que fue desarrollándose hasta adquirir violencia provocadora, en favor del mando único militar y la constitución de un ejército regular, contra los Comités-gobierno y contra el armamento del proletariado. Comenzaban a llegar los primeros envíos de armas rusas. Con ellas pertrechó el Gobierno sus nuevas fuerzas coercitivas, y el Estado capitalista empezó de nuevo a ser Estado y actuar.

Sobre la militarización de las milicias, el mando único y el ejército en general, trataré en capítulo especial. Para los fines de éste me limitaré a decir que la significación de esas medidas dependía del carácter de clase del poder que las pusiera en ejecución. Evidentemente, se necesitaba un mando único y un ejército regular, pero ambos identificados con la revolución. Debieron haber salido de la unificación de las milicias a las órdenes de un gobierno revolucionario elegido democráticamente por la multitud de Comités-gobierno, y arrancando de raíz cuanto fuera organización capitalista. Pero el gobierno de Largo Caballero representaba el polo capitalista del poder. Sus medidas estaban dirigidas contra la revolución, eran reaccionarias, más reaccionarias mientras más libertad de acción tuviese. Empeñado en reconstruir el Estado capitalista, tenía que dejar estampada una huella reaccionaria en cualquier terreno que actuase. Cada una de las medidas era un retorcimiento demoleedor impuesto a las masas.

Donde resalta con mayor claridad el carácter capitalista del gobierno Caballero es en la reorganización de los antiguos cuerpos coercitivos. El cupo de nuevos ingresos fue continuamente en aumento, prolongándose bajo Negrín hasta alcanzar una cifra mayor que antes de la guerra civil. Los mandos de los tres cuerpos coercitivos, los detentaban, salvo excepciones, los mismos oficiales que habían servido para reprimir el movimiento obrero. Bien es verdad que tampoco se les asignaba ahora ningún cometido más noble. Para cubrir las vacantes dejadas por los desertores y los eliminados por manifiestamente fascistas, el gobierno ascendió viejos sargentos, cabos y números. La mayoría de los mandos quedaron así integrados por elementos acostumbrados de antiguo a obedecer a quien manda, y prácticos en la lucha callejera contra las masas. A ellos se fueron agregando gente de confianza de las altas direcciones stalinista y reformista, especialmente seleccionada para la represión. En cuanto a los nuevos reclutas, si bien procedían en su mayor parte del campesinado y en pequeña proporción del proletariado y salvo excepciones no podían salir sino de las capas más retrasadas de ambos, quedaban sujetos a un cuerpo de oficiales de la vieja escuela, incondicionales de las nuevas facciones reaccionarias. Pero no debe dejar de notarse que muchos jóvenes reaccionarios, incluso fascistas, y todos los que querían librarse del frente, se precipitaron a vestir el uniforme que les brindaba el Gobierno.

Como para no dejar dudas sobre la significación de su obra, el Gobierno promulgó un decreto prohibiendo la filiación política o sindical a los miembros de los tres cuerpos: guardia civil⁸⁸, guardia de asalto y carabineros. ¡Nada de política, sino obediencia a los jefes y disciplina! He ahí un principio eminentemente reaccionario. A través de la oficialidad, que no es ni tiene la posibilidad de ser apolítica, el capitalismo se asegura la fidelidad de sus instituciones armadas. La prohibición de filiación o de actividad política no tiene otro objeto que proteger el empleo de los soldados, salidos de las clases explotadas contra los intentos de emancipación de estas mismas clases. Pero, lo que para la burguesía es un peligro, porque gobierna la sociedad en interés de una minoría, para el proletariado, cuyo poder se ejerce en sentido inverso, es una garantía revolucionaria. La libertad de discusión y de filiación política representa en los cuerpos armados surgidos de la revolución un elemento de exaltación combativa y una necesidad de educación. El gobierno Caballero no estaba en condiciones de permitir esa libertad porque él mismo negaba la revolución y se proponía reconstruir el Estado capitalista. A propósitos revolucionarios corresponde hacer pensar y dar la máxima conciencia política a quienes empuñan las armas; a propósitos reaccionarios, tapón en el cerebro, mordaza en la boca y fusil disparado ciegamente contra quien el Gobierno mande.

Así empezó el desarme del proletariado y el ataque físico a sus conquistas. El primer paso en ese sentido, como en todos, lo dio el gobierno de Caballero, sostenido por los líderes socialistas, stalinistas y anarquistas. Negrín no tuvo después más que desarrollar y perfeccionar su obra. Mientras el proletariado se batía desesperadamente en torno a Madrid, el Gobierno preparaba en Valencia sus contingentes, y al amparo del peligro de la capital los iba apostando sigilosamente en carreteras y ciudades, al par que las guardias obreras, las Milicias de Retaguardia, eran enviadas al frente.

Apenas había fracasado el primer asalto fascista a Madrid, cuando el Gobierno hizo el primer intento de legalizar el desarme de las masas expidiendo un decreto que disolvía las Milicias de Retaguardia. Salvo en Cataluña, donde el decreto no aspiraba a aplicarse enseguida, toda la retaguardia quedaba encomendada a los tres cuerpos represivos capitalistas, como si el 19 de Julio nunca hubiese existido. El atentado contrarrevolucionario era mayúsculo. Las masas explotadas españolas no olvidarán nunca que ese decreto llevaba el voto y las firmas de los ministros stalinistas, los principales inspiradores de la contrarrevolución en nuestra zona, y también de los ministros socialistas y anarquistas. El decreto habría quedado en letra muerta si alguna de las organizaciones fuertes se hubiese opuesto a él. Imposible esperar esa resistencia del stalinismo o del socialismo. El primero era inspirador máximo de la contrarrevolución y el segundo se dejaba blandamente llevar por él. Quedaban como opositores posibles la C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M. Pero embarcadas las tres organizaciones en la colaboración, preferían las migajas degradantes del Estado capitalista a la lucha digna y salvadora por el poder revolucionario. Su «camaradas guardias», del que ya he hablado, la dualidad de armamento que consintieron mediante esa fórmula, si bien no pasaba del dominio de la teoría al principio, ofrecía a los elementos reaccionarios de nuestra zona la posibilidad legal de reconstitución del armamento capitalista. La colaboración del anarquismo y pousismo con la reacción stalino-socialista, daba a ésta la oportunidad

⁸⁸ Es sabido que el Gobierno trató de traspapelar la historia tétrica y reaccionarísima de la guardia civil recristianándola como guardia nacional de seguridad. Pero todo el mundo continuó designándola por su viejo y verdadero nombre. Por eso se lo conservo yo también. Sería injusto truncarle la sucesión de sus merecimientos, que van desde los peores tiempos de la monarquía borbónica, la dictadura de Primo de Rivera, la República, el gobierno de Caballero y el de Negrín, hasta Franco y Falange.

de poner por obra el armamento del Estado capitalista y convertirlo en único. Por eso el decreto de disolución de Milicias de Retaguardia, que debió haber sublevado contra el Gobierno que lo promulgaba toda la ira de las masas, no encontró ninguna resistencia real por parte de las organizaciones; sólo la resistencia pasiva de los obreros y de los Comités-gobierno, que instintivamente adivinaban lo que se seguiría si guardias de asalto y civiles se adueñaban de la retaguardia. Pero la complicidad de la C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M., con la medida gubernamental, limitó la resistencia obrera a actos esporádicos, sin concatenación entre sí ni objetivos políticos. Las masas comenzaron a sentirse abandonadas a la nueva contrarrevolución. La angustia salió al rostro de los combatientes del 19 de Julio.

Envalentonada por este éxito y por otros menores, la reacción stalinista se atrevió a descubrir su juego y salir a la calle. El día 10 de enero de 1937, *Treball*, el órgano stalinista catalán, escribía: «Hay que demostrar a los Estados no fascistas que somos capaces de resolver democráticamente los problemas del futuro». Sí, el stalinismo empezaba ya a demostrar al imperialismo francés, británico y yanqui, así como a la casta opresora rusa, no menos interesada, que él, sin necesidad de recurrir a Franco, sabía cómo aplastar la revolución socialista. Por la misma fecha se reunió en Valencia un congreso de la Juventud Socialista Unificada, totalmente controlada por el stalinismo, como se sabe. Fue una embriaguez reaccionaria. Hasta entonces, las organizaciones traidoras al proletariado habían procurado ocultarlo, y aun presentarse bajo cierta apariencia revolucionaria. El congreso juvenil, por el contrario, siguiendo órdenes estrictas de los agentes del Kremlin, quienes consideraban propicio el momento, puso una unción histérica, morbosa, en explayar sus intenciones y sus tareas contrarrevolucionarias. Se aseguró en él que la Juventud Socialista Unificada no tenía carácter revolucionario o de clase, se aseguró en todos los tonos que, lejos de querer la revolución, se oponía a ella, se combatieron las colectividades y el armamento de las masas, se hizo un llamamiento a los jóvenes católicos y a «los que están más cerca del fascismo que de nosotros», es decir, a los fascistas mismos, se atacó violentamente y se amenazó con las peores furias policíacas a quienes propugnaban la revolución social, principalmente a los trotskistas, a quienes por ese hecho se les acusó de estar a sueldo de Franco. Y haciendo del todo un presente inmundito, los dirigentes juveniles lo ofrecieron al imperialismo mundial y al Kremlin, quienes lo respiraron con tranquilizadora fruición. Para no dejar en las capitales contrarrevolucionarias del mundo la sombra de una duda sobre las promesas hechas en el congreso, Santiago Carrillo remachaba: «Conste que no hacemos una maniobra».

A partir de ese momento la ofensiva contrarrevolucionaria fue desplegada en toda la línea. Durante meses, hasta cubrir los objetivos principales, tuvo muchísima mayor importancia para el Gobierno que la ofensiva militar contra los fascistas. Aconsejado y dirigido por el stalinismo, el Gobierno desencadenaba una segunda guerra civil en la retaguardia, dirigida contra el proletariado y los campesinos, los victoriosos del 19 de Julio. Llevándola adelante, el Gobierno organizó en Valencia, el mismo mes de enero, una manifestación en que burgueses jubilados y algunos obreros forzados o engañados, enarbolaban estas consignas: disciplina, movilización, mando único, desarme de la retaguardia (es decir, de la clase obrera), y como corolario a esta última textualmente expresada: «Todo el poder para el Gobierno». Al mismo tiempo, el Partido Socialista Unificado de Cataluña (stalinista) reunía los comerciantes, la pequeña burguesía, las mujeres de los fascistas encarcelados y no pocos especuladores, al grito pérfido de «¡Menos comités y más pan!» Por su parte, Largo Caballero, dirigiéndose a los manifestantes de Valencia, les exhortó a producir hechos en lugar de palabras, asegurándoles que para lograr la disciplina «el Gobierno, aunque le repugna, tendrá que imponerse».

Para la C.N.T., la F.A.I. y el P.O.U.M., la trascendencia contrarrevolucionaria de estas manifestaciones pasó inapercibida o con desaprobación periodística sin consecuencias. De hecho sus dirigentes estaban más con los manifestantes que en contra. ¿No pedían todo el poder para el Gobierno en que ellos colaboraban? ¿No pretendían liquidar los Comités-gobierno cuya significación revolucionaria ellos no vieron ni quisieron aprovechar? Fue aproximadamente por las mismas semanas cuando la C.N.T. desautorizó a la Juventud Libertaria porque ésta tuvo el coraje de llamar traidor a Comorera, el principal agente del Kremlin en aquellas fechas. Y por su parte, el P.O.U.M., que acababa de ser expulsado del gobierno catalán, reclamaba a voz en cuello «un gobierno de prestigio en la Generalidad»⁸⁹. Su aspiración suprema era conservar su puesto y sus buenas relaciones con la nueva reacción. Únicamente la recién constituida Sección bolchevique-leninista de España (trotskista) interpretó rectamente esos acontecimientos y se opuso decididamente a los propósitos gubernamentales. En el número de febrero, su órgano advertía: «El Gobierno representa la continuidad del polo burgués; los Comités y las organizaciones obreras cuyo desarme también pidió la manifestación gubernamental, representan el polo embrionario del poder obrero. Sin

⁸⁹ *L'Hora*, 23 de febrero de 1937.

exageración, la consigna debe desdoblarse así: ¡abajo el poder obrero y viva el poder burgués!» Y en una hoja especial contra la manifestación stalino-burguesa de Barcelona, apelaba al reforzamiento de los Comités-gobierno y predecía que si éstos llegaban a ser disueltos la revolución quedaría vencida y las masas empezarían a sentir hambre, mientras los burócratas a la Comorera, la burguesía y los especuladores harían su agosto. Demasiado verdad, pero las escasas fuerzas de la Sección bolchevique-leninista no le permitían, en el torbellino de los acontecimientos, adquirir con la prontitud indispensable suficiente influencia para dar la batalla física a los traidores.

Todas las consignas enarboladas por las manifestaciones referidas y jaleadas por la prensa stalinista, socialista y burguesa, nacían de la misma idea contrarrevolucionaria inventada en Moscú para embozar las actividades de sus mercenarios españoles: nuestra guerra, no era una guerra civil, revolucionaria, sino una «guerra de independencia nacional». Mas como la guerra civil y la revolución no se dejaban interpretar a gusto del Kremlin y del imperialismo mundial, sino que venían, como necesidad histórica, de lo más profundo de la entraña social, stalinismo y Gobierno tenían que abrirse camino destruyendo una y otra. Los métodos no podían ser nobles y leales, sino innobles y desleales. Mando único, ejército popular, disciplina, desarme de la retaguardia, «menos comités y más pan», «todas las armas al frente», «todo el poder para el Gobierno», cada una de estas consignas traducía un pérfido cálculo contra las masas, contra la revolución y contra la guerra civil. Aguardemos a tratar los problemas militares en el capítulo correspondiente. Pero anotemos aquí, para dejar completo el tren de las intenciones gubernamentales, que explotaban con fines reaccionarios una necesidad elemental de la lucha militar. También Franco necesitaba disciplina, mando único y ejército regular. Los sacaba de las relaciones de clase capitalista existentes en su zona, es decir, infligiéndolos de arriba abajo sobre la mayoría de la población. En nuestra zona debieron haber salido de las relaciones de clase socialistas creadas por el triunfo de las masas el 19 de Julio, es decir, sistematizando y consolidando, de abajo arriba, lo ya emprendido en ese orden por la revolución. El Gobierno, sus consejeros stalinistas y sus voceros socialistas, por el contrario, pretendían establecer una disciplina, un mando único y un ejército regular sobre bases capitalistas. No les guiaban los intereses de la guerra civil, que negaban, sino los de la «guerra de independencia nacional». Por lo tanto, la introducción de sus disposiciones militares, taimadamente encubiertas con los intereses de la guerra, redundaban directamente en perjuicio de la guerra civil.

Lo anterior era puesto enteramente al descubierto por las otras consignas de orden político, que por su propia naturaleza exigían mayor claridad. En efecto, ¿qué significaba «desarme de la retaguardia» y «todas las armas al frente»? Ni más ni menos que esto: quitemos pistolas y fusiles al proletariado, dejemos indefensos a esos revolucionarios que se armaron el 19 de Julio, y en un periquete liquidaremos la revolución, contentaremos a las potencias imperialistas y al Kremlin, anularemos la guerra civil y nos pondremos en condiciones de ganar la «guerra de independencia nacional» obligando al bando franquista a pactar con nosotros. Desarmar la retaguardia no podía significar otra cosa que desarmar al proletariado. Era una consigna política en la que para nada intervenían los intereses de la guerra. Al contrario, el Gobierno se atrevía a lanzar su consigna de desarme de la retaguardia, porque ya había él sustraído millares de armas al frente, armas entregadas a los guardias civiles y de asalto, con las que poner por obra su consigna. Y no sólo el Gobierno sustraía armas al frente. También, con su consentimiento, el partido stalinista. La prensa anarquista logró poner al descubierto, documentalmente, un robo de 14 tanques efectuado por el stalinismo catalán (P.S.U.C.), precisamente por los días en que empapelaba los muros de Barcelona pidiendo el envío de todas las armas al frente, y denunciando como franquistas a los obreros y a los revolucionarios que se negaban a entregar las pocas armas que poseían. Felizmente ese robo pudo ser descubierto. Pero otros muchos, realizados al amparo de sus puestos gubernamentales o con la complicidad directa del Gobierno, han permanecido ignorados. En todo caso, se puede tener la certidumbre que entonces, como en cualquier otro momento, quienes se oponían al armamento del proletariado tenían muchísimo mayor interés en pertrechar las fuerzas antirrevolucionarias que el frente. Para ellos victoria significaba, ante todo, victoria sobre la revolución.

«¡Todas las armas al frente!», gritaban los stalinistas y la mayoría de los socialistas coreados por la burguesía y los especuladores, al mismo tiempo que cantidades cada vez mayores de armas o de las mejores armas, eran entregadas a los cuerpos coercitivos capitalistas. Los obreros que conservaban una pistola arrebatada a los fascistas en los días de Julio, las Patrullas de Control que continuaban ejerciendo sus funciones en Barcelona, eran pintados como forajidos, mientras en los retenes de las guardias civil, de asalto y carabineros, en los locales stalinistas, se acumulaban implementos de guerra de primera importancia, con la única finalidad de oponerlos al proletariado. Una estadística comparativa de las armas que poseían las Patrullas de Control, las Milicias de Retaguardia y los obreros privadamente,

y del lado contrario las que poseían, en vísperas de los acontecimientos de mayo de 1937, los cuerpos represivos burgueses más las organizaciones enemigas de la revolución (stalinistas, derecha socialista y republicanos), mostraría que la campaña conducida al grito de «¡Todas las armas al frente!» sustrajo al frente decenas de miles de fusiles, si no centenares, miles de ametralladoras, centenares de tanques, millares de bombas de mano y decenas de unidades artilleras. Tenía que ser así, porque para contener la revolución, que estaba siendo hecha por la inmensa mayoría de la población, hacían falta cantidades inmensas de armas. En cambio, para mantener y desarrollar las adquisiciones revolucionarias, bastaban las pocas armas dejadas en la retaguardia después del triunfo sobre los militares. La campaña del «¡Todas las armas al frente!» es uno de los capítulos más ominosos de la guerra civil, donde el cálculo y la mala fe del stalinismo en primer término, del reformismo en segundo, aparece como una nueva dimensión reaccionaria.

El trasfondo de la consigna, «menos comités y más pan», salta a la vista. Stalinistas y reformistas, desde el Gobierno o desde las secretarías de sus partidos y sindicatos, sabotearon la actuación de los Comités, procurando dificultar los abastecimientos y producir en la población la impresión de que los comités obreros eran los causantes de todas las dificultades. El partido stalinista catalán, en un alarde de cinismo, o de «unidad nacional», como diría él, movilizó bajo la enseña de su consigna a cuanto de reaccionario existía, «honestos» comerciantes, especuladores sin escrúpulos, fascistas, aventureros y gente de los bajos fondos. Combatiéndolo, el órgano trotskista declaraba: «No son los comités quienes producen la anarquía, sino el Gobierno que impide a éstos establecer el control absoluto de la economía según los intereses del proletariado». En efecto, a pesar del sabotaje gubernamental y del más efectivo aún de los partidos stalinista y reformista, la población pobre no sufría escasez. Pero al día siguiente de la disolución del comité de abastos, transferida la función al Gobierno, aparecieron las colas en gran escala y el hambre empezó a asolar los hogares proletarios. A partir de entonces, los funcionarios al servicio de la nueva reacción, la burguesía e incluso los fascistas declarados, podían procurarse en abundancia cuanto deseaban. Los mismos comerciantes y especuladores que habían desfilado tras el stalinismo reclamando «menos comités y más pan», se encargaron de desarrollar la especulación, introducir el hambre y enriquecerse. Un año más tarde, la especulación y la corrupción en la retaguardia, de las que el propio Negrín daba el ejemplo, alcanzaban proporciones inauditas. Las familias obreras morían de inanición en sus habitaciones despojadas de muebles, que habían sido vendidos o cambiados por comestibles a los manifestantes del «menos comités y más pan».

Pero nada revela mayor premeditación y alevosía reaccionaria que la consigna corolario de todas las demás: «Todo el poder para el Gobierno». No se olvide que estamos aún en el período de la dualidad de poderes, aunque ya con marcada tendencia a la dominación del poder capitalista. Por todas partes sobreviven los Comités-gobierno, resisten al curso reaccionario gubernamental, anulan o dificultan las funciones del poder capitalista, luchan a tientas, pero obstinadamente contra la disolución o contra la subordinación a Valencia o a la Generalidad; todavía el anarquismo y el P.O.U.M., conjunta o separadamente, estaban en condiciones, con grandes posibilidades de éxito rápido, de desanudar su colaboración con los enemigos de la revolución e ir derechamente a las masas armadas reclamando: «el poder capitalista!, ¡Mueran los enemigos de la revolución!, ¡Todo el poder para los Comités-gobierno!» A pesar de la inmensa cantidad de armas sustraídas al frente, el gobierno stalino-reformista vivía en el aire, suspendido a tenues hilos. Sus propias fuerzas represivas, precipitadamente reclutadas, todavía impresionadas por la tremenda capacidad de ataque revelada por el proletariado el 19 de Julio, corrían el riesgo de desmoronarse a la primera ofensiva seria de las masas. En estas condiciones, la consigna: «Todo el poder para el Gobierno», era la prueba de agua fuerte que stalinismo y socialismo lanzaban a la C.N.T. y al P.O.U.M. Si la aceptaban sin romper instantáneamente su colaboración con el Gobierno, sin decir a las masas: «no, sino todo el poder para los Comités-gobierno», la nueva reacción tenía el triunfo asegurado. La C.N.T. y el P.O.U.M. sufrieron la prueba con plena satisfacción para stalinismo y reformismo. La prensa de esas dos organizaciones hizo algunas protestas y refunfuñó a las demás consignas, pero cuando se trató del problema cumbre del poder, asintió mudamente. En momentos así, ninguna organización puede sustraerse al dilema del poder, planteado por la dualidad prácticamente existente. Incapaces de orientarse a la toma del poder por el proletariado, C.N.T. y P.O.U.M. tenían, no sólo que aceptar la reaccionaria consigna, «todo el poder para el Gobierno», tenían también que contribuir a entregárselo, disolviendo o subordinando a Valencia y a la Generalidad catalana aquellos Comités-gobierno en que ejercían su influencia.

Esa consigna, puede asegurarse sin la más mínima posibilidad de equivocación, la inspiró el stalinismo; el socialismo y los partidos burgueses secundaron, asombrados y agradecidos. En ella se filtra claramente la experiencia

de la revolución rusa puesta al servicio de la reacción capitalista, vuelta del revés contra las masas. Los bolcheviques dieron el triunfo a la primera revolución proletaria de la historia, apoyándose en los Comités-gobierno rusos, los soviets. «Todo el poder para los soviets» ô tal fue la idea que acendró en torno de esos organismos la voluntad combativa del proletariado y los campesinos, los enfrentó al gobierno Kerensky, les dio el temple y la organización requeridos para *tomar* el poder y liquidar el capitalismo. Esa experiencia, que con variantes de matiz deberá seguir el proletariado de todos los países del mundo, fue puesta por el stalinismo al servicio de la contrarrevolución. No «todo el poder para los soviets» o Comités obreros, Sino «todo el poder para el Gobierno». Imagínense a Lenin y Trotsky diciendo «todo el poder para Kerensky» y se tendrá el valor más exacto posible de la consigna introducida por el stalinismo en la manifestación gubernamental de Valencia. Pero nada ocurre sin causa eficiente. Un momento antes de que se iniciara la guerra civil en España, Stalin comenzó la ejecución en masa de toda la generación que había arrebatado el poder a Kerensky. Es natural que sus mercenarios españoles se convirtieran ellos mismos en Kerenskís de un tipo perfeccionado. La contrarrevolución rusa inspiró a la contrarrevolución española en la zona antifranquista.

Cuando el órgano stalinista catalán, *Treball*, que por entonces marcaba el paso de la embajada rusa mejor que ningún otro periódico de la misma tendencia, escribía el 10 de enero de 1937: «Hay que demostrar a los Estados no fascistas que somos capaces de resolver democrática mente los problemas del futuro», sus redactores tenían ya muy clara mente en la cabeza lo que todavía no se atrevían a declarar: hay que demostrar a la burguesía mundial que sin Franco nosotros nos bastamos para destruir la revolución.

El sello stalinista que llevaba el trabajo de reconstrucción del aparato estatal capitalista, tenía que expresarse, como sus inspiradores de Moscú, en lucha contra él trotskismo. Por trotskismo entiende la casta explotadora rusa no sólo el movimiento estrictamente trotskista, continuador del bolchevismo, sino todo movimiento que en un grado u otro se oponga o sea siquiera susceptible de oponerse a su curso contrarrevolucionario. Haciendo extensiva esta noción a España, el stalinismo empezó a combatir como trotskistas, sin olvidar sus habituales falsificaciones y calumnias, a cuantas organizaciones se aproximaban a la idea defendida por los trotskistas: revolución social mediante la toma del poder político por los Comités-gobierno y la destrucción del Estado capitalista. Los trotskistas mismos eran demasiado pocos y privados de recursos materiales; pero el peligro estaba en que organizaciones fuertes, cual el P.O.U.M. y la C.N.T., rompiesen la colaboración y llamasen al proletariado a acabar con el poder capitalista. Ya en el seno de la C.N.T., un grupo denominado «Amigos de Durruti» se alzaba enérgicamente contra el colaboracionismo de la dirección, denunciaba sin ambages que se estaba traicionando la revolución y se aproximaba a la idea de conquista del poder político. La misma organización juvenil anarquista resistía el curso capitulador de la alta dirección y se sentía inclinada hacia la izquierda. En el P.O.U.M., la base empezaba a estar alerta contra la política de la dirección. En estas tendencias, de grandes potencialidades caso de desarrollarse, el stalinismo veía otras tantas amenazas trotskistas, es decir, revolucionarias.

Personificándolo verdadera o engañosamente, la campaña contra el trotskismo iba enteramente dirigida contra la revolución socialista y las masas en general, contra los grupos más radicales en particular, desde el auténtico trotskismo hasta la C.N.T. y la antigua izquierda socialista; la campaña era el santo y seña de la nueva reacción stalino-capitalista, era su ¡sus al proletariado del 19 de Julio!

El ataque inicial contra el P.O.U.M. envolvía una maniobra táctica. El movimiento anarquista, la C.N.T., la F.A.I. y las Juventudes Libertarias, sin cuya pasividad jamás habría prosperado el intento stalinista, debía ser neutralizado mientras se aplastaba al P.O.U.M. Logrado el primer paso, la masa anarcosindicalista sería sometida a represión semejante, al mismo tiempo que se procuraría mantener a sus líderes en colaboración con los autores de la represión. De esta manera se impediría un contraataque organizado del proletariado, que caso de producirse tenía nueve probabilidades de éxito contra una de fracaso.

El plan stalinista alcanzó sus objetivos cuando menos en un 75% inmediatamente, y en el transcurso de los meses se realizó en su totalidad. Pocos días antes de comenzar el año 1937, el stalinismo provocó una crisis del gobierno de la Generalidad con el único fin de arrojar al P.O.U.M. El hecho, lejos de perjudicar a este partido, le ofrecía una excelente oportunidad, puesto que lo necesario en aquel momento era reorganizar los Comités-gobierno y las fuerzas revolucionarias en general, enfrentándolas a la reacción stalino-capitalista, ya evidente para las masas. El P.O.U.M. no supo aprovechar la oportunidad, como veremos enseguida, lo que agravó la campaña stalinista y facilitó la neutralidad de la C.N.T. mientras se le acogotaba a él. No ignoro los intentos hechos por la C.N.T. para defender al P.O.U.M. de las acusaciones calumniosas del stalinismo (aliado de Franco, quintacolumnismo, etc.), ni tampoco la ayuda que le

prestó después, cuando se desencadenó contra él la persecución policíaca y de la G.P.U. Sin embargo, la posición política del anarcosindicalismo frente al problema general de la campaña contra el trotskismo, fue esencialmente falsa y dio pábulo a la represión, no sólo contra el P.O.U.M. y contra los verdaderos trotskistas, sino contra la propia base de la C.N.T. *Solidaridad Obrera* interpretaba la infame campaña stalinista como «rivalidades de partido», sermoneaba a los dos campos sin señalar culpable, y explicaba las diferencias como «afán de predominio fraccional» y «maniobras viejo estilo». El apoyo que en los salones de la Generalidad diera la C.N.T. al P.O.U.M., era desvirtuado contradicho por la Posición pública de la misma organización. Las masas no se enteraban de lo que ocurría sino a través de la prensa. Leyendo *Solidaridad Obrera* o cualquier otro periódico anarquista, los obreros no encontrarían motivos de alarma. «Predominio fraccional», «rivalidades de partido», ¿semejantes futesas, valen la pena de aprestarse a luchar? La prensa confederal cerraba los ojos a las masas. La ineptitud anarquista para discernir lo positivo y lo negativo, lo revolucionario y lo reaccionario en las luchas de partidos, le llevó a lavarse las manos mientras se daban los primeros bajonazos a la revolución. Su actitud respecto al stalinismo español era un desdoblamiento de su actitud respecto a la revolución rusa. Entre el stalinismo, exponente de termidor, y la oposición trotskista, continuadora de la revolución, tampoco distinguió el anarquismo más que rivalidades de partido, afán de predominio fraccional. Las monstruosas falsificaciones judiciales de Moscú y el asesinato de decenas de miles de opositores a la contrarrevolución, por entonces en marcha, no encontraron en la prensa anarquista ningún grito indignado de protesta. Sin duda, la mayoría de los militantes anarquistas comprendía el significado de lo que estaba ocurriendo en Moscú, pero la dirección consideró conveniente guardar una discreción complaciente hacia el stalinismo español y hacia la embajada rusa. Hay que añadir, para que la verdad no quede trunca, que el propio órgano del P.O.U.M., *La Batalla*, minimizaba o escondía cuanto le era posible las noticias sobre los procesos y asesinatos del stalinismo ruso. De los periódicos controlados por la C.N.T., únicamente *La Noche* denunció debidamente lo que estaba ocurriendo en Rusia. Su director, perteneciente a la agrupación de los «*Amigos de Durruti*», en la lucha abierta contra el colaboracionismo oficial, recibió inmediatamente la visita del cónsul ruso, quien inútilmente pretendió obligarle a rectificar. Poco después la C.N.T. desautorizaba a ese hombre. Y sin embargo, ¡cuánto partido pudo haberse sacado contra la reacción stalinista española, del exterminio de los revolucionarios rusos!

Así, la campaña contra el troskismo en España tampoco encontró en la C.N.T. una oposición terminante, pese que ella misma presentía la continuación de la represión y de las calumnias, hasta que le llegara su turno. Sin embargo, defender al P.O.U.M. en aquella ocasión, era un deber de clase que se precisaba anteponer a todas las divergencias políticas. Los errores de ese partido eran graves, eran fundamentalmente los mismos que los de la C.N.T., pero el P.O.U.M. estaba siendo atacado por el stalinismo porque su margen de oportunismo no era suficientemente grande para admitir sin protesta el curso contrarrevolucionario de aquél. El stalinismo comprendía que a pesar de sus oportunismos el P.O.U.M. podía convertirse en catalizador de la actividad de las masas. En esas condiciones, defender al partido calumniado y perseguido era un deber de defensa general de la revolución. La derrota de los calumniadores habría representado una importante victoria de las masas. Lavándose públicamente las manos, la C.N.T. protegía en realidad a los enemigos de la revolución. Cada vez más, la C.N.T. se comprometía con la criminal política gubernamental y volvía la espalda a las masas. En la crisis de la Generalidad del mes de diciembre, al ser arrojado el P.O.U.M., la C.N.T. forzó la salida de Comorera, bajo amenaza de retirarse; al resolverse otra crisis de la misma Generalidad, el mes de marzo, la C.N.T. aceptaba la vuelta de Comorera, pero no en calidad de representante stalinista ô lesó no!ô sino como representante «ugetista». Un polizone miserable al servicio de la contrarrevolución tiene dos personalidades, según que exhiba su carnet político o su carnet sindical. El curso a la derecha era evidente.

Con todo, la razón principal del éxito de la represión stalinista contra el P.O.U.M., radica en el P.O.U.M. mismo. Por su colaboración con el frente popular y el Estado capitalista, ese partido contribuyó al debilitamiento y disolución de los Comités-gobierno, permitió el rearme de los cuerpos capitalistas y volvió también la espalda al movimiento revolucionario de las masas. Estas, su armamento y sus Comités-gobierno, eran la única fuerza susceptible de aniquilar, cuando todavía estaba en ciernes, la nueva reacción stalino-burguesa.

Después de su expulsión del gobierno de la Generalidad, entre los meses de enero y mayo de 1937, aún era posible salir al paso a la reacción con muchas probabilidades de éxito. Pero para ello era indispensable romper radicalmente con la colaboración, renunciar a toda liga, a toda complicidad, por pequeña que fuera, con el Estado capitalista y sus flamantes pilares stalino-reformista, y poner proa a la toma del poder por los Comités-gobierno. Al ser iniciada la ofensiva contra él, debió apelar a las masas contra Gobierno y stalinismo, en nombre de la revolución, debió efectuar

un brusco cambio, descubrir sin miedo sus propios errores, hacerlos comprender a sus militantes, poner sus filas en condiciones de apoyarse en las masas, aún más efectivamente poderosas que el Gobierno, y colocar así la C.N.T. ante la alternativa: o con la reacción gubernamental, o con los Comités-gobierno y la revolución. El proletariado y los campesinos habrían comprendido fácilmente que la defensa del P.O.U.M. implicaba la suya propia. Entonces habría quedado trazada una división neta entre los revolucionarios y los contrarrevolucionarios. Y aun en la peor de las situaciones, suponiendo que la C.N.T. se hubiese inclinado del lado del stalinismo, la revolución hubiese dispuesto de un nuevo centro de reagrupamiento, lo que, al llegar los acontecimientos de mayo, hubiese sido garantía cierta de éxito. El P.O.U.M., simplemente, se reveló incapaz de emprender este audaz rumbo.

En realidad, el P.O.U.M. no tenía la menor intención de romper con el Estado capitalista. Ello le privó del apoyo de las masas y otorgó fácil y vergonzosa victoria a las calumnias y la represión stalinista. Pero aún, a medida que se agudizaba la campaña stalinista, mayor empeño parecía poner el P.O.U.M. en convencer a sus enemigos de su inofensividad, exhibiendo obstinadamente sus propósitos colaboracionistas. Mientras estuvo en el Gobierno, y mucho después, se defendió de los ataques stalinistas en nombre de la unidad. ¡La unidad con los contrarrevolucionarios, en el Estado capitalista! Su única preocupación real era demostrar que él no era trotskista. A tanto equivalía decir: si fuéramos trotskistas tendríais razón; pero no lo somos, esto es una equivocación; entre nosotros y vosotros la unidad es posible. ¡Como si el stalinismo y la embajada rusa no supieran que destruir el P.O.U.M. era sólo destruir la izquierda del frente popular, una probabilidad de la idea trotskista de revolución social, y no el trotskismo mismo! Causa dolor, y ô digámosloô , desprecio, leer en *La Batalla* los argumentos acusando al stalinismo de romper la unidad.

El P.O.U.M. no ansiaba más que recuperar el puesto perdido junto a los enemigos de la revolución. A principios de 1937, habiendo sido invitada la F.A.I. a las negociaciones en curso para la fusión de los partidos stalinista y socialista, él, celoso, solicitó un puesto en las negociaciones. Expulsado del Gobierno, lucha únicamente por reintegrarse a él. A cada crisis de la Generalidad no cesa de pedir su readmisión. En un mitin convocado días después de haber sido expulsado del Gobierno, su principal dirigente declaraba: «No se puede gobernar sin el P.O.U.M. y menos contra el P.O.U.M.». Respondiendo a esto, Trotsky ha dicho magistralmente en una carta todavía inédita en español: «El capital monopolizador hace el muerto hasta la victoria de Franco. Azaña y Companys despachan mientras tanto sus negocios, y *La Batalla* dice que no se pueden despachar esos negocios «sin el P.O.U.M. y menos contra el P.O.U.M.» Por este colaboracionismo a prueba de puntapiés, la dirección del P.O.U.M. restaba importancia a la represión y la calumnia contra su propio partido. Si ella misma no tenía más interés que volver a la Generalidad, ¿no aparecía la lucha desprovista de base de clase, no se reducía todo a «rivalidades de partidos», cual los anarquistas afirmaban?

Debo aún, para dar cuenta cabal de la política del P.O.U.M., hablar de su consigna, «Gobierno obrero y campesino», algunas veces esgrimida por él como el desiderátum de la concreción revolucionaria. Asustado por los progresos de la reacción, el comité central de ese partido llegó a formular un programa para el «Gobierno obrero y campesino», que tomado a la letra era, salvo un punto, revolucionario. Pero programa y gobierno obrero y campesino se quedaban en entidades retóricas, a causa de la concepción misma que se les daba, y de la política cotidiana del partido. ¿Cómo se realizarían el programa y el gobierno en cuestión? ¿Por medio de la toma del poder por los Comités-gobierno y de la destrucción del Estado capitalista? No; el P.O.U.M. no llegó a propugnar una sola vez, durante toda la guerra civil, la toma del poder por los Comités-gobierno y la destrucción del aparato de opresión capitalista. Concebía el gobierno obrero y campesino como una coalición de dirigentes obreros, sobre la base del Estado capitalista; formulaba un programa revolucionario para un Estado reaccionario, a ser puesto en ejecución por líderes declaradamente enemigos de la revolución. No se trataba, en el fondo, más que de un efugio arrojado a la inquietud de su propia base, y de una amenaza al stalinismo para hacerse readmitir por él en el Gobierno. Así, durante la crisis del gobierno catalán, a fines de marzo, reclamaba «un Gobierno formado por representantes de todas las organizaciones políticas y sindicales de la clase trabajadora». Y por su parte, el órgano de la juventud, que siempre se encontraba a la izquierda del partido, incluso interpretando las malas consignas de éste, estampaba a grandes titulares: «Gobierno obrero y campesino en la Generalidad».

Pese a su inmejorable abolengo revolucionario, que arranca de la revolución rusa, la fórmula de gobierno obrero y campesino ha sido objeto constante de tergiversaciones oportunistas. Los bolcheviques, y posteriormente el movimiento trotskista mundial, significaban con ella el gobierno de la revolución social o dictadura del proletariado. La fórmula científica adquiriría un giro popular. Como frecuentemente ocurre con las popularizaciones, perdía de esa

manera rigor científico, pero únicamente en la expresión, porque mientras el partido bolchevique y la Internacional comunista no degeneraron a manos del stalinismo, los conceptos motrices de creación y consolidación de la dictadura del proletariado guardaron toda su savia revolucionaria. Si no me equivoco fue Zinovief el primero que, actuando como teórico de sus futuros asesinos, expuso en el V Congreso de la Internacional comunista ideas oportunistas sobre el gobierno obrero y campesino. Establecía una serie de cinco tipos de gobiernos obreros y campesinos, desde el constituido por líderes obreros reformistas sobre la base del Estado capitalista, hasta el de la dictadura del proletariado. Más tarde, en España, América y Asia, la consigna fue empleada por el stalinismo como expresión de una sedicente revolución democrático-burguesa, precisamente en oposición a la revolución social y a la noción correlativa de dictadura del proletariado. Y por su parte, el centrismo de todas las latitudes, verbigracia el del P.O.U.M., ha echado continuamente mano de la consigna sin definirla en su contenido de clase y su significación social.

La idea bolchevique del gobierno obrero y campesino es exactamente la de la dictadura del proletariado, repitémoslo. En el extremo opuesto está el empleo dado a la consigna por el stalinismo, hacia 1932-1933; mero encubrimiento de su traición a la revolución social. En medio se sitúa la noción centrista, a la que Zinovief dio base en el V Congreso de la I.C. Al decir, «Gobierno obrero y campesino», el centrismo no se vale de una fórmula de la dictadura del proletariado asequible a las masas, sino que envilece la idea aplicándosela a gobiernos compuestos por líderes de las organizaciones obreras tradicionales. Ahora bien, la significación social de un gobierno, su contenido de clase, no está determinado por los hombres que lo componen, sino por las instituciones que lo sustentan y la política que sigue. Es imposible concebir un gobierno revolucionario compuesto por burgueses, pero en cambio, hemos visto ya por el mundo centenares de gobiernos capitalistas compuestos por líderes obreros. El gobierno de Largo Caballero y el del Comité Central de Milicias una vez incorporado a la Generalidad, eran gobiernos capitalistas; no obstante la dominación absoluta que en ellos ejercían los líderes obreros. En cambio, el Comité Central de Milicias, mientras fue independiente, era un gobierno obrero y campesino rudimentario a despecho de los varios consejeros burgueses existentes en su seno. La noción revolucionaria de gobierno obrero y campesino va inseparablemente unida al armamento del proletariado y los campesinos, al desarme y expropiación de la burguesía, a la destrucción del Estado actual, en una palabra a la toma del poder político por el proletariado y demás clases explotadas. La dictadura del proletariado, ciertamente, podrá tomar formas diversas, según las circunstancias, sin perder su carácter de tal; pero invariablemente deberá realizar las tareas enumeradas. Sin eso, toda consigna de gobierno obrero y campesino es una añagaza oportunista. Por eso el gobierno obrero y campesino ideado por el P.O.U.M. se reveló impotente, pese su programa en general revolucionario, ante la acometida de la reacción staliniano-capitalista. Esta planteaba: con nuestro Estado o contra él; el P.O.U.M., en lugar de recoger el reto, gemía: Gobierno obrero y campesino... en vuestro Estado.

Evidentemente, semejante partido era incapaz de salvar la revolución. En su vida cotidiana seguía comportándose exactamente como antes, cuando Andrés Nin era ministro de la Generalidad. Sus relaciones y actividades eran las de un partido colaborante. En Valencia aceptaba el ingreso a una Junta provincial constituida bajo la égida del frente popular. Casi simultáneamente, en Madrid era suprimido su órgano periodístico, incautada su estación emisora, asaltada su imprenta por agentes stalinistas. El P.O.U.M. no salió de la pasividad que le imponía su actitud colaboracionista. Se limitó a hacer una reclamación ante Caballero, y como éste se desentendiera del problema, *La Batalla*, lejos de atacar al gobierno Caballero, buscaba un refugio en su presidente. Ya al ser suspendida por primera vez *La Batalla*, a fines de marzo, su director hizo publicar en *Solidaridad Obrera* una nota de sumisión a la reaccionaria decisión gubernamental.

Naturalmente, el P.O.U.M. deseaba resistir. Pero no se atrevía a hacerlo sin ser respaldado por la C.N.T. y por Largo Caballero. Entre éste y los stalinistas ya habían surgido diferencias que presagiaban la ruptura. El P.O.U.M. hubiese podido aprovecharlas en beneficio de la revolución, empujando a posiciones radicales a la antigua izquierda socialista. Pero toda la actividad del P.O.U.M., sus artículos, resoluciones y discursos, respiraban derrotismo. En consecuencia, se achicó él mismo, procurando entrar bajo la protección de Largo Caballero y de la C.N.T. Su temor a actuar solo, su incapacidad para dirigirse a las masas contra el Gobierno y contra los líderes traidores, le inmovilizó y creó las condiciones para su aplastamiento.

Por un momento pareció que la base del P.O.U.M., siempre a la izquierda de su dirección, impondría a ésta una política revolucionaria y una actitud de lucha decidida. Una resolución del comité local de Barcelona por entonces adoptada, es el único documento en que el P.O.U.M. ô salvando el sector de Madrid, trotskista casi en su totalidadô

habló de la necesidad de apoderarse del poder político sobre la base de los comités obreros. Demasiado tarde. La iniciativa del comité local de Barcelona, desoída por el comité central, no tuvo otra consecuencia que la de crear oficialmente en Cataluña un ala izquierda. El comité central seguía esperando su salvación de la C.N.T. y de Largo Caballero.

El curso contrarrevolucionario seguido tanto por el gobierno de Valencia como por el de Barcelona ô en ambos casos bajo la inspiración del stalinismoô , despertó gran descontento en las filas socialistas y anarquistas. Tras el reaccionario congreso de la Juventud Socialista Unificada, donde, como se recordará, estaban juntos stalinistas y reformistas, numerosos elementos de la antigua izquierda socialista mostraron abiertamente su hostilidad y empezaron a organizarse contra la dirección stalinista⁹⁰. Los incidentes entre Largo Caballero y los stalinistas, y la ruptura ya próxima entre ambos, facilitaban el desplazamiento a izquierda de toda esta oposición todavía informe. Las Juventudes Libertarias se desgajaban también de la política capituladora seguida por la dirección nacional de la C.N.T. En el seno de ésta, los «Amigos de Durruti», apenas constituidos como agrupación, recogían la aprobación de la inmensa mayoría de los militantes cenetistas. Tanto, que los comités locales se negaron a ejecutar una resolución de los comités superiores expulsando a los principales dirigentes. En suma, existía una oportunidad única y última de crear un formidable bloque de oposición revolucionaria, y de orientarse a la toma del poder en breve plazo. Pero era indispensable constituirse en avanzada, apelar a las masas y sus Comités-gobierno contra la reacción stalino-capitalista gubernamental, impregnar de la conciencia del objetivo histórico la resistencia informe de las masas, empujar en el mismo sentido las oposiciones surgidas en las organizaciones. El P.O.U.M. ni siquiera se atrevió, al principio, a solidarizarse públicamente con «Los Amigos de Durruti». Le era más cara la amistad incierta de la dirección capituladora de la C.N.T., y de Largo Caballero. Dándose por objetivo, no salvar la revolución, sino salvarse él de la represión reintegrándose al bloque gubernamental, el P.O.U.M. prefirió la compañía de las direcciones oficiales de los partidos a la compañía de las oposiciones y de las masas. En *La Batalla* llegó a manifestarse sin ambajes que sin Largo Caballero todo estaba perdido.

Me he detenido intencionadamente a estudiar la política del P.O.U.M. frente a la ofensiva reaccionaria stalino-capitalista, porque tanto el ejemplo de este partido como el de la reacción stalino-capitalista representan valiosas enseñanzas para las futuras revoluciones. No es verdad que la impotencia del P.O.U.M. se debiera a su debilidad orgánica. Tenía un número de militantes y recursos económicos y propagandísticos más que suficientes para hacer llegar su voz a la gran masa obrera y campesina. Su impotencia orgánica nacía de su política conciliadora, no su política conciliadora de su impotencia orgánica. Las masas no pueden ser conquistadas sino por la acción, porque la acción es la verdad revolucionaria encarnada. Frecuentemente, las masas, o no distinguen en absoluto o distinguen muy vagamente la exposición teórica de una política revolucionaria y otra oportunista. Pero los hechos no admiten confusión. Por eso, toda ofensiva revolucionaria, al llegar a una determinada altura y chocar con la política conservadora de las organizaciones obreras oficiales, empieza a producir indiferencia, o todo lo más resistencia pasiva en las masas. La ola revolucionaria recula invariablemente, y cede la iniciativa a la reacción si no encuentra organizaciones que la lleven hasta sus últimas consecuencias, mostrando a las masas el camino de la acción. La acción revolucionaria de un partido es lo único que puede inducir a las masas a romper orgánicamente con los traidores y enfrentárseles. El P.O.U.M., incapaz de sentirse él mismo motor de la historia, se dejó arrastrar, para ser finalmente aplastado, por el tren reaccionario que el stalinismo encabezaba. Ningún partido centrista, en el futuro, puede esperar mejor suerte.

Más acusadamente aún que el P.O.U.M., la C.N.T. siguió una conducta capituladora. Su preocupación fundamental era asegurar su colaboración a los poderes capitalistas. Ciertamente, de *Solidaridad Obrera* y otros periódicos anarquistas pueden sacarse citas revolucionarias, pero pueden sacarse muchas más en demostración de la tendencia capituladora de la C.N.T., y sobre todo, su inalterable colaboración con el Gobierno era una forma de aliarse a la reacción contra las masas. *Solidaridad Obrera* se envanecía de haber dicho antes que el stalinismo, que el carácter de la guerra era de «independencia nacional». Era ésa la «teoría» que habría de servir para destruir la revolución y asesinar a centenares de militantes, trotskistas, poumistas, anarquistas, socialistas. El mismo periódico, una vez resuelta la crisis del gobierno de la Generalidad, el mes de marzo, representaba que la C.N.T. había ofrecido a Companys toda su cordialidad y las mayores facilidades para resolver la crisis. Sería una indulgencia inútil e indigna

⁹⁰ Poco después moría misteriosamente en Bilbao un grupo de jóvenes socialistas, «al hacer explosión una bombas». Todos ellos se oponían al curso reaccionario que el stalinismo imponía a la organización juvenil. Seguramente, la bomba, si existió, no procedía de la artillería o de la aviación franquista.

de la crítica revolucionaria callar lo que en realidad significaba eso. Era imposible constituir ningún gobierno capitalista sin el consentimiento de la C.N.T. Ofreciendo su cordialidad a Companys, en aquel momento mero instrumento del stalinismo, la dirección nacional de la C.N.T. se sumaba llanamente a la contrarrevolución. ¡y no obstante, todavía el Estado reaccionario era más apariencia ficticia que realidad, y hubieran bastado Cuatro voces bien dadas para hundirlo definitivamente! La actitud de la C.N.T., se comprende fácilmente, era una ducha de agua helada para los militantes cenetistas y para las masas en general.

La cordialidad ofrecida a la reacción stalino-capitalista estaba muy lejos de ser inmaterial. Siguiendo el ejemplo del gobierno de Valencia, el de la Generalidad se aprestaba a desarmar a los trabajadores y destruir hasta sus más pequeñas células de poder. La colaboración de la C.N.T. era indispensable, en primer término para que los Comités-gobierno catalanes, en la mayoría de los cuales ella dominaba, se sometiesen al Estado capitalista o dulcificasen su oposición; en segundo término era indispensable para desarmar al proletariado y poder destruir sin excepción todos los Comités-gobierno. En el mismo mes de marzo, la Generalidad decretó la disolución de las Patrullas de Control. La C.N.T. se opuso, pretendiendo que podían convivir perfectamente con los cuerpos coercitivos capitalistas. Pero esta convivencia que la C.N.T. sancionaba era una manera de aplazar la disolución de las Patrullas de Control. En efecto, el decreto de la Generalidad, no pudiendo ser llevado a la práctica momentáneamente, quedaba en reserva aguardando el momento favorable. ¡Mayo estaba ya cerca! La actitud del P.O.U.M. frente a este problema decisivo del armamento, fue idéntica a la de la C.N.T. Únicamente el órgano de la Sección Bolchevique-leninista, exigió la disolución de los cuerpos burgueses y puso en guardia al proletariado, llamándolo a organizarse en defensa de su armamento. Desgraciadamente, a semejanza de la C.N.T., cuya voz era decisiva, o del P.O.U.M. cuya voz podía ser decisiva, el trotskismo no tenía á su disposición la fuerza orgánica y los recursos mínimos indispensables para hacerse oír de la gran masa.

Así, a medida que la floración pública de la contrarrevolución se hacía patente tanto en el terreno político como en el económico, a medida que vertía mayores torrentes de calumnias contra la revolución y sus exponentes reales o potenciales, a medida que, clandestina o legalmente, tomaba cuerpo la represión contra el proletariado y sus libertades, las organizaciones que por su fuerza estaban en condiciones de cortar el paso a la contrarrevolución, le cedían sin resistencia el terreno, colaborando directamente con ella, aspirando a colaborar, o todo lo más neutralizándose. Las oposiciones surgidas en el socialismo, la C.N.T. y el P.O.U.M., o bien se diluyeron, perdiéndose en una lucha de legalismo organizativo, cual la oposición socialista, o bien quedaron cercadas por el oportunismo de su propia organización, cual la oposición en el P.O.U.M., y en menor grado la de «Los Amigos de Durruti» en la C.N.T. Esta, tras haber salido valientemente a la calle combatiendo la capitulación de la dirección cenetista, dio unos pasos atrás, atemorizada por la acusación de marxismo lanzada contra ella. La volveremos a ver de nuevo actuando independientemente durante los acontecimientos de Mayo, pero por el momento, retrocediendo ante las acusaciones de ser un partido político y adoptar el marxismo, ella misma se obstruía el paso al poder, sin llegar al cual todo estaba perdido. En consecuencia, los Comités-gobierno, violenta y pérfidamente combatidos desde el Gobierno y desde las secretarías por el stalinismo y el reformismo, desmayados por la C.N.T. y el P.O.U.M., perdían terreno disolviéndose en algunos sitios, resistiendo a tientas aquí y allí, sometiéndose al Estado capitalista más allá. Era una lucha múltiple en la que cada Comité obrero se debatía desesperadamente en las tinieblas de un mundo particular, como aquellos pueblos primitivos para quienes el universo terminaba en el punto del horizonte en que el cielo se junta aparentemente a la tierra. No hay en ello nada de peyorativo para los Comités-gobierno, pero sí lo hay para las organizaciones obreras, porque ellas cerraban el horizonte a los Comités-gobierno, y no de manera ilusoria, sino muy material, en alianza con la política capitalista rehecha y la G.P.U., recién introducida por el stalinismo.

Sin embargo, el movimiento de Julio había calado demasiado hondo en la organización social y en la conciencia de los explotados. La contrarrevolución stalino-capitalista no podría imponerse sin lucha. Para consolidarse, debería desarmar completamente al proletariado, estrangular sus libertades, arrebatarle la economía y someterlo al terror policíaco. Aunque la universal irritación contra el Gobierno y stalinismo no encontraba expresión organizada, diariamente se acumulaban los elementos de una explosión formidable. Desde el mes de marzo se venteara ya un gran choque entre la nueva reacción y el proletariado. Diariamente se producían infinidad de choques menores, la mayoría de ellos unánimemente silenciados por la prensa de todas las tendencias. El sub-gobierno catalanista de Barcelona se arrojaba a los pies del «gobierno español» pidiéndole guardias civiles y de asalto que le librasen de la odiosa preponderancia obrera. A medida que llegaban a Barcelona más contingentes de «camaradas guardias» ô recordemos

la fraseología de la prensa oficial anarquista se aproximaba el choque entre reacción y proletariado. Dada la inarticulación y la falta de objetivos políticos de los elementos revolucionarios, los resultados del choque eran de temer. El polo capitalista del poder era ya preponderante, y contaba con el apoyo de la C.N.T. Pero un movimiento revolucionario lleva en sí una dinámica propia que se desenvuelve y hace crisis siguiendo su propia lógica de desarrollo, independientemente de que exista o no la organización política indispensable para asegurar el triunfo. Si ésta puede revelarse un elemento motor de primera importancia, la revolución no espera a que la dirección política esté madura para librar sus combates, aunque esto le cueste la derrota. ¿No es característica del movimiento obrero mundial, en los últimos decenios, la madurez de las condiciones objetivas de la revolución y la inmadurez de las subjetivas? A pesar de sus inercias y de sus nebulosidades, en todo momento importante las masas han revelado una gran madurez revolucionaria, sin correspondencia en ninguna organización, o con una correspondencia traidora de parte del stalinismo y del reformismo. Las jornadas de Mayo en España, como lo veremos en el capítulo siguiente, constituyen el punto culminante de la conciencia revolucionaria de las masas. Y no solamente para España. Jornadas de Mayo victoriosas serán cada día más necesarias para toda Europa para asegurar el triunfo de la revolución social.

Pero antes de pasar al estudio de las jornadas de Mayo es indispensable resumir las enseñanzas del período tratado en estos dos capítulos, extraordinariamente valiosas para el proletariado mundial.

El armamento del proletariado, su victoria militar sobre los institutos represivos capitalistas (ejército, policía), condujo automáticamente a la desaparición del Estado, de la propiedad y del orden económico político capitalistas. Surgió paralelamente la atomización del poder en manos del proletariado y los campesinos (Comités-gobierno), la organización socialista de la producción en forma rudimentaria (colectividades) y la garantía del naciente sistema revolucionario (Milicias de Combate, Milicias de Retaguardia, Patrullas de Control). Los elementos básicos de la sociedad capitalista fueron destruidos y creados los elementos básicos de la sociedad socialista. Y todo eso ocurría sin que ninguna fuerza consciente, ninguna organización, se lo propusiera deliberadamente, lo que constituye una monumental e irrefutable demostración de la *necesidad histórica inmediata* de la revolución socialista y de la madurez de todas las condiciones objetivas necesarias.

No obstante, continuó vivoteando, exangüe el poder capitalista. Pero este poder exangüe ya no reposaba sobre las instituciones propias del Estado capitalista; reposaba íntegramente sobre las organizaciones stalinista y reformista, más exactamente, sobre la actividad de sus respectivas direcciones y el influjo que en los militantes ejercían. Sí, los líderes stalinistas y reformistas, llevados por su propia ideología y por sus más patentes intereses, se constituyeron en cuerpo y alma del poder capitalista, dedicando el grueso de sus energías, desde el 20 de julio mismo, no a combatir y derrotar el enemigo, sino a combatir y derrotar la revolución, reconstituyendo las instituciones propias del Estado capitalista. A tanto vale decir, y debe decirse, porque constituye una de las realidades de nuestra época a la que el proletariado ha de sobreponerse si quiere triunfar, que el stalinismo y el socialismo, en cuanto cuerpo de doctrina y en cuanto aparato orgánico, son ellos mismos instituciones capitalistas.

La dualidad de poderes no se dio en España entre los organismos obreros y los organismos burgueses, sino entre los primeros (Comités-gobierno) y los líderes stalinistas y reformistas, único polo burgués existente después del 19 de Julio. Los burgueses confesos o líderes republicanos, no desempeñaban absolutamente ningún papel, si no era el de instrumentos de los líderes stalinistas y reformistas. Tanto, que más tarde, ya derrotada la revolución se les veía frecuentemente colocarse a la izquierda del stalinismo. Ese hecho de la revolución española, que sin duda alguna se repetirá con mayor crudeza en los demás países de Europa y en el mundo en general, constituye un factor nuevo y crucial en la historia del movimiento obrero mundial.

En la revolución rusa, el sector reformista o mencheviques y socialistas-revolucionarios contribuyó como factor principal a la creación y mantenimiento de los órganos de poder obreros, los Comités-gobierno rusos o soviets. Ciertamente, pretendía subordinarlos al Estado capitalista democrático, lo que, logrado, hubiese indudablemente acarreado la disolución final de los soviets. Mas las ligas que el reformismo mantenía con la clase trabajadora, y su oposición, siquiera relativa, al sistema capitalista, le obligaba a favorecer o tolerar los soviets en tanto que no se hubiese impuesto al capitalismo como colaborador permanente. Hay que tener en cuenta también que hasta la revolución rusa se ignoraba la importancia que para la toma revolucionaria del poder podían tener organismos obreros del género de los soviets y de los Comités-gobierno españoles. Si los revolucionarios han aprendido a utilizarlos como base del poder proletario, también han aprendido a combatirlos los reformistas, por las mismas razones. De cualquier manera que sea, los mencheviques no lucharon abiertamente contra los soviets, no atreviéndose a pedir su

disolución, ni siquiera después de las jornadas de Julio de 1917, en las que el proletariado y los bolcheviques salieron derrotados.

Por el contrario, en España vemos al stalinismo, secundado plenamente por el reformismo, emprender inmediatamente la ofensiva contra los Comités-gobierno de la más impudente manera: «Todo el poder para el Gobierno, menos Comités y más pan; todas las armas al frente». Ningún partido fascista habría sintetizado mejor las tareas de la contrarrevolución; desde luego fueron incapaces de sinterizarlas el Partido Socialista y los partidos republicanos burgueses, súbitamente reducidos al rango de discípulos. Stalinismo y reformismo se revelaron Pues incompatibles con los órganos del poder proletario. En lo sucesivo, toda tentativa de crearlos con su colaboración, siguiendo el esquema del frente único en los soviets rusos entre mencheviques, socialistas-revolucionarios y bolcheviques, conducirá forzosamente a la derrota. En algunos casos, izquierdas socialistas contribuirán quizás a establecerlos, si bien se mostrarán invariablemente impotentes para llevarlos hasta el triunfo. Pero lo más importante de la burocracia reformista, perdido ya su antiguo centro de gravedad, se convertirá simplemente en un estamento semioficial u oficial de los viejos Estados capitalistas (sobre todo allí donde domine la influencia de Estados Unidos e Inglaterra), o bien se sumará a la comparsa stalinista, que por tener su raíz en un Estado nacido de una contrarrevolución, es incomparablemente más fuerte y dispone de un norte bien definido. La incompatibilidad del stalinismo con los órganos obreros de poder es absoluta. Donde quiera que éstos se creen y aquél represente una fuerza considerable, los órganos obreros no lograrán conservarse sino por la lucha física, hasta la insurrección, contra el stalinismo, que invariablemente será aliado o base principal del Estado capitalista.

Otra de las enseñanzas de este período de la revolución española, es la necesidad de un partido político que coordine a escala nacional la acción de los órganos de poder, mantenga en ellos la democracia superior del proletariado, los oriente a la toma completa del poder político y a la destrucción del Estado capitalista. La falla en esta tarea fue lo que convirtió a la C.N.T., y al P.O.U.M., cada una en la proporción de sus fuerzas, en auxiliares de la contrarrevolución staliniano-capitalista, sin que las disculpe cualquier desgracia que pusieran en su cometido. En efecto, si el stalinismo, seguido por el reformismo y el republicanismo burgués, se lanzó a fondo contra la revolución social y sus órganos de poder, su derrota habría sido segura sin la política claudicante seguida por el anarquismo cenetista y el centrismo poumista. Lo que en momentos revolucionarios hace falta, son partidos que condensen la tensión suprema de las masas elevándola hasta realizaciones orgánicas, no partidos que conservando un lenguaje revolucionario, protestando incluso, se dejen arrastrar por los elementos reaccionarios.

Finalmente, el gobierno de Larga Caballero es el representante más típico que jamás haya existido de esos gobiernos tipo Kerensky, Noske y Blum en 1936, resultado bastardo de una ofensiva revolucionaria, indefectiblemente condenados a dejar paso a la reacción o a sucumbir a manos de la revolución. El Kerensky español es Caballero no Negrín. Este representa algo mucho peor que Noske, quien, a su vez, no fue más que un Kerensky triunfante. Pero no debo adelantarme a lo que tendrá su desarrollo en capítulos posteriores. Aquí debo únicamente registrar que Negrín es la consecuencia directa de la obra del gobierno Caballero. Caballero no era la revolución, sino la concesión máxima del capitalismo a la revolución. Caballero no dio nada a la revolución; le quitó. Su gobierno recuperó el control del capital financiero, quitó industrias al proletariado en nombre del Estado (nacionalización), disolvió las Milicias de Retaguardia, militarizó las Milicias de Combate; en una palabra asestó por todas partes los primeros golpes a la revolución triunfante. Cumplida su tarea, dio naturalmente paso a la reacción, que en nuestra zona, sin dejar de agrupar a cuanto restaba de reaccionario y fascista, sólo podía ser representada por el stalinismo. Entonces viene Negrín.

El mismo papel, con algunas reservas que ya han sido establecidas más atrás, desempeña en Cataluña el gobierno de la Generalidad que se constituyó por incorporación del Comité Central de Milicias.

CAPÍTULO VI

LAS JORNADAS DE MAYO

*«Quienes hacen revoluciones a medias,
cavan sus tumbas.»*
Saint-Just.

Desde que se hacen revoluciones en la historia, se las suprime invariablemente por la persecución, el asesinato, el exterminio de sus representantes, la calumnia, etc., etc. La aplicación cuantitativa del método cambia según la intensidad de la revolución y las necesidades de la contrarrevolución; cualitativamente es inalterable a través de los tiempos. Para el movimiento revolucionario moderno es esta una verdad definitivamente adquirida. Se trata únicamente de completarla en cada momento, reconociendo una a una todas las piezas de la contrarrevolución, a la que frecuentemente se agregan partidos antes revolucionarios. Las fuentes de la contrarrevolución se encuentran o no puede ser de otra forma en el sistema capitalista, pero en los tiempos actuales la máquina contrarrevolucionaria echa mano, cada vez más frecuentemente, de las piezas incrustadas en el movimiento obrero mismo. Privado de ellas, el capitalismo habría sucumbido hace decenios. España es, sin duda, la más fehaciente de las pruebas. Las piezas auxiliares de la contrarrevolución en el movimiento obrero aparecieron durante la guerra civil visibles al ojo más miope, desempeñando ellas mismas la función principal.

Fue precisamente en mayo de 1937 cuando la contrarrevolución, cumplido su trabajo preparatorio, juzgó llegado el momento de pasar de la ofensiva verbal a la ofensiva armada, avalanzarse sobre la revolución, desarticularla, obligarla a retroceder, aniquilarla. En ese momento, todos los tapujos fueron arrancados por la violencia misma del choque. Los dirigentes y las organizaciones obreras quedaron desnudos en medio de la calle, los unos haciendo gala de su naturaleza reaccionaria, de sus taras pequeño-burguesas los otros, de sus indecisiones e incapacidades los de más allá, de su austeridad revolucionaria los menos. La línea divisoria entre capitalismo y socialismo, generalmente indistinta en momentos pacíficos, marcóse nítidamente entonces, perforando las fronteras de los partidos hasta marcarlos indeleblemente como reaccionarios en las personas de sus dirigentes. Líderes obreros «comunistas» y «socialistas», algunos anarquistas también, se vieron obligados a gesticular con brazos y piernas, para hacer notar bien al capitalismo mundial que se encontraban del lado de la contrarrevolución. Durante las jornadas de Mayo de 1937, todo el mundo quedó situado en su verdadero puesto. Ese resultado solo valía la lucha, porque hace prometedora la derrota.

En su segunda etapa, la dualidad de poderes habíase desenvuelto muy favorablemente al extremo capitalista, cuyo Estado, montado sobre fusiles y ametralladoras hechos en Rusia, penaba por reconstituir «el orden». Pero los elementos de poder dual obrero resistían, y no se resignaban a dejarse disolver pacíficamente, pese a las presiones ejercidas incluso desde la dirección de las organizaciones más radicales. La reacción stalino-capitalista buscaba continuamente ocasiones para atacar la revolución. A fines de abril, la consejería de Orden Público, queriendo poner en práctica el acuerdo de la Generalidad referido en el capítulo anterior, prohibió la circulación y el ejercicio de sus funciones a las Patrullas de Control. Los trabajadores armados que las constituían, se apostaron en puntos estratégicos y desarmaron 250 guardias mandados por la Generalidad a substituirles. Por la misma fecha, la Generalidad envió legiones de carabineros a la frontera, para reemplazar los Comités obreros que la controlaban desde Julio. Fueron rechazados y desarmados la mayoría. La Generalidad envió nuevos refuerzos, y la lucha por el control de la frontera entre el poder capitalista y el poder obrero se generalizó, desarrollándose con particular intensidad en Puigcerdá.

Antón Martín, uno de los mejores militantes cenetistas de la comarca, enemigo de la colaboración, fue asesinado por las tropas del orden. La resistencia era obstinada y frecuentemente victoriosa para el proletariado, pero el poder capitalista tendía a imponerse, porque mientras los Comités obreros que controlaban la frontera pertenecían casi todos a la C.N.T., esta misma C.N.T. colaboraba *lealmente* ô es su propia expresiónô con el poder capitalista. La victoria se transformaba así en derrota.

Otros muchos choques armados entre fuerzas capitalistas y obreras ocurrían en diversas poblaciones. Pero aunque en Cataluña, contrariamente al resto de España, todavía no existía la censura, la prensa cenetista los silenciaba o les quitaba significación, convirtiéndolos en «incidentes lamentables», cual si se tratara de errores gubernamentales u obreros. La prensa stalinista, no hay que decirlo, los interpretaba con toda la perfidia de sus designios reaccionarios, presentando como fascistas o bandidos los obreros resistentes. Antes de ser desarmado materialmente, el proletariado ya lo había sido ideológica y orgánicamente. Pero a un proletariado que un año antes había vencido y desbaratado el ejército español, no se le podían arrebatarse todas sus posiciones sin una lucha seria. Los choques aislados entre revolución y contrarrevolución, si bien debilitaban paulatinamente a la primera, dejaban insatisfecha a la segunda, cada vez más ansiosa de imponer por completo su dominio. Se presentía un choque general y decisivo; la reacción stalino-capitalista lo quería, lo buscaba y lo provocaría.

En efecto, el día 3 de Mayo de 1937, a las 2 horas y 45 minutos de la tarde, el comisario de Orden Público, Rodríguez Salas (stalinista), amparado por una orden del consejero de la Generalidad, Aiguadé (Esquerra Republicana), irrumpió con una banda de guardias en el edificio central de teléfonos. Funcionaba en perfectas condiciones, desde Julio, bajo la supervisión del comité elegido por los propios trabajadores. Pero la nueva reacción, ya bastante avanzada, no podía desenvolverse libremente sabiendo que los teléfonos estaban en manos del polo obrero del poder. Por otra parte, decidida a buscar la oportunidad de ametrallar las masas y humillarlas, daba deliberadamente a sus exigencias la forma más brutal posible. El stalinista Salas invadió la central telefónica con mayor despliegue de fuerzas que el necesario para tomar una posición avanzada del enemigo. Los obreros se negaron terminantemente a deponer la autoridad de su Comité, y contestaron a las armas con las armas. Sorprendidos en pleno trabajo, hubieron de replegarse a los pisos superiores del edificio, dejando la planta baja en poder de las dos compañías de guardias mandadas por Salas.

El ruido de los primeros disparos extendió por Barcelona un latigazo eléctrico: «¡Traición, traición!» ô el pensamiento que desde meses atrás roía la mente y los nervios del proletariado, crispaba ahora las caras pálidas de ira, y los brazos en busca de armas. El grito se propagó de esquina a esquina, hasta llegar a los barrios obreros y las fábricas, hasta las demás ciudades y pueblos catalanes. La huelga general se produjo inmediata, espontánea, sin otra aprobación, a lo sumo, que la de dirigentes inferiores y medios de la C.N.T. Barcelona se cubrió de barricadas con rapidez taumatúrgica, cual si, ocultas las barricadas bajo el pavimento desde el 19 de Julio, un mecanismo secreto las hubiese sacado de golpe a la superficie. La ciudad quedó en seguida en poder de los insurrectos, salvo un pequeño sector del centro. Respuesta unánime del proletariado, acción vertiginosa y apasionada. La provocación stalinista se convertía en un triunfo más del proletariado, igual que la provocación de los militares, en Julio del año anterior, se había convertido en un gran triunfo revolucionario. El dominio del proletariado no admitía la menor duda ni para los enemigos de la revolución. En los barrios obreros, las fuerzas gubernamentales se rendían sin resistencia o se adelantaban al emplazamiento entregando sus armas a los hombres de las barricadas. Incluso en el centro, puestos de guardias civiles y carabineros se declararon prudentemente neutrales. El mismo hotel Colón, madriguera central stalinista, llegó a sacar bandera de neutralidad.

En poder del Gobierno no quedaba más que un pequeño triángulo teniendo por vértice el edificio de la Telefónica, en cuyos pisos superiores resistieron hasta el fin los trabajadores, y por base la línea comprendida entre la dirección de Seguridad y el palacio de la Generalidad. Fuera de esto no quedaban a la reacción stalino-capitalista sino escasos focos de fácil reducción. Ni siquiera contaba, como en otras insurrecciones barcelonesas, con la artillería de Montjuich. Las baterías del castillo seguían en manos obreras, y a partir de los primeros tiros encañonaron precisamente la Generalidad, listas para hacer fuego a la primera orden de la C.N.T.⁹¹

No faltó a los trabajadores insurrectos decisión para tomar el triángulo gubernamental, ni los detuvo tampoco el fuego del adversario; *los detuvo la propia dirección de la C.N.T.* A ella pertenecía la inmensa mayoría de los

⁹¹ Aunque se han publicado decenas de relatos de los acontecimientos de mayo ô y no hablo de las falsificaciones stalinistasô se precisa un relato completo, que comprenda todo el escenario de la lucha, para poner de mayor relieve la impotencia de la reacción stalinista... a falta de las capitulaciones que la entronizaron.

sublevados. Aunque en ellos había despertado ya muy serios recelos la conducta de la dirección anarquista, todavía tenían confianza en la C.N.T. Era su organización; con ella y por ella habían luchado durante muchos años. Era natural, era forzoso, dada la falta de otra organización con bastante fuerza para improvisar la dirección necesaria, que los obreros, formando un estrecho cerco de barricadas en torno a la zona de la Generalidad, esperaran la palabra de la C.N.T. ¿Quién de entre ellos no estaba persuadido de que la C.N.T. se pondría a su cabeza con el objeto de desarmar definitivamente al enemigo e incapacitarlo para nuevas asechanzas reaccionarias?

La C.N.T. habló; pero no como esperaban los obreros, para ponerse a su cabeza; habló desde la barricada y para la barricada comprendida en el triángulo Telefónica-dirección de Seguridad-Generalidad. Desde el día 3, los dirigentes de Barcelona se habían esforzado en contener el torrente insurreccional. El día 4, García Oliver y Federica Montseny, ministros en el gobierno de Largo Caballero, llegaban en avión desde Valencia, junto con un representante de la U.G.T., Hernández Zancajo, con el objeto de emplear su influencia conjunta en levantar el cerco obrero a los poderes capitalistas. Inmediatamente se colgaron al micrófono de la radio, condenando la acción de los obreros y ordenando: « el fuego». García Oliver en particular, exaltado por sus responsabilidades con el poder capitalista, enviaba por los aires besos a los guardias de asalto. Durante largo tiempo, la voz de García Oliver martilleó los oídos obreros en las barricadas: « el fuego; besos a los guardias de asalto».

El mismo día 4, se distribuía en las barricadas este manifiesto:

C.N.T. ò F.A.I.

«¡Deponed las armas; abrazaos como hermanos! Tendremos la victoria si nos unimos: hallaremos la derrota si luchamos entre nosotros. Pensadlo bien. Pensadlo bien; os tendemos los brazos sin armas; haced lo mismo y todo terminará. Que haya concordia entre nosotros.»

Momentos después la C.N.T. hacía radiar:

«Que sea el gobierno de la Generalidad el que depure en su seno la mala labor que haya podido realizar quienquiera que sea, y por muy consejero que se diga.»

Y seguía un nuevo llamamiento a deponer las armas.

Los obreros no daban crédito a sus oídos ni a sus ojos. ¡La C.N.T. de la que esperaban todo, del otro lado de la barricada! En el momento de asaltar el cielo ò como diría Marx ò , el cielo se les venía encima. Sin duda, en ninguna revolución han recibido los insurrectos tan inesperada y brutal decepción. Se dilucidaba en aquel momento la suerte de la revolución y de la guerra, capitalismo o socialismo, esclavitud o libertad, triunfo de Franco por medio de los buenos oficios, stalinianos y reformistas o triunfo del proletariado; se dilucidaba, incluso, si Europa sería irremediabilmente condenada a la catástrofe de la guerra imperialista o sería salvada de ella por la revolución internacional. ¡Y la alta dirección de la C.N.T. vino a calificar la lucha de fratricida y enviar besos a los sicarios del capitalismo! No era la revolución, sino la contrarrevolución quien encontraba en ella a un aliado. Fue una devastadora prueba para la dirección anarquista, una de esas pruebas supremas dadas por las necesidades de la acción histórica, de las que una organización sale modificada, cualesquiera que sean sus tradiciones y méritos anteriores. Más de una vez, principalmente el 19 de Julio, el anarquismo español había mostrado un canto oportunista, pero hasta las jornadas de Mayo de 1937 estuvo a tiempo de corregirse a sí mismo. La espontánea y formidable insurrección proletaria sometió al contraste de lo vivo su capacidad para mover el proceso humano, pues las ideas han de ser hechos o se niegan como tales ideas. El anarquismo se negó a sí mismo en las jornadas de Mayo.

Por si los servicios de García Oliver y compañía no bastaban para detener el ataque del proletariado a los partidos traidores, Largo Caballero envió a Barcelona 5.000 guardias de asalto y tres navíos de guerra. Traerían sin duda, para los García Oliver, 5.000 besos del agradecido Estado; para los obreros traían descargas. A medida que la columna gubernamental avanzaba, desbarataba Comités, suprimía locales obreros, desarmaba, encarcelaba, saqueaba, asesinaba, llevaba la desolación a los corazones revolucionarios, la alegría y la esperanza a los corazones reaccionarios y fascistas. Desde pueblos y ciudades, el proletariado, los Comités-gobierno aún vivos, ofrecían telefónicamente a los dirigentes anarquistas de Barcelona detener la columna gubernamental, armas en la mano. Pero no podían dar órdenes de hacerle frente quienes, semejantes a aquellos misioneros que los países imperialistas enviaban antaño delante de sus soldados a los territorios que se proponían reducir a colonias, venían ellos mismos como avanzada sentimental de las tropas gubernamentales. Con toda seguridad, la columna pudo haber sido detenida y desbandada fácilmente. Muchos de sus miembros, recién salidos de las Milicias de combate o fugitivos de las provincias ocupadas por Franco, habrían pasado al proletariado al primer ataque enérgico. Desde Barcelona se

podieron haber destacado varios miles de obreros en socorro del proletariado del sur, más débil numéricamente y con menos armas que el de la capital. Por sí sola, esta medida habría surtido rápidos y poderosos efectos en favor de la revolución, aun más allá de Cataluña, y contando con el triunfo absolutamente seguro de Barcelona, hubiese dado a la insurrección base para establecer directamente contacto con el resto del proletariado, hasta Madrid y Andalucía, para tratar de potencia a potencia con el gobierno capitalista de Valencia, o bien para atacarlo, según determinaran las circunstancias y la actitud de ese gobierno.

Nada semejante pasaba por la mente de la dirección anarquista, pues ya ejercitada en la colaboración sólo veía tinieblas fuera de ella. No ignoraba que el proletariado se batía en aquel momento por la revolución, y que la contrarrevolución, principalmente representada por el stalinismo, sería implacable caso de triunfar. Precisamente porque lo sabía, al stalinismo iban dirigidas aquellas palabras del manifiesto C.N.T.-F.A.I. «... os tendemos los brazos sin armas; haced lo mismo y todo terminará. Que haya concordia entre nosotros». ¿Qué habría sido de la gran revolución francesa, si cuando los prusianos y los emigrados franceses estaban a las puertas París, los jacobinos hubiesen tendido los brazos sin armas a los girondinos, en lugar de expulsarlos del poder, desembarazándose enérgicamente, al mismo tiempo, de cuantos conspiraban contra la revolución? Indudablemente, Luis XVI habría sido repuesto en el trono. Así nuestros anarquistas, habiéndoles faltado la resolución de los jacobinos, salvaron a los girondinos españoles en el momento mismo en que las masas se disponían a exterminarlos, y por conducto de ellos vino la restauración: Franco.

Todavía al entrar en Barcelona la columna gubernamental, no era tarde para la revolución. El prestigio de ésta y del proletariado había penetrado tanto en la conciencia social, que numerosos guardias, al pasar frente a los locales insurgentes, desde donde, tascando rabiosa mente las órdenes de «alto el fuego», los obreros les apuntaban con fusiles y ametralladoras, gritaban: «¡Viva la C.N.T.» «¡Viva la revolución!», saludando con el puño en alto. En lugar de aprovechar la carencia de cohesión de las tropas gubernamentales, la dirección anarquista insistía hora tras hora en que las barricadas fuesen deshechas, en que se dejase entrar sin dispararle un tiro a la columna de Valencia y en que cesase la huelga. El proletariado había desoído las recomendaciones de su dirección, tanto, que en numerosas barricadas sólo se hablaba de fusilar a García Oliver y otros líderes. Pero la insurrección no podía encontrar una nueva dirección, ni mucho menos improvisar una. Hubiese sido preciso, cuando menos, tomar el palacio de San Jorge, residencia del gobierno catalán, lo que militarmente apenas presentaba dificultad para el proletariado. Pero en el palacio de San Jorge estaban, junto a los consejeros o ministros stalinistas y burgueses, los consejeros anarquistas, y frecuentemente toda la dirección ácrata tratando con el Gobierno. Mediante estos tratos, los dirigentes prometían obtener el castigo de los provocadores de la Telefónica y la vuelta a la dualidad de armamento y de poderes anterior a ese hecho. Puro embaimiento con el que no se engañaba a las masas ni se engañaban los propios líderes. Pero debido a la imposibilidad de improvisar en medio del fuego una nueva dirección, todo eso sirvió para retener los insurrectos ante el paso decisivo, cansarlos en las posiciones tomadas desde el primer día, desmoralizándolos y dejar actuar las tropas de Valencia. Finalmente, los obreros, sin saber qué hacer, abatidos, fueron retirándose uno a uno de las barricadas, militarmente victoriosos, vencidos, espantosamente vencidos políticamente. Tal es el balance estricto de los acontecimientos de Mayo, sin entrar en el aspecto descriptivo, que ofrece un campo fértil y optimista, pues con esa acción el proletariado español ha dignificado la revolución, envilecida por el stalinismo y el reformismo, y ha dignificado la calidad humana.

Louzon, un honesto sindicalista francés que no puede ser sospechoso sino de parcialidad hacia la C.N.T., ha escrito en el folleto *La contrarrevolución en España*: «Por un lado, pues, la superioridad militar de la C.N.T. se reveló de manera innegable en el curso de las jornadas y por el otro la C.N.T. rehusó siempre emplear esa superioridad para garantizar la victoria». Únicamente debe puntualizarse que la superioridad militar correspondió a las masas de la C.N.T., no a la C.N.T. como organización, puesto que ésta no hizo absolutamente nada por desencadenar la lucha armada o por dirigirla una vez emprendida, cual esperaban ansiosamente los trabajadores. Tanto los líderes llegados de Valencia como los que siempre habían estado en Barcelona, más el propio órgano confederal, *Solidaridad Obrera*, se esforzaron en disminuir las proporciones de la lucha y en conciliar la revolución con la contrarrevolución, lo que, cuando menos, significaba impedir el triunfo inmediato de la primera, cuando más asegurar el de la segunda, lo que sucedió. Los trabajadores veían claro como el día que conciliación únicamente podía significar dominio de los elementos contrarrevolucionarios. En las barricadas, el capitulacionismo fraternal de *Solidaridad Obrera* recibía la mayoría de las veces el trato merecido: el periódico era quemado. Fue la acción militar más espontánea del

proletariado, en manera alguna de la organización cenetista, la que estableció su superioridad desde el primer día hasta el último de la lucha. Ello muestra inmediatamente la importancia, para los intereses de la revolución, de realizar el armamento proletario. Mal que bien, el proletariado catalán disponía de armas; eso le permitió hacer frente a la contrarrevolución staliniano-capitalista, y si no le permitió triunfar, sentó un aleccionador precedente para el proletariado mundial y abrió horizontes frescos. Julio de 1936 fue la prolongación generalizada de Octubre de 1934; en el próximo período revolucionario, el proletariado tenderá rápidamente a generalizar la experiencia de Mayo de 1937. Sí; los enemigos «comunistas» o «socialistas» de la revolución ya fueron reconocidos una vez. En el futuro el proletariado se dirigirá derechamente a anularlos. En Mayo, las masas comprendieron que no bastaba: estar armadas y haber expropiado a los burgueses para garantizar la revolución. Comprendieron que se necesita sistematizar armamento y economía obreras destruyendo de arriba abajo el Estado capitalista y organizando su propio sistema; comprendieron, sobre todo, que el Estado capitalista, en los momentos más álgidos de crisis, no son los capitalistas individuales ni los líderes de los partidos burgueses, sino las ideas representadas por los líderes stalinistas y reformistas. A costa de la derrota de Mayo esa grandiosa experiencia ha sido adquirida. Con el despertar revolucionario aflorará a la conciencia proletaria y pugnará por realizarse.

No es posible pasar en silencio la actitud del P.O.U.M. durante las jornadas de Mayo. Fue la última prueba política de la que salió definitivamente marcado como partido centrista impotente, colocado como un travesaño inerte en el camino de las masas. Durante el infame proceso gepeista que el gobierno Negrín-Stalin siguió a los líderes del P.O.U.M., después de la derrota de Mayo, descartadas por insostenibles las falsificadas acusaciones de espionaje, se les condenó por haber querido substituir «el Gobierno legalmente constituido» por otro revolucionario. Nada más lejos de la realidad. Como por entonces tuve ocasión de decir a algunos militantes poumistas, el tribunal staliniano-negrinista hizo al P.O.U.M. la gracia de darle, elaborado, el programa revolucionario que le faltaba y de atribuirle una actividad política durante las jornadas de Mayo de la que careció por completo.

La actitud del P.O.U.M. durante la lucha de barricadas fue un reflejo dócil de la de la C.N.T.; Sus militantes, como los de esta última, empuñaron las armas y se comportaron valientemente. La organización como cuerpo político fue absolutamente inexistente... o existió peligrosamente inclinada hacia el triángulo Telefónica-dirección de Seguridad Generalidad, desde donde hablaban de concordia los líderes anarquistas. Una vez desencadenada la lucha, el comité ejecutivo del P.O.U.M. fue a entrevistarse con el comité regional de la C.N.T. Este, absolutamente decidido a obligar a los trabajadores a deponer las armas, envió el P.O.U.M. a su domicilio asegurándole que se le llamaría en caso necesario. Mientras tanto, los apaciguadores, los «bomberos», emplean do el término despectivo con que los designaban los trabajadores, seguían arrojando, desde la radio y desde *Solidaridad Obrera*, sus chorros de fraternidad. El significado efectivo de esta fraternidad se deduce de dos hechos entresacados de mil. El día 4, habiendo decretado la C.N.T. una tregua en la lucha, mientras negociaba en la Generalidad con los jefes contrarrevolucionarios, fuerzas gubernamentales de la guardia civil aprovecharon la tregua «fraternal» para apoderarse de la estación de Francia. Al día siguiente la C.N.T. dio orden de retirarse de las barricadas, declarando: Ni vencedores, ni vencidos; todo el mundo en paz. Pero fue el día de mayores bajas obreras. Sin embargo, tras las vacilaciones naturales al conocerse la orden, los obreros optaron por desobedecerla. Algunas barricadas abandonadas fueron recuperadas inmediatamente. El divorcio entre la dirección y la masa no podía ser más total.

¿Qué hizo el P.O.U.M. con tan excelentes oportunidades? Sus líderes refieren haber hecho proposiciones muy combativas y revolucionarias en la entrevista con el comité regional. Creámosles sin más prueba. Pero una dirección revolucionaria no se distingue sólo por sus *proposiciones* revolucionarias, sino ante todo por su *actividad* para llevarlas a la práctica cuando los demás dirigentes se oponen a ellas. La dirección del P.O.U.M. se mantuvo constantemente a remolque de la dirección anarquista, temiendo separarse de ella cuando ella se negaba a marchar con las masas. El tercer día de lucha, al dar la C.N.T. orden de abandonar las barricadas, la dirección poumista repitió la orden. Rectificó en seguida, una vez que, habiendo dado contraorden los «amigos de Durruti» y la Sección Bolchevique-leninista de España (trotskistas), los trabajadores desobedecieron las instrucciones de la C.N.T. Finalmente, al desaparecer las últimas barricadas, *Solidaridad Obrera* anunciaba la terminación de la lucha como un triunfo para los trabajadores. Eco lúgubre, *La Batalla* repetía: «Habiendo sido aplastada la tentativa (de provocación) por la magnífica reacción de la clase obrera, la retirada se impone». ¿Qué valor político, qué idoneidad para dirigir la revolución pueden atribuir los trabajadores a un partido que pretendió hacer pasar por victoria la derrota que semanas después produciría su propia ilegalidad y el asesinato de su secretario general? Evidentemente, en ese momento el

P.O.U.M. se engañaba deliberadamente a sí mismo, y engañaba a las masas, para no verse obligado a renunciar a toda colaboración y a emprender una lucha a muerte contra los traidores. Así se redujo al triste papel de cómplice de los cómplices.

Únicamente los dos grupos nuevos ya mencionados, la Sección bolchevique-leninista de España y los «Amigos de Durruti», se colocaron íntegramente al lado del proletariado durante las jornadas de Mayo. Ninguna de esas organizaciones había participado, ni poco ni mucho, en la iniciación del movimiento. Pero ambas lo apoyaron enérgicamente desde el primer instante, se esforzaron por cohesionarlo y por darle objetivos políticos. El primer día de la lucha, la organización trotskista imprimió el siguiente volante, que alcanzó gran popularidad en las barricadas, donde los mismos obreros cenetistas lo distribuían:

¡VIVA LA OFENSIVA REVOLUCIONARIA!

Nada de compromisos. Desarme de la Guardia Nacional Republicana (guardia civil) y de la Guardia de Asalto reaccionarias. El momento es decisivo. La próxima vez será demasiado tarde. Huelga general en todas las industrias que no trabajen para la guerra. Sólo el poder proletario puede asegurar la victoria militar.

¡ARMAMENTO TOTAL DE LA CLASE OBRERA!

¡VIVA LA UNIDAD DE ACCION CNT-FAI-POUM!

¡VIVA EL FRENTE REVOLUCIONARIO DEL PROLETARIADO!

¡EN LOS TALLERES, FABRICAS, BARRICADAS: COMITES DE DEFENSA REVOLUCIONARIA!

Sección bolchevique-leninista de España

(por la IV Internacional)

Un día después, los «Amigos de Durruti» distribuían otro volante con estos párrafos principales:

C.N.T. ô F.A.I.

Grupo de los Amigos de Durruti

Trabajadores, exigid con nosotros:

Una dirección revolucionaria, el castigo de los culpables, el desarme de todos los cuerpos armados que participaron en la agresión;

La disolución de los partidos políticos que se han alzado contra la clase obrera.

No cedamos la calle; la revolución ante todo⁹².

Un segundo volante de los «Amigos de Durruti», de cuyo texto completo carezco, avanzaba estas dos consignas: «Junta revolucionaria» y «Todo el poder al proletariado», correspondiendo enteramente, aunque no en la terminología, con otro volante trotskista del que tampoco conservo ejemplar.

Resultado de enorme importancia, dada la filiación orgánica anarquista de los «Amigos de Durruti». Ambas consignas eran enteramente justas, aunque la realización de la toma del poder no pudiese ser una consecución inmediata, tanto por la debilidad de las dos únicas organizaciones que apoyaban la insurrección de Mayo, cuanto por la desconexión entre el proletariado catalán y el del resto del país. La derrota no quita importancia al hecho que los «Amigos de Durruti» sacasen en claro de la experiencia la necesidad de que el proletariado tome en sus manos el poder político, por medio de sus órganos representativos. Esa conclusión netamente política y revolucionaria, volverá a tener gran importancia en el futuro de las masas confederales, aunque por el momento parezca perdida en el ventarrón de la derrota, que tantas hojas arrastra, las unas realmente podridas, por más que aparenten vida, las otras sanas y dispuestas a crecer vigorosamente en la primera ocasión, por más que se trate de destruirlas. Bien es verdad que en medio del tronar de los fusiles, *Solidaridad Obrera*, expresando el sentir de la gente del «¡Alto el fuego!», trató a los «Amigos de Durruti» de provocadores y agentes capitalistas. Pero no lo es menos que la inmensa mayoría de los militantes confederales simpatizaba con ellos y sabía dónde estaban los agentes capitalistas. En las dos direcciones que se marcaron en Mayo y dentro de la C.N.T., la de besos a los guardias de asalto y al stalinismo, y la de toma del poder político por el proletariado, se libraré en el futuro la batalla por hacer de esa central sindical un instrumento más del Estado reaccionario o salvarla para la revolución. Ni el trabajo de los «Amigos de Durruti» ni el de la Sección bolchevique-leninista será baldío.

Expuesta brevemente la lucha de Mayo y la actitud de las organizaciones situadas a la izquierda del conglomerado contrarrevolucionario del frente popular, veamos su significado político y sus consecuencias. Poco después de los acontecimientos, *La Voz Leninista*, el periódico del trotskismo, ya en plena ilegalidad, escribía: «Mayo es el resultado

⁹² Los textos citados son retraducidos de traducciones francesas.

de la política del frente popular, practicada al unísono por todas las organizaciones y partidos después de Julio de 1936. Sobre el marco de una sociedad no caben dos poderes sino el tiempo indispensable para que uno de los dos domine al otro. En Mayo, el poder burgués era ya lo suficientemente fuerte para eliminar el factor obrero del poder, y esto fue lo que intentó y logró en buena parte». En efecto, la provocación stalinista fue simplemente el accidente que desbordó la paciencia del proletariado. No habiendo logrado constituirse en poder único, el disperso poder proletario resultante de las jornadas de Julio venía siendo paulatinamente destruido por el poder capitalista redivivo en los líderes obreros. Paralelamente eran atacadas las libertades políticas de las masas y sus conquistas económicas, iniciándose la represión contra los hombres más revolucionarios. El proletariado comprendía inequívocamente que se le estaba arrebatando la revolución, que los gobiernos de Valencia y Barcelona habían tomado a su cargo la empresa de la Sublevación militar-fascistas. Estando parcialmente armado y pleno de Combatividad, el choque entre él y la nueva reacción era inevitable, por más que la carencia de una organización indisolublemente ligada a los intereses de la revolución lo condenase de antemano a la derrota. Si la provocación de la Telefónica no hubiese desencadenado la lucha, otra cualquiera habría producido el mismo efecto. El stalinismo las prodigaba, azuzando contra las masas los gobiernos nacional y regional. Uno de los dos debía morir: o la revolución o la nueva reacción stalino-capitalista.

En documentos semioficiales, la dirección anarquista propaló que la provocación de Mayo formaba parte de un amplio plan bien meditado y tramado por el stalinismo y Estat Catalá para aniquilar la C.N.T. No es necesario estar al tanto de las cábalas contrarrevolucionarias para saber qué hay de cierto en realidad. El plan de los conspiradores reaccionarios, a quienes el stalinismo capitaneaba, iba dirigido en general contra la revolución, y de manera inmediata contra el armamento obrero y los restantes Comités-gobierno, sin anular los cuales la reacción no lograría, pasar adelante. Pero estando la mayoría del proletariado catalán afiliado a la C.N.T., para aniquilar la revolución era menester dar mate al proletariado cenetista. En ese sentido, es indudable que la cábala reaccionaria se propuso acabar con la C.N.T. como peligro revolucionario. Pero la verdad completa es que fue auxiliada por la propia dirección cenetista. Auxilio doble, en el período preparatorio de reconstitución de las instituciones capitalistas, y directo durante los combates callejeros de Mayo.

En los momentos más difíciles para el capitalismo, la contrarrevolución procura obtener la complicidad de los dirigentes que tienen ascendencia entre el proletariado. Únicamente por medio de ellos se puede poner en condiciones de atacar frontalmente la revolución. Y en situaciones como la de España, cuando la ola revolucionaria ha destruido todo lo viejo, la reacción depende enteramente de los líderes obreros. Las ideas llanamente capitalistas de los unos (stalinismo y reformismo), la falta de ideas o incluso la deficiencia de las ideas revolucionarias de los otros (anarquismo y poumismo), se convierten respectivamente en la base principal de la reacción capitalista y en la condición de su éxito. Si aquéllos atacaban descaradamente la revolución, éstos otros la desviaban de su cauce y la desorganizaban. Un Largo Caballero, un García Oliver, una Montseny e incluso un Andrés Nin al principio, eran indispensables para impedir a la ola revolucionaria culminar en la toma de todo el poder político. Los nombres no son aquí más que símbolos; se trata de la política de las organizaciones respectivas. Mediante el contacto, en el Estado capitalista, con dirigentes de la C.N.T. y el P.O.U.M., la reacción palpó experimentalmente su grado de resistencia, convenciéndose de que podía intentarlo todo sin que aquéllos le hicieran cara. Con toda certidumbre, al tramar la provocación de la Telefónica, la contrarrevolución stalino-capitalista contaba, tanto o más que con sus guardias civiles y de asalto, con la actitud que adoptarían los dirigentes de la organización más fuerte, la C.N.T. Si los hubiese visto dispuestos a apelar al proletariado, o siquiera a secundar una acción callejera de éste, no se habría atrevido a tomar la iniciativa, porque en el terreno de la acción se encontraba en gran desventaja. De antemano sabía ella que habría dirigentes con prestigio de luchadores revolucionarios que ordenarían a los trabajadores suspender el fuego y retirarse a sus domicilios. Es absolutamente innegable, para quienquiera ejerza con rigor el análisis político, que los dirigentes anarquistas, cualesquiera intenciones los animaran, fueron una pieza importantísima en la conspiración reaccionaria contra la revolución en general y contra el proletariado cenetista en particular. Si la C.N.T., se revelara incapaz de enjuiciar con toda la severidad necesaria la conducta de su propia dirección, su destino ulterior como central sindical revolucionaria será más que incierto.

El carácter reaccionario de la provocación que originó los sucesos de Mayo no admite la menor duda. Estaba contenido de antemano en el programa del frente popular, cifra de traiciones. Para el frente popular, la victoria de las masas sobre los militares, la guerra civil misma, eran una contrariedad, un estorbo embarazoso. Había venido al mundo con la misión de conciliar, en beneficio de la contrarrevolución rusa y de los imperialismos democráticos, las

clases antagónicas de la sociedad. A esa coincidencia de la diplomacia moscovita con la diplomacia inglesa, francesa y yanqui, substrato último del frente popular, se debe que los partidos socialistas de todo el mundo, cuyo radio visual no quiere ni puede ya traspasar los límites que el capitalismo le marca, lo acogieran con tan señaladas muestras de satisfacción. Pero la guerra civil era una rotunda negación del frente popular. Allí donde él decía: conciliación, las masas pusieron: guerra, y no con frases sino iniciando la guerra civil. Lo que el frente popular se proponía conciliar quedó dividido desde el 19 de Julio por una infranqueable línea de fuego. Sus patrocinadores, rabiaban de despecho. Eso no estaba en sus planes, eso no cuadraba con sus intereses. El esquema de la conciliación les fracasaba. Los elementos e instituciones a conciliarse habían sido rechazados por el proletariado al Otro lado de las trincheras. La contrariedad era gravísima, pero no todo estaba perdido, puesto que el proletariado no llegó a organizar su propio Poder. Por encima de las trincheras, destruyendo la obra revolucionaria de las masas, los hombres del frente popular recomenzaron inmediatamente la obra de conciliación con la burguesía fascista. Pero ahora, dada la dominación revolucionaria de las masas, el frente popular debía persuadir a la burguesía española y mundial, dándole ruidosas pruebas de su propia naturaleza reaccionaria. Puesto que el mundo capitalista había sido rechazado a la zona franquista por las armas obreras, en la zona roja el frente popular debía defender los intereses tradicionales del capitalismo. Únicamente por ese camino, se vislumbraba una posibilidad de conciliación. La perfidia de los gobiernos y organizaciones del frente popular se explica por este hecho: un capitalista, un fascista, un general o un obispo de la zona franquista eran para él sujetos susceptibles de conciliación; un revolucionario era un enemigo irreconciliable, un forajido, un quintacolumnista.

La tendencia a la «reconciliación entre españoles», empleando el lenguaje staliniano, al «Abrazo de Vergara», según el popular lenguaje de repulsa empleado entonces en España, o la paz con los fascistas, empleando el lenguaje que todo el mundo entiende, tenía que manifestarse rápidamente en el seno del frente popular. Así ocurrió. Tan pronto como los Comités-gobierno fueron debilitados y el Estado capitalista se consideró a salvo, apareció netamente dibujada en el stalinismo, y en el socialismo por las tendencias Prieto y Besteiro. Las capitales de los imperialismos democráticos y el Kremlin, presionaban en ese sentido, viendo la doble ventaja de aniquilar la revolución y disputarle a Hitler la posesión estratégica representada por la península.

La provocación de Mayo fue una de las medidas preliminares consideradas indispensables por el frente popular para llegar a la paz con el campo fascista. Por una parte, aplastando el proletariado, pensaba vencer la obstinada repulsa de las masas a la sola palabra «paz»; por otra parte daba un ejemplo de resonancia mundial, de su fidelidad al orden capitalista. Si a pesar de su triunfo y de sus esfuerzos posteriores, la reacción stalino-capitalista no consiguió dar el abrazo amoroso a los «buenos españoles» franquistas, se debió a otras razones. Pero nadie podrá acusarla de no haber sabido reprimir la revolución.

Desde el punto de vista revolucionario, las jornadas de Mayo representan la más alta experiencia del proletariado español. En ellas culmina el proceso revolucionario abierto en abril de 1931. Para calibrar bien su enorme valor político, hay que contemplar panorámicamente todo el proceso, despojarlo de detalles y elementos accesorios, y verlo con la nítida sencillez de quien observa desde lejos el perfil de una cadena de montañas. Entonces todo se esclarece. El proletariado español inicia su lucha revolucionaria con el triunfo de abril de 1931, que instaura la república. Despierta apenas a la actividad política, la cuestión del régimen social se le presenta muy indistinta y parece no tener más enemigo que la extrema derecha monárquica. La ilusión no dura más que un instante. La «república democrático-burguesa» ô en realidad burguesa y pseudodemocráticaô no es más que el terreno donde los antagonismos fundamentales de la sociedad se revelan en toda su amplitud y se polarizan. A medida que la república vive y se afirma, el proletariado se siente más extraño a ella; la república burguesa aparece frente a él, y él frente a la república. A partir de entonces, lo que yacía en el fondo de la crisis política, la necesidad de la transformación socialista del sistema, emerge a la conciencia del proletariado y pugna por realizarse, a despecho de los obstáculos que encuentra en las propias organizaciones obreras. Gradualmente, el proletariado va identificando a todos sus enemigos, juzgándolos, no por la etiqueta política que ostentan, sino por la posición que toman frente a la revolución socialista. En Octubre de 1934 el ataque obrero va dirigido ya contra el capitalismo, englobando en él desde los partidos fascistas y monárquicos hasta la derecha republicana, al paso que mira con desconfianza manifiesta a los republicanos de izquierda, que se mantienen dispuestos a correr en ayuda de Gil Robles-Lerroux. En Febrero de 1936, el fraude político del frente popular no consigue impedir que las masas respeten los límites impuestos por la república democrático-burguesa y tienen lugar las primeras expropiaciones. Cuanto aparecía como izquierda democrática se

desplaza a la derecha, huyendo del ya irreprimible curso revolucionario del proletariado. La falta de organizaciones revolucionarias que guíen conscientemente la actividad del proletariado contra la prisión de la república democrático-burguesa, no impide al proceso revolucionario culminar. El desplazamiento a derecha de las organizaciones de izquierda, tanto republicanas como obreras, se acentúa a medida que el proletariado se aproxima a la etapa superior de su lucha. En Julio de 1936 toda la estructura y la superestructura de la república capitalista sucumben ante el ataque de las masas. La derrota militar-fascista se convierte automáticamente en una derrota del frente popular, más particularmente de las organizaciones obreras comprometidas a mantener, frente a la revolución, la república capitalista. Pero la combinación de factores que produjo el 19 de Julio velaba todavía la profunda oposición entre partidos obreros y revolución. Esa oposición no apareció en toda su espantosa realidad sino después del 19 de Julio, cuando, frente a la obra revolucionaria de las masas, los partidos obreros se presentaban, desveladamente ya, como depositarios directos de las instituciones capitalistas en la zona roja. Una vez que lo hubo comprobado de mil maneras, el proletariado se sublevó contra ellos. Eran el Partido Comunista (stalinismo) y el Partido Socialista (reformismo).

Tal es el significado de las jornadas de Mayo catalanas. En ellas culmina la crisis revolucionaria española, en ellas se condensa y precisa la experiencia de diez años de combates. En su lucha obstinada por dar una solución socialista a la crisis de la sociedad contemporánea, el proletariado español, habiendo empezado por atacar únicamente a los monárquicos, hubo de terminar atacando a los stalinistas y a los reformistas. Sublevándose contra la traición de esos partidos, el proletariado español señaló el paso decisivo al proletariado mundial. Repitiendo las palabras de un manifiesto de la Sección bolchevique-leninista poco después de la lucha armada, «el mito obrerista del frente popular cayó acribillado a balazos por millares de fusiles proletarios. Contrarrevolución y frente popular se escribieron conjuntamente con la sangre de los obreros caídos». Si el proletariado resultó vencido, gracias al nuevo colaboracionismo practicado por la dirección de la C.N.T., no por ello las jornadas de Mayo pierden su espléndida ejemplaridad. Tanto en España como en el resto del mundo, el logro de la revolución requerirá frecuentemente jornadas de Mayo victoriosas.

En relación con la provocación stalinista que de manera inmediata originó las jornadas de Mayo, es imposible dejar de hablar del papel desempeñado por la representación diplomática rusa. No por secreto era ignorado. Detrás del stalinismo, llevándolo de la brida en su política general, transmitiéndole constantemente sus principales consignas, induciéndolo a actos concretos, se mantenían los representantes diplomáticos rusos. La pista del golpe de mano organizado por Aiguadé y Salas, como, por otra parte, infinidad de actos menos conocidos de la conspiración reaccionaria, conducía al consulado ruso en Barcelona. Eso no altera lo más mínimo la significación política ni el alcance histórico de las jornadas de Mayo. Al contrario, subraya por primera vez la naturaleza contrarrevolucionaria de la política exterior del Kremlin, claro avance de la que alcanzaría su apogeo en Europa oriental, mostrando a Moscú unido a Londres y Wáshington ô los futuros Tres Grandesô en una empresa común dirigida contra las masas. Pero únicamente cuando el proletariado ponga la mano encima a los archivos rusos podrán conocerse todos los detalles de la intervención reaccionaria de la diplomacia rusa. Añadamos que Moscú, pese a su triunfo, pareció descontento del resultado de las jornadas de Mayo, pues el entonces cónsul en Barcelona, Antonof Ovseenko, fue llamado poco después a Moscú y desapareció para siempre de entre los vivos. Sin duda porque la intervención del consulado era conocida de todo el mundo, por más que no se pudiese probar, y porque el Kremlin esperaba un control todavía más absoluto del que impuso.

Del hecho que la insurrección no obedeciese a un plan ofensivo y consciente, sino que fuera una violenta sacudida, un instintivo y esorgaflizado reflejo del ataque stalinista a la gestión obrera del servicio de teléfonos, las organizaciones que estaban en condiciones de llevarla al triunfo han sacado argumentos justificativos de su capitulación. La insurrección de Mayo ô han dichoô estaba *necesariamente* condenada al fracaso. Nada más lejos de la verdad. Desde la huelga revolucionaria de 1909, el proletariado española ha producido sus más admirables jornadas de lucha como consecuencia de graves intentonas reaccionarias. La insurrección de Asturias en 1934, fue una respuesta a la deliberada provocación de Gil Robles-Lerroux. La gran victoria de Julio de 1936 comenzó también como una batalla defensiva y desorganizada, en respuesta a la provocación militar-fascista. El empuje de las masas la convirtió en una formidable ofensiva socialista.

De la misma manera, y con no menos probabilidades de éxito, la provocación stalinista de Mayo pudo haber sido cambiada en el triunfo decisivo del proletariado. Hubo oportunidad de aplastar a los provocadores de manera tan decisiva que jamás volvieran a levantar la cabeza. En realidad, los provocadores creyeron tener más fuerza de la que

tenían, y atribuyeron al proletariado mucha menos de la que le quedaba. Cometieron el mismo error que los militares en Julio. Pero en Julio, las masas insurrectas obligaron a los partidos del frente popular a situarse junto a ellas, porque los partidos mismos, habiendo fracasado los últimos intentos de entendimiento con los militares, no tenían otro camino de salvación que sonreír a las masas. Pero imagínense cuál hubiese sido el resultado de las jornadas de Julio, si al lanzarse las masas contra las tropas y los fascistas, los dirigentes de las grandes organizaciones obreras se hubiesen puesto a gritar, ¡Alto el fuego! y ¡Besos a los militares! Toda la superioridad numérica y combativa del proletariado no habría impedido que los militares y los fascistas salieran políticamente triunfantes.

Eso es precisamente lo que ocurrió en Mayo de 1937. El centro de la provocación reaccionaria se había desplazado al stalinismo y al reformismo. Las masas respondieron con más energía, más unanimidad y más conciencia que en Julio; tenían posiciones fortísimas, y el triunfo habría sido esa vez inapelable. De hecho, tras las primeras veinticuatro horas de insurrección, el triunfo de las armas obreras era completo. Las masas no podían ser vencidas por las armas. Fueron paralizadas, lanzadas atrás y derrotadas por sus propios dirigentes, *los únicos que estaban en condiciones de hacerlo*. Los vencedores resultaron vencidos; el triunfo en las barricadas se convirtió en derrota política; el camino quedó expedito a la contrarrevolución. No; el catastrófico resultado de las jornadas de Mayo no debe ser atribuido a la perfidia del stalinismo, ni al gobierno de Valencia y sus guardias de asalto, ni al de Cataluña y sus temblorosos *escamots*, ni al cónsul o embajador ruso. Todos ellos estaban en sus puestos, obraban como era de esperarse dadas sus ideas e intereses; la derrota de Mayo se debe únicamente a la actitud adoptada por los dirigentes de la C.N.T., y en menor grado por los dirigentes del P.O.U.M. Las masas anarquistas contaban con su dirección, pero su dirección sólo apareció desde la barricada enemiga. Habrían podido ser organizadas por el P.O.U.M., pero el P.O.U.M. se sometía a las decisiones de la dirección cenetista.

Los señores «anarquistas» ô dos comillas me parecen pocasô se han justificado muy a la ventura, pescando razones aquí y allí, a medida que se les ocurrían *post factum*. El pretexto es tanto más obligado cuanto que la situación admite menos pretextos. Nadie podrá tacharme de parcialidad o tergiversación resumiendo sus justificaciones en estas tres:

1. Los intereses de la victoria militar sobre el campo franquista exigían concordia entre todos los partidos del campo antifranquista.

2. La discordia en nuestra zona beneficiaba a Franco.

3. Las potencias democráticas habrían intervenido abiertamente contra nosotros, caso de haber resultado triunfantes los trabajadores. Y como refuerzo de este argumento se ha hablado de barcos de guerra británicos y franceses llegados al puerto de Barcelona apenas iniciados los combates callejeros.

Ninguno de esos argumentos resiste la crítica. Los tres se deducen de concepciones reformistas, no de concepciones revolucionarias. Pero hay que ser pacientes para refutarlos porque los pretextos, eternamente renovados y eternamente embusteros, son el pan cotidiano con que los dirigentes oficiales del movimiento obrero calman la impaciencia de las masas, y aplazan la revolución hasta las calendas griegas.

La guerra civil no caía de las nubes, no tenía un carácter militar abstracto, puramente técnico. Era la continuación armada de la irreductible oposición de clases característica de la sociedad mundial contemporánea. La guerra venía a decidir lo que no había encontrado solución por los medios normales de la lucha de clases. Dicho de otra manera, la técnica militar no era más que un recurso supremo de la: política. Se ejercía para satisfacer necesidades determinadas. Para las clases reaccionarias cuya representación armada expresaban los militantes antifranquistas, se trataba de salvar a cañonazos el sistema capitalista y su superestructura política. Para el proletariado y los campesinos que tan vigorosamente repelieron la intentona militar, se trataba exactamente de lo contrario: de aniquilar el sistema capitalista y cada una de sus instituciones, abriendo a la sociedad los horizontes infinitos del socialismo. Deduciéndola de sus finalidades, a cada campo le era propia por consecuencia, *una manera correspondiente de hacer la guerra*. Tanto para sus fines estrictamente nacionales como para ganar la simpatía y el apoyo activo del capitalismo mundial, Franco tenía que adaptar su retaguardia, su ejército y sus medidas políticas, a los intereses esenciales del sistema. En consecuencia, defensa de los sagrados intereses de la propiedad contra la «barbarie» socialista, sujeción de las masas, orden jerárquico, religión, patria, familia, cuantas añagazas constituyen la metafísica de una sociedad de explotación⁹³. Por el

⁹³ Desde los primeros días de la guerra civil, la peseta ficticia de Franco, totalmente carente de respaldo metálico, se cotizó en el mercado mundial mucho más alta que la Peseta «republicana», respaldada por todo el oro del Banco de España. Indudablemente, la metafísica reaccionaria tiene para el capitalismo mundial un valor más contante que el oro con que pueda contar la revolución.

contrario, siendo la guerra civil producto del conflicto entre revolución y contrarrevolución, la eficiencia militar de nuestra zona exigía la adaptación de toda ella a los intereses de la revolución: organización socialista de la economía, poder revolucionario basado en la democracia de los Comités-gobierno, armamento proletario, ejército basado en la confianza de los milicianos hacia los mandos⁹⁴. Todo eso, que había sido emprendido el 19 de Julio, constituía el motivo principal de lucha de las masas. Arrebatándose a las masas, la contrarrevolución stalinista sabotaba prácticamente la lucha militar contra Franco y los actos de solidaridad del proletariado mundial. Los enemigos de la revolución lo eran también de la guerra civil. La concordia con ellos sólo podía lograrse a expensas de la revolución y en perjuicio de la lucha militar. Hablando desde su barricada, los dirigentes anarquistas asestaron a las masas un golpe más grave que todas las maquinaciones stalinistas, que el aparato militar de Franco o la ayuda de Hitler y Mussolini. El ¡Alto el fuego! hundi6 en terrible postraci6n no s6lo al proletariado catal6n, sino al de todo el pa6s⁹⁵.

De una «concordia» que destruía la energía revolucionaria de las masas se beneficiaba directamente Franco. Lo que, por oposici6n a ella, calificaron de discordia los dirigentes anarquistas durante los acontecimientos de Mayo, no es otra cosa que la lucha de clases. Su argumento justificativo se convierte pues en este absurdo: que practicar consecuentemente la lucha de clases era perjudicial a la guerra, ella misma expresi6n armada de la lucha de clases. As6i, indirectamente, la justificaci6n de los l6deres anarquistas da la raz6n al stalinismo, quien sosten6a que nuestra guerra nada ten6a que ver con la lucha por la Revoluci6n. Por otra parte, el objetivo general de Franco era la concordia entre espa6oles, es decir, la prohibici6n de oponer proletariado a burgues6a, socialismo a capitalismo, impidiendo, por la dictadura, las manifestaciones pol6ticas de la lucha de clases. La «discordia» del proletariado con los traidores a la revoluci6n, lejos de favorecer a Franco, era un arma de incalculables efectos contra 6l y contra cuanto 6l representaba nacional e internacionalmente, a condici6n, claro est6, de triunfar sobre los traidores. Impidiendo el triunfo, los dirigentes anarquistas dieron libre curso a la dictadura staliniano-capitalista, precursora de la de Franco. Ciertamente, la victoria proletaria en Mayo, que habr6a aniquilado a los 6ltimos representantes del capitalismo en la zona roja, hubiese significado un golpe tremendo para el 6xito de las armas franquistas. Quienquiera sea incapaz de comprender la eficiencia militar de una pol6tica revolucionaria, ignora la esencia misma de toda guerra civil.

El tercero de los argumentos citados es todav6a m6s endeble que los otros dos. Muy probablemente, los buques extranjeros llegados a Barcelona no ten6an otra misi6n que embarcar sus nacionales y sus representaciones diplom6ticas, caso de necesidad. En cuanto a la intervenci6n, formal o informal, de las potencias imperialistas contra el proletariado triunfante, si bien entraba dentro de lo posible y hasta dentro de lo l6gico, no era parte a justificar la capitulaci6n del proletariado ante los contrarrevolucionarios. Sin forjarse ninguna ilusi6n 6 a menos que se tenga por tal la convicci6n de la madurez de Europa para el socialismo y de la voluntad proletaria para ayudar la revoluci6n espa6ola 6 se pod6a tener por cierto que el proletariado espa6ol habr6a disfrutado de una solidaridad internacional mucho m6s extensa y activa que aquella que, anta6o, impidi6 la intervenci6n extranjera en gran 6 escala contra la revoluci6n rusa. Francia se hallaba al borde de la guerra civil, Mussolini se tambaleaba, en Inglaterra renac6a la ofensiva obrera, Hitler mismo resent6a el efecto de la esperanza mundial despertada por la revoluci6n espa6ola, y Stalin habr6a sido aparatosa y definitivamente desenmascarado. No, la revoluci6n espa6ola no estaba sola; a la intervenci6n de las potencias imperialistas o del Kremlin, hubiera podido responder sublevando contra sus respectivos gobiernos las masas de los pa6ses intervencionistas.

Sin duda, esta soluci6n les parecer6a ut6pica a quienes en Mayo capitularon. Qu6 tiene de asombroso si la revoluci6n espa6ola misma, *despu6s de hecha por las masas*, les pareci6 una utop6a? La revoluci6n no conseguir6 jams6 evitar el ataque de la reacci6n internacional sino por el contraataque del proletariado internacional. Lo ut6pico es esperar, para hacer la revoluci6n, a que lo consienta el capitalismo mundial o permanezca neutral. Una revoluci6n no es algo que se inicia o se frena a placer, en espera de seguridades contra la intervenci6n exterior. Fen6meno social en el cual convergen infinidad de factores lentamente producidos por el proceso hist6rico, al hacer irrupci6n en la escena pol6tica rehusa terminantemente toda dilaci6n o modificaci6n. Lleva en s6i una imperativa din6mica que lo obliga a

⁹⁴ V6ase el cap6tulo sobre el ej6rcito.

⁹⁵ En las semanas siguientes a la derrota de Mayo, he visto, en la zona de Puigcerd6, centenares de viejos militantes cenetistas llorar de ira y de dolor por la traici6n de que hab6an sido v6ctimas. Todas sus conquistas les hab6an sido arrebatadas, y el terror staliniano-gubernamental hab6a ca6do sobre ellos, testimoniando el verdadero significado de la Concordia. No era tan grave la derrota como la decepci6n de una direcci6n en la que hab6an depositado su confianza. Despu6s de lo visto en Mayo, ¿en qu6 creer y por qu6 luchar? 6 tal era la reflexi6n corrosiva que abat6a los entusiasmos.

desenvolverse, cualesquiera que sean las condiciones internacionales, buenas o malas. Pero ella misma, precisamente por ser un fenómeno extraordinario lentamente preparado por la evolución humana, encierra una inmensa capacidad modificadora de las condiciones internacionales, pues la mayoría de la humanidad anhela su llegada. Habiendo tenido en sus manos esa palanca capaz de mover mundos, los dirigentes anarquistas, no sabiendo reconocerla o temerosos de emplearla, la depositaron, hecha pedazos, a los pies de las condiciones internacionales.

En último análisis, rechazar o simplemente frenar la revolución para evitar la intervención de sus enemigos exteriores, es una táctica tan sensata como la de suicidarse para evitar ser asesinado.

Se ha recurrido además, teniendo en cuenta ya los catastróficos resultados del ¡Alto el fuego!, a otra justificación que pretende ser estratégica, puramente interior y determinada por los intereses de la revolución. Se han servido de ella alternativamente los dirigentes de la C.N.T. y del P.O.U.M. Cataluña ô han dichoô estaba aislada. El proletariado del resto de nuestra zona, falsamente informado por el Gobierno, stalinismo y reformismo, quienes presentaban como fascista la insurrección catalana, no la apoyaba. En el supuesto de que se hubiese tomado el poder, Cataluña habría entrado en conflicto con el resto de nuestra zona. La retirada era obligada para no desequilibrar la marcha entre uno y otro proletariado. Seguir adelante en Cataluña no sólo habría sido aventurismo y ultraizquierdismo. Era necesario esperar que el proletariado en general se pusiese a compás del proletariado catalán.

Tal parece que quienes esgrimen este argumento hubieran cavilado diariamente de sol a sol sobre la manera de tomar el poder. El argumento se convierte en risible recordando que la C.N.T. y el P.O.U.M. nunca hablaron, ni antes ni después de Mayo, de que el proletariado y los campesinos se adueñasen del gobierno. Fue un problema inexistente para esas organizaciones, cual si jamás se hubiese hecho mención de él en el movimiento obrero mundial. Pero debemos olvidarlo momentáneamente para refutar el argumento como si fuera auténtico.

En primer lugar, la información que de los hechos de Mayo recibiera el proletariado no catalán dependía de quien saliera victorioso. Hasta hoy, la historia la han escrito los vencedores, y los vencedores, siempre que han representado intereses reaccionarios, la han falsificado. Cuando el ¡Alto el fuego! hubo vencido a los trabajadores, la censura fue impuesta en Cataluña, única región todavía a salvo de ella. El stalinismo y sus auxiliares reformistas y burgueses quedaron en libertad de propalar su calumniosa versión de los acontecimientos. Tanto, que hoy mismo parte del proletariado español no conoce más que la versión contrarrevolucionaria. En segundo lugar, la C.N.T. tenía medios más que sobrados para informar verídicamente al proletariado español, pasando por encima de la censura, desde que sonaron los primeros disparos. Se abstuvo de hacerlo únicamente por no obstaculizar la obediencia a la orden de ¡Alto el fuego! en manera alguna por razones de estrategia revolucionaria. ¿Qué impidió a la C.N.T. radiar la verdad de lo ocurrido, denunciar la gravedad de la provocación staliniano-capitalista y pedir auxilio a las masas obreras y campesinas de todo el país, en lugar de radiar sus mensajes de fraternidad a stalinistas y guardias? La verdad es que ni la C.N.T. con sus poderosos recursos, ni el P.O.U.M. con los suyos más reducidos, quisieron dar una información verídica a la totalidad del proletariado. No pensaban más que en la extinción del conflicto, por reconciliación con los contrarrevolucionarios, lo más pronto posible, antes de que el proletariado del resto de nuestra zona pudiese imitar al catalán. Mal podía hacerse así la junción entre uno y otro proletariado.

El hecho que nadie puede negar es que la victoria, militarmente, correspondió al proletariado. A partir de ese momento, no había otro camino, desde el punto de vista de la revolución, que consolidarla políticamente y aprovecharla a fondo. Antes de que estallaran los acontecimientos de Mayo sí se debió retener al proletariado catalán, no para hacerle desistir del ataque, sino para preparar, conjuntamente con todo el proletariado, el ataque decisivo a la contrarrevolución stalino-capitalista. Una vez la lucha iniciada, el desnivel tenía que cubrirse poniendo todo el proletariado, o al menos el de las ciudades principales, al nivel del catalán. El retroceso de éste significa forzosamente una derrota tremenda y general, que no permitiría hablar más de ataque. Si bien la revolución debe procurar siempre escoger el momento y las condiciones más ventajosas de lucha, tiene ella un proceso propio de desarrollo que no le permite esperar indefinidamente la maduración de todas las condiciones necesarias a su triunfo. Pero ella misma es, por su sola presencia, la más poderosa palanca transformadora de las condiciones que conozca la historia. No son más que mediocres revolucionarios, de aquellos aptos para cavar su tumba, quienes se revelan incapaces de manejar esa palanca.

El indiscutible triunfo militar del proletariado catalán, afirmado en triunfo político, lo que se hubiera conseguido con cinco palabras de la C.N.T.: «Tómese por asalto la Generalidad», habría transformado radicalmente el panorama de las condiciones en el resto de la zona roja. En Castilla, Valencia, Andalucía, Asturias y Vasconia, la irritación del

proletariado contra la reaccionaria política gubernamental no era inferior que en Cataluña. Era mayor la impotencia debido a varios factores: menor densidad demográfica del proletariado, proximidad de los frentes de guerra, y sobre todo mayor control de los aparatos orgánicos de los partidos «Comunista» y «Socialista». La conciencia contrarrevolucionaria de estos aparatos, ausente en el de la C.N.T., que al día siguiente del 19 de Julio permitió a la revolución ir más lejos en Cataluña que el resto del país, establecía la misma separación en Mayo, dejando espectante al proletariado no catalán. En aquellos meses, el Estado capitalista estaba prendido únicamente al aparato «comunista» en primer término, «socialista» en segundo; así y todo muy mal, con hilvanes y parches. Un triunfo indiscutible del proletariado catalán habría roto los débiles hilos que mantenían el proletariado del resto del país atado a los aparatos «comunista» y «socialista», provocando instantáneamente la junción con Cataluña. El polo capitalista del poder, trabajosa y malamente rehecho, no podía considerarse firme hasta no haber vencido y desarmado al proletariado catalán. Por el contrario, la victoria del proletariado catalán significaba la desaparición de aquél. Era tan débil y ficticia la reconstitución del Estado capitalista, que su propia representación máxima, el gobierno de Largo Caballero, no se habría atrevido a hostilizar el proletariado catalán triunfante. En todas partes se hubiese planteado inmediatamente y con las mayores probabilidades de victoria, la cuestión de cuestiones: todo el poder al proletariado. Lejos de faltar condiciones para la victoria en Mayo, una vez segura la victoria militar, las condiciones restantes estaban dadas por consecuencia, sin otro esfuerzo que afirmarlas políticamente y hacer llamamiento al resto del proletariado. Transformando por su intervención capituladora, la victoria militar en derrota política, la alta dirección de la C.N.T. dio el aliento que les faltaba a los aparatos stalinista y reformista sustento único del reaccionario, viejo Estado.

Uno a uno, los argumentos empleados por los capituladores en su descargo rebotan en la realidad y van a gritarles en las narices: *no hubo ningún momento más propicio y más seguro para el triunfo de la revolución, no lo habrá tampoco en el porvenir; habéis hecho la victoria muchísimo más difícil y costosa.* En efecto, el gran mérito de las jornadas de Mayo es haber derrotado militarmente al stalinismo, que por primera vez desempeñaba el cometido de vanguardia ideológica y fuerza de choque de la contrarrevolución. De haberse transformado la realidad de la calle en la toma del poder, el papel del stalinismo en el movimiento obrero habría quedado definitiva y mundialmente esclarecido, ahorrando al proletariado europeo las nuevas traiciones de que el stalinismo le ha hecho objeto durante y después de la guerra imperialista. Muy probablemente, ni siquiera hubiese tenido la oportunidad de traicionar, porque la revolución española habría impedido la guerra imperialista y puesto en el orden de las posibilidades inmediatas la revolución europea.

El costo de la derrota política de Mayo, que todavía está pagándose bajo Franco, empezó a pagarse inmediatamente que los obreros se retiraron de las barricadas. Centenares de militantes ô de los mejores militantesô fueron asesinados en checas stalinistas, comisarías, y en las afueras de la ciudad. Todo un equipo de dirigentes de las Juventudes Libertarias, veintitantos hombres, de los cuales el más conocido era Martínez, fueron encontrados muertos junto a una carretera. Sin citar más que los nombres conocidos, fueron asesinados Camilo Berueri, y Barbieri, anarquistas, y poco después Andrés Nin (P.O.U.M.) y los trotskistas Wolf y Freund («Moulin») y tantos otros cuyos nombres es imposible recordar, sin hablar de los millares de encarcelados. El número de militantes asesinados en el transcurso de la dominación stalino-negrinista se eleva a varios millares. La mayoría de los casos sólo podrán conocerse el día que el proletariado haga la revolución. Para caracterizar la intensidad y la calidad del terror gubernamental, nada más apropiado que las palabras de Irujo, representante de los católicos vascos en el gobierno Negrín. Sus palabras tienen aún mayor valor por haber sido dichas en el proceso seguido más tarde contra el P.O.U.M., cuando se ejercía toda la coacción y el terror gubernamental para impedir testimonios favorables a los acusados. En estas condiciones, y dado el acuerdo general del declarante con la política stalinista, las palabras de Irujo deben ser consideradas como una verdad atenuada: tras las jornadas de Mayo ô dijoô «los revolucionarios amanecían asesinados en las cunetas de las carreteras, en mayor cantidad que en la zona franquista».

El precio político de la derrota no se hizo esperar. La Sección bolchevique-leninista y los «Amigos de Durruti», las únicas organizaciones que habían apoyado decididamente la insurrección obrera, fueron lanzadas a la ilegalidad por la violencia misma de la represión. Semanas después, todas las oficinas del P.O.U.M. eran clausuradas, prohibido su periódico, incautada su imprenta. El orden público y la dirección militar del frente aragonés pasaron a manos del gobierno central, a ruego de los mismos stalinianos y pequeño-burgueses que hacían gala de su catalanismo. Mientras Barcelona era atiborrada de guardias de asalto, civiles y de carabineros, pertrechados con las mejores armas, el

Gobierno consideraba fascistas a los obreros que guardaban en su poder un fusil o una pistola. Nuestra retaguardia tomó el aspecto que tuvieron todas las ciudades españolas bajo el gobierno Lerroux-Gil Robles. Millares de guardias, fusil al hombro, cartucho cortado, deambulaban por las calles, vigilaban las fábricas y los barrios obreros, protegían los bancos, las oficinas gubernamentales y las residencias de los dirigentes traidores. La infame campaña de «todas las armas al frente» había triunfado.

La victoria de la contrarrevolución tenía que cuajar en un nuevo Gobierno. Todavía no terminaba el mes de mayo cuando el partido stalinista, siempre a la cabeza de la iniciativa reaccionaria, provocaba la dimisión del gobierno de Largo Caballero, quien por su parte se dejó echar sin resistencia, no obstante que habría podido recibir, en cuanto lo solicitara, todo el apoyo de las masas contra el stalinismo. Se constituyó el conocidísimo gobierno Negrín, del que debo decir algo aquí, antes de dedicarle, al final de esta obra, el capítulo que se merece.

Si bien es verdad que en el Partido Socialista, sin que fuera excepción entre los partidos españoles, las cabezas no se distinguían por su luminosidad, la de Negrín, médico con veleidades políticas a la rebusca de algo, era una de las más opacas. Eso hizo su suerte, permitiéndole ser durante cerca de dos años jefe del Gobierno, adquirir renombre y envilecerse. Pero para la piel de un Negrín el renombre es una satisfacción, aunque sea el renombre del torsionario.

Había llegado la hora del festín para todas las tendencias reaccionarias pro abrazo de Vergara. Las principales eran el stalinismo y la derecha socialista representada por Prieto. Pero si estaban de acuerdo en los lineamientos principales de la política a seguir o abatir enteramente la revolución, meter en cintura al proletariado, hacer la paz con la pandilla franquista o divergían en cuanto al patronato internacional que habría de dominar en España. El stalinismo representaba a la contrarrevolución rusa, ya en busca de sitios donde meter la mano; el reformismo representaba al imperialismo inglés y francés, al yanqui también aunque éste siguiera de lejos los acontecimientos de España. La oposición de estos factores, convergentes en la misma labor reaccionaria, dio su oportunidad a la opacidad de Negrín. Las tendencias convinieron en él como presidente del Gobierno, por su falta de personalidad y porque cada una pensaba don Prieto creyó salir ganando, pues Negrín había formado hasta entonces entre la gente de su clientela. Pero el stalinismo, ducho en la manipulación de hombres no sobrados de honradez y enteramente desprovistos de convicciones, se metió en seguida a Negrín en el bolsillo.

Una de las primeras declaraciones de Negrín, ya presidente del Gobierno, fue para anunciar al mundo en general, y a la zona franquista en particular, su propósito contrarrevolucionario y de capitulación ante el enemigo: «Todavía es prematuro para hablar de paz; *ya llegará el momento oportuno*. No podemos hablar de paz antes de haber asegurado la tranquilidad absoluta en la retaguardia». (Subrayado por mí). ¿Qué tranquilidad era turbada en la retaguardia y quién la turbaba? Lo hemos visto en las páginas y capítulos anteriores. La tranquilidad de quienes suprimían las libertades y conquistas obreras, destruían las colectividades agrícolas, expropiaban la industria al proletariado mediante la nacionalización o la devolución a los antiguos propietarios, desarmaban al proletariado, reponían en vigor, en el ejercicio, el código militar de Carlos IV, perseguían, fusilaban, asesinaban y calumniaban a los revolucionarios; era la tranquilidad de la dictadura policíaca que Negrín se iba a encargar de establecer, bien aconsejado y secundado por la G.P.U. Esa tranquilidad la turbaba únicamente el proletariado, al que Negrín se proponía inmovilizar por completo antes de tender la mano a Franco. Los fascistas y viejos reaccionarios existentes en nuestra zona, estaban todos detrás de Negrín y el stalinismo, unos activamente y otros pasivamente. Pero en efecto, todavía era prematuro para hablar de paz. Al proletariado le quedaba suficiente fuerza para impedirlo, pese la derrota de Mayo. La avalancha de indignación y protestas que provocaron las declaraciones de Negrín, incluso en el Partido Socialista, le obligaron, junto con sus flamantes consejeros stalinistas, a atemperar sus ardores por abrazar a los fascistoides franquistas. Y cuando la dictadura policíaca llegó a ser suficientemente fuerte para impedir toda protesta proletaria, ya era tarde para que Franco aceptara pactar con miserables traidores que, al hacer el propio trabajo represivo de Franco, le daban la victoria. o *Del triunfo sobre el proletariado en Mayo, a la fraternidad con el enemigo fascista*. Tal fue el resultado del ¡Alto el fuego!

El órgano del imperialismo financiero británico, *The Times* (8 octubre 1937), regocijándose por la obra de Negrín, indicaba expresamente que iba dirigida a ganar la voluntad del generalato franquista: «Al establecer la ley, el Gobierno hace un llamamiento a algo más que la simple confianza popular. Este llamamiento bien podría ser capaz de atravesar la frontera de las trincheras». Esta flemática sinceridad de la revista de la City o información diplomática o nos ahorra tener que insistir sobre el carácter contrarrevolucionario, traidor militarmente, del gobierno stalinista presidido por Negrín. Recordemos únicamente el proceso general: «todas las armas al frente», «menos comités y más

pan», «todo el poder para el Gobierno», «ejército popular», «quienes colectivizan y hablan de revolución social son ladrones», «trotskistas agentes de Franco», «anarco-trotskistas», etc., etc. El todo, se transformó, mediante la orden de «¡Alto el fuego!», en un Gobierno dominado por el stalinismo que aspiraba a hacerse escuchar del generalato franquista, dándole pruebas terminantes de su capacidad para reprimir la revolución. Así se aniquiló un movimiento que, triunfante, habría cambiado todo el curso de la historia europea y mundial.

El gobierno stalinista de Negrín va a liquidar enteramente la revolución y dar una muestra de lo que en Rusia es el gobierno del «padre de los pueblos». Pero, sin adelantarme a lo que ha de ser dicho en el capítulo correspondiente, sería injusto terminar éste sin decir que la obra del gobierno Negrín tenía su génesis en la obra previa del gobierno Largo Caballero. Este, gracias al apoyo de la C.N.T. y del P.O.U.M., inició la destrucción o la sumisión de los Comités-gobierno, el desarme de las masas, la expropiación del proletariado mediante la nacionalización, la reconstitución de los cuerpos coercitivos y de los tribunales capitalistas, la reconstitución del viejo ejército. Todas y cada una de las medidas que al final del gobierno Negrín materializan ya la contrarrevolución, arrancan del gobierno Largo Caballero. Una sombra sólo de poder capitalista, bastó para rehacerlo todo en carne y hueso. Capitalismo y socialismo son inconjugables.

CAPÍTULO VII

GUERRA, REVOLUCIÓN, Y TEORÍA DE LA CARETA

«El éxito o el fin de la guerra depende menos de la grandeza de los preparativos y del número de soldados que del espíritu del gobierno y de los principios... »

Robespierre:
Lettres á ses commettants.

«La estrategia de la guerra civil debe combinar las reglas del arte militar con las tareas de la revolución social. La política revolucionaria domina la estrategia.»

L. Trotsky:
España; la última advertencia.

Una revolución que se avergüenza de sí misma, que no se atreve a mirar cara a cara a sus enemigos, por ese solo hecho empieza a cederles terreno y a reconocerse en derrota. Ningún arma puede ser más temible para los enemigos de la revolución que las grandes conquistas sociales aportadas por ella a la mayoría de la población.

La historia conoce muchos casos de revoluciones fracasadas porque los partidos gobernantes limitaron, encubrieron o tergiversaron por completo las finalidades revolucionarias, so pretexto de restar fuerza al enemigo privándole de sus argumentos contra la revolución y sus «excesos». El caso de España sobrepasa todos los ejemplos anteriores en proporciones y claridad. Los diferentes gobiernos del frente popular se avergonzaron de la revolución hasta el punto de intentar arrebatar a Franco la prostituida bandera del «orden» y de lucha contra «la anarquía revolucionaria». Rechazaron el programa revolucionario para quitarle a Franco el suyo reaccionario. ¿A dónde nos podían conducir sino a la derrota?

A la izquierda del frente popular, el anarquismo y el centrismo poumista querían practicar una política semirrevolucionaria, sin romper la colaboración, bajo los auspicios del Estado capitalista cada vez más rehecho. Quimera oportunista. En oposición a las revoluciones burguesas, que han conocido diversos grados de realización, la revolución proletaria ha de realizarse íntegramente en todos los órdenes o propiciar su derrota.

Hubo una fórmula de calculada falacia que aceptaron todos los sectores, desde la extrema derecha stalinista hasta el anarquismo y el P.O.U.M.: «Primero la guerra, después la revolución». A separarlas tendió la actividad gubernamental desde el primer día de la guerra hasta el último, desde el gobierno presidido por Caballero hasta el postrero de Negrín, incluyendo los diversos gobiernos regionales. La operación, como hemos visto ya, requirió tiempo, maniobras, supresión de libertades, torrentes de calumnias, persecuciones y asesinatos. ¡Como que resultaba imposible separarlas sin dar muerte a la revolución! Y siendo ésta el motor principal de la guerra, al matarla se mataba también la guerra.

Separando la revolución de la guerra, ¡por la victoria! únicamente, se constituyó el gobierno Largo Caballero, primer polo algo serio del poder capitalista; por la victoria fueron disueltas las Milicias de Retaguardia y las Patrullas de Control, y reconstituidas las guardias civil y de asalto; por la victoria se arrebataron a los trabajadores los instrumentos de trabajo expropiados; por la victoria se preparó la provocación stalinista de la Telefónica y se desencadenó la feroz represión siguiente; por la victoria se creó el gobierno Negrín, para que instaurase la dictadura policíaca; por la victoria, el stalinismo procuró atraerse a «quienes están más cerca del fascismo que de nosotros»; por la victoria Negrín hablaba de hacer la paz con los fascistas. Pero también, por la victoria, Largo Caballero, una vez expulsado del Gobierno, renunciaba a organizar sus «socialistas de izquierda» contra stalinismo y Gobierno; por la victoria justificaron anarquismo y poumismo sus primeras capitulaciones ante el fantasma del Estado capitalista; por la victoria justificaron después la colaboración con el fantasma redivivo; por la victoria dio la C.N.T. orden de ¡Alto el fuego!, por la victoria seguía ofreciendo el P.O.U.M., aun después del asesinato de Andrés Nin, colaboración a sus

asesinos; en nombre de la victoria, en fin, se cometió una de las más espantosas traiciones que registra la historia, se justificaron capitulaciones y complicidades.

La separación de guerra y revolución estaba lejos de ser un error teórico para los jefes stalinistas y reformistas. Desde luengos años ya, los primeros mucho más completamente que los segundos, habían abandonado la teoría, para vivir al día, inventando razones empíricamente, a medida que lo exigían sus intereses opuestos a los del proletariado. Ya hemos visto al stalinismo revelarse, durante la guerra civil, gran inventor de ideas y consignas reaccionarias. Los poderosos intereses de la contrarrevolución rusa le daban en este terreno una inventiva y una actividad que no podían igualar ni el reformismo, acostumbrado a la pacífica lucha electoral, ni el raquíctico republicanismo burgués. No había tal error, sino c muy premeditado. La separación de guerra y revolución no fue más que la primera presentación ô la que menos reacción podía despertar en las masasô de toda aquella otra serie de consignas que gradualmente iban descubriendo las intenciones de sus inventores.

No es que los supremos cabildos stalinistas y reformistas tuviesen la intención de aplastar militarmente a Franco, y después dejar libre curso a la revolución social. La separación nació del poder de la revolución, que obligaba a los cabildos a disimular sus intenciones prometiendo la revolución *para después*. Si hubieran dicho sinceramente: No queremos la revolución social, al instante las masas se les habrían echado encima, la C.N.T. y el P.O.U.M. habrían tenido que luchar contra ellos, la más o menos vaga izquierda socialista seguramente se les habría sumado, y en el propio partido stalinista gran parte de militantes habría entrado en desbandada. Era menester fingir posponer la revolución, con el objeto de asegurarse la colaboración de aquellas organizaciones, detener la marcha de las masas y sacar después las consignas ya claramente antirrevolucionarias.

A continuación del «primero la guerra, después la revolución», vino lo de «menos comités y más pan», y «todo el poder para el Gobierno», seguido por las otras consignas y campañas que no es necesario volver a repetir, condensadas todas en aquella añagaza que negaba a la guerra el carácter de civil, presentándola como una guerra de independencia nacional contra las «potencias invasoras» (Alemania e Italia), en la que estaban interesados todos los «buenos patriotas», fueran burgueses, militares, curas o fascistas. Ello ocurría a medida que la revolución era vencida. Al mismo paso también, en la prensa stalinista y reformista la revolución desaparecía incluso como promesa para después del triunfo, y sus defensores llegaron a ser tratados de agentes franquistas. Los propios periódicos anarquistas, que continuaron publicándose legalmente durante la guerra, hablaban cada vez menos de revolución. La consigna, «primero la guerra, después la revolución», vino a ser una forma hipócrita de esta otra: «Nada de revolución, solamente guerra». Pero ya veremos lo que la guerra significaba para los adalides del frente popular.

Desde los reyes bíblicos hasta Stalin ô dijo Trotsky a propósito de Españaô aplazar la satisfacción de las masas ha sido el recurso constante de los falsos revolucionarios. Mas sabemos que en España la revolución había sido hecha el 19 de Julio, salvo la sistematización y consolidación de las superestructuras. Para nuestros reyes bíblicos y nuestros Stalin, no se trataba ya de aplazar la satisfacción de las masas, sino de quitar a éstas lo que por su mano se tomaron. «Primero la guerra, después la revolución». ¿Pero cómo si la revolución era dueña de la calle? Únicamente en esta otra forma: primero destruyamos la revolución y en segundo término nos ocuparemos de la guerra. Ese era el significado verdadero de la consigna, crudamente revelado por la práctica.

No obstante su carácter pérfidamente reaccionario, tengo que ocuparme de ella más detenidamente, considerarla como si tratase de una idea leal y honrada, porque hasta la fecha no son pocos los militantes de diversos campos que se sienten interdictos al oír en boca de los responsables de la catástrofe este argumento: «La lucha intransigente por la revolución perjudicaba a la victoria militar». Además, los traidores no son idiosincrasia de España. Deambulan por doquier, y casi todas las revoluciones tendrán que enfrentarse al mismo argumento enjaezado en una forma u otra.

Las multitudes que el 19 de Julio se lanzaron contra militares y fascistas casi desarmadas, iban en pos de la revolución social, meta impacientemente perseguida durante casi cien años, en medio de sufrimientos, frecuentes fracasos y momentáneos triunfos parciales. No les importaba la victoria por la victoria, sino la victoria porque era la victoria sobre la violencia organizada del capitalismo, sustento único del mismo en épocas de crisis. Si la victoria no hubiese significado nada para las multitudes, las tropas de Franco no habrían encontrado ni un hombre en la calle, y el gobierno del frente popular habría corrido a resignar los poderes junto a las botas de cualquier «caudillo». El entusiasmo necesario para que multitudes mal y precipitadamente armadas, desorganizadas, abandonadas a la iniciativa propia, vencieran al ejército, superiormente armada y entrenado, y con él a todas las instituciones represivas del Estado, provenía del convencimiento de alcanzar la revolución derrotando a los militares. Pasando de la idea a la

acción, la victoria sobre los cuarteles y las sacristías fue seguida de la desaparición de la propiedad capitalista, institución básica del sistema entero. Ya hemos visto que en todos los órdenes, político, económico, judicial, militar, administrativo, la revolución fue implantada por las masas, que crearon instituciones propias.

La victoria de las masas sacudió profundamente la conciencia social. Jamás, en toda la larga historia de España, había habido un acontecimiento tan importante y prometedor. Estando el país, junto con Europa y el mundo, en el dintel de la decadencia y la corrupción a que el capitalismo, ya caduco, arrastra toda la civilización, las clases pobres, aquéllas que por su función en la economía están en condiciones de impedir la decadencia y llevar la civilización a alturas insospechadas, destruían la muralla de ametralladoras y cañones en que se atrincheraba el capitalismo. Ni en la revolución rusa ô cabe decirlo aquíô , se dio un caso tan terminante de victoria. Las masas, la canalla mil veces vilipendiada y despreciada, humillaba y vencía al ejército nacional, laureado por todos los prestigios que el interés crea, las religiones santifican y la burguesía convierte en ley. ¿Puede concebirse algo más sugestivo, más revolucionario, más preñado de futuro? No; en el batallar largo y penoso de la revolución social, hay pocos hechos que, como la derrota del ejército nacional a manos de las masas casi desarmadas, sean tan positiva, tan humanamente destructores de los valores mentidos. Es preciso ponerlo en el lenguaje creado por milenios de explotación del hombre por el hombre para aprehender la grandiosidad del hecho: el ejército nacional derrotado por la canalla, el diablo profanando los altares, sin que la señal de la cruz sirviese para nada.

Desde el habitante de las ciudades hasta el jayán más remontado en las serranías, sintió el 19 de Julio como la poderosa atracción de una montaña imantada. La tensión crispada de veinte millones de personas (quitando los cuatro o cinco millones de reaccionarios, o de cobardes al aguardo de triunfador) puso sus ojos anhelantes en las masas que acababan de derrotar a los militares. Internacionalmente, la sensación causada por la victoria de las masas españolas, no fue menor. Desde el proletario inglés o americano hasta el *coolí* chino, pasando por el obrero alemán torturado bajo Hitler y el obrero ruso torturado bajo Stalin, todos identificaron su suerte a la de las masas españolas. Ningún otro acontecimiento, desde la revolución rusa, había despertado tantas esperanzas en el proletariado mundial.

Ese sentimiento del proletariado español y mundial era el arma principal de la victoria contra el bando franquista, una vez que las complicidades del frente popular le permitieron conservar suficiente territorio para emprender la guerra civil en regla. Nuestra causa no podía apoyarse en ningún otro sentimiento, ni había en el mundo ninguna otra fuerza dispuesta a apoyarla, más que la de los oprimidos.

Si hay armas invencibles no son precisamente las armas mecánicas, por mortíferas que sean; son los movimientos históricos que con sus cambios sociales revolucionarios arrastran en pos de sí, activa o pasivamente, la simpatía de la mayoría de la población. Por eso en los períodos revolucionarios la tradicional pasividad de las masas bajo la opresión, desaparece y se convierte en acción múltiple y voluntariosa, espantando a los reaccionarios y haciendo creer al filisteo intelectual que las bases de la civilización se derrumban. No existe poder ni ejército capaz de resistir a la larga un movimiento histórico de esa naturaleza. Pero precisamente a condición de que se afirme como tal de manera inequívoca, haciendo cara a sus enemigos con todo su programa revolucionario desplegado; a condición de que las masas vean que realmente vale la pena luchar, exponerse e incluso morir.

Guerra civil y revolución estaban indisolublemente entrelazadas. Ninguna de las dos podía existir ni triunfar sin la otra. El supremo objetivo estratégico de la guerra consistía en alcanzar el triunfo de la revolución en toda España, más aún, en toda la península, incluyendo Portugal y Gibraltar, lo que no hubiese presentado dificultades insuperables a un gobierno revolucionario. La zona antifranquista debió ser ejemplo de organización socialista en todos los terrenos: económico, político, judicial, militar. A ello tendía con violencia formidable el mecanismo de la situación y la acción concreta de las masas. No hubiera hecho falta más que legalizar y sistematizar lo iniciado por ellas tan esplendorosamente. De esta forma, la cohesión y combatividad de nuestra zona habría alcanzado el máximo, así como su capacidad técnica, pues la producción socialista es incomparablemente superior a la producción capitalista. En el frente, los hombres, organizados conforme a normas de igualdad y disciplina revolucionaria, se habrían sentido en todo momento identificados con la lucha armada y excelentemente dispuestos, moralmente, para la resistencia o el ataque. Sólo un ejército plenamente identificado con la organización social y política de la retaguardia puede tener una moral sana y una alta combatividad.

Por otra parte, la afirmación terminante de la revolución en nuestra zona era un arma formidable para resquebrajar la retaguardia franquista. Al estallar la guerra civil, los militares no contaban con más fuerzas seguras que las ya encuadradas en el ejército, la guardia civil, la de asalto y los carabineros, más los voluntarios procedentes de las

organizaciones reaccionarias o fascistas, forzosamente escasos para las necesidades de la guerra. El comienzo de la sublevación en territorio africano y el traslado de moros a la península, le fueron impuestos por la falta de grandes contingentes adictos. Al principio, los generales no osaron recurrir al servicio militar obligatorio para aumentar sus tropas. Temían a los hombres frescos procedentes de las ciudades o de los campos, a quienes sabían enemigos suyos y revolucionarios conscientemente o por instinto. Hubieron de consolidar sus primeras posiciones con los contingentes de las fuerzas coercitivas del Estado, los moros precipitadamente llevados de Marruecos y los voluntarios. Solamente meses después, cuando ya en nuestra zona el stalinismo hablaba de posponer la revolución para después de la guerra, hicieron los militares los primeros tanteos de enrolamientos de quintas en las regiones más atrasadas. Evidentemente, la retaguardia de Franco, incluso en las regiones menos proletarias y revolucionarias, le era hostil, resistía activa o pasivamente sus medidas y anhelaba el triunfo de nuestro campo. Franco tenía un grave problema de disciplina y sujeción de su retaguardia, sin imponer las cuales sus movimientos resultaban entorpecidos, debilitados o abiertamente obstaculizados. La atracción de la revolución en nuestra zona dislocaba la retaguardia franquista.

En los primeros meses de guerra, cuando en nuestra zona la revolución ganaba terreno o aún no había sido contenida, el paso a nuestras filas de elementos civiles, soldados y marinos del territorio franquista, eran un chorro continuo por todos los frentes. Nuestros agentes (no del gobierno frentepopulista, sino de las organizaciones obreras o de las unidades de milicias) penetraban continuamente en territorio enemigo y en él encontraban la solidaridad activa de la mayoría de la población. La clase obrera se mantenía allí organizada, a despecho del terror franquista, y dispuesta a ayudar nuestra acción en cualquier terreno⁹⁶.

Y bien, nadie más que la actuación de nuestros gobiernos, posponiendo la revolución para las calendas griegas, ayudó a Franco a disciplinar y cohesionar su retaguardia. A medida que avanzaba la guerra, la atracción ejercida por nuestra zona disminuía y Franco era más señor absoluto de la suya. El origen de este fenómeno no está en el terror franquista, pues en momentos de grandes virajes históricos el terror es impotente contra las clases revolucionarias. El origen de este fenómeno está en nuestra zona y no en la zona fascista. La produjo el «primero la guerra, después la revolución», puesto en práctica por los gobiernos del frente popular bajo inspiración stalinista. Aun suponiendo, lo que estaba muy lejos de ser, que la separación llevase el propósito honrado de hacer más tarde la revolución, se daban a Franco las condiciones que necesitaba para dominar y poner en pie de guerra su retaguardia, al mismo tiempo que en la nuestra se quitaba interés y energía a las masas, cuyo espíritu y organización determinan la victoria o la derrota.

Digo lo mismo en el terreno de la solidaridad internacional. No es verdad, cual arguyen los responsables de la derrota, que el proletariado mundial se comportase pasivamente o se desentendiera de la solidaridad debida al proletariado español. El ataque feliz de éste a los altares del capitalismo y a todos los valores mentidos, encendió la esperanza de los oprimidos. En casi todos los países se produjeron manifestaciones obreras de solidaridad, peticiones de ayuda o envío de armas a España. En Francia la solidaridad tomó formas activas, desdeñando las órdenes y la represión policíaca de otro gobierno de frente popular. Muchos cargamentos de armas y municiones fueron así introducidos por los obreros franceses en la zona roja. Recordaré sólo aquel tren en la frontera vascongada que los ferroviarios franceses introdujeron a toda máquina hasta Irún, al enterarse de que su Gobierno se negaba a autorizar el envío. Y no necesito hablar de las decenas de miles de hombres que de todos los países fueron a ofrecer su sangre por la revolución española, a pesar de que ô cosa generalmente ignorada hasta hoyô nuestros gobiernos y los organismos stalinistas del exterior se oponían al enrolamiento o no admitían más que una pequeña parte de los voluntarios, la destinada a dar un prestigio artificial a gente de la calaña del stalinista francés Marty, que no iba a ayudar la revolución, sino a ayudar a estrangularla.

Pero la solidaridad, cuando ha de llegar, para ser efectiva, hasta el envío en gran escala de fusiles, ametralladoras, cañones y aviones, no se satisface con acciones espontáneas del proletariado, ni siquiera con huelgas y manifestaciones. Por este medio, todo lo más, el proletariado francés o cualquier otro habría logrado impedir que su Gobierno interviniese militarmente contra la revolución española. Para poder enviar sistemáticamente armas, le era indispensable tomar en sus manos el poder político, es decir, hacer la revolución. ¿Pero no le estaban diciendo los propios jefes stalinistas y reformistas de nuestra zona que allí no se trataba de eso? «Primero la guerra, después la revolución». Las masas internacionales se daban perfecta cuenta que la consigna no iba dirigida a ellas, sino a los

⁹⁶ D. A. de Santillán, dirigente anarquista que estuvo en frecuente contacto con las esferas gubernamentales, ha revelado en su libro, *Por qué perdimos la guerra*, que el Gobierno, estando ya enteramente dominado por el stalinismo, se negaba a enviar armas y dinero a los hombres que en Aragón, Andalucía y otros lugares, luchaban contra Franco.

gobiernos capitalistas. Para no dejarles lugar a engaño veían los actos de nuestros gobiernos oficiales, cuidadosamente apuntados contra la revolución. ¿Cómo había de incitarlas eso a intensificar su acción hasta apoderarse del poder político y ponerse en condiciones de enviarnos cuantas armas necesitáramos? Con una consigna ideada para tranquilizar el capitalismo mundial, y con una política dirigida contra el proletariado español no se podía obtener una sostenida acción de solidaridad por parte del proletariado internacional.

Por eso, a medida que nuestros líderes stalinistas y reformistas se afianzaban como polo capitalista del poder, destruyendo el polo obrero, disminuían en todas partes las acciones de solidaridad. En Francia, Inglaterra y Rusia, los países en que la solidaridad hubiese sido decisiva, y no sólo para la revolución española, la clase obrera estaba encuadrada también en los aparatos orgánicos stalinista y reformista, igualmente enemigos de la revolución. Esos aparatos se encargaron de reducir o esterilizar las acciones de solidaridad, que en Francia con el gobierno Blum y en Rusia con el gobierno Stalin iban directamente dirigidas contra ellos. Si Rusia continuó enviando armas con cuentagotas y exorbitantemente pagadas, las enviaba a condición de que sirviesen, controladas por sus mercenarios, ante todo contra la revolución. Ya en 1937, los stalinistas y reformistas de cualquier país, conjurados con los españoles, suprimieron toda reivindicación de envío de armas a España. Leche condensada, vendas, medicinas y alimentos, era lo más que pedían. Reclamar armas era considerado por ellos una provocación fascista. El plan del «abrazo de Vergara», ya exteriorizado por Negrín, exigía internacionalmente no escandalizar a la burguesía mundial movilizandolos al grito de ¡Cañones y aviones para el proletariado español!

Los mismos que en España destruyeron la revolución, impidieron que en el exterior el movimiento de solidaridad tomase grandes vuelos. Ni los unos ni los otros querían solidaridad con la revolución española, porque eran sus enemigos. Lo que ellos querían era que la burguesía mundial reconociese a los jefes del frente popular como representantes del capitalismo español, o bien que obligase a Franco a un entendimiento con ellos. Y para esa infamia del proletariado mundial no podía sentir ninguna solidaridad, e hizo bien en no darla. Los altares no conmueven ya a las multitudes, menos todavía los altares miserablemente reconstituidos por traidores a la iconoclastia.

La separación de guerra y revolución hecha por nuestros stalinianos y reformistas trae a la memoria uno de los episodios más interesantes de la revolución francesa. Aún vivía la monarquía, y los gobiernos feudales, divididos entre sí o temerosos, no osaban declararles la guerra a la revolución, sin dejar por ello de hostilizarla. En la Convención, la fracción girondina entonces dominante, encabezada por Brissot, reclamaba en ardorosos discursos la guerra contra la tiranía exterior, como si estuviera ansiosa de libertar los demás pueblos del yugo feudal. Oponiéndose a la idea de la guerra, Robespierre replicaba que antes de meterse a redentor, y para meterse a redentor, es menester haberse redimido antes en la propia casa. Lo principal era extender y afirmar en Francia los principios de la revolución. Si la guerra llegaba, la revolución se defendería mejor y tendría mayor fuerza de atracción para los demás pueblos. Pero la guerra preconizada por los girondinos ô acusaba Robespierreô pretería la revolución con el objeto de dominarla creando las todopoderosas urgencias bélicas y entregando la población al arbitrio de los sables. Después se descubría que la corte no era extraña a los discursos de Brissot, y que al mismo tiempo negociaba la intervención de las potencias feudales. El pueblo de París y los jacobinos, lograron salvar la revolución en buena liza, pero no cabe duda que en la guerra, prematuramente declarada, encontraron facilidades la reacción termidoriana y la napoleónica.

Con un escenario diferente, más antirrevolucionarios en el fondo que Brissot, los líderes stalinistas y reformistas querían anteponer igualmente las necesidades de la guerra a las de la revolución, no hablar más que de guerra, y anegar en ella la revolución. Para el caso, hasta se inventaron una «guerra de independencia nacional», y si no inventaron la intervención extranjera, llegaron a atribuirle toda la culpa de lo que ocurría. «Sin los alemanes y los italianos, los españoles solos nos entenderíamos» ô decían en estas o parecidas palabras. Así como la corte francesa no era extraña a los discursos de un Brissot, tampoco las cortes del capitalismo mundial eran extrañas a las consignas y a la propaganda en general de stalinismo y reformismo.

No siendo más que pretexto político la anteposición de la guerra, es evidente que el objetivo principal pasaba a ser la liquidación de la revolución, y la guerra el secundario. No hablaré por ahora de las medidas del gobierno Negrín, «Gobierno de la victoria»..., de Franco. Ya aquél otro «Gobierno de la victoria» que luego no satisfizo a Moscú, el de Caballero, emprendió las medidas políticas, orgánicas y económicas de que se habló en capítulos anteriores, con las que empieza la baja de la capacidad combativa de nuestra zona. No es necesario repetir. Pero en sus meses de gobierno ocurrió un hecho, hasta hoy totalmente ignorado del gran público, que pone muy a lo vivo los embustes del «primero la guerra, ante todo la guerra».

Una delegación de jefes nacionalistas marroquíes se presentó a fines de 1936 en la zona roja y propuso al Gobierno, concretamente, que proporcionara armas, unos cuantos millones, y que prometiera la independencia de Marruecos. La organización nacionalista se comprometía a organizar la insurrección. Evidentemente, hubiera bastado la promesa de independencia y un mínimo de armas para sublevar todo Marruecos contra Franco, cuyo ejército se nutría por entonces principalmente de moros. Era deber de un gobierno revolucionario ofrecer espontáneamente, de manera absoluta y sin condiciones, la independencia a colonias o protectorados. En las condiciones de la guerra civil era además una necesidad militar, y sobre todo de parte de gobiernos que en nombre de la guerra justificaban y patrocinaban las más antirrevolucionarias medidas. Por sí sola, la insurrección de Marruecos habría podido darnos el triunfo; cuando menos habría debilitado muy seriamente los recursos militares del enemigo. Pues bien, el Gobierno se negó terminantemente a prometer la independencia, a facilitar armas o dinero. No quería lesionar los intereses imperialistas de Francia e Inglaterra, que evidentemente se hubiesen visto amenazados en toda el África por la insurrección independentista de Marruecos, y tampoco quería alarmar a la burguesía española privándola de sus colonias. Esto ocurría al mismo tiempo que stalinismo y reformismo daban calle a su campaña de «menos comités y más pan», «todo el poder para el Gobierno», «desarme de la retaguardia», etc., etc., en nombre de la victoria militar. El exclusivismo militar no era, no podía ser otra cosa, que exclusivismo antirrevolucionario y sujeción de la lucha armada a los intereses del capitalismo español⁹⁷.

Inmediatamente después del golpe de Estado bolchevique que en Rusia hizo pasar el poder a los soviets, en Octubre de 1917, Lenin decía enseñando el decreto de entrega de la tierra a los campesinos: «Si nos dan tiempo a publicar esto, seremos invencibles». Con muchas más razones, por serle más propicia la correlación de fuerzas nacional e internacional, habría sido invencible la revolución española, si proletariado y campesinos, en el país y en los cuatro confines del planeta, hubiesen sabido a ciencia cierta que la revolución social era un hecho real y consumado. La retaguardia se le hubiese convertido a Franco en un enemigo tan peligroso como el frente, y en el frente mismo, las batallas se habrían ganado, como durante la guerra civil siguiente a la revolución rusa, principalmente a causa de la desorganización y la escasa combatividad introducidas en el ejército enemigo por la mayoría de los soldados, enrolados contra su voluntad, o bien por el paso de regimientos enteros a las filas revolucionarias. Conducidas por las ideas, empleadas en defensa de ellas, las armas habrían multiplicado su eficacia técnica. No gana una guerra civil quien tiene más armas, sino quien tiene el apoyo de la mayoría de la población y sabe organizar la sociedad conforme a los principios revolucionarios. Si entre los dos campos que dividen a una nación en guerra civil no hubiera conflicto de sistemas, tampoco habría guerra civil. Así pues, la sola existencia de ésta convierte forzosamente el arma política en la principal de todas las armas. El tecnicismo militar como disciplina y base fundamental de la victoria, cuadra bien al bando reaccionario, pues no puede acordar ninguna confianza a la mayoría de la población, que desea su derrota. Pero un bando revolucionario que antepone el tecnicismo militar a las ideas expresadas por la revolución o latentes en ella, prepara indefectiblemente la victoria del enemigo, porque extirpa lo único que realmente merece la lucha armada contra él. Dénsese al hombre las mejores armas, sométasele a la más prusiana de las disciplinas, y envíesele a luchar por mentiras; no se obtendrá de él más que la obediencia de un autómatas, atacará o resistirá sólo cuando se vea obligado, desertará si puede hacerlo sin peligro, se dejará hacer prisionero satisfecho, renegará en general de la guerra. Pónganse en cambio las armas al servicio de un ideal profundamente sentido por el hombre, dése libre y organizado curso a las nuevas formas sociales, créese en el frente y en la retaguardia una disciplina adecuada a esas formas, pruébese con hechos que la guerra es un acto de emancipación, no sólo del proletariado, sino de la humanidad, y se verá al hombre desplegar iniciativa propia y la máxima energía, obstinarse en la resistencia, enardecerse en el ataque, sobreponerse al miedo propio y al ajeno, sentir la alegría de un avance y el dolor de una retirada, se le verá, en una palabra, interesado con toda su alma en la victoria. El armamento, incluso mediocre, tendrá mucha mayor eficacia práctica que el del enemigo.

La sociedad, mundialmente considerada, ha llegado a la cima de su desarrollo dentro de los viejos moldes. La ininterrumpida y terrible crisis por que atraviesa, puesta en el dilema de superarse mediante el socialismo o corromperse y decaer, se manifiesta con mayor acuidad unas veces en un país y otras en otro. La revolución española fue la más importante y prometedora manifestación de la crisis mundial en el interregno de las dos guerras

⁹⁷ Fue un militante trotskista francés quien, en Marruecos, indujo la organización nacionalista a apoyar la revolución española. El mismo acompañó la delegación al territorio de la zona roja, presentándola al Gobierno y a las organizaciones obreras. A notar que ninguna organización obrera quiso criticar al Gobierno por su negativa.

imperialistas. En 1914-1918 naufragaron vergonzosa y definitivamente todos los valores, desde la intangibilidad de la propiedad privada hasta la mística laica de la patria, pasando por todos y cada uno de los conceptos vigentes hasta entonces sobre el honor, la honradez, el mérito, etc., etc. No fue una catástrofe, no; dejemos a los reaccionarios y a los pusilánimes añorar plañideramente el pasado. Con la primera guerra imperialista nacía el siglo veinte, hasta entonces mera prolongación del diecinueve. Soñolientos, viejos, maduros y jóvenes iban despertando a medida que el estampido del cañón, el runrunear tétrico de los aeroplanos, las palabras de los diplomáticos en Versalles y los hechos de los gobiernos lanzando la policía contra los ex-soldados, les contaban la verdad. Ya después, los niños llegaban a la adolescencia sabiéndolo todo. ¿Patria? Pero si es un pretexto para asesinar y robar al vecino. ¿Propiedad? Pero si es un medio de mantener desposeída, dominada y alejada de la cultura a la gran mayoría. ¿Estado? Pero si es un círculo de bayonetas, delatores y torsionarios, ciudadela de la opresión y la barbarie. ¿Orden? Pero si es nauseabundo el que existe. ¿Familia? Pero si es la célula que ha permitido durante siglos enfrentar al hombre contra el hombre, incluso cada hombre contra sí, mezquino amparo en el desamparo general. ¿Unión nacional y fraternidad entre compatriotas? Pero si la guerra civil es la única que merezca entusiasmos y el sacrificio de la vida, y allende las fronteras los de abajo se encuentran igualmente opuestos a los de arriba. Así, el hombre común del siglo veinte, cuya expresión más viva y activa es el proletariado, veía, d. hace dos decenios, rotos a sus pies, despreciables pero opresores, los valores de la sociedad capitalista. No podía ya hacer por ellos, voluntariamente, ningún otro esfuerzo que el necesario para reducirlos a ceniza, y dar nacimiento a un mundo superior. Favorecido por la concatenación de circunstancias, el proletariado español redujo a cenizas, el 19 de Julio, la sociedad capitalista y sus valores. Pero se veis obligado a completar su triunfo mediante la guerra, porque una parte del territorio español quedó en poder de las viejas instituciones capitalistas. Entonces, los señores del frente popular, ellos mismos subproducto de la sociedad capitalista, le dicen: Nada de revolución. En las armas sólo está el triunfo; cógelas y vé a batirte por aquello que desprecias. Y como no lograban persuadir al proletariado, le impusieron, terror mediante, destruyendo paso a paso la revolución, la guerra por los valores caducos del capitalismo.

Estableciendo esa relación entre los hombres y las armas ô mandato, conjunto de Moscú, Londres, París y Washingtonô los dirigentes stalinistas y reformistas traicionaban la revolución española, traicionaban la guerra civil, traicionaban la revolución mundial, y traicionaban ultrajándola, la humanidad entera. No se trata de una frase grandilocuente, sino de una trágica realidad. Ellos quisieron que nuestros hombres, representación en aquel momento de la emancipación humana, disparasen sin pensar, como autómatas o como esclavos, por lo que interesaba a los valores corrompidos del capitalismo y no por lo que interesaba a los valores del nuevo mundo en formación; ellos dieron la primacía a las armas sobre el hombre.

Una vez que, con el gobierno Negrín, la separación entre guerra y revolución quedó consumada, las condiciones necesarias al triunfo de Franco estaban dadas. En efecto, mientras el orden impuesto por Franco en el territorio de su dominación correspondía perfectamente a las clases interesadas nacional e internacionalmente en su victoria, el orden que en nuestra zona impuso Negrín era totalmente contrario a las clases explotadas nacional e internacionalmente consideradas. Tanto la producción agrícola como la minera y la industrial, canalizadas por el proletariado y los campesinos en sentido socialista, sufrieron una distorsión tremenda, con la consiguiente pérdida de rendimiento, a medida que era devuelta a los moldes capitalistas, ya mediante la nacionalización por el Estado, ya mediante la devolución a los antiguos propietarios. Así también en el ejército, mediante la vuelta al tipo capitalista de jerarquía, disciplina y prohibición a los soldados de intervenir en política, lo que no impedía, claro está, que el stalinismo hiciese en el ejército su peculiar trabajo contrarrevolucionario. Igual regreso en el aspecto judicial: revalorización de las leyes capitalistas y reposición de los antiguos tribunales, así como en la vigilancia de la retaguardia, de que ya he hablado: disolución de Milicias de Retaguardia y Patrullas de Control, y reorganización, en escala enorme, de los viejos cuerpos represivos. Realizado todo eso en nombre de la guerra y de la efectividad técnica, a medida que se ponía en ejecución disminuía la capacidad técnica de nuestra zona, y en mayor proporción aún su combatividad. Era una retorsión tremenda aplicada a todas las actividades sociales, de tan catastróficos efectos como si a un hombre le dislocaran todas las articulaciones. Nuestra zona no podía dar su máxima capacidad en todos los órdenes, más que encauzando la organización socialista emprendida por las masas el 19 de Julio. Una revolución es un proceso objetivo a cuyo desarrollo puede ayudarse mucho favoreciendo lo que contiene, pero al que se mata invariablemente tratando de darle lo que no contiene. Ya hemos visto cuántos aludes de embaucación calculada, mentiras cínicas, calumnias perversas, persecución y asesinatos, costó la operación. Fue la segunda guerra civil contra el proletariado en general y

contra los revolucionarios de vanguardia en particular, de que ya he hablado, frente en el que principalmente se batió el gobierno stalinista de Negrín. ¡Y todo para ponerse en condiciones de poder hablar de paz con la burguesía franquista!

La burguesía mundial, que aplaudió a Negrín, no tenía que reprocharle más que su dudosa capacidad para mantener a las masas permanentemente aherrojadas. Para ese objeto tenía más confianza en Franco, Cuyos soportes estaban consagrados por la tradición, pero respiró satisfecha y tranquilizada, cuando su prensa, bien informada, pudo escribir que evidentemente el gobierno de Negrín no era comunista. La declaración, muchas veces repetida en París, Londres y otras capitales, cobra todo su valor recordando que el gobierno Negrín estaba entera mente dominado por el Partido «comunista» de España, autómatas obedientes a Moscú. Por su parte, Franco y los suyos vieron la obra de Negrín con tolerancia, y aun la auxiliaron por medio de su propaganda. Por una parte, aprovechaban la represión- de Negrín contra los revolucionarios para quitar a su retaguardia, mostrándosela, el deseo de ayudar en algo a la victoria de la zona roja, donde precisamente los rojos eran más perseguidos que los fascistas⁹⁸. Por otra parte, acusando a Negrín de revolucionario y bolchevique le inducían a probar lo contrario extremando la represión contra los revolucionarios verdaderos. Negrin no se quedó corto en este género de pruebas. El Estado Mayor franquista no podía haber encontrado ningún antecesor más adecuado.

En suma, para los líderes stalinistas y reformistas gobernantes, la guerra civil era un gravísimo y perjudicial estorbo del que no daban a desembarazarse. La victoria como tal guerra civil la temían no menos, que Franco. Ellos estaban interesados en una victoria que sin ser la revolucionaria, tampoco fuese completamente la de Franco. Este aspiraba a gobernar la sociedad capitalista imponiendo directamente a las masas el respeto de la misma. Los líderes stalinistas y reformistas querían ser ellos los intermediarios que llevasen a las masas el respeto de la sociedad capitalista, como antes de la guerra civil. Por eso la guerra no era para ellos más que un medio de imponerse al capitalismo español como auxiliares indispensables. Por eso separaron la guerra de la revolución, por eso combatieron ésta por todos los medios, por eso hablaron de guerra de independencia nacional, por eso depositaron su confianza únicamente en la técnica militar, por eso acusaron de ser agentes de Franco a los revolucionarios que pretendían poner la técnica a servicio de la obra socialista iniciada en Julio. Por eso, en fin, despreciando el apoyo del proletariado mundial, buscaron el de los imperialismos democráticos y la contrarrevolución rusa, quienes temían que la victoria de Franco fuese también una victoria estratégica del rival germano-italiano. En medio de todo, el objetivo principal del stalinismo y el reformismo, no era ganar la guerra, sino impedir la revolución, pues sólo así tenían una probabilidad, aunque pequeña, de lograr que la burguesía mundial y el Kremlin, teniendo en cuenta sus conveniencias estratégicas, forzasen un entendimiento entre ellos y la burguesía española. ¿Qué victoria cabía esperar de gente sin ideas, sin corazón, sin dignidad?

Es indispensable refutar aquí un argumento frecuente en boca de anarquistas, de socialistas de izquierda⁹⁹ y al que vienen a parar las justificaciones que de su política ha dado el P.O.U.M. Podemos llamarle, sin inventar nada, *teoría de la careta*. Según ese argumento, la C.N.T., y el P.O.U.M., la izquierda socialista, todos aquellos que, sin oponerse ni enérgica ni blandamente a la política del frente popular, eran, de alguna manera, víctimas de los procedimientos criminales del stalinismo, los que condenaban más sigilosa que explícitamente, se hallaban forzados por las circunstancias a continuar la colaboración con el stalinismo en el frente popular, con el objeto de engañar a la burguesía exterior y no despertar sus iras. Pero ellos, en secreto, estaban determinados a hacer la revolución, y la

⁹⁸ Durante los acontecimientos de Mayo, mientras la prensa y la radio stalinistas se esforzaban en presentar la insurrección obrera, insurrección sobre todo antistalinista, como debida a los fascistas, las emisoras de Franco la calificaban de «orgía roja» tomando partido por Gobierno y stalinismo, cuya derrota les aterraba. Después aprovecharon la represión stalino-gubernamental para apaciguar su retaguardia. El argumento era expresivo: ved cómo tratan en Barcelona y en Madrid a los rojos.

⁹⁹ Cuando Caballero fue arrojado del Gobierno por la embajada rusa, prometió a la base de la antigua izquierda socialista, que espontáneamente empezaba a reorganizarse, decir la verdad y luchar contra el stalinismo. Proyectó una serie de mítines, pero no llegó a organizar más que uno. No es que se lo impidiera el Gobierno, pues la situación era tan propicia a la lucha contra la vanguardia reaccionaria representada por el stalinismo, que hubiera podido celebrar los mítines incluso contra cualquier prohibición gubernamental. La verdad es que Caballero se asustó del éxito y la combatividad de su primer y único mitin. Cada alusión vaga (no hubo ninguna concreta) a la política del stalinismo, era saludada con una salva estruendosa de aplausos. El mitin hubiera podido constituir un Gobierno contra el cual el de Negrín estaba de antemano perdido. Pero eso mismo hizo retroceder a Caballero quien, en el curso de su oración, amparándose en la teoría de la careta, dijo que no podía llevar la lucha hasta sus últimas consecuencias, porque eso perjudicaría a la victoria. Y se calló para no volver a hablar hasta que, en poder del ejército de ocupación, próximo a la muerte, escribiera en un pobre folleto que debía considerarse la guerra civil como una gran calamidad nacional. ¿Una calamidad la página más hermosa de la historia de España?

llevarían a la práctica una vez que la burguesía exterior, bien engañada, dejase de oponerse a nuestra victoria. *Teoría de la careta*: somos terribles revolucionarios, pero nos vemos obligados a disfrazarnos de pacíficos demócratas burgueses para impedir la intervención exterior contra nosotros. Pero después... después ya veréis.

El mismo argumento había sido empleado, inmediatamente después de Julio, por Caballero y el stalinismo con el objeto de tranquilizar a aquellos de sus militantes que creían llegado el momento de hacer buena la dictadura del proletariado. «Lo único que nos lo impide es la burguesía exterior», explicaban, y en seguida añadían en tono de secreto: «Tenemos que aparentar una lucha simple por la democracia burguesa. Luego, cuando no haya peligro de intervención, vendrá la dictadura del proletariado».

Stalinistas y reformistas hablaron así mientras el predominio de obreros y campesinos armados les impedía descubrir su juego. Pero una vez que hubieron reconstituido los cuerpos represivos capitalistas y alejado el peligro de toma del poder por los Comités-gobierno, revelaron cínicamente sus intenciones, haciendo de la sociedad capitalista el tipo ideal a realizar después de la guerra civil. Recuérdese: «Conste que no hacemos una maniobra». La teoría de la careta se deslizó entonces a izquierda, recogiénola los dirigentes colaboracionistas del anarquismo, el P.O.U.M. y la indeterminada e indeterminable izquierda socialista. Aún en la emigración continúan sirviéndose de ella para aligerarse de culpas.

La ocultación de miras es incomprensible con la teoría y la práctica revolucionarias, porque en el fondo, un proceso revolucionario es la suma de experiencias y hechos que, sobre un fondo general de crisis social, van sacando de su pasividad a las clases oprimidas, arrancándolas a las viejas ideas, enfrentándolas a la vieja organización, infundiéndoles confianza en su propio destino y dándoles la capacidad creadora indispensable para tan vasta obra como es la revolución proletaria, revolución de revoluciones. El objeto a alcanzar constituye, por contraste con el sistema capitalista, el principal factor de educación y organización de las masas, es el único que en fin de cuentas merezca una gran lucha, y el que permitirá las nuevas formas de organización social, tanto en el período revolucionario mismo, mientras se lucha a brazo partido con el capitalismo, como en el período posterior, ya en marcha hacia el comunismo. Debido a su posición en el mecanismo de la economía mundial y a su función en la historia humana, el proletariado no puede alcanzar condiciones satisfactorias de vida y cultura sino como resultado de la revolución que ha de terminar con la milenaria separación entre la fuerza de trabajo y la posesión de los instrumentos de trabajo. De ahí las numerosas y graves dificultades que en su marcha encuentra, y el abatimiento o la pasividad por parte de las organizaciones obreras da invariablemente por resultado desorientar al proletariado y restarle combatividad, pues lo ciega como si una mano gigantesca le tapara los ojos.

Por otra parte, el enemigo de clase, tanto en el país como en el exterior, no se deja persuadir con palabras; necesita hechos, pruebas materiales. Por ejemplo, la colaboración de los anarquistas en el Gobierno no suscitó grandes protestas de la burguesía exterior, porque ésta comprendía que desde el Gobierno los líderes anarquistas contribuían con el frente popular a alejar el espectro de la revolución. Y el Gobierno se encargaba de dar a la burguesía exterior los hechos inequívocos de su naturaleza capitalista. El propio stalinismo estaba interesado en asegurarse la colaboración de la C.N.T. No debe engañarnos la persecución de que fueron víctimas millares de militantes anarquistas. Eran perseguidos por su disconformidad con la política oficial de la organización, y ésta llenaba también en ese aspecto un cometido conservador. Los militantes anarquistas encarcelados en Barcelona deben recordar los mensajeros enviados por los comités superiores para aplacar a los encarcelados con promesas de próxima libertad siempre incumplidas, que a algunos de ellos les valieron ser abucheados e insultados con el oprobioso epíteto de «bomberos».

Dos hechos mostrarán la dependencia de la C.N.T. respecto de la derecha stalinista. Comenzando el otoño de 1937, numerosas tropas de asalto, con gran lujo de tanques, ametralladoras y artillería, cercaron durante la noche el Comité de defensa de la revolución que funcionaba en el antiguo local de los monjes escolapios, tomado por los trabajadores el 19 de Julio. En el local vivían gran cantidad de militantes perseguidos, algunos en peligro de ser asesinados por la G.P.U. Los ocupantes, que disponían de armas y de una posición muy fuerte, resistieron el ataque. Por la mañana empezó en algunas fábricas, espontáneamente, un paro de solidaridad con ellos. Los sitiados se dirigieron al comité nacional de la C.N.T. en demanda de apoyo, pidiéndole la orden de huelga general. El comité nacional se negó terminantemente, intimó él mismo a los sitiados a rendirse, ordenó que volviesen al trabajo las fábricas en huelga y contribuyó con la prensa stalinista y gubernamental a impedir que toda la clase obrera se enterase de lo ocurrido. No

obstante, todavía no era tarde para que la revolución se recuperara, sobre todo si encontraba el apoyo de una organización tan fuerte como la C.N.T.

El segundo hecho ocurrió más tarde, en la Cárcel Modelo de Barcelona. Como consecuencia de una provocación del S.I.M. (nombre español de la G.P.U.), que intentó llevarse algunos de los detenidos revolucionarios, estalló una lucha entre éstos o miles de ellos y los provocadores, que como siempre venían armados hasta los dientes. En pocos minutos la cárcel quedó en poder de los revolucionarios, las enormes rejas que los separaban de la calle fueron derribadas, excepto la última de ellas, ante la cual el S.I.M. tuvo tiempo de montar ametralladoras. Hubiera bastado una manifestación obrera de apoyo a los detenidos para que éstos salieran instantáneamente en libertad. La C.N.T. se negó igualmente, no obstante que, ex algunos grupos del P.O.U.M. y trotskistas, la mayoría eran militantes suyos. Peor, la prensa confederal dejó que al día siguiente la prensa stalinista informase que en la cárcel los fascistas se habían sublevado. En suma, la organización anarquista hacía el juego de la reacción stalinista en cuanto de fundamental e importante se planteaba, y no se preocupaba de sus militantes perseguidos sino en la medida que no resultase comprometida su colaboración con el Gobierno que los perseguía. Tal era el resultado concreto, enteramente lógico, de la teoría de la careta.

Si desnudamos la teoría de la careta de las hojas de parra con que le cubrieron sus esgrimidores, nos queda entre las manos este razonamiento: ahora que tenemos las armas, que hemos expropiado la burguesía, que hemos destruido su Estado; ahora que en la zona de Franco todos los oprimidos nos miran como sus salvadores y en el mundo se espera nuestra victoria como nuncio de una nueva era, renunciemos a su realización inmediata, porque la burguesía de París, Londres y Washington, y los pseudo-rojos del Kremlin, no quieren la revolución. Vamos a engañarles. Reconstituyamos el Estado capitalista con todo su aparato coercitivo, y después, cuando hayamos vencido a Franco con la tolerancia o la ayuda de aquéllos, haremos la revolución. Lo que todos los amparados bajo la teoría de la careta han olvidado decir, es por qué la burguesía exterior o el Kremlin habrían sido más tolerantes con la revolución después que entonces. La revolución sólo puede hacerse respetar por su presencia, que es, fundamentalmente, destrucción del Estado capitalista y organización socialista, política y económica, apoyada en el armamento de las masas ¿A quién servía pues, a quién engañaba, una política que reconstituía o ayudaba a reconstituir el Estado capitalista? La careta, si acaso, la veían las masas; la reacción stalinista y la burguesía exterior veían cotidianamente, sin careta, los inapreciables servicios que en la práctica prestaban los dirigentes cenetistas. Y no es necesario insistir sobre la miseria de un concepto que considera la revolución inoportuna.

Aun en el caso de que una organización obrera, por aberración, quisiera practicar sinceramente la teoría de la careta, o bien sus consecuencias la obligarían pronto a rectificar, o bien la careta terminaría convirtiéndose en su verdadera naturaleza, y las intenciones revolucionarias en una careta deliberadamente empleada para engañar a las masas. Abundan los ejemplos en la historia del movimiento obrero. Tanto el reformismo como el stalinismo creyeron sinceramente, al principio de su degeneración, que sólo temporalmente adoptaban actitudes oportunistas. También se excusaron arguyendo facilitar la revolución para *después*. El mundo ha visto en qué postración decadente ha venido a parar el reformismo y a qué actividad de fuerza de choque reaccionaria ha llegado el stalinismo. Así también la C.N.T. estuvo desplazándose continuamente a la derecha, desde el momento en que inició la colaboración con el capitalismo hasta el fin de la guerra civil. Al principio la colaboración era muy tenue, pero terminó siendo colaboración con un Gobierno en el que todo el proletariado, y la C.N.T. misma en un momento de sinceridad, reconocían la contrarrevolución. La suerte final de la C.N.T. todavía no está decidida. Pero el oportunismo colaboracionista ha hecho fuertemente presa en su seno desde la guerra civil. Serán necesarias rudas batallas para desembarazarla de él.

Cediendo terreno a la crítica, la teoría de la careta suele refugiarse en este último argumento: Es verdad que inevitablemente se debilitaba la revolución disfrazándose de demócratas burgueses y renunciando a la lucha intransigente contra la reacción combinada de stalinismo, reformismo y capitalismo, pero nos veíamos forzados a renunciar a esa lucha a causa de la guerra. ¿No habiéramos facilitado la victoria de Franco? ¿No habiéramos aparecido como los causantes principales de la derrota? Y si bien es igualmente verdad que la política en que colaboramos contribuyó mucho a la derrota, cuando menos hemos evitado que se nos pudiera acusar de ser los principales responsables de ella¹⁰⁰.

No se le pedía a la C.N.T., ni al P.O.U.M., ni a nadie, que emprendiese en cualquier momento insurrecciones destinadas al fracaso. Sí que desolidarizándose completamente de la política stalino-capitalista, la denunciasen como

¹⁰⁰ Este argumento lo he oído varias veces, casi literalmente, en discusiones personales y públicas con militantes anarquistas responsables.

reaccionaria, como autora de la derrota, y pusiesen como condición, motor y objeto de la victoria al mismo tiempo, la revolución socialista. Con este norte, la C.N.T. o el P.O.U.M. hubieran podido conquistar la fuerza necesaria para arrebatarnos el poder a los traidores. Y si no lo hubieran conseguido o hubieran fracasado en el intento supremo, entonces sí, no podría acusárseles de complicidad con los enemigos de la revolución, causante de la derrota. El dominio cada vez más acentuado de éstos abatía a las masas, les quitaba entusiasmo por la lucha e introducía un sistema de organización totalmente contrario a las necesidades objetivas de nuestro movimiento. En consecuencia, toda lucha del proletariado que debilitase la combinación reaccionaria del stalinismo, reformismo y capitalismo, se transformaba en un potente impulso dado a la lucha militar. Y a la inversa, todo progreso de aquella combinación reaccionaria repercutía en perjuicio de la lucha militar. Nada habría debilitado tanto a Franco como la derrota total, en nuestra zona, del stalinismo, que necesariamente habría llevado aparejada la de los demás enemigos de la revolución. Porque, repitémoslo, en toda guerra civil el factor principal de la victoria es la adhesión de las masas. Contando con ella se puede alcanzar la victoria.

Ya hemos visto que en Mayo la C.N.T., habiendo tenido oportunidad de cortar la marcha a la contrarrevolución, prefirió hablar desde su barricada. Ante ese hecho, el último baluarte de la teoría de la careta cae deshecho. Las masas dieron una oportunidad magnífica, de éxito asegurado, por modificar la correlación de fuerzas a escala nacional, favorablemente a la revolución. Después de eso, ¿qué interés podían tener en pasar de las organizaciones que armaban y apoyaban los guardias de asalto a las organizaciones que enviaban besos a los mismos guardias? Una política revolucionaria hubiera conquistado, con toda seguridad, el apoyo de las masas. La política colaboracionista de la C.N.T., ¿qué otra cosa que indiferencia podía conquistar? Y la indiferencia de las masas, en todas las situaciones, es capitalizada por la reacción. De ahí que, con una situación excepcionalmente favorable, ni la C.N.T. ni el P.O.U.M. se mostraron capaces de ganar el apoyo de la mayoría del proletariado y los campesinos. Su política no dejaba a las masas esperanza ni posibilidad de elección. Todos se confundían, más o menos, en el democratismo ramplón y embustero del frente popular.

La más excelsa enseñanza de la revolución española, es que entre los hombres y las armas debe haber una subordinación de las armas a los hombres. Porque en la historia humana la técnica no es objeto sino instrumento, puesto que ella misma es creación del hombre. La anteposición de la técnica al hombre, es humillación del hombre y desperdicio de la técnica. Ayer, los reaccionarios se oponían a la técnica, porque abría al hombre horizontes antirreligiosos y materialistas; hoy cogen la técnica para oponerla al hombre, porque el hombre como sujeto social trata de apoderarse de la técnica, hasta ahora monopolizada por la clase poseyente. Ayer, el idealismo filosófico se oponía al avance del materialismo; hoy, el mecanicismo materialista, última trinchera reaccionaría, se proclama ateo, habla de la ciencia, de lo objetivo que domina a lo subjetivo, de las armas que dominan a las ideas, de planificación económica sin finalidades de consumo, etc., etc. En ambos casos, son los intereses creados que se oponen al progreso humano.

CAPÍTULO VIII

LA PROPIEDAD

*El término del proceso del trabajo
será la ejecución de lo que ya existía
al principio en la idea.*
Carlos Marx: El Capital.

El carácter de la propiedad determina la naturaleza de la sociedad y sus superestructuras políticas. La posta histórica de la revolución se endereza a cambiar el sistema de propiedad capitalista por el de propiedad socialista. Es la gran ruta por la que se incorporará a la civilización la inmensa mayoría de la población mundial, reducida hasta ahora a condiciones de completa o semi-esclavitud. Pero ahí termina el problema, no empieza; para quienes la apelación «comunista» o «socialista» no es una falsa enseña, empieza en cómo practicar y asegurar la transformación de la propiedad en socialista.

¿Basta apoderarse de la propiedad para que surjan como de tierra fértil superestructuras sociales en acuerdo con el socialismo, o, a la inversa, las superestructuras deberán encarrilar la formación y desarrollo de la estructura socialista? ¿Qué determina a qué? ¿Cuál es el factor decisivo? Cruel, costosísima, la derrota de la revolución española ha dado a esas preguntas una respuesta elocuente.

Secundado el derrumbe general del Estado capitalista, la propiedad privada cayó por tierra al día siguiente del 19 de Julio. Un solo golpe hizo dos muertos. Aestado al Estado de la clase propietaria, su destrucción se prolongó, tan naturalmente como la caída de un meteoro, en la destrucción de la propiedad misma. Fábricas, tierras, comercio, transportes, minas, quedaron en manos de obreros y campesinos. Apenas silenciado el tiroteo en las ciudades, el sistema económico español reanudaba su marcha sobre una nueva base. La gestión de la economía por y para la clase burguesa había cesado. Nacía un nuevo sistema económico, el sistema socialista. Cualesquiera que sean las vicisitudes por que atravesase aun el proletariado español, el recuerdo de su gestión económica en los meses siguientes al 19 de Julio, será, más que un recuerdo enorgullecedor, una obra a continuar y perfeccionar. En éste como en otros aspectos, Julio fue demasiado grandioso para que las masas españolas lo echen en saco roto. Por muchos frenos, obstáculos y zancadillas que stalinianos y reformistas les deparen, ô ya reanudan sus triquiñuelasô los movimientos de las masas española se orientarán con irresistibilidad magnética a alcanzar y superar lo hecho en Julio de 1936.

El proletariado y los campesinos españoles hicieron lo que debían apoderándose los unos de las industrias y el comercio, lo otros de las tierras. Aunque sus detractores, precisamente los dirigentes «comunistas» y «socialistas», se han esforzado en denigrar la obra de ambos, la experiencia de las colectividades fue un gran ensayo completamente positivo hasta los límites donde pudo desarrollarse. Cualquier otro comienzo de economía socialista se iniciará necesariamente de la misma manera; pero deberá completarse y perfeccionarse para no sufrir la anulación y el fracaso del anterior.

Incautada la industria, sin más excepción que la de pequeña escala, los trabajadores la pusieron en marcha organizados en colectividades locales y regionales por ramas de industria. Fenómeno que contrasta con el de la revolución rusa y evidencia la intensidad del movimiento revolucionario español, la gran mayoría de los técnicos y hombres especializados en general, lejos de mostrarse renuentes a la integración en la nueva economía, colaboraron valiosamente desde el primer día con los trabajadores de las colectividades. La gestión administrativa y la producción

resultaron beneficiadas; el paso a la economía sin capitalistas se efectuó sin los tropiezos y la pérdida de productividad que el sabotaje de los técnicos infligió a la revolución rusa de 1917. Muy al contrario, la economía regida por las colectividades realizó rápidos y enormes progresos. El estímulo de una revolución considerada triunfante, el gozo de trabajar para un sistema que substituiría a la explotación del hombre, su emancipación del yugo de la miseria asalariada, la convicción de aportar a todos los oprimidos de la Tierra una esperanza, una oportunidad de victoria sobre sus opresores, realizaron maravillas. La superioridad productiva del socialismo sobre el capitalismo quedó luminosamente demostrada por la obra de las colectividades obreras y campesinas, mientras la intervención del Estado capitalista regida por los atorrantes políticos del frente popular no rehizo el yugo destruido en Julio.

Solamente en el futuro, cuando los documentos que hayan podido ser salvados de la destrucción empiecen a ser publicados, se conocerán todos los datos acreditativos de los progresos realizados por las colectividades obreras y de los perjuicios causados a la producción por la intromisión del Estado capitalista, creciente a medida que stalinianos y socialistas se imponían. Sin embargo, se conocen ya suficientes datos para dar una base documental a la afirmación. Y aunque no existiera ni uno sólo, aunque por lo rudimentario de una economía proletaria rodeada de un poder político y una organización estatal que se reconstituían, el rendimiento de las colectividades hubiese sido insatisfactorio, los trabajadores y los revolucionarios seguiríamos insistiendo en la superioridad del socialismo sobre el capitalismo. Pero no es así. Existen cifras, siquiera incompletas, altamente favorables a la obra económica de los trabajadores.

Rápidamente se inició en Cataluña la fabricación de pertrechos bélicos, industria casi totalmente desconocida en la región. Las pocas fábricas de guerra existentes en España antes de la guerra civil, habían sido cuidadosamente colocadas fuera de Cataluña. La burguesía centralista española, desconfiada siempre del catalanismo, encontró desde principios de siglo un motivo mucho más serio de desconfianza en el proletariado catalán. Hubo de recurrirse a una adaptación precipitada de industrias y a la improvisación de otras. Obreros y técnicos rivalizaron en intensidad de jornadas y en abundancia de iniciativas, satisfechos de desarrollar una industria socialista y anhelosos de producir el material necesario para asegurar el triunfo de la nueva sociedad. Pronto arrojó ese esfuerzo a los frentes gran cantidad de material de guerra, buena parte de él fabricado por primera vez en el país, la totalidad por primera vez en Cataluña.

Salieron de las nuevas industrias todos los calibres necesarios de proyectiles para cañón, mortero y artillería naval; mosquetones, fusiles ametralladores de diversas categorías y pistolas; piezas de recambio para los mismos, bombas de mano de todas las clases, bombas para aviación, granadas y lanzagranadas, trues para transporte de cañón, trenes de aterrizaje de aviación, diversas clases de espoletas, piezas de recambio para cañones antiaéreos y para motores de aviación, piezas para ametralladoras de diversas marcas, caretas antigás, y toda clase de elementos y utensilios necesarios a las fortificaciones militares, como alambre de púas y estacas, picos y palas, mazas, azadones y hachas de acero, rastros, etc. Se construyeron camiones de diversos tipos y motores de avión, así como toda clase de cartuchería; también proyectores eléctricos de gran voltaje para la vigilancia antiaérea nocturna.

La fabricación de maquinaria satisfizo rápidamente las más urgentes necesidades. De manos de los obreros y técnicos catalanes salieron prensas y tornos para diversos trabajos, fresas, taladradoras, máquinas rectificadoras, limadoras para enderezar cañones, para esmerilar el interior de los mismos, para recortar y ranurar vainas de máuser y de pistola, máquinas de encastar balas y máquinas verificadoras de cartuchos.

Antes de que finalizara el año 1936 habían sido construidas y puestas en marcha diversas fábricas, donde se producían importantes productos químicos para la guerra, de rara obtención incluso en los países más industriales. En estas fábricas se producía tetraetilano de plomo puro, cloruro de etilo, octano, natamita, pólvora para fusil y cañón, mechas diversas, ácido pícrico, dinitronaftalina, mononitronaftalina, trinitrotoluol amónico, tatalita.

La enumeración de productos es incompleta. El folleto de donde la he tomado *Documentos sobre la industria de guerra en Cataluña*¹⁰¹ es fragmentario tanto en los índices de producción como en los materiales. No tiene en cuenta más que la producción de fábricas controladas por la Generalidad. La documentación completa sobre las industrias de guerra y civiles, tanto en Cataluña como en el resto de España, permitirá apoyar en datos abundantes el hecho fundamental de su evolución: progreso y alza en los primeros meses, aún en el primer año; caída después. La curva económica sigue la curva política. Los poseedores de estos datos tienen el deber de darlos a la publicidad.

Las industrias civiles progresaron igualmente al pasar a manos del proletariado. Se inició la transformación de fibras textiles, operación totalmente desconocida en España, se crearon establecimientos para algodonizar el lino, para utilizar el cáñamo, el esparto, la paja de arroz; hubo pronto fábricas de celulosa trabajando con materia prima

¹⁰¹ Publicado por las ediciones del Servicio de Propaganda España. Buenos Aires, agosto 1939.

indígena. Haciendo planes para el futuro, en algunas fábricas de Cataluña se tenían ya preparados los planos para iniciar la construcción de tractores agrícolas y otros implementos, tan pronto cesaran las necesidades de guerra.

En fin, no por insuficiencia de datos concretos se carece de lo indispensable para poder enjuiciar seriamente la evolución de la propiedad y de la producción durante la guerra civil. El hecho fue tan evidente, que las cifras, para la masa obrera y campesina, no pueden tener sino el valor de una ratificación precisa. Lo que se ha vivido y sufrido está demostrado por ese hecho mismo. Que los enemigos de la revolución digan lo contrario y lo propalen en su prensa mendaz. La verdad pagada con el sacrificio y la derrota de la clase trabajadora será siempre superior a la mentira impresa.

Al hablar de la situación política resultante del triunfo revolucionario en Julio de 1936, la definí como atomización del poder político en mano del proletariado y el campesinado. Otro tanto puede decirse del poder económico. Se pulverizó tanto en la ciudad como en el campo. Ese fue el movimiento de las colectividades. Y lo mismo que el poder político atomizado, incapaz de aglutinarse nacionalmente, completando y formalizando la destrucción de su contrario, dio lugar al renacimiento del Estado capitalista, así la atomización del poder económico, obstruido en su desarrollo natural hacia la planificación a escala, nacional, fue forzado a ceder paulatinamente terreno a la restauración del poder económico capitalista.

La expropiación del capitalismo por obreros y campesinos tienen necesariamente que iniciarse, como en España, por la toma de posesión por los trabajadores de los grupos económicos tal cual existan. En el campo, carente de la aglutinación celular de la industria, la agrupación se produce espontáneamente sobre la base de pueblos y comarcas que poseen una cierta unidad. Es el punto de partida de la propiedad socialista, pero no la propiedad socialista misma. Se trata de la propiedad de grupo. Ese fue el defecto principal de las colectividades, que aprovechó la combinación reaccionaria de stalinistas, reformistas y burgueses, para expropiar al proletariado.

Las colectividades se extendieron a todo el país en el campo y la ciudad, inmediatamente después de Julio. También contra ellas, los enemigos de la revolución no iniciaron el ataque hasta sentirse protegidos por suficientes fuerzas armadas. La propiedad obrera y campesina fue reconocida generalmente como un hecho consumado. El gobierno de la Generalidad, presionado por la C.N.T. y el P.O.U.M., dio un decreto reconociendo y legalizando las colectividades. El gobierno central no lo hizo nunca, y pudo recuperar más pronto la ofensiva contra las masas. De Madrid y de Valencia no salió ninguna ley atentatoria a la propiedad privada, nada que satisficiera las necesidades del proletariado. Su decreto más radical fue el de expropiación de las fincas pertenecientes a los sublevados. Ni el «izquierdista» Caballero ni el «comunista» Uribe, ministro de agricultura, legalizaron la muerte de los latifundios, lo que basta para patentizar cuán reaccionarios eran, sobre todo por relación a las condiciones reinantes. Mucho menos iban a legalizar la muerte del capitalismo. Se limitaron a dejar hacer a obreros y campesinos lo que no podían impedir, preparándose mientras tanto para atacar las colectividades por los mismos medios que atacaron los Comités-gobierno y el armamento proletario. De una manera u otra, el hecho era que en toda la extensión de la zona roja fábrica y tierras estaban en poder de obreros y campesinos.

La mayor virulencia en el ataque provino, como en el dominio político, del partido stalinista. Desde los primeros días de la guerra civil, su prensa insistía frecuentemente en que la desconfianza de los «gobiernos democráticos» debíase a «ciertas medidas» tomadas en nuestra zona. Quería significar con ello la expropiación de la burguesía. Así, la contrarrevolución rusa, que guiaba los pasos, las lenguas y las plumas del stalinismo español, coincidía con el imperialismo mundial en devolver al tipo capitalista la propiedad incautada por los trabajadores españoles. Pero lo de «ciertas medidas» era todavía un lenguaje embozado, porque la nueva contrarrevolución no sentía el terreno firme bajo sus pies. Unos meses más y el ataque a la propiedad socialista será directo.

En efecto, a principios de 1937, coincidiendo con la disolución de las Milicias de Retaguardia, la militarización de las Milicias de Combate, y la salida a la calle de los cuerpos coercitivos capitalistas rehechos y pertrechados con armas rusas, stalinismo, Gobierno y reformismo emprendieron el ataque en regla y abierto a las colectividades. El inmundo Comorera, al mismo tiempo que calificaba de «tribus» las Milicias que habían salido a combatir las tropas fascistas, clamaba por detener la colectivización y llamaba ladrones a sus autores. Fue la señal de una campaña de vastas proporciones en la que intervinieron desde el sabotaje gubernamental a las colectividades, hasta la calumnia sistemática en la prensa stalinista, reformista y burguesa, y la propalación de bulos malévolos sobre la administración del dinero por los comités obreros. La población pequeño-burguesa y los mismos fascistas servían de vehículo a las calumnias stalinistas, al mismo tiempo que ayudaban a pedir «menos comités y más pan», «todo el poder para el

Gobierno» y «todas las armas al frente». Con el designio especial de luchar contra las colectividades, el stalinismo catalán organizó en un sindicato, el famoso G.E.P.C.I., a todos los comerciantes y propietarios pequeños y medios, más algunos grandes disfrazados de pequeños. Fue su base de operaciones y su columna volante contra el proletariado socialista. Si el fascismo moviliza contra la revolución a la pequeña burguesía, caldeando en ella, a manera de ideal superior, las añagazas reaccionarias sobre la patria, el supremo interés social por encima de las clases, la salvaguarda del Estado, la unión nacional, etc., otro tanto hizo el stalinismo, y por eso su obra se confunde con la de una organización fascista.

De todos los males, faltas y deficiencias fueron culpadas las colectividades. El chisme y el chiste de intención reaccionaria inundaron la calle por oleadas, sobre todo después de la derrota obrera de Mayo, cuando, encarcelados o perseguidos los revolucionarios, sus enemigos se atrevieron a salir de los escondites o del silencio a que estaban reducidos desde las jornadas de Julio. La pequeña burguesía, los comerciantes y especuladores, los católicos, los fascistas mismos, excitados por el stalinismo, se vengaban así del terror que meses antes les inspirara la certidumbre del triunfo revolucionario. Y nada es tan despreciable y vil en sus reacciones como esos estratos sociales sin norte político fijo ni interés histórico determinado. Adulones y serviles con la revolución cuando ella triunfa, se vuelven furiosamente contra ella tan pronto como la consideran vencida. La fusión entre ellos y la política stalinista reformista fue perfecta. Los habitantes de Barcelona, Madrid y otras ciudades, han visto a los mismos estratos sociales que secundaban la campaña contra las colectividades y el poder obrero, levantar entusiásticamente el brazo y gritar «¡Arriba España!», a la entrada de las tropas fascistas.

Las colectividades tenían defectos, el proletariado no lo ignora. El primero de ellos, fuente de los demás, consistía en no ser más que eso, colectividades. Cada grupo de obreros incautado de una unidad económica, la hacía funcionar y la administraba independientemente. De ahí surgían numerosas dificultades. Había colectividades ricas y colectividades pobres; unas en las que se pagaban salarios o reparto de utilidades crecidos y otras que difícilmente podían sostenerse pagando los salarios anteriores al 19 de Julio. En la producción, careciéndose de plan de conjunto, se creaban desproporciones, desorganización e incluso caos. Lo mismo en la distribución de materias primas. Unas colectividades disfrutaban más de lo necesario mientras otras no llegaban al mínimo o se quedaban muy por debajo de él. En unos sitios abundaba la materia prima, en otros faltaba.

A las dificultades forzosamente creadas por esta organización vino a sumarse el sabotaje gubernamental. Desde Madrid y Valencia primero, después desde la Generalidad catalana, se pusieron en práctica una serie de medidas destinadas a ahogar las colectividades, obligarlas a reconocerse incapaces de continuar y a ponerse por consecuencia en manos del Gobierno. Ya el gobierno de Largo Caballero hacía al extranjero sus pedidos de ropa para el ejército, en lugar de hacerlos a las colectividades textiles catalanas. Las colectividades no encontraban más que dificultades en todas las gestiones que requerían el apoyo o la ayuda del Gobierno, en cuyas manos estaba el capital financiero. Bien pronto, la nacionalización de los transportes les asestó un fuerte golpe. El acarreo de materias primas y el transporte de mercancías les resultaron problemas casi insolubles. El paro obrero, a pesar de la absorción de hombres cada vez mayor por la guerra, se introdujo en todas las industrias no directamente ligadas con las necesidades del frente. Al principio, las colectividades continuaron pagando el jornal a los obreros parados, pero sus fondos eran limitados y sus negocios no llevaban camino de mejorar. No habiendo incautado el capital financiero, las colectividades tenían que vivir de su propio capital. La mayoría de ellas necesitaron préstamos, siempre negados por el Gobierno. Así, éste podía dar pábulo a la idea de la incapacidad productiva y administrativa de las colectividades, e ir creando en los trabajadores la predisposición a entregar las industrias al Estado. En efecto, paulatinamente fueron capitulando las colectividades, empezando por las más pobres. En las regiones del centro y Andalucía, siendo más débil el proletariado y más fuertes el stalinismo y el reformismo, la lucha se decidió pronto a favor del Gobierno. Con poca resistencia, las industrias pasaron a su dependencia. En Cataluña la lucha fue más larga y obstinada, pero el Estado capitalista salió también triunfante.

La propiedad de grupo no puede ser más que un momento en la transformación socialista de la producción. Es imposible que se conserve sino el tiempo mínimo necesario para que los trabajadores en posesión de las antiguas empresas capitalistas articulen toda la producción y el consumo a escala nacional. La intención del proletariado y los campesinos al expropiar a la burguesía, no fue en manera alguna la de convertirse ellos mismos en propietarios, sino crear la economía socialista. La experiencia propia de las colectividades les llevó a comprender que éstas deberían ser el punto de partida de una organización a escala nacional de la producción y la distribución. La economía socialista

debe plantearse siempre dos objetivos principales: satisfacer las necesidades de la población pobre y aprovechar hasta el máximo todos los recursos naturales y posibilidades técnicas. Lo segundo constituye la base de la satisfacción de las necesidades de la población pobre y, desarrollado en escala internacional, ha de crear las condiciones para la desaparición completa de las clases y del Estado. Tarea irrealizable sin planificar la economía, faltando lo cual ni siquiera es posible aprovechar toda la productividad que permite la técnica moderna. La incautación y puesta en marcha de los centros productores por los trabajadores respectivos era un primer paso obligado. Quedarse en él debía resultar funesto.

El impulso revolucionario que tan rápidamente había hecho progresar la producción, no pudo encontrar su prolongación y perfeccionamiento en la coordinación planificada de la nueva economía. Las imperfecciones y pérdidas resultantes de las iniciativas inconexas y de las múltiples administraciones independientes fueron reconocidas por las propias colectividades. La idea de la unificación se presentaba por sí sola y surgió, en efecto, incluso en las propias colectividades agrícolas. Pero ya el poder político burgués superviviente empezaba a tomar la ofensiva contra el socialismo. También él habló de coordinar, mejorar y aumentar la producción en beneficio de la guerra. Pidió que los comités de fábricas y las direcciones de las colectividades se le sometieran aceptando su control; después, aspiró a nacionalizar y dirigir él mismo las industrias, dejando a los obreros el cometido de colaboradores de las disposiciones gubernamentales. Desde el mes de agosto de 1936, la Generalidad hacía esfuerzos para introducir su control en las industrias expropiadas. Chocó con la oposición de «aquellos comités que desde el primer momento se habían apoderado de las fábricas»¹⁰². Sin embargo, con perseverancia, salió triunfante. Su intento era facilitado por los hombres de la C.N.T. y el P.O.U.M. que colaboraban en el gobierno catalán. Ocupando puestos de mando del Estado, ¿qué inconveniente podían ver en que ese mismo Estado adquiriera la gestión industrial? Sólo veían ventajas, por lo que naturalmente debilitaban la instintiva resistencia de los obreros al intento de la Generalidad.

Al principio, la intervención del Estado se limitó a una simple fisga. Ni los obreros hubieran permitido más ni él estaba suficientemente rehecho para permitirse imposiciones o bravatas. En la mayoría de los casos, su intervención se ejercía a través de los elementos obreros más ligados al poder político. El proletariado seguía considerando la economía suya, y definitivamente ido el capitalismo. Las consecuencias funestas en el terreno de la producción no se hicieron sentir hasta después. Pero el Estado capitalista se reconstituía progresivamente; más aún, adquiría la convicción de que podía intentarlo todo, seguro de que el proletariado no encontraría apoyo alguno, y que incluso sería condenado por sus propias organizaciones, caso de que intentara resistir. La fisga gubernamental se transformó en control, el control en dictadura y ésta en sabotaje directo y descarado de las colectividades, hasta que la industria pasó toda a poder del Estado. El proceso no se cumplió vertiginosa, sino paulatinamente. Va desde los meses finales de 1936 hasta principios de 1938, cuando puede considerarse completo el triunfo gubernamental.

Como todos los crímenes cometidos en España, éste de la expropiación de las colectividades se hizo también «en interés de la guerra», pero la tierra resultó gravemente perjudicada, porque la producción bajó y desaparecieron las iniciativas y la inventiva de que habían dado muestras los trabajadores en los meses siguientes, al 19 de Julio. En la carta citada de Companys a Prieto, confiesa el primero que la producción de las industrias de guerra catalanas había disminuido considerablemente. Companys da por comenzada la baja en el mes de junio de 1937, pero otros datos indican que se había iniciado en marzo. En todo caso, a fin de año la disminución era de un 35 a un 40%. En su carta, Companys no trata de defender la gestión obrera de una industria socialista, sino la gestión de su gobierno regional, frente al gobierno nacional. Desde antes de los acontecimientos de Mayo, el gobierno central había intervenido en algunas industrias catalanas, como la Elizalde y la Hispano-Suiza. Tras numerosos intentos fallidos de dirigir el todo, la derrota de los trabajadores en Mayo le dio oportunidad para decretar la intervención general. Los pequeño-burgueses republicanos, «socialistas» y stalinistas anticatalanes quedaron satisfechos. La producción industrial bajó del 35 al 40%, pero ellos habían satisfecho sus furores centralistas, que en ese momento eran esencialmente antiproletarios, porque era en Cataluña donde más se había desarrollado la revolución. Y conviene recordar que en aquel momento el stalinismo y Prieto estaban íntimamente unidos contra las colectividades. En fin, para que no admita dudas el efecto real de la política stalino-reformista gubernamental, he aquí una cita tomada del discurso pronunciado por Comorera, en un pleno stalinista de guerra celebrado en Lérida, en enero de 1938: «La situación de las industrias de guerra hay que confesar que no ha mejorado suficientemente y que en algunos casos, incluso ha empeorado». Y en el III Congreso de la U.G.T. catalana, Rodríguez Vega admitió que en algunas industrias el rendimiento obrero había

¹⁰² Carta de Companys a Prieto. Folleto citado.

disminuido a la mitad del normal. En lenguaje claro todo eso quiere decir: estamos saboteando la guerra pero como la saboteamos en nombre de la democracia burguesa, bien saboteada está.

En este aspecto, como en el aspecto político, la obra del gobierno central representa una prolongación natural y acentuada de la del gobierno de la Generalidad. El factor principal de la baja de la productividad y de la producción global, era la política antisocialista ejercida desde el poder. Debido a la correlación de fuerzas más favorable al proletariado en Cataluña, el gobierno central iba delante del regional, pero éste seguía la misma dirección. Sus intervenciones tenían idéntica naturaleza; la de provenir de un Estado capitalista. ¿Qué efecto podía producir y qué objeto podía tener el control del viejo Estado sobre una economía recién expropiada, socialista por principio y por necesidad de desarrollo? Efecto desorganizador, objetivo restaurador de las relaciones capitalistas. Ambas cosas totalmente confirmadas en el curso de la guerra civil. La Generalidad desbrozó el camino al gobierno central. Antes de que éste interviniera libremente en Cataluña, el proletariado había comprendido que la Generalidad le estaba arrebatando sus conquistas. Ya en lo político, la reconstitución de las fuerzas coercitivas burguesas y el desarme del proletariado fueron altamente significativos. En seguida llegó el turno a lo económico. La intervención de la Generalidad había logrado provocar bastante desorganización y disgusto entre los trabajadores para hacer bajar la producción, antes de que Valencia decretara el paso de las industrias a su dependencia. La producción empezó a bajar en el mes de marzo de 1937. Fecha reveladora. En diferentes puntos de nuestro territorio, las fuerzas armadas gubernamentales recién constituidas habían sido lanzadas contra los trabajadores y los campesinos, causando entre éstos muertos y heridos. La campaña contra las colectividades y contra todo lo que respirara la revolución socialista se desplegaba ya a tambor batiente. Los revolucionarios empezaban a entrar de nuevo a la cárcel. Las masas pobres tenían la plena sensación de que se las traicionaba. Inmediatamente llegaron los acontecimientos de Mayo. Derrota espantosa para la revolución, inicio verdadero de la pérdida de la guerra. En toda nuestra zona, a partir de entonces obreros y campesinos tuvieron la convicción completamente justificada de que se les habla arrebatado la revolución. Ningún esfuerzo de organización sobre base capitalista lograría superar los resultados productivos que era permitido esperar de una economía y de un poder político socialistas. Los esfuerzos gubernamentales no lograron siquiera, cual ya se ha visto, igualar el realizado por las colectividades, con todos sus defectos de economía en estado de transición. El Estado regionalista no puede gloriarse de haber sido más efectivo en la gestión económica que su hermano mayor, el Estado central. La caída general de la producción y de la productividad obrera llega al máximo después de los sucesos de Mayo, cuando para ningún obrero admite dudas que una nueva reacción se ha instalado en el poder. Antes, la intervención de la Generalidad era considerada por los obreros catalanes como una impertinencia que sus propias organizaciones les obligaban a aceptar, pero de la cual podrían desprenderse con una simple sacudida de hombros. Sólo en las proximidades de Mayo empezaron a ver que la impertinencia iba convirtiéndose en dogal. Pero al tratar de romperlo, la propia Generalidad llamó en su auxilio al gobierno central. La Generalidad no defendía frente al gobierno central otra cosa que los privilegios de la burguesía regional, mejor dicho, del Estado regional, puesto que la burguesía como tal era inexistente. Frente a las necesidades y aspiraciones de la clase trabajadora, gobierno central y Generalidad hacían uno solo. El Estado regional echando a un lado lo secundario, reclamaba el auxilio de la burguesía central, en lo político, en lo militar y en lo económico, con tal de someter al proletariado. En Mayo repitióse una vez más lo que ya había ocurrido repetidas veces en la historia de las luchas sociales españolas. Las fanfarronadas de los regionalistas se transforman en súplicas de intervención al gobierno central. Como en el terreno internacional, en el terreno regional español el único lema verdadero es clase contra clase. Desgraciadamente, hubo, anarquistas, e incluso poumistas, que se eximieron de apelar al proletariado depositando su confianza en el regionalismo del presidente de la Generalidad, Companys.

El triunfo sobre el proletariado obtenido en Mayo por stalinismo y Gobierno, lanzó a éste, siempre inspirado por el primero, a un curso abierto de restauración capitalista. El poder político ya pertenecía indisputadamente a la contrarrevolución populista; los últimos organismos de poder obrero fueron destruidos en mayo o poco tiempo después. Sin embargo, la economía, en unas partes total y en otras parcialmente, seguía en manos de obreros y campesinos. Gobierno, frente popular y su fuerza de choque, el stalinismo, pusieron proa a la restitución de la propiedad capitalista. Pero encontraron una dificultad grave: no había sino escasos capitalistas. Estando la mayoría huidos a territorio de Franco (muchos con protección del frente popular), habiendo sido ajusticiados otros por los trabajadores después del 19 de Julio, los filo-burgueses frente-populistas encontráronse con que no tenían sino pocos «honrados» capitalistas a quienes restituir sus propiedades. Pero la dificultad era obvia. Si el conjunto de los

capitalistas se da como administrador y gendarme un Estado propio, es evidente que esa concreción colectiva de todos sus intereses particulares puede desempeñar las funciones generales del capitalismo, si por azares de la lucha de clases llegan a faltar los capitalistas individuales. Fue el caso de nuestra zona.

El hediondo stalinista catalán, Comorera, entonces hombre de las mayores intimidades con las cumbres del G.P.U. se expresaba así en el Pleno ya mencionado de Lérida (enero 1938):

Los sindicatos no pueden ser apartados de la dirección económica del país. En primer lugar, porque el *Gobierno no tiene aparato económico bastante bien montado aún* para tomar él solo toda la responsabilidad de la dirección. Por otra parte, Cataluña es un país de arraigada y antigua tradición sindical. Nosotros no podemos quemar las etapas ni violentarlas. *Hoy es absolutamente necesario que las centrales sindicales intervengan en la dirección económica del país.* (Subrayado por mi).

El mecanismo de la contrarrevolución en su aspecto económico está claramente expuesto aquí por Comorera. Se trata de algo nuevo, como veremos después. Por una parte, el Estado capitalista, en cuyo nombre habla el orador, no tiene aún el aparato necesario para eliminar toda intervención obrera, por otra, las tradiciones sindicales de Cataluña, después de un 19 de Julio y a pesar de un Mayo del 37, siguen siendo lo suficientemente fuertes para no dejarse eliminar por voluntad de Comorera y sus semejantes. En consecuencia, la única táctica posible con vistas a los intereses del sistema es que el Estado se sirva del control obrero o sindical en las fábricas para salvar los intereses colectivos del capitalismo, mientras prepara el aparato económico que le permita prescindir por completo del control obrero, y devolver las fábricas a los burgueses o retenerlas completamente como propiedad del Estado.

Un gobierno revolucionario, lejos de pensar en prescindir de la intervención obrera en la dirección económica, debe aumentarla continuamente hasta la desaparición del Estado y el establecimiento del sistema administrativo comunista, de componentes iguales económicamente. Cuando Comorera hablaba, la mayoría de las colectividades industriales, sistemáticamente empobrecidas por el boicot gubernamental, habían capitulado poniéndose en manos del Estado. El reconocimiento expreso hecho por el hombre de Stalin, de la incapacidad técnica del Estado, es una prueba adicional de lo poco que importaban los intereses de la producción, de los que la guerra dependía estrechamente, a él y a todos los nuevos reaccionarios con él coaligados. No se trataba de otra cosa que de consumir, costase lo que costase, la expropiación del proletariado. Después, el Estado expropiador devolvería «sus legítimas propiedades» a los burgueses individuales, o bien seguiría poseyéndolas como propiedad nacionalizada. Pero en ambos casos la revolución quedaba destruida y el capitalismo como siempre salvado.

Es ése el elemento nuevo que la contrarrevolución en España, fundamentalmente stalinista, aporta al acervo ideológico del proletariado mundial. La nacionalización se reveló un arma reaccionaria de expropiación de los productores, y el control obrero de la producción algo susceptible de ser empleado en el mismo sentido, paralelamente a la nacionalización y gracias al oportunismo de las direcciones sindicales. En la obra de nuestros gobiernos, sea el de Caballero, el de la Generalidad o el de Negrín más acusadamente, concurrían dos factores. Por un parte, necesitaban quitar la economía al proletariado, pues debían probar a todas las capitales reaccionarias, desde Washington hasta Moscú, que estaban haciendo recular la revolución, y como por lo general no había capitalistas a quienes devolver propiedades, el único recurso para arrancarlas al proletariado era nacionalizarlas. Por otra parte, es en una economía nacionalizada donde la burocracia surgida de la clase obrera encuentra una función más útil y permanente al servicio del Estado capitalista. Entre ella y el Estado se produce una fusión que cambia por completo el papel desempeñado hasta ahora por la burocracia obrera. De oposición de izquierda dentro del sistema capitalista, pasa a convertirse en uno de sus estamentos, con lo que se abre una nueva perspectiva de solución reaccionaria a la vieja y decadente sociedad.

Siguiendo pues los intereses de la reacción mundial, los burócratas stalinistas y reformistas no dejaban de contar con los suyos particulares. A cambio de destruir la revolución procuraban adquirir un puesto permanente dentro del Estado y del mecanismo económico capitalista, tal vez aligerado de propietarios individuales, pero no menos reaccionario y opresor. El capitalismo no desaparece porque la industria deje de ser propiedad individual, pues su característica esencial es la privación de los instrumentos de trabajo en que mantiene a los trabajadores, cuya fuerza de trabajo compra como una mercancía cualquiera. Por eso la nacionalización en nada cambia el sistema, si es que no refuerza sus rasgos opresores, y en momentos de revolución se presenta como el mejor medio de expropiación del proletariado.

El éxito de esa profunda maniobra reaccionaria, cuando empezó a ser puesta en práctica, inmediatamente antes de las jornadas de Mayo y después más generalmente, dependía en sus tres cuartas partes de la actitud que adoptasen la

C.N.T. y la U.G.T., las dos centrales sindicales. La partida estaba de antemano perdida para el proletariado y la revolución del lado de la U.G.T., bien habituada como estaba a someterse al Estado. No así del lado de la C.N.T., la cual, con altibajos, oportunismos y aventurismos, había sido, hasta la guerra civil, una central sindical combativa y en general fiel a la lucha de clases. Pero, una vez que los dirigentes anarquistas prefirieron la colaboración con el Estado capitalista a la lucha por un poder -proletario, y sobre todo, después de su actitud en Mayo, ¿por qué iban a oponerse a que el Estado nacionalizase las industrias? Mientras tuvieron armas, los obreros habían rechazado la nacionalización, despidiendo con cajas destempladas a los representantes gubernamentales que se presentaban en las fábricas. Todavía después de Mayo hubieran logrado retener la industria si hubiesen contado con el apoyo de sus organizaciones. Mas la C.N.T. consintió en sumarse a la U.G.T. para prestarse al control sindical que pedía Comorera. Y el Estado capitalista tuvo por gestores económicos a dirigentes sindicales de las dos centrales.

Tanto en la U.G.T. como en la C.N.T. el capitulacionismo dirigente halló resistencia en la base, mucho más en la segunda que en la primera. Pero en ninguna de las dos la oposición logró encontrar una expresión orgánica idónea. En la U.G.T. a lo más que se llegó fue a la famosa escisión, que aún dura, entre Largo Caballero y los elementos staliniano-negristas. Caballero no tenía ninguna divergencia de principio con la política gubernamental. Sólo era opuesto a la preponderancia stalinista en el Gobierno y el ejército. Sus ideas respecto al destino de la economía eran idénticas a las del gobierno Negrín-Stalin: nacionalización y control por el Estado. Durante el gobierno de Caballero empezó a quitarse industrias a los trabajadores en Madrid, Valencia y otros sitios. Sin embargo, la oposición de Caballero hubiese podido desempeñar aún un importante papel revolucionario lanzándose a fondo contra el stalinismo. Pretextando intereses de guerra, Caballero renunció a la lucha, cuando precisamente el interés máximo de la guerra exigía la lucha. En realidad no tenía ninguna política revolucionaria que oponer. Pero el oportunismo no deja nunca de encontrar pretextos de apariencia honorable. Con ello, la oposición caballerista, nacida del descontento de los mejores elementos ugetistas y socialistas, fue desvirtuada, castrada y devuelta al tradicional remanso reformista.

En la C.N.T. surgió desde antes de Mayo, la oposición denominada «Amigos de Durruti». Por causas ya dichas en otro capítulo, no logró madurar con la rapidez necesaria a pesar de contar con la simpatía de la inmensa mayoría de los afiliados. Después de Mayo, la policía colaboraba muy eficazmente con los altos dirigentes derechistas de la C.N.T., en la persecución de los «Amigos de Durruti». A más de esto, los burócratas pseudoanarquistas hubieron de vencer casos particulares de oposición suscitados ya directamente por la base, ya por los comités medios e inferiores o por las Juventudes Libertarias. Pero con ayuda de la represión gubernamental, toda oposición sindical fue rota o reducida a proporciones insignificantes. Los capítostes de la U.G.T. y de la C.N.T. pudieron llegar a concretar en un pacto su política de auxilio a la contrarrevolución económica, por medio de la nacionalización.

La significación verdadera del pacto firmado entre las dos centrales sindicales fue convertir oficialmente la C.N.T. en organismo auxiliar del Estado capitalista; la U.G.T. ya lo era antes. Todo el pacto era beneficio para s y reformismo. En él se materializaban las palabras citadas de Comorera: puesto que el Estado no dispone ahora de elementos suficientes y los obreros aún son algo fuertes, las centrales sindicales deben colaborar en los designios del Estado. En efecto, el pacto no se comprometía a pedir la legalización de la expropiación de la burguesía y de los grandes terratenientes, mucho menos a liquidar el capitalismo. Se limitaba a pedir «la nacionalización de las minas, ferrocarriles, industria pesada, navegación de altura, banca y de aquellas otras industrias que se consideren de necesidad para la reconstrucción *nacional*, después de aprobada aquella por los organismos competentes del Estado». El punto siguiente (número 7 del párrafo «Industria»), recalcaba: «Para la puesta en marcha de este plan de nacionalización industrial, así como para la organización y planificación general de la producción, la U.G.T. y fa C.N.T. propugnan la formación inmediata de un Consejo Superior de Economía, dentro del Estado y con participación de las dos centrales sindicales». Y a continuación: «El Gobierno legislará en materia económica de acuerdo con el Consejo Nacional de Economía. El Consejo Nacional de Economía establecerá un servicio de inspección del trabajo en todas las manifestaciones productivas». Y el pacto terminaba con una adición en que la U.G.T. declaraba no ser contraria a la incorporación de la C.N.T. al Gobierno, y juntas prometían estudiar el problema de la incorporación de la C.N.T. al frente popular. Es sabido que la cosa terminó efectivamente con la incorporación oficial de la C.N.T. ô práctica desde Julio de 1936ô a la traidora táctica proclamada por Dimitrov en el VII congreso de la Internacional Comunista.

El Estado, el Estado, el Estado; he ahí el término último y verdadero de todos los problemas. Si la C.N.T. hubiese discernido la naturaleza de clase del Estado existente en España seguramente no habría aportado su importantísimo

socorro al triunfo de la contrarrevolución. Antiestatal antes de la guerra, ésta le hizo hincar la cabeza en un stalinismo plenamente capitalista. No necesito volver a demostrar que el Estado destruido por la insurrección de Julio, y rehecho por el frente popular con la colaboración de las demás organizaciones obreras, era de carácter capitalista. Su intervención en el ejército, en la guerra, en la política, en la economía, llevaba el sello de su carácter de clase. La nacionalización, que C.N.T. y U.G.T. pedían al Estado, era precisamente lo que éste necesitaba para impedir la marcha de los obreros al socialismo. Stalinistas y socialistas, más conscientes que el anarquismo de los caracteres de clase del Estado, y determinados a cortar el paso a la revolución proletaria, no podían ver en las peticiones del pacto sino una excelente garantía antirrevolucionaria, la mejor posible en vista de la ausencia casi general de los burgueses individuales. El Estado burgués debía representarles; las centrales sindicales auxiliarle. La C.N.T. era temida por stalinistas, reformistas y burgueses en general por su antigua tradición revolucionaria y por el arraigo que entre las masas tenía. Sujetarla al círculo capitalista del frente popular daría por doble resultado desarticularla como fuerza revolucionaria y comprometer la dirección a luchar contra las tendencias revolucionarias de base. Ese proceso de sujeción empezó, de hecho, aún antes de Julio de 1936, aumentó inmediatamente después de él y se completó tras las jornadas de Mayo. El pacto C.N.T. U.G.T. no hacía más que rubricar y dar estado legal al hecho consumado paulatinamente desde la constitución del frente popular.

Lejos de ayudar a los obreros a conservar y defender sus posiciones económicas, el pacto prestaba a la nueva reacción el auxilio indispensable para consumir completamente la expropiación de los trabajadores, sobre la base de un capitalismo de Estado. El cerco en torno a las colectividades se acentuó. Una tras otra, las colectividades industriales iban capitulando y entregándose al Estado. Las propias colectividades agrícolas, que por su naturaleza podían defenderse mucho mejor, sintieron las consecuencias del sabotaje gubernamental. También ellas estaban destinadas a ser asfixiadas o a reducirse a la categoría de organizaciones cooperativas, como tantas otras existentes en diversos países dentro del sistema capitalista de propiedad. La C.N.T. lo reconocía así implícitamente cuando en el pleno económico celebrado en Valencia proyectó la creación de un Banco Confederal. La idea carecía por completo de sentido si la economía en su conjunto se hubiera orientado en sentido socialista. Todo el capital financiero español habría estado a la disposición de la organización económica proletaria. En manos del Estado, ese capital se aplicaba a destruir las incipientes formas socialistas de propiedad. Las proposiciones mismas del pleno citado lo reconocían al querer subsanar la falla del capital financiero con un capital financiero de uso exclusivo de la C.N.T. Como remedio era disparatado, tan disparatado como si el proletariado, para acabar con el capitalismo, se propusiera hacer negocios por su cuenta con el intento de apoderarse de todas las empresas. Pero como síntoma político, más que disparatado, era una renuncia expresa a la expropiación general del capitalismo, y una carta de crédito a la contrarrevolución frentepopulista para que continuara sin temor de oposición su labor restauradora.

No se nos enfaden los anarquistas; al menos los anarquistas verdaderos quienes seguimos considerando revolucionarios, si bien torcidos en cuan se refiere al apoliticismo y al Estado. Durante la guerra civil, cuando la expropiación general de la burguesía era un hecho consumado, el único paso revolucionario que podía dar el proletariado era la organización planificada de la economía que tenía en sus manos. Para ello necesitaba apoderarse también del capital financiero, que no llegó a estar en sus manos ni siquiera inmediatamente después de Julio. Ponerse a hacerle competencia, cual pretendía la proposición de Banco Confederal, equivalía a reconocerle el derecho a la existencia independientemente del proletariado, es decir como tal capital financiero. No exagero pues un ápice, al escribir que la C.N.T. renunciaba a la expropiación general del enemigo, conformándose con adquirir un cierto rango económico dentro del sistema general capitalista. La C.N.T. se comportó como una organización corporativa, pero en manera alguna como una organización que tiene por objeto único, obsesivo, la destrucción del capitalismo y el triunfo de la revolución socialista. Cito sólo el ejemplo de la C.N.T. porque, a pesar de todo, seguía siendo una central sindical más radical que la U.G.T. No quiere decir en manera alguna que no condene yo terminantemente la actitud de ésta. Significó únicamente que si la actitud de la organización sindical más izquierdista, la convirtió en cómplice consciente o inconsciente del restablecimiento capitalista en España, la U.G.T. fue el cebo con cuya alianza (sindical, «apolítica» y otras zarandajas con que los anarquistas se dejan impresionar), se hizo tragar a la C.N.T. el anzuelo de la colaboración. La verdad estricta obliga a decir que la C.N.T. fue durante la guerra civil un instrumento del capitalismo de Estado, aspiración suma de la reacción stalino-reformista. Los militantes que han dado a esa central sindical energías, entusiasmo y fe inquebrantable durante años, se indignarán quizás al leer lo anterior. Me veo obligado a reafirmarlo pensando particularmente en el valor revolucionario de la militancia confederal. Y no precisamente, como

pensarán ingenuos o truculentos apolíticos, con la intención de destruir la C.N.T., sino con la de salvarla como central sindical revolucionaria.

Volvamos a las palabras iniciales de este capítulo. ¿Lo determinante en la sociedad es el poder político o el poder económico? No creo que haya un solo obrero revolucionario español, entre quienes han vivido la experiencia de la guerra civil, que pueda dudar a este respecto. Y al escribir esto me refiero muy especialmente a los anarquistas.

Con toda certidumbre, puede asegurarse que las intenciones *íntimas* de los dirigentes anarquistas no eran dar el triunfo al capitalismo ni renunciar a la revolución socialista. Durante el primer semestre de 1937, cuando la lucha entre la revolución y la contrarrevolución estaba todavía decidiéndose, los dirigentes de la C.N.T. sacaron a relucir una consigna: «Todo el poder económico al proletariado». Y se quedaron satisfechos como una parturienta. Su intención subjetiva, concorde con sus ideas, era ésta: Que los políticos hagan lo que quieran; nosotros vamos a apoderarnos de la economía, como apolíticos que somos, y así haremos la revolución proletaria. Sus falsas nociones teóricas les llevaban a considerar la economía y la política como dos mundos diferentes, sin ninguna relación entre sí. Pero la política, quisieranlo o no, se les metía por todos los poros a los dirigentes anarquistas. Allí estaban, particularmente, los políticos stalinistas, reformistas y republicanos, pidiendo ayuda a los apolíticos para rehacer el desvencijado Estado. Al ver los apolíticos las funestas consecuencias de su ayuda, dieron la consigna: «Todo el poder económico al proletariado», pero sin dejar ellos de colaborar con el Estado capitalista. En realidad los líderes anarquistas no trataban más que de aligerar su conciencia con esa consigna, pues siendo grata a las masas, desviaba la atención de ellas del verdadero problema. ¿Quiénes eran enemigos de la economía socialista sino el Estado y los hombres con quienes la C.N.T. colaboraba? Si realmente la C.N.T. hubiese estado decidida a defender el poder económico del proletariado, se habría planteado necesariamente la necesidad de luchar contra el poder político capitalista. Ya entonces sabía por experiencia cuán imposible es rehuir el problema del poder. Junto a su consigna económica habría aparecido, como coronamiento indispensable, esta otra: «Todo el poder político al proletariado».

La economía había estado en manos del proletariado y los campesinos durante meses. La consigna de la C.N.T. era entonces un hecho. Cuando la puso en circulación, vísperas de Mayo y después, ya empezaba a dejar de serlo. Por eso no se la puede considerar más que como una concesión verbal arrojada a la angustia del proletariado. Bien pronto, la dirección cenetista olvidaría su propia consigna, como tantas otras frases revolucionarias que en medio de su colaboración hizo, para limitarse a pedir la organización del capitalismo de Estado en el *Pacto C.N.T. - U.G.T.* y una cartera en el malhadado gobierno Negrín. En una palabra, la posesión por el proletariado de la economía no impidió a la nueva contrarrevolución triunfar en todos los aspectos, porque para impedirlo era también necesaria la posesión del poder político, factor decisivo en la transformación económica revolucionaria.

No menos clara aparece la relación entre lo político y lo económico si se contempla lo acaecido en España desde el punto de vista del capitalismo. Puede decirse que al principio de la guerra civil el poder económico estuvo en manos del proletariado, puesto que el propio capital financiero no podía usarlo el Gobierno sino por consentimiento de los líderes obreros. Al capitalismo no le quedaba más que una sombra de poder político representado por el stalinismo y el reformismo. Sólo eso, le bastó para reconstituir todas las relaciones sociales capitalistas, desde el gendarme hasta la propiedad. Ya hemos visto por qué medios y con ayuda de quiénes. Igual que para la revolución, el poder político es decisivo para la contrarrevolución capitalista.

Las colectividades agrarias constituyen una de las más positivas experiencias hechas en España. El proletariado industrial es socialista por imperativo de la función, que desempeña. Su lucha contra la clase capitalista le conduce inmediatamente a la socialización de los medios de producción. No ocurre lo mismo con el campesinado, ni aun siquiera con los jornaleros agrícolas, tan numerosos en todo el sur de España. La emancipación económica les aparece inmediatamente como un problema individual, a resolver convirtiéndose en propietarios de tierra. Particularmente en los países atrasados, donde la masa campesina no ha hecho aún la experiencia de la pequeña explotación, ni existen medios técnicos suficientes para convertir la labor en una gran operación industrial, la masa pobre agrícola es empíricamente empujada a buscar la solución individual, más que la socialista. Pero la educación revolucionaria contrarrestó poderosamente en España las tendencias individualistas del campesino, induciéndolo desde el primer momento a la solución socialista.

La revolución rusa, una vez pasado el período de entrega de la tierra a los campesinos, encontró en éstos graves dificultades. Carentes de una educación socialista, tendían naturalmente a la acumulación privada mediante sus respectivos lotes. El gobierno revolucionario tenía que contrarrestar esa tendencia al mismo tiempo que se esforzaba en crear medios técnicos y una educación susceptible de preparar la socialización del agro y de asegurar la colaboración inmediata entre éste y la ciudad proletaria. Agravado el problema por el monopolio stalinista del poder, la contradicción o desnivel entre proletariado y campesinado condujo a la deportación de millones de campesinos, a la destrucción de aperos de labranza y al degüello de millones de cabezas de ganado como oposición a la colectivización forzada que el gobierno stalinista impuso.

Después de la experiencia de las colectividades agrícolas, puede asegurarse que la revolución española no tropezará con esas dificultades. La mayoría del campesinado se reveló socialista desde el primer momento; prefirió trabajar en colectividad a poseer su propio terreno. La alianza entre la ciudad y el campo se situaba así en un terreno superior al circunscrito por la consigna: la tierra a los campesinos, posibilitando el empleo de esta otra: socialización del agro. En ese terreno, obreros y campesinos adquieren una base económica común, su vínculo de alianza es socialista y no está limitado sino por las dificultades técnicas para industrializar el campo y hacerlo pasar de la etapa de las colectividades o propiedad de grupo, a la etapa de la socialización en escala nacional. Cuando la agricultura sea convertida en rama de la industria y los trabajadores agrícolas en proletarios, la revolución no tendrá que temer ningún terribor. El grado de educación socialista de que dieron pruebas los campesinos españoles por medio del movimiento de las colectividades promete obviar muchas dificultades a la revolución triunfante.

El movimiento de las colectividades tuvo mucha mayor importancia y significación porque, como todo el mundo sabe, fue impuesto por los campesinos contra la voluntad, las maniobras, el boicot y el terror gubernamental. Desde el Ministerio de Agricultura el stalinista Uribe se esforzaba en crear condiciones económicas que probaran el fracaso de las colectividades, organizaba sindicatos agrícolas reaccionarios, paralizaba el transporte de productos o impedía que las colectividades se abastecieran en una región de lo que les faltaba en la propia. Las colectividades agrícolas siguieron su marcha. Aunque debido a éstas y otras dificultades la gestión económica de algunas no era muy brillante, la idea socialista prevalecía sobre el resultado material inmediato. ¡Hecho de gran valor revolucionario! No se olvide que si la base objetiva para el triunfo de la revolución debe ser dada por la evolución material, el elemento humano o subjetivo es lo decisivo. Que este último hubiera penetrado hasta el campo en el grado en que penetró en España, constituye una verdadera hazaña y una promesa grandiosa. Stalinismo y Gobierno, levantando las tendencias individualistas y reaccionarias del campesino, nada o muy poco pudieron contra sus sentimientos socialistas. De haber sido ayudados por un gobierno revolucionario, los campesinos hubiesen socializado pronto toda el área cultivable del país.

Llevando hasta el extremo máximo posible su designio antisocialista, el gobierno Negrín quiso acabar militarmente con las colectividades agrícolas en la región donde eran más numerosas y fecundas, en Aragón. Para ese cometido repugnante se eligió a un hombre adecuado. Fue el cretino stalinista Lister o dogo humilde de Contreras, el «comandante Carlos», importante jefe de las bandas asesinas de la G.P.U.ô , el encargado de obligar a los campesinos aragoneses a convertirse en propietarios capitalistas. Con la bestialidad distintiva del stalinismo, Lister irrumpió en Aragón con sus tropas, cual si se tratara de país enemigo, disolviendo por la fuerza las colectividades y obligando a los campesinos, pistola en mano, a adquirir la propiedad de la tierra. Hasta ahora, la historia conoce millones de casos en que la propiedad individual ha sido defendida o adquirida con las armas en la mano, pero no conocía ningún caso en que se hubiera tratado de hacer propietaria a toda una clase, obligándola con amenaza de muerte. Para verlo ha sido necesaria la presencia del stalinismo.

Quizás el stalinismo llegó a creer que los campesinos eran realmente enemigos del socialismo y que el partido de la G.P.U. alcanzaría gran popularidad entre ellos distribuyéndoles la tierra. Sólo logró aumentar su ya muy extendida impopularidad. La mayoría de los campesinos eran enemigos de la propiedad privada por convicción. Apenas se alejó Lister de territorio aragonés, las actas de propiedad fueron rotas y reconstituidas la mayoría de las colectividades. Este constituye, junto con las jornadas de Mayo, uno de los episodios más ejemplares de la revolución española. Los campesinos aragoneses hicieron una nueva afirmación de sus ideas socialistas a pesar del terror gubernamental y del organizado boicot económico de que fueron objeto. La importancia de la educación revolucionaria reveló su decisividad. Si el campesino español se hubiese encontrado al mismo nivel de desarrollo ideológico que el ruso, la labor de un Lister y del stalinismo en general habría encontrado un apoyo sólido en el campo, en detrimento del

proletariado urbano. En su primera etapa, la contrarrevolución ha tomado siempre pie en el campo contra la ciudad. El espíritu revolucionario de los campesinos españoles en general, vivamente manifestado por los aragoneses, obligó a la contrarrevolución a buscar sus apoyos en otra parte: la pequeña burguesía urbana y rural, los oficiales de los cuerpos armados anteriores a Julio, los burócratas políticos y sindicales, los reaccionarios y fascistas amedrentados. Fueron estas colaboraciones las que dieron el triunfo a la contrarrevolución frente-populista.

La derrota no quita valor al ejemplo dado por los campesinos. Hasta ahora, la alianza de éstos con el proletariado, particularmente en los países con restos de organización agraria feudal, planteábase en un terreno desigual. En el terreno industrial y urbano, expropiación de la burguesía (medidas socialistas); en el campo, distribución de la tierra a los campesinos (medidas democrático-burguesas). La revolución española ha revelado que puede plantearse, al menos en España, la alianza del proletariado y los campesinos sobre una base socialista. Las insuficiencias técnicas del país pueden ser suplidas provisionalmente por la suficiencia revolucionaria del campesinado.

La lucidez socialista de los campesinos aragoneses llegó hasta comprender la necesidad de una coordinación económica entre sus colectividades y las colectividades industriales del proletariado. Del campo vino la primera iniciativa en ese sentido, proponiendo un solo sistema de producción y administración para todas las colectividades. Por propia experiencia, la idea se impuso también a las colectividades industriales. Pero era absolutamente irrealizable sin la posesión íntegra del poder político por el proletariado y los campesinos. Cuando la idea llegó a ser más o menos clara, ya el Estado capitalista expropiaba al proletariado y el armamento, los órganos de poder y la energía revolucionaria de éste habían sido destruidos en Mayo.

Por una parte, la sumisión de las organizaciones obreras al Estado capitalista destinaba las colectividades a la muerte; por otra parte, la inercia socialista de las colectividades llevaba consigo la necesidad de destrucción del poder político existente. Pero en él se incluían «socialistas», «comunistas» y «anarquistas», las tres tendencias a las que pertenecían la casi totalidad de los obreros integrados en las colectividades. Había una contradicción flagrante entre las necesidades de la colectivización, y la actitud de las organizaciones a las que pertenecían los colectivizadores.

Resumiendo, el proletariado cometió un error dejando a las colectividades producir y administrarse independientemente unas de otras, y no expropiando también el capital financiero, savia del sistema capitalista. Debió unir todas las colectividades en una sola, con una caja única y una administración central democráticamente elegida por la totalidad de las unidades productoras. Así, organizada la economía en un solo sistema, hubiera podido plantear la producción para satisfacer lo mejor posible las necesidades de la guerra, y las de la futura expansión de la industria y del consumo de la población. La planificación socialista debe combinar necesariamente el desarrollo industrial con el consumo de las masas y su libertad política. Sin esa condición no puede verificarse la unión de los productores con los instrumentos de trabajo, meta de la revolución social. Habiendo cometido el error de no pasar a la planificación socialista, el proletariado español condenaba las colectividades a la desorganización, a los abusos en su interior, y daba a los enemigos de la revolución argumentos para combatirlos en nombre del capitalismo.

Pero el origen de ese error, y lo que más tarde impidió al proletariado pasar de las colectividades a la planificación socialista, fue el no haber tomado para sí todo el poder político, destruyendo por completo el Estado capitalista. En factor político es, con mucho, el decisivo en épocas revolucionarias. Si el proletariado hubiera tomado en sus manos firmemente el poder, todos los errores y pérdidas ocasionados por la dispersión económica de las colectividades se habrían subsanado positivamente, porque la idea de la planificación se presentaba como una consecuencia necesaria de la situación.

Así como frente a los Comités-gobierno se erguían stalinistas y reformistas como representantes del viejo Estado, así aparecieron también como representantes de la propiedad capitalista frente a las colectividades. Aprovecharon sus defectos e inventaron calumnias contra ellas, con el único fin de restituir la propiedad a los moldes capitalistas. Habiendo logrado afirmarse como poder capitalista, se afirmaron también como guardadores de la propiedad capitalista. La nacionalización practicada por ellos era la revancha económica de la contrarrevolución; el control obrero que a las centrales sindicales pedían, un instrumento de la misma; y la planificación de que gustaban hablar como señuelo, era una economía capitalista dirigida, prenda de su fusión permanente con el decadente sistema actual de producción y distribución. El proletariado mundial encontrará en la experiencia de la revolución española importantes advertencias contra la futura labor reaccionaria del stalinismo y el reformismo. ¡Alerta contra su nacionalización y su control obrero!

Ya triunfante, después de Mayo, la nueva reacción acaudillada por el stalinismo, ésta empezó a devolver propiedades a los antiguos capitalistas, en prueba de que su representación estatal había sabido ser efectiva. Pero Negrín se veía obligado a dar cada vez más garantías a la reacción mundial. No bastaban algunas decenas de propietarios restituidos. Era necesario establecer un principio general. En consecuencia, el mes de octubre de 1938, el gobierno Negrín (primero en Europa a las órdenes de Stalin) promulgó un decreto garantizando la devolución de sus bienes a los antiguos propietarios y el respeto a los derechos de todo el mundo, es decir, a los derechos de los herederos de los capitalistas ajusticiados por el proletariado. Y en un acto de ostentación de unidad nacional, el decreto se comprometía a devolver propiedades a cuantos las reclamaran directamente o por intermedio de persona debidamente autorizada. Desde la zona franquista, todos los propietarios que habían poseído fábricas, tierras, minas, capitales en acciones o en metálico, podían recuperarlos otorgando poder a cualquier persona radicada en nuestra zona o en otro país.

¿Qué puedo decir como comentario, sino recordar las consignas que permitieron llegar a semejante resultado? Helas aquí: «Menos comités y más pan», «todo el poder para el Gobierno», «todas las armas al frente», «alto a la colectivización», «guerra de independencia nacional», «nacionalización de la industria», «los trotskistas, y los anarquistas que hablan de revolución social, son agentes de Franco», etc., etc.

CAPÍTULO IX

EL EJÉRCITO

La historia del ejército, de su constitución, de sus avances y de sus retrocesos, de su elevada moral o de su desmoralización, es una réplica de la historia de la retaguardia. Por eso he dejado el tema para tratarlo en uno de los últimos capítulos. Contrariamente a quienes explican militarmente nuestra derrota, los revolucionarios afirmamos que ella procede, ante todo, de la política seguida en Madrid, Valencia y Barcelona, sin hablar del sub-gobierno frailuno de Bilbao.

Dejemos a los Tartufos propagar a los cuatro vientos que los medios militares lo deciden todo. La mentira es una necesidad de sus intereses reaccionarios. La interpretación materialista y revolucionaria parte de este otro principio: lo militar, aspecto parcial de la vida y los fenómenos sociales, es determinado y decidido por el todo social, condensado en lo político. La causa explica el efecto, y aunque en determinadas circunstancias la causa pueda ser explicada también por el efecto, éste nunca podrá determinar a la otra.

Queda expuesto ya, en el capítulo relativo al 19 de Julio, que el triunfo de la contrainsurrección proletaria, desarmando a la burguesía y armando al proletariado, destruyó por completo la sociedad burguesa y sus instituciones. Todo partió, precisamente, del aniquilamiento de los cuerpos armados burgueses: ejército, guardia civil, guardia de asalto, carabineros, guardias municipales. Apenas armado, el proletariado creó embrionariamente los elementos coercitivos necesarios a la revolución socialista: milicias de combate, milicias de retaguardia, patrullas de control. En una sociedad dividida en clases, las armas son el complemento, el sostén indispensable de la propiedad. Pero en esta hora de lucha suprema entre la reacción capitalista y la revolución social, agotadas todas las posibilidades de progreso por el canal de la propiedad privada, el sostén principal del capitalismo es la violencia practicada por medio de sus institutos armados. En la actualidad, ninguna política puede ser considerada como revolucionaria si no tiende a producir el hecho decisivo: desarme y disolución de los cuerpos capitalistas, y armamento del proletariado.

La política del frente popular había impedido a las masas españolas tomar la iniciativa de armarse y desarmar a la burguesía. El hecho se produjo automática y ciegamente, por la concatenación de circunstancias que impidieron al frente popular pactar con la reacción e hicieron inevitable el choque armado entre aquella y la población pobre. La importancia mundial del 19 de Julio español consiste precisamente en que el proletariado y el campesinado pobre, encañonada la espalda por dos de sus organizaciones, desorientado o mal dirigido por otras dos, logró arrebatarse las armas a la burguesía, derribando con ese solo golpe todo el andamiaje de la sociedad capitalista. Sin seguir este ejemplo, el movimiento obrero mundial no alcanzará nunca la revolución.

Los Tartufos, que reducen las causas de nuestra derrota a la superioridad militar de Franco, tratarán de interpretar lo anterior como una confirmación de su tesis. No, señores de la unidad nacional. La tesis revolucionaria sostiene la necesidad de armar al proletariado y desarmar al capitalismo, mientras que vosotros os opusisteis a lo uno y a lo otro; la tesis revolucionaria sostiene que el armamento del proletariado, organizado, habría garantizado la revolución, mientras que vosotros, desde el 20 de Julio empezasteis a organizar el desarme del proletariado y la reconstitución de las instituciones coercitivas capitalistas, para poder destruir en seguida las conquistas de la revolución; la tesis revolucionaria sostiene que la efectividad militar de las armas se multiplica puestas al servicio de la revolución, mientras que vosotros, estrangulando la revolución, redujisteis al mínimo la efectividad de las armas; vosotros, a la técnica militar de Franco, expresión tradicional de las necesidades capitalistas, opusisteis la técnica militar como medio de conservar una democracia burguesa que la burguesía había rechazado categóricamente. Arma contra arma, la

reacción tenía la superioridad; pero arma reaccionaria contra arma revolucionaria, a la segunda correspondía la ventaja. ¿Qué era el conflicto militar sino la expresión violenta del conflicto social? Cada parte tenía su arma política correspondiente, razón y alma de las armas de fuego. Destruyendo la revolución, vosotros, Tartufos de la técnica militar por encima de todo, hicisteis añicos el arma única que garantizaba una superioridad abrumadora sobre Franco.

En las milicias obreras salidas del combate mismo contra la reacción, se insinuaba sin dejar lugar a equívocos el ejército proletario indispensable a la revolución socialista, como en los comités se insinuaba la forma de poder socialista, en los tribunales y las ejecuciones por iniciativa de abajo la justicia revolucionaria¹⁰³ y de la misma manera que en las milicias de retaguardia y en las patrullas de control, aparecía el elemento básico de la vigilancia obrera contra los enemigos de la revolución socialista.

Sobre la base de las milicias de combate pudo organizarse un ejército de la clase obrera y los campesinos pobres, de carácter socialista e internacionalista. Era la dirección apuntada por el carácter mismo de las milicias. En realidad no se podía hacer otra cosa sin contradecir su tendencia natural, lo que forzosamente había de producir desorganización, pérdida de su capacidad combativa y desánimo general. «El ejército español propiamente dicho ô venía a decir una publicación cuartainternacionalista en el mes de diciembre de 1936ô es el ejército de Franco. Brazo armado de la burguesía, ha obedecido a los intereses de la misma lanzándose a la lucha contra la amenaza proletaria. No es misión del proletariado organizar un nuevo ejército *español*, tarea de la que ya se encargó Carlos III; a nosotros sólo nos cabe organizar un ejército regular proletario, socialista, y no español, sino *internacionalista*. Todos los esfuerzos que se hagan en competir en españolismo con Franco serán, más que vanos, contraproducentes para nosotros. En españolismo el ejército enemigo representa lo que podríamos llamar la legitimidad. Pero la inmensa mayoría de la población ibérica y mundial no puede sentir nada por el españolismo, ñoño y decadente, sí mucho por el socialismo y por el internacionalismo. Nuestra misión consiste pues, en organizar un ejército revolucionario, brazo armado de la revolución en España, y elemento solidario de los explotados en todos los países. Hacerle competencia a Franco en la organización de otro ejército español, equivaldría a sabotear nuestra lucha y hacer el juego de Franco».

La importancia decisiva del poder político se nos aparece por todas partes. La falla en el terreno militar es una consecuencia natural de la falla en el terreno político. Inmediatamente después del 19 de Julio, la formación de milicias particulares a cada organización (milicias socialistas, stalinistas, anarquistas, poumistas e incluso republicanas), era un grave defecto producido por la falta de preparación militar para la toma del poder político. No podían hallarse preparadas para ella organizaciones que, las unas infeudadas totalmente al capitalismo, las otras ingravidas y centrista, y la de más. allá «apolítica» y «anti-estatal», o estaban contra la toma del poder político por el proletariado o no veían la necesidad de ella. El 19 de Julio mismo fue iniciado como un movimiento defensivo de los trabajadores. El éxito logró transformarlo en gran ofensiva. No podía existir preparación militar revolucionaria allí donde no existía la idea misma de la toma del poder político. Y así como el 19 de Julio fue una improvisación combativa de las masas, las milicias fueron una improvisación militar, como los Comités una. improvisación de poder. El Estado capitalista, derrengado, no podía impedirlo. Debía tolerarlo y procurar que las improvisaciones no se convirtiesen en formas organizadas, de manera que el tránsito se operase a la inversa, volviendo a las formas capitalistas.

Entraba en lo previsible, más aún, en lo forzoso, que los partidos stalinista y «socialista» se convirtieran en la espina dorsal del capitalismo, una vez lanzados por la ventana los capitalistas mismos. Así será siempre que la burguesía se vea obligada a abandonar el primer plano. Es comprensible que obreros inexpertos sean engañados por organizaciones que ostentan un rótulo con la palabra «comunista» o «socialista»; pero no tienen la misma disculpa organizaciones que se consideran conscientes de la traición de aquellas dos. Stalinistas y reformistas debían aceptar e inclusive favorecer la formación de milicias particulares como mal menor. Lo importante para ellos era impedir la formación de un ejército regular revolucionario. Los «apolíticos» de la C.N.T. y los «marxistas» del P.O.U.M. se dejaron llevar, contentos de poseer legalmente algunas armas, y aceptaron la organización por milicias particulares a cada organización. So pretexto de no aislarse o con vanas palabras de lealtad (¿lealtad a quién?) aceptaron como sistema de organización permanente la existencia de milicias particulares. Pero el hecho importante en el proceso de la revolución residía en que las ideas e intereses capitalistas, introducidos al movimiento obrero por las direcciones

¹⁰³ Los «excesos» en la represión, deben ser puestos en la cuenta de las organizaciones que impidieron que los Tribunales Populares se convirtiesen en los únicos organismos de justicia. Para exigir disciplina a las masas, en este aspecto, es menester organizar una verdadera justicia revolucionaria. Restituyendo las leyes y los tribunales capitalistas, se inducía a las masas a tomarse la justicia por sus propias manos.

stalinista y reformista, se alzaban, valladar reaccionario, ante los intereses históricos y las más graves urgencias del movimiento revolucionario. Las milicias particulares permitían a stalinismo y reformismo, con la complicidad de la burguesía mundial y de la contrarrevolución rusa, dejar semi-desarmadas las milicias de la C.N.T. y el P.O.U.M. (caso del frente de Aragón) y armar perfectamente las suyas. ¿Y no encarnaban esas dos organizaciones, en aquellos momentos, todas las posibilidades reales y potenciales del capitalismo? Si anarquistas y poumistas, o bien cualquiera de los dos sectores aislados, hubiesen comprendido que las necesidades políticas y militares de nuestra guerra civil exigían imperiosamente la formación de un ejército regular revolucionario, no español, sino internacionalista, lejos de haberse prestado al juego tonto e insostenible de las milicias particulares de cada organización, habrían reivindicado la organización de aquel, imposibilitando el sucio juego posterior del stalinismo. Y por ese conducto, ya que no directamente por el conducto político, habrían comprendido la necesidad de organizar el nuevo poder del proletariado y los campesinos. Pero sabemos ya que toda la tragedia de la revolución española puede resumirse en esta síntesis: dos organizaciones «obreras», infeudadas al capitalismo, guiaban; otras dos, oportunistas por una razón u otra, seguían; el proletariado, resistente siempre, sacudido aquí y allá por movimientos instintivos, no podía encontrar un medio orgánico por el que expresar y concretar su potentísimo espíritu revolucionario. Así pudo darse esa formidable contradicción de que la mayoría de los militantes de cada organización obrase y pensase en contradicción con su organización misma. De ahí, también, que ninguna organización o grupo de organizaciones fuese capaz de arrebatar la mayoría a las organizaciones infeudadas al capitalismo y de polarizar hasta su extremo el proceso revolucionario, cual ha sido el caso en todas las revoluciones conocidas. Nuestros líderes semi-revolucionarios del anarquismo y el centrismo pudieron arrebatar la mayoría a los traidores y ni siquiera lo intentaron. Prefirieron plegarse a ellos, aunque refunfuñando. ¿En dónde está la razón principal de la derrota, en los traidores evidentes y reconocidos, o en quienes, refunfuñando, les seguían? Nosotros, que ya no creemos en fantasmas, optamos por lo segundo.

Una vez que C.N.T. y P.O.U.M., las dos organizaciones más radicales, desdeñando la toma del poder político por el proletariado, impidieron la rápida formación de un ejército regular revolucionario, e incapaces, igualmente, de deducir las necesidades de la toma del poder político de los imperativos militares de la guerra civil, quedaba el campo libre a la nueva reacción stalinista para retrotraer las milicias particulares a la forma de ejército regular capitalista.

Como en todos los demás aspectos, el stalinismo, ejerciendo de fuerza de choque de la burguesía, inició la campaña en pro de un ejército regular «popular y español». Nada podía oponersele, si no era otra campaña por un ejército regular revolucionario. Como ninguna de las organizaciones conocidas, salvo el pequeño grupo trotskista, quiso el segundo, fue imposible oponerse al triunfo del primero. La resistencia que los obreros y los milicianos opusieron, carente de organización, desautorizada y combatida por sus propias organizaciones, sólo podía conducir a la represión en el ejército, que no tardó en desencadenar el gobierno Negrín, mediante el S.I.M., la G.P.U. y el propio partido stalinista

La primera afirmación de la tendencia stalino-reformista fue la militarización de las milicias decretada por el gabinete Caballero. El efecto de esta medida fue lento al principio, debido a la carencia de los cuadros necesarios para aplicarla y a la resistencia espontánea de la mayoría de los combatientes. Sin embargo, dio estado legal a los métodos que habían de ser desarrollados más tarde por Negrín. Hasta entonces, la mayoría de los comisarios y oficiales de milicias eran democráticamente elegidos, y la elección recaía siempre en los mejores, inclusive tratándose de oficiales, que requieren aptitud particular. Los grados no llevaban consigo privilegios materiales ni distinciones honoríficas; únicamente responsabilidad mayor. En esas costumbres espontáneamente establecidas por la fraternidad de los combatientes, apuntaban reciamente las reglas sanas de un gran ejército revolucionario. La militarización detuvo y descompuso ese proceso de formación, reintroduciendo las costumbres, las distinciones materiales y jerárquicas, los abusos y la sumisión política a los mandos (apolitización en el lenguaje stalinista y reformista), propia de los ejércitos capitalistas. Comisarios y oficiales dejaron de ser elegidos por los combatientes; ese derecho fue adjudicado únicamente al ministerio de la Guerra. Los que habían sido democráticamente elegidos pudieron conservar sus puestos por sujeción más o menos completa a la política gubernamental, o, cuando menos, por ausencia de oposición perjudicial a la misma. En caso contrario, ya mandando el segundo «gobierno de la victoria», la vida estaba en juego... y se perdía muy frecuentemente.

El gobierno Caballero apenas tuvo tiempo de dar el primer empujón a la militarización. Derrocado por los mismos a quienes, huyendo de la revolución, favoreció tanto en el frente como en la retaguardia, ellos se encargaron o no sin

la pasividad de Caballero, de llevar a término la obra reaccionaria de la militarización, hasta lo que fue llamado hipócritamente «ejército popular».

Vencida la tendencia al poder obrero en lo político, la guerra entra, con los señores Negrín y Prieto aliados a los representantes de Stalin, en una nueva fase; la fase del reparto de mandos militares y comisariados entre los partidos más representativos de la contrarrevolución en nuestra zona; la fase de la presión política sobre los soldados en favor del partido stalinista y de la derecha reformista; de la destitución, el encarcelamiento o el asesinato de los elementos más revolucionarios del ejército, igual que se hacía en la retaguardia; de la propaganda de prestigio para determinados mandos, la mayoría de las veces afiliados al partido stalinista, las menos a la derecha socialista; de la separación entre mandos y soldados, por medio de repugnantes privilegios y abusos (comida, indumentaria, sueldo, distinciones honoríficas e inclusive malos tratos de los de arriba para los de abajo); la fase, en fin, de la apertura de determinados frentes por razones de prestigio político para stalinistas y socialistas de derecha y de sabotaje de otros en los que se hallaban en minoría los dos principales elementos de la contrarrevolución. Los intereses de la guerra civil no fueron tenidos en cuenta por el gobierno Negrín-Prieto-Stalin sino en cuanto coincidían con sus propios intereses antirrevolucionarios, es decir, muy pocas veces.

En el orden militar, la primera preocupación del gobierno resultante de la derrota proletaria en Mayo, fue el acaparamiento del comisariado y de los principales mandos por el stalinismo. Ya bajo Caballero se había hecho no poco en ese sentido, con tolerancia del presidente de Gobierno o al margen de él. En su discurso de Madrid, Caballero dijo que los mandos stalinistas y sus incondicionales socialistas ô Alvarez del Vayo el primero, no tenían empacho en falsificar órdenes y falsear procedimientos para obtener el nombramiento de gran número de comisarios propios. Según Caballero, más de mil comisarios stalinistas habían sido nombrados sin su autorización, antes que desapareciera su gobierno. De la misma forma el stalinismo había extendido, a incondicionales suyos, títulos de generales de división y de brigada con sueldos de veintidós mil y dieciséis mil pesetas. ¡La contrarrevolución no se hace gratis!

Es sabido que la causa inmediata de la destitución de Largo Caballero fue el no haber cedido bastante a las exigencias stalinistas, tanto en la cuestión de los mandos y comisarios militares como en la represión política contra las organizaciones más izquierdistas. Por esa negativa Caballero queda, indudablemente, muy por encima del stalinismo. Sin embargo, las medias palabras de ese único discurso después de su destitución revelan su propia culpa. Dos palabras del presidente del gobierno oficial al país hubiesen bastado para deshacer la maquinación stalinista. ¿Por qué no las pronunció Caballero? ¿Intereses de la guerra? No, sino intereses oportunistas. Porque el stalinismo representaba el polo más consciente, decidido y combativo de la contrarrevolución y resultaba imposible hacerle frente con éxito sin oponerle la revolución, para lo cual era necesario dirigirse a los Comités-gobierno, apoyarse en ellos, en las colectividades y en las milicias, contra el «todo el poder para el Gobierno», la nacionalización y el «ejército popular español». Incapaz de esto, Largo Caballero aceptó la dimisión y renunció a la lucha. El interés de la revolución me obliga a decirlo, sin dejar de reconocer que el reformista de izquierda Caballero fue incompatible con la criminal y reaccionaria inescrupulosidad stalinista.

En su discurso Caballero niega terminantemente que estuviese contra la institución del comisariado, que había sido reconocido legalmente por su gobierno. Sólo estaba contra el acaparamiento del mismo y contra la conversión del ejército en «instrumento de un partido». Pero nada dijo entonces, ni después, sobre la naturaleza del ejército y sobre la función del comisariado. Nada dijo a título personal, pero sí dijo e hizo en calidad de presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra. La militarización fue decretada por él; la campaña en pro del «ejército popular español» se inició también por él, y no necesito recordar su propio discurso a la reaccionaria manifestación que pedía «todo el poder para el Gobierno». El comisariado de que se declaraba partidario Largo Caballero no contradecía la idea de «ejército popular español», emanación de aquella otra que negaba la revolución social y el carácter civil de la guerra. Era un comisariado democrático-burgués, más verdaderamente que el del stalinismo, sí, pero no el comisariado de la revolución social.

Desde la revolución rusa, la palabra «comisario» lleva consigo una evocación sentimental revolucionaria. Sin embargo, el nombre no puede hacer la cosa, sino el contenido. Y el mismo nombre puede servir para designar dos misiones diametralmente opuestas. Durante la revolución rusa los comisarios desempeñaban, respecto de los mandos técnicos de origen capitalista, una función de control y vigilancia política; eran la representación de la revolución junto a los elementos técnicos que, siendo necesarios al ejército, no podían inspirar confianza ni a la base de éste ni a los dirigentes revolucionarios del mismo. Respecto de los soldados, el comisariado soviético de la época Trotsky y

Lenin desempeñaba la doble misión de ejemplaridad en el combate y en la disciplina y de animador de la actividad revolucionaria de los soldados. Los comisarios tenían por único privilegio «ser los primeros en el combate», según decía el decreto de los Comisarios del Pueblo que los instituyó. Un cometido semejante desempeñaron los representantes del Comité de Salud Pública cerca de los ejércitos revolucionarios franceses. Llevaban instrucciones expresas de vigilar a los mandos, de lealtad dudosa la mayoría, de familiarizarse con los soldados, preocuparse de que fueran satisfechas sus necesidades materiales y exaltar en general el espíritu revolucionario. Representantes de la revolución francesa y comisarios de la revolución rusa encarnaban los intereses y las ideas de la revolución contra sus enemigos en el ejército.

Pero el comisariado ha tenido también empleos reaccionarios. Cuando la revolución rusa pudo contar con su cuerpo de oficiales completamente adictos, los comisarios desaparecieron del ejército, por innecesarios. En efecto, si el proletariado pudiera contar desde el principio con cuadros suficientes de técnicos militares propios, el comisariado sería completamente superfluo. Su misión consiste en dar al ejército una dirección política revolucionaria, ausente en la oficialidad de origen burgués a que la revolución se ve obligada a recurrir. La historia ha mostrado ya, sin embargo, que la función del comisariado puede ser inversa. En la época de los procesos de Moscú y de los asesinatos en masa de la oficialidad del Ejército Rojo, Stalin reintrodujo bruscamente el comisariado. El nombre era el mismo que en la época heroica de la guerra civil; pero la función totalmente opuesta. Tanto los procesos de Moscú como los asesinatos y deportaciones de la oficialidad del ejército fueron principalmente dirigidos contra los elementos más fieles a la revolución. Aunque comprometidos con el terrores stalinista, se resistían a seguirle en su precipitada marcha contrarrevolucionaria. Los comisarios de Stalin tenían la misión de asegurar la contrarrevolución en el ejército, vigilando, mandando fusilar o deportando, tanto a los soldados como a los oficiales sospechosos de indocilidad. Lejos de activar la vida política entre los soldados, se proponían extinguirla, pues la indiferencia política de las masas constituye siempre un elemento indispensable a la reacción, cualquiera sea su forma. Hitler también ha hecho uso del comisariado, aunque sin darle ese nombre. Sobre todo, cuando, ya perfilada la derrota, la casta militar alemana, de origen junker casi toda, empezaba a sentir la necesidad de sacrificar a Hitler para amortiguar las consecuencias de la derrota. Los delegados del partido nazi en el ejército (más bien agentes de la Gestapo) tenían el ojo puesto, por una parte sobre la actividad revolucionaria de los soldados, y por otra sobre los oficiales que, siendo de dudosa fidelidad a Hitler, eran considerados un peligro directo para éste y poco enérgicos contra el fermento revolucionario entre los hombres de filas. ¿Y qué son los comisarios stalinistas sino agentes de la G. P. U., consciente o inconscientemente?

¿Cuál era la misión específica del comisariado durante nuestra guerra civil? Revolucionaria, sin duda alguna, al principio de la guerra, sobre todo por parte de los comisarios designados electivamente. La de un Alvarez del Yayo, nombrado comisario general por el ministerio de la Guerra, sólo podía ser contrarrevolucionaria. Esa contradicción entre los comisarios inferiores y superiores, entre los electivos y la mayoría de los designados desde arriba, provenía de la situación política de nuestra zona. Era la misma contradicción existente entre el poder revolucionario de los Comités y el poder «legal», superviviente, del Estado burgués. Así como a través de los primeros pugnaba por constituirse el nuevo poder revolucionario, en las milicias y los comisarios electivos pugnaba por constituirse el nuevo ejército proletario e internacionalista; así como en los restos del poder «legal» encontraban los Comités un obstáculo que terminó destruyéndolos y rehaciendo el aparato de dominación capitalista, en la militarización y los comisarios designados nominalmente por el Gobierno encontraba el naciente ejército revolucionario un obstáculo que terminó destruyéndolo y rehaciendo una caricatura de ejército nacional español, ya que el verdadero ejército español estaba con Franco. La misma contradicción se acusaba entre los mandos nombrados gubernamentalmente y los elegidos por votación de los milicianos. No niega esta verdad el que, debido a la inorganización del poder capitalista en los primeros meses, éste aprobaba o designaba comisarios y oficiales revolucionarios. Se trataba sólo de impotencia. La tendencia del poder «legal» en el dominio militar no podía ser otra cosa que su propia tendencia en el dominio social. A la reconstitución de la sociedad capitalista deshecha correspondía la reconstitución del ejército español, o «ejército popular» en el caló de los traidores. A medida que el poder «legal» recuperaba fuerza, su selección de mandos y comisarios se adaptaba mejor a sus designios antirrevolucionarios.

La nueva reacción stalino-reformista arguyó que en el dominio militar el principio de la electividad no es un método que garantice una eficiente selección, habida cuenta de los escasos o nulos conocimientos militares de los electores y de la rapidez con que se precisaba obrar. Así es el problema tomado en su forma más abstracta, y a él se asieron todos los partidos de la «democracia de nuevo tipo» para arrogarse el derecho de designación y de control

general del ejército. En realidad, la contradicción entre el principio de la electividad y el del nombramiento desde arriba refleja la contradicción de la sociedad entre burguesía y proletariado, entre reacción y revolución, entre quienes tienen medios de adquirir conocimientos y quienes no los tienen. La propaganda revolucionaria ha esgrimido siempre contra el ejército capitalista o por muy «popular» que se le llame el derecho de elección de la oficialidad por los soldados, como un factor disgregador del mismo y constructor del ejército revolucionario. Sin embargo, nadie ha pretendido que los nombramientos hechos por los soldados llevaran la garantía de la máxima capacidad técnica. No; el principio de la electividad tiene un valor eminentemente político. Frente a la espesura contrarrevolucionaria de la oficialidad se recurre al instinto revolucionario de los soldados. Lo que se pierde en capacidad técnica se gana con creces en capacidad de atracción política. Los dos principios no pueden conciliarse sino mediante la toma del poder político por el proletariado, lo que da la posibilidad de combinar una selección rápida e inteligente con los intereses revolucionarios de los soldados, los obreros y la población pobre en general. Pero la contradicción entre lo uno y lo otro no puede desaparecer completamente sino cuando, triunfante la revolución, el desarrollo técnico de la sociedad permita suprimir el ejército regular y permanente por la milicia territorial o población armada.

La designación de comisarios y oficiales hecha desde arriba por el gobierno «legal» de la República, sin ofrecer mucha mayor eficiencia que la elección, llevaba, como contrapartida, el gravamen de la imposición política de las nuevas facciones reaccionarias. Mascaron izquierdista del capitalismo, el frente popular tenía que defenderle en el terreno militar tanto como le defendía en el terreno político y económico. Cada una de sus medidas era un paso en dirección contrarrevolucionaria; pasos silenciosos al principio, bajo Caballero, cuando era una temeridad excitar la combatividad siempre alerta de las masas; estruendosos, provocadores (gobierno Negrín-Prieto-Stalin), una vez que el empuje de las masas fue quebrado en mayo de 1937, por la acción convergente de la provocación stalinista, del apoyo moral y armado que le prestó el gobierno Caballero, del «alto el fuego» dado por los dirigentes anarquistas (forma invertida de una voz de «sobre sus propios militantes») y del seguidismo del P.O.U.M. Las medidas militares de los gobiernos «legales» sólo podían, al principio, poner trabas a la formación de un ejército revolucionario, y después dar marcha hacia el «ejército popular» que ofreciese garantías a la propiedad capitalista. Frente a esa dirección militar, el principio de la electividad conservaba su efectividad revolucionaria. Los hombres escogidos por el frente popular, o por el stalinismo subrepticia o legalmente, representaban la propiedad privada más y más claramente a medida que se fortalecía la «legalidad». Los hombres elegidos, por el contrario, representaban el instinto revolucionario de los combatientes. Frente a la espesura reaccionaria del frente popular, el principio de la electividad tenía en España un carácter plenamente revolucionario. Los comisarios nombrados por los gobiernos del frente popular, lejos de representar el espíritu de la revolución, de enlazar con los soldados, activar y organizar su participación en la política, vigilar los mandos profesionales sospechosos, representaban la tendencia pro-capitalista, contrarrevolucionaria, del frente popular, principalmente del stalinismo. No debe engañar a nadie que al principio de la guerra, carente de fuerza el Estado «legal», arrumbado el frente popular en los rincones gargajosos de ministerios y secretarías, apareciese oculta esa tendencia. Fue más clara a medida que la «legalidad» capitalista levantaba cabeza; más al fin que al principio del gobierno Caballero; reforzada al constituirse el gobierno Negrín-Prieto-Stalin, y dominante cuando ya no había más que gobierno Negrín-Stalin. Desde finales de 1937, ser comisario u oficial constituía un gran privilegio material: mejor ropa, mejor sueldo, mejor comida, automóvil de comisario de batallón-arriba, separación de los soldados de fila y codeo permanente con la alta oficialidad, los burócratas enemigos de la revolución. Instrucciones directas del Gobierno, que había decretado la «apolitización» de todas las fuerzas armadas, obligaban a los comisarios a reprimir la actividad política revolucionaria de los combatientes. Así pues, recogiendo el nombre de los comisarios de la revolución rusa, desempeñaban un cometido inverso, como los comisarios de Stalin a seguidas de los asesinatos y procesos de 1936-1937.

Era completamente imposible oponerse con éxito al monopolio stalinista del ejército sin combatir su tendencia política capitalista. Sobre la base de la misma tendencia, cuanto se dijera contra sus métodos y contra su acaparamiento, aunque encontrara simpatía en las masas, debido al odio que el stalinismo despertó, debía resultar estéril. Así ocurrió con la desaprobación de Caballero y más tarde con la de Prieto. Componentes del frente popular ellos mismos, iniciadores de la reconstrucción del Estado capitalista, ¿cómo podían contrarrestar eficazmente a quienes se proponían desarrollar su propia política hasta sus últimas consecuencias? La proporción de comisarios que correspondiera a cada organización era un asunto secundario; lo principal era el carácter del comisariado, contenido en el carácter del ejército mismo, del Estado, del poder político, y en la apreciación de la guerra como el conflicto

máximo por la revolución social, o como «guerra de independencia». No existía más que una manera de oponerse al stalinismo: levantar, frente a su programa reaccionario, el de la revolución. Por este medio su derrota estaba asegurada. Caballero y su nebulosa izquierda socialista no tuvieron programa revolucionario que oponer al stalinismo; sólo un matiz más izquierdista de éste. Menos aún Prieto, el hombre de Inglaterra. Pero en tiempos de revolución, las divergencias relativas pierden importancia ante el potente imperativo histórico que pone en conflicto los sistemas. ¿Qué es la revolución sino la necesidad absoluta de un salto social radical, tras una prolongada acumulación de cambios relativos? Al llegar el momento, no vale ser más o menos de izquierda; hay que ser totalmente revolucionario o se hace inevitablemente el juego de la reacción, en cualquier proporción relativa que sea. Nuestros izquierdistas condenadores del stalinismo, sea Caballero, la C.N.T. o el P.O.U.M., pueden aspirar a tener más o menos responsabilidad con la contrarrevolución, pero no a estar exentos de ella.

Otro tanto le ocurrió a Indalecio Prieto cuando quiso limitar la preponderancia stalinista. No se colocaba él en un plano más izquierdista, sino simplemente bajo otra esfera de influencia: la de Londres, como bandera imperialista más útil que la de Moscú. Prieto se había aliado al stalinismo contra Caballero y creyó gobernar con Negrín como eminencia gris. Por tradición y por intereses de partido, Prieto, como la mayoría de los republicanos, representaba en nuestra zona los intereses del imperialismo anglofrancés. En cambio, el stalinismo procuraba conciliar los intereses del capitalismo español con los de la contrarrevolución rusa, tendencia ésta que no se ha manifestado completamente, en escala europea, sino durante la guerra imperialista. ¿Qué interés podían discernir las masas entre representantes de dos matices de la reacción mundial? Por eso el señor Prieto encontró ser más cómodo que luchar obstinadamente, irse en viaje de propaganda pro paz a Sudamérica.

No debo dejar de consignar la responsabilidad que en la destrucción de las milicias y en la remilitarización capitalista tuvieron la C.N.T. y el P.O.U.M. Su incomprensión del problema militar era consecuencia natural de su incomprensión del problema político. Organizaciones dadas a la colaboración con el Estado, hubieron de aceptar, de buena o mala gana, el esquema stalinista del «ejército popular español». En un principio, la C.N.T., mejor dicho, la F.A.I., trató de combinar con el esquema militar stalinista el empleo de grupos de guerrillas. Inclusive elaboró y sometió al Gobierno algunos documentos que han sido publicados por D.A. de Santillán. Mientras el Estado capitalista y su militarización carecieron de fuerza suficiente, grupos de militantes anarquistas desempeñaron en la retaguardia fascista tareas militares de gran utilidad y extraordinario valor físico. Pero el Gobierno tenía que sabotear una actividad desempeñada por hombres poco dispuestos a tragar la rueda de molino llamada «democracia de nuevo tipo». Así lo hizo en la medida que estuvo en su mano. El proyecto anarquista adolecía del defecto nulificador de querer compatibilizar con la política militar gubernamental una actividad revolucionaria. Por otra parte, los documentos anarquistas atribuían a las guerrillas mucha mayor efectividad de la que se puede esperar de ellas en las condiciones de la guerra moderna. Pero esto carece de importancia comparado con el error fundamental, el de no haber opuesto una política militar revolucionaria a la política stalinista de «ejército popular español». A causa de esto, la propia C.N.T. se incapacitaba para montar en la retaguardia franquista una vasta organización. Con una política revolucionaria, hubiérase podido crear en las más importantes ciudades franquistas, e incluso en el ejército enemigo, una actividad tan desorganizadora para él como favorable a nuestra causa. De eso se trataba, más que de organizar guerrillas como proponían los documentos anarquistas. La reaccionaría política staliniano-reformista era impotente en este sentido. Parecía especialmente ideada para facilitar a Franco la paz en su retaguardia y el buen manejo de sus ejércitos.

Muy semejante a la de la C.N.T. fue la actitud militar del P.O.U.M. Carencia absoluta de programa y seguidismo a rastras de la militarización stalinista. Como en todos los demás aspectos, el P.O.U.M. fue vacilante en éste, dando bandazos a derecha e izquierda. Llegó a hacer propaganda en favor del «ejército popular», fue también portavoz de la apolitización de las fuerzas armadas, y se mostró incapaz de una oposición revolucionaria consecuente, clara y obstinada. Desechando las mejores experiencias del marxismo revolucionario, no encontró las ideas y la energía necesarias para luchar en minoría por la confianza de la mayoría obrera. Poco después de su expulsión de la Generalidad inició súbitamente ô por unos díasô una propaganda en favor de un «ejército rojo». En el mismo sentido, aunque no con bastante claridad, se pronunció su conferencia militar celebrada en Lérida en enero de 1937. En cambio, dejó siempre en la sombra el problema del poder político y el del desarme y disolución de los cuerpos de origen capitalista. Pero sin llegar hasta ahí el mejor planteamiento del problema militar se reducía a manotadas al viento, o algo peor: demagogia.

Sin ninguna oposición seria por parte de las organizaciones que estaban en condiciones materiales de hacerla, el esquema militar reaccionario suministrado por el stalinismo se impuso sin otro contratiempo que la resistencia pasiva o activa opuesta por los combatientes. En honor de éstos debo consignar que fue obstinada y prolongada. Todas las disposiciones del alto mando frentepopulista eran ridiculizadas por los revolucionarios en el frente y contravenidas cuantas veces se hacía posible. Aun durante el año 1938, en plena euforia de triunfo la nueva contrarrevolución, había en el frente comisarios y oficiales que desgarraban las directivas reaccionarias dadas desde arriba y dirigían la palabra a los soldados de nuestra zona y a los de Franco de la manera más revolucionaria que a su entender podían. Esfuerzo valeroso que salva la dignidad revolucionaria de los combatientes, como la actitud general del proletariado salva la dignidad revolucionaria de las masas españolas de la ignominia stalinista y reformista. Pero, carente de un polo orgánico en torno al cual agruparse, defenderse y atacar, todo ese admirable esfuerzo estaba condenado al fracaso.

Poco a poco el ejército y las fuerzas armadas de la retaguardia cayeron bajo el grillete de la reacción gobernante. Esta dio a su organización todas las características de un ejército burgués, sin poder darle la sólida base de clase del mismo. El ejército español propiamente dicho o lo repito estaba con Franco; sus competidores del frente popular sólo podían llegar, en sus esfuerzos para imitarle, a dar libre curso al arribismo, al privilegio de tontos con personalidad artificialmente hecha y a la arbitrariedad. En la selección de oficiales y comisarios, la fidelidad al proletariado y a la revolución constituía un veto prohibitivo; la simple capacidad técnica era un elemento secundario, totalmente subordinado a la sujeción de la política reaccionaria del frente popular, y dentro del stalinismo¹⁰⁴. En esas condiciones, la mejor carrera estaba reservada a los elementos más inescrupulosos, a los arribistas sin ideas, ya proceden- tus del viejo ejército, ya de las milicias, prestos a pasarse a Franco y aun a servirle a condición de tener la vida salva y un puesto. En todos los frentes, particularmente en las situaciones graves, hubo jefes y oficiales de los seleccionados por el Gobierno que desertaron al enemigo personalmente o con tropas si les era posible. No debo extenderme aquí sobre este particular. Pero la historia de nuestra guerra civil exige una estadística completa y especificada por tendencias políticas de los desertores, espías o agentes del enemigo que gozaron de la confianza gubernamental. Algún día será hecha, para que recaiga sobre la gente del «menos comités y más pan» toda la ignominia a que se hicieron acreedores. Se verá entonces que había mayor porcentaje de desertores y agentes del enemigo en las tendencias decididamente pro-capitalistas que en las otras; se verá que el porcentaje mayor de todos lo da el stalinismo, donde los puestos se vendían por cuatro adjetivos anti-trotskyistas y una flexión de espinazo ante las órdenes transmitidas desde el Kremlin.

A cambio de esa ficción de nuevo ejército nacional, las facciones gobernantes fueron destruyendo paulatinamente la confianza y la energía de los combatientes. Era un proceso paralelo al de la retaguardia. Desde el primer episodio importante de nuestra guerra, la defensa de Madrid, hasta los dos últimos, la caída de Barcelona y la de Madrid, la conducta del Gobierno y sus elementos militares de confianza contrasta vergonzosamente con la conducta de combatientes y obreros. El stalinismo ha tratado de adjudicarse el principal papel en la defensa de Madrid. Nada más lejos de la verdad, pues él era quien mayor empeño ponía en desacreditar las milicias.

El punto de partida y la base de operaciones para el ataque franquista a Madrid lo dio la caída de Toledo. Esta ocurrió sin lucha verdadera. Nuestras tropas se retiraron o se desbandaron ante la aparición de las tropas enemigas en las goteras de la ciudad. ¿Indisciplina, falta de cohesión, impresionabilidad de las milicias? Dejemos esas explicaciones para los partes de guerra dados por el señor Prieto y después por Negrín. Aunque las formaciones bisonas de milicias son ciertamente impresionables y dadas tanto a los entusiasmos como a las desmoralizaciones bruscas, cuando ocurrió la caída de Toledo hacía cerca de cinco meses que la guerra civil estaba empeñada. En las condiciones inmejorables de las masas españolas, ese lapso era suficiente para corregir los defectos principales inherentes a toda formación militar revolucionaria primeriza. Pero existían fuerzas interesadas en agravar los defectos de las milicias, con el objeto de desacreditarlas y justificar la campaña y la organización del «ejército popular español». La caída de Toledo fue una reproducción, en mayor escala, del episodio vergonzoso del Alcázar de Toledo. El procedimiento militar del Gobierno parecía hecho de intento para permitir a los reaccionarios del Alcázar «cubrirse de gloria». Por fortuna, han podido salvarse algunos revolucionarios que, siendo soldados en Toledo, fueron llevados a la fuerza al Alcázar, de donde pasaron a nuestras filas. Ellos pueden certificar que la «resistencia heroica» de un Moscardó no era otra cosa que indecisión del gobierno Caballero, pues Moscardó, sus militarotes y guardias civiles,

¹⁰⁴ El partido stalinista, que se proponía ocupar un puesto importante en la proyectada «reconciliación entre españoles», procuró atraerse el mayor número posible de oficiales. Se valía de dos recursos: la corrupción de los elevados sueldos y la represión policíaca.

convencidos de la derrota, se hubieran rendido al primer ataque serio. Su principal preocupación en el Alcázar era acordarse de parientes republicanos, socialistas o comunistas que pudiesen salvarles la vida. Forzosamente se pregunta uno si el episodio del Alcázar no formaba parte del plan para desacreditar las milicias.

Entregado Toledo a Franco, no tardó éste en llegar a la ribera del río Manzanares. Eran los primeros días de Noviembre, ya soplando el característico aire frío del invierno madrileño. Momentos antes, el gobierno Caballero, al que se incorporaron precipitadamente dos ministros anarquistas, abandonaba la ciudad hacia Valencia. Tras del Gobierno huían todos los comités nacionales de los partidos y organizaciones sindicales e incluso los comités locales y las redacciones de los periódicos. Abandonada por los principales elementos responsables, la ciudad parecía perdida. ¡Días de profunda intensidad dramática! En los muros de la ciudad apareció fijado un manifiesto a los combatientes firmado por el jefe del gobierno fugitivo. He aquí, en esencia, su contenido: «El Gobierno os ha prometido armas; ahí las tenéis; nosotros nos vamos; ahora corresponde a vosotros darnos la victoria». El Gobierno se colocaba en un plan de comité de compras, o peor aún, parecía arrojar margaritas a cerdos. Se pretendió justificar la fuga gubernamental con el ejemplo del gobierno francés trasladado a Burdeos durante la guerra de 1914-1918. ¡Como si pudiera equipararse la actitud de un gobierno burgués en una guerra imperialista, con la de un gobierno en guerra civil! Si el Gobierno consideraba indefendible Madrid, debió haber evacuado toda la población revolucionaria y obrera, establecer una línea de defensa donde lo aconsejaran las necesidades militares. Si lo consideraba defendible debió permanecer en su puesto y animar con su presencia y su ejemplo la lucha de los combatientes. En lugar de limitarse a lanzar unas cuantas armas ô muy pocasô y pedir la victoria, debió organizar él mismo la victoria. Su fuga demostró que ni sabía, ni podía, ni quería hacerlo. Su fuga fue un azar, un salto en el vacío de su incapacidad y su desesperación, nacidas de su fondo no revolucionario. El manifiesto fijado en las paredes de Madrid lo expresaba perfectamente.

Pero veamos cuál fue la actitud de quienes se han autocalificado héroes de la resistencia madrileña. El día 5 de Noviembre por la tarde, cuando el estampido de los cañones franquistas atronaba la atmósfera, el quinto regimiento ô sustancia de la sustancia stalinistaô distribuía por las calles de Madrid un manifiesto aconsejando a la población combatir las fuerzas enemigas con botellas de gasolina lanzadas desde ventanas y balcones. Los jefes del quinto regimiento, casi todos ya rumbo a Valencia, daban por segura la entrada de Franco en la ciudad, y sólo pedían a la población un gesto que retardara el avance. Por la noche, en un mitin del frente popular organizado en el cine Monumental, al mismo tiempo que los oradores socialistas declaraban haber «quemado las naves», Pasionaria hacía un discurso derrotista, confesando indirectamente la deserción, junto con el Gobierno, de los después autocalificados principales organizadores de la defensa de Madrid. También ella daba por segura la entrada de las tropas enemigas a la ciudad, y no encontraba otra salvación que un nuevo 2 de Mayo de 1808, es decir, una insurrección contra Franco, una vez que entrase a Madrid. Y todos estos quemadores de naves y héroes tras las batallas tenían los automóviles dispuestos para salir rumbo a Valencia apenas pronunciados sus épicos discursos.

La resistencia y salvamento de Madrid fue una sorpresa para el Gobierno y para los dirigentes de las principales organizaciones en que se apoyaba. No se salvó la ciudad por su previsión, sino a pesar de su imprevisión y de su fuga. Aunque la política gubernamental ya había empezado a hacer mella y embotar la combatividad de las masas, apenas estaba en sus comienzos. El espíritu del proletariado madrileño estaba íntegro y lo probó lanzándose al combate sin armas y casi sin organización y parando la poderosa acometida de los ejércitos franquistas. En la mayoría de las grandes acciones revolucionarias el proletariado español no ha debido a sus dirigentes sino contratiempos y estorbos. Ha producido sus acciones revolucionarias a pesar de las dificultades que en los altos dirigentes encontraba, llevado únicamente por su empuje combativo y auxiliado por la improvisación de algunos dirigentes medios y pequeños. La defensa de Madrid repitió ese hecho ya tradicional. La gran energía del proletariado dio la base de la resistencia; la actividad de los militantes medios, así anarquistas como trotskistas, socialistas e inclusive stalinistas, la impulsó y le dio el grado mínimo de organización necesaria. El proletariado se movilizó con una rapidez y una energía sorprendente. Inclusive las mujeres y los niños participaron en la construcción de barricadas. Todavía la política reaccionaria staliniano-reformista no había matado el espíritu revolucionario. He ahí el secreto de la defensa de Madrid.

Pero el espíritu revolucionario del proletariado no puede suplir constantemente los defectos de la dirección política, menos aun el sabotaje metódico a que los gobiernos del frente popular sometieron masas y revolución. Poco después de salvada Madrid, las tropas fascistas entraban en Málaga, donde el comisario stalinista Bolívar guió la mano de la

represión franquista. En seguida llegó el turno al Norte. Bilbao, Santander y Asturias caían sucesivamente. En Bilbao, el gobierno frailuno de Aguirre, con representantes stalinistas y socialistas, había despojado casi enteramente a las masas de la conquista del 19 de Julio. Reaccionarios, burgueses y curas imperaban en todo el territorio vasco. La política de represión contra las organizaciones obreras más revolucionarias no dejó de ejercerse nunca. Las famosas fortificaciones de Bilbao llamadas «cinturón de hierro», y la ciudad misma, fueron abandonadas a Franco intactas. Regimientos enteros de elementos católicos, a quienes el Gobierno colocaba en los puntos de mayor confianza, al entrar en contacto con el enemigo pasaban a sus filas en lugar de combatirlo. En Santander, las tropas franquistas fueron ayudadas desde el interior de la ciudad por la guardia de asalto, el elemento de orden que stalinismo y reformismo habían opuesto a las milicias de retaguardia. Y en Asturias, sumándose la traición política a la insigne incapacidad de un Belarmino Tomás dieron por resultado una catástrofe. Los hombres de fila que lograron escapar de aquella zona o no digamos los que no lograron, llevan todos en el pecho la inmensa amargura de haber sido objeto de una gran traición. También Belarmino Tomás, como sus congéneres de Madrid, habló de quemar naves. Pero ocurrió lo inesperado; se las quemaron los bombarderos franquistas. Entonces, a la calma aparente de los falsos quemadores de naves sucedió, en el círculo dirigente de Belarmino, el vergonzoso tumulto desesperado de quienes sólo piensan en salvar sus respectivas pellejas reformistas. ¡Poco respeto para esos reformistas debe quedar en los obreros que presenciaron su comportamiento!

La caída del Norte, golpe terrible para toda nuestra causa, fue enteramente debida a la política gubernamental. Mucho antes de que las tropas de Franco llegasen a Madrid, pudo intentarse y lograrse la junción con la parte Norte arrebatada a los fascistas. La operación era muy practicable por el frente aragonés, particularmente por su zona pirenaica, donde el enemigo podía hacer poco uso de su superioridad en aviación y tanques. La toma de Zaragoza y Huesca hubiese permitido atacar directamente Pamplona y Logroño. Combinando la acción con otra convergente de las tropas vascongadas, las posibilidades de establecer una comunicación directa con el Norte eran grandes, además de privar al enemigo de la zona en que más sólidamente establecido estaba y amenazar su capital de entonces, Burgos. Pero el frente de Aragón lo componían en gran mayoría obreros de la C.N.T. de gran espíritu revolucionario, totalmente al margen del control deletéreo de stalinistas y socialistas, y que fácilmente se desmandaban del propio control de la dirección ácrata colaboracionista. No se podía dar facilidades de triunfo al frente de Aragón sin impulsar la revolución, aquello que Gobierno y frente popular trataban de evitar sobre todas las cosas. El frente de Aragón fue sabotado, mantenido a ración de armas, forzado a la inmovilidad, con el triple objeto de desacreditarlo, iniciar otras ofensivas de prestigio para los partidos más reaccionarios e invadir después el frente de Aragón con unidades controladas por éstos. Entre tanto el Norte iba cayendo en manos de Franco. Durante toda nuestra guerra, los intereses políticos reaccionarios del frente popular, especialmente del stalinismo, privaron sobre los de la guerra, incluso sobre los más urgentes. La segunda guerra civil contra las masas y la revolución, lejos de cesar, fue agravándose hasta el último día.

Tocó al señor Prieto actuar de oficiante ministerial en la muerte y entierro de nuestra zona Norte. Su obra fue continuación de la de su antecesor y premisa de la de su sucesor. A medida que las tropas franquistas iban apoderándose de nuestras ciudades norteñas, el señor Prieto acompañaba su caída con salmos y responsos en formas de comunicados oficiales. En los responsos de Prieto, dominaban dos notas: una general, considerando tácticamente como perdido todo el Norte; otra particular, descargando la responsabilidad sobre los combatientes. Para Prieto y el gobierno del que era ministro de la guerra, la preocupación y la actividad revolucionaria de obreros y combatientes constituía la causa principal del avance de Franco. Lo decía casi textualmente el último responso dado tras la calda de Gijón. La idea deja traslucir la entraña reaccionaria del hombre.

Los triunfos efímeros de Guadalajara y Teruel, que mediante una política revolucionaria hubiesen podido producir rápidamente otros, resultaron inoperantes y se redujeron rápidamente a nada en manos del gobierno Negrín. Este trató de sacarles partido, a la vez para reforzar su tendencia reaccionaria y para convencer al enemigo de la conveniencia de un entendimiento, de un abrazo de Vergara. ¿Qué tiene de asombroso si toda la política gubernamental, a partir del primer gobierno Negrín, estaba orientada a la paz con el enemigo? La propia victoria militar estaba lejos de significar para el Gobierno el aplastamiento definitivo de los elementos sociales que dieron su ayo a la sublevación fascista; significaba, todo lo más, una situación en que, desesperado el enemigo de derrotarnos, se aviniese a pactar. Y los dos «ejércitos españoles» se abrazarían como si todo hubiese sido una equivocación. De ahí que las victorias de

Guadalajara y Teruel fueran tomadas por el Gobierno como una oportunidad de reforzar la dictadura policíaca en nuestra retaguardia.

En fin, la curva militar sigue de cerca a la curva política. Franco avanza y se aproxima a su triunfo a medida que en nuestra zona, vencida la revolución, va dominando la nueva reacción que el stalinismo inspira y organiza. A pesar de la garrulería oficial sobre la resistencia, la verdadera perspectiva gubernamental, como veremos en el último capítulo, era la capitulación ante el enemigo, disimulada en forma de pacto. Casado y Miaja en Madrid ô ayudados desgraciadamente por los anarquistasô cometieron la enorme estupidez de tomar a su cargo la capitulación vergonzosa a que se encaminaba necesariamente el gobierno Negrín-Stalin. Así lo prueban las declaraciones del jefe del Gobierno y de los principales líderes del partido del Kremlin al llegar a Francia. Por otra parte, desde principios de 1938 era frecuente en la prensa y los discursos stalinianos y reformistas dirigirse a la oficialidad enemiga demandando acción en favor de la reconciliación. El propio general Rojo, siendo jefe del Estado Mayor y estrategia mimado por el stalinismo, habló a los oficiales franquistas en una alocución por radio, diciéndoles que habían tenido razón al principio de la guerra, pero que ahora (1938, es decir, ya matada la revolución), la guerra no tenía sentido. ¿Qué victoria cabía esperar de esa gente? No tenían talla, temple ni ideas más que para la derrota y se sentían honrados traicionando.

El lema del «ejército popular» fue impuesto por la violencia y el terror staliniano-reformista. Pero mientras más estructurado estaba, más y mejores armas tenía, más rápidamente progresaba el enemigo. Cuando la contrarrevolución staliniano-reformista se impuso por completo, no hubiéramos podido alcanzar la victoria ni con gran superioridad de armas, porque el primer obstáculo para alcanzarla residía en el Gobierno y los partidos que lo constituían. Dejemos a los responsables de la derrota echar la culpa sobre el extranjero, sobre la ayuda a Franco de Italia o Alemania, sobre la no-intervención o sobre la falta de solidaridad del proletariado mundial. En toda guerra civil, el elemento principal de la victoria lo da la superioridad del programa político. Combatiendo el programa de la revolución, los gobiernos del frente popular nos condenaban a la derrota. Sus miserables esfuerzos por rehacer el ejército y las demás instituciones burguesas en nuestra zona sólo podían dar por resultado destruir la energía de las masas sin conquistar la confianza de la burguesía. La legitimidad capitalista estaba del lado de Franco; pero la legitimidad proletaria y socialista, que el frente popular destruyó en nuestra zona, tenía ganada la superioridad nacional e internacional sobre la otra. El desprecio del proletariado mundial y de la historia caerán pesadamente sobre quienes la combatieron.

CAPÍTULO X

EL GOBIERNO NEGRÍN-STALIN

El ministerio que se constituyó como resultado de la derrota del proletariado en las jornadas de Mayo, no puede ser caracterizado de mejor manera que como gobierno Negrín-Stalin. Poderosas razones aconsejan esa denominación; más, la obligan. Ella resume la inspiración a que obedecía aquel gobierno, los intereses que albergaba, su obra particular, contrarrevolucionaria e introductora de Franco, los métodos de que se valió, y el objetivo que se proponía, el cual arroja, a su vez, una nueva luz sobre las potencialidades y proyectos, vagos o conscientes, de stalinismo y reformismo. Y no se comete ninguna injusticia ignorando los nombres de los cabezas stalinistas españoles. El papel que desempeñaron, los crímenes que cometieron, la escoria de ideas, de lenguaje y de consignas que emplearon, la inescrupulosidad que los caracterizó, hasta la ignorancia y la imbecilidad que mostraron, todo, en fin, lo que fueron y lo que no fueron, se lo deben al gobierno del Kremlin. El puesto de honor corresponde al verdadero cabeza.

Pero sí sería una injusticia callar el nombre de Indalecio Prieto, ese alma burguesa en pena por los corredores del Partido socialista. Si consideramos únicamente los meses inmediatos a las jornadas de Mayo, el nombre de Prieto debe anteceder a los de Negrín y Stalin en la designación del gobierno. El se consideró y fue, durante esos meses, la eminencia gris del cabildo gubernamental, no tan gris, sin embargo, que no tuviera bajo su mando todas las fuerzas de tierra, mar y aire, reunidas en el ministerio de defensa nacional, recién creado. Hubo, no obstante, de ceder la presidencia del consejo a uno de sus segundones, Negrín, sobre quien el imperialismo franco-británico y Moscú, coincidentes en la lucha general contra la revolución española, podían ejercer sus respectivas atracciones. Prieto estaba demasiado inclinado hacia París y Londres para merecer toda la confianza del stalinismo. La selección de Negrín, hombre sin talento, sin pasado y sin nombre, ni siquiera con uno de esos nombres artificialmente creados por el aparato de la sociedad, por el de una organización o por el decir de los mediocres, fue pues un compromiso entre las dos tendencias que constituían la base orgánica e ideológica de la nueva reacción en nuestra zona, cada una de ellas ligada a intereses metropolitanos diferentes. La tendencia franco-británica de Prieto creyó dominar, pues Negrín no era más que un monigote sentado en la mano de aquel. La tendencia rusa del stalinismo aceptó, pues por una parte todavía no osaba declararse en primer plano, y por otra parte sabía, por larga experiencia y constante práctica, cuan corruptibles son los Negrín del mundo entero, alquileres a la rebusca de cualquier fama. Pero había otra razón de mucho más peso que permitía a Moscú confiar en ese hombre. Siendo ministro de hacienda, en el gabinete anterior, había enviado a Rusia, por «medida de seguridad», 7.800 cajas repletas de oro. No podía dejar de convertirse en el predilecto de la contrarrevolución rusa y del stalinismo español.

Es preciso discernir todos los factores que intervinieron en la constitución del gobierno Negrín, para comprender bien su particular cometido contrarrevolucionario, su deseo siempre fallido de abrazar al enemigo, su conversión rápida en gobierno Negrín-Stalin, y lo que de nuevo e importante representa en la historia del movimiento obrero mundial, que no es poco.

Hasta las jornadas de Mayo de 1937, los imperialistas «democráticos» y Moscú ô nuevo imperialismo todavía no manifestado ô constituían un solo bloque frente a la revolución española, respectivamente influyentes sobre el reformismo del Partido socialista y sobre el stalinismo del Partido comunista¹⁰⁵. Divergían en métodos. Los

¹⁰⁵ Naturalmente, los republicanos burgueses calan también, salvo excepciones, en la órbita del imperialismo franco-británico. Pero ni orgánica ni ideológicamente tuvieron ninguna importancia. Cualquier tentativa de presentar los líderes stalinistas y reformistas al servicio de los republicanos o dominados por ellos, es estúpida y ridícula. Por eso, a lo largo de este libro apenas hago mención de los republicanos. *Para nada es necesario*. En cuanto actuaron o figuraron estuvieron,

imperialismos democráticos consideraban peligroso ayudar a la zona roja, por poco que fuera. La «no-intervención» tan solicitada por el Gobierno de Giral cuadraba bien con sus propósitos. Les dejaba en libertad de proteger los intereses de Franco, significándole al mismo tiempo lo poco que les agradaba su amistad con el imperialismo rival germano-italiano, y les permitía también luchar contra la revolución en nuestra zona, presionando diplomáticamente sobre los gobiernos de Madrid y Valencia. Si se tiene en cuenta, además, que al principio de la guerra civil en todas partes se consideraba segura y rápida la derrota de Franco, la no-intervención aparece como un crédito a corto plazo acordado por las capitales reaccionarias del mundo al frente popular español, hasta ver si él mismo dominaba la revolución. Por eso el propio gobierno ruso se sumó a la no-intervención.

Sin embargo, la guerra llevó pronto camino de durar, y el frente popular no se mostraba desmerecedor del crédito que las capitales reaccionarias le habían acordado, pero sí débil frente a la revolución. Teniéndolo en cuenta, Moscú consideró posible y conveniente intervenir, precisamente con la mira de inyectar al frente popular la fuerza de que carecía frente a la revolución. Y empezaron los envíos de armas con que se pertrecharon principalmente las fuerzas represivas, en apoyo del envío de ideas reaccionarias que Moscú nos hacía por medio de sus mercenarios españoles. Con métodos diferentes, Moscú y los tradicionales imperialismos coincidían contra la revolución española. La diferencia provenía de que los imperialismos, teniendo poderosos intereses en la zona de Franco¹⁰⁶, viendo su triunfo cada vez más probable, temían perder terreno en la península a favor de Alemania e Italia si ayudaban al frente popular, aunque esa ayuda hubiese servido principalmente, como la rusa, para combatir la revolución. Además, ni los reformistas ni los stalinistas podían inspirar a los imperialismos suficiente seguridad como guardianes del orden capitalista, por más que se esforzaran. La reacción antibolchevique de Moscú, en cambio, no estaba retenida por ninguna de esas consideraciones. Al contrario, veía que la victoria del frente popular o un compromiso del mismo con Franco, siempre que la revolución fuera derrotada, serviría admirablemente sus propósitos diplomáticos, por entonces centrados a obtener una alianza militar con Francia e Inglaterra. Por otra parte, para ella se trataba, como veremos después con mayor precisión, de probar, no sólo a los imperialismos cuya alianza anhelaba, sino en general al capitalismo mundial, la eficacia antirrevolucionaria de su política. Como todos los traidores, Stalin se veía obligado, para inspirar confianza, a multiplicar el número y la calidad de las pruebas.

De ahí que la no intervención de los imperialismos democráticos y la intervención de Stalin coincidieran plenamente y se conjugaran sin querellas dentro de la Sociedad de Naciones. Era una mera división de trabajo entre las diferentes partes de la contrarrevolución mundial, a través de la cual cada parte procuraba asegurar, claro está, sus intereses privados. No sólo coincidían los imperialismos democráticos y Stalin; juntos coincidían en lo esencial con Franco, y con Hitler y Mussolini. Contra la revolución socialista, todos a una; pero discordaban sobre qué apadrinamiento dar a España, y por consecuencia en los métodos a seguir, porque cada uno pretendía guardar para sí lo mejor del despojo. Por una parte, Franco se ofrecía como gendarme capitalista. Nadie podía dudar de su sinceridad ni de su capacidad, bien rociado como estaba de todas las aguas benditas, ultramontanas y laicas. Hitler y Mussolini, que a semejanza de Stalin nada tenían que perder en España y sí mucho que ganar, acorrieron a él con toda clase de armas, viendo la necesidad de destruir una revolución amenazadora, y la ocasión de instalarse, económica y estratégicamente, donde antes estaban Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Por otra parte, desde Madrid, el frente popular, sitiado en su impotencia, ofrecía al exterior: «Yo también sirvo como gendarme capitalista. Franco no os es indispensable. Ayudadme y os prometo restablecer el orden y reafirmar vuestras posiciones en España». Los imperialismos democráticos oían, escépticos y complacidos al mismo tiempo, pidiendo al frente popular pruebas de su capacidad de gendarme, temiendo ayudarlo por miedo a favorecer la revolución y a disgustar a Franco, quien ya a principios de 1937 aparecía como muy probable triunfador, anhelando como solución ideal la «reconciliación entre españoles», paz que aseguraría a la vez la derrota de la revolución y los intereses económicos y estratégicos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

En este punto, la división de trabajo a que la contrarrevolución mundial se veía obligada por los intereses y la genealogía de cada una de sus partes, originó la intervención rusa en la zona roja. El Kremlin, urgido como el que más

de buen o mal grado, a las órdenes de los líderes stalinistas y reformistas. La interpretación crítica de la revolución española puede prescindir de ellos sin sufrir lo más mínimo, y debe prescindir si quiere ser veraz.

¹⁰⁶ El entonces ministro de estado inglés, Eden, llegó a hacer esta declaración a la cámara de los Comunes, cuando ya el proletariado había sido derrotado por el frente popular: «La justicia y el derecho están del lado republicano, pero los intereses de Inglaterra están en la zona de Francos». Jamás habría hablado así antes de las jornadas de Mayo.

de cortar el paso a la revolución social, patrono reverenciado del Partido comunista español, propuso dar oídos y apoyo material al ofrecimiento hecho desde Madrid por el frente popular. ¿Acaso no había nacido éste en Moscú? Entre la revolución y Franco, el Kremlin habría elegido sin vacilar a Franco, como ya había elegido, años antes, a Hitler, entre Hitler y la revolución alemana. Por eso, mientras la revolución española pareció efectiva y definitivamente triunfante, el Kremlin le dio la espalda, yendo a juntarse en el Comité de no intervención con Hitler, Mussolini y demás hez. Pero al detenerse los Comités-gobierno en la posesión dispersa del poder, Moscú, aleccionado por la experiencia rusa, vio en el trasgo de poder capitalista deambulando entre el frente popular y las secretarías de los partidos, la ocasión de restaurarlo como «poder fuerte» frente a las masas. En ese sentido intervino, para eso envió armas, cónsules y embajadores, con ese fin aconsejó y movió sus mercenarios. Así, poniendo por condición y objeto principal de su ayuda la lucha contra la revolución proletaria, Moscú contaba con poner un pie en España, ya triunfara el capitalismo «democrático» que se proponían sus mercenarios, ya se llegara al pacto con los «buenos españoles» franquistas, igualmente propuesto por sus hombres. Este último fue el intento principal, pues Moscú mismo, a pesar de sus mercenarios, de sus diplomáticos y de sus armas rigurosamente condicionadas, temía que el frente popular fuese impotente frente a las masas, en caso de completa derrota militar franquista. Para asegurar bien «el orden», eran necesarios los «buenos españoles» del bando enemigo. Por tanto, sus mercenarios no debían proponerse tanto la victoria militar como la paz.

A buen seguro, por este medio el Kremlin contaba salvar los intereses de los imperialismos democráticos de la absorción por los imperialismos fascistas, lo que le habría valido la alianza militar por la que penaba, permitiéndole simultáneamente adentrar en España sus propios intereses¹⁰⁷. En resumen, a principios de 1937, el panorama de la contrarrevolución mundial, contemplado desde el punto de vista de la revolución española, era el siguiente: Franco, con el apoyo incondicional de Hitler y Mussolini, ofrecía liquidar la revolución española por los procedimientos típicamente fascistas, prescindiendo por completo de la colaboración de los líderes stalinistas y reformistas; en segundo término estaban los imperialismos «democráticos», interviniendo contra la revolución en los dos bandos, del lado de Franco por tradición reaccionaria y por necesidad de competir con Alemania e Italia, y del lado rojo para acentuar el curso espontáneamente anti-revolucionario del frente popular y para facilitar la paz, solución la más deseada por ellos; finalmente, en nuestra zona la contrarrevolución estaba representada por los partidos del frente popular, y dentro de él principalmente por el partido «comunista», con el apoyo condicionado del gobierno ruso. Para ellos la solución anti-revolucionaria no había de ser la clásica fascista, sino una en la cual participaran los dirigentes obreros traidores, aunque como la práctica mostró, los medios represivos no podían ser muy diferentes de los del fascismo. Se puede, pues, decir sin la menor exageración, que a través de los imperialismos democráticos, del Kremlin y del frente popular, el capitalismo franquista, Hitler y Mussolini mismos, estuvieron siempre representados en nuestra zona.

Pero cada uno de los factores de la contrarrevolución procuraba sacar de la derrota del proletariado el mejor partido posible para sus particulares intereses. Si el Kremlin tenía su principal apoyo en el Partido «comunista», los imperialismos democráticos lo tenían en el Partido «socialista» y en los macilentos republicanos. Prieto o Besteiro, cualquiera de ellos, habría hecho un presidente de gobierno ideal para Londres y París. No así para Moscú, cuyos particulares designios imperialistas, todavía contenidos por temor a soliviantar sus futuros aliados, hacían, no obstante, camino subterráneo. Por otra parte, el Kremlin y su policía española, o el partido de la policía rusa, que es el nombre más adecuado para el Partido «comunista», con el cual lo designaré en este capítulo, se habían revelado instrumentos mucho más eficaces y cabales en la lucha contra la revolución que los reformistas tipo Prieto o Besteiro. Todas esas contradicciones y necesidades sacaron a Negrín de la torpe hilera reformista y lo auparon a la jefatura del gobierno. Era el individuo en el que todas las intervenciones particulares en nuestra zona podían hacer su postura con esperanza de éxito. Era la prostituta que guiña el ojo a todos. Para cada objeto un hombre.

En su primer período, el gobierno Negrín-Stalin apareció aún algo mediatizado por el reformismo y los imperialismos democráticos. Prieto, ministro de Defensa Nacional e inspirador muy directo del ministro de Justicia, se esforzaba en limitar en beneficio de su tendencia y de sus aliados internacionales, el poder cada vez más extenso del partido de la policía rusa. Lejos de lograr su objeto, su obra y su presencia en el Gobierno, su salida misma de él, demostraron elocuentemente la superioridad abrumadora del stalinismo sobre el reformismo, como instrumento

¹⁰⁷ Durante toda la guerra operó una compañía comercial soviético-española cuya actuación, volumen de negocios y reparto de utilidades difícilmente podría distinguirse de la de cualquier compañía de tipo imperialista. Los datos exactos están por publicar.

reaccionario. Aun estando interesado en limitar al stalinismo, Prieto actuó a sus órdenes, porque sus iniciativas eran las más clarividentes frente a la revolución, el enemigo común. En efecto, Prieto fue el creador de aquel cuerpo de funesta memoria, sucursal de la G.P.U., que se llamó S.I.M. (Servicio de Investigación Militar). En su folleto, «Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional», el ex-ministro socialista confiesa: «Determinados técnicos rusos me propusieron, en Valencia, que crease un servicio de investigación militar». Más adelante inclusive reconoce que le fue entregado un proyecto de decreto que él dice haber modificado, pero cuya comparación con el decreto aprobado sería interesantísima. También Prieto inspiró los llamados Tribunales de Alta Traición y Espionaje. No debe olvidarse que por entonces aspiraba a la fusión de su partido con el partido de la policía rusa.

A la cabeza del S.I.M. Prieto puso a Garcés, uno de los muchos buscones que gravitaban en torno a él, como a la cabeza del gobierno había puesto a otro. Tal para cual. Si el buscón Negrín cambió de patrono apenas aupado, Garcés, descubriendo su verdadera naturaleza de asesino mercenario, se convirtió en seguida en brazo ejecutorio del partido de la policía rusa. Lo que el uno consentía y encubría, el otro lo ejecutaba. Las víctimas eran la mayoría de las veces anarquistas, trotskystas, poumistas, socialistas de izquierda, y hasta algunos stalinistas desviados.

El Servicio de Investigación Militar se convirtió en seguida en la organización española de la G.P.U. Siendo Prieto ministro de defensa nacional y todavía uno de los hombres principales del gobierno si no el principal, fueron asesinados Andrés Nin y Kurt Landau (poumistas), Moulin y Wolf (trotskystas), decenas de anarquistas sin nombre, algunos socialistas cuyos nombres son también ignorados, técnicos o enviados rusos y algunos stalinistas españoles o internacionales, en divergencia más inconsciente que deliberada con «la línea», centenares de luchadores revolucionarios anónimos, y fueron montados el infame proceso contra el P.O.U.M. y el mucho más infame proceso contra los trotskystas de la Sección bolchevique-leninista¹⁰⁸. ¿Por qué el señor Prieto, que en la emigración deja salir bocanadas antistalinistas, no movió un dedo entonces, ni pronunció una sílaba, para detener esos crímenes stalinistas? Porque sus propias ideas y los intereses de los imperialismos democráticos coincidían plenamente, contra la revolución, con las ideas stalinistas y los intereses del Kremlin. La obra de la contrarrevolución rusa casaba perfectamente con las más urgentes necesidades de la contrarrevolución de abolengo capitalista.

Algo semejante, en el plano de la justicia togada, ocurría con los Tribunales de Alta Traición y Espionaje. Juicio sumario, semimilitar, a puerta cerrada. ¿Estaban, acaso, dirigidos contra los traidores y los espías? No. Los traidores principales estaban en el Gobierno, y los espías pululaban, bien protegidos, en las dependencias oficiales y en los partidos del frente popular. Además, para juzgar a traidores y espías no era necesaria la puerta cerrada; al contrario, convenía la mayor publicidad. No así para juzgar, calumniar, encarcelar o asesinar legalmente a los revolucionarios. Para eso y únicamente para eso era necesaria la puerta cerrada. Al instituir los mencionados tribunales, el señor Prieto, inspirador de la idea, el gobierno en pleno y sus consejeros stalinistas, les asignaban por tarea principal la persecución de los hombres de avanzada¹⁰⁹, salvo excepciones de algunos fascistas o auténticos espías, con los cuales, fiel a la tradición contrarrevolucionaria desde la época del terroir francés, el gobierno procuraba confundir a los más incorruptibles luchadores socialistas.

En suma, el aporte del reformismo al gobierno era coincidente con el aporte del partido de la policía rusa, servía en todo caso a éste, y sólo por éste podía ser completado. Es que, como fuerza burocrática antirrevolucionaria, el stalinismo da ciento y raya al reformismo clásico. Por eso los reformistas, o se le suman, cual Negrín y tantos otros, o lo dejan hacer y desertan de cualquier manera púdica, cual hizo el señor Prieto yéndose a América a predicar la intervención de «las repúblicas hermanas» en favor de la paz.

Desde el primer día del gobierno Negrín-Stalin, el partido de la policía rusa tuvo vara alta en todos los asuntos y en todas las dependencias gubernamentales, pero especialmente tuvo vara alta en la policía, su instrumento predilecto de gobierno. La mayoría de los jefes de policía e infinidad de agentes individuales fueron acogidos en el partido

¹⁰⁸ Este proceso era un calco de los procesos de Moscú contra los viejos bolcheviques. Las acusaciones políticas, a saber, publicación ilegal de *La Voz Leninista*, participación en los acontecimientos de Mayo, lucha por un frente único obrero para derrocar al gobierno Negrín en favor de la dictadura del proletariado, etc., en realidad no interesaban a la G.P.U., quien desde bastidores, y a través de Menéndez, el entonces jefe de la policía, organizaba el proceso. La acusación que la G.P.U. trató de sacar adelante con gran lujo de falsificaciones y torturas, no era más que una traducción española de las acusaciones hechas en Moscú contra los hombres que en 1917 hicieron la revolución: proyecto de asesinato de Negrín, Prieto, Comorera, Pasionaria y no sé quién más, sabotaje y disrupción en la retaguardia para favorecer la victoria de Franco, espionaje a favor del enemigo, y, por vía de ensayo, asesinato de un capitán ruso. La acusación muestra que la G.P.U. contaba a Prieto entre los suyos, de lo contrario no lo habría elegido como «víctima» de los trotskystas. Algún día se pondrá en claro todo esto.

¹⁰⁹ Dando satisfacción a la petición de la G.P.U., el Tribunal de Alta Traición y Espionaje número 1, pedía mi cabeza y las de otros dos trotskystas, Fernández y Carlini. Si no logró ver su deseo cumplido, se debió principalmente a que no encontró en nosotros, como en los procesados de Moscú, capituladores complacientes.

«comunista». Los directores generales de seguridad, eran afiliados o instrumentos del mismo partido. Toda la policía española, así la del gobierno central como la del gobierno «autónomo» catalán, se convirtió en instrumento de la G. P. U., sin necesidad de que los agentes rusos se dejaran ver¹¹⁰. Las comisarías y la propia Dirección General de Seguridad no eran más que «checas» stalinistas, con la única diferencia de que el emplazamiento de éstas era conocido, mientras había otras «checas» cuyo emplazamiento, en los primeros meses de gobierno Negrín-Stalin, sólo conocía un reducido número de personas. Con el tiempo, no sólo el sitio de las «checas» sino las torturas en ellas infligidas, eran del dominio común. Millares de obreros y revolucionarios habían pasado por ellas. En algunas fungían, como «representantes del orden», fascistas de la víspera, que hasta los acontecimientos de Mayo habían estado ocultos¹¹¹. Se ve, sin necesidad de explicación, de qué clase de orden se trataba. Con el objeto de establecerlo, el partido de la policía rusa tuvo por principal objetivo adueñarse, directa o indirectamente, de todos los resortes de represión, así en la policía uniformada como en la secreta y en el S.I.M. Gracias a Negrín y a la venalidad inconmensurable de toda esa población indistinta que crea el capitalismo, sin una ocupación que la distinga como clase, sin un átomo de ideas, dispuesta siempre a gritar «arriba Franco» o el «padre de los pueblos», con tal de salvarse y prosperar, el objetivo de adueñarse del aparato represivo le fue fácil al partido de la policía rusa. Tres meses después de constituido el gobierno Negrín-Stalin ya lo había conseguido, aunque todavía el Gobierno como tal aparecía más bien como cabildo de Prieto que como cabildo de Stalin. Así pues, para juzgar bien la obra del gobierno presidido por Negrín, tanto en el detalle de sus hechos concretos como en su significación histórica general, hay que tener continuamente presente que desde el principio abandonó el aparato represivo al partido de la policía rusa, o sea el brazo español de la contrarrevolución antibolchevique.

No obstante, inmediatamente después de las jornadas de Mayo surgieron nuevas y muy prometedoras posibilidades de rápida recuperación proletaria. No se olvide que la derrota de Mayo no había sido debida a la fuerza efectiva de la reacción stalinino-capitalista, sino a la intervención de los líderes anarquistas. Si en Cataluña sólo deambulaban, fusil ametrallador al hombro, 40.000 guardias, la revolución hubiera todavía podido poner en pie 100.000 hombres y ganar rápidamente la adhesión de la mayoría de los combatientes del frente, con solo hacer un signo combativo inequívoco. Negrín y sus stalinianos moscovitas, Prieto y sus reformistas franco-británicos, lo sabían, y por eso tenían que andarse con tiento, cuando menos exteriormente. Tanto más cuanto que, por un momento, pareció que la C.N.T. abandonaría el curso traidor del ¡Alto el fuego! por un curso revolucionario. Desgraciadamente, no fue así, sino sólo una vacilación, una concesión a la presión tremenda de su base revolucionaria, que veía los resultados de Mayo, para abandonarse en seguida a un colaboracionismo aún más derechista, tipo unidad nacional.

Cediendo a la presión de su base y del proletariado en general, el órgano central del anarquismo, *Solidaridad Obrera*, saludó la constitución del gobierno Negrín con este titular a toda plana:

El gobierno Negrín es el gobierno de la contrarrevolución.

Era enteramente verdad, e hizo creer a muchos obreros que lo de Mayo no había sido más que un error desgraciado, pero que la dirección anarquista volvía de él y contraatacaba en favor de la revolución. A pesar de los 40.000 guardias gubernamentales estacionados en Cataluña con jefes stalinistas o stalinizantes, a pesar de los 250.000 guardias, aproximadamente, que mantenían el Estado capitalista en nuestra zona, el proletariado sintió un hálito de esperanza, de seguridad inclusive. Evidentemente, los guardias habrían sido fácilmente barridos si la C.N.T. se hubiese puesto al frente de la revolución.

Al mismo tiempo, cundía la actividad clandestina. *El Amigo del Pueblo*, órgano de los «Amigos de Durruti» y *La Voz Leninista*, órgano de los trotskistas, se difundían fácilmente en decenas de millares de ejemplares, a pesar de que quienquiera hubiera sido arrestado con uno de esos periódicos en el bolsillo habría recibido una condena de diez a treinta años. Otros periódicos anarquistas clandestinos aparecieron, atacando enérgicamente al Gobierno y pidiendo a la C.N.T. una política revolucionaria. Cualquier manifiesto trotskista o de los «Amigos de Durruti» ô las dos únicas

¹¹⁰ Detalle interesante para comprender la mecánica de la reacción: entre los numerosos agentes españoles que por cuenta de la G.P.U. me detuvieron a mí había uno que, avergonzado, me enseñaba su carnet de la C.N.T., «de antes del 19 de Julio». El hubiera deseado mejor detener a un fascista, pero sentía descargada su conciencia porque nosotros atacábamos al Gobierno con el cual su organización colaboraba. Sin duda, este hombre estaba lejos de saber que actuaba por designio de la G.P.U.

¹¹¹ Así, ocho miserables polizontes profesionales, algunos de los cuales habían servido bajo Primo de Rivera y bajo Gil Robles-Lerroux, otros característicos tipos de los bajos fondos refugiados en un «enchufe», pero todos ellos con el carnet del partido «comunista» en el bolsillo y capitaneados por Menéndez, entonces director general de seguridad e instrumento stalinista, pretendieron hacerme confesar a mí, torturándome, que yo era agente terrorista y espía al servicio de Franco, y que mi organización favorecía la victoria del enemigo.

organizaciones que apoyaron incondicionalmente los acontecimientos de Mayo alcanzaba un éxito clamoroso en el proletariado. Frecuentemente, sus repartidores fueron arrancados por los obreros de las manos de la policía, y los manifiestos espontáneamente distribuidos por la multitud. El propio hombre de confianza de la G.P.U., Comorera, tuvo que referirse, en uno de sus discursos, a la acogida favorable y la complicidad de los obreros que los manifiestos trotskystas encontraban en las fábricas¹¹². A causa de esa reacción de la masa, la dirección oficial cenetista hubo de romper relaciones — al menos las relaciones formales — con el stalinismo. Deseoso de combate, el proletariado interpretaba el hecho como una rectificación radical de conducta, y naturalmente, esperaba todavía que la C.N.T. salvaría la revolución. En el fondo el proletariado tenía razón, porque si bien los líderes oficiales de la C.N.T. no tenían en manera alguna la intención de salvar la revolución, la revolución, en ese momento, sólo hubiera podido ser salvada por una organización tan fuerte orgánicamente como la C.N.T. Ni los trotskystas ni los «Amigos de Durruti», débiles numéricamente, sin organización ni numerosos cuadros, estaban en condiciones de procurar la victoria. El proletariado simpatizaba con ellos, pero no podía ver en ellos ninguna seguridad, porque no basta que una organización tenga una política revolucionaria para conquistar la adhesión total de las masas. Hace falta, además, que esa organización se muestre capaz de poner en práctica sus ideas, lo que no es posible sin un amplio sistema orgánico bien constituido y decidido, del que no disponían ni los trotskystas ni los «Amigos de Durruti». Sus organizaciones eran decididas sí, pero demasiado minúsculas. Por eso la revolución española no pudo ser salvada por las dos únicas organizaciones que la querían sin ninguna reserva.

Escandalizado y amedrentado por esa situación, el stalinismo comenzó a hablar en su prensa de un «anarcotrotskyismo», e inclusive de un trotskysmo «caballerista», puesto que los partidarios de Largo Caballero en el Partido Socialista también veían la traición de que estaba siendo objeto la revolución y se inclinaban a la izquierda, favoreciendo la propaganda trotskysta y todo lo que, en general, iba dirigido contra el gobierno Negrín Stalin. Desde el principio de este libro, he dicho que el proletariado español ha prodigado las ocasiones de hacer la revolución, y que las direcciones de los principales partidos — *incluyendo como partido al anarquismo* — se han inclinado a la derecha en el momento culminante. Otro tanto ocurrió después de Mayo, durante los meses en que, habiendo roto la C.N.T. con el stalinismo, el proletariado de la zona roja esperaba una reanudación del combate entre revolución y reacción stalino-capitalista. La C.N.T., lejos de tomar la capitánía revolucionaria, la rehuyó, tuvo miedo, desautorizó la actividad revolucionaria clandestina, habló desde su Comité Nacional contra los trotskystas y los «Amigos de Durruti», prefirió la compañía del stalinismo, y le dejó actuar inclusive contra sus militantes¹¹³, hasta consagrarse ella misma como corriente colaboracionista en el pacto C.N.T. -U.G.T. Es preciso dejar bien sentada la actitud de la C.N.T. durante esta última oportunidad que ofreció el proletariado español antes de que Negrín-Stalin diesen la victoria a Franco. Esa actitud se caracteriza y resume de la manera más perfecta tomando como punto de partida el titular citado de *Solidaridad Obrera* («El gobierno Negrín es el Gobierno de la contrarrevolución»), y como término el pacto CNT-UGT (capitalismo de Estado en su mejor aspecto), y la incorporación de la C.N.T. al gobierno caracterizado justamente por ella misma como Gobierno de la contrarrevolución.

Mientras tanto, el partido de la policía rusa, dudando poder dominar la repulsa cada vez más general que en las masas encontraba, preparaba un golpe de Estado. Armas le sobraban; tenía ya el control de la mayoría de la policía, y los cuerpos de ejército por él dominados eran también los mejor pertrechados. Pero le faltaba el «hombre de prestigio» requerido siempre para esas faenas. Entre los suyos ninguno sobresalía, ni poco ni mucho, del nivel del charco y todos eran igualmente detestados. Además, el golpe de Estado estaba relacionado con los proyectos de paz confesados por Negrín al hacerse cargo del Gobierno. Esas circunstancias obligaron al stalinismo a crear el «hombre de prestigio» necesario, de cualquier general, por más que los generales — tradición española — se distinguiesen principalmente por una estupidez y una incultura insignes. Pero dadas las intenciones particulares del partido de la policía rusa y el proyecto de abrazo de Vergara, éstas eran cualidades. Primero, el partido de la policía rusa ensalzó a Miaja, después a Pozas, que había sido llevado al frente de Aragón con el cargo de liquidar cuanto de revolucionario quedaba en él; por

¹¹² «En las fábricas — hay frecuentemente una complicidad o una indiferencia por las hojas clandestinas que circulan en las fábricas de guerra, deslizadas allí por los trotskystas contrarrevolucionarios, en las cuales se dirigen ataques al gobierno de la Generalidad y al de la República». Comorera al Pleno stalinista celebrado en Lérida, en enero de 1938.

¹¹³ No desconozco que algunos grupos anarquistas, en el frente y en la retaguardia, se defendieron enérgicamente de los ataques físicos del stalinismo. Pero lo hacían por su propia cuenta, y la política general de la C.N.T. los colocaba en mayor desventaja mientras más tiempo pasaba. Por lo general, los asesinatos practicados por el stalinismo ni siquiera eran denunciados en la prensa anarquista. ¿No había caído el mismo Durruti, probablemente asesinado por el stalinismo, sin que la prensa oficial anarquista denunciara el hecho o pidiera una investigación?

un momento incensó a Kieber, militar alemán venido de Rusia, desaparecido poco después por obra de sus propios correligionarios. Finalmente, el elegido fue el general Rojo, quien más tarde quedó instalado como jefe del Estado Mayor, no obstante que su actuación en el frente de Toledo, cuando todavía tenía un grado inferior, había sido pésima y no exenta de sospechas. Con halagos públicos, dádivas inmediatas y promesas de ascensos, con s calculada política reaccionaria, el partido de la policía rusa fue conquistando para sí la mayoría de los militares profesionales y todos los arribistas procedentes de las Milicias. Pero el golpe de Estado, que amagó durante varios meses, hasta fines de 1937, se hizo innecesario. Había para ello dos razones capitales. Por una parte, la C.N.T. y la «izquierda» caballerista, únicas fuerzas que por entonces estaban en condiciones de hacer oposición seria al gobierno Negrín-Stalin, renunciaron a la lucha tras algunas vacilaciones, y se sometieron, siempre trayendo a colación «los intereses de la guerra», claro está; por otra parte, Franco no daba oídos a las ofertas de paz hechas por Negrín, con lo que éste, adoptando un continente espartano, se puso a hablar de «resistencia», disipando un tanto la tremenda hostilidad que su primera declaración pro-paz había suscitado.

Dada la actitud, más que conciliante, renunciadora de la C.N.T. y la «izquierda» caballerista, el golpe de Estado era innecesario, a menos que se tratara de hacer inmediatamente la paz con Franco, que en manera alguna habría sido aceptada por el proletariado, y contra la cual habían hablado tanto la C.N.T. como Caballero. Habiéndose mostrado el enemigo muy poco seducido por el proyecto de «reconciliación entre españoles», en la zona roja el aparato represivo estatal, tanto el legal como el ilegal, fue cayendo rápidamente en manos de la fracción más consecuente y clarividente de la contrarrevolución, y al mismo paso el gobierno adquiría sus características definitivas de gobierno Negrín-Stalin. Ya a fines de 1937, la dictadura policíaca era un hecho consumado, y al margen de ella, bordeándola, inspirándola, completándola con o sin el consentimiento de los ministros, la dictadura de la G.P.U. rusa. Si en Mayo se habían unido contra el proletariado insurrecto todos los elementos de la contrarrevolución mundial, desde Moscú hasta Burgos y Valencia, pasando por Berlín, París y Londres, el fracaso de la paz daba forzosamente en la zona roja, pronto efectivamente degradada en la categoría de zona republicana, el dominio a Moscú, quien se había atrevido a hacer más confianza al frente popular como representante del «orden» contra la revolución. No sólo le había hecho confianza, lo había guiado también. De ahí que, una vez vencida la revolución, y no habiéndose podido llegar a la paz, Moscú y sus mercenarios españoles fuesen los dueños principales en la zona republicana. Los otros mentidos antifascistas ligados a París, Londres y Washington, se veían reducidos a la categoría de comparsas y aun frecuentemente vejados en su autoridad. Algunos de ellos, cual un Prieto, un Companys, protestaban entre bambalinas contra los abusos del stalinismo y públicamente se presentaban como algo a la izquierda de él. No obstante, lo más que podían hacer era dejarse despedir del Gobierno y huir a una comisión cualquiera. Ellos habrían preferido el patronato de París, Londres y Washington, pero puestos ante la alternativa ineludible de dejar afirmarse los intereses rusos o recurrir a la revolución para combatirlos, dejaron seguir adelante los intereses rusos y su inseparable G.P.U. El antistalinismo de muchos republicanos y socialistas emigrados no tiene otro origen, ni mayor importancia. Con la complicidad de todos ellos se constituyó, se afirmó y trabajó el gobierno Negrín-Stalin. Los diversos sectores de la contrarrevolución mundial tienen intereses divergentes entre sí, pero sólo uno frente al proletariado. Cualquiera de las partes que domine, las otras han de apoyarla, por más que les desplazca verse preteridas. La revolución española corroboró esa verdad de manera particularísima.

He ahí por qué el triunfo de la contrarrevolución que degradó la zona roja en zona republicana, fue, ante todo, triunfo del stalinismo ligado a Moscú. He ahí por qué el gobierno Negrín tenía que ser, en definitiva, un gobierno Negrín-Stalin. He ahí por qué la represión, inaugurada en escala nacional con la derrota del proletariado en Mayo ô derrota en el triunfoô fue, sobre todo, la represión del partido de la policía rusa dirigida por la policía rusa. He ahí por qué Negrín no puede ser considerado por el proletariado español y mundial más que como un venal monigote manejado por los agentes superiores de la G.P.U. He ahí por qué los líderes «comunistas», todos ellos intelectual y moralmente despreciables, ahogados en su propia inmundicia, se convirtieron en individuos importantes. El stalinismo prospera con la derrota y la humillación del proletariado.

El gobierno Negrín-Stalin no es más que la dictadura policíaca de la contrarrevolución frentepopulista, dictadura que va desarrollándose día a día, no sólo en brutalidad y terror organizados, sino también en objetivos políticos. La importancia de esa experiencia es a la vez una advertencia al mundo proletario y la primera insinuación de la que, andando el tiempo, había de ser política exterior del Kremlin triunfante y ocupador de Europa oriental.

Hijuela de Moscú, el gabinete nominalmente presidido por Negrín tenía por instrumento fundamental de gobierno, la policía uniformada y la secreta, ambas orgánica y políticamente dependientes del partido de la policía rusa. Numéricamente, las dos fueron desarrolladas, en la mitad de España en que Negrín-Stalin gobernaban, mucho más que en tiempos de Primo de Rivera o de Gil Robles-Lerroux en la totalidad del país, y no menos que en la otra mitad de España gobernada por Franco-Hitler. Una estadística comparativa del número de policías en las dos zonas, que no estoy en condiciones de hacer, sería muy elocuente. Esa policía había empezado por asesinar, en Mayo, a centenares de revolucionarios dejándolos «muertos en las cunetas de las carreteras, en número mayor que en la zona fascista». Después de Mayo continuó su obra, ya más metódicamente dirigida contra los hombres y grupos de avanzada. En las cárceles, los fascistas eran una minoría cada vez más reducida, pues encontraban muchas facilidades para salir, y a partir de Mayo, el gobierno no los persiguió sino en los rarísimos casos de directa actividad pro-Franco. Las cárceles y las «checas» privadas del partido de la policía rusa se llenaron con los hombres que el 19 de Julio habían derrotado a militares y fascistas, y el 3 de Mayo a stalinistas, reformistas y republicanoides en general. La sumisión política de la C.N.T. no protegió a sus militantes, si bien la policía atacaba principalmente los grupos anarquistas disconformes con la política sustentada por su organización, muy numerosos durante el año 1937. Por razón de su número, ellos suministraban el contingente principal de revolucionarios que poblaba las cárceles oficiales y las «checas» extra-oficiales. En segundo término venían el P.O.U.M. y los militantes verdaderamente trotskystas, contra los cuales la G.P.U. se esforzaba en tramar falsificaciones judiciales a lo Moscú. Pero tampoco faltaban en las cárceles representantes de la izquierda socialista renuentes al silencio y la resignación que les recomendaba su jefe, Largo Caballero, ni algún que otro stalinista demasiado honesto o impulsivo para el, partido en que militaba.

Eran motivos para entrar a la cárcel, no ya la oposición activa y deliberada a la contrarrevolución reinante, que únicamente practicaban los trotskystas, algunos grupos anarquistas, como los «Amigos de Durruti», y el P.O.U.M. un poco a la fuerza, sino la falta de colaboración, activa y *entusiasta* en todas y cada una de las medidas, hasta las más insignificantes, de la contrarrevolución staliniano-capitalista. En tiempos de Nerón, algunas personas fueron condenadas a muerte por falta de entusiasmo hacia la persona del emperador. Bajo la contrarrevolución antibolchevique que en Rusia dirige Stalin, no algunas, sino centenares de militares de personas, han sido ejecutadas o condenadas a trabajos forzados por la misma causa. Su hijuela española tenía que imitarle, siquiera en escala modesta, puesto que no le pertenecía el poder tan totalitariamente como en Rusia¹¹⁴.

El capítulo de la represión del gobierno Negrín-Stalin no puedo escribirlo yo, ni nadie en la emigración. Para darle toda su espantosa veracidad, es preciso que el proletariado tome el poder pronto, organice una encuesta detallada entre ministros responsables, directores de policía, torsionarios, líderes y funcionarios stalinistas. Inmediatamente después de su triunfo, Franco explotó mucho el terror de las «checas» stalinistas, exhibiendo fotografías de los aparatos de tortura en ellas empleados. Pero ni Franco ni el stalinismo podían decir que *todo ese temor estaba enderezado contra la revolución y sus representantes* conscientes, inconscientes o lejanos, en manera alguna contra los fascistas y los burgueses, con los cuales el stalinismo buscaba la reconciliación o «unidad nacional» que hoy mismo constituye su objetivo declarado. El carácter reaccionario de la represión es ignorado en el extranjero, pero no en España en lo que

¹¹⁴ En la cárcel conocí a un joven socialista suizo para quien el Tribunal de Alta Traición y Espionaje pedía la pena de muerte. Una mujer católica y dos stalinistas le achacaban el asesinato de un tercer stalinista. Parecía un caso perdido. Pero habiendo enfermado gravemente la mujer católica, sintió la proximidad del infierno, llamó al juez y declaró haber testificado en falso, amenazada y sobornada. Los dos testigos stalinistas eran los autores del asesinato del tercer stalinista. Como se ve, el miedo a Satanás es menos innoble que el miedo a la G.P.U. El joven socialista acusado no era un activo opositor a la política gubernamental. Simplemente, se había negado a prestar servicios de delator al partido de la policía rusa, e insistía en ser trasladado de un regimiento controlado por éste a otro con mandos socialistas.

Conocí también a un filólogo belga, hombre de unos cincuenta años, que habla estado al servicio del Estado Mayor del Ejército del Este. Técnico honradísimo y espíritu ingenuo, sin ninguna idea política concreta, no supo anteponer las conveniencias stalinistas a la eficacia militar. Había denunciado la impreparación del ataque a Zaragoza, principalmente organizado para prestigiar a los militares adheridos al partido de la policía rusa. El ataque a Zaragoza terminó, en efecto, en un rotundo fracaso que costó la vida a varios miles de hombres. Pero quien lo previó había sido llevado al Tribunal de Espionaje y Alta Traición.

Casos como estos se pueden citar por centenares. Miles de hombres fueron encarcelados, o asesinados en el frente, por haberse negado a adherirse al partido «comunista». Se dieron casos de compañías enteras enviadas a lugares de donde los mandos sabían con certeza que no volvería un solo hombre vivo, con el exclusivo objeto de deshacerse de uno o dos individuos que incomodaban los planes stalinistas. En 1938, una ironía cualquiera contra el «doctor lenteja», como popularmente se llamaba a Negrín a causa del régimen alimenticio a que vivía sometida la población pobre, o contra «los hijos predilectos del pueblo», como a sí mismos se llamaban los líderes stalinistas, escuchada por los delatores que se hallaban en todas partes, causaba a su autor una rápida condena a diez, veinte o treinta años. Tribunales especiales llamados de urgencia fueron creados para el caso. Había quién, por la mañana, se había burlado de la conocida glotonería de Negrín, y por la tarde ya se encontraba en la cárcel con una sentencia de treinta años a cuestas.

fue zona roja. Sin embargo, incluso en esa zona es generalmente ignorado un hecho que prueba incontestablemente el carácter antiproletario de la represión del gobierno Negrín-Stalin. A mediados de 1937 la C.N.T. constituyó un comité semi-secreto especial, encargado de localizar a los revolucionarios desaparecidos que no se hallaban en ninguna de las cárceles conocidas y cuyos cadáveres tampoco habían sido encontrados en las cunetas de las carreteras. El comité, que ocupaba dos oficinas en el edificio del Comité Nacional de la C.N.T., en la Vía Durruti (Layetana), recibió millares de solicitudes para encontrar anarquistas, poumistas y trotskistas desaparecidos. Algunos cientos fueron descubiertos en las «checas» del partido de la policía rusa, e inclusive libertados. Es lo más que consiguió la C.N.T. con su política capituladora; es lo más que podían conceder el stalinismo y su gobierno para asegurarse la capitulación de la C.N.T. asquerosa muestra de «fraternidad antifranquista». Ninguno de los militantes responsables desaparecidos, tanto de la C.N.T. como trotskistas o del P.O.U.M., fueron nunca localizados por el comité semi-secreto en cuestión. La G.P.U. sabe a quién libertar para mostrar su «generosidad», a quién asesinar sin miramientos, y a quién seducir con comités semi-secretos de aparente fraternidad antifascista.

Las características particulares a la revolución española matizan la represión staliniano-capitalista. La revolución española es una revolución sin partidos revolucionarios, en la cual las organizaciones principales hacen el juego de la reacción, las masas se oponen a ella intuitivamente, y sólo contados e inorganizados grupos se le enfrentan enérgica y conscientemente. Así también, la represión va dirigida contra la masa anónima resistente, en general, y en particular contra aquellos grupos (trotskistas, anarquistas, poumistas) que real o potencialmente parecían más capaces de encauzar hacia la toma del poder la resistencia anónima de las masas. Los revolucionarios conocidos a asesinar eran pocos; los revolucionarios anónimos muchos, interminable legión. Tras cada uno de los nombres que se pueden citar hay centenares o millares de hombres, la mayoría olvidados, porque la revolución era más inorgánica que orgánica. Citar a Berneri, Barbieri, Martínez (anarquistas), a Nin y Landau (poumistas), a Moulin y Wolf (trotskistas), todos ellos asesinados por la contrarrevolución staliniano-capitalista, es citar a millares de revolucionarios sin nombre, caídos a manos de la misma contrarrevolución. Sin embargo, el stalinismo no podía dejar de poner toda su saña en la exterminación del trotskismo. *Treball* y otros periódicos del partido de la policía rusa llegaron a aconsejar a su gente el asesinato de los trotskistas en cualquier lugar que se les encontrara, y designaban como trotskistas no sólo a los trotskistas verdaderos y el P.O.U.M., sino también todos los grupos de izquierda anarquista, a comenzar por los «Amigos de Durruti», y los mejores grupos socialistas. Era la proclamación de la ley de «lynch» contra los revolucionarios. La juventud stalinista de Barcelona, en la que se habían refugiado numerosos señoritos católicos y fascistas, repartió un volante incitando al asesinato de los trotskistas.

Como elemento auxiliar de la dictadura policíaca, Negrín-Stalin contaban con los tribunales. Para los casos leves de oposición al régimen, que se elevaban a decenas de millares, habían sido creados los Tribunales de Urgencia, que trabajaban con gran celeridad, sin examinar pruebas ni permitir casi defensa. Bajo testimonio de cualquier delator, oficial o extraoficial, en unas cuantas horas una persona podía ser condenada hasta a treinta años de cárcel. Los Tribunales de Alta Traición y Espionaje se ocupaban de los casos más graves de oposición al régimen, y particularmente de los enemigos más destacados del stalinismo. Repitamos que no se trataba de perseguir a traidores y espías sino ante todo a los revolucionarios. Millares de casos se amontonaban en los juzgados, la mayoría de ellos sin solución posible, pues las acusaciones, casi siempre hechas por el stalinismo, eran tan absurdas e indemostrables, que no ofrecían base para condenar ni en esos tribunales infeudados al gobierno Negrín-Stalin. La G.P.U. quería obrar en España como si se encontrase en Rusia, donde ninguna palabra de protesta, ninguna disensión es posible, y los tribunales se ven obligados a «demostrar» las acusaciones fabricadas por aquella, so pena de que sus componentes pasen al banquillo de los acusados. En España no pertenecía todo el poder al partido de la policía rusa, por más que él inspirara el movimiento contrarrevolucionario, y aún quedaba manera de protestar y hacer conocer la verdad al extranjero. Debido a ello le fracasaron a la G.P.U. los dos procesos que más interés tenía en sacar adelante, el del P.O.U.M. y el de los trotskistas. Pero, claro está, no por eso los tribunales dejaron de llenar a conciencia su cometido antisocialista. Los tribunales son siempre el complemento jurídico del terror policíaco, particularmente bajo dictaduras del tipo de la de Negrín-Stalin.

Dos reaccionarios que escribieron una historia de la guerra civil por cuenta de Franco, exclaman casi agradecidos: «Así termina, por la destrucción de toda resistencia, incluso revolucionaria (sobre todo revolucionaria) la intervención de la U.R.S.S. en la organización del país»¹¹⁵.

¹¹⁵ R. Brasillach y M. Bardèche: *Historie de la guerre d'Espagne*, pág. 368.

El fraude político, instrumento de embaucadores a través de los tiempos, ha sido llevado por el stalinismo a un grado de perfección y cinismo sin precedente, que debería dar que envidiar a todas las Iglesias. Uno de los mayores fraudes cometidos por el gobierno Negrín-Stalin y capitalizado, durante y después de la guerra civil, por el partido de la policía rusa, ha sido el de la pretendida resistencia militar de ese gobierno. ¡Resistentes los capituladores! ¡Resistentes quienes desde el 20 de Julio de 1936 no hicieron otra cosa que preparar el aniquilamiento de la revolución y tomar a su cargo, en nuestra zona, la obra de la policía y el ejército franquistas! ¡Resistentes quienes por intereses y formación estaban ligados a la contrarrevolución rusa, la más bárbara de cuantas se tiene memoria!

No, el gobierno Negrín-Stalin nació para la capitulación, vivió para la capitulación y efectuó la capitulación aún en peores términos de la que él mismo deseaba. El deseaba una capitulación que conciliara los intereses de la contrarrevolución española con los intereses internacionales de la contrarrevolución rusa, o cuando menos que permitiera a stalinismo y reformismo seguir guardando una postura de colaboradores leales y oposición legal y útil al capitalismo. Por el contrario, la capitulación fue total, incondicional. En efecto, después de lo hecho en nuestra zona por Negrín-Stalin contra los órganos de poder del proletariado, los Comités-gobierno, contra el armamento de las masas, contra la naciente propiedad socialista de los medios de producción, contra la incipiente democracia proletaria, después de haber desencadenado la persecución y el asesinato contra las organizaciones revolucionarias, o no deliberadamente traidoras, después de suprimida la propia democracia burguesa e instaurada la dictadura policíaca, en una palabra, tras haber rehecho el orden, la dictadura Negrín-Stalin se resolvió naturalmente en la dictadura franco-falangista. El orden le fue entregado a Franco, de mano a mano, por Negrín. Ni ante la historia ni ante un tribunal revolucionario si la ocasión se presenta, se salvará de esa acusación el amanuense de la policía rusa.

Al constituirse el gobierno, recién derrotado el proletariado en las jornadas de Mayo, la paz parecía inminente. De ahí la precipitada declaración de Negrín anunciando la dictadura policíaca como preludeo al entendimiento con el enemigo. Pero Negrín, el partido de la policía rusa y Prieto, quienes entonces eran uña y carne, tomaban sus deseos por realidad. Ni nuestra retaguardia estaba todavía suficientemente dominada para dejarse llevar a la capitulación, ni internacionalmente la situación era tan propicia que Hitler y Mussolini aceptasen empujar a Franco a la paz. Ya he dicho que la reacción de toda nuestra zona ante la capituladora declaración de Negrín fue de enérgica y amenazante repulsa. Y como, por otra parte, las gestiones que el gobierno hacía en Londres o por otros conductos fracasaban, mostrándose Franco reacio, los capituladores, haciendo de la necesidad virtud, se dieron a hablar de resistencia.

A partir de ese momento el gobierno concentró sus esfuerzos en la organización del ejército llamado popular, y de la policía. Preparaba el ejército para desempeñar también funciones de policía, y para hacerlo digno de fundirse con el otro ejército español ô más legítimo en cuanto ejército nacionalistaô que guerreaba a las órdenes de «El Caudillo» generalísimo. El ejército fue organizado con arreglo a normas de jerarquía y disciplina enteramente reaccionarias, cual ya queda registrado en el capítulo correspondiente. Una vez descontadas las armas destinadas a la policía, necesidad primera para la nueva reacción, el ejército fue pertrechado cuanto permitía la tacaña ración de armas rusas y los alijos extra que a precio de especulación grabado con robo de sus funcionarios, se procuraba el Gobierno en varios puntos de Europa. Este llegó incluso a organizar algunas ofensivas y a ceñir su cabeza con los laureles de la gloria militar (Guadalajara y Teruel). ¿Todo para qué? ¿Acaso para aplastar militarmente al enemigo? ¿Acaso para derrotar y destruir el ejército franquista? No, todo para convencer a Franco o los franquistas de la conveniencia de la paz; todo para capitular. Al gobierno Negrín-Stalin le asustaba su propia victoria militar, la temía y no la deseaba. Su base principal, el partido de la policía rusa, por más servil que fuera, no inspiraba al Kremlin plena confianza sobre su eficacia contrarrevolucionaria. Por otra parte, España está demasiado lejos para que el ejército y la policía rusa pudiesen ir a imponer el orden por sí mismos, como después han hecho en los países de Europa oriental. Resintiendo el temor a la revolución de Moscú y de todas las capitales del viejo mundo reaccionario, temor que él mismo llevaba en la sangre y la carne de sus componentes, el gobierno stalinista de Negrín tenía por aspiración suprema, no derrotar al enemigo militarmente ni ser derrotado él. He ahí la significación del resistir negrinista. Se trataba de resistir hasta que, viendo Franco difícil o imposible su victoria, se decidiese a pactar. Era una resistencia para capitular. Toda la obra del gobierno, en particular la organización del ejército y las dos únicas victorias militares conseguidas a costa de muchos millones en armas y de decenas de miles de hombres, tenían por objeto exclusivo crear las condiciones particulares de capitulación que deseaba el gobierno.

El nuevo rumbo de unidad nacional, encontrado al fin y definitivamente por el stalinismo, dictaba al gobierno su política. La lucha de clases dejaba de entrar en su cálculo, no sólo en la realidad, sino incluso como veleidad oratoria.

Véase. Uno de los tantos alquilones stalinistas, José Escrich, decía en una conferencia pronunciada en Valencia: «. .la guerra en nuestro país se transforma en una guerra nacional de independencia, en una guerra para libertar al pueblo español, para expulsar a los invasores de nuestra Patria». «En esta situación ô añadíaô nosotros propugnamos por la unidad de la juventud. ¿Sobre qué base? Sobre la base de la defensa de la Patria. ¿Contra quiénes? Contra los ejércitos invasores». «. .nos dirigimos absolutamente a todos los ciudadanos de España». Por la misma fecha, mayo de 1937, un Pleno ampliado del comité central del partido de la policía rusa apuntaba el rumbo que seguiría la política gubernamental: «. .el dilema de vida o muerte que hoy plantea la guerra a España no es el de pasar de un régimen democrático al socialismo o al colectivismo, sino el de dejar a España y a los pueblos que la integran sufrir la desmembración, la destrucción y la esclavitud colonial o defender su independencia nacional y su régimen republicano y democrático». Y en la Sociedad de Naciones, representando al gobierno, Alvarez del Vayo, ese espíritu de dos milímetros ô uno de ellos stalinistaô daba vueltas y revueltas a sus dos milímetros de espíritu, esforzándose en probar que en España no había ni había habido nunca una guerra civil, sino una asonada militar seguida de invasión.

La tendencia ya claramente marcada por el partido de la policía rusa, mientras sus verdugos asesinaban a los insurrectos de Mayo, fue contorneándose cada vez más netamente en la política gubernamental, a medida que imperaba el orden de Negrín Stalin. El «resistir» y el «ganar la guerra» de la propaganda oficial eran meras formas, apenas veladas, del dirigirse «*absolutamente* a todos los ciudadanos de España» para «expulsar a los invasores de nuestra Patria». El gobierno Negrín-Stalin no hacía la guerra al fascismo, ni siquiera al ejército franquista, menos a la burguesía. El gobierno Negrín-Stalin «hacía la guerra» a los cuerpos expedicionarios de Mussolini y Hitler en España, y para ello aspiraba a unirse con los burgueses, el ejército franquista, los falangistas, los curas y caciques, *absolutamente* con todos los ciudadanos de la España podrida de incienso. ¡Santa unidad nacional, opuesta a la lucha de clases como dios al diablo, naturaleza última del stalinismo, al fin revelada en la revolución española! Toda la política, los motivos y los objetivos de guerra del gobierno Negrín-Stalin, se resumen así: «Váyanse los italianos y los alemanes a sus países¹¹⁶, y los españoles, que por ser españoles no tenemos por qué enfadarnos los unos con los otros, nos abrazaremos pensando en la Patria... » Entre las primeras manifestaciones del stalinismo español y de los embajadores rusos en ese sentido, y las últimas manifestaciones del gobierno Negrín-Stalin hay una unidad y un completamiento perfectos. Para la unión *absolutamente* con todos los ciudadanos de la España podrida de incienso, era necesario el decreto de finales de 1938 permitiendo la devolución de bienes a los «legítimos propietarios» ô aun cuando esos bienes hubiesen readquirido una forma capitalista teniendo al Estado como propietarioô y las alocuciones de los oficiales stalinistas y stalinizantes del ejército «popular» dirigidas a los oficiales del otro ejército español, asegurándoles que si al principio éstos habían tenido razón, no tenían más motivos de seguir luchando, desde que en nuestra zona imperaba el orden Negrín-Stalin.

El gobierno Negrín-Stalin no tenía objetivos de guerra ni razones para hacerla. La guerra le era impuesta por el potente movimiento inicial del 19 de Julio, el miedo al cual, y la ineluctabilidad general del dilema revolución social o contrarrevolución capitalista, impedía a Franco aceptar la paz que continuamente le era ofrecida. El gobierno Negrín Stalin no se oponía al triunfo de los principios, las ideas y los intereses generales del capitalismo por los cuales luchaba Franco; él mismo deseaba ese triunfo y lo impuso a sangre y fuego en nuestra zona. Divergía del gobierno Franco-Hitler sólo en matices. Un matiz nacional y otro internacional. Negrín-Stalin decían a Franco que la conservación del capitalismo nacional requería, como garantía de equilibrio, una participación de los líderes stalinistas y reformistas en la gobernación y en los beneficios del orden. Franco-Hitler respondían que para esa faena ellos se bastaban y se sobaban. Negrín-Stalin decían a Franco que el capitalismo español le convenía mejor estar aliado a Londres-Moscú- Washington que a Berlín-Roma. Franco-Hitler replicaban que los intereses del capitalismo español en lucha contra las masas del 19 de Julio habían forzado la alianza del capitalismo español con Berlín y Roma. En suma, tan prisionero como era Franco de Berlín y Roma lo era Negrín de Moscú, París, Londres y Washington. Así, el gobierno del partido de la policía rusa no tenía más perspectiva de guerra y de «victoria», que «resistir» hasta obligar a Franco a aceptar la paz, o hasta que estallase la guerra imperialista y él encontrase un apoyo en los ejércitos franceses, ingleses y americanos. Los dos milímetros del señor Alvarez del Váyo consiguieron decir claramente en la Sociedad de Naciones que España sería tributaria económica y posición estratégica de Alemania e Italia, o tributaria económica

¹¹⁶ Varios líderes stalinistas, entre ellos el atorrante Jesús Hernández, dirigieron la palabra a los soldados italianos hechos prisioneros en Guadalajara. No los invitaron a sumarse al proletariado español, sino a pedir a sus jefes que no agredieran la independencia de España, y la vuelta a Italia.

y posición estratégica de Inglaterra y Francia, según venciese Franco o se le obligase a aceptar la paz que Negrín-Stalin llamaban triunfo.

Los llamados «13 puntos de Negrín», cuyo título oficial era «Fines de guerra del Gobierno de la Unión Nacional de la República Española», no aluden, ni de cerca ni de lejos, a la derrota y destrucción del ejército enemigo. ¡Como que tenían por objeto conciliárselo! Todos los puntos ignoran la guerra civil, el 19 de Julio y las conquistas adquiridas por el proletariado. Cuando fueron redactados, Negrín-Stalin habían arrebatado ya al proletariado y los campesinos casi todo lo que ellos habían arrebatado a la reacción y al capitalismo. El punto número 7 ratificaba ese hecho y tranquilizaba a la gente de Franco: «El Estado garantizará la propiedad legal y legítimamente adquirida...», y el tercero prometía la continuidad de la dictadura policíaca ya impuesta, mediante la fórmula «República popular representada por un Estado vigoroso...» La mayoría de los puntos no eran más que relleno, para no descubrir demasiado sus intenciones a las masas, y para insinuar suficientemente a la reacción franquista y mundial. La exaltación particular de nuestros imbéciles, la hispanidad, encontraba sitio en los llamados fines de guerra: «Consciente de los deberes anejos a su tradición y a su historia, España estrechará con los demás países de sus hablas los vínculos que imponen una común raíz y el sentimiento de universalidad que siempre ha caracterizado a nuestro pueblo» (punto 1); y «será preocupación primordial y básica del Estado el mejoramiento cultural, físico y moral de la raza» (punto 10). Sin duda pensando en el mejoramiento físico y moral de la raza, Negrín armó contra el proletariado y los campesinos 100.000 guardias de asalto. Este cuerpo, originalmente reclutado en los bajos fondos, exigía para la admisión un metro y setenta centímetros de estatura. Hay que reconocer que la hispanidad estaba así perfecta y tradicionalmente expresada.

En fin, el punto 11 reconocía el ejército franquista como el ejército español, admitiendo como cosa natural que no necesitaba ser dicha, que continuaría en funciones de ejército de la nación. Y el punto 4 señalaba la única condición verdaderamente requerida por Negrín-Stalin para capitular: «La estructura jurídica y social de la República será obra de la voluntad nacional libremente expresada, mediante un plebiscito que tendrá efecto tan pronto termine la lucha...» Desde el termidor francés, el bonapartismo ha calificado de democracia el método plebiscitario empleado siempre con éxito por Hitler, Mussolini, Stalin y Franco mismo. El movimiento revolucionario lo ha combatido como fraude. Recurriendo a los métodos de la reacción tradicional, el gobierno Negrín-Stalin denunciaba su único y verdadero fin de guerra: guardar cuando menos ciertas posiciones para las burocracias stalinista y reformista en un sistema capitalista organizado sobre las bases principalmente deseadas por el franquismo. A través de todos los recortes que fueron sufriendo los 13 puntos, éste se conservaba siempre, mejorando su significación bonapartista.

El 18 de julio de 1936, el frente popular trató de capitular ante los generales sublevados, ofreciéndoles participación ministerial por medio del fallido gobierno Martínez Barrio. Las masas echadas a la calle desbarataron el intento, y por su parte, los generales, seguros de vencer a los capituladores, y temerosos de las masas, tampoco aceptaron la oferta de Martínez Barrio. Desde el primer día de su vida hasta el último, el gobierno Negrín-Stalin se esforzó en llevar a efecto el compromiso que había fallado a Martínez Barrio. Esa era su razón de existencia, a eso llamaba victoria, hacia allá se encaminaba su resistencia, para hacerse digno del compromiso con los generales puso en práctica su política contrarrevolucionaria, expropió y desarmó al proletariado, reconstruyó los cuerpos represivos capitalistas, persiguió, calumnió y asesinó a los revolucionarios. Sí, el gobierno Negrín-Stalin era y no podía ser otra cosa que un gobierno de capitulación. Que a pesar de todo, el pacto con los generales no llegara a ser un hecho, se debe al imperativo de la lucha de clases nacional e internacional, y a que mientras más Negrín Stalin destruían la revolución queriendo hacerse dignos de abrazar a «los buenos españoles» del otro lado, más esos excelentes españoles estaban seguros de obtener una victoria total. Lo que necesitaban los generales y los falangistas eran el aplastamiento de la revolución. Una vez aplastada por Negrín-Stalin, los generales y Falange habían triunfado. La victoria militar no podía presentar dificultades.

Diversos intentos de paz fueron hechos, los unos conocidos, cual el viaje de Besteiro a Inglaterra, los otros sospechados o ignorados. Prieto ha revelado que su viaje por América tuvo por objeto buscar la mediación de los «países hermanos» en el conflicto español. El gobierno vasco hizo igualmente negociaciones de paz por mediación del Papa, su mentor espiritual. Y Zugazagoitia, ministro bajo Negrín, ha revelado otros intentos, más negociaciones misteriosas llevadas a cabo por el presidente del gobierno personalmente, sin que sus ministros supieran jota. Otras ofertas al «buen español» Franco serán sin duda conocidas en el porvenir. La historia hará caer sobre el gobierno Negrín-Stalin todo el oprobio a que se hizo acreedor; y los revolucionarios nos esforzaremos en llevar a sus

principales sostenes ante un tribunal del pueblo. Para bien hacer, deberían ser sentados en el banquillo de los acusados junto con Franco, sus generales y sus señoritos atorrantes falangistas.

La actividad y la política general del gobierno Negrín-Stalin encontraron un epílogo natural y digno de él, en el episodio de marzo en Madrid, el llamado golpe de Estado Casado-Miaja-Besteiro. La guerra había sido llevada a las boqueadas. El gobierno hacía aparición en cada sitio para hablar de resistencia, huir inmediatamente después de pronunciada su palabra, y reiterar la oferta de paz al enemigo reduciendo sus «13 puntos». En Barcelona, días antes de que entraran las tropas fascistas, proclamaba una resistencia desesperada, de encrucijada en encrucijada, y prometía solemnemente no abandonar la ciudad. Acabado el discurso, Negrín abordaba su coche rumbo al norte, y cada ministro imitaba su ejemplo numantino. La voz de resistencia era en boca del gobierno una antífrasis de ¡quien pueda! Los ministros mismos, ô han revelado algunos de éstosô ignoraban dónde se encontraban su presidente y la mayoría de sus colegas. Por la época del ataque a Barcelona, enero de 1939, hacía ya casi dos años que el partido de la policía rusa ejercía un dominio punto menos que absoluto sobre toda la vida de nuestra zona. Estaban lejos los días de la defensa de Madrid, cuando el proletariado, en posesión de la mayoría de sus conquistas, sobreponiéndose a la deserción gubernamental, se avalanzó sobre el enemigo y logró detenerlo. El proletariado sabía entonces por qué luchaba y tenía por qué luchar. En cambio, Barcelona, como toda Cataluña, como el resto de España inmediatamente, fue tomada sin lucha porque una vez destruida la revolución nada podía oponerse al avance enemigo. Negrín-Stalin habían servido de avanzada a Franco.

Caída Cataluña, el desenlace no podía hacerse esperar. El mismo bloque de traidores y oportunistas que constituía la base del gobierno, debía capitular lisa y llanamente, o bien deshacerse y dejar a una de sus partes el vergonzoso cuidado de llevar la política gubernamental hasta su término lógico, único posible. Internacionalmente, la situación hacía crisis también, precipitando el desenlace en España. Después del pacto de Munich, los imperialismos democráticos creyeron haber apaciguado a Hitler y asegurado la paz para varios años. Redoblaron en consecuencia sus mimos a Franco, reconocieron su gobierno y rompieron relaciones con Negrín, dando así por consumada ô a satisfacción de ellosô la victoria fascista. Inglaterra y Francia se emplearon a fondo, a partir de entonces, en forzar la capitulación. Pero el mismo pacto de Munich produjo un cambio radical en la política exterior rusa. Desde el comienzo de la guerra civil, el Kremlin no había intervenido en España y enviado «ayuda», sino con la mira de hacerse merecedor de una sólida alianza militar con Inglaterra y Francia, probando su buena fe contrarrevolucionaria en la carne y los huesos del proletariado español. Eso permitió a los intereses metropolitanos de Moscú, París y Londres, albergarse comúnmente en el gobierno surgido de la derrota obrera de Mayo. La víctima era la revolución. Pero, si con el pacto de Munich París y Londres se sintieron enteramente reconciliados con Franco, el ahijado de Hitler, el mismo pacto determinó las negociaciones secretas entre Stalin y Hitler meses después reveladas en el pacto que lleva el nombre de ambos. Y esas negociaciones eran absolutamente imposibles sin que Stalin empezase por conceder a Hitler y a su ahijado Franco carta blanca en España. Al cambiar el objeto de su alianza, el Kremlin tenía que cambiar su política en España. Por caminos diferentes, los dos intereses metropolitanos albergados en el gobierno de Negrín, venían a reconocer el triunfo de Franco, y a darle la última mano.

Pero las negociaciones, que entre Hitler y Stalin venían llevándose en Moscú, no eran todavía conocidas del partido español de la policía rusa, ni de Negrín, su monigote circunstancial. Eso produjo, tras la caída de Cataluña, un desnivel entre los representantes de los intereses metropolitanos anglo-franceses y los representantes de los intereses metropolitanos rusos, que originó el mentido golpe de Estado Casado Miaja-Besteiro, todos ellos absolutamente incapaces de nada que se asemeje a golpe. El Estado Mayor nazi, reunido en Moscú con el Estado Mayor ruso, había ya decidido que Negrín cesase sus peroratas de «resistencia» y dejase que los últimos de sus reaccionarios «13 puntos» fuesen puestos en ejecución por los generales y fascistas a quienes tantas veces había llamado buenos españoles. A partir de ese momento, Negrín no recibiría de Moscú ni un alfiler para atacar a Franco, por más santamente capitalistas que proclamase sus objetivos. Fue, sin embargo, una suerte para el stalinismo ô por él considerablemente explotada despuésô que Casado, Miaja y compañía se le adelantaran a poner en ejecución la capitulación que él se habría visto obligado a efectuar por orden directa de Moscú. ¡Ultimo servicio prestado en España por los oportunistas (C.N.T., reformistas) y los agentes directos del viejo imperialismo, a la contrarrevolución rusa!

Casado, Miaja, Besteiro, García Pradas, etc., no dieron un golpe de Estado, sino que se hicieron literalmente entregar el poder por Negrín, y constituyeron su Junta de Defensa Nacional, inspirados por el imperialismo anglo-

francés, con el único objeto de capitular. Tomaron a su cargo la última, más lógica y sucia consecuencia de la política del gobierno Negrín-Stalin, le quitaron de entre las manos la responsabilidad directa de lo que él mismo, por iniciativa propia o por orden de Moscú, tenía que hacer de un día a otro. En efecto, García Pradas, quien en cierto modo era el cerebro de esa Junta tan poco cerebral, refiere en su folleto, *La traición de Stalin*, una conversación entre Casado, Jefe del Ejército del Centro, y Negrín, ministro de Defensa al mismo tiempo que presidente del consejo: «. . . como el jefe del Ejército del Centro señalara al ministro de defensa la responsabilidad que asumiría quien se obstinase en mantener una resistencia verbal, desasistida de medios de combate, Negrín terminó la conversación diciendo: ¡Y qué le vamos a hacer, mi coronel! Yo no puedo marcharme si no me echan...» En el mismo folleto, García Pradas cita manifiestos del partido de la policía rusa que lo muestran tan inclinado a la capitulación como la Junta misma, y que destruyen su pretensión posterior de presentarse como enemigo de ella: «Los comunistas deseamos ardientemente la paz, pero una paz (radicalísima aspiración G.M.), que nos garantice continuar siendo españoles dentro de la integridad territorial de nuestra patria», etc. Y en otra parte: «Los comunistas no luchamos contra el Consejo de Defensa Nacional...» En la situación a que se había llegado nacional e internacionalmente, la capitulación de la Junta era una consecuencia natural de la política gubernamental, y aun de las necesidades directas e inmediatas de la política exterior del Kremlin. Los propios ministros stalinistas y el presidente del gobierno declararon al pisar suelo francés, en el órgano de sus colegas, *l'Humanité* que habían tenido conocimiento detallado de los planes de Casado, no habiéndolos obstaculizado deliberadamente. ¿Cómo iban a obstaculizarlos si Moscú, por medio de su alianza secreta con Hitler, se identificaba ya con la victoria de Franco, y si el propio Negrín había sugerido que le organizaran un golpecito de Estado?

Los militantes comunistas que tomaron las armas contra la Junta, o bien actuaron espontáneamente y por cuenta propia, o bien, si fueron incitados por jefes que simultáneamente tomaban el avión hacia Francia o África, fueron deliberada y cínicamente sacrificados a las necesidades de propaganda del stalinismo mundial. El vergonzoso episodio de marzo puso en carne viva la naturaleza íntima y las posibilidades del stalinista frente popular, en trance de convertirse en unidad nacional. Así triunfaron Franco y toda la carroña de curas, militares, nobles, burgueses y señoritos falangistas a quienes él simboliza: con la ayuda de Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Rusia, Estados Unidos, la más decisiva del gobierno Negrín-Stalin, y además con la ayuda divina.

En el orden económico, el gobierno Negrín-Stalin consuma por completo, y sistematiza, la expropiación del proletariado. Apenas constituido empezó a devolver algunas industrias pequeñas y medias a los antiguos propietarios, tendencia que agudiza a medida que vive y se afirma. Otras industrias pequeñas, aunque funcionaban formalmente como colectividades, encubrían una propiedad patronal. Las colectividades agrícolas fueron disueltas por la fuerza de las armas. Con el objeto de obligarlas a entregarse al gobierno, las colectividades industriales fueron combatidas y saboteadas por todos los medios al alcance de éste y del partido de la policía rusa, desde la calumnia diariamente vertida en la prensa y en los corrillos de café, hasta la represión policíaca, la privación de medios financieros y de transporte. El gobierno de Largo Caballero, pese sus esfuerzos, no había conseguido arrebatar las industrias al proletariado sino en contados casos, y no se había atrevido a devolver ninguna a los antiguos propietarios. Es el gobierno Negrín Stalin quien, desde su pirámide de armas, con su vasto sistema policíaco estilo ruso, emprende la expropiación completa del proletariado. Pero esta expropiación no se lleva a cabo, en general, por la vuelta de los burgueses anteriores al 19 de Julio, sino principalmente por medio de la nacionalización que tan certera y obstinadamente habían rechazado los obreros mientras tuvieron fuerza, independencia y fusiles suficientes. El Estado capitalista tomaba el lugar de los capitalistas individuales, se convertía en propietario y administrador directo; lo particular se fundía en lo general, la célula desaparecía en el organismo.

Hay en este fenómeno una importante significación que pide ser señalada. Convergen en él muchos fenómenos secundarios abarcados por dos principales, a saber, el agotamiento de las posibilidades de desarrollo capitalista, y la prostitución de las que fueran Segunda y Tercera Internacionales, prostitución extremada por el triunfo de la contrarrevolución stalinista en Rusia. Silos acontecimientos de España hubiesen sido bien asimilados por las fracciones revolucionarias del mundo (no todo es podredumbre) los Tres Grandes estarían, si no vencidos por el proletariado internacional, seriamente amenazados por él, en lugar de tener manos libres o casi libres para saquear los pueblos a porfía, tiranizarlos militarmente y preparar una tercera guerra imperialista.

La concentración de la economía en manos del Estado es tanto un resultado automático de su propio crecimiento como una necesidad política, en momentos de crisis, para salvar las formas reaccionarias de producción y distribución. La etapa de los grandes monopolios, que el mundo vive desde principios de siglo, conduce, abandonada a sí misma, al monopolio general de la economía por el Estado. La libre competencia basada en la propiedad privada de los burgueses fue la etapa del desarrollo técnico y social, en escala mundial, dentro del tipo de organización capitalista. Pero este tipo de organización social, cualesquiera que sean sus méritos y deméritos, no es más que uno de los tantos que han aparecido y muerto en la historia, todos ellos caracterizados por la explotación económica y la opresión política de la mayoría de los hombres por unos pocos. Si el hombre ha de ser sinónimo de hombre, no de esclavo y esclavista, entonces el hombre como objeto y sujeto de su propia historia, como individuo libre y como sociedad incoactable, empezará donde empieza a tomar posesión de los instrumentos de trabajo y a destruir el Estado. Desde el comunismo primitivo hasta ahora, los instrumentos de trabajo, en manos de las clases poseyentes, han aparecido frente al hombre, solo propietario de su fuerza de trabajo, al paso que el Estado era la representación ideal y material al mismo tiempo de esas relaciones sociales. Si la historia humana se dejara resumir en una sola frase que abarcara todos sus aspectos particulares, desde la más ruda pelea por el mendrugo hasta la actividad artística, habría que decir que se trata de la pugna del hombre por destruir Dios y gendarme en el Estado, fundiendo su fuerza de trabajo con los instrumentos que, hurtados a él, lo limitan y oprimen. Nunca había estado el hombre tan cerca de alcanzar ese objetivo, marca de su propia realización, como en nuestra época. Las condiciones requeridas han sido dadas óptimamente por la evolución y las revoluciones anteriores. El desarrollo de las fuerzas productivas y de la técnica ofrece las bases económicas; la existencia del proletariado como clase incrustada en el mecanismo de la producción, esqueleto social, ofrece el camino, el instrumento, la clave del largo enigma; el estado general de la cultura, desde su aspecto filosófico hasta el artístico y psíquico, ha creado la rebelión del hombre contra Dios y el gendarme hechos embaucación y violencia en el Estado. Faltan por dar los pasos prácticos, cometido de nuestras generaciones si nuestras generaciones no han de conducir a la mayor catástrofe del género humano.

Expropiando el capitalismo, destruyendo su Estado, la revolución proletaria pasa la marca de la realización del hombre, acaba con la ignominiosa separación entre instrumentos de trabajo y fuerza de trabajo, mata a Dios en el Estado-gendarme y crea la premisa indispensable para que la cultura se funda también con el hombre, dejando de ser patrimonio de unos pocos especialistas más pendientes que independientes de lo oficial, rémora estulta siempre, hoy degradante y reaccionaria en grado decisivo para la cultura misma. He ahí la empresa que ha depositado ante nuestras generaciones la polifacética y contradictoria evolución histórica.

Pero la vieja sociedad no se amortaja sola, ni la nueva puede surgir automáticamente, por un encadenamiento necesario e inevitable. Lo inevitable está excluido de una concepción sociológica dialéctica, revolucionaria y no mecanicista; por paradoja sarcástica es gracia del idealismo, que reduce el hombre al papel de autómatas, echando mano, ya de los designios de un ser supremo, ya de la propia ciencia en forma mecanicista, cuando el ser supremo, despojado de todo *omni*, de todo *fiat*, pierde su influjo místico sobre las conciencias. Para el materialismo en el sentido más lato del concepto, el materialismo dialéctico, el complejo llamado conciencia humana, por más subjetivo que sea, o precisamente por serlo, debe contar siempre como el más importante de los factores materiales, pues es objeto de sí mismo. Por consecuencia, para el materialismo el destino del hombre, habida cuenta de los demás factores objetivos, está en sus propias manos y tanto puede labrarlo como desbaratarlo. De hecho lo ha labrado más o menos conscientemente desde el comienzo de su existencia como ser pensante y social, pero lo ha desbaratado frecuentemente al llegar al más alto grado de desarrollo que permitía el sistema dado. Esa es la razón por la que, como tantos historiadores y filósofos constatan, hasta hoy las civilizaciones han nacido, vivido y muerto. En qué grado la muerte de las civilizaciones anteriores se debiera a la ausencia de condiciones objetivas para superarlas o a la flaqueza del factor subjetivo, el hombre, es problema que no encaja aquí, si bien cabe indicar que las determinaciones recíprocas entre objetivo y subjetivo, entre mundo exterior y hombre, dependen sobre todo, en los momentos críticos, del factor subjetivo. Pero esa misma recaída del hombre, casi constante de la prehistoria acá, que a ojos prejuiciosos o inadvertidos parecerá signo de la impotencia humana o incluso castigo divino, ratifica la concepción materialista de la historia, aseverando perentoriamente al hombre actual que su destino está en sus propias manos.

En efecto, las civilizaciones entran en decadencia y mueren, arrojando la humanidad diezmada, exhausta y escéptica en un nuevo proceso de fermentación casi antropológico, cuando el automatismo más o menos completo de los factores objetivos, habiendo llegado al cabo de sus posibilidades intrínsecas, no puede ser dominado y dirigido por

el hombre. Abandonados a sí mismos, los factores objetivos producen una involución social de descomposición, postración y decadencia, porque el paso adelante exige una ruptura de sus formas particulares de organización y la sujeción de todas ellas a los intereses genéricos de la humanidad. Ninguna forma social se resuelve en otra superior sin que una revolución violenta y completa destruya todas sus estructuras y superestructuras, formas de propiedad, producción y distribución, relaciones de clase, política, Estado, ideología, moral, religión, costumbres. Sea dicho incidentalmente, la revolución proletaria ha de perseguir en particular, hasta sus últimos reductos, la mentalidad religiosa, la más sutil y persistente entre las taras del pasado, que trasciende a las costumbres bajo diversas formas laicas, viciando a menudo los propios círculos revolucionarios. El salto en el desarrollo, nuevamente puesto en duda por algunos representantes de la ciencia y por casi todos los historiadores actuales, encuentra en la actividad humana y en la marcha de las civilizaciones abundantes demostraciones de existencia, y de indispensabilidad so pena de decadencia. Nuestra época es abrumador y dramático testimonio.

Dentro de la organización social capitalista, los factores objetivos han tocado ya el cabo de sus posibilidades intrínsecas. Los instrumentos de trabajo o fuerzas productivas, que se insinuaron hace siglos en forma de capital perteneciente a una minoría de la población, la burguesía, han ido desarrollándose y concentrándose simultáneamente, hasta parar en un número reducidísimo de manos. Y entre ellas cuenta, con mayor importancia cada vez, el Estado, ayer mero representante político-administrativo de la clase burguesa o propietarios de capital, hoy capitalista él mismo en vías de exclusividad. Es un hecho patente que, a partir de la guerra de 1914-1918, la economía tomó un marcado rumbo hacia el Estado, antes apenas apuntado en ciertas ramas. Las necesidades militares forzaron la mano del Estado sobre la economía, ya como interventor y controlador, ya como propietario directo. Pero no era ese un fenómeno ocasional, sino interdependiente con la guerra y *con todo el gran dilema de nuestro tiempo*. Así, el interregno de paz hasta 1939, si bien consintió una mayor libertad al capital privado de los burgueses individuales, o al menos a los grupos más fuertes, trusts y cárteles, continuó a ritmo lenticido, pero incuestionable, la tendencia a la concentración en manos del Estado. En vísperas de la segunda guerra imperialista, el ritmo se aceleró por todas partes. Evidentemente, la concentración de la economía en grandes monopolios conduce a la guerra entre las principales potencias monopolistas, pero a su vez, la guerra precipita una mayor concentración de la economía, y en particular de la intervención en ella del Estado. Ambos fenómenos señalan por su presencia la caducidad del sistema capitalista y la necesidad urgente de la revolución social.

Todavía hace un par de decenios podía pensarse, siguiendo a Federico Engels y a Marx mismo, que la concentración de la economía en manos del Estado, sin ser una solución al problema de nuestro tiempo, ofrecía «el asa» por donde agarrarlo y resolverlo. Hoy ô y es sobre esto por lo que la experiencia española marca épocaô no se puede pensar ya lo mismo. En efecto, a medida que se concentra la economía, se agota la capacidad mundial de consumo, porque esta capacidad está limitada por el sistema particular de producción y distribución capitalista. Por otra parte, el proletariado mundial, antítesis del capitalismo y de toda sociedad dividida en clases, se ha desarrollado numéricamente hasta el límite máximo posible, alcanzando también el punto más elevado de conocimientos técnicos y culturales que le consiente un sistema de reparto basado en el trabajo asalariado. Y a la madurez de las condiciones económicas del capitalismo o factores objetivos, a la saturación del desenvolvimiento numérico y cultural del proletariado, corresponde una saturación de la conciencia revolucionaria que, tomando su forma positiva concreta en la clase llamada a coger en sus manos la sociedad, se hace evidente, bajo una u otra forma, en todas las capas sociales. En la burguesía, la evidencia de la caducidad de su sistema toma la forma de desmoralización, corrupción y pérdida de confianza en sí misma; en la pequeña-burguesía, de exasperación y enloquecimiento que la lleva de un extremo político a otro, pasto a todas las aventuras reaccionarias; en la burocracia obrera, en cambio, se manifiesta por un gran afianzamiento de sus ligas con el Estado, por un acrecentamiento de su importancia como factor de orden en la sociedad actual, tanto mayor cuanto más se concentra la economía e interviene en ella el Estado. En una palabra, no el grado de desarrollo económico aisladamente, sino el conjunto de los factores económicos y de los factores humanos, determina la caducidad de la época y llama a su liquidación. A partir de ahí sólo puede progresarse mediante el salto revolucionario, a falta del cual se produce una paulatina descomposición.

Mientras la época no había alcanzado el límite de sus posibilidades, la concentración de la economía capitalista extendía el progreso compatible con ella, acrecía el proletariado y creaba las condiciones técnicas y de unidad económica mundial requeridas para el salto revolucionario hacia el socialismo. Una vez alcanzado ese límite, la continuación de la concentración económica no hace más que restringir la capacidad mundial de consumo, es un

hecho regresivo que empeora todas las condiciones necesarias para la revolución y señala el camino a una decadencia general. En esas condiciones, a mayor concentración de la economía corresponde mayor involución social. Lo prueba la intervención misma del Estado en la economía. El Estado, expresión armada del sistema de explotación capitalista, concentra en sus manos la economía o la regula, en la medida en que la antítesis social de ese sistema, el proletariado, se ha retrasado en el cometido de darle fin. La concentración en el Estado no hace más que expresar la necesidad de una coerción mayor para mantener el sistema de explotación basado en el trabajo asalariado, para mantener la separación entre el hombre y los instrumentos de trabajo. La concentración de la economía se dobla de una concentración de la violencia, frente a condiciones sociales totalmente maduras para la revolución. El resultado automático de la evolución económica se convierte así en una imperiosa necesidad reaccionaria.

Lo más positivo que ha tenido el capitalismo es haber creado condiciones mejores que nunca antes, para impedir que nuestra civilización, a imitación de todas las anteriores, entre en corrupción y decadencia precisamente al alcanzar su apogeo. El gran problema de la historia humana, recaída del hombre en la barbarie, el escepticismo y la religión o su emancipación definitiva pasando a una sociedad sin contradicciones de clase, sin más límites a la conciencia humana que los del cosmos exterior, ha sido planteado por el capitalismo en sus términos más favorables al hombre, y más perentorios. La condición clave es que el hombre entre en posesión de los instrumentos de trabajo, suprima el carácter de capital que ahora tiene, acabe con el reparto de los productos basado en el trabajo asalariado, y destruya por consecuencia el Estado, sólo concebible como fuerza conservadora de un sistema de reparto desigual. Pero, recordemos lo ya dicho. La nueva sociedad no puede surgir por un encadenamiento automático y *necesario* de los factores objetivos. Precísase la intervención del hombre, representada por aquella clase que se identifica con la emancipación de la humanidad; precísase la intervención del proletariado, porque no puede haber emancipación humana si no hay conciencia humana, afirmación del hombre en sí mismo, por sí mismo, para sí mismo. El aspecto concreto que esa intervención debe tomar es la destrucción de la forma capitalista de los medios de producción, y del Estado que preside a las formas de reparto consecuentes. Sin cambiar el reparto no puede haber aumento positivo de las fuerzas de producción, ni progreso de la civilización en general, pero para cambiar ese reparto, es preciso que los medios de producción dejen de tener el carácter de capital. Así, el problema aparece en sus términos justos. Si por una parte el salto en el desarrollo, la revolución social que ha de representar la emancipación definitiva de la humanidad, exige acabar con la forma capitalista de los medios de producción, por otra la continuidad automática de estas mismas formas las lleva a concentrarse en el Estado, donde salvaguardan su carácter de capital al mismo tiempo que extreman su capacidad de resistencia contra los intentos revolucionarios del proletariado. De ahí que, si la concentración de la propiedad en manos del Estado podía ser considerada antaño un acto relativamente progresivo, que más tarde facilitarían la expropiación general por el proletariado, hoy sólo puede ser considerada como un triunfo del automatismo de las fuerzas objetivas sobre las fuerzas subjetivas y las necesidades del hombre. No se trata de defender, frente al automatismo de la concentración capitalista en manos del Estado, el capitalismo de los burgueses individuales, sino de oponer a capital privado y capital estatal la expropiación común por el proletariado. Dicho de otra manera, la ruta revolucionaria de la expropiación ofrece los medios de resolver positivamente, mediante la afirmación del hombre, la crisis de nuestra civilización, expresión máxima de todas las crisis en la historia del surgimiento y la caída de las civilizaciones. Por el contrario, el automatismo de la concentración del capital en manos del Estado destruye, a medida que avanza, las condiciones necesarias a la revolución social, y por lo tanto abre las puertas a la decadencia.

Es necesario fijar, en este bosquejo general del momento histórico, el papel de la burocracia obrera. Ya la guerra de 1914-1918 representó un golpe tremendo al proletariado mundial. Sumándose a ella al aprobar la defensa nacional, la burocracia dirigente de la Segunda Internacional daba calle al automatismo de las fuerzas decadentes del capitalismo. Desde ese momento, grandes organizaciones obreras, que hasta entonces habían representado una amenaza para el capitalismo, pasaron a su servicio. La revolución encontraba en su camino, además del enemigo natural, el capitalismo, la burocracia de los partidos socialistas y de los sindicatos. Las propias organizaciones obreras comenzaron a ser prisiones orgánicas y ahogaderos de ideas donde se regimentaba a los obreros para mantener sus luchas dentro de los límites compatibles con el capitalismo. El bolchevismo ruso, reivindicando, contra la defensa nacional, el derrotismo revolucionario, salvó al proletariado de la desmoralización y posibilitó el triunfo de la primera revolución proletaria. A despecho del reformismo, el poder de los soviets en Rusia proclamaba la hora de la revolución mundial. La nueva y pujante Tercera Internacional era arma apropiada para ponerla en práctica. La traición

del socialismo no habría sido más que un fenómeno secundario sin grandes repercusiones, de haber seguido en pie la revolución rusa y fiel a sí misma la Tercera Internacional. Una segunda guerra imperialista aparecía imposible, absolutamente imposible, sin que, a su vez, la revolución rusa y la Tercera Internacional fuesen traicionadas por sus dirigentes, y éstos aceptasen, como en 1914 los líderes reformistas, la defensa de la patria. Acusando y venciendo al mismo tiempo la deserción del reformismo, el bolchevismo había logrado devolver al dilema histórico mundial sus verdaderos términos. La guerra, lejos de plantear la necesidad de defender a un grupo de naciones contra otro, cual pretendían los reformistas, certificaba la caducidad general del sistema capitalista. Por tanto, era menester, frente a la reaccionaria defensa nacional, organizar en cada país la guerra civil del proletariado contra su respectivo gobierno. Había llegado el momento de la destrucción del capitalismo y de la unificación económica y política del mundo sobre la base del proletariado. El otro extremo de la alternativa era la continuidad del capitalismo, el progreso de su automatismo decadente, la preparación de otra guerra imperialista, la amenaza de decadencia general de la sociedad. La revolución rusa no sólo aseveraba rotundamente la autenticidad del dilema, sino también su grave perentoriedad. Para que el capitalismo llegase a desencadenar una segunda guerra y otra vez consiguiese sujetar el proletariado a la defensa nacional, era requisito indispensable que la revolución rusa hubiese sido des por el propio gobierno de Moscú, lo que suponía el paso de la Tercera Internacional a la barricada enemiga. La cosa era un hecho consumado bastante antes de que sonasen los primeros disparos. Es pues enteramente justo considerar, como principal responsable de la gran matanza iniciada en 1939, no al viejo capitalismo cuya naturaleza y contradicciones la produjeron, sino al stalinismo cuyas multiplicadas traiciones la permitieron. Añadamos, para que Moscú no deje de cargar con todas las tremendas responsabilidades a que se ha hecho acreedor, que si la primera guerra significó ya un grave deterioro para el proletariado mundial y las clases pobres en general, otra guerra significaba un deterioro incomparablemente mayor, lo que hoy está fuera de toda duda. Las consecuencias materiales y morales de la guerra actual son tan abrumadoras, que es difícil creer que la civilización resista todavía una tercera.

En el período comprendido entre las dos guerras imperialistas, tuvo lugar una larga serie de revoluciones escalonadas casi ininterrumpidamente de país a país. Invariablemente fueron llevadas a la derrota o directamente traicionadas por las burocracias reformista y stalinista, correspondiendo a esta última la principal responsabilidad a partir de la revolución china (1926-1927). A medida que la ola revolucionaria mundial iba siendo vencida, afirmaba el capitalismo sus posiciones, se aproximaba la guerra y encontraba libre camino al automatismo decadente de las fuerzas objetivas. Es el fracaso de la revolución y únicamente el fracaso de la revolución lo que ha permitido a las fuerzas objetivas continuar la marcha de su propio automatismo capitalista, más allá del punto en que debieron ser destruidas como tales fuerzas capitalistas. La concentración creciente de los grandes medios de producción en manos del Estado aparece así como una forma ya degenerada del capitalismo, resultado natural del fracaso de la revolución internacional. Habiendo fallado el proletariado, durante el período comprendido entre las dos guerras, en el cometido de fundir su fuerza de trabajo con los instrumentos de trabajo, éstos, demasiado desarrollados para seguir siendo propiedad individual, demasiado necesitados de un control que ahogue sus contradicciones, cada vez más urgidos de violencia para mantenerse como instrumentos de explotación, se concentran en manos del Estado, el organismo a que ellos mismos dieron vida al separarse de la fuerza de trabajo. Así aparece también su concentración como una defensa frente a los embates revolucionarios del proletariado. Por lo mismo, una vez dada la caducidad general del sistema capitalista, no puede verse en esa concentración, por cualquier medio que se efectúa, con o sin indemnización, un paso adelante en el desarrollo necesario para pasar del capitalismo al socialismo. Se trata de las fuerzas objetivas abandonadas a sí mismas, cual queda sentado más atrás. Pero lo que exige imperiosamente el momento histórico es el salto revolucionario, o sea el dominio de las fuerzas objetivas por la intervención del hombre con sus necesidades e ideas subjetivas, salto que ha de destruir las formas capitalistas de los medios de producción y las formas políticas que los defienden. Entre lo uno y lo otro hay la misma diferencia que entre el evolucionismo o reformismo, y la revolución o concepción del salto en el desarrollo. Pero esta vez se trata de un evolucionismo dentro de un sistema que ya entra en putrefacción, cosa enteramente reaccionaria, incomparablemente peor que el evolucionismo de los reformistas clásicos, empezando por Bernstein.

Ahora bien, la intervención en ese proceso ya involutivo del capitalismo de la burocracia alzada sobre las viejas organizaciones obreras es triple: política, económica y técnica. Es política porque el capitalismo, mundialmente considerado, necesita indispensablemente de la burocracia que domina las grandes organizaciones todavía llamadas obreras, para impedir la revolución; es económica porque esa burocracia, producto del sistema de producción y reparto

capitalista, tiene sus bases económicas ligadas a él, estando por lo tanto interesada en prevenir su muerte; es técnica porque la burocracia suministra gobernantes y policías al aparato político capitalista, administradores, técnicos y capataces, a su aparato económico. Mientras más avanza el período actual y mayor es la contradicción general entre el sistema capitalista y las necesidades del progreso humano, mientras más penetra en la conciencia social la idea de un radical cambio revolucionario, mientras más experiencia política tiene el proletariado tras sí, mientras más obligado se ve, dondequiera actúe, a tomar medidas socialistas, más indispensable es políticamente la burocracia al capitalismo. La concentración de los medios de producción en el Estado, o nacionalización, es el nexo que incorpora definitivamente la antigua burocracia obrera al sistema capitalista. En efecto, por un lado la burocracia presenta al proletariado la nacionalización como un hecho revolucionario contra los capitalistas; por otro la presenta a los capitalistas individuales como el único medio de evitar la revolución. Así, contiene al proletariado dentro del capitalismo, salva éste sacrificando algunos intereses privados en aras del interés general, y afirma sus propias posiciones políticas en el Estado y sus posiciones económicas en el sistema de producción. No fue por incapacidad o simple oportunismo de la burocracia, que la magnífica serie de revoluciones surgida entre las dos guerras fue llevada al fracaso, no; la llevaron los intereses particulares de la burocracia, quien, empíricamente, sin objeto concreto preconcebido ni misión histórica alguna que cumplir, ofreciéndose como mediadora entre los polos antagónicos, iba perfilándose como un solución de decadencia, única capaz de evitar la revolución y conservar los intereses generales del sistema de explotación del hombre por el hombre. Para comprender esto en toda su inmensa amplitud y profundidad histórica, es preciso tener en cuenta que atravesamos la crisis más decisiva de la humanidad, de la cual el hombre ha de salir emancipado como individuo y como sujeto social, o de lo contrario se abismará en una decadencia mucho más espantosa que cualquiera de las precedentes; hay que comprender que si hasta ahora las revoluciones no representaban más que el paso de la dominación de una clase a la de otra, la revolución de nuestro tiempo ha de acabar con las clases y con todo dominio; hay que comprender que esa revolución debe terminar definitivamente con la separación entre instrumentos de trabajo y fuerza de trabajo, iniciada en los albores de la civilización, origen de todas las demás divisiones que degradan al hombre; hay que comprender, finalmente, que en la base de la crisis de la civilización está el problema del consumo social, sin satisfacer el cual en toda la extensión que exigen la cultura y la técnica modernas, no queda otra salida que la decadencia.

Es gracias a esta extraordinaria coyuntura histórica por lo que la labor contrarrevolucionaria del gobierno Negrín-Stalin representa algo nuevo, pero en el proceso de decadencia y no en el de revolución. Si es verdad que nunca había estado el hombre tan cerca de alcanzar su emancipación total, venciendo todas las contradicciones que lo oponen a sí mismo, por esa misma razón nunca fueron tampoco tan numerosos y potentes los factores reaccionarios acumulados contra él, así materiales como ideológicos y humanos. Cuarenta siglos de sociedades divididas en clases, en privilegiados y desposeídos, cultos e incultos, cuarenta siglos de coerción religiosa de las conciencias y de coerción física de los cuerpos por medio de la Iglesia y el Estado, no sólo no se dejan borrar fácilmente, sino que disponen de una tremenda fuerza corruptora, capaz de asimilarse organizaciones enteras, de penetrar, atonizándola, en la conciencia de la propia clase revolucionaria, e inclusive de salpicar el más altivo y profundo pensamiento revolucionario. Si el capitalismo no concentrase en sus manos ese vasto sistema corruptor santificado por cuarenta siglos, habría muerto a manos del proletariado en el momento preciso en que, agotada su etapa de progresividad, devenía enteramente reaccionario y peligroso para el porvenir de la humanidad; habría muerto en 1914. La señal de movilización para la primera guerra imperialista habría sido la señal de su muerte. Los gritos patrióticos en cada nación habrían sido cambiados en gritos antipatrióticos contra cada nación; la santa defensa nacional en diabólica guerra de cada hombre contra su gobierno; la unión nacional en guerra civil y unidad internacional del proletariado. Pero la Segunda Internacional ya había sido asimilada al capitalismo y para el capitalismo. Los valores caducos campearon en el mundo, diez millones de muertos mediante.

No pierdo de vista, al hablar de guerra del hombre, el carácter de clase que semejante guerra habría debido tomar y deberá tomar en el futuro. No hago, con perfecto derecho, más que quitar la categoría de hombres a los componentes de las clases y estratos sociales aferrados al viejo orden, desde el capitalista y el pequeño-burgués hasta el burócrata reformista, stalinista o sindical. Me acuerdo de aquella respuesta que el diablo da a dios en *La leyenda de Uelenspiegel* y *Lame Goedzak*: «Soy tu esclavo hasta que sea tu amo». Nuestra victoria será la victoria de Satán, el Anticristo hecho conciencia y materialización social.

La revolución bolchevique clavó, sin embargo, el aguijón en el lomo del capitalismo. Ella y la Tercera Internacional se irguieron contra el viejo mundo y contra la traición de la Segunda Internacional, encarnando la personalidad del diablo. ¿Habría llegado el momento de que el diablo se convirtiese en amo de dios? Así pareció al principio, pero a partir de la muerte de Lenin en Rusia y de la dominación de Stalin en el Comité Central se inicia una degeneración que lleva la revolución, en el interior de Rusia, desde un termidor cazarro hasta una contrarrevolución manifiesta y excepcionalmente bestial; en el exterior, desde el oportunismo de la Tercera Internacional en la revolución china de 1926-1927 hasta la traición de la revolución alemana de 1933¹¹⁷ y la destrucción directa de la revolución española de 1936-1939. Esa evolución traducía políticamente la evolución de la economía rusa bajo Stalin, desde una economía de transición al socialismo (proceso de fusión del hombre con los instrumentos de trabajo y de desaparición del Estado), hasta el restablecimiento de la separación y del Estado en la más cruda forma. La economía rusa se transformaba en capitalismo de Estado regido por una casta sin más porvenir que el de agravar la descomposición social producida por la supervivencia del capitalismo en general. El diablo renunciaba a su cometido y se hacía santo... con su cuenta y razón, claro está.

El gobierno Negrín-Stalin consagró definitivamente el paso del gobierno ruso y la Tercera Internacional al campo de la contrarrevolución. El capitalismo se asimilaba una nueva organización que había sido revolucionaria y proletaria. Pero esa capitulación del stalinismo tiene una significación incomparablemente más grave que la del reformismo en 1914. Este se encontraba en condiciones de invocar en su favor la defensa de la democracia burguesa contra la dictadura burguesa. No así el stalinismo a partir de España. A juzgar por sus declaraciones verbales y por sus pactos, el frente popular aparentaba ser la clásica política reformista adoptada por el stalinismo. No se trataba, en realidad, sino de un momento muy pasajero en la evolución de éste, determinado sobre todo por las necesidades de alianza militar del gobierno ruso. Por sus intereses y hábitos, la casta gobernante rusa no podía ser reformista, sino enteramente contrarrevolucionaria. El reformismo supone la concepción de la evolución progresiva del capitalismo al socialismo, apoyándose las organizaciones obreras en los partidos e instituciones democrático-burguesas. También supone un nexo de intereses entre la burocracia y la aristocracia obrera, base y exponente del reformismo, y la clase obrera en general, al menos en cuanto se refiere a las conquistas económicas y políticas de la clase obrera compatibles con el sistema parlamentario del capitalismo. Por el contrario, la casta gobernante rusa no podía ya en la época del gobierno Negrín-Stalin, ni puede todavía me nos hoy, contemplar semejante perspectiva. Casta propietaria de toda la plusvalía rusa, económicamente distante del proletariado tanto y más que cualquier burguesía, autora de una contrarrevolución feroz como ninguna otra, no tiene con el proletariado otros nexos que los de la represión y la explotación. No ya la democracia proletaria, la propia democracia burguesa le es intolerable. Su dominio no puede ser sino un dominio dictatorial, destructor de los derechos y libertades obreras. Por eso el frente popular no sobrevivió a la prueba de España. Quedó definitivamente liquidado en las jornadas de Mayo de 1937, donde el stalinismo ahogó en sangre una insurrección obrera que él mismo se esforzó en provocar con ese objeto, lo que le permitió destruir toda la revolución, realizando, *desde A hasta Z*, la obra que habría realizado cualquier partido reaccionario o fascista. Al mismo paso el frente popular se transformaba en *unidad nacional*, descubriendo la verdadera faz del stalinismo, a la que ya no podrá renunciar.

Es imposible comprender el stalinismo actual, discernir los peligros que encierra y el papel que está desempeñando en Europa, así en la parte ocupada por Rusia como en el resto, sin comprender la evolución definitiva por él sufrida durante la guerra civil española, evolución puesta en evidencia por la obra concreta y la significación general del gobierno Negrín-Stalin. Páginas atrás se ha visto que apenas tomaba posesión ese gobierno, manifestaba su intención de hacer la paz con el bando franquista. Una observación superficial vería en ese ofrecimiento una mera capitulación, cual tantas otras, del tradicional oportunismo reformista ante la presión de las combinaciones diplomáticas pre-bélicas. Ciertamente, las combinaciones diplomáticas ejercieron fuerte influjo, pero las razones que movieron al gobierno en tal sentido manaban de un venero más profundo, tuviera o no conciencia de ello; sobre todo, representaban algo nuevo, llamado a tener repercusiones mundiales. Por primera vez, Moscú se ofrecía como pacificador social a las clases conservadoras, substituyendo descaradamente, a la lucha de clases, su antítesis, la unidad nacional, eterna

¹¹⁷ La actitud del Partido comunista de Alemania durante el período que precedió al triunfo de Hitler, y en el momento mismo de ese triunfo, no solo fue de inhibición, sino deliberadamente derrotista. Es absolutamente inexplicable sin admitir que el gobierno ruso prefería el triunfo de Hitler al triunfo de la revolución proletaria en Alemania. Jamás habría triunfado Hitler, menos aun Franco en España, si los hombres del Kremlin que mandaban la Internacional Comunista hubiesen deseado la revolución internacional.

panacea de reaccionarios y dictadores, desde el primer Napoleón hasta sus degeneradas caricaturas, Hitler, Mussolini, Franco. Y como instrumento de la pacificación social, Moscú ofrecía la divisa política y las prácticas represivas del partido de la policía rusa. La coyuntura mundial y la evolución económico-política del stalinismo ruso eran tales, que si por una parte la sociedad capitalista trataba de salvarse de la lucha de clases «la anarquía», la revolución, por sus propios y tradicionales medios, por otra la ya cuajada contrarrevolución rusa ofrecía una nueva solución contra la lucha de clases, «la anarquía», la revolución, concordante con sus intereses y su experiencia particular. La ley del desarrollo combinado, que bajo el capitalismo ponía las industrias de los países atrasados a mejor nivel técnico que las de los viejos países sede del sistema, que hizo del proletariado en Rusia y en España o países atrasados o la vanguardia del proletariado mundial, esa misma ley daba a la contrarrevolución rusa mayor concentración económica y política en el Estado, por lo tanto mayor clarividencia, métodos más drásticos, eficacia superior respecto a la tradicional contrarrevolución capitalista. Aunque en España dominara todavía lo tradicional, esa superioridad la estamos viendo con particular claridad hoy, en la Europa ocupada por el Kremlin. En Occidente se revela en la política de unidad nacional ofrendada por los diversos partidos de la policía rusa. Procede, fundamentalmente, de este hecho: mientras la concentración del capital hasta llegar a manos del Estado es un resultado automático de las fuerzas objetivas creadas por el capitalismo, al mismo tiempo es un recurso político para impedir la destrucción del capitalismo como sistema particular de producción y distribución, un medio de cortar el paso a la revolución social, particularmente apto en medio de las grandes crisis revolucionarias. En ambos terrenos. el Kremlin poseía la más consumada experiencia al iniciarse la guerra civil española, si bien aún no se había atrevido a exportar sus procedimientos. España fue el terreno de sus primeros tanteos de exportación. Así, mientras Franco prometía salvar a los capitalistas individuales mediante la dictadura clérigo-militar-fascista, el partido de la policía rusa prometía salvar el capitalismo como sistema mediante la dictadura burocrático-militar-stalinista. «Unidad nacional o gritaba Franco o , en torno a los propietarios de capital representados por mi espada». Insuflado por Moscú, el partido de la policía rusa parafraseaba: «Unidad nacional en torno a la propiedad capitalista principalmente concentrada en el Estado; así fundiremos vuestros intereses y los míos, y cortaremos el paso a la revolución». Tal era el significado último de las alocuciones constantes del Gobierno, del partido de la policía rusa y de la derecha reformista, a los «buenos españoles» del bando enemigo.

La principal acusación de la revolución española contra el gobierno Negrín-Stalin no es precisamente la devolución de algunos capitales o fábricas a «sus legítimos poseedores», sino la expropiación completa del proletariado por medio de la nacionalización. Poner el acento sobre las devoluciones sería desviar la atención de lo primordial, aquello que da idiosincrasia particular y la más infame significación histórica al gobierno Negrín-Stalin. No debe tampoco engañarnos el decreto de finales de 1938 referido en capítulos anteriores, que permitía a los propietarios anteriores al 19 de Julio reclamar sus bienes directamente o por medio de apoderado. Desde luego, este decreto tiene una enorme significación y prueba por sí solo la traición del stalinismo y de todos los coligados gobernantes. Era un esfuerzo supremo para persuadir a generales, burgueses y curas, a la «reconciliación entre españoles», lo que habría consumado la unidad nacional de los gobernantes de ambos bandos contra la revolución. Esas concesiones a los capitalistas privados, o no excluidas de cualquier situación semejante venidera o tienen varias causas. Por aquel entonces, Moscú, débil frente a los viejos imperialismos, tanto el alemán como el anglo-americano, imploraba una alianza militar, lo que le obligaba a mostrarse respetuoso con las incensadas formas del capitalismo tradicional. Con tal de lograr la alianza deseada, Moscú habría hecho no importa qué concesión y dado a sus mercenarios cualquier orden. ¿Podían acaso degradarse más? Pero sobre todo, las concesiones a los capitalistas privados se explican por ser la revolución española el caldo de cultivo donde los gérmenes reaccionarios del stalinismo exterior criaron sus formas actuales y definitivas, pasando de la etapa larvada y efímera del frente popular a la unidad nacional; de la política democrático-burguesa a la reaccionaria política de capitalismo de Estado; del reformismo más o menos pseudo-obrerista a un nuevo tipo de reacción que se ofrece como líder de la vieja reacción.

Los tanteos de ese tránsito, más las necesidades de alianza militar del gobierno ruso, impulsaron su partido policíaco español a restablecer ciertos burgueses en las propiedades ganadas «con el sudor de sus frentes» y a ofrecer a otros el decreto de finales de 1938. Pero no es eso lo que mide toda la amplitud y la nueva significación adquirida por el stalinismo .en España, *sino la expropiación del proletariado mediante la nacionalización*. Nacionalizando la economía, el gobierno Negrín-Stalin desbarataba la obra fundamental de la revolución proletaria, la fusión del hombre con los instrumentos de trabajo, emprendida por las clases explotadas el 19 de Julio. Por otra parte, aceleraba el

movimiento automático de las fuerzas objetivas del capitalismo, que, como ya se ha visto, en la actual etapa de desarrollo económico, cultural y técnico favorece al totalitarismo y la decadencia. Finalmente, instituía el partido stalinista en principal agente ideológico, administrativo y policíaco del capitalismo de Estado resultante. La reconstitución del Estado reaccionario, que fue cimentada en los cadáveres de miles de obreros y revolucionarios asesinados durante las jornadas de Mayo y después, era premisa indispensable de esa obra del gobierno Negrín-Stalin, lo que le permitía procurar la paz con el bando fascista sobre la base de la unidad nacional. Inevitablemente, la exacerbación de la dictadura estatal corre pareja con la concentración económica sobre bases capitalistas. Exponente de ambas, el gobierno Negrín-Stalin las mostraba orgulloso para atraerse a los «buenos españoles» del otro lado de la barricada ô más o menos desde el cardenal Segura hasta Juan March, Cambó, Queipo de Llano y Moscardô y a los reaccionarios del mundo entero.

Cuando Negrín, casi al mismo tiempo que promulgaba el decreto de devolución de bienes a antiguos propietarios, se jactaba de haber impuesto un orden más severo que ningún otro gobierno en los últimos cincuenta años, no hacía más que indicar la compatibilidad entre los intereses que constituían la base de su gobierno y los intereses generales defendidos por Franco. A partir de ese momento, el partido de la policía rusa y la derecha reformista estaban prestos a convertirse en líderes o importantes colaboradores del tradicional orden de explotación, mediante las concesiones necesarias al capitalismo de Estado.

Tal es la vil significación histórica del gobierno Negrín-Stalin, indicio cierto para juzgar la obra del Kremlin en los territorios que hoy ocupa, y el alcance de la política propuesta por sus diversos partidos en Europa occidental y Asia. Sí, en España el stalinismo toca el cabo de su evolución reaccionaria, convirtiéndose definitivamente en exponente de la política de unidad nacional, la más perfecta antítesis de la lucha de clases. Que esa unidad nacional comprenda intereses particulares de la política exterior rusa, no hace al caso por relación a los intereses del proletariado y de la revolución socialista, la urgente tarea inmediata puesta por la evolución histórica ante nuestras generaciones. El Kremlin y sus partidos pueden forcejear más o menos con los capitalistas individuales, y aún con las clases gobernantes de naciones enteras, por la proporción que a cada uno haya de tocar en el reparto económico y en la jefatura de la contrarrevolución. A buen seguro que con tal objeto llevarán adelante, con más decisión que nadie, la nacionalización de las principales industrias y la dictadura policíaca, que encuadrarán masas en sus organizaciones y harán valer éstas como una garantía de orden y de producción frente a la anarquía, los agitadores, la revolución. Inclusive cuando hagan valer como una amenaza las masas encuadradas en sus organizaciones será, sobre todo, para convencer a quienquiera sea necesario, de lo difícil que es mantener el viejo y carcomido orden sin Su colaboración; será, en una palabra, para forzar su ingreso al gobierno y favorecer los intereses metropolitanos de Moscú. Cualesquiera que hayan sido o sean en el futuro esos forcejeos ô y la guerra no está excluida de ellosô , los partidos de la policía rusa seguirán siendo exponentes de la unidad nacional. Moscú, a fuerza de novísimo contrarrevolucionario, no está ya en condiciones de poner en práctica otra política, ni tan siquiera de tipo reformista o frente popular. En último análisis, fue la obra del gobierno Negrín-Stalin en España, más concretamente, su ofrecimiento de unidad nacional a la zona enemiga y su manera drástica de practicarla en la nuestra, lo que posibilitó el pacto Hitler-Stalin y más tarde la unidad de los Tres Grandes para repartirse el botín de la guerra imperialista y destruir la revolución internacional. No es nada aventurado predecir, sobre esa base, que en toda situación grave que no admita más solución que la reacción tradicional o la revolución proletaria, los partidos de la policía rusa se alinearán directamente con la vieja reacción, aun en el caso de que los intereses de Moscú hayan de quedar preteridos. Lo principal será siempre impedir la revolución social.

Todo eso, que venía germinando desde mucho tiempo antes en el termidor ruso, quedó definitivamente formado y puesto en claro durante el agitado curso de la revolución española. Si los núcleos revolucionarios esparcidos por el mundo se mostraran incapaces de comprenderlo y reflejarlo en su política particular hacia el stalinismo, aumentarían considerablemente las posibilidades de que nuestra civilización, imitando la curva de las anteriores, desemboque en la descomposición, y de que el hombre, sintiéndose agobiado por el automatismo de los factores objetivos e inepto para tomar su destino en sus propias manos, retroceda en el momento mismo en que tiene la solución a su alcance, recaiga en el escepticismo, la nada, la religión.

De todo lo anterior se deduce cuán vano sería comparar el gobierno Negrín-Stalin con gobiernos semejantes al de Kerensky en la Rusia de 1917, el de Noske en la Alemania de 1921, el de Blum en la Francia de 1936, o el propio gobierno republicano-socialista español de 1931-1933. Todos estos gobiernos eran del tipo reformista democrático-

burgués, reflejo de la presión revolucionaria de las masas sobre la sociedad capitalista, compromiso inestable entre ésta y los dirigentes aburguesados de las organizaciones obreras. En otro capítulo, yo mismo he calificado a Negrín de Kerensky triunfante, con el objeto de poner de relieve su significación anti-revolucionaria. Pero sería gravemente erróneo identificar al uno con el otro, porque en el gabinete Negrín-Stalin apuntan, por primera vez distintamente, los rasgos de un nuevo tipo de gobierno. El tipo de gobierno Kerensky, al que se ajustan más o menos los demás gobiernos citados y otros que no es necesario enumerar habidos en todos los países que han pasado por situaciones revolucionarias, era un producto particular de la dominación del movimiento obrero por la Segunda Internacional. Obedecía, con todas sus impotencias y capitulaciones, al esquema reformista de evolución pacífica y progresiva del capitalismo al socialismo, o más precisamente, a la realidad de ese falso esquema, el mantenimiento del capitalismo en su forma democrático-burguesa, en la cual los líderes reformistas medraban y brillaban. Una enumeración escueta de sus características fundamentales evidenciará lo que hay de nuevo, y de peor, en el tipo de gobierno Negrín-Stalin.

En efecto, un gobierno de tipo Kerensky debe ser definido de la siguiente manera:

1. ô Es, en medio de una etapa revolucionaria, un compromiso inestable entre la reacción capitalista momentáneamente débil y el movimiento obrero dominado por el reformismo. Amedrentada, la burguesía llama a los líderes obreros al poder para que ellos, desde el aparato de Estado capitalista, contengan la ofensiva revolucionaria de las masas, faena que es llevada a cabo mediante una combinación de represión policíaca y concesiones económicas y políticas a la población pobre, siempre dentro de los sacrosantos límites del capitalismo.

2. ô Siendo un resultado híbrido y ruin de las tensiones extremas en lo más álgido de la lucha de clases, está aquejado de una contradicción para él insoluble y fatal. En efecto, aspira a mantener la democracia parlamentaria y proyecta llevar adelante la progresividad antaño mostrada por el capitalismo cuando éste, exhausto, regresivo ya, requiere imperiosamente métodos cada vez más dictatoriales para mantener *el orden*, al mismo tiempo que el proletariado y la civilización necesitan, para avanzar, destruir todo el sistema. En una palabra, propugna la evolución cuando es angustiosamente necesario el salto en el desarrollo, la revolución.

3. ô Así desgarrado entre la extrema derecha y la extrema izquierda, el gobierno de tipo Kerensky es fatalmente provisional. No satisface las urgencias reaccionarias del capitalismo ni las urgencias revolucionarias del proletariado. No es un gobierno fuerte, de orden, ni un gobierno del pueblo contra los fuertes. No es un gobierno de unidad nacional ni de lucha de clases. Interpuesto entre la culminación del orden reaccionario y del desorden revolucionario¹¹⁸, está irremediamente condenado a desaparecer, cediendo el paso a la extrema derecha o siendo aniquilado por la revolución. La continuidad y la estabilidad le son absolutamente extrañas.

4. ô Pero a despecho de su sino, aferrado a sus intereses particulares, el gobierno tipo Kerensky anhela la estabilidad democrático-burguesa. Representa lo absurdo, el equilibrio, cuando el equilibrio ha sido irremediamente roto. Por una parte, se esfuerza en ofrecer a los capitalistas garantías de desarrollo ordenado para el disfrute y extensión de la plusvalía, lo que le lleva a reprimir la actividad de las masas, sobre todo si amenaza generalizarse y atacar las bases del sistema, peligro de cada instante en período revolucionario; por otra parte, siendo sus principales componentes líderes reformistas cuyo prestigio, fuerza e intereses salen de las organizaciones obreras y de las ilusiones sobre ellos forjadas por las masas en general, no puede dejar de hacer un mínimo de concesiones democrático-burguesas, pues sin ellas no conseguiría dar cima a su particular y quimérico cometido de evitar la revolución y retener la democracia burguesa ya inservible. Con la palabra y con la coacción burocrática en las organizaciones obreras, agitando el peligro reaccionario, procura constreñir las masas al capitalismo, y lo que no logra con la palabra y la coacción, que siempre es mucho, lo logra con la policía. A la inversa, frente a la reacción que necesita suprimir la democracia burguesa, se hace valer agitando el peligro de la revolución. La colaboración de clases adquiere, pues, en ese tipo de gobierno su más pura y más imposible expresión. Pretende avenir los polos extremos, revolución proletaria y reacción capitalista, amenazando a cada uno con su opuesto y ofreciendo por solución a ambos la democracia burguesa, aquello mismo que la crisis revolucionaria viene a liquidar. Así, la existencia del gobierno tipo Kerensky está estrictamente condicionada por los tanteos políticos y la indeterminación combativa de la lucha de clases. Tan incapaz como es de acabar con la reacción, lo es de acabar con la revolución. Las dos se hacen frente, por

¹¹⁸ Adrede contrapongo, a la noción tradicional de orden, la noción de desorden hecha tradicional por los intereses de ese mismo orden. El desorden revolucionario es preludeo insoslayable de ese acto supremo de toma de posesión del destino del hombre mismo, que ha de ser la revolución social. Los valores mentidos y caducos llaman desorden a lo que contra ellos se insurge. Si nuestra generación inclinara la cabeza ante ellos, incapaz de aniquilarlos vindicando orgullosa y reciamente esa clase de desorden, merecerla la esclavitud.

encima y a despecho de él, tendiendo la reacción a aniquilarlo junto con la revolución, y la revolución a aniquilarlo junto con la reacción. Imposible que el tipo de gobierno Kerensky se funda con ninguno de los dos polos.

Así eran los gobiernos a lo Kerensky vistos en tantos países en el interregno de las dos guerras imperialistas. En la España de la guerra civil, sus características correspondieron al gobierno presidido por Largo Caballero entre septiembre de 1936 y mayo de 1937. Caballero y no Negrín fue el Kerensky español.

En el gobierno Negrín, a medida de su evolución y conversión rápida en gobierno Negrín-Stalin, aparecen características nuevas y totalmente diferentes, si bien no completamente desarrolladas. Largo Caballero era todavía un producto de la dominación del movimiento obrero por el reformismo y su línea política general obedecía al esquema reformista de conservación del régimen democrático-burgués. No así el gobierno Negrín-Stalin. Este dimanaba de la dominación stalinista sobre el movimiento obrero, sin que en el fondo importe que esa dominación fuera directamente ejercida por los líderes stalinistas, indirectamente, mediante los líderes reformistas a ellos entregados, o impuestos por la coacción y la represión policíaca. De todo hubo, pero lo que importa para comprender la significación y los peligros de un gobierno tipo Negrín-Stalin, es que la matriz orgánica e ideológica de los partidos llamados comunistas, así como su principal fuente de intereses, es la contrarrevolución rusa. Esta no es en manera alguna reformista ni tiene el más lejano interés en conservar la democracia burguesa. Basada en un capitalismo de Estado regido por una feroz dictadura policíaca, la contrarrevolución rusa se ofrece al mundo, y particularmente a Europa, como una solución ideal de orden contra la lucha de clases, solución que puede ser concurrente con la emanada directamente de los viejos partidos e instituciones capitalistas, pero que procura la fusión entre ambas, y en todo caso es por sí sola una solución reaccionaria antitética de la solución proletaria.

En la Rusia de 1917, el gobierno Kerensky permitía la existencia de los soviets como organismos propios del proletariado y los campesinos. Los futuros órganos de poder de la revolución socialista eran legalmente admitidos por el gobierno Kerensky. Y en ellos disfrutaban de libertad de palabra los bolcheviques y las demás tendencias revolucionarias opuestas al gobierno burgués dirigido por Kerensky. Ni siquiera después de las jornadas de Julio, que representaron una derrota para el proletariado, se atrevió Kerensky a disolver los soviets. La posición particular y los intereses del reformismo le vedaban un ataque a fondo contra esos órganos de poder rivales del poder capitalista. Gracias a eso, los bolcheviques tuvieron ocasión de conquistar la mayoría en los soviets, ocasión que ellos utilizaron a fondo mediante la táctica de frente único con el partido de Kerensky y empujándolo a tomar todo el poder sobre la base de los soviets («¡Fuera del gobierno los ministros capitalistas!») Por el contrario, en España el stalinismo se distingue por una actitud bien diferente hacia los órganos de poder del proletariado y hacia el armamento de las masas. Sus consignas fundamentales son: «¡Todo el poder al gobierno!» y «¡Todas las armas al frente!», es decir, todas las armas al gobierno también. No sólo tenía el stalinismo la experiencia de la revolución rusa para no tolerar órganos de poder y armamento del proletariado, sino profundos intereses que se lo impedían. De ahí que la culminación de su política en el gobierno Negrín Stalin sea enteramente diferente de la del tipo de gobierno Kerensky, y que por consecuencia sea radicalmente erróneo aplicarle la táctica tradicionalmente seguida por el movimiento revolucionario frente al reformismo. Todavía el Kerensky español, Largo Caballero, oponía resistencia a los embajadores rusos que le pedían la ilegalidad y la represión para las organizaciones más revolucionarias. Negrín les impondría la represión y la ilegalidad en un grado sólo igualado en la zona franquista, en Alemania e Italia, y sólo superado en Rusia.

Atado del cuello a la contrarrevolución rusa, el gobierno Negrín-Stalin transformaba la colaboración de clases y al frente popular en unidad nacional, la impotencia reformista frente a la revolución, en un acabado programa contrarrevolucionario, suprimía todo vestigio de democracia proletaria, y transformaba la democracia burguesa por la cual decía luchar, en dictadura policíaca inspirada por la G.P.U. o N.K.V.D., y la provisionalidad se hacía estabilidad o intento de estabilidad reaccionaria. Contrariamente al gobierno Caballero, el de Negrín-Stalin es ya un gobierno fuerte, *un gobierno de orden* contra el desorden revolucionario de las masas, *un gobierno de unidad nacional*. Que Negrín tuviera o no conciencia de lo que decía al asegurar que mantenía un orden más perfecto que ningún otro gobierno en los anteriores cincuenta años (Alfonso XIII, Primo de Rivera, M Anido y el propio Franco incluidos), no tiene importancia. Tampoco los cerdos saben que apestan. Lo importante es que Negrín ô beba su gloriaô personalizaba en sí el repugnante orden reaccionario, se declaraba cabeza de los valores caducos y presentaba su obra como base de entendimiento con Franco y con el capitalismo mundial en general, Hitler y Mussolini incluidos. Total, el gobierno Negrín-Stalin representaba un polo contrarrevolucionario cuya aspiración era el entendimiento con militares, curas y burgueses franquistas, lo que en el lenguaje oficial se llamaba «reconciliación entre españoles».

Las condiciones particulares de la revolución española y de la propia evolución del stalinismo exterior, que no se descarró y adquirió forma definitiva sino en medio de la revolución española, impidieron al gobierno Negrín-Stalin llevar a término su obra. Pero el precedente quedó sentado y el objetivo de la política stalinista definitivamente marcado. Después, con el fin de la guerra imperialista y la exteriorización de la contrarrevolución rusa, el tipo de gobierno Negrín-Stalin iba a adquirir toda su extensión en el capitalismo estatal y las dictaduras policíacas de Yugoslavia, Rumanía, Polonia, etc., que amenazan extenderse a toda Europa. Una conclusión se hace imperiosamente evidente a partir de la revolución española: tratar al stalinismo como el movimiento revolucionario trató al reformismo desde la revolución rusa a la española, es un suicidio. Con el stalinismo como organización no cabe ni frente único ni empujarlo al poder como los bolcheviques hicieron con Kerensky, ni colaboración alguna. Contra él sólo la lucha sin cuartel es adecuada. Y en algunos casos, puede asegurarse con absoluta certeza, la guerra civil del proletariado contra el tradicional sistema de explotación encontrará a la cabeza de éste el stalinismo. Será la guerra civil del proletariado contra el capitalismo de Estado y la dictadura policíaca representados por el partido de la policía rusa.

Si en el interregno de las dos guerras imperialistas el movimiento revolucionario ponía el gobierno de Noske como ejemplo de traición reformista a la revolución, a partir de la revolución española el gobierno Negrín es paradigma de traiciones, no en beneficio de la democracia burguesa, sino del capitalismo de Estado y la dictadura policíaca, formas de decadencia de la civilización.

APÉNDICE

ESBOZO BIOGRÁFICO REVOLUCIONARIO DE G. MUNIS

Figura entre los primeros adherentes a la Oposición Comunista de Izquierda Internacional iniciada por Trotsky, que en España adopta pronto el nombre más conocido de Izquierda Comunista. En tal calidad, sus primeros pasos fueron contra la dictadura de Primo de Rivera, en un pueblo de Extremadura. Interviene sucesivamente en la campaña para las elecciones municipales que derrocaron la monarquía, y en la campaña para las Cortes constituyentes, pero advirtiendo que la democracia republicana sería también un régimen de dominación capitalista. Primera polémica, en defensa de la revolución rusa frente a reformismo y stalinismo, contra el futuro primer secretario de la asamblea constituyente, Vidarte.

Meses después contribuye clandestinamente a organizar la Oposición trotskista en México. Colabora a la victoria de una importante huelga de los trabajadores del cemento en la capital. Es apresado en pleno mitin y expulsado del país.

De vuelta a España, toma parte en algunos movimientos huelguísticos en la zona de Llerena (Badajoz); escribe en *Joven Espartaco* y más tarde en otras publicaciones de la Izquierda Comunista: *La Antorcha*, *El Soviet*, *Comunismo*, revista teórica ésta. Como tantos otros entonces, es detenido diversas veces en reuniones y otras actividades de militante.

Al salir del servicio militar se ventean ya los acontecimientos de Octubre del 34. Es nombrado representante de la Izquierda Comunista en la Alianza Obrera de Madrid. A su iniciativa en ella se debió el movimiento de acogida y alojamiento, en Madrid y otras ciudades, de las mujeres e hijos de los huelguistas de Zaragoza, que les dio la victoria después de meses de paro general.

En el momento de la siega ese verano, al estallar la huelga de los trabajadores agrícolas, propone en la Alianza Obrera declarar huelgas de solidaridad en Madrid y las principales ciudades de provincias. Ante la negativa obstinada de las representaciones socialistas (mayoritarias), rompe con la Alianza Obrera por considerar que propiciaba la derrota futura de los trabajadores industriales. Días después es desautorizado por su organización, que nombra otro delegado.

Publica en *Comunismo* un artículo sobre *El momento insurreccional*, reproducido en folleto por los trotskistas de Cuba. Escribe *¿Qué son las Alianzas Obreras?* trabajo publicado incompleto, como folleto, que le valió después de Octubre una condena por incitación a la rebelión.

En 1935, la crisis de todas las organizaciones obreras no exime a la Izquierda Comunista. En su seno, Munis apoya la tendencia de Esteban Bilbao, que había propuesto entrar, con derecho de fracción y sin abandono de programa, en la Juventud Socialista, que entonces condenaba reformismo y stalinismo, pronunciándose por la IV Internacional que Trotsky reclamaba desde principios de 1933. Sin embargo, el ingreso no llegó a ser de veras efectivo, y la Juventud Socialista quedaría apresada por el stalinismo, vía Carrillo y Melchor, dos de sus dirigentes vueltos del revés en Moscú.

Se opone a la tendencia de Nin y Andrade, que a finales del 35 se fusionó con el catalanista Bloque Obrero y Campesino de Maurín, porque incurría en una dejación de principios. De ella salió el POUM.

1936. En medio de la dispersión de la mayoría de los hombres, de la muerte de otros, del fragor de las armas y del tumulto de ideas excelentes, equivocadas o calculadamente pérfidas originadas por la conmoción de Julio, Munis

acomete la creación de una nueva organización revolucionaria. Ahora ya directamente en nombre de la IV Internacional, cuya fundación, prevista, tendría lugar en 1938. De su actividad en compañía de algunos camaradas de lucha españoles e internacionales, resultó la creación de una Sección Española pro-IV Internacional. Publicó ésta un número indeterminado de volantes en defensa del poder obrero frente a la reconstitución del poder reaccionario del Frente Popular, inició la publicación de *La Voz leninista*, de Boletines y críticas del POUM y de la CNT. La actividad de la Sección tuvo su florecimiento durante la insurrección de Mayo de 1937 en Cataluña.

El «¡Alto el fuego!» de la CNT y la consecuente represión del partido de la policía rusa, obligaron a los revolucionarios a soterrarse en la clandestinidad. No obstante, un manifiesto-balance de la insurrección y de la represión adquirió gran popularidad y todavía aparecen algunos boletines y números de *La Voz leninista*. Al poco tiempo serían asesinados por orden de la policía de Stalin (GPU, la actual KGB) dos de los colaboradores internacionales de Munis: Hans Freund, conocido por Moulin, y Erwin Wolff, ex-secretario de Trotsky. El español Carrasco desapareció en un medio stalinista. Era amigo de Munis desde el servicio militar.

A finales de 1937, la revolución estaba liquidada. Los revolucionarios se batían con enorme desventaja, cercados de nueva policía y delatores, teniendo en frente incluso a la C.N.T. Cuando, entrando el otoño, fue cercado y tomado por tanques rusos, sin que la C.N.T. moviese un dedo, el último Comité de Defensa de la revolución, que ocupa un vasto local en El Paralelo de Barcelona, quedaba terminada toda posibilidad de recuperación del proletariado. Las cárceles se vaciaban de fascistas y reaccionarios, e iban amontonándose en sus celdas los revolucionarios. Munis no tardaría en encontrarse en una de ellas, tras múltiples sevicias de la policía infeudada al Partido «comunista». Fue sometido a un proceso calcado de las falsificaciones judiciales de Moscú. Acusación: sabotaje y espionaje al servicio de Franco, disrupción y huelgas en la retaguardia, a fin de facilitar la victoria fascista, organización de la insurrección de Cataluña en mayo, proyecto de asesinato de Negrín, Comorera, Pasionaria, José Díaz, Prieto, y, «por vía de ensayo», asesinato efectivo de un capitán ruso¹¹⁹. Segundo acusado: Jaime Fernández Rodríguez.

Juicio a puerta cerrada, sin derecho a defensa, a quince días contados de la fecha en que intervino un juez instructor cuya instrucción se limitó a copiar el informe policíaco. Tribunal semi-militar y petición de pena de muerte para los dos primeros acusados. Una campaña internacional de protesta difiere la vista de la causa, de fecha en fecha, hasta principios de enero de 1939. Mes y medio antes, traslado al castillo de Monjuich, tubo de la muerte, calabozo número tres. Fuga en el último momento, y éxodo a Francia. Tiempo después, en la emigración, un hombre en ruptura con el partido de Moscú por asco de su política, confesaba a Munis que su unidad militar recibió orden de ir a ejecutarlo, junto con otros presos revolucionarios, antes de retirarse hacia la frontera. Su nombre: Eladio Fernández, gallego avecindado en Madrid.

Después de Francia, México y relación personal con León Trotsky y su mujer, Natalia Sedova. Interviene repetidamente en el proceso incoado al asesino de León Trotsky. Las conclusiones de la parte civil, adjuntas al expediente, por Munis escritas, fueron citadas por los jueces para establecer «la verosimilitud» de la pertenencia del asesino a la policía secreta de Moscú.

Campaña en la prensa mejicana, inspirada y pagada por esa misma policía, presentando a Munis, Victor Serge, Julián Gorkin, Marceau Pivert (dirigente del Parti Socialiste Ouvrier et Paysan) como «muy conocidos agentes de la Gestapo», porque trotskistas. Amenazas de muerte en los conventículos de stalinistas españoles y públicas en *El Popular*.

La campaña gozaba de impunidad, y de complicidades más o menos interesadas, gracias a la nueva alianza de Rusia con Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Sabiéndolo, el único de los atacados que en verdad era trotskista, Munis, escribe al Presidente de la república poniendo en evidencia las falsificaciones inveteradas de los sirvientes de Moscú, y declarando que su posición respecto a la guerra mundial era la tradicional en los revolucionarios, opuesta a los dos bandos imperialistas. Sumados a los calumniadores algunos diputados mejicanos amparados por su inmunidad parlamentaria, Munis les reta a renunciar voluntariamente a ella, a fin de poder medirse con ellos ante un tribunal. No lo hicieron, pero la campaña cejó, no sin prometer a los calumniados una muerte cierta a la vuelta de cualquier esquina... o más tarde en España.

A partir de 1941, trabajo de estudio y reconsideración teórica en que participa Benjamin Péret, y primeras divergencias con el partido trotskista estadounidense, tocantes a su actitud ante la guerra imperialista y las resistencias

¹¹⁹ La muerte de ese sujeto, llamado Narvich con falso nombre, de seguro, pareció inventada a los acusados. Pero Gorkin dice en «Canibales políticos» que fue ejecutado por gente del POUM, porque había intervenido en el asesinato de Nin.

nacionales. De una en otra, las divergencias llevarían la sección española a romper con la IV Internacional en 1948. Antes de esa fecha, edita, con el grupo español en México, sucesivamente *19 de Julio*, *Contra la Corriente* y *Revolución*. Publica *Jalones de derrota*.

Después de la ruptura, trabajo revolucionario independiente. Ida clandestina a España, a seguidas de la gran huelga barcelonesa de 1951. Es detenido a finales del año siguiente y condenado a diez años. Como cuerpo de delito figura una obrita titulada: *Cuatro mentiras y dos verdades (Política rusa en España)*. A su liberación emigra otra vez a Francia, donde reanuda actividad de grupo y teorica iniciando, con Péret, Fernández y algunos jóvenes, la edición de *Alarma*. Publica, unido a un texto de Péret, *Los sindicatos contra la revolución y Partido-Estado, stalinismo, revolución*. Ambos en versión francesa¹²⁰.

Concha Gramonte

¹²⁰ El libro *Partido-Estado, stalinismo, revolución*, y otros importantes trabajos de Munis sobre la formación en la URSS de una nueva capa explotadora que se apodera en beneficio propio de los recursos estatales y pone a la revolución proletaria, nacional e internacionalmente, a su servicio, reestablecido en la URSS y satélites una explotación sin parangón en la historia, ha sido editado por primera vez en español en esta editorial en el tomo 1 de las Obras Completas de G. Munis, que comprende los siguientes trabajos: Los revolucionarios ante Rusia y el stalinismo mundial, La crisis de la contrarrevolución rusa, Eisenhower-Krutchef, Más sobre la convivencia pacífica, El Manifiesto ruso «de los 81», La revolución ninguna, Partido-Estado, stalinismo, revolución, En Rusia, segunda desestalinización stalinista, La gorbatchada en tecnología y transparencia. Véase, G. Munis, *Revolución y contrarrevolución en Rusia*, O.C. t. 1. Muñoz Moya Editores, Sevilla, 1999.

El libro *Los sindicatos contra la revolución* ha sido publicado en el t. 3 de dichas Obras Completas. Véase, G. Munis, *Internacionalismo, sindicatos, organización de clase*, O.C. t.3. Muñoz Moya Editores, Sevilla, 1999.